# AÑO CRISTIANO

Ó

# EJERCICIOS DEVOTOS

## PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL **P. J. CROISSET**, DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,
TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

**NUEVA EDICION**

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano íntegro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbítero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbítero, Doctor en Teología, Licenciado en Cánones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcadà de Henares.

**Adornada con láminas finas.**

**TOMO VIII.**

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1864

nerle en manos del pueblo judaico, furiosamente irritado contra el santo apóstol. Sobresaltáronse todos los fieles; pero tuvieron mas fuerza las fervorosas y continuas oraciones de toda la Iglesia para libertar al príncipe de los apóstoles, que todas las precauciones y toda la malicia del tirano. La noche antes del dia en que Herodes habia resuelto hacerle comparecer, y entregarle á discrecion de sus enemigos, estaba el santo echado y durmiendo sosegadamente entre dos soldados, los cuales, segun la costumbre de aquel tiempo, le tenian estrechamente ligadas ambas manos por medio de unas esposas, y al mismo tiempo otros hacian centinela á la puerta de la prision para que no se escapase; pero nada bastó para embarazar el recobro de su libertad.

Apareciósele el ángel del Señor cercado de un resplandor celestial, que llenó de claridad el lóbrego calabozo, pero sin ser visto de otro que de solo el santo: tocóle en un lado, despertóle, y le mandó que se vistiese cuanto antes. En aquel mismo punto se le cayeron las esposas de las manos sin que los soldados lo advirtiesen. *Cíñete la túnica,* añadió el ángel, *cálzate, toma tu manto, y sígueme.* Obedeció prontamente, salió de la prision, fué siguiendo al ángel, pero todavía dudoso de si era verdad ó sueño lo que le pasaba, no pudiendo, á pesar de un suceso tan extraordinario, persuadirse á que no dormiá. Pero tardó poco en conocer que no soñaba; porque el ángel, despues de haberle sacado de entre los soldados con quienes estaba preso por las manos, le llevó por en medio de los otros que hacian guardia á la puerta, y de allí le condujo á otra que se llamaba *la puerta de Hierro,* y caia á la ciudad, la cuál se abrió por sí misma. Todavía no le dejó allí el ángel; acompañóle hasta el fin de una calle larga, y desapareció. Entonces acabó san Pedro de conocer claramente que era

realidad lo que le parecia sueño, y exclamó diciendo: *Ahora sé ciertamente que el Señor se dignó enviarme su ángel para que me librase de las manos de Herodes, y burlase la esperanza que tenian los judíos de quitarme la vida.* Esta milagrosa libertad, solicitada por las oraciones de la Iglesia, puesta en ejecucion por un ángel enviado de Dios para quitarle las cadenas, es el objeto de las gracias que hoy se rinden al Señor por haber conservado la cabeza visible de su Iglesia.

Para perpetua memoria de tan ilustre maravilla procuraron los fieles hacerse dueños de las cadenas que aprisionaron al santo apóstol; las que se guardan cuidadosamente para trasladar á la posteridad este insigne monumento de una gracia tan singular. Habiendo hecho el viaje de Palestina la emperatriz Eudoxia, mujer de Teodosio el Menor, en el año de 439 con el piadoso fin de visitar la tierra santa, hizo alguna mansion en Jerusalen, y mostró deseo de algunas reliquias. Quiso el patriarca Juvenal contentar su devocion, y le pareció no le podia hacer regalo mas precioso, ni que fuese mas de su gusto, que presentárle las dos cadenas con que san Pedro habia sido aprisionado. Recibiólas la emperatriz con veneracion y con gozo; reservó una de ellas para la iglesia de Constantinopla, y regaló la otra á su hija Eudoxia, que dos años antes se habia casado con el emperador Valentiniano III. No cabiendo en sí de contento la jóven emperatriz con el piadoso regalo, se le mostró luego al papa Sixto III, quien correspondió por su parte mostrando tambien á la emperatriz otra cadena con que Neron habia tenido aprisionado al mismo santo apóstol antes de sentenciarle á muerte, la cual se conservaba en Roma con mucha veneracion. Asegúrase que, habiendo acercado el papa una cadena á otra, al instante se unieron las dos tan perfectamente, que formaron una sola, y parecia obra de un mismo artí-

fice. Con este milagro creció mucho la devocion que ya se tenia á las preciosas cadenas, y la emperatriz Eudoxia, nieta del emperador Arcadio, mandó fabricar en el monte Esquilino una magnífica iglesia en honor del santo apóstol, donde se conservaron las dos cadenas, que ya representaban una sola. Al principio se llamó esta iglesia *de Eudoxia*, tomando el nombre de su fundadora; despues se le dió el de *San Pedro Advincula*, y es título de cardenal. Así por las maravillosas curas como por otros milagros que obró Dios al contacto de estas cadenas, se hicieron célebres en todo el universo, y se aumentó mucho la devocion de los fieles.

Dice san Agustin que el hierro de las cadenas de san Pedro era entre los cristianos mas estimado que el oro, considerándole santificado por lo que habia atormentado al santo apóstol. En fe de eso nos consta por san Gregorio el Grande, que en su tiempo era costumbre muy comun enviar por reliquias las limaduras de las cadenas de san Pedro, y que por medio de ellas obraba Dios grandes milagros; siendo el mismo papa el que las limaba para sacar los polvos. El mismo san Gregorio, que hablaba en esto de experiencia propia y de la de sus predecesores, afirma que muchas veces sacaba la lima los polvos sin la menor dificultad; pero que otras, cuando los pedian ciertas gentes, por mas que se limase, no habia forma de desprenderse ni una sola arena. Las limaduras se engastaban unas veces en cruces, y otras en llavecitas de oro ó plata, las que atadas á un cordoncito se descolgaban hasta que tocasen al sepulcro del santo apóstol, y despues se traian pendientes al cuello con o preservativo contra toda suerte de males y accidentes molestos de la vida. Esto escribia aquel gran pontífice á Childeberto rey de Francia, enviándole una d aquellas llavecitas, guarnecida con las limaduras de

las cadenas. Refiérele al mismo tiempo el ejemplar castigo de cierto señor lombardo, que, burlándose de la virtud sobrenatural que se atribuia á ellas, y rompiendo una por menosprecio para sacar el oro en que estaban engastadas las limaduras, al punto se apoderó el demonio de él, y entró en tanto furor, que se quitó la vida por sus propias manos.

El conde Justiniano, sobrino del emperador Justino, y sucesor suyo en el imperio, deseó tener algunas reliquias de san Pedro, despues de haberle dedicado una magnífica iglesia, que á sus expensas hizo fabricar en Constantinopla. Envióle el papa Hormisdas un lienzo santificado, esto es, tocado á su santo sepulcro con una llavecita ó cruz enriquecida con limaduras de sus cadenas. Los lienzos santificados, como asegura san Gregorio, eran recibidos en todas partes con mucho respeto. Colocábanse como reliquias en las iglesias consagradas á Dios en honor del santo, y obraban los mismos prodigios que si estuviera en ellas el propio cuerpo. Añade tambien el santo que algunas veces destilaban sangre estos lienzos cuando se cortaban, y que habia muchos testigos de esta maravilla.

Hallándose en Italia el año de 669 un conde muy estimado del emperador Oton el Grande, se apoderó de él el demonio con tanta furia, que él mismo se despedazaba con los dientes. Compadecido el emperador del lastimoso estado de su favorecido, mandó que le llevasen al papa Juan XIII, para que le hiciese conjurar. Pero apenas le echaron al cuello la cadena de san Pedro, cuando salió de su cuerpo el demonio dando espantosos alaridos. Quedó tan asombrado de esta maravilla Teodorico, obispo de Metz, y primo hermano del emperador, que, asiéndose fuertemente de la cadena, protestó no la soltaria mientras no le diesen un eslabon; concediéronsele, y es el mismo

que hoy se guarda en el monasterio de San Vicente de Metz como preciosa reliquia.

Las cadenas con que san Pedro fué preso en Roma en tiempo de Neron, desde aquel mismo tiempo fueron singularmente veneradas de los fieles. Hallándose en la prision san Alejandro, papa y mártir, curó milagrosamente á una señora romana, por nombre Albina, y queriendo esta besar las cadenas en que estaba preso, no se lo permitió el santo pontífice, diciéndole : *Esa reverencia solo se debe á las cadenas de san Pedro; id, haced que os las enseñen, y besadlas con respeto.*

Entre los sermones de san Crisóstomo se halla uno sobre la fiesta de este dia que el cardenal Baronio juzga ser de san Proclo ó de san German, sucesores del santo : *Hic enim dies,* dice el autor, *venerandas ejus catenas manifestas ostendit, et earum adorationem proponit, quibus apostolus devinctus, multiplices ejus, qui est malorum omnium origo, nodos ac machinas dissolvit, et quos diabolus adstrictos tenebat, eos ereptos ǎ morte sempiterna liberavit.* « Este es el dia en que se exponen á los ojos y á la veneracion de los fieles aquellas venerables cadenas con que fué preso san Pedro, á cuya vista el mismo santo apóstol desata los nudos, y disipa todos los artificios malignos de aquel que es funesto orígen de todos los males, y haciendo conseguir gloriosa victoria del enemigo de nuestra salvacion, nos libra de la muerte eterna. »

« Eran estas cadenas, añade el mismo, el mas bello ornamento del santo apóstol, que triunfaba de alegría viéndose oprimido con ellas : *His catenis Apostolus ornabatur; his exultans ac gestiens se oblectabat.* La Iglesia, aquella casta esposa de Jesucristo, se honra y se adorna con estas cadenas como con un rico collar y preciosa corona, que la hace mas brillante á los ojos de su divino Esposo : *His et nunc sanc-*

*tissima ac pura Christi sponsa Ecclesia, tanquam splendido monili, ac velut corona quadam decorata ad dexteram sui sponsi partem assistit.* En todo tiempo, pero singularmente en este dia, tengamos gran veneracion á estas cadenas; toquémoslas con confianza; besémoslas con respeto: *Has, inquam, catenas hodierno die amplexamur; has reverenter veneramur, et colimus.* A la verdad seria muy justo reverenciar con mucha devocion, no solo estas sagradas cadenas, sino todo lo que sirvió al uso de aquel santo apóstol, vicario de Cristo en la tierra, intérprete fiel de sus secretos, órgano de su voluntad y oráculo de los fieles: *Deceret certè, deceret non solùm catenas quæ manus illas adstrinxerunt, magnopere venerari, sed etiam indicia omnia, ad quæ apostoli membra accesserunt, singulatim amplecti ac revereri, et in illis singulis diem festum ac panegyrim venerari.* »

Refiere despues el modo de que se valió la divina Providencia para conservar á la posteridad estas preciosas cadenas. Dice que, habiéndose quedado en la cárcel las cadenas con que estaba preso el santo apóstol, algunos guardias, que se convirtieron á vista del prodigio de su milagrosa libertad, tuvieron cuidado de recogerlas, y con gran secreto se las entregaron á los fieles de Jerusalen, los cuales dejaron este escondido tesoro á sus descendientes, y estos le conservaron con el mayor sigilo, hasta que, abolido el paganismo, se hallaron con libertad para venerar públicamente aquellas santas reliquias. *Ipsi Herodis ministri, quibus divinæ cognitionis lumen effulserat, clam sustulerunt, et apud ipsos velut thesaurum quemdam eas conservarunt: quod serò à patre suo, ut dicitur, traditum, et de catenis illis narratum sibi quisque acceperat, posteris suis deinceps tradebat, et tuto in loco catenas illas servabat,* etc.

« ¡Oh, y si me fuera lícito, continúa el mismo san-

to, ver aquel calzado y aquella ropa que el ángel mandó se vistiese: *illa certè apertis ulnis exciperem, et amplecterer*; seguramente no dejaria de estrecharla reverentemente entre mis brazos, de aplicarla à mi corazon, y de adorarla como preciosa reliquia. *Tu vero, ò Petre, Christi Ecclesiæ petra et firmamentum, summe apostolorum vertex... qui catenas has instar scelerati alicujus hominis pertulisti, et curationum fontem illas reddidisti, tu, quæso, adesto hodie misertus nostri, et hoc in loco spiritu venerare*: y tú, ó Pedro, piedra fundamental de la Iglesia de Jesucristo, su apoyo, y príncipe de los apóstoles, que llevaste estas cadenas como si fueras un facineroso, y con tu contacto las convertiste en fuente de milagrosas curas, ten misericordia de nosotros, y compadecido de nuestras miserias, favorécenos hoy con tu poderosa proteccion.»

Si la sombra de san Pedro, dice san Agustin (*Serm.* 2), fué tan saludable, ¿cuánto mas lo serán las cadenas con que fué aprisionado? ¡O dichosas cadenas, que os convertisteis en coronas! ¡ó bienaventurados grillos, y qué dignos sois de nuestro respeto!

Esta festiva memoria de san Pedro *Advincula* se fijó al dia primero de agosto, en que se celebra la dedicacion de su iglesia, con cuya festividad se intentó desterrar los profanos regocijos que en tal dia acostumbraban los gentiles en memoria de la impía consagracion del templo del dios Marte.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en el monte Esquilino, la dedicacion de san Pedro de las Cadenas.

En Antioquía, el suplicio de los siete hermanos Macabeos, que padecieron el martirio con su madre bajo el rey Antioco Epifanes. Sus reliquias, llevadas á

Roma, fueron depositadas en la misma iglesia de San Pedro de la Cadenas.

En Roma, el suplicio de santa Fe, santa Esperanza y santa Caridad, vírgenes, quienes recibieron la corona del martirio bajo el emperador Adriano.

Tambien en Roma en la via Latina, los mártires san Bono, presbítero, san Fausto y san Mauro, con otros nueve, que son mencionados en las Actas de san Estéban, papa.

En Filadelfia en Arabia, san Cirilo, san Aquilas, san Pedro, san Domiciano, san Rufo y san Menandro, los cuales recibieron todos el mismo dia la corona del martirio.

En Perga en Pamfilia, san Leoncio, san Ato, san Alejandro y otros seis aldeanos, mártires, que, durante la persecucion de Diocleciano, perdieron la vida en el Tajo por órden del presidente Flaviano.

En Gerona en España, la fiesta de san Félix, mártir, que, despues de haber padecido diferentes especies de tormentos, fué despedazado á azotes por órden de Daciano hasta entregar á Jesucristo una alma insuperable á tamaños tormentos.

En Verceles, san Eurebio, obispo y mártir, que fué desterrado á Escitópolis, y de allí á Capadocia por el emperador Constancio, por haber confesado la fe católica. Vuelto con el tiempo á Roma á su iglesia, la persecucion arriana le procuró la suspirada corona del martirio.

En tierra de Paris, san Justino, martir.

En Viena, san Vero, obispo.

En Winchester en Inglaterra, san Etelvodo, obispo.

En el país de Lieven, san Nemeso, confesor.

En Bayeux, san Espiro, obispo, cuyo cuerpo se venera en Corbeil, cerca de París, en la iglesia de su nombre.

En Viena, san Nectario, obispo.

En Bourges, san Arcadio, obispo.

En Soissons, san Bandriz, obispo.

En Bigorra, san Severo, cura de Sessac.

Entre los Griegos, los santos mártires Ménas y Meneo.

En Inglaterra, san Quineth, confesor, del que hay una iglesia en la península de Goore.

En Verona, santa María Consolatriz, hermana de san Anon, obispo de dicha ciudad.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui beatum Petrum apostolum à vinculis absolutum, illæsum abire fecisti; nostrorum, quæsumus, absolve vincula peccatorum, et omnia mala à nobis propitiatus exclude. Per Dominum nostrum...

O Dios, que libraste al apóstol san Pedro de sus cadenas, y le pusiste en libertad sin que recibiese daño alguno; suplicámoste que rompas las cadenas de nuestros pecados, y que por tu bondad apartes de nosotros todos los males que nos amenazan. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap.* 12 *de los Hechos de los apóstoles.*

In diebus illis: Misit Herodes rex manus, ut affligeret quosdam de Ecclesia. Occidit autem Jacobum, fratrem Joannis, gladio. Videns autem quia placeret judæis, apposuit, ut apprehenderet et Petrum. Erant autem dies Azymorum. Quem cùm apprehendisset, misit in carcerem, tradens quatuor quaternionibus militum custodiendum, volens post Pascha producere eum populo. Et

En aquellos dias: El rey Herodes comenzó á perseguir á algunos de la Iglesia. Mató, pues, á Santiago, hermano de Juan, con muerte de espada. Y viendo que esto agradaba á los judíos, añadió el prender tambien á Pedro. Eran los dias de los Acimos. Y habiéndole prendido, le metió en la cárcel, entregándole á cuatro cuaterniones de soldados para que le guardasen, con ánimo de presentarle al

Petrus quidem servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo. Cùm autem producturus eum esset Herodes, in ipsa nocte erat Petrus dormiens inter duos milites, vinctus catenis duabus : et custodes ante ostium custodiebant carcerem. Et ecce angelus Domini astitit : et lumen refulsit in habitaculo ; percussoque latere Petri excitavit eum, dicens : Surge velociter. Et ceciderunt catenæ de manibus ejus. Dixit autem angelus ad eum : Præcingere, et calcea te caligas tuas. Et fecit sic. Et dixit illi : Circumda tibi vestimentum tuum, et sequere me. Et exiens, sequebatur eum, et nesciebat quia verum est quod fiebat per angelum : existimabat autem se visum videre. Transeuntes autem primam et secundam custodiam, venerunt ad portam ferream, quæ ducit ad civitatem ; quæ ultro aperta est eis. Et exeuntes, processerunt vicum unum : et continuo discessit angelus ab eo. Et Petrus ad se reversus, dixit : Nunc scio vere quia misit Dominus angelum suum, et eripuit me de manu Herodis, et de omni exspectatione plebis judæorum.

pueblo despues de la Pascua. Pedro, pues, estaba custodiado en la cárcel. Mas la Iglesia hacia continuamente oracion á Dios por él. Estando, pues, Herodes para presentarle, en la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, y las guardias estaban á la puerta custodiando la cárcel. Y hé aquí que el ángel del Señor vino, y la habitacion resplandeció con una luz, y habiendo dado á Pedro un golpe en un lado, le dispertó diciendo : Levántate prontamente. Y las cadenas se cayeron de sus manos. Y el ángel le dijo : Cíñete, y celzate tus sandalias. Y él lo hizo así. Y le dijo : Échate encima tu manto, y sígueme. Y él saliendo le seguia, ignorando que era verdadero lo que se hacia por el ángel, sino que creia ver una vision. Y pasando la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que introduce á la ciudad, la cual se abrió por sí misma. Y saliendo afuera, pasaron un barrio; y súbitamente se apartó de él el ángel. Y vuelto en sí Pedro, dijo : Ahora sé de verdad que el Señor envió á su ángel, y me ha sacado de las manos de Herodes, y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos.

NOTA.

« Escribióse en griego el libro de las Actas ó de los Hechos de los apóstoles, el cual es la historia fiel de la Iglesia recien nacida. Pregunta san Crisóstomo por qué razon no redujo san Lucas á un solo libro así el evangelio que escribió, como los Hechos de los apóstoles, de que fué tambien autor, siendo así que dirige á Teófilo una y otra obra. Alega para esto muchas razones, y entre otras principalmente, porque el evangelio le escribió en Acaya el año 57 de Cristo, siendo este el evangelio de que habla san Pedro en su segunda epístola á los Corintios; y los Hechos apostólicos los trabajó en Roma hacia el año 62 ó 63 del mismo Cristo.

REFLEXIONES.

El martirio de san Estéban fué efecto de la envidia de los sacerdotes y doctores de la ley, y del furor de un populacho alborotado y rabioso contra Jesucristo. Pero el que ahora excita la persecucion contra la Iglesia es el mismo príncipe, siendo lo mas extraño que lo hace por lisonjear la pasion de un pueblo apasionado y furioso, cuyo amor pretende granjear á costa de la justicia. De esta manera se sacrifica la salvacion y la religion á las pasiones y al interés de cada uno. Pero no se piense que solamente son los grandes del mundo los que muchas veces prefieren su propia gloria á la de Dios, y sus gustos á sus obligaciones y á su conciencia. Todos los dias, y en todas las condiciones, se atreve el respeto humano á violar las mas sagradas leyes. Todo el mundo quiere ser lisonjeado, quiere ser aplaudido, quiere agradar; *pero si yo quiero agradar á los hombres*, dice el apos-

tol san Pablo, *no seré siervo de Jesucristo.* No importa · como se agrade á los hombres, ningun cuidado da desagradar á Dios. Declámase contra la torpe injusticia de Herodes, que, por puro motivo de ambicion, solo por ganar el afecto del pueblo, mandó prender á san Pedro, le cargó de hierro y le condenó al último suplicio. Pero ¿acaso somos nosotros mas religiosos que él, somos menos injustos cuando por satisfacer nuestra pasion viola mos los mandamientos de la ley de Dios, y perdemos el alma? ¿No se puede decir con razon que los respetos humanos entraron á ocupar el lugar de los perseguidores de la religion? ¡cuántos impios, cuántos indevotos, y por decirlo así, cuántos apóstatas de la virtud cristiana hacen cada dia los respetos humanos! Avergüénzase aquel de parecer virtuoso, y desde el mismo punto deja de serlo. Semejantes á las tímidas avecillas, dice san Agustin, que, espantadas con el ruido que expresamente se hace para levantarlas, salen del nido, ó abandonan la zarza donde estaban seguras, y van á caer en el lazo que les tiene armado el cazador. ¿Cuántos dejan el camino de la virtud por miedo de las zumbas y de los juicios de los hombres, y tan imprudentes como cobardes no conocen ni lo despreciable del peligro que las atemoriza, ni lo terrible de aquel a que se arrojan por huir del primero? ¡Oh, y cómo se reirian ellos de su propio temor, si conocieran qué vano es en su causa, y como le temerian si consideraran qué funesto es en sus fatales efectos! ¡qué bien muestra la milagrosa libertad de san Pedro el gran cuidado que tiene el Señor de sus verdaderos siervos! Si son menester milagros para sacarlos de los peligros, trastorna Dios en su favor todas las leyes de la naturaleza. Nada importa que los tres mancebos israelitas sean arrojados en un horno encendido; en medio de las llamas encontra-

rán el refrigerio. Sea en hora buena Daniel encerrado por muchos dias en una caverna en compañía de leones hambrientos; no reci irá de ellos el mas lijero daño. Por mas que á san Pedro le guarden estrechamente en una prision, le carguen de cadenas y le rodeen de soldados; las prisiones se le caerán, y saldrá con la mayor seguridad sin que lo adviertan las guardias. Prudencia humana, todos tus artificios son débiles estorbos á los intentos de Dios. ¡Oh y cuántos milagros veríamos si no nos faltara la confianza en el poder y en la bondad de la divina Providencia! Sirvamos á Dios con sincero y generoso corazon; pongamos todos nuestros intereses en las paternales manos de nuestro divino Dueño, y nada nos dañará; de todo cuidará aquel gran Dios que tiene tan en el corazon los intereses de los que le aman y le sirven.

*El evangelio es del capítulo* 16 *de san Mateo.*

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi, et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo

En aquel tiempo: Vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesus: Y vosotros ¿quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan: porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres

Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

## MEDITACION.

### DE LAS AFLICCIONES.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que los trabajos y las miserias de esta vida no son puramente castigos; puesto que el reo, cuando sufre la pena que corresponde á sus delitos, no merece recompensa. Pero queriendo el Hijo de Dios convertir este destierro a que estamos condenados en una carrera gloriosa para nosotros, le quitó el nombre de suplicio, y le dió el de combate, ennobleciéndole tambien con su ejemplo y con la dignidad de su persona; de suerte que aquel que mas y mejor padece, es el que consigue la mayor corona: considéranse las aflicciones de esta vida como señales de un Dios irritado, y como efectos de su justo enojo; concepto errado: antes por lo mas comun son remedios especificos de un habil y experimentado médico, y pruebas particulares del tierno amor con que nos mira el mejor de todos los padres. ¿En qué habia delinquido el inocente Abel? ¿qué delito habia cometido José contra sus hermanos? En medio de eso, uno y otro son afligidos, odiados y perseguidos.

¿Quién fué nunca mas amado del Padre celestial que el Hijo de Dios? En él tenia el Padre Eterno todas sus delicias. Sin embargo, las afliecciones fueron como la herencia de este querido hijo. Dirán que Jesucristo habia cargado con todas nuestras maldades. Pero si el Hijo querido no tomó otro camino para entrar en su gloria, ¿habrá otro para los siervos rebeldes y culpados? No debemos recibir los trabajos que nos envía la divina Providencia como materia de dolor, sino de gozo. El verdadero cristiano debiera afligirse cuando se ve colmado de honras y de prosperidades del mundo, por lo que le desvian de la semejanza con Jesucristo, siendo así que toda su dicha consiste en ser semejante á este Señor. Por eso decia san Pablo que hallaba un exquisito gusto en los trabajos. Nunca discurrieron los santos de otra manera, y este era su lenguaje. Las adversidades de esta vida traen consigo cierto carácter de predestinacion; por lo que san Gregorio Nazianceno las llama camino real del cielo : *Regia ad cœlum via*. ¿Dónde hay cosa mas eficaz que la tribulacion para convertir al pecador, y para adelantar al justo en el camino de la perfeccion, para conservarle en la justicia, para preservarle de la tibieza, y para fortalecerle? Desengañémonos, la prosperidad hace delicada al alma, y la sujeta á los sentidos; ninguna cosa fomenta tanto las pasiones como la prosperidad y la abundancia : es cierto que lisonjean el gusto; pero tambien debilitan, y al cabo extinguen del todo la virtud. ¿Hubiera echado en tu corazon tan profundas raices la humildad si no te hubiera humillado Dios con aquella vergonzosa desgracia que te envió? ¿á quién debes ese desasimiento de los bienes terrenales sino á la amorosa providencia de Dios, que permitió los perdieses? ¿á quién debes esa invencible paciencia sino a las enfermedades que te han acibarado todas las cosas del mundo? Y si el

orgullo, si la concupiscencia, si el amor propio todavía levantan cabeza en medio de las mayores aflicciones, ¿qué seria si todo saliese á medida de tu gusto?

## PUNTO SEGUNDO

Considera que los trabajos son, por decirlo asi, el tesoro del Evangelio; pero tesoro escondido, que pocos le hallan: pocos saben aprovecharse de él, porque pocos saben lo que vale. En la cruz se encuentra la vida, la salvacion, la proteccion de Dios, la fuerza del alma, el compendio y la práctica de las virtudes con la perfeccion de la santidad. ¡Oh, y cuántas riquezas encierran las aflicciones! Debieran las adversidades ser para nosotros un copioso manantial de consuelos; y por lo regular suelen ser ocasion de quejas y de sentimientos. Debieran fortificarnos y alegrarnos; y por lo comun nos afligen, nos desalientan y nos abaten. No hay cosa mas provechosa para mí, decia David, que verme humillado. Las flores suelen hacer mal á la cabeza; el resplandor deslumbra; las honras encantan. No se piensa en la patria cuando todo nos lisonjea en el destierro; pero cuando la tierra que se pisa solo produce espinas y abrojos; cuando se habita en una region donde solo se experimentan huracanes y tempestades; cuando el cielo nunca se descubre sereno; cuando siempre se come el pan mezclado con lágrimas, entonces se cuentan los dias que faltan, y se suspira por aquella dichosa hora en que se ha de salir de aquella region de trabajos y amarguras. Gran ceguedad es no conocer lo que valen las adversidades. *Bienaventurados los que lloran,* dice el Salvador, porque el consuelo que se seguirá á sus lágrimas los recompensará con ventajas de todo lo que padecen. Y no espera Dios á la otra vida para consolarlos. En

el calabozo estaba san Pedro; ¿quién dejaria de compadecerse de sus cadenas? Dormia san Pedro en la prision; pero Dios nunca se duerme en las aflicciones de los que le aman. No olvida á su apóstol en los trabajos; se le caen de las manos las prisiones, y las puertas se le abren por sí mismas. Multiplique en buen hora Herodes las guardias para que no se escape; sale seguro y sereno sin el menor estorbo por medio de las centinelas. ¡Mi Dios, cuántos imprevistos socorros, cuántos secretos recursos de una providencia todo poderosa se experimentarian si los hombres supieran aprovecharse de las aflicciones de esta vida; si en vez de aquellas enfadosas inquietudes, de aquellos ímpetus de impaciencia, de aquel mal humor; si en lugar de las escandalosas quejas, que no alivian el trabajo, se besara humildemente la benéfica mano que se agrava sobre nosotros, y se bendijera á Dios que nos aflige.

¡Oh Señor, y qué dolor me causa haber malogrado hasta aquí las ocasiones que se me han ofrecido de daros pruebas de mi amor y de mi confianza, no aprovechándome mejor de mis trabajos! Poco he conocido lo que valen las aflicciones de esta vida; pero confio en vuestra gracia que en adelante sabré aprovecharme mejor de este tesoro escondido.

## JACULATORIAS.

*Bonum mihi quia humiliasti me.* Salm. 118.

Conozco, Señor, que me es muy provechosa la humillacion.

*Virga tua, et baculus tuus ipsa me consolata sunt.* Salm. 22.

Ninguna cosa me ha consolado mas que los golpes de tu amorosa vara.

## PROPOSITOS.

1. Por mas que el nacimiento haya sido rodeado de esplendor y de abundancia; por mas que hayas nacido grande y dichoso, segun el mundo, no tiene remedio; la vida está sembrada de cruces; ninguno se libra de trabajos : está llena de altos y bajos la vida del hombre sobre la tierra; en medio del dia padece sus eclipses la prosperidad; ningun mortal fué por largo tiempo feliz; las adversidades, las pesadumbres y los disgustos nacen en todos los estados, y en todas las condiciones y en todas las edades. Buscar uno solo que se exima de ellos, es lo mismo que correr tras de un fantasma. Los mas dichosos del mundo no son los que carecen de trabajos, sino los que mejor se saben aprovechar de ellos. Es, pues, de suma importancia poseer esta ciencia, adelantar en este arte; seas quien fueres, no esperes vivir sin tener que padecer. Pero estudia en padecer como cristiano, y en aprovecharte de todos tus trabajos. Los mas meritorios son aquellos que trae consigo el estado particular de cada uno. Tambien dan abundante materia á la paciencia cristiana los reveses de la fortuna; en todos ellos alaba á Dios como Job. Salióte mal aquel negocio, perdiste aquel pleito, arrebató la muerte al hijo, al pariente, al protector, al amigo, di con Job : *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; cumplióse su voluntad; sea su nombre bendito.*

2. ¡Cuánto hay que padecer en las familias! El humor extravagante y violento de un marido divertido; el genio altanero, indócil, caprichoso de una mujer altiva; las malas inclinaciones de los hijos; la malicia de los envidiosos ó de los competidores; una desgracia en los negocios, una enfermedad, un



S. ESTÉBAN, PAPA Y M.

es verdad; pero son cruces; ¿y porqué las malograrás no recibiéndolas como tales? A este duro ejercicio de paciencia ligó Dios tu perfeccion, y acaso tu salvacion; ¿pues para qué te inquietas? Bien puede ser que cualquiera otro ejercicio de mortificacion y de virtud fuese mas de tu gusto, pero no te seria tan provechoso; el que ahora te pesa tanto, y quisieras sacudir de tí, es el que Dios te ha destinado. Guárdate bien de reputar las aflicciones por desgracias; eso seria juzgarlas por los sentidos; míralas con ojos cristianos, y las estimarás como merecen. Ellas son un manantial perenne de gracias que facilitan la salvacion. Es buen medio para hacerlas saludables y dulces dar de cuando en cuando gracias á Dios, especialmente al acabar la oracion de la mañana y de la noche, por los trabajos que se ha servido enviarnos, como diciendo : Yo os doy gracias, Señor, por la afliccion que me habeis enviado ; haced por vuestra piedad que me sea provechosa, y que me sirva para desprenderme de los vanos atractivos y bienes aparentes de este mundo para unirme á solo vos (Job 1) : *Dominus dedit, Dominus abstulit : sicut placuit Domino, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.*

---

# DIA SEGUNDO.

## SAN ESTÉBAN, PAPA Y MÁRTIR.

San Estéban papa, primero de este nombre, fué hijo de Julio, ciudadano romano. Nació hácia el fin del segundo siglo; y aunque se tienen pocas noticias de los primeros años de su niñez, hay razones para creer que era cristiana su familia, y que el niño fué criado en los principios y máximas de la verdadera

religion. Como su corazon era naturalmente bien inclinado, y estaba dotado de excelente ingenio, se dedicó al estudio de las letras humanas y divinas pero singularmente al de la ciencia de los santos; en poco tiempo se hizo un lugar muy distinguido entre los fieles de Roma. Siendo de poca edad, fué recibido en el clero, y por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion, por su sabiduría y por su mérito captó la admiracion y el concepto universal, considerándole todos por digno de los primeros empleos de la Iglesia. Los papas san Cornelio y san Lucio, sus predecesores, hicieron juicio que no debian dejar escondida debajo del celemin aquella brillante antorcha. Ordenáronle de diácono, y despues le hicieron arcediano de la iglesia romana, dignidad que ponia á su cargo la custodia y la distribucion del tesoro de la iglesia, dándole al mismo tiempo jurisdiccion de vicario; lo que acredita la estimacion que hacian de su mérito y de su mucha virtud.

Jamás se habia visto la Iglesia, al parecer, agitada de mas violentas tempestades, ni combatida de mas artificiosos y mas malignos enemigos, que hácia el fin del año de 254, en que murió el papa san Lucio. Novaciano, presbítero de la iglesia romana, y Novato, presbítero asimismo de la de Cartago, el primero antipapa, los dos cismáticos, y ambos herejes, tenian muchos parciales de sus errores en Oriente y en Occidente hasta en el mismo gremio de los obispos. Aunque san Cipriano de Cartago y san Dionisio de Alejandría se habian opuesto con valor á sus impiedades, consiguiendo que fuesen condenados por varios concilios, no por eso dejaba de inficionar á muchos el veneno de la herejía; y su partido, con el engañoso pretexto de reforma hacia desertar á muchos fieles de las banderas de Jesucristo, y adelantaba cada dia nuevas conquistas. Defendian que no debian ser admitidos á la

comunion los que hubiesen caido en el crímen de idolatría; y sus sectarios, extendiendo esta errada doctrina á todo género de culpas, quitaban á la Iglesia el poder para atar y desatar. Condenaban las segundas nupcias, y obstinadamente sostenian que debian ser rebautizados todos aquellos que despues del bautismo hubiesen cometido algun pecado mortal. Aprovechándose los gentiles de aquellas funestas divisiones, perseguian cruelmente á los cristianos, incitando á los emperadores y á los magistrados para que hiciesen sangrienta guerra á la Iglesia. Viendo los santos papas Cornelio y Lucio tan combatida la navecilla de san Pedro, y fluctuante entre las encrespadas olas, llamaron á nuestro santo para que los ayudase á gobernar el timon en un tiempo en que jamás habian sido los escollos mas frecuentes, ni las borrascas mas deshechas. Por su virtud, por su doctrina y por su zelo se granjeó, aun en vida de sus predecesores, todos los sufragios del público para ocupar el lugar á que el cielo le tenia destinado. Habiendo terminado san Lucio gloriosamente su carrera, coronando con el martirio su pontificado, por unánime consentimiento fué electo sumo pontífice san Estéban el año de 257. Dice Anastasio que san Cornelio, seis meses antes de morir, le habia entregado todos los bienes de la Iglesia, y que san Lucio al tiempo de su muerte le confió todo el rebaño, recomendándole toda la Iglesia afligida. Algunos son tambien de opinion que san Estéban gobernó la Iglesia como vicario de san Lucio, que fué desterrado pocos dias despues de su eleccion.

Luego que se sentó en la cátedra de san Pedro, se dedicó enteramente á desempeñar todas las obligaciones de aquella suprema dignidad. Ofreciéronsele presto ocasiones en que resplandecieron su virtud, su zelo y su gran capacidad. Por mas artificios de que

se valieron los herejes para sorprenderle, ó para intimidarle, siempre y en todas ocasiones se mostró el santo pontífice azote de la herejía, defensor de los sagrados cánones y oráculo de la Iglesia.

Fueron acusados y convencidos de *Libeláticos* Basílides, obispo de Astorga en España, y Marcial, obispo de Mérida. Llamábanse *Libeláticos* aquellos cobardes cristianos, que, si bien no habian sacrificado á los ídolos, daban ó recibian certificaciones falsas de haber sacrificado, para libertar por este medio su vida, su libertad y sus bienes. A este delito de los dos prelados se añadian otros tan enormes, que los hacian indignos de la mitra, viéndose precisados los obispos de España á deponerlos y á nombrarlos sucesores. Acudieron al papa Basílides y Marcial, haciendo cuanto pudieron para engañarle. Recibiólos, y los oyó con tanto amor y con tanta benignidad, que ya se daban por restituidos á sus sillas; pero luego que el santo pontífice recibió las cartas de san Cipriano y de los obispos de España, en que le informaban de los delitos que habian cometido, no quiso verlos mas y mantuvo inflexible su teson.

Pero lo que da mayor idea del alto mérito de nuestro santo es la célebre disputa que se suscitó entre los mas santos y mas sabios obispos de la Iglesia sobre el valor ó nulidad del bautismo conferido por los herejes. Parece que esta disputa tuvo principio en la iglesia de Cartago, donde san Cipriano, fundándose en la práctica de su predecesor Agripino, enseñaba ue era nulo todo bautismo fuera de la Iglesia católica; y por consiguiente, que se debian rebautizar todos los herejes que se reconciliaban con ella. Siguieron esta misma opinion los obispos de Oriente, que se juntaron en Iconio, y fué la dominante así en el Oriente como en el Africa. Pero san Estéban la condenó, y declaró que respecto de los que volvian al

gremio de la Iglesia, de cualquiera secta que fuesen, *nihil innovetur*, nada se debia innovar sino seguir precisamente la tradicion, que era imponerles las manos por la penitencia, sin rebautizarlos, una vez que hubiesen sido bautizados en el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por otra parte no se omitiese cosa alguna de las esenciales al bautismo.

Costó trabajo á san Cipriano mudar de parecer. Convocó muchos concilios que confirmaron su opinion, y en virtud de esto escribió al papa. Lo mismo hicieron los obispos de Oriente; pero san Estéban, guiado del Espíritu Santo, que gobierna siempre la Iglesia, y asistido con aquellos auxilios sobrenaturales que Jesucristo prometió á su vicario hasta el fin de los siglos, ni se deslumbró á vista del mérito, ni se acobardó con el número de los que se oponian á su declaracion; y así escribió resueltamente á san Cipriano y á los obispos de Cilicia, de Capadocia y Galacia, que se separarian de su comunion si persistian en su opinion sobre el bautismo de los herejes. Con el tiempo se redujeron todos los obispos de Oriente á la decision del pontífice, contribuyendo no poco á este feliz suceso san Dionisio, obispo de Alejandría. Mayor fué la resistencia de los obispos africanos; pero al fin toda la Iglesia abrazó lo definido por san Estéban. Tambien tuvo el consuelo de saber por carta de san Dionisio Alejandrino que en general todo el Oriente habia abandonado el partido de los novacianos, uniéndose con Roma; y al mismo tiempo que le participa esta gustosa noticia, se congratula con el santo papa de los socorros espirituales y temporales que solicitaba á los fieles de Siria y Arabia; prueba evidente de lo mucho á que se extendia su caridad y vigilancia pastoral, dilatándose esta á todas las necesidades de la Iglesia, siendo su zelo tan inmenso como aquella.

Al principio de su pontificado le escribieron Faustino, obispo de Leon, y san Cipriano, que Marciano, obispo de Arlés, daba en los errores de los novacia nos, y se habia declarado parcial de aquella secta: al punto procedió contra él con todo el vigor de su zelo; pero siempre acompañado de mucha blandura y caridad. Con la paz que gozó la Iglesia los primeros años del imperio de Valeriano, pudo el santo pastor cuidar de su rebaño con toda libertad, desviándole de los pastos inficionados; pero duró poco esta dulce tranquilidad. Marciano, su primer ministro y uno de los enemigos mas mortales del nombre cristiano, mudó la voluntad del príncipe, y le indujo á declarar la guerra á nuestra santa religion; en cuyas circunstancias no perdonó san Estéban medio ni diligencia para fortalecer á los fieles contra la tempestad que los amenazaba.

Publicó el emperador un edicto por el cual confiscaba los bienes de los cristianos, y los concedia al que los denunciase. Con esta ocasion, convocó el santo papa al clero y al pueblo; y habló con tanta energía y con tanta eficacia sobre la vanidad de los bienes de esta vida, inspirando á todos tan animoso valor, que un presbítero llamado Bono, arrebatado de un santo fervor, exclamó á nombre de todos, que no solo estaban prontos á perder todos sus bienes, sino á padecer los mas crueles tormentos y á dar la vida por Jesucristo; declaracion que fué recibida con aplauso universal. Encendido el fuego de la persecucion, es indecible el ardor con que todos se disponian al martirio. El santo papa andaba de casa en casa, y pasaba 'os dias en lugares subterráneos, ofreciendo el santo sacrificio, y dando á los fieles la sagrada comunion. En un solo dia bautizó ciento y ochenta catecúmenos, administróles el sacramento de la confirmacion, dicen las Actas, ofreció por ellos el sacrificio incruento,

sustentólos con el pan de los fuertes, y pocos dias despues casi todos merecieron recibir la corona del martirio.

No dudando el santo pontífice que él mismo seria tambien dichosa víctima dentro de poco tiempo, quiso dar providencia en las necesidades de la Iglesia. Arregló lo que mas urgia en la actual constitucion de los negocios para el gobierno de su querido rebaño; encargósele á tres presbíteros, siete diáconos y diez y seis clérigos, á quienes encomendó la custodia de los vasos sagrados y la distribucion de las limosnas. Al mismo tiempo que daba estas providencias, poniendo órden en todo, andaba buscando al santo papa, Nemesio, tribuno militar, por haber oido que era hombre extraordinario de mucho poder con Dios, y que hacia grandes milagros. Tenia el tribuno una hija única, ciega desde su nacimiento, á quien amaba tiernamente. Encontró en fin á san Estéban, y le suplicó que diese vista á su hija. Harélo, respondió el santo, pero con condicion de que has de creer en Jesucristo, en cuyo nombre y virtud he de obrar el milagro. Sin detenerse un punto, lo prometió todo Nemesio, y asegurando con juramento que se haria cristiano, desde luego creyó en Jesucristo y pidió el bautismo. Instruyóle el papa, y bautizóle juntamente con su hija, la cual cobró la vista luego que recibió el bautismo, y se la dió el nombre de Lucila. A vista de esta maravilla se convirtieron y se bautizaron sesenta y tres gentiles, creciendo cada dia tanto el número de los cristianos, que san Estéban, corriendo dia y noche las grutas en que estaban escondidos para alentarlos, consolarlos, asistirlos y decirles el santo sacrificio de la misa, contínuamente estaba administrando el santo bautismo á los que habia instruido.

Fueron mientras tanto arrestados Nemesio y su hija Lucila, como tambien Sempronio, su primer se-

cretario, ó mayordomo de su casa, á quien el juez le mandó que, so pena de la vida, declarase el estado de todos los bienes de su amo. Respondió el fiel criado que el tribuno nada tenia absolutamente desde que todo lo habia repartido entre los pobres. *¿Luego tú tambien eres cristiano como tu amo?* replicó Olimpo, que así se llamaba el juez. *Esa dicha tengo, y me honro mucho con ella*, respondió Sempronio. Irritado Olimpo con esta respuesta, hizo traer una estatua del dios Marte, y mandó á Sempronio en nombre de aquella mentida deidad que declarase los tesoros de Nemesio. Mirando Sempronio con indignacion al ídolo, exclamó: *Confúndate nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, y hágate pedazos en este mismo instante.* Al momento cayó el ídolo á sus piés reducido en polvo. Asombró á Olimpo el milagro; y abriendo los ojos del alma, creyó que todos sus dioses eran quimeras, y que no habia otro verdadero Dios que Jesucristo. Descubrióse á Exuperia, su mujer, que interiormente era cristiana; esta le confirmó en su pensamiento, y le aconsejó que se convirtiese. Hízolo con toda su familia; acudiendo san Estéban informado de lo que pasaba, instruyólos, bautizólos y los exhortó á la perseverancia.

Metió mucho ruido en Roma la conversion de una familia tan conocida; y noticioso el emperador, lleno de ira, mandó que á todos les quitasen la vida en un mismo dia, teniendo el santo papa el consuelo de darles á todos sepultura. La misma suerte lograron otros doce clérigos ó presbíteros de su iglesia, á cuya frente estaba el fervoroso presbítero Bono. Habiendo enviado al cielo delante de sí el santo pontífice tanto número de generosos mártires, suspiraba tiempo habia por la misma corona, y al fin la consiguió. Mandóle prender el emperador, y quiso verle. Preguntóle luego si era él aquel sedicioso que turbaba el estado,

desviando al pueblo del culto debido á los dioses del imperio. *Señor*, respondió el santo, *yo no turbo el estado; solo exhorto al pueblo á que no rinda culto á los demonios, y á que adore al verdadero Dios, á quien únicamente se le debe. Impío*, exclamó el emperador, *esa blasfemia que acabas de proferir la vengará tu muerte*; y volviéndose á los soldados de su guardia, añadió: *Quiero que sea conducido al templo del dios Marte, y que allí sea degollado y ofrecido en sacrificio.* Ejecutóse la órden, lleváronle al templo de Marte; pero apenas llegó cuando el cielo rompió en truenos, relámpagos y rayos; cayó en tierra el templo, y huyeron todos los gentiles. Quedó Estéban solo con los cristianos que le habian seguido; retiróse con ellos al lugar donde acostumbraban juntarse, y ofreció el divino sacrificio. No bien acabó de celebrar el del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, cuando vió acercarse el feliz momento en que él mismo habia de hacer el de su vida; porque, entrando los soldados que le andaban buscando por todas partes, le degollaron sobre su misma silla pontifical, cuando estaba exhortando á los cristianos al martirio. Sucedió el suyo el dia 2 de agosto, hácia el año de 249, y su santo cuerpo, con la silla en que fué sacrificado, bañada toda de su sangre, fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto. Trasladóse su cabeza á Colonia, donde es singularmente venerada.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Deus, qui nos beati Stephani, martyris atque pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Estéban, concédenos que, cuando celebramos su dichoso nacimiento á la gloria, logremos

Dominum nostrum Jesum Christum...

su poderosa proteccion en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 20 de los Hechos apostólicos.*

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum, vocavit majores natu Ecclesiæ. Qui cùm venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Vos scitis à prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter vobiscum per omne empus fuerim, serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus, quæ mihi acciderunt ex insidiis judæorum: quomodò nihil subtraxerim utilium, quò minus annuntiarem vobis, et dòcerem vos publicè, et per domos, testificans judæis atque gentilibus in Deum pœnitentiam, et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum.

En aquellos dias: Estando Pablo en Mileto, envió mensajeros á Éfeso para llamar los ancianos de la Iglesia. Despues que llegaron y estuvieron juntos, les dijo Pablo: Vosotros sabeis cómo me he portado con vosotros en todo el tiempo desde el primer dia que entré en el Asia, que serví al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas, entre los contratiempos y aflicciones que me sucedieron por las asechanzas que me armaron los judíos que no oculté á vuestro conocimiento cosa alguna de las que os podian ser útiles; no dejando por caso alguno de anunciarla, ni de instruiros públicamente, y en las casas, exhortando á los judíos y á los gentiles á convertirse á Dios por la penitencia, y á creer en nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

«Intituló san Lucas la obra de donde sacó esta epístola los *Hechos de los apóstoles*, para que busquemos en ella, dice san Juan Crisóstomo, no tanto los prodigios que hicieron, cuanto las virtudes y santas acciones que practicaron.»

## REFLEXIONES.

*Bien sabeis cómo me he portado entre vosotros desde el primer dia que entré en el Asia sirviendo á Dios.* Este es el lenguaje que deben usar todos aquellos que por su ministerio se emplean en la salvacion de las almas, y trabajan en la conversion de los pecadores. Su desinterés, su exacta bondad, su vida pura, mortificada y ejemplar, su modestia y su notoria virtud se han de anticipar á ganarles el concepto y los corazones, haciendo estas prendas el panegírico de su zelo. Prediquen los ministros del Evangelio con las obras; y siempre hará fruto el predicador. Es poderoso en palabras el que es poderoso en obras; son los ejemplos un discurso mudo, mas elocuente que el de los mas hábiles oradores. Lo mismo se puede decir del ministerio de confesar y dirigir almas. Todo zelo interesado es infructuoso. ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan á sí mismos! decia en otro tiempo el profeta (*Ezeq.* 34): *Væ pastoribus Israel, qui pascebant semetipsos!* El oficio de pastor ¿no es apacentar el rebaño? *Nonne greges à pastoribus pascuntur?* Y con todo eso, vosotros le comeis su leche, os cubris con su lana, y no cuidais de apacentarle: *Quod infirmum fuit, non consolidastis.* Ni confortásteis las ovejas flacas, ni curásteis las enfermas. *Et quod ægrotum, non sanastis.* Si alguna cayó, no la levantásteis; si otra se perdió, no hicísteis diligencia para encontrarla; descarriáronse mis ovejas, y de esa manera cayeron en los dientes y en las garras de las fieras: *Et factæ sunt in devorationem omnium bestiarum.* Por tanto, ó pastores, oid la palabra del Señor, añade el profeta: esto es lo que os dice, yo mismo pediré cuenta á estos pastores de todos los daños que padeció mi rebaño: ellos me la darán de todas las ovejas que se

pierden: *Ecce ego ipse requiram gregem meum de manu eorum.* Para que el zelo sea eficaz, ha de ser puro. Si en los ministerios no procedemos, y si no nos aplicamos á ellos por motivos puramente sobrenaturales, nuestra aparente caridad será un verdadero amor propio disfrazado; y nosotros semejantes, dice el Apóstol, á una campana hueca, sonido y nada mas. Si tuviéremos la misma caridad que san Pablo, nuestra misma conducta será la mejor apologia contra la mas infame calumnia. Busquemos á Dios sole en nuestros ministerios, y con ellos ganaremos para Dios á todos los pecadores.

*El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundùm oper ejus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

# MEDITACION

## DE LA ABNEGACION DE SÍ MISMO.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la abnegacion de sí mismo no solo es necesaria para la perfeccion cristiana, sino que, segun las palabras del Evangelio, parece serlo tambien para la salvacion. *Si alguno quisiere venir en pos de mí*, dice el Salvador, *niéguese á sí mismo.* Nuestro mayor enemigo es nuestro amor propio; nace en un terreno estragado; está inficionado el principio, y no es mas sanó su fin. ¿Qué amamos cuando nos amamos á nosotros mismos? Amamos todo lo que es contrario á la salvacion; bienes de la tierra, deleites sensuales, licencia, libertad, distinciones, preeminencias, todo lo que lisonjea los sentidos, todo lo que fomenta la concupiscencia, todo lo que corrompe el corazon; en una palabra, todo aquello que nos desvia de Dios, todo es muy del gusto de la naturaleza corrompida. El amor propio siempre está de acuerdo con los sentidos; todo lo que se opone á estos irrita y ofende á aquel; todas las pasiones, por decirlo asi, están á su mando; todas reinan en su nombre; el amor, el odio, la venganza, la ambicion, el orgullo, todos estos tiranos del corazon humano, todos estos enemigos de nuestra salvacion, todas estas fieras son obra de la concupiscencia. Quita del mundo al amor propio, decia san Bernardo, y el infierno se convertirá en un desierto, ó se apagarán sus llamas, ó á lo menos estarán ociosas y sin ejercicio. Quita de ti el amor de ti mismo, de tu estimacion, de tus conveniencias, y el hombre cristiano no será ya un hombre animal y sensual, sino un hombre todo espiritual, sin gusto en nada fuera de Dios, sin

hallar otra quietud ni otro consuelo que el ejercicio de la perfeccion. Tiene el amor propio sus caminos, pero aquellos solos que llevan á sus fines; y como estos son tan contrarios á los de Jesucristo, es preciso que aquellos sean muy opuestos á los del Evangelio. Si queremos seguir los unos, necesariamente nos hemos de desviar de los otros; para seguir los pasos de Jesucristo, es indispensable renunciarnos á nosotros mismos. Debemos hacer contínua oposicion á las inclinaciones naturales, y mortificar sin intermision nuestros sentidos. Debemos vencer las pasiones, debemos aborrecernos á nosotros mismos si nos queremos salvar. Gustemos ó no gustemos de estas máximas, alborótese ó no se alborote el entendimiento y el corazon humano contra esta ley, ella es indispensable; y sea ó no sea creido Jesucristo, su palabra es infalible, y no se puede mudar. Siempre será verdad, mientras el mundo exista, *que el que quisiere salvar su vida, la perderá; y el que la perdiere por Jesucristo, ese la ganará.*

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que la abnegacion y el odio de sí mismo, que tanto nos recomienda el Evangelio, no es un odio absoluto de todas nuestras cosas, sino de nuestra corrupcion, del desórden de nuestras inclinaciones, de las ilusiones que padecemos, de las viciosas propensiones de nuestra alma. ¿Quién negará que todos estos defectos son objeto justo de nuestra indignacion? Este es el orígen de nuestras inquietudes, de nuestros disgustos, de nuestras pesadumbres, y en fin, de nuestra perdicion. Frutos son de nuestra corrupcion nuestras imperfecciones, nuestros pecados, y los mas funestos, los mas enormes delitos que se cometen. ¿Pues qué objeto mas digno de

nuestro aborrecimiento? Este es el odio santo que nos pide Dios; y este odio se funda, por decirlo así, en el verdadero amor que quiere Dios nos tengamos á nosotros mismos; porque el aborrecerse santamente, es verdaderamente amarse. Aman tiernamente aquel padre y aquella madre al único hijo que tienen, y es todo su consuelo y todas sus delicias; pero en medio de este amor si le amenaza una apostema, si se le forma una llaga, ¿qué no le hacen padecer para curarle si la llaga y la apostema le pueden ocasionar la muerte? Queman, sajan, martirizan al paciente, no solo á vista, sino á solicitud de su amantísima madre. ¿Se dirá que aborrece á su querido hijo? No: lo que aborrece es la causa de su mal, que le pone á riesgo de la vida. La mayor prueba de su amor es el mismo aborrecimiento á su mala constitucion, á su temperamento delicado y achacoso. Este es el análisis y la verdadera imágen del odio, de la abnegacion de sí mismo. ¡Oh y cuánta verdad es que nunca nos amamos mas que cuando mas nos aborrecemos! Este santo odio de sí mismos le tuvieron todos los santos, en tal grado, que en virtud de él solicitaban con la mayor ansia todo lo que era contrario á los sentidos, opuesto á la concupiscencia, y enemigo del amor propio. De aquí nacia aquella inocente crueldad con que se trataban, aquella espantosa mortificacion de la carne, aquellas horrorosas penitencias, aquella abnegacion de sí mismos, que fué comun á todos los santos. Pregunto: ¿Fueron sabios? ¿fueron prudentes? ¿pudieron tomar otro camino para seguir á Jesucristo cuando sabian muy bien que no habia otro? Y si le hubieran tomado diferente, ¿en qué hubieran parado?

¿Y en qué pararé yo, Señor, que á solo el nombre de abnegacion y de mortificacion me espanto y me atemorizo? ¿abriréis vos un nuevo camino del cielo

para mí? ¿podré lisonjearme de que os sigo, mientras solo pienso en satisfacer mis sentidos, y en dar gusto á mis pasiones? ¡Ah Señor, mucho tiempo ha que ando descaminado! Mirad con ojos de compasion á esta oveja perdida; hacedla que vuelva á entrar en el camino del cielo. Amándome á mí mismo me perdí; tiempo es ya de que me aborrezca. Concededme este santo odio, sin el cual no puedo esperar salvarme.

## JACULATORIAS.

*Vivo ego, jam non ego: vivit vero in me Christus.* Ad Galat. 2.

Vivo yo, pero ya no yo; Jesucristo vive en mí.

*Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* Ad Galat. 5.

Confieso, Señor, que solo son vuestros aquellos que crucifican su carne con todos sus viciosos apetitos.

## PROPOSITOS.

1. Nunca envejece el amor propio; cuanto mas reina, tanto mas crece su autoridad. Manda en los jóvenes con ímpetu y con violencia; pero en los viejos con cierta especie de tiranía. De aquí nace en estos aquella enfadosa tenacidad en mantener su antiguas opiniones, y aquel aferrarse en no mudar de ideas. En ellos no discurre sola la razon; la pasion, el genio y la costumbre contribuyen tambien con los primeros principios, y entonces tiene mas parte el corazon que el entendimiento. De aquí proviene aquel enfadarse y aquel ofenderse los viejos siempre que se les contradice. Las preocupaciones del corazon son siempre las mas fuertes y las mas tenaces, siendo el orígen de todas ellas aquellas inclinaciones que nacen y se crian

con nosotros. Ataja estos defectos, debilitando con tiempo al amor propio. Una vez que á este se le corten los brios, presto se doman las pasiones. Nunca obres por pura inclinacion; sobre todo, en el estado religioso jamás solicites ni las ocupaciones, ni las cosas, ni los ministerios que se conformen con tu gusto; además de la abundante cosecha de desazones que hallarás en eso, tendrás el desconsuelo de no saber si es voluntad de Dios que estés en ese lugar ó en esa ocupacion que tú mismo escogiste. Y cuando Dios no nos quiere en ninguna parte, ¿será de mucho mérito lo que trabajamos y lo que padecemos? Pues diste gusto á tu amor propio, de él solo debes esperar el premio. Pero ¿qué premio? Ser infeliz y desgraciado.

2. No creas que es ejercicio trabajoso el de la abnegacion de sí mismo; nada tiene de áspero sino el nombre. Haz la experiencia, y hallarás que el consuelo interior que acompaña siempre al vencimiento de sí mismo, despoja al combate de toda la dureza. No solo no debes hacer cosa ninguna gobernado precisamente de tu inclinacion, sino desconfiar mucho de todo lo que esta te representa como útil y aun como necesario. Es muy ingenioso el amor propio para deslumbrarnos; jamás le faltan pretextos especiosos y aparentes. La gloria de Dios, el provecho del prójimo, el bien del estado, el adelantamiento de la familia, y hasta la salvacion de las almas, todo esto es cebo, todo es sobrescristo para el amor propio. Vive muy prevenido contra un enemigo doméstico tan artificioso. Mortifica tus sentidos; mira que sus frutos están emponzoñados; su veneno es gustoso, pero mata. Acuérdate que el terreno de tu corazon, sobre ser de mala calidad, es un matorral; y es necesario cortar, cavar, arrancar arriba y abajo para que dé algo de provecho, y hacerle menos estéril. *El que me quisiere seguir, niéguese á sí mismo.* Tanto aprovecha-

ras, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, cuanta violencia te hicieres.

---

## SAN PEDRO, OBISPO DE OSMA.

Cuanto mayor y mas recomendable ha sido el mérito de aquellos grandes varones que destinó Dios para ornamento de su Iglesia, tanto mayor ha sido el descuido de los hombres en trasladar á la posteridad sus grandes acciones y aquellas menudas circunstancias de su vida, que no solo sirven de instruccion á los fieles, sino tambien á la piedad de sumo consuelo. Uno de estos grandes hombres fué san Pedro, obispo de Osma, del cual muchas circunstancias de su vida están en disputa. Sin embargo, se sabe lo necesario para comprender el gran cúmulo de gracias que en él depositó la divina misericordia, y para reconocer en él un ejemplar perfecto de la vida cristiana, con el cual debamos conformar nuestras acciones, que es el fin de esta espiritual leyenda.

En la provincia de Berri, y en el lugar de Bourges, nació san Pedro por los años de 1040, poco mas ó menos. Sus padres Guillelmo y Meimira eran, segun se cree, igualmente nobles por la ilustre ascendencia de su linaje, que por la piedad y santidad de sus costumbres. Estas dos cualidades se ayudaban mútuamente en la crianza de Pedro y en la formacion desu orazon. Infundian en este ideas de generosidad, pero sin altanería, haciéndole conocer su nobleza sin ensoberbecerle; y últimamente le enseñaban que no hay nobleza verdadera en donde no hay virtud, y que la vanidad de un antiguo linaje es insoportable cuando le afea lacorrupcion de costumbres. Prestóse dócil el



S. PEDRO,

OBISPO DE OSMA.

santo mancebo á las santas instrucciones de sus padres, y como Dios le tenia prevenido con bendiciones de dulzura para hacerle vaso de eleccion en su Iglesia, dispuso que fuese su soberana gracia lo primero de que se llenase su corazon, para que conservase despues tan dulce sabor todos los dias de su vida. Llegó Pedro á edad en que era necesario disponer de la carrera que habia de seguir. Su espíritu pronto, su genio vivo, su corazon dócil, y la instruccion correspondiente que hasta entonces le habian dado buenos maestros le habian puesto en estado de poder seguir con provecho y lucimiento tanto la carrera de las armas, como la de las letras. En aquel tiempo en que la guerra y el espíritu marcial llevaban la preferencia en todas las provincias del mundo, un furor desmedido habia enloquecido á los hombres hasta el punto de pretender la mútua destruccion, unas veces por añadir un rincon de tierra á sus posesiones antiguas, y otras haciendo que la religion sirviese de pretexto á su ambicion y á sus furores. La gente noble era la materia mas bien dispuesta en que habia producido todo su efecto el fuego de la guerra. No habia noble que no se alistase en las banderas militares, y esto mismo fué la causa de que Pedro, á fuer de noble, emprendiese el mismo destino.

Siguió algunos años este peligroso ejercicio, juntando á un mismo tiempo las virtudes de soldado con las de discípulo de Jesucristo. El valor, la fidelidad, la intrepidez, todas las prendas que constituyen un buen soldado se hallaban en Pedro; pero sin faltarle por eso la rectitud de intencion, la devocion fervorosa, la abstraccion del mundo y un encendido amor de Dios y de sus prójimos, que salvaron su inocencia entre los escollos de las armas. Sin embargo de esto, conoció el prudente jóven que el haberse conservado sin detrimento hasta aquel punto era un verdadero

milagro de la gracia de Dios, y que no era justo seguir con temeridad un camino cubierto de peligros. Consideraba al mismo tiempo el destino que daria á su vida, no siendo posible vivir en este mundo sin elegir un estado constante en que aprovechar á sus prójimos y servir á los designios de la Providencia. Ilustró Dios su entendimiento para que conociera la vanidad de los bienes del mundo, y le dió la fortaleza necesaria para despreciarlos por su amor. Florecia á la sazon el instituto de san Benito en aquel fervor y observancia con que ha enriquecido á la Iglesia dándole tantos y tan ilustres varones, como la sirvieron con su santidad y con su doctrina. Determinó, pues, hacerse monje benito, y aunque su determinacion padeció todas las contradicciones que ponen el mundo y el demonio á los santos propósitos, su espíritu superior lo venció todo, vistiéndose el habito en el monasterio Auriacense, uno de los de la Cluniacense reforma en Francia. Contento Pedro con el nuevo estado que habia elegido, comenzó á emplearse en todo género de virtudes, tanto que era un ejemplar verdadero de todas ellas, en que podian aprender fervor los monjes mas aventajados en la regular observancia. Allí permaneció algunos años, viviendo con la tranquilidad que habia apetecido, hasta que llegó el tiempo en que quiso Dios que sus virtudes pudiesen servir de mayor provecho, colocando á Pedro en un lugar eminente donde su ejemplo pudiese producir mas copiosos frutos.

Algunos dicen que Alfonso VI, rey de Castilla, que, al mismo tiempo que con su valor aterraba á los Moros, servia á la Iglesia con su zelo y su piedad, determinó reedificar el monasterio de Sahagun, destinándole para cabeza de todos los monasterios de España. Que, conociendo el prudente rey que la reedificacion no consistia tanto en la fábrica material del monaste-

rio, como en la formal de los individuos que habian de poblarle, solicitó que estos fuesen unos hombres consumados en virtud y en letras, capaces de difundir ambas cosas en todo su reino, y formar alumnos que las mantuviesen en lo sucesivo. Que con este intento, sabiendo que en el monasterio de Cluni habia sugetos capaces de llenar sus deseos y esperanzas, escribió al abad que le enviase algunos de toda su satisfaccion para plantificar aquella grande obra. Y últimamente, que, accediendo el abad á las humildes y justas súplicas del piadoso rey, le envió doce monjes, no menos célebres por su sabiduría, que por la santidad de sus costumbres, de los cuales fué uno Bernardo, que obtuvo despues con mucha gloria el arzobispado de Toledo, y otro nuestro santo, que habia sido su discípulo en la santidad y la doctrina. En la crónica general benedictina refiere Yepes este hecho de otra manera diversa. Dice, pues, que, volviendo de Roma el arzobispo Bernardo por Francia, eligió de diversos lugares varones virtuosos y literatos, y algunos jóvenes dóciles y de buenas costumbres, y los trajo á España, para aprovecharse de sus prendas y doctrina. Lo mismo refiere el arzobispo don Rodrigo, cuyo testimonio es sin duda de mucho peso. Como quiera que sea, san Pedro vino, segun algunos, al monasterio de Sahagun, en donde perseveró por algun tiempo, ejercitándose en la oracion, en vigilias y ayunos, cumpliendo con las obligaciones de un perfecto sacerdote. Salia algunas veces del monasterio á predicar la palabra de Dios, pretendiendo con esto evitar el ocio y aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de salud. Su vida estaba tan adornada de todo género de virtudes, que sus mismos hermanos le predicaban digno de los mayores honores. Era suave y apacible en su trato; moderado en sus conversaciones, dotado de una elocuencia tan persuasiva,

que era imposible oirle sin quedar persuadidos de sus santas instrucciones y saludables consejos. Sus ayunos eran continuos, y no lo eran menos sus vigilias; pero en lo que mas se señalaba era en la oracion y leccion espiritual, de donde sacaba los copiosos y dulces frutos que repartia despues sin envidia. Persuadido á que la unidad de espíritu y conformidad de costumbres es el muro fuerte que sostiene todo el edificio de la vida monástica, persuadia á sus religiosos á que viviesen en paz, unidos con el vínculo santo de la caridad. Hacia esto con tanta dulzura de palabras y con tan celestial elocuencia, que en su tiempo no pudo contaminar el monasterio el infernal monstruo de la discordia. Y como á la suavidad de su decir y á la solidez de sus razones daba tanta fuerza el ejemplo de sus costumbres, su magisterio lograba todos los frutos que apetecia su voluntad fervorosa. Venerábanle los monjes como á santo, y aplaudíanle como á sabio doctor; pero en medio de esto se humillaba delante de Dios, conociendo que todo bien y don perfecto desciende del Padre de las luces. Tenia fija en su corazon aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: *Cuanto mayor fuere tu mérito, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.* Esta celestial instruccion le hacia abatirse al ejercicio de los empleos mas humildes y comunes, sin pretender distincion respecto de sus hermanos; antes bien, reputándose por indigno siervo de los siervos de Jesucristo. A esto añadia la maceracion de su cuerpo, reduciéndole á la ley del espíritu con penitencias austeras, procurando seguir los pasos del que entre tormentos habia exhalado su espíritu en una cruz afrentosa.

Ya habia algun tiempo que el rey Alfonso conquistara la ciudad de Toledo, libertándola despues del prolongado sitio de tres años de la dominacion de los Moros. Inmediatamente pensó restablecer el órden

eclesiástico, restituyendo á aquella iglesia metropolitana todo el esplendor que antes habia gozado. Para este efecto nombró por arzobispo á Bernardo, hombre de gran capacidad, y muy á propósito para la ejecucion de grandes obras. Este sabio varon, que tenia todas las prendas necesarias para regentar áquella silla, dispuso llevar consigo sugetos aptos para poner en un estado de esplendor la iglesia de Toledo, que en poder de los Moros habia llegado á su total ruina. Eligió los hombres mas señalados en virtud y letras para proveer en ellos las dignidades eclesiásticas de mayor responsabilidad y trabajo, esperando con este medio volver á aquella iglesia todo el lustre que antes habia tenido. Entre los elegidos para este efecto fué uno san Pedro, á quien le confirió la dignidad de arcediano, bien satisfecho de que la desempeñaria á proporcion de las grandes virtudes y prendas que le adornaban.

Hecho arcediano, no aflojó un punto del riguroso tenor de vida que observaba en el monasterio. Rezaba diariamente el oficio largo y penoso que tienen obligacion de decir en el coro los monjes Cluniacenses. Su residencia ordinaria la hacia en la iglesia, no pudiendo su espíritu apartarse de aquel lugar santo en donde tenia depositado su tesoro. Cumplia exactamente las severas obligaciones de arcediano, ya tuviese que evacuar asuntos judiciales, ó emplearse en los delicados negocios á que le obligaba la caridad Su vida era un continuo tejido de santos ejemplos tanto, que llegó á extenderse su fama de manera que el rey, el arzobispo, el clero y el pueblo hablaban con admiracion de sus portentosas virtudes. Cuando esta fama estaba en su mayor auge, fué libertada de la dominacion de los Moros la ciudad de Osma, en la cual, como en Toledo, pensó el rey en restaurar la eclesiástica gerarquia, construyendo la iglesia, pro-

veyéndola de pastor, y adornándola de sacerdotes dignos que pudiesen dar perfeccion á tan santa obra. Dudábase de un sugeto digno y capaz de regentar la silla de Osma, y de completar las piadosas miras que abrigaba el rey en su corazon. Consultólo con el arzobispo de Toledo, y de comun acuerdo pusieron los ojos en san Pedro, cuyas virtudes les aseguraban el cumplimiento feliz de sus deseos. Insinuaron al santo su determinacion; pero el humilde siervo de Dios, considerándose con fuerzas muy desiguales á la grande carga que querian poner sobre sus hombros, rehusó admitirla con todo su corazon. El arzobispo de Toledo, que conocia que tanto mas digno es un sugeto de obtener las dignidades eclesiásticas, cuanta mayor es su repugnancia en recibirlas cuando se le confieren, y menor el concepto que tiene formado de su insuficiencia, instó al santo, le rogó y le propuso que aquella era la voluntad de Dios, en cuya ejecucion se complacia tambien al rey, que tan generoso se mostraba á favor de la Iglesia. No pudo san Pedro resistir á tan poderosas razones; y así, consagrado por el arzobispo, tomó sobre sí la dignidad y carga episcopal, y lleno de fervor y santos deseos se partió para Osma.

Luego que llegó á esta ciudad, emprendió la reedificacion de la iglesia catedral que los Moros habian destruido hasta los cimientos. Sus diligencias fueron tales, que, habiendo juntado sumas considerables, ya de sus propias rentas, y ya de las limosnas de los fieles, en breve tiempo principió y acabó una fábrica suficiente para dar á Dios el debido culto. Colocado nuestro santo en esta sublime dignidad, y habiendo conseguido restaurar el templo del Dios de las alturas, se entregó perfectamente al cuidado de sus ovejas, sin olvidarse al mismo tiempo de la santificacion propia. Considerábase como una antorcha puesta sobre el candelero, ó como una ciudad fabricada sobre

la alta cima de un monte encumbrado, en donde debia servir de espejo de perfeccion para todos sus súbditos. Así se empleaba continuamente en la contemplacion de las cosas celestiales y divinos misterios, macerando al mismo tiempo su cuerpo con ayunos, con vigilias y con un cilicio que traia á raiz de las carnes; enseñaba al pueblo con santas instrucciones, y cuidaba de que el clero se compusiese de sugetos beneméritos, respetables por su ciencia y sus costumbres. Los pobres, los enfermos y peregrinos eran el objeto principal de su tierna caridad. Socorríalos con abundantes limosnas, los asistia con la ternura de padre, y él por sí mismo los consolaba, practicando con ellos los oficios de humanidad y los esmeros de un prelado caritativo. Era manso y dulce de condicion para con todos aquellos que se hacian amables por la honestidad de sus costumbres. A los infelices que habian tenido la debilidad de cometer algun delito los corregia cariñosamente, pretendiendo lograr la enmienda mas bien que exacerbar sus heridas con la aspereza de sus reprensiones. Pero si tal vez encontraba reos que fuesen contumaces y obstinados en sus excesos, les aplicaba todo el rigor y severidad de las leyes, juzgando que la integridad de la justicia consistia tanto en la compasion con los penitentes y arrepentidos, como en la rigurosa severidad con los incorregibles y obstinados.

Una de las cosas en que se manifestó la fortaleza de este gran prelado fué la defensa acérrima que hizo de los derechos, bienes y pertenencias de su iglesia; no permitiendo que se violase su inmunidad, ni que se le usurpasen los bienes que le pertenecian de justicia. En esta materia nada habia que fuese capaz de arredrar su esforzado y zeloso corazon. Así logró que se restituyese á la Iglesia lo que le habian robado algunos poderosos, confiados temerariamente en su au-

toridad y sus riquezas; compeliéndolos con censuras eclesiásticas, cuando las persuasiones y los buenos modos no tenian efecto. De aqui le resultaron algunas furiosas persecuciones, que pusieron su vida en tan inminente peligro, que fué necesario que emplease Dios misericordiosamente sus milagros. A este propósito sucedió que en la misma ciudad de Osma habia un caballero sumamente rico, y que al mismo tiempo seguia la milicia. Confiado en sus armas y en sus riquezas, atropellaba los derechos de los demás ciudadanos, usurpándoles sus bienes con una desmesurada avaricia. Pero en lo que mas se habia cebado esta era en las posesiones eclesiásticas, de las cuales retenia muchas sin quererlas restituir. Amonestóle san Pedro, exhortóle con entrañas de caridad, y ejecutó con él todos los oficios de humanidad y política, para que, cediendo á la razon, restituyese á la Iglesia lo que era de ella. Negóse el sacrílego usurpador á las justas proposiciones del santo, el cual, viéndole contumaz y protervo, vibró contra él los temibles rayos de las censuras eclesiásticas. Esta determinacion irritó al caballero de manera que determinó quitarle la vida. Para ejecutar mas á su salvo este execrable delito, buscaba ocasion oportuna en que no pudiese defender al santo el pueblo que tanto le amaba. Sabiendo, pues, que san Pedro tenia que pasar al lugar de san Estéban á hacer la visita eclesiástica, pensó salirse al camino, y ejecutar sin contradiccion sus sacrílegas intenciones. Hízolo como lo habia pensado; pero apenas alcanzó á ver al santo que iba por su camino á larga distancia, cuando, poseido repentinamente del demonio, comenzó á sentir tan terribles dolores, que quedó casi muerto, y en estado tan miserable, que tuvieron sus criados que llevarle con gran trabajo á casa. Conocieron los criados que aquel era un castigo visible de Dios, con que á un mismo tiempo defendia la

vida de su siervo y los derechos de su Esposa. Se fueron al santo; le refirieron lo que habia sucedido; pidiéronle humildemente ayudase á su amo con sus oraciones; lo cual ejecutado por san Pedro, alcanzó del cielo que aquel mal aconsejado caballero fuese libre de la cautividad del demonio.

Con iguales maravillas á la referida manifestó Dios en otras varias ocasiones la santidad de su siervo, y lo gratas que le eran las oraciones y súplicas de este santo prelado. Siguiendo la visita de su obispado, llegó á una aldea llamada Lagan á las riberas del Duero. Acercóse al rio con el fin de lavarse las manos; y habiendo visto en él una extraordinaria multitud de pececillos que saltaban sobre las aguas, hizo sobre ellos la señal de la cruz con la punta del báculo, y les mandó que se acercasen á la orilla. Obedecieron los peces el precepto del siervo de Dios, quien, habiendo tomado uno, dió su bendicion á los demás, dejándolos en el rio. Envió aquel pez á un enfermo de cuartanas, que apenas le gustó cuando inmediatamente se vió libre de su dolencia, dando gracias á Dios y al santo prelado con lágrimas en los ojos. En el lugar de Fresnelo hizo Dios por sus merecimientos otro portento, que permaneció largo tiempo despues para consuelo y beneficio de los moradores. Habia el santo consagrado la iglesia, instruido á los fieles con sus paternales amonestaciones, y hecho todos los oficios de un verdadero pastor; pero el pueblo era tan infeliz y miserable, que, no habiendo habitacion donde el santo prelado pudiese recogerse con los suyos, se tuvo que retirar debajo de una encina cuyas ramas le sirvieron de albergue contra las inclemencias del tiempo. En este estado, sobrevino una penuria de aguatal, que ni los familiares del santo tenian con que apagar la sed que los atormentaba demasiado, ni él mismo con que lavarse las manos. Hizo

á Dios oracion; y de la misma encina bajó súbitamente tanta copia de agua, que bastó para todos, llegando las misericordias de Dios hasta el punto de hacer durar por mucho tiempo aquella agua milagrosa, que, bebida con fe, sirvió muchas veces de eficaz medicina contra las dolencias que padecian los habitantes de aquella comarca. Esta maravilla fué tan pública, que no quedó solamente encerrada en aquel estrecho recinto, sino que su fama se difundió por casi toda España, de manera que de todas partes solicitaban aquella agua saludable, que contenia en sí la virtud milagrosa que las oraciones del santo habian merecido del cielo.

Finalizada la visita, en la cual manifestó todas las virtudes de un tierno padre, de un solícito pastor y de un obispo perfecto, se retiró á su iglesia. Fuéle preciso despues pasar á Toledo, en donde encontró al rey Alfonso, su conquistador, gravemente enfermo. Asistió el bendito prelado á su muerte y funerales; y habiendo dejado ordenado el monarca que fuese trasladado su cuerpo al real monasterio de Sahagun que él habia edificado, san Pedro asistió á esta traslacion, que se hizo con la pompa y solemnidad que á las cenizas de un rey tan piadoso eran debidas. Concluido este negocio, determinaba volverse á su iglesia; pero quedaron frustrados sus intentos, habiendo sido acometido de la enfermedad que le ocasionó la muerte en el mismo acto de la celebracion de las honras del rey. Llegó sin embargo hasta Palencia, deseando con vivas ansias morir en el regazo de su esposa, por cuyo amor no dudó emprender aquel camino estando gravemente enfermo. Pero en Palencia se hicieron los síntomas de su dolencia tan funestos y peligrosos, que le fué necesario quedarse allí y desistir del viaje comenzado. En esta ciudad se alivió algun tanto con el esmero y diligencias caritativas de su obispo don

Pedro, el cual, conociendo cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel santo prelado, le procuró tales consuelos y medicinas que reparó algun tanto su fuerzas. Pero pasados algunos dias, conociendo el santo que se llegaba la hora de su dichoso tránsito, á pesar de todas las diligencias que practicaba su huésped, dijo al obispo de Palencia estas palabras. *Sabed, venerable hermano mio, que ha llegado ya la hora en que debo partir de esta vida á la inmortal gloria que, por los méritos de mi Señor Jesucristo, me está preparada; pido humildemente á tu caridad que cuide que este mi cuerpo sea llevado á la santa iglesia de Osma de la cual soy obispo, aunque indigno, para que en ella sea sepultado.* Dicho esto, cuidó de recibir los santos sacramentos, lo que hizo con muestras de tanta ternura, que los sollozos interrumpian sus palabras, y bañaban de lágrimas los rostros de los circunstantes. Dióles á todos su bendicion; y habiéndose despedido de ellos, clavó sus ojos en el cielo, y entregó su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura con que mueren los justos. Sucedió su gloriosa muerte el dia 2 de agosto del año 1109, hallándose presentes á ella el obispo de Palencia, el de Segovia y el de Zamora. Su venerable cadáver fué trasladado á la iglesia de Osma con aquella pompa y aparato que eran debidos á la gran fama de santidad que tenia. Colocóse en un sepulcro decente en la misma catedral; hasta que los continuos milagros con que Dios hacia glorioso el sepulcro de su siervo, dieron motivo á que fuese trasladado á una capilla que erigieron los canónigos en honor suyo, en donde es venerado de todos los fieles, que por su intercesion reciben continuas mercedes del cielo.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en el cementerio de Calisto, la fiesta de san Estéban, papa y mártir, quien, celebrando un dia la misa durante la persecucion de Valeriano, y sorprendido por unos soldados, permaneció impávido en el altar acabando los santos misterios comenzados, siendo luego decapitado en su silla.

En Nicea en Bitinia, el martirio de santa Teodata y de sus tres hijos. El mayor llamado Evodio, confesando á Jesucristo con gran serenidad; Nicecio, consular de Bitinia, le mandó apalear, y luego quemar á la madre con sus tres hijos.

En Africa, san Rutilo, mártir, quien, huyendo continuamente de lugar en lugar por librarse de la persecucion, y aun salvándose del peligro á fuerza de dinero, fué por último sorprendido un dia y presentado al juez, quien le hizo sufrir muchos tormentos, luego echar á las llamas donde murió coronado con el martirio.

En Padua, san Máximo, obispo de aquella ciudad, que, célebre en milagros, tuvo un fin venturoso.

En Apt en Provenza, san Auspicio, primer obispo de dicha ciudad, cuyos vecinos le veneran como á mártir.

En Blaisois, san Boario, obispo de Chartres.

En Castilla la Vieja, san Pedro de Osma.

En Verona, san Félix.

En Nicomedia, siete mártires.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Petri, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable solemnidad del bienaventurado san Pedro, tu confesor y pontífice,

nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

aumente en nosotros la devocion en el alma, y en el cuerpo la salud. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de glória para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

## REFLEXIONES.

Los varones justos, aquellos hombres dichosos que, correspondiendo á las magníficas gracias que derrama Dios sobre sus almas, se labran una corona de santidad heróica, no ciñiéndose solamente á su propia santificacion, sino procurando con igual desvelo la de sus hermanos, son engrandecidos por el espíritu

divino de una manera tan admirable, que arrebatan todas nuestras admiraciones. Hé aquí el sacerdote grande que en su tiempo agradó á Dios, y fué encontrado justo, dice algunas veces, ensalzando con el epíteto de grande á una miserable criatura, que delante de Dios es lo mismo que si no fuera. Esta felicidad, esta gloria á que suben los justos es sin duda ninguna digna de nuestras reflexiones, para que el corazon del hombre naturalmente inclinado á obtener elogios especiosos y magníficos quede convencido de que el verdadero camino de lograrlos es la práctica de las virtudes. Pero hoy debe reflexionar el cristiano en la epístola que aplica la Iglesia á san Pedro de Osma un carácter que hace á los justos mas admirables, y cuya consideracion debe producir efectos mas provechosos. Este gran sacerdote, dice el Espíritu Santo, fué la reconciliacion del pueblo para con Dios, cuando este Señor tenia justamente levantada la espada de su venganza. En estas palabras se atribuye al varon justo el oficio de pacificador, y una prudente reflexion persuade que no pudiera derramar la paz en el pueblo, reconciliando á los fieles con su Señor ofendido, si él mismo no tuviese una suma tranquilidad en su alma. En efecto, la cualidad de amigos que da Dios á sus siervos en justa recompensa de haber cumplido sus mandamientos, nos manifiesta que tienen todas las prendas necesarias para merecer esta grande honra que no se puede conseguir sin haber acallado primero todo el tumulto de las pasiones.

Un rey pacífico, un príncipe de paz, que vino á este mundo á derramarla sobre los hombres, como anunciaron los ángeles en la noche de su nacimiento, no puede tener amistad ni hacer participante de su amor á quien no le sea semejante en estas apreciables cualidades. Por esta causa conjeturan los sagrados

expositores que no quiso Dios que el rey David le edificase el suntuoso templo que habia delineado, sin embargo de ser un rey justo. Desde su juventud habia andado entre el estrépito de las guerras y de las armas, y concedió esta gloria al pacífico Salomon, para enseñarnos en cuán alto grado de estimacion tiene á la paz, y cuán gloriosas deben ser las cualidades de aquellos sugetos por cuyo medio la dispensa. Esto mismo hace reflexionar cuán odiosos deberán ser á nuestro Dios aquellos hombres que causan desavenencias y rencillas entre sus hermanos. Se debe inferir que su odio será á proporcion del amor y estimacion que hace de los justos, y de consiguiente, que así como estos son exaltados al grado supremo de gloria, siendo vínculo de paz entre Dios y entre los hombres; por el contrario los revoltosos son aquella gente pestífera que provocan las iras de Dios y excitan su justa venganza. Tú, cristiano, que te conoces reo delante de Dios en esta materia; que unas veces con chismes, otras con rencillas, otras con murmuraciones te haces la piedra de escándalo en que tropiezan tus prójimos, vuelve en tí, reflexiona la conducta de los santos, y aprende en sus obras á hacerte pacificador de la ira de tu Dios.

*El evangelio es del capítulo 25 de san Mateo*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque ta-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar

lenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam; intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

## MEDITACION.

### SOBRE LA PAZ DE LOS JUSTOS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que los justos, en premio de su justicia, esto es, de las santas obras con que procuran el cumplimiento de los divinos preceptos, son remunerados de Dios con una paz y tranquilidad de alma, que los

hace en este mundo muy semejantes á los bienaventurados. Esta verdad la conocerás mas perfectamente si llegas á formar idea de lo que es esta paz de que hablamos. San Agustin (*Serm. 57 de Verb. Dom.*) la difine en pocas palabras de una manera tan clara y tan precisa, que la hace no solamente conocer, sino tambien amar. *La paz*, dice, *es una serenidad de la mente, una tranquilidad del ánimo, una simplicidad de corazon, un vínculo de amor y una participacion de caridad*. En esto mismo da á entender que el justo no padece en su entendimiento aquella terrible lucha de dudas y opiniones que le hacen dudosa su felicidad. No tiene su corazon dividido con aquella muchedumbre de deseos que agitan al pecador, y le despedazan con unas esperanzas que jamás puede ver logradas. No padece aquellas angustias y congojas que causan los artificios con que los hombres mundanos se ven precisados á disimular en el semblante las turbaciones interiores de su conciencia. Por el contrario, gozan de todos los frutos que derrama la simplicidad en aquellos que proceden con ella en todas sus obras. Estas están vivificadas con un amor perfecto, siendo la caridad la raiz de donde nace la regla que las dirige, y el fin á que se encaminan. Su alma se ve colmada de una dulzura interior mas apreciable que todos los bienes y delicias de esta vida. Nada apetece sino á Dios, por nada suspira sino por la posesion de Dios, y en nada se ocupa sino en los medios que este Señor le inspira para llegar perfectamente á poseerle. Todos los demás bienes los mira con indiferencia, y como indignos de ocupar siquiera el mas mínimo de sus deseos. Siempre quieta, siempre gozosa, siempre tranquila, goza de una felicidad muy semejante á la que disfrutan aquellos felices ciudadanos de la celestial Jerusalen, quienes dichosamente perdieron sus esperanzas, porque poseen ya

el sumo bien, que es infinitamente mayor que todas ellas.

Por eso dice el mismo san Agustin (*Lib.* 19 *de Civit. Dei, cap.* 11) que el bien de la paz es un bien tan apreciable, que en todo lo criado no hay cosa que suene tan agradablemente en nuestros oidos, ni que se apetezca con mas delicia, ni que se posea con mayor utilidad; y con razon, porque la paz interior del alma es una señal de una perfecta reconciliacion con Dios, y una prenda de la amistad verdadera que el Señor tiene con los justos. En esto mismo se dice que el que disfruta de esta venturosa tranquilidad disfruta con ella todos los bienes imaginables; porque, siendo la amistad un vínculo de amor que hace los bienes comunes entre los amigos, es consecuencia necesaria que el justo pacífico haya de gozar de aquel inmenso tesoro de bienes que tiene Dios en sí mismo. ¿Qué felicidad hay en la tierra que pueda compararse con esta? Imagina todas las satisfacciones que disfrutan los poderosos; todo el conjunto de riquezas que poseen los mayores monarcas, y las conveniencias que les son inseparables; junta en uno todas las alegrías, todos los contentos y todos los deleites que pueden procurarse los mundanos; todo ello es una sombra, es una apariencia, es nada si se compara con la felicidad y delicia que tiene un justo dentro de sí mismo, cuando, fijando los ojos en su conciencia no encuentra motivo para creer que Dios sea su enemigo. Esta consideracion debe inflamar tu voluntad, llenándola de santos deseos de disfrutar la paz de los justos; pero no te olvides de que un beneficio tan supremo no se concede sino á los hombres de buena voluntad.

## PUNTO SEGUNDO

Considera que el bien de la paz interior del alma no

se puede lograr de otra manera que con la práctica de la virtud.

Toda la historia de las acciones humanas nos prueba con evidencia que el móvil de las grandes empresas de los hombres ha sido siempre la consecucion de una paz que se han propuesto en la consecucion de sus deseos. Los grandes conquistadores se han persuadido á que calmarian las turbaciones de su corazon en llegando á poseer aquellos paises que pretendian á costa de sangre y de intolerables trabajos. El sabio, negado á los deleites del mundo, y entregado á la contemplacion y estudio de la filosofía, sostiene su esperanza con la persuasion de que llegará tiempo en que, disipadas todas sus dudas, goce de una tranquila paz con los conocimientos que le suministra la sabiduría. El avaro, que pasa las noches en vela calculando riesgos y deduciendo ganancias, no tiene otro objeto que juntar un tesoro, en cuya posesion se imagina que gozará de una paz completa. De la misma manera piensa el que vuela exhalado tras de una falaz hermosura, el que corre ciego tras de las honras y dignidades, que cada vez huyen mas de sus anhelos; y últimamente, el que desea con ansia cualquiera de los bienes que se tienen por tales en el mundo. Todos ellos se persuaden neciamente que, luego que lleguen á conseguir aquello que pretenden, calmarán los deseos de su corazon, y sucederá á las inquietudes que le agitaban una dulce paz en que todo será delicia, todo gusto y regocijo. Creen que nada bastará á inquietar sus almas, y poseido aquel objeto, mirarán todos los demás con desprecio, ó á lo menos con indiferencia. Pero la experiencia misma nos enseña que, lejos de ser así, se han visto nuevamente inquietados por otros deseos, que atormentan el corazon tanto ó mas que los primeros. La consecucion de la dignidad, de la honra, de las riquezas ó del

objeto amado no es otra cosa que un paso dado en un camino interminable, la posesion de una sola gota de agua para el hidrópico, que quedaria sediento aun despues de haber bebido, siendo posible, los rios y los mares.

El medio mas razonable que han podido imaginarse los hombres para conseguir la paz del corazon, es sin duda la filosofía. Los estóicos hacian vanidad de poseerla: afectaban una estudiada indiferencia y desprecio respecto de los bienes perecederos que mas punzan en el corazon del hombre. Pero estos mismos se hallaban engañados, cuando su misma filosofía los constituia en la necesidad de tener á otros filósofos por enemigos, y les hacia probar los disgustos y disensiones de una guerra. Veíanse por otra parte afligidos de todas las miserias y calamidades de la vida; de manera que, á no estar ciegos, pudieran conocer fácilmente que no podia consistir la paz y la ventura en unos conocimientos que los tenian á ellos en un estado miserable. De todo esto se infiere que la paz del corazon no se puede encontrar sino en solo Dios, ni se puede obtener sino con la práctica de la virtud. Por eso decia san Agustin: *Nos hiciste, Señor, para tí, y siempre estará inquieto nuestro corazon mientras no descanse en tí.* Dios es la fuente de todo bien; es el cúmulo de todas las felicidades; es un océano inmenso de delicias; de consiguiente solo él es capaz de completar todos nuestros deseos, de satisfacerlos, de llenarlos, y aun de excederlos infinitamente. A la posesion de este soberano bien no se llega por otro camino que el de la virtud. El que practica esta, coloca en ella todo su bien, todo su tesoro y sus delicias. Ella le estrecha y le une con el mismo Dios, es una maestra que le enseña lo perecedero de todos los bienes del mundo, lo falaz de todas sus esperanzas. Ella le descubre

aquellas dulzuras escondidas que tiene Dios en sí mismo, y de que solamente los justos pueden ser participantes. Ella aclara los ojos para que vean las cosas conforme son en sí, y llame bienes á los que son verdaderamente bienes, conociendo por males á los males. Ella da quietud y sosiego al alma, haciéndola conocer aquella verdad del Sabio, que todo en esta vida es vanidad y afliccion de espíritu. Y últimamente, la virtud es la que causa la verdadera paz del alma, sosegando la inquietud de sus deseos, reduciéndolos á un solo objeto, que es Dios, y causando una paz y tranquilidad de que solamente disfrutan los justos.

## JACULATORIAS.

*Pax multa diligentibus legem tuam.* Salm. 118.
Dios mio, los que aman y ejecutan vuestras santísimas leyes, son los que gozan de una paz dulcísima y permanente.

*Justificati ergo ex fide pacem habeamus ad Deum.* Rom. c. 5.
Supuesto, pues, que por la fe hemos logrado el incomparable beneficio de ser justificados y reconciliados con nuestro Dios, tengamos paz con nuestros hermanos, y asimismo dentro de nuestros corazones con nuestros apetitos, sujetándolos á su santa voluntad, y haciéndoles servir á nuestra santificacion.

## PROPOSITOS.

No puede ser que se consideren los bienes de la virtud con viveza y madurez, que se fije la atencion en el sosiego interior que logran los virtuosos, sin que nazcan dentro de nuestro pecho unos ardientes deseos de gozar beneficio tan soberano. ¡Con qué envidia no

leemos las vidas de los santos cuando en ellas encontramos aquella paz imperturbable con que se mantenian en medio de la pobreza, de la desnudez, de las persecuciones, y aun en medio de los tormentos con que les quitaban la vida! Todos quisiéramos ser como ellos; desearíamos tener sus oidos para oir nuestras injurias; tener sus ojos para mirar como ellos los bienes de la tierra; y últimamente, su corazon para poseer aquella fortaleza con que reprimian todas sus pasiones, y aquella docilidad con que recibian las impresiones de la gracia. Una leve desazon con la familia turba todas nuestras operaciones; una leve falta del hijo ó del criado enciende la ira, y pone en nuestros labios los baldones y las amenazas; una injuria venial que nos haga nuestro prójimo nos irrita y nos provoca á la venganza; los mismos bienes de fortuna nos desasosiegan y agitan solo con no poseerlos. ¿No es esto una verdadera infelicidad, una miseria lamentable y un abismo de desdichas? ¿De qué te sirve ese puesto encumbrado, ni el tener en tu mano la suerte de tantos hombres, si á tí mismo te fabricas una suerte desdichada? ¿De qué te sirve esa riqueza, esa opulencia, ese lujo, si nunca estás contento, si la risa de tu rostro desmiente los pesares de tu corazon, y en medio de esos bienes de fortuna eres verdaderamente desafortunado? Propon desde hoy dedicarte á la virtud, y verás trocada milagrosamente tu suerte. Si padeces persecuciones, las recibirás con gusto como unos medios para labrar tu paciencia. Si te hacen injurias, te alegrarás con la ocasion de hacer á Dios aquel grande sacrificio de perdonar y amar á tus enemigos. Si padeces escasez de los bienes de fortuna, te gozarás con la consideracion de que tienes menos de que ser responsable, de que en eso imitas al Hijo del Eterno Padre, que se hizo pobre para que tú te enriquecieses con su pobreza; finalmente, en



LA INVENCION

DE S. ESTÉBAN PROTO-MÁRTIR.

la miseria y en la abundancia; en la bonanza y en la contradiccion; en el estado humilde y en el encumbrado; en la salud y en la enfermedad; en todos los instantes y momentos de la vida gozarás de una dulcísima paz entregándote á la virtud. Propon esto eficazmente á tu Dios, y procura acreditar con el testimonio de las obras la verdad y solidez de tus propósitos.

---

# DIA TERCERO.

## LA INVENCION DEL CUERPO DE SAN ESTÉBAN, PROTOMÁRTIR.

El culto que tributa la Iglesia á san Estéban, protomártir, es tan antiguo como su martirio. No se contentaron los fieles con llorar su muerte: rindieron pública veneracion á su memoria; imploraron su favor; tuvieron grande confianza en lo mucho que podia con Dios su proteccion; celebraron su fiesta con solemnidad; pero les faltaban sus reliquias, porque se ignoraba el lugar donde estaba sepultado su santo cuerpo.

Con efecto, le habia retirado secretamente del sitio donde padeció martirio un doctor de la ley, llamado Gamaliel, que era discípulo encubierto de Jesucristo, y llevándole á su heredad de Cafarmágala, distante siete leguas de Jerusalen, le enterró en una de las bóvedas ó grutas destinadas, á lo que se cree, para entierro de su familia. Mantúvose allí oculto por mucho tiempo. Y así por las calamidades que asolaron á la Judea despues de la muerte del Salvador, como por las persecuciones que excitó el infierno por es-

pacio de tres siglos para exterminar á los cristianos, se perdió del todo la memoria de su sepultura. Estaba ella misma enterrada bajo las ruinas de su sepulcro antiguo, sobre las cuales habia una iglesia servida por un sacerdote; hasta que en el año de 415, reinando los emperadores Teodosio el menor y Honorio, quiso en fin el Señor descubrir este tesoro escondido y hacerle célebre en todo el universo por el número de milagros; y el caso pasó de esta manera.

Era cura de la iglesia, debajo de la cual se ocultaba la sepultura de san Estéban, Luciano, presbítero de la iglesia de Jerusalen, por los años de 415. Ocupándose contínuamente este santo sacerdote en ejercicios de devocion y en las funciones de su ministerio, tuvo una revelacion, de que por muchos dias no hizo caso, desconfiando cautelosamente de ella, como lo refiere él mismo en la carta que escribió y dirigió á todos los fieles. Dice que, habiéndose quedado dormido un viernes 3 de diciembre, hácia las ocho de la noche, se le apareció Gamaliel en sueños, y le declaró el lugar donde estaba sepultado el cuerpo de san Estéban, protomártir, cerca del cual hallaria el suyo con el de su hijo Abibon y con el de Nicodemus. Encargóle que cuidase de aquellos cuerpos, no dejándolos olvidados por mas tiempo entre el polvo y la oscuridad; antes bien que pasase luego á estar con Juan, obispo de Jerusalen, y le dijese que él mismo acudiese personalmente á descubrir la sepultura. Despertó el presbítero Luciano; y no dando crédito á aquella aparicion precipitadamente, se postró en tierra, y suplicó humildemente al Señor que, si era legítima y verdaderamente suya la revelacion, se dignase repetírsela otras dos veces. Dispúsose para merecer esta gracia con un riguroso ayuno á pan y agua, *como lo acostumbramos en cuaresma:* estas son s voces. Así pasó hasta el viernes siguiente, 10 de

diciembre, en que segunda vez se le apareció Gamaliel, mostrándole en cuatro azafates llenos de diversas flores los diferentes merecimientos de los cuatro santos, cuyos cuerpos estaban en una mismas sepultura. El que representaba san Estéban era de oro, y estaba lleno de rosas encarnadas, en significacion de su martirio. Otros dos, menos preciosos, lo estaban de rosas blancas; y el cuarto, que era de plata, lo estaba de una especie de aroma que exhalaba exquisito olor.

Prosiguiendo Luciano con su ayuno, y multiplicando sus oraciones, á la misma hora se le apareció Gamaliel tercera vez. Soñaba entonces que estaba hablando con el obispo de Jerusalen, y que este le decia era menester llevar á aquella ciudad el cuerpo de san Estéban, y dejar los otros tres en Cafarmágala. Encargóle Gamaliel que no perdiese tiempo, y que solicitase con diligencia sacar de la oscuridad aquellas santas reliquias, para que los fieles no estuviesen privados por mas tiempo de los grandes beneficios que el Señor les queria hacer por intercesion de sus santos; y dicho esto, desapareció. Despertó Luciano, y reconociendo ya que no era sueño la vision, partió al punto á Jerusalen, y refirió al obispo Juan todo cuanto le habia sucedido, sin tocar la especie de la traslacion del cuerpo de san Estéban; pero el patriarca se anticipó á tocársela. Tenia precision este prelado de hallarse presente al concilio de Dióspolis, donde se habia de tratar sobre los errores del heresiarca Pelagio, y no podia por esta razon ir en persona á Cafarmágala: pero como tenia muy conocido aquel sitio, mandó al presbítero Luciano que hiciese cavar junto á un monton de piedras que le señaló, advirtiéndole que, si se encontraba algo, al punto le pasase aviso por medio de su diácono.

La noche del 18 de diciembre se apareció Gamaliel á un santo monje, llamado Migecio, y le señaló pre-

cisamente el lugar donde estaban enterrados los santos cuerpos, singularmente el del *Grande y Justo*; esto es, el de san Estéban, á algunos pasos de la misma aldea, en un campo que se llamaba *de la Gabri*, esto es, de los hombres fuertes, ó de los hombres de Dios; este nombre le daba el pueblo. Noticioso de esto Luciano, hizo cavar en el sitio señalado; y el mismo dia, que fué el 18 de diciembre, se encontró el tesoro que se buscaba. En el primer ataud que se halló, estaba grabada esta palabra hebrea *Cheliel*, que significa lo mismo que la palabra griega *Stephanos*, esto es, *corona*, y no se dudó ser aquel el sitio donde estaba enterrado el cuerpo de san Estéban.

Inmediatamente se pasó noticia de todo al patriarca, y este prelado partió al punto de Dióspolis á Cafarmágala, acompañado de los obispos de Jericó y de Sebaste. Abrióse á presencia de todos el ataud, ó el sepulcro de san Estéban, tembló la tierra, y salió tal fragancia del sepulcro, que se llenó todo aquel sitio de un suavísimo olor. Cobraron repentinamente la salud setenta y tres enfermos, y desde aquel mismo dia se repetian cada momento los milagros.

Halláronse enteros y en su situacion natural los huesos del santo; pero la carne estaba consumida. Dejáronse los huesos de los dedos con las cenizas en el mismo lugar, y cerrada la caja se trasladó á Jerusalen con solemne pompa, y se colocó en la iglesia de Sion, la mas antigua de toda la ciudad. Hízose la ceremonia el dia 26 de diciembre, y luego que se acabó, se desprendió una copiosa lluvia, por la cual habia mas de un año se estaba clamando al Señor, y todos la reconocieron por visible efecto de la poderosa intercesion de san Estéban. Eleváronse de la tierra los cuerpos de los otros santos, y se colocaron en lugar decente dentro de la reducida iglesia de Cafarmágala.

Hizo gran ruido en todo el mundo cristiano esta re-

velacion del cuerpo de san Estéban; y san Agustin, que vivia á la sazon, habla de ella como de un notorio milagro que obró el Señor para convertir, ó a lo menos para confundir á los herejes. La relacion del pres bítero Luciano, á quien Dios quiso descubrir este tesoro escondido, es uno de los monumentos mas auténticos que tenemos de la antigüedad. Escribióla e griego, y la dirigió á toda la Iglesia, á instancias de un presbitero español, llamado Avito, amigo suyo, que se hallaba en Jerusalen al mismo tiempo, y habiéndola este traducido en latin, la envió al Occidente por el presbitero Orosio, á quien entregó una corta porcion de reliquias del santo mártir. Reducíanse á una cantidad de cenizas de su cuerpo, y algunos huesecillos que pudo conseguir de su amigo Luciano, y los enviaba á la iglesia de Braga, de donde Avito era pr sbitero, esperando que el santo con su intercesion libertaria á España de las incursiones de los bárbaros, así como habia libertado á la Palestina de la sequía y de la esterilidad.

Cargado Orosio con aquel precioso tesoro y con la relacion de Luciano, aportó á la isla de Menorca, donde tuvo noticia de los estragos que hacian en España los Godos y los Vándalos, saqueándolo y destruyéndolo todo. No se atrevió á pasar adelante, y haciendo alguna mansion en Puerto Mahon, al cabo determinó volver al Asia en busca de san Agustin, y dejó las reliquias de san Estéban en la iglesia de aquella ciudad. Extendióse luego la visible proteccion de santo mártir en todos los parajes donde habia reliquias suyas. Eran judias las principales familias de Puerto Mahon, y en menos de ocho dias, despues que la ciudad estaba enriquecida con aquel tesoro, se convirtieron quinientos y cuarenta judíos á la religion cristiana, como consta de la relacion que hizo Severo obispo á la sazon de la isla.

Con eso, en todas las partes del mundo cristiano se solicitaban con ansia algunas de aquellas milagrosas reliquias. Regalaron con algunas desde Oriente á san Evodio, obispo de Uzal, gran amigo de san Agustin, y el santo las llevó procesionalmente á su iglesia con extraordinaria solemnidad. Colocáronse en un trono elevado en la parte superior del coro y magníficamente adornado con ricas alfombras y tapicerías; concluida la misa, se envolvieron en un pequeño pabellon de tela muy preciosa; y se encerraron en un armario, en que habia ventanilla, por la cual se tocaban los lienzos á la ampolla de las santas reliquias, que consistian en algunos fragmentos de huesos del santo protomártir. Testifica san Evodio que durante la procesion cobró repentinamente la vista un ciego, habiendo tocado la caja en que se llevaban; y despues de aquel dia fué tan grande el número de los milagros, y tuvieron tantos testigos, que al mismo santo le pareció preciso mandar hacer una especie de registro, ú de informacion auténtica de todos ellos, para conservar la memoria á la posteridad. Formóse un decente volúmen, que san Evodio hacia leer públicamente en la iglesia los dias festivos; y cuando se acababa de referir algun milagro, si estaba presente el sugeto con quien se habia obrado, se le mandaba subir al púlpito del evangelio, para que atestiguase la verdad del hecho con su misma declaracion.

Iba creciendo cada dia la devocion de san Estéban, y todas las iglesias hacian vivas diligencias para conseguir alguna reliquia suya, ó á lo menos alguna porcion de tierra de su sepultura, ó algun lienzo tocado á la caja de sus huesos. Logró la iglesia de Calamo algunas de esta especie, y luego se vieron en ella los mismos prodigios que habia obrado Dios en otras partes. Estos fueron tantos, que san Agustin y

los demás obispos comarcanos publicaron en sus edictos, mandando que todos aquellos que fuesen milagrosamente curados por intercesion de san Estéban, hiciesen una exacta relacion de su milagrosa curacion, sin omitir la mas menuda circunstancia: y afirma san Agustin que en poco tiempo se formaron muchos volúmenes abultados de esta coleccion.

Tambien tocó parte de este tesoro á la iglesia de Hipona, habiéndole recibido san Agustin por los años de 425. Hizo un panegírico del santo mártir, cuando recibió sus reliquias, y las colocó con la mayor solemnidad en la capilla de la iglesia dedicada al mismo san Estéban. En el libro 22 de la *Ciudad de Dios,* se puede leer el prodigioso número de milagros que obró Dios en la misma Hipona por intercesion del santo; de cuya mayor parte fué testigo el mismo san Agustin, y los hacia leer en su iglesia á presencia de los mismos con quienes se habian obrado; y no pocas veces ellos mismos lo referian, para dar mas peso á su verdad y desterrar del público todo género de duda.

No refiere pocos el mismo santo doctor. Una mujer ciega dió unas flores para que se las tocasen á la caja en que iban las reliquias de san Estéban; aplicólas despues á los ojos, y cobró la vista; de manera que, al volver á su casa, iba siguiendo á los que antes la guiaban á ella: *Cæca mulier, flores, quos ferebat, dedit · recepit, oculis admovit, protinus vidit: stupentibus qui aderant, præibat exultans, viam carpens, et viæ ducem ulterius non requirens.* Uno de los hombres mas distinguidos de la ciudad, llamado Marcial, era gentil y tan bien hallado con su ceguedad, que no consentia se le hablase de hacerse cristiano. Éranlo su hija y su yerno; y habiendo enfermado Marcial muy de peligro, ambos fueron á hacer oracion por su conversion delante de las reliquias de

san Estéban. El yerno cogió algunas flores que estaban sobre el altar, y aquella noche, sin que el enfermo lo advirtiese, se las puso á la cabecera: *Abscedens, aliquid de altari florum tulit, eique, cum jam nox esset, ad càput posuit.* Luego que amaneció el dia siguiente comenzó Marcial á clamar que creia en Jesucristo, que le administrasen el bautismo, y desde aquel dia hasta que espiró, no se le cayeron de la boca estas palabras: *Jesucristo, recibe mi espíritu*; aunque ignoraba eran las últimas que pronunció san Estéban: *Hæc quamdiu vixit in ore habebat: Christe, accipe spiritum meum; cùm hæc verba beatissimi Stephani, quando lapidatus est à judæis, ultima fuisse nesciret, quæ huic quoque ultima fuerunt.* En fin, dice el mismo santo doctor que en menos de dos años corrian ya setenta relaciones de otros tantos milagros hechos en Hipona desde que habian llegado las reliquias del santo, entre las cuales se cuenta la resurreccion de tres muertos. Uno resucitó, habiendo sido untado el cadáver con el aceite del santo protomártir. Las palabras de san Agustin son estas: *Cùmque corpus jaceret exanime, suggessit quidam ut ejusdem martyris oleo corpus perungeretur: factum est, et revixit.* El otro no fué menos admirable. Pasó un carro por encima de un niño, molióle los huesos y le dejó muerto en el mismo sitio. La afligida madre del niño tómale en brazos, corre á la iglesia, pónele en el altar del santo, y no solo resucita el niño al instante, sino que quedó sin la mas mínima lesion: *Et non solùm revixit; verumtamen illæsus apparuit.*

Asegúrase que los huesos de san Estéban que estaban en Jerusalen fueron trasladados á Constantinopla poco tiempo despues de su invencion, y que desde allí lo fueron á Roma en el pontificado de Pelagio I, colocándose en la iglesia de San Lorenzo. Sucedió esta invencion, como se ha dicho, el dia 18 de diciem-

bre; pero por ser privilegiados aquellos dias, y estar la santa Iglesia ocupada en disponerse para celebrar el nacimiento del Salvador del mundo, se señaló para esta fiesta el dia 3 de agosto, porque ya en él se celebraba otra á honor del mismo santo en la ciudad de Ancona, con motivo de una de las piedras con que fué martirizado, que se conserva cuidadosamente en dicha ciudad, adonde la trajo uno de los que se hallaron presentes á su martirio. Por lo menos el cardenal Baronio no da otra razon en sus notas al martirologio.

## MARTIROLOGIO ROMAN

En Jerusalen, la invencion del cuerpo del protomártir san Estéban, de los de san Gamaliel, san Nicodemo y san Abibon, debida á una revelacion divina hecha al presbítero Luciano en tiempo del emperador Honorio.

En Constantinopla, la fiesta de san Hemel, mártir.

En las Indias, fronteras de Persia, el martirio de unos santos monjes y otros fieles, á quienes el perseguidor de la Iglesia, el rey Abener, hizo padecer diferentes tormentos, y mandó acabar de matarlos.

En Nápoles en Campaña, san Aspren, obispo, quien, habiendo sido milagrosamente curado por el apóstol san Pedro y despues bautizado, fué creado obispo de la misma ciudad.

En Autun, la muerte de san Eufronio, obispo y confesor.

En Anagni, san Pedro, obispo, muerto en la paz del Señor, despues de haberse distinguido tanto en la vida monástica como en la vigilancia pastoral.

En Filipos en Macedonia, santa Lidia, tendera de púrpura, la primera en creer al Evangelio oyendo predicar allí á san Pablo.

En Bereo en Siria, las santas mujeres Marana y Cira.

En Arlés, san Eon, predecesor de san Cesario.

Tambien en Anagni, san Geofroa, obispo del Mans.

En Birvelito en los Paises Bajos, el venerable Jorje el Justo, pañero.

En el Monte valeriano cerca de Paris, el venerable Juan de Houssey, recluso.

En Como, san Juan el Orco, obispo.

En Coira, capital de los Grisones, san Gaudencio, obispo de dicha ciudad.

En Escocia, san Valten, abad.

En Nocera en la Capitanata, el bienaventurado Agustin de Gazothe, obispo de aquella ciudad, y antes de Zagrab en Hungría, del órden de santo Domingo.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue :*

Da nobis, quæsumus, Domine, imitari quod colimus, ut discamus et inimicos diligere, quia ejus inventionem celebramus, qui novit etiam pro persecutoribus exorare Dominum nostrum Jesum Christum...

Concedednos, Señor, la gracia de que imitemos al santo, cuya fiesta celebramos, para que aprendamos de su ejemplo á amar tambien á nuestros enemigos; puesto que celebramos la invencion de aquel que supo rogar por sus mismos perseguidores á nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 6 y 7 de los Hechos de los apóstoles.*

In diebus illis : Stephanus, plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa magna

En aquellos dias : Estéban lleno de gracia y fortaleza obraba prodigios y grandes maravillas

in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga quæ appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum, et eorum qui erant à Cilicia, et Asia, disputantes cum Stephano : et non poterant resistere sapientiæ, et spiritui, qui loquebatur. Audientes autem hæc, dissecabantur cordibus suis, et stridebant dentibus in eum. Cùm autem esset Stephanus plenus Spiritu Sancto, intendens in cœlum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem à dextris Dei. Et ait : Ecce video cœlos apertos, et Filium hominis stantem à dextris Dei. Exclamantes autem voce magna, continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum ; et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant : et testes deposuerunt vestimenta sua secus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephanum invocantem, et dicentem : Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens : Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cùm hoc dixisset, obdormivit in Domino.

en el pueblo. Mas se levantaron algunos de la sinagoga, llamada de los Libertinos, de los de Cirene y Alejandría, y de los de Cilicia y Asia, á disputar con Estéban ; y no podian resistir á la sabiduría, y al espíritu con que hablaba. Pero al oir sus razones, reventaban de ira en su interior, y rechinaban los dientes contra él. Mas Estéban, que estaba lleno del Espíritu Santo, fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pié á la diestra de Dios. Y dijo : Hé aquí que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está en pié á la diestra de Dios. Pero ellos clamando á grandes voces, se taparon los oidos, y se arrojaron todos á él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedreaban : y los testigos dejaron sus vestidos á los piés de un jóven que se llamaba Saulo. Y apedreaban á Estéban, que oraba, y decia : Señor Jesus, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, exclamó diciendo en alta voz : Señor, no les imputeis este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

## NOTA.

« El libro de los Hechos apostólicos incluye la historia de la Iglesia desde la ascension del Salvador hasta que san Pablo fué dado por libre, dos años despues que llegó á Roma: es decir, comprende la his-

toria de treinta años que corrieron desde el 34 de Cristo hasta el 64, y corresponde al veinte de Tiberio hasta el noveno de Neron.»

## REFLEXIONES.

San Estéban confundió y convenció á los judíos; pero no los convirtió. No sabe doblarse ni rendirse á la verdad el espíritu del error. Es vencido; rebienta de coraje, brama, rabia, recurre á las armas ó falta de razones, y no pudiendo sofocar la verdad, la desacredita, la calumnia, la oscurece. Es la pasion la madre de aquel espíritu; ella es la que anima al partido, y el error se inflama, se enciende, rompe, atropella y da testimonio de sus obras en los estragos que hace. Por eso nunca gritan los herejes, nunca meten mas ruido que cuando mas los aprieta la verdad. No pueden responder, y por tanto se llenan de furor; y á la cólera y la vergüenza sigue inmediatamente la venganza. Los ojos flacos no pueden sufrir mucha luz; y donde reina la pasion, tiene poca entrada la razon y menos la religion. Una vez que el corazon se ponga de acuerdo con el entendimiento, son incurables las preocupaciones por falsas que sean. Por mas que grite la conciencia; por mas que se ponga á la vista la verdad, se cierran los ojos y se tapan los oidos. Solo se piensa, solo se estudia, solo se procura destruir y aniquilar lo que puede turbar ó inquietar la pasion. Este es el orígen de aquell voluntad maligna, de quella obstinada pertinacia que se observa en los herejes de todos tiempos, acompañada de una cruel inhumanidad. Los enemigos de Jesucristo siempre lo son de sus siervos, pero singularmente de su Iglesia; todo su zelo se dirige á aumentar su partido. Demuéstrase este hecho en nuestra epístola : uniéronse todas aquellas sectas diferentes para disputar con Esté-

ban, y no pudieron resistir ni á su sabiduría, ni al espíritu que hablaba en él. A vista de aquel convencimiento, ¿quién no creeria que todos los judíos rendian las armas y se daban? Todo lo contrario : *Oyendo lo que Estéban les decia, bramaban y rechinaban los dientes contra él.* Este es el efecto que produce la verdad en corazones obstinados, en aquellos que resisten al Espíritu Santo. La pasion de los enemigos de Jesucristo nunca se para á la mitad del camino. No desiste hasta acabar con sus contrarios; persíguelos, no con argumentos, porque la razon es esclava donde la pasion domina, sino con la violencia, conduciéndolos esta á los mayores excesos. El fruto de la disputa fué la muerte de Estéban. A la rabia de los que no pudieron responder, fué sacrificado el discípulo de Jesucristo. Pero de aqui saca Dios su gloria; la Iglesia se multiplica; y la verdad, por mas que la pretendan oprimir, triunfa, en fin, en la muerte del primer mártir del Evangelio.

*El evangelio es del cap.* 23 *de san Mateo.*

In illo tempore dicebat Jesus turbis judæorum, et principibus sacerdotum : Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis, et crucifigetis, et ex eis flagellabitis in sinagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem : ut veniat super vos omnis sanguis justus qui effusus est super terram, à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariæ, filii Barachiæ, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico

En aquel tiempo decia Jesus á los escribas y fariseos : Ved que envió á vosotros profetas, y sabios, y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, que

vobis, venient hæc omnia super generationem istam. Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodo, donec dicatis : Benedictus, qui venit in nomine Domini.

todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas á los profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuántas veces quise reunir tus hijos, al modo que la gallina reune sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí, que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo, que no me veréis desde ahora, hasta que digais : Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

## MEDITACION.

### SOBRE EL ABUSO DE LOS BENEFICIOS DE DIOS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor prueba de la malicia del corazon humano, y de su negra ingratitud á Dios, es la resistencia á la gracia, y el enorme abuso que se hace de ella. Esta gracia, que se nos concede para obrar con ella nuestra salvacion, es un don gratuito del Señor, efecto puramente de la bondad con que nos mira, y muestra muy sensible de su paternal ternura. ¿Será perdonable que abusemos de ella y la despreciemos? ¿Y habrá seña mas visible y aun mas cierta de reprobacion, que este menosprecio y este abuso? ¡Cuánto nos quejaríamos si, mostrándose Dios insensible á nuestra perdicion, nos negase este medio esencialmente necesario para salvarnos! Condenéme, diria entonces un desdichado réprobo; pero, Señor, ¿podia dejar de perderme? Sin vuestra gracia, no me podia salvar; no estaba en mi mano arrancaros este

necesario auxilio, solo vos me le podiais conceder, y me le negásteis. Mas ahora, ¿qué cargos no nos puede hacer el mismo Señor? No ignoraba tu esterilidad, tu flaqueza, tu nada, dirá eternamente á un condenado; pero di providencia á todo. Tenias enemigos poderosos, malignos y sagaces; pero te dí armas para combatirlos, oraciones, consejos saludables, sacramentos, sacrificios, auxilios, ejercicios espirituales, penitencias, buenas obras; todo te facilitaba el vencer á unos enemigos que ya yo mismo habia desarmado. Eras tierra inculta y cubierta de broza, enviéte excelentes obreros para cultivarla, hombres zelosos, llenos de mi espíritu, directores sabios y prudentes, guias seguras y experimentadas, que con seguridad te condujesen al término por el camino de la perfeccion; ¿cómo usaste de todos estos medios? ¿cómo te aprovechaste de ellos? Envíoos profetas, sabios é intérpretes de la ley, dice el Salvador, y á unos les quitaréis la vida, á otros los azotaréis y á muchos los perseguiréis de ciudad en ciudad. Aprovecháronse muy mal los judíos de estos poderosos medios para su salvacion; abusaron extrañamente de ellos. Pero ¿nos aprovechamos mejor nosotros de los auxilios que Dios nos da y de los medios que nos ofrece? Traigamos á la memoria los beneficios que nos ha hecho. ¡Qué de auxilios! ¡qué de inspiraciones! ¡qué de piadosos movimientos! ¡qué de maestros y de profetas! ¿Y qué fruto hemos sacado de todo esto?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las cosas publican, todas nos están predicando la bondad que el Señor usa con nosotros. Estamos, por decirlo así, oprimidos con el peso de sus beneficios, colmados de sus favores espirituales y corporales, de sus bienes temporales y eternos.

Todo lo que tenemos, lo hemos recibido de su liberalidad; cuanto poseemos y cuanto esperamos, todo solicita nuestro corazon, todo nos ejecuta para el mayor reconocimiento. Pero ¿es este muy vivo? ¿es muy ardiente? ¿Cómo hemos usado de estos beneficios? Se abusa de sus dones; de ellos mismos se toma ocasion para desagradarle y para ofenderle; hasta de sus mismas gracias se abusa. Su paciencia y su misericordia sirven muchas veces de pretexto á nuestra ingratitud; somos malos, por lo mismo que Dios es bueno. Está nuestro corazon tan estragado, que convierte en veneno la triaca; no pocas veces se endurece mas el alma con aquello mismo que de suyo era mas eficaz para convertirla. ¿Qué fruto hemos sacado de tantos libros espirituales, de tantos sermones, de tantas confesiones, de tantas comuniones y de tantas oraciones? Bien puede Dios clamar, amenazar y muchas veces herir; los mismos golpes parece que nos amodorran mas; los accidentes mas funestos no bastan á despertarnos. Pocos años hay en que la muerte no coja de repente á alguna persona mundana en medio de los desórdenes del juego y de los espectáculos, sin concederla ni un breve intervalo entre la vida y la eternidad. Pero ¿quién se convierte á vista de esta desgracia? Espanta, asusta, se llora tal vez aquel funesto accidente; pero por eso ¿quién vive mejor? Muere súbitamente en la comedia una mujer profana; quédase muerto un jugador de profesion con los dados y los naipes en la mano. ¿Qué fruto producen estos sucesos en los que sobreviven á aquellos desgraciados? ¿Se frecuentan menos por eso los espectáculos? ¿son menos numerosas las academias y los corrillos de la ociosidad? ¿son de allí adelante mejores cristianos los otros compañeros? ¿son menos mundanos?

¡Ah, Señor, y cuánto he abusado hasta aquí de

vuestras gracias y de vuestros beneficios! ¡Qué cuenta tan estrecha os he de dar! Dignaos, Señor, de suspender aun vuestra justa ira por un nuevo exceso de vuestra inmensa bondad. Conozco mi maldad, y la detesto. Pero, con vuestra divina gracia, desde este mismo punto doy principio á aprovecharme de todo para mi eterna salvacion.

## JACULATORIAS.

*Aufer rubiginem de argento, et egredietur vas purissimum*. Prov. 4.
Limpiad, Señor, la plata de la escoria, y quedará un vaso muy resplandeciente.

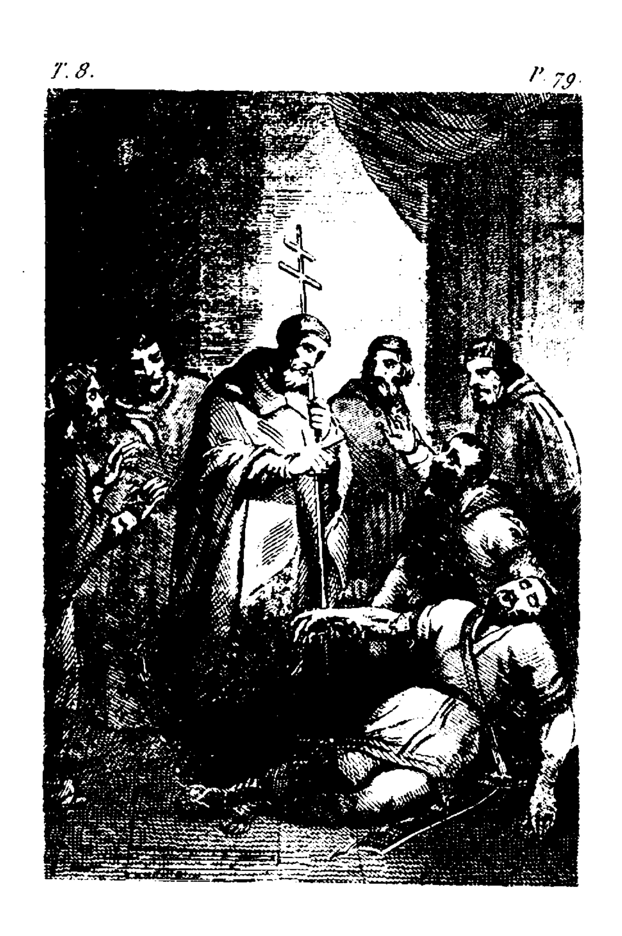
*Trahe me post te, et curremus*. Cant. 2.
No me abandoneis, Señor; llevadme todavía á vos por medio de vuestra gracia, y veréis la velocidad con que corro en siguimiento vuestro.

## PROPOSITOS.

1. *Vosotros resistis todavía al Espíritu Santo,* decia san Estéban á aquel ingrato y obstinado pueblo, que no se queria rendir a los suaves y fuertes atractivos de la gracia. ¿Y no nos podria tambien decir lo mismo á nosotros? ¿Cuánto tiempo ha que acaso estas resistiendo á este divino Espíritu, que te alumbra, que te exhorta, que te aprieta para que dejes esas costumbres mundanas, quizá corrompidas, y cuando menos poco cristianas; para que venzas esas pasiones que te tiranizan, y especialmente la que sobre todas te domina; para que te rindas á los impulsos de la gracia, que te esta solicitando á que no dilates por mas tiempo la conversion? Ahora, ahora mismo, estás recibiendo un nuevo beneficio del Señor. Estas refle-

xiones que te ponen delante, estos saludables consejos que te están dando, esos ejercicios espirituales que te aconsejan, son para tí nueva gracia; no la inutilices, no resistas mas tiempo al Espíritu Santo. Acaso este es el punto crítico de tu conversion y de tu salvacion. Es cierto que en el discurso de la vida hay un momento que es el decisivo de nuestro destino es muy probable que este de ahora será el último para muchos que harán estas reflexiones y leerán estos ejercicios.

2. Comienza desde luego á dar algun paso seguro hácia tu salvacion. Si tienes necesidad de hacer una buena confesion, de romper alguna mala amistad, de hacer alguna restitucion, de reconciliarte con algun enemigo, no lo dejes para mañana; hazlo todo si puedes en este mismo dia, ó á lo menos da principio en él á la conversion, á la restitucion y á la reforma. Pasa luego á visitar á aquella persona con quien estás desazonado. Si no puedes restituir toda la cantidad que debes, aparta desde luego alguna, y vela aumentando poco á poco hasta completarla toda, escribiendo en un papel secreto el nombre de la persona á quien se la debes, para que la satisfagan tus herederos, en caso de que mueras de repente, y sin haberla podido satisfacer por tí mismo. Da principio desde hoy á reformar tu exterior con un porte modesto. Observa las reglas de que hasta ahora has hecho tan poco caso. Vuelve á leer aquel método de vida que te propusiste en los ejercicios, ó al principio del año. El Espíritu Santo es el que te da estos consejos; no le quieras resistir.



S. DOMINGO, C.

# DIA CUARTO.

## SANTO DOMINGO, CONFESOR, FUNDADOR DE LA ÓRDEN DE PREDICADORES.

Santo Domingo, destinado por el cielo para ser por sí mismo y por medio de sus hijos luz del mundo cristiano, una de las mas fuertes columnas de la Iglesia, apoyo de la fe y de la religion, reformador de las costumbres y azote de los herejes, nació el año de 1170 en Caleruega, corto pueblo de Castilla la Vieja, en el obispado de Osma. Fué su padre Félix de Guzman, de la ilustre y antigua casa de los Guzmanes, tan distinguida en España por los grandes servicios que ha hecho al estado, como por sus alianzas con las primeras casas de la Europa. Su madre doña Juana de Aza, de cuyos famosos antepasados hace la historia de España tan honorífica mencion, aun fué mucho mas recomendable por su gran virtud, que por su calificada nobleza. Fué Domingo el tercero de sus hijos; y hallándose en cinta de él, soñó que paria un perrillo con una hacha encendida en la boca, que llenaba de luz y de claridad á toda la tierra. Muy en breve declaró y justificó el verdadero sentido de esta misteriosa vision la doctrina y el inmenso zelo de nuestro santo, confirmándose despues con otra mas clara que tuvo la virtuosa señora; porque, haciendo una novena en la iglesia de Santo Domingo de Silos, implorando su favor para el feliz alumbramiento, el santo se le apareció, y le aseguró pariria un hijo que seria antorcha del mundo cristiano y el consuelo de la Iglesia.

Desde luego anunciaron los primeros dias de Do-

mingo lo que habia de ser andando el tiempo. No se notó puerilidad ninguna de las que son tan ordinarias en los otros niños. Estando aun en poder del ama que le criaba, se levantaba silenciosamente por la noche para emplear en oracion el tiempo que hurtaba al necesario descanso. Por su bello natural, por su genio blando y dócil, por su corazon tierno y amoroso, y por su apacibilidad era la admiracion de todos sus parientes y las delicias de su nobilísima familia. La natural inclinacion que mostraba á la virtud hizo casi ocioso el cuidado de la educacion. Encargóse de ella un tio suyo, arcipreste de la iglesia de Gumiel de Izan; y su mayor desvelo era poner freno á su fervor y moderar su excesiva aplicacion al estudio.

Concluida la gramática, le enviaron á la universidad de Palencia, que á la sazon era una de las mas célebres de España, y fué la misma que con el tiempo se trasladó á Salamanca. Hizo tan grandes progresos en las facultades mayores, que en menos de seis años fué uno de los teólogos mas hábiles; pero, al paso que se hacia mas sabio, se hacia tambien mas santo. Ayunaba muchos dias de la semana, maceraba su carne con rigurosas penitencias, su cama era la dura tierra, dormia poco y pasaba en oracion una parte de la noche. Ninguno fué mas dueño de sus sentidos. Tenia hecho pacto con los ojos de no mirar á mujer ninguna. Su modestia iba anunciando su pureza; y por su extrema delicadeza en este punto se puede discurrir que mereció ser uno de los mas favorecidos de la Reina de las vírgenes, á quien profesó tan tierna devocion, como lo acreditaron despues sus portentosos efectos.

Aun no habia acabado sus estudios cuando una cruel hambre, que desoló á toda España, le puso en ocasion de mostrar su ardiente caridad. Habiendo gastado con los pobres todo el dinero que tenia, se

deshizo de todos sus muebles, vendiendo hasta sus mismos libros para socorrerlos; y no teniendo mas que dar, se quiso dar á sí mismo para rescatar del cautiverio al hijo de una pobre mujer que le pidió limosna para rescatarle. Quedó atónita la afligida mujer al oir semejante proposicion; y solamente porque nunca quiso convenir en ello, dejó el santo de ser esclavo, para que el otro quedase libre.

No se limitaba su caridad á las necesidades del cuerpo; extendiase con mayor ardor á las espirituales del alma. Poseia en grado eminente el talento de la predicacion; y no habia quien se resistiese al Espíritu Santo, que hablaba por su boca. Ya cuando lo hacia desde el púlpito, ó ya en las conversaciones familiares, no habia corazon tan duro, que no se ablandase y no se convirtiese oyendo las palabras de Domingo. El primer fruto de sus sermones fué la conversion de un caballerito mozo, llamado Conrado, el que, habiendo entrado en la orden del Cister, fué con el tiempo promovido por su mérito á la púrpura cardenalicia.

En medio de ser todavía tan jóven nuestro santo, era consultado como el director mas experimentado en los caminos de la salvacion, y á pesar de sus pocos años era tenido por el oráculo de la universidad de Palencia y de toda España. Por esta grande reputacion se movió don Diego de Azevedo, uno de los mayores prelados de su tiempo, á proveer en él el arcedianato de Osma, de cuya iglesia era obispo, y acababa de convertirla en cabildo de canónigos reglares. Necesitaba de algun poderoso apoyo la nueva reforma. Fué Domingo el alma de ella, y con su ejemplar vida cimentó maravillosamente la recien nacida regularidad. Aumentó sus ayunos, prolongó sus vigilias y dobló todas las otras penitencias. Con la frecuente lectura de las colaciones de Casiano tomó la resolucion de copiar en sí mismo las mortificaciones de los

antiguos padres del yermo. Impúsose una ley de tomar todas las noches tres disciplinas con ramales entretejidos de puntas de hierro; y excedió en sus rigores á aquellos grandes ejemplos de penitencia.

Pero no habia formado Dios á este nuevo apóstol para la iglesia de Osma solamente. Escogido y destinado para anunciar la palabra de Dios á las naciones y para predicar la penitencia á los pecadores, corrió muchas provincias de España, haciendo en todas increible fruto; y al mismo tiempo que destruia los vicios, disipaba los errores con que la habian inficionado los herejes y los mahometanos. Uno de los efectos de su primera mision fué la ruidosa conversion del heresiarca Reiner; siguiéndose á esta insigne conquista la reforma general de las costumbres. Fué llamado á Palencia para leer públicamente en una cátedra de teología; y en ella hizo visible la facilidad con que se puede hermanar una elevada sabiduría con una eminente virtud.

Pero mientras tanto clamaba la miés por operarios: y sepultados los pueblos en los vicios ó en el error, tendian las manos, implorando el socorro de Domingo. Ordenóle de sacerdote el obispo de Osma, y dejando á Palencia, dió principio á una segunda mision, penetrando hasta los últimos pueblos del reino de Galicia. No siendo capaces las iglesias para los inmensos auditorios, se veia precisado á predicar en las plazas y en los campos. Predicaba un dia junto á la orilla del mar, y saltando en tierra unos piratas, le prendieron y le llevaron al navío, donde, no contentos con ultrajarle de palabra, le maltrataron á palos y á crueles azotes con vergas. Su invencible paciencia irritaba mas el furor de aquellos bárbaros; mas no por eso dejó de intentar su conversion. Ya estaban para arrojarle al mar cuando de repente se levantó una deshecha tormenta, en que temieron tan próximo

como inevitable el naufragio. Reconocieron ser castigo del cielo por los malos tratamientos que hacian al siervo de Dios; arrojóse á sus piés toda la tripulacion, prometiendo convertirse; y en el mismo punto se sosegó la tempestad. Echaron al santo en el primer puerto; y el fruto de su cautiverio y de su mision en el navío fué la milagrosa conversion de todos aquellos infieles. Siendo tan poderoso en obras como en palabras, recorrió los reinos de Castilla y de Aragon. Mudaban todos los pueblos de semblante en predicando Domingo, y llegó la reforma hasta la corte. Oyóle don Alfonso, rey de Castilla y padre de la reina doña Blanca, madre de san Luis, y desde que le oyó hizo tal mudanza, que fué uno de los monarcas mas virtuosos de España.

Todo predicaba en aquel hombre apostólico. Sus palabras eran centellas encendidas del divino fuego que abrasaba su corazon; pero su tierna devocion y su plena confianza en la santísima Vírgen eran, como él mismo lo confesaba, el principal secreto de que se valia para la conversion de los pecadores y de los herejes. Santo Domingo fué quien introdujo la santa costumbre de implorar la proteccion de la santísima Vírgen al acabar la salutacion de los sermones; y á santo Domingo debe la Iglesia la piadosísima y utilísima devocion del santo rosario. Habiéndole escogido desde la misma cuna la soberana Reina de todos los santos para especial favorecido suyo, ella misma le enseñó el modo de honrarla y de reverenciarla que le era mas agradable; inspiróle el método y el espíritu con que se debia hacer; y á esta excelente devocion, á esta oracion tan eficaz se reconocia deudor nuestro santo del prodigioso número de conversiones con que bendijo el Señor su apostólico zelo.

Pero era España campo muy estrecho para las hazañas de aquella grande alma, y la llamaba el cielo

á mas dilatadas conquistas. Nombró el rey de Castilla al obispo de Osma por su embajador á la corte de Francia, y quiso que fuese Domingo en compañía del obispo con el título de su teólogo de cámara. Pasaron por el Langüedoc, donde no pudieron ver sin lágrimas los progresos que hacia en aquella provincia la herejía de los albigenses. Terminados felizmente los negocios de la embajada, pero altamente condolidos á vista de la inopinada muerte de la infanta de Francia, que habian ido á pedir, y habian conseguido para don Fernando, infante de Castilla, resolvieron pasar á Roma, y solicitar licencia del papa Inocencio III para volver á Francia á trabajar en la conversion de los albigenses, ó para pasar al norte á predicar el Evangelio á los gentiles. Determinólos su Santidad al primer partido, y recibida su mision, se restituyeron á Francia. Vínoles devocion de visitar al Cister, cuyo abad Arnoldo se juntó con ellos, y llegando al Languedoc, se les agregó tambien Roaldo, abad de Fonfría, y el beato Pedro de Castelnau, monje del mismo monasterio.

Quizá no se habia visto la iglesia de Francia en tan lastimoso estado. Un monstruoso conjunto de herejías, bajo el único nombre de albigenses, arrasaba inhumanamente la viña del Señor y hacia sangrienta guerra á su santa Iglesia. Encarnizados los herejes en el empeño de abolir los sacramentos, desterrar el culto de la Virgen, destruir todo ejercicio de devocion y aniquilar la gerarquía eclesiástica, lo llevaban todo á fuego y sangre, sin verse otra cosa en las provincias que las tristes y sacrílegas ruinas de los templos. Reinaba en todas partes la disolucion y la ignorancia, desterrado de todas ellas el sagrado ministerio de la. predicacion, medio eficaz y permanente para sostener la religion, y para servir como de insuperable dique al torrente de la impiedad. A todos estos

males solo opuso la providencia de Dios á nuestro santo. Apenas se dejó ver en el Langüedoc cuando se disipó toda aquella negra nube de herejes. Henriquianos, petrobusianos, arnolditas, citaros, pifros, patarines, tejedores, publicanos, pasagianos, waldenses y arrianos, todos quedaron confundidos, y la mayor parte de ellos convertidos por el zelo, por los ejemplos y por los sermones de santo Domingo. Antes de dar principio á toda controversia, á toda instruccion y á todo sermon, se postraba delante de una imágen de la santísima Vírgen, é imploraba su proteccion con esta breve, pero bella oracion, que adoptó despues la santa Iglesia : *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos*. Dígnate, Vírgen santísima, de alcanzarme gracia para que te alabe dignamente; consígueme virtud y fortaleza para combatir y para vencer á tus enemigos. Era muy penosa la mision, y en medio de eso, resolvió el santo hacer á pié todos sus viajes, sin dinero y sin otra provision que su confianza en la caridad de los fieles, oponiendo este desinterés apostólico á la hipocresía de algunos herejes, que se llamaban *perfectos*, porque afectaban una pobreza extraordinaria. Los que se preciaban de hombres sabios y devotos publicaron contra nuestro santo muchos libelos llenos de invectivas y de blasfemias contra Dios, contra la Vírgen y contra los santos. Respondió á ellos Domingo, así de viva voz, como por escrito; y como los herejes no tuviesen que replicarle, acordaron pedirle que les diese por escrito su doctrina. Hízolo el santo; leyóse su escrito en pública asamblea; quedaron cortados y mudos los herejes, embargándoles la voz la fuerza de la verdad. Resolvieron entregar á las llamas el escrito; pero respetó el fuego la doctrina católica. Dispusieron otro brasero mas encendido, y sucedió lo mismo que con el primero; hicieron ter-

cer esfuerzo para quemarle, y tercera vez quedaron confundidos con otro tercer milagro. Si los milagros convirtieran á los herejes, todos quedarian entonces convertidos. Uno solo de toda la asamblea logró esta dicha, para que se publicase un prodigio que todos habian conspirado en tener secreto; pero presto se siguió á él otra semejante maravilla. Disputaba un dia en Fanjaux con aquellos obstinados; uno de ellos habia mojado en agua de alumbre el escrito de los herejes, para hacerle incombustible por este medio, confiado en él, clamó con fiereza y con descoco, que se hiciese la prueba del fuego para averiguar la verdad. Acudió todo el pueblo, rodeando una grande hoguera, donde se arrojó el escrito del hereje, que en el mismo instante quedó enteramente consumido Consintió Domingo que el suyo se echase en ella, y se conservó ileso hasta que toda la leña se redujo á ceniza, y el fuego se acabó.

Lejos de rendirse los enemigos de la fe á estas dos victorias, ellas mismas los hicieron mas furiosos. Muchas veces maquinaron contra la vida del santo; pero sus intentos solo sirvieron para avivarle mas las ansias con que suspiraba por la corona del martirio. Movido del peligro en que se hallaban muchas doncellas nobles á quienes los herejes habian despojado de sus bienes, fundó para ellas un monasterio en el pueblo de Proville, cerca de Fanjaux, por la liberalidad de Bernardo, arzobispo de Narbona, y de Foulques, obispo de Tolosa, y fué el primer convento de monjas de su órden.

A la fama de los grandes y gloriosos sucesos que lograba en todas partes el zelo de nuestro santo, concurrieron otros compañeros, deseosos de participar con él de las fatigas de sus apostólicos trabajos. Corrió con ellos las ciudades de Albi, Pamiers, Narbona, Carcasona, Mompeller, como tambien la mayor parte

de las villas y aldeas del Langüedoc, obrando en todas nuevos y estupendos milagros. Confirmaba á los fieles en la fe, pero convertia á pocos herejes. Quejóse un dia de esto á la santísima Vírgen, en quien, despues de Dios, tenia puesta toda su confianza; apareciósele la soberana Reina y le dijo que, para convertir á aquellos obstinados, predicase la devocion de su rosario. Obedeció el santo; en vez de controversias comenzó á predicar el uso de esta santa devocion; enseñó al pueblo el espíritu y el modo con que la habia de rezar; explicó los misterios, y muy luego se conoció la eficacia de tan poderoso socorro. En poco tiempo tuvo santo Domingo el consuelo de ver convertidos mas de cien mil pecadores ó herejes. El ejército de los cruzados solo sirvió para endurecerlos mas; y su conversion fué efecto de la poderosa intercesion de la Madre de Dios por medio del santo rosario. Desde aquí se ha de contar propiamente la verdadera época de esta célebre devocion, apoyada con tantos testimonios nada sospechosos, autorizada con tantos milagros, honrada con tantos privilegios, y continuamente aprobada con las abundantes bendiciones que derrama Dios sobre los que saben aprovecharse bien de ellas.

A vista de las maravillas que obraba el Señor por medio de nuestro santo, como de los asombrosos frutos que producia su zelo, se movieron muchas ciudades á pedirle por su obispo; pero su profunda humildad le desvió inmensa y constantemente de toda especie de prelacía. Renunció un obispado en Galicia, otro en Bretaña, como tambien el de Cominges, Conserans y Beziers. Para aceptar el oficio de inquisidor de la fe, fué menester un precepto del papa. A la verdad, le destinaba á mayores cosas la divina Providencia. Desde el año de 1207 le habia inspirado Dios el plan de un instituto religioso, que

tuviese por fin la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, la defensa de la fe y la propagacion del cristianismo. Se habia suspendido su ejecucion por la muerte del santo obispo de Osma, con quien Domingo la habia comunicado; pero Foulques, obispo de Tolosa, que pasaba al concilio Lateranense, se encargó de solicitar la aprobacion del vicario de Cristo, y quiso que le acompañase á Roma nuestro santo. Aunque el papa Inocencio III estaba muy resuelto á no multiplicar las religiones, habiendo visto en sueños á santo Domingo en ademan de que él solo estaba sosteniendo la iglesia de San Juan de Letran, reconoció el dedo de Dios en el nuevo instituto, y le mandó que dispusiese las reglas y las constituciones. Murió á la sazon este gran pontífice, y con su muerte pareció haberse de impedir, ó á lo menos suspender el grande intento; pero su sucesor Honorio III creyó no podia hacer mayor servicio á la Iglesia que aprobar el nuevo instituto, con el nombre de frailes predicadores; y el dia 22 de diciembre del año 1216 expidió la bula de confirmacion. Este fué el nacimiento de aquella célebre religion, que ha hecho y está haciendo cada dia tan señalados servicios á la Iglesia católica, habiendo dado al mundo cristiano siete papas, cuarenta y nueve cardenales, veinte y tres patriarcas, mil y quinientos obispos, seiscientos arzobispos, cuarenta y tres nuncios, sesenta y nueve maestros del sacro palacio, un prodigioso número de célebres doctores, de escritores sabios, y una extraordinaria multitud de santos, siendo uno de los mayores ornamentos de la Iglesia *.

Experimentó muy luego toda la cristiandad los

* Despues que se escribió esto, dió á la silla apostólica otro papa, y se aumentó considerablemente el número de cardenales, arzobispos y obispos

maravillosos efectos de este importante socorro. Apenas se confirmó la nueva religion cuando el santo fundador vió á sus hijos extendidos por toda la tierra; triunfando en todas partes de la herejía, y en todas introduciendo la reformacion de las costumbres. Cuando llegó á Tolosa, tuvo el consuelo de hallar casi acabado el primer convento de su órden, á expensas de la liberalidad del obispo y del conde de Monfort. Persuadida lá reina doña Blanca á que debia á la devocion del rosario, que le habia aconsejado santo Domingo, el nacimiento de su hijo el rey san Luis, fundó en Paris otro convento.

Pasó de Paris á Metz, donde el santo fundó uno, del que hizo prior al beato Estéban, su compañero, y desde allí tomó la vuelta de Italia. En este viaje fué cogido de unos bandoleros, que le trataron con la mayor indignidad; pero con su paciencia y con su dulzura los convirtió, moviéndolos á penitencia con sus exhortaciones. Llegando á Venecia con ánimo de ir personalmente á llevar la luz del Evangelio á los bárbaros al otro lado del Ponto Euxino, conoció la imposibilidad de la empresa, y contentándose con enviar algunos de sus hijos á Dalmacia, dejando á otros en Venecia para fundar un convento en aquella ciudad, tomó el camino de Roma. Fué recibido del papa Honorio con la ternura y con la veneracion que eran debidas á su eminente santidad; y luego le dió la iglesia de San Sixto con todas sus dependencias, para que fundase un convento: el santo se la cedió á las monjas de su órden, y el convento de los frailes le fundó en la iglesia de Santa Sabina, que tambien le habia concedido el papa.

Aunque era tan grande su aplicacion á predicar al pueblo la palabra de Dios, no se limitaba precisamente á eso su zelo, extendiéndose tambien á reformar los palacios de los grandes. Encargóle el ponti-

fice el cuidado del suyo, con el título de maestro del sacro palacio, dignidad que desde entonces hasta ahora se ha dado siempre á sugeto de la misma sagrada religion. Pero la paternal solicitud que dedicaba al gobierno de su santa familia, que en menos de cinco meses contaba muchas provincias, y en ellas muchos millares de religiosos, le obligó á emprender la visita general de toda ella. Dió principio por España; volvió á Francia; detúvose algunos meses en París, y desde allí envió algunos de sus frailes á Escocia; recorrió toda la Italia, predicando en todas partes con admiracion, viendo en todas florecer su órden con esplendor y encontrando en todos los conventos religiosos de eminente santidad.

Vuelto á Bolonia hácia la cuaresma del año de 1220, convocó en aquella ciudad el primer capítulo general; formó en él reglas y leyes llenas de perfeccion, de sabiduría y de prudencia; hizo cuanto pudo para que se le exonerase del generalato, pero inútilmente; porque se vió precisado á ceder á las lágrimas y á los ruegos de sus hijos, y á continuar en las funciones de su empleo. Despues de haber visitado los conventos de la órden en el estado eclesiástico, en la Toscana y en el Milanés, se restituyó á Bolonia á celebrar el segundo capítulo general. En este capítulo se dividió toda la religion en ocho provincias, que comprendian cincuenta y seis conventos: se eligieron para ellas ocho provinciales, hombres todos de extraordinaria virtud y de sobresaliente capacidad; y el santo envió algunos de sus hijos á las provincias del Norte y del Oriente; entre otros destinó para Polonia al célebre san Jacinto.

Llamaban á Domingo el Taumaturgo de su siglo, á vista de los muchos milagros que obraba Dios por sus méritos y por su intercesion. Dotado del don de lenguas y del de profecía, renovó en estos últimos

tiempos las mismas maravillas que se admiraron en los primeros siglos de la Iglesia. Estaba enfermo un hijo de una señora romana, llamada Goutadona; dejóle solo la madre por ir á oir al santo; y cuando volvió del sermon, le encontró muerto. No se turbó ni se afligió la piadosa señora por aquel suceso; antes llena de confianza en santo Domingo, tomó el niño en sus brazos, y ella misma le llevó y le puso á los piés del santo, que, compadecido de aquel accidente, despues de una breve oracion, tomó al cadáver por la mano y se le entregó vivo á su madre. Estaba un dia visitando al cardenal Estéban, á cuyo cuarto habian concurrido tambien otros dos cardenales, cuando de repente entraron á decir al cardenal que su sobrino Napoleon acababa de morir desgraciadamente, precipitado de un caballo. Al oir el tio tan funesta noticia, cayó desmayado en los brazos de nuestro santo. Trajeron el cadáver al palacio del cardenal; púsose Domingo en oracion; fué oido; resucitó el jóven; y él mismo, lleno ya de salud, fué á dar esta alegre noticia á su afligido tio. Trabajando en el convento de San Sixto, quedó estrellado y sepultado un oficial debajo de una pared que se desplomó sobre él, y santo Domingo le restituyó luego á la vida á vista de toda Roma. Siendo tan poderoso en obras y en palabras, no es de maravillar que, cuando salia en público, le cortasen á porfía alguna parte del hábito ó de la ropa.

Estaba tan acostumbrado á las frecuentes visitas de Jesucristo y de la santísima Vírgen, que su oracion era un éxtasis continuo. Apareciósele en una oracion el Salvador irritado por la disolucion general de las costumbres, y á punto de sacrificar á su justicia todos los pecadores; pero la Madre de misericordia puso delante de su Hijo á Domingo y á otro fiel siervo suyo, pidiéndole se apiadase de los que le ofendian en con-

sideracion de aquellos dos justos. El mismo dia encontró nuestro santo á san Francisco, y conoció ser el mismo que la Vírgen habia presentado con él á su enojado Hijo, estrechándose desde aquel dia una santa y tierna union entre los corazones de los dos grandes patriarcas.

Habia tiempo que le iban faltando las fuerzas á Domingo, consumidas á violencia de los ardores del divino amor, y debilitadas al rigor de sus penitencias y al incesante trabajo de sus apostólicas fatigas, cuando el cielo le consoló con el alegre aviso del dichoso momento en que habia de dar principio á su eterna felicidad. Su postrera enfermedad no fué prolija, pero fué ejemplar. Su paciencia, su dulzura, su alegría y su devocion admiraban y enternecian á sus hijos, que estaban inconsolables, viéndose en vísperas de perder á su amantísimo padre. En fin, habiéndolos consolado y exhortado á la exacta observancia de sus reglas, quiso morir tendido en la ceniza; y un viernes 6 de agosto de 1221 rindió su bienaventurado espíritu á su Criador, siendo solo de 51 años de edad, pero colmado de merecimientos. Hallóse el santo cuerpo ceñido con una cadena de hierro. Fueron sus funerales como preludio de su canonizacion. El cardenal Hugolino, legado de la santa sede, y despues papa con el nombre de Gregorio IX, hizo la ceremonia de sepultura, acompañado del patriarca de Aquileya y de otros muchos obispos; pero la multitud de milagros que el Señor obraba cada dia en su glorioso sepulcro, no dió lugar á que estuviese por mucho tiempo enterrado aquel precioso tesoro. Doce años despues de su muerte fué elevado de la tierra el santo cuerpo, y otros dos despues el papa Gregorio IX, que habia sido testigo ocular de las principales acciones de los últimos años de su vida y se habia hallado presente cuando resucitó á Napoleon, le canonizó solemne-

mente el dia 13 de julio del año 1224 con las ceremonias acostumbradas. Por caer en el dia de su muerte la fiesta de la Transfiguracion del Señor, se fijó al dia 4 de agosto la de santo Domingo de órden expresa del papa Paulo IV.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Bolonia, santo Domingo, español, confesor, fundador del órden de predicadores, varon ilustre por su santidad y doctrina, que guardó la mas íntegra castidad, y por sus méritos resucitó tres muertos. Despues de haber reprimido las herejías con sus predicaciones, y amaestrado muchas personas en la vida religiosa y en la piedad, murió en paz el seis de este mes, bien que se celebre hoy su fiesta en virtud de una constitucion del papa Paulo IV.

En Tesalónica, la fiesta de san Aristarco, discípulo y compañero inseparable del apóstol san Pablo, quien habla de él escribiendo á los Colosenses: « Aristarco, dice el apóstol, mi compañero de cautiverio, os saluda. » Habiendo sido este santo ordenado obispo de los Tesalonicenses por el mismo apóstol, y habiendo padecido mucho y largo tiempo bajo Neron, tuvo con todo una muerte tranquila, y logró de Jesucristo su corona.

En Roma en la via Latina, el suplicio de san Tertuliano, presbítero y mártir bajo el emperador Valeriano. Despues de haberle cruelmente apaleado, quemado en los costados, magullado las quijadas, extendido en el potro y azotado con vergas, le cortaron la cabeza, labrándole así la corona del martirio.

En Constantinopla, san Eléuterio, mártir, del órden senatorio, quien, durante la persecucion de Maximiano, pereció á filos de la espada por la fe de Jesucristo.

En Persia, santa Yia y compañeras, mártires, quienes

bajo el rey Sapor, despues de haber padecido diferentes tormentos, fueron martirizadas con nueve mil cristianos cautivos.

En Colonia, san Protasio, mártir.

En Verona, san Agate, obispo y confesor.

En Tours, san Eufronio, obispo.

En Roma, santa Perpetua, quien, habiendo sido bautizada por el apóstol san Pedro, convirtió á Jesucristo á su hijo Nazario y á su marido Africano, y dió sepultura á los cuerpos de muchos santos mártires, entregando por último á Dios su alma colmada de méritos y buenas obras.

En el Maine, los santos mártires Macorato, Peregrin y Vivanciano.

En Saintonge, san Frion, obispo.

En Lieu-Notre-Dame, cerca de Romorantin de Sologne, la beata Clara, vírgen del órden cisterciense.

En Soissons, santa Segrauz, viuda, religiosa de la abadía de Nuestra Señora.

En Auxerra, san Morino, obispo.

En Jerusalen, san Felipe, noveno obispo de dicha ciudad.

En Egipto, san Tolomeo de Menfis, mártir

En Etiopia, san Moisés, obispo de Axuma.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Dominici confessoris tui illuminare dignatus es meritis et doctrinis, concede, ut ejus intercessione temporalibus non destituatur auxiliis, et spiritualibus semper proficiat incrementis. Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los méritos y con la doctrina del bienaventurado santo Domingo tu confesor; concédenos que por su intercesion nunca sea destituida de los auxilios temporales, y aproveche cada dia mas en los aumentos espirituales. Por nuestro Señor...

*La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.*

Charissime : Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum ; insta opportunè, importunè: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus: et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex : non solùm autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo : Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina ; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez : y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« Escribió san Pablo esta epístola á su amado discípulo, no solo para llamarle cerca de su persona sino para alentarle en las fatigas y trabajos del oficio

pastoral. Hácele varias advertencias acerca de los falsos doctores y de los herejes de aquel tiempo, los simonianos, los gnósticos y los que habian de levantarse despues de ellos, cuyo carácter pinta vivamente; y sobre todo, le exhorta al sagrado ministerio de la predicacion. »

## REFLEXIONES.

Para predicar, es menester estudio, ciencia y talento; mas para predicar con fruto, todavía es mas necesario virtud, paciencia y zelo. Los errores del entendimiento son la mayor prueba de estar corrompido el corazon del hombre. Aquellas tinieblas siempre nacen de un mal fondo. Son de mala calidad los vapores ó las nieblas que las ocasionan, y no es fácil disiparlas; porque el corazon tiene siempre mucha parte en el desvarío intelectual de los herejes. Prodúcele la pasion, y ella misma le sostiene. Es menester mucho zelo para emprender la cura de un ciego voluntario; sobre el zelo se necesita mucha habilidad, mucha paciencia y aun mucha mayor virtud. El primer efecto que causa el voluntario error, es hacer ingrata y desapacible la verdad; este disgusto siempre es señal de que el alma está desconcertada y enferma. No seria incurable el mal si quisiera sanar el enfermo; pero la obstinacion es el constitutivo esencial de la herejía, así como la herejía siempre es hija del orgullo. Es mortal la enfermedad, y por consiguiente dificultosa la cura, para la cual se necesita una mano hábil, sabia, que insista y no se desaliente. Se ha de predicar la verdad sin disimulo, pero con blandura; se ha de clamar contra el error y contra el vicio con zelo, pero sin amargura y sin pasion. El alma de nuestro zelo ha de ser siempre una caridad pura, sincera y distante de toda afectacion. Son pocos los herejes de algun entendimien-

to que no estén convencidos; pero son muchos menos los que se convierten, porque no siempre está en el entendimiento la causa del mal. Mas persuade un predicador con los ejemplos, que con las palabras y con los discursos; á estos bien ó mal se puede replicar; aquellos no admiten réplica. Cuando la santidad de la doctrina no se sostiene con la santidad de la vida, alumbran poco sus rayos, porque despiden una luz muy débil y medio amortiguada. El porte del predicador ha de preocupar los ánimos en favor de su moral. Antes que Cristo comenzase á predicar, comenzó á obrar. La vida delicada, mundana y poco mortificada de un predicador, debilita extrañamente su elocuencia. Ninguno se persuade á que él mismo cree lo que predica, cuando le ven hacer todo lo contrario de lo que dice.

*El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus exspectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis : ut, cùm venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos, cùm venerit dominus, invenerit vigilantes : amen dico vobis, quòd præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que, en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el Señor los hallare velando. En verdad os digo que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto : que si

sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

el padre de familia supiera á que hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

## MEDITACION.

### DE LA PALABRA DE DIOS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que nunca se anunció la palabra de Dios en el cristianismo con mayor frecuencia que en nuestros dias; pero es igualmente cierto que nunca fué mas estéril, ni fructificó menos entre los cristianos este divino grano, sembrado con tanta abundancia en el campo de la Iglesia. ¿Cuál será la causa de esta esterilidad de la palabra de Dios, y á quién se deberá imputar? ¿á la misma palabra que se siembra? ¿á los predicadores que la derraman? ¿ó á los oyentes que la reciben? Atribuirlo á la misma palabra de Dios, séria injusticia; porque no tiene hoy menos virtud que tenia en tiempo de los apóstoles, cuando un solo sermon de san Pedro convirtió á tres mil personas. ¿Serian causa de este desórden los predicadores? Bien puede ser; pues, como dice el Apóstol, hay algunos que la tienen cautiva; otros que la hacen mercenaria; y que, por decirlo así, comercian con ella para granjear no sé qué concepto y vana reputacion. Tambien es posible que las costumbres de algunos se opongan á la doctrina que predican. Pero en medio de eso, no tiene Dios aligada la eficacia de su palabra ni al mérito, ni á la santidad de los predicadores; ella obra por su propia virtud, sin depender de la in-

tencion del ministro. Si estos la profanan, á sí mismos se pervierten; mas no porque se perviertan á sí, dejan de santificar á otros. Como el terreno sea de buena calidad y esté bien cultivado, poco influye en su esterilidad la habilidad del sembrador. Luego si la palabra de Dios fructifica tan poco en nuestros corazones, á nosotros mismos nos debemos echar la culpa. ¡Pero cuántas reflexiones debemos hacer, y cuántas consecuencias debemos sacar de esta lastimosa esterilidad! Predicóse esta misma divina palabra á los gentiles mas obstinados, á los mas corrompidos, y se convirtieron. Predícase el dia de hoy á las naciones mas groseras, á las mas bárbaras, y se convierten. Predícansenos á nosotros las mismas verdades, los mismos dogmas, la misma doctrina, ¿y cuántas conversiones se ven? Una vez convencido el entendimiento, presto se reforma el corazon; y á esta reforma se sigue, como efecto necesario, la mudanza de las costumbres. Sin duda que es muy poco dócil nuestro entendimiento, y que no debemos de creer nada de lo que se nos predica, cuando es tan poca nuestra enmienda; y si no lo creemos, ¿porqué nos llamamos fieles?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta inutilidad ó esterilidad de la palabra de Dios, parece que solo puede nacer de tres principios; ó de que no se gusta de ella, ó de que se abusa de ella, ó de que se resiste á ella. No gustar de la palabra de Dios suele ser el defecto de las almas tibias. Abusar de la palabra de Dios es el vicio de las almas vanas. Resistir á la palabra de Dios es el carácter de los pecadores empedernidos. El disgusto es indicio del desconcierto interior, de enfermedad habitual de un alma á quien Dios comienza á arrojar de su

corazon, si ya, por desgracia suya, no la ha arrojado de él. Cuando se tiene hambre espiritual de un manjar tan necesario y tan exquisito, es señal de buena salud en el alma; como lo es en el cuerpo el hambre de los alimentos sólidos y sustanciales que le acomodan; pero al contrario, el hastío y la repugnancia á estos, tanto en el alma como en el cuerpo, son señal de cercana muerte. El abuso de la palabra de Dios es una profanacion tanto mas torpe y aun tanto mas sacrílega, cuanto toma por asunto el medio mas seguro, y acaso el remedio mas eficaz que tiene Dios para convertirnos. Resistirse á la palabra de Dios es resistir al mismo Espíritu Santo; es como obstinarse en rebatir todas las mas fuertes impresiones de la gracia. ¿Qué esperanza puede quedar á la conversion de un pecador, cuando él mismo sufoca y apaga la luz que le podia alumbrar, el sagrado fuego que le podia encender, y los espíritus que le podian dar vigor, sin lo cual es inevitable la muerte del alma? El único recurso que le quedaba á este pobre pecador era la palabra de Dios. Los primeros no la oyen, porque no gustan de ella. Los segundos la oyen, mas no como palabra de Dios, y por eso abusan de ella. Los terceceros la oyen; y la oyen como palabra de Dios; pero no la quieren practicar, y por eso la resisten. Señor, ¡qué mayor ceguedad! No hay desórden mas comun ni mas universal. ¡Cuántas veces no has querido oir la palabra de Dios! Este disgusto prueba el mal estado de tu alma; pero ¿te ha dado alguna pena? ¡cuántas oiste la palabra de Dios sin sacar fruto de ella! Y un abuso que tanto te debiera atemorizar, ¿te ha dado algun cuidado? ¡cuántas la resististe! Y esta señal de reprobacion, ¿te ha sobresaltado mucho? Con todo eso, estás tranquilo; pero ¿quién te da esa seguridad? ¡O Señor, y qué cuenta tan terrible nos espera en el gran dia de vuestra justicia!

Tiemblo, mi Dios, cuando considero el disgusto con que miré, lo mucho que abusé, y la resistencia que hice á vuestra divina palabra. Dignaos, Señor, de tener piedad de esta alma que redimisteis á tanta costa vuestra; y pues vuestra divina palabra todavía tiene tanta fuerza para mí, pues todavia me presentais este saludable pan, dignaos concederme la gracia de que me sustente y me aproveche de tan precioso alimento.

## JACULATORIAS.

*Beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* Luc. cap. 11.

Bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la practican.

*Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis.* Salm. 118.

Vuestra palabra, Señor, es la antorcha que gobierna mis pasos, y la luz que me descubre el camino real que debo seguir.

## PROPOSITOS.

1. Créese no pocas veces que ya está todo hecho cuando uno se siente movido en el sermon; y con todo eso se puede decir que nunca nos queda mas que hacer. Por parte de Dios, que te llama y te brinda con su gracia, está hecho todo; mas por la tuya, nada se ha hecho. A ti te toca seguir la voz del Pastor que te convida, y aprovechar el talento que puso en tu mano. Ten, pues, cuidado despues del sermon de recoger aquella centella de fuego que se desprendió sobre tu alma; consérvala con la meditacion, foméntala con la lectura de algun buen libro, en lugar de disipar el espíritu, yéndote luego á meter en los negocios del mundo. Concurre al sermon con hambre de la palabra de

Dios; oye al predicador como á un rey de armas del Señor, que viene á publicar su ley y á intimarte su voluntad; ¡con qué respeto, con qué docilidad le debes oir! Nunca se repara si el que publica las órdenes del rey tiene buena voz, si es elocuente, si es persuasivo, si se explica bien; sólo se aplica la atencion á lo que intima, que se le haya oido, que no se le haya oido; igualmente obligan las órdenes del príncipe, y al que las desobedeciese no se le admitiria la excusa de no haberlas oido. Aplícate estas verdades prácticas.

2. Acude á los sermones con prontitud y con frecuencia, teniendo presente que acaso estaba aligada la gracia de tu conversion á aquel sermon que perdiste por culpa tuya. Es la palabra de Dios aquel misterioso grano de que habla el Salvador del mundo. Guárdate bien de ser del número de aquellos que están cerca del camino, y dejan pisar de los pasajeros el divino grano, ó que le coman las aves por no estar bien enterrado, quedándose en la superficie de la tierra. Procura que no sea tu corazon aquel terreno seco y pedregoso, en que se seca el mismo grano por falta de jugo y de humedad, ó aquel erial en que se sufoca. Sea tu corazon una tierra de buena calidad y bien cultivada en que el grano fructifique, dando ciento por uno. Reflexiona bien lo mucho que pierdes, y el peligro á que te expones si no sacas fruto de la palabra de Dios. Asiste a ella con frecuencia, con respeto, con humildad y con devocion; nunca salgas del sermon sin algun fruto particular. Los propósitos vagos son por lo comun inútiles. Determina el vicio ó el defecto de que te has de corregir, ó la virtud que has de practicar.

# DIA QUINTO.

## FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

Con verdad se puede decir que nació con la Iglesia la devocion á la Vírgen; y con mucha razon aseguran los santos padres que hablaban con todos los fieles aquellas palabras de Jesucristo en la cruz, dirigidas al evangelista san Juan: *Ve ahí á tu madre;* y que igualmente se deben entender de cada uno de los fieles las otras que dirigió á esta Señora: *Mujer, ese es tu hijo.* El dulce y suavísimo título de madre, y el glorioso no menos que interesado epíteto de hijos, aplicado á todos los fieles, anima aquella confianza, excita aquel amor, inspira aquel profundo respeto y promueve aquel culto singular á la santísima Vírgen, que exige la Iglesia de todos los cristianos; y por eso dijo san Agustin (*Serm. 2 de Annunt.*): *Tu es spes unica peccatorum, Maria: in te nostrorum est exspectatio præmiorum.* Vos, ó Vírgen santa, sois la única esperanza de los pecadores; de vuestras manos, ó por ellas, esperamos recibir en el cielo el premio de nuestros trabajos; y san German, patriarca de Constantinopla (*Serm. de Virg.*): *Nemo est qui salvus fiat nisi per te, ó beata Virgo: nemo qui liberetur à malis, nisi per te: cujus misereatur gratia nisi per te.* Ninguno se salva, ó Vírgen bienaventurada, sino por tu intercesion; ninguno se libra de los males de esta vida sino por la misma; y á ella deben el perdon todos aquellos con quienes el Señor usa de misericordia.

Con este mismo concepto, la Iglesia, dirigida siempre por el Espíritu Santo, no se contenta con honrar á

la Reina de los cielos, instituyendo fiestas particulares para celebrar cada misterio de su santísima vida, el de su inmaculada Concepcion, el de su Natividad, el de su Presentacion en el templo, el de su Anunciacion, Purificacion y gloriosa Asuncion al empíreo sino que hoy instituye una fiesta particular, con ocasion de un templo que se le dedicó con el título de Santa María la Mayor, ó de Nuestra Señora de las Nieves, para manifestarnos de todos modos el zelo que la anima en honra de María, y el apresurado ardor con que solicita la salvacion de todos sus hijos. El suceso que dió motivo á esta fiesta particular es el siguiente:

Hácia la mitad del cuarto siglo, en el pontificado del papa Liberio, y siendo emperador Constancio, Juan, noble patricio romano, cuya casa era una de las mas antiguas y mas ilustres de aquella cabeza del mundo, pero mas respetado él mismo por su conocida virtud que por su calificada nobleza, quiso dar algun público testimonio de su fervorosa devocion á la santísima Vírgen, á quien singularmente se habia consagrado desde sus mas tiernos años. No tenia hijos, y de acuerdo con su mujer, no menos noble ni menos virtuosa que Juan, resolvió dejar por heredera á la santísima Vírgen, que despues de Dios era el todo para el virtuoso caballero. Comunicado el intento con su esposa, que, animada de la misma piedad, lo estaba tambien de los mismos devotos pensamientos, determinaron hacer muchas oraciones y limosnas para que la Vírgen se dignase manifestarles en qué cosa mas de su agrado emplearian los bienes que ya tenian dedicados á su servicio. Aquella madre del casto amor, de la sabiduría y de la santa esperanza, que dice: *Venid á mí todos los que me deseais con ansia, y llenaos de mis frutos*, oyó benignamente los ruegos de aquellos sus fervorosos devotos, y la noche del

dia 5 de agosto se apareció en sueños á los dos separadamente. Despues de declararles cuánto le agradaba su tierna devocion, y cuán de su gusto era la piadosa resolucion que habian tomado, añadió que la voluntad de su Hijo y la suya era que empleasen sus bienes en edificar á su honor una iglesia en el monte Esquilino, en cuya cima hallarian no solo demarcado el sitio, sino trazado el plan del templo por una porcion de nieve milagrosa.

Como la vision se habia hecho á los dos, no dudaron que fuese legítima y sobrenatural. No obstante, se la comunicaron al papa Liberio, el cual habia tenido otra en todo semejante la misma noche; y viendo que el cielo se explicaba, quiso el pontífice verificar el hecho por sus propios ojos. Mandó juntar el clero, y acompañado del patricio Juan, de su mujer y de todo el pueblo, fué procesionalmente al sitio donde se habia anunciado la maravilla. Llegaron al monte Esquilino, y en él se halló un espacio todo cubierto de nieve, sin embargo de ser en la fuerza del estío y en el mayor rigor de los calores. Asombró á todos el prodigio, y al asombro se siguieron los mas tiernos movimientos de devocion, de amor y de agradecimiento á la santísima Vírgen. Delineóse luego la iglesia, arreglada al mismo plan que manifestaba la milagrosa nieve; y en breve tiempo quedó fabricada á expensas del patricio Juan. A vista de tan sensible milagro no pudo menos de excitarse la devocion de los fieles. Toda la cristiandad veneró aquel templo como lugar santo, y singularmente privilegiado por la particular eleccion que habia merecido á la santísima Vírgen. Aunque así en Roma como en otras partes habia muchos oratorios consagrados á Dios y erigidos en honor de su santísima Madre; se reputó esta propiamente como la primera iglesia que se dedicó en Roma á la soberana Reina. Al principio se llamó la *Basílica de Liberio;*

esto es, la iglesia mayor de la Vírgen, fabricada por el papa Liberio; porque la palabra griega *Basilike* significaba en otro tiempo palacio real, ó un edificio suntuoso y público, adornado de pórticos, naves, tribunas y tribunal donde los reyes daban audiencia y hacian justicia; despues se limitó á significar una iglesia suntuosa. Tambien se observaba otra diferencia entre las basílicas y los templos, llamándose templos los que tenian las columnas por la parte de afuera, y basilicas los que las tenian por la de adentro. A la basílica de que vamos hablando se la llama tambien *iglesia de nuestra Señora de las Nieves,* por el milagro que ya queda referido. Fuera de esto, hoy mismo se le da el nombre de Santa María *ad præsepe,* en atencion á venerarse en ella el mismo pesebre que sirvió de cuna al Salvador, y se trajo de Belen, conservándose en dicha iglesia como preciosa reliquia. El papa san Sixto III, uno de los mas zelosos defensores de la divina maternidad de la santísima Vírgen, hizo reparar magníficamente esta iglesia por los años de 437, y la adornó con un altar de plata, con cálices, copones, coronas, candeleros, con un incensario y una pila bautismal del mismo metal, fuera de las muchas casas y heredades que le consignó para sustento y manutencion de los ministros que celebrasen en ella los divinos oficios. Fué este como un trofeo contra la herejía de Nestorio, que erigió el santo pontífice despues del célebre concilio Efesino, en honor de la Madre de Dios, segun nos lo enseña una inscripcion de aquel tiempo, grabada en una peña, que todavía se conserva el dia de hoy. En la carta que el papa Adriano escribió al emperador Carlo Magno, dice: Que su predecesor san Sixto colocó en aquella basilica muchas imágenes y pinturas de gran valor. Todo lo dicho prueba que la devocion á la Vírgen fué de todos los tiempos de la Iglesia, y que en ella desde su mismo nacimiento se

practicó erigir altares á Dios, y edificar templos magníficos en honor de su santísima Madre, como lo convence el que habia en Efeso, cuando se celebró en él aquel famoso concilio, el cual estaba fabricado muchos años antes de la herejia de Nestorio. Por haber reparado san Sixto la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves se llamó la basílica de Sixto; hasta que, multiplicadas en Roma las iglesias dedicadas á la santísima Vírgen, para distinguir esta de todas las demas, se le dió el nombre de *Santa María la Mayor*, y este es el que conserva el dia de hoy.

A esta basílica dirigió san Gregorio papa la procesion general, compuesta de todo el clero y de todo el pueblo romano, para conseguir de Dios soltase de la mano el triste azote de la peste que asolaba á toda Italia. A la misma se encaminó tambien otra procesion general en tiempo del papa Leon IV, para que el Señor librase á todo el país de un monstruoso dragon que le destruia. El año de 653, despues que el emperador Constante quitó cruelmente la vida á los generosos defensores de la fe católica en Oriente, envió órden el exarco de Ravena para que prendiese al santo pontífice Martin, azote de los herejes. Hallábase el santo papa celebrando el sacrificio de la misa en la iglesia de Santa María la Mayor cuando entró en ella el asesino encargado de quitarle la vida, aunque fuese en el altar; pero, luego que puso el pié en la iglesia, quedó repentinamente ciego. Estas y otras maravillas que obra cada dia el Señor por intercesion de la Vírgen en aquel templo, que ella misma escogió para ser en él singularmente reverenciada, le ha hecho tan célebre en la cristiandad, que de t la ella concurren los fieles á él para rendirle sus cultos y ofrecerle sus fervorosos votos; por lo que no se debe extrañar que, despues de la iglesia de San Pedro, sea reputada la de Santa María la Mayor por la mas rica y mas magnífica de Roma.

Ansiosa siempre la Iglesia católica de rendir á la santísima Vírgen el culto que se debe á su augusta cualidad de Madre de Dios, mediadora entre Jesucristo y los hombres, reina del cielo y de la tierra, refugio de los pecadores, madre de gracia y de misericordia, no es maravilla que en todas partes se vea tanta multitud de templos consagrados á Dios bajo la advocacion y honor de esta Señora. En sola Roma se cuentan mas de sesenta iglesias dedicadas á su nombre. No se mostró menos devota ni menos magnífica Constantinopla, tanto en la suntuosidad, como en la multitud de templos que le consagró, pues por su grande número se llamó en algun tiempo la ciudad de la Madre de Dios. No habia calle donde no se viese alguno; no habia palacio ni casa de alguna consideracion sin alguna capilla ú oratorio dedicado á la Vírgen. El templo mas célebre de todos era el que se edificó extramuros de la ciudad, en el sitio que se llamaba Balquerna, de órden y á costa de la emperatriz Pulqueria. Las iglesias que se contaban en el Oriente y en el Africa en honor de esta Señora, antes que los Sarracenos y los Turcos se apoderasen de aquellas vastas provincias eran innumerables. Son sin número las que se veneran en el Occidente, cuya antigüedad no solo compite, sino que excede á las de los mártires y de los apóstoles. Fuera de las muchas que se ven en toda Italia, casi todas las catedrales de España, cuyas antigüedades eclesiásticas tienen su orígen en la cuna misma de la religion, adoran por su titular á la Reina de los ángeles. En Francia pasan de cuarenta las matrices, y son ocho las metrópolis consagradas á la misma soberana Reina, entre las cuales la de Paris y la de Puy ceden á pocas en antigüedad. En Alemania, en los Paises Bajos, en Sicilia, en Inglaterra, en Polonia, en Dinamarca y en Suecia, aun el dia de hoy se registran frecuentes monumentos, ilustres memo-

rias de la antigua devocion de aquellos pueblos á la madre de Dios, sin que la guerra que le declaró siempre la herejía, hubiese podido borrar del todo aquellos brillantes testimonios que acreditan la piedad de los verdaderos fieles. Pero como entre todas las iglesias dedicadas en su honor, ninguna hay mas sobresaliente que la de Nuestra Señora de las Nieves, así por haber merecido su singular eleccion, como por el milagro que canonizó en cierto modo su fundacion y fábrica, todos los años se celebra la memoria y la fiesta de su dedicacion en este dia 5 de agosto, así como en el dia 9 de noviembre se celebra la dedicacion de la basílica del Salvador.

Está tan autorizada en la Iglesia la devocion con la santísima Vírgen, que todo verdadero católico reconoce su utilidad y su grandísima importancia, considerándose todos obligados á profesarse humildes y finos siervos de la Reina de los cielos. En este punto van conformes la iglesia griega y la latina, sin que tocasen en él las divisiones del cisma. Tanto en Oriente como en Occidente se hacen oraciones públicas á la Vírgen, se celebran fiestas en su honor, se dedican templos á Dios bajo su nombre, se exponen sus imágenes en los altares, se la invoca sin cesar en el oficio divino y en el santo sacrificio de la misa. No hay mayor prueba de esta verdad que la conformidad de los Griegos con nosotros, bien considerada la genial y la vehemente inclinacion que tienen á desviarse de nuestros ritos y de nuestros dogmas. Unos y otros recibimos esta doctrina de nuestros padres, por la constante tradicion de todos los siglos, derivada desde los apóstoles hasta nosotros. En cuanto á la devocion con la santísima Vírgen, los Griegos de nuestros tiempos siguen las mismas opiniones que siguieron san Atanasio, san Crisóstomo y san Cirilo. De la misma manera nos la comu-

nicó san Bernardo, habiéndola recibido de san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustin y de los primeros padres de la iglesia latina. Aunque no tuviéramos otra prueba, dice este siervo de María, de que esta tradicion viene derivada de los apóstoles, que la mucha fuerza que ya tenia cuando se celebró este concilio Efesino, ¿quién podria racionalmente dudar de ella? Aquella unánime conspiracion de los sabios, del pueblo, de los santos, de la cabeza visible de la Iglesia, de todos los obispos católicos, que no pudieron desvanecer todos los artificios ni toda la conjuracion del partido Nestoriano; aquel ardor de todos los ortodoxos, no solo en órden á defender el dogma particular de que trataba, sino en exaltar mas y mas las grandezas y excelencias de la Vírgen, cuanto el error y la malignidad mas se empeñaban en abatirlas, en pronunciar cada dia mas frecuentes panegíricos, y en edificarle nuevos templos hasta en la misma capital del imperio; todo ese vivo, eficaz, ardiente y universalísimo zelo, ¿qué otro fundamento podia tener sino el de la establecida y permanente tradicion? ¿ni cómo la pudiéramos ya poner en duda, aunque ignoráramos los canales por donde se derivó hasta nosotros? *Devotum illi esse*, dice san Juan Damasceno (*Orat. de Assumpt.*), *est arma quædam habere, quæ Deus iis dat, quos vult salvos fieri.* Profesaros, ó bienaventurada Vírgen, una particular y tierna devocion, es tener ya ciertas armas defensivas, que solo ciñe y comunica Dios á sus predestinados. ¡Qué seria de nosotros, exclama san German, obispo de Constantinopla, si nos desampararas tú, ó santísima Madre de Dios, alma y vida de todos los cristianos (*Serm. de Virg.*)! *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fieret, ó sanctissima Deipara; spiritus et vita christianorum!* Dediquémonos inseparablemente al servicio de esta soberana Reina, dice

el venerable Beda, que jamás abandona á los que, despues de Dios, colocan en ella toda su confianza: *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non derelinquit sperantes in se.*

## MARTIROLOGIO ROMANO

En Roma en el monte Esquilmo, la dedicacion de la basílica de Nuestra Señora de las Nieves.

Tambien en Roma, el suplicio de veinte y tres mártires, que, durante la persecucion de Diocleciano, fueron decapitados y enterrados en la antigua via Salaria.

En Ausburgo, la fiesta de santa Afra, mártir, que del paganismo se convirtió á la fe de Jesucristo por las instrucciones de san Narciso, obispo, y fué entregada á las llamas por la confesion de la fe.

En Ascoli en la Marca de Ancona, san Emigdo, obispo y mártir, quien, habiendo sido consagrado obispo por el papa san Marcelo, y enviado á aquella ciudad para predicar el Evangelio, confesó á Jesucristo y recibió la corona del martirio bajo el emperador Diocleciano.

En Antioquía, san Ensigno, soldado, que, habiendo llegado á la avanzada edad de cien años, y recordado á Juliano Apóstata la fe del gran Constantino, bajo cuyas órdenes militara, y echádole en cara ser un desertor de la piedad de sus padres, fué condenado por el tirano á que se le cortase la cabeza.

En dicha ciudad, san Cántido, san Cantidiano y san Sobelo, egipcios, mártires.

En Chalons en Francia, san Mengo, ciudadano romano, quien, consagrado obispo por el apóstol san Pedro para aquella ciudad, persuadió la verdad del Evangelio al pueblo que le fuera confiado.

En Autun, san Casiano obispo.

En Tiano, san Páris, obispo.

En Inglaterra, san Osvaldo, rey, cuyas actas fueron escritas por el venerable Beda.

El mismo dia, santa Nona, madre de san Gregorio Nazianzeno.

Cerca de Chartres, diócesis de París, san Yon, mártir.

En Bourges, san Bietro, obispo.

En Viviers, san Venancio, obispo, primero de este nombre.

En Hainaut, san Abel, arzobispo de Reims, luego monje en Lobes, cuyo cuerpo se venera en Bins.

En Cambrai, el venerable Thierry, obispo de aquella ciudad, el cual asistió á los concilios séptimo y octavo de París, y al primero de Quercy.

En Paderborno, el bienaventurado Hatemero, primer obispo de aquella ciudad.

En Florencia el venerable Gero, camaldulense

*La misa es en honor de la santísima Vírgen, y la oracion la siguiente:*

Concede nos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere; et gloriosa beatæ Mariæ semper Virginis intercessione à præsenti liberari tristitia, et æterna perfrui lætitia. Per Dominum nostrum...

Concédenos, Señor, constante y perpetua salud en el alma y en el cuerpo; y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada Vírgen María seamos libres de los presentes trabajos, y gocemos algun dia de los consuelos eternos. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 24 de la Sabiduría.*

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion

Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante de él. Asi

firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fué lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raices en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fué en la plenitud de los santos.

NOTA.

« El capítulo 24 del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, contiene el elogio de la sabiduría, hecho por la Sabiduría misma, su orígen, sus obras, su excelencia y su elevacion. La Iglesia, dirigida siempre por el Espíritu Santo, aplica á la santísima Vírgen lo que dice de sí la Sabiduría; por lo que no se puede dudar que el Espíritu Santo la tuvo por objeto cuando formó este retrato. »

## REFLEXIONES.

*Eché raices en el pueblo que honró Dios con su particular benevolencia,* ó como dice el texto griego, *en el pueblo que escogió el Señor para herencia suya.* Es la santísima Vírgen madre de los escogidos; y con razon se tiene por una de las mas seguras señales de predestinacion el ser verdadero devoto de esta Señora. En todos los santos se reconoció esta señal; el profundo respeto y la amante ternura que le profesaron fué uno de los rasgos de su retrato; y en los mas su distintivo y su carácter. La herejía es la única que nunca pudo mirar con buenos ojos á la que quebrantó la cabeza del dragon, disipando y destruyendo ella sola todas las herejías, como canta la Iglesia : *Sola interemisti.* ¿Qué se puede pensar. exclamaba en el siglo pasado el modelo, por decirlo así, de los ora-

dores cristianos; qué se puede pensar de aquellos ingenios prontos siempre á excitar dudas sobre las grandezas de la santísima Virgen y sobre sus mas ilustres prerogativas? ¿qué se puede pensar del que aplica todo su estudio á turbar la piedad de los pueblos, intentando únicamente ceñirla y estrecharla con todo género de metafísicas y sutilezas, y desacreditando las devociones mas antiguas? Acaso tira á aniquilarla, en vez de trabajar en propagarla y en extenderla. Pues qué, ¿será posible que entre los cristianos nos hemos de ver reducidos en estos tiempos á la triste necesidad de defender el honor y el culto que toda la Iglesia católica estaba en derecho y en posesion de rendir á la santísima Virgen? Despues que los primeros hombres de nuestra religion agotaron sus ingenios en publicar las grandezas de la Madre de Dios; despues que desconfiaron de hallar voces proporcionadas á la sublime elevacion de su estado; despues que san Agustin confesó su insuficiencia, protestando que le faltaban expresiones para tributar á la Emperatriz de los ángeles las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio*; ¿se hallarán todavía algunos que teman alabarla con exceso, ó que se atrevan á decir que se la honra demasiado? Al paso que se iban corrompiendo los corazones con la mal disimulada apariencia de reforma, se ha ido refinando y adelgazando sobre la sencillez y simplicidad del culto. Al paso que la fe se ha ido debilitando y enflaqueciendo, se ha pretendido avivarla y purificarla por la soñada reforma de imaginarios abusos. Si se los hubiera consultado á estos impíos é indiscretos censores del culto de la santísima Virgen, nunca hubieran consentido en tanto número de fiestas instituidas en su honor; no hubieran votado por el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios con el nombre de esta Señora; hubiérales chocado mucho toda esa

variedad de devociones y de ejercicios piadosos, establecidos en la Iglesia para fomentar en los fieles su tierna devocion; y como se diese oidos al espíritu del error, presto serian enteramente abolidos. Pero subsiste y subsistirá el culto de la santísima Virgen, á pesar de los esfuerzos que despues de tantos siglos ha hecho la herejía para desterrarle. Nunca prevalecerán las puertas del infierno contra el zelo de los verdaderos cristianos. Vos, ó santa Madre de Dios, sois aquel escollo en el cual se han estrellado todos los errores, y vos lo seréis perpetuamente. Vos sola triunfásteis de todas las herejías. Apenas se ha levantado alguna en el cristianismo que no os haya atacado; pero ni una sola se hallará que vos no hayais confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

*El evangelio es del cap.* 11 *de san Lucas.*

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

## MEDITACION.

### DE LA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

### PUNTO PRIMERO

Considera que basta solo reflexionar y entender lo que significan estas dos palabras, *madre de Dios,* para profesar á la santísima Vírgen una devocion afectuosa,

dores cristianos; qué se puede pensar de aquellos ingenios prontos siempre á excitar dudas sobre las grandezas de la santísima Virgen y sobre sus mas ilustres prerogativas? ¿qué se puede pensar del que aplica todo su estudio á turbar la piedad de los pueblos, intentando únicamente ceñirla y estrecharla con todo género de metafísicas y sutilezas, y desacreditando las devociones mas antiguas? Acaso tira á aniquilarla, en vez de trabajar en propagarla y en extenderla. Pues qué, ¿será posible que entre los cristianos nos hemos de ver reducidos en estos tiempos á la triste necesidad de defender el honor y el culto que toda la Iglesia católica estaba en derecho y en posesion de rendir á la santísima Virgen? Despues que los primeros hombres de nuestra religion agotaron sus ingenios en publicar las grandezas de la Madre de Dios; despues que desconfiaron de hallar voces proporcionadas á la sublime elevacion de su estado; despues que san Agustin confesó su insuficiencia, protestando que le faltaban expresiones para tributar á la Emperatriz de los ángeles las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio*; ¿se hallarán todavía algunos que teman alabarla con exceso, ó que se atrevan á decir que se la honra demasiado? Al paso que se iban corrompiendo los corazones con la mal disimulada apariencia de reforma, se ha ido refinando y adelgazando sobre la sencillez y simplicidad del culto. Al paso que la fe se ha ido debilitando y enflaqueciendo, se ha pretendido avivarla y purificarla por la soñada reforma de imaginarios abusos. Si se los hubiera consultado á estos impíos é indiscretos censores del culto de la santísima Virgen, nunca hubieran consentido en tanto número de fiestas instituidas en su honor; no hubieran votado por el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios con el nombre de esta Señora; hubiérales chocado mucho toda esa

términos proporcionados á su grandeza, exclama con san Agustin : *Quibus te laudibus efferam nescio.* Fáltanme, Señora, palabras, y no hallo voces bastantemente expresivas para dar á entender mi veneracion : *Quia quem cœli capere non poterant tuo gremio contulisti.* El verdadero motivo de mi insuficiencia, y de no serme posible alabaros ni honraros como mereceis, es porque sois madre de Dios. ¿Comprendemos bien lo que significan estas dos palabras? Y si lo comprendemos, ¿será nunca demasiado lo que hiciéremos en honor de la santísima Vírgen? ¿y será bastante todo lo que hagamos y digamos?

## PUNTO SEGUNDO

Considera que, hallando la Iglesia en el título de madre de Dios un objeto de veneracion tan digno de proponerle á los fieles, todavia descubrió en el mismo título otro motivo, ó, por mejor decir, otro fondo de confianza que hacerles presente para su mayor consuelo. En el augusto título de madre de Dios se incluyen y se hacen patentes aquellos tesoros de gracias con que regala á sus hijos; por ese magnífico título hallamos en María una poderosa medianera con el hombre Dios concebido en sus entrañas; un asilo patente á todos los pecadores; una madre llena de ternura hácia todos los mortales; porque todo esto dice quien dice madre de Dios. Sí; ser madre de Dios es haber dado aquella misma sangre que se derramó por nosotros en la cruz, engendrado el adorable cuerpo que sirvió de rescate al linaje humano, concebido en su vientre y producido de la mejor parte de sí misma aquella víctima que aplacó la ira de todo un Dios irritado. Es haber alimentado con su leche, criado con indecible cuidado y arrancádose con inexplicable dolor del hijo mas amado del mundo, para

verle despues enclavado en un madero. Es, en fin, haber consentido en la muerte de ese mismo querido hijo por el amor de los hombres, y es haberle sacrificado á nuestra salud. En fuerza de esto, ¡qué maravilla es que los padres la den el título de Coredentora, y que digan con la Iglesia que, si se atribuye á Eva la perdicion del género humano porque presentó al primer hombre la fruta prohibida, no hay razon para negar á María una cooperacion especial á nuestra redencion; pues produjo aquel divino fruto que pendió por nosotros en el árbol de la cruz! ¿Quién podrá pensar que nos amase poco la santísima Vírgen, y que se compadeciese poco de nuestras necesidades á vista de todo lo que hizo en beneficio nuestro? ¿y podrá tampoco imaginarse que no tenga en el cielo mucho valimiento con su hijo aquella á quien este mismo hijo estuvo tan sujeto y tan rendido mientras vivió en la tierra? Pide, madre mia, lo que quisieres, decia Salomon á su madre: *Pete, mater mea,* porque nada te puedo yo negar: *Neque enim fas est ut avertam faciem tuam.* En esto consiste la omnipotencia, por decirlo así, de María; no es independiente y absoluta como la de Dios, es moniputencia de pura intercesion: *Omnipotentia supplex;* pero no es menos eficaz. Esta es la que reconocieron los santos padres cuando recurrieron á la Vírgen en términos tan respetuosos y llenos de tan bien fundada confianza. ¡Oh, y cuánto perdemos, cuánto nos perjudicamos en tener un amor tibio y desmayado, en profesar una devocion superficial á la santísima Virgen!

Confiésolo con grande confusion, ó madre de mi Dios y amantísima madre mia; la confianza que hasta ahora he tenido en vuestra bondad no ha pasado de mediana, porque ha sido muy imperfecta la devocion que os he profesado. Muévaos, Madre de misericordia, á compasion de este infiel, de este ingrato siervo,

mi confesion y mi arrepentimiento. De nuevo me consagro todo y totalmente á vuestro servicio; dignaos recibirme en el número de vuestros humildes siervos.

### JACULATORIAS.

*Ave, gratia plena; Dominus tecum : benedicta tu in mulieribus.* Luc. 1.

Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.

*Exultavimus et lœtabimur in te, memores uberum tuorum; recti diligunt te.* Cant. 1.

Sí, Vírgen santísima, todos nos regocijamos indeciblemente cuando consideramos que eriaste con la leche de tus virginales pechos á tu Hijo y nuestro Salvador. Todos los corazones rectos y justos te aman ardientemente.

### PROPOSITOS.

1. Eran muy familiares á los mayores santos algunos ejercicios devotos en honor de la santísima Vírgen; pero especialmente ciertas oraciones cortas y vivas, á modo de jaculatorias, que no se les caian de la boca, y las tenian impresas en el corazon. La de san Atanasio era esta : Ruega por nosotros, ó santísima Señora, reina y madre de Dios. *Intercede, hera, domina, et regina, et mater Dei, pro nobis.* San Epifanio exclama frecuentemente : A tus piés me arrojo reconociendo tu poder, ó Vírgen santa, soberana princesa : *Advolvor genibus tuis, ó Domina mea.* San Crisóstomo repetia : Pide á Dios, ó celestial Señora, que nos haga santos : *Supplica Deum ut animas nostras salvet.* San Basilio clamaba : Miranos, Señora, con ojos propicios desde la elevacion de tu trono : *Aspice nos de cœlo oculo propitio.* San Agustin tenia siempre en los labios

esta oracion, que despues tomó la Iglesia de él: Santa María, socorre á los miserables: *Sancta Maria, sucurre miseris.* Mil veces al dia acostumbraba san German repetir esta otra: ¿Qué será de nosotros, santísima Madre de Dios, si tú nos desamparas? *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fiet, sanctissima Deipara?* Vírgen santa, prorumpia á cada paso san Bernardo, tú eres nuestra soberana, nuestra medianera y nuestra abogada: *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra.* ¡O Vírgen admirable, continúa el mismo, tú reparaste la pérdida de nuestros primeros padres, y tú vivificas su posteridad! *O Virginem admirandam, parentum reparatricem, et posterorum vivificatricem!* Escoge de estas jaculatorias la que mas te agradare; háztela familiar, repítela muchas veces al dia, y muchas tambien en cada hora.

2. Profesa una tierna y amorosa devocion, y ten una entera confianza en la santísima Vírgen recurriendo á ella en todas tus necesidades. No solo cada semana, sino cada dia has de hacer algo en honor suyo. Ayunar los sábados, rezar el rosario todos los dias; vestir alguna doncella pobre todos los años; visitar todos los meses alguna iglesia ó capilla suya; rezar el *Ave Maria* cuando da el reloj; confesar y comulgar en todas sus festividades. Estos piadosos ejercicios cualquiera los puede hacer, y le merecerán mil bendiciones del cielo, como estén acompañados de una vida cristiana y arreglada. Dichosa el alma que, despues de Dios, coloca en María su esperanza. Dichosos aquellos que llenos de veneracion hácia el Hijo aprendieron desde su infancia á recurrir á la proteccion de la Madre, y por falta de confianza ó de devocion no se privaron de uno de los mas eficaces y mas poderosos medios que Dios nos dejó para salvarnos.

# DIA SEXTO

## LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La gloriosa Transfiguracion del Salvador en el monte Tabor á presencia de los tres apóstoles mas amados y mas favorecidos suyos ocultó tantos misterios, y fué de tanto consuelo para fortalecer nuestra fe, que no era razon confundirla con las demás maravillas de su vida. Por eso, instituyó la Iglesia una fiesta particular de este singularísimo misterio, celebrándose ya en Roma desde el principio del quinto siglo, y siendo aun mas antigua su solemnidad en la iglesia griega.

No obstante el desprecio que hacia el Salvador de todo lo que sonaba á ostentacion, y el amor que profesaba á la vida humilde, escondida y retirada, queria con todo eso, que sus discípulos formasen el debido concepto de su divinidad y le reconociesen por lo que era. Esto lo mostró en un viaje que hizo con ellos á varias aldeas de los contornos de Cesarea, junto al nacimiento del Jordan. Separóse un poco del camino para hacer oracion, y acabada esta, les preguntó (aunque lo sabia mejor que otro alguno) qué opinion tenian de él, llamándose Hijo del hombre, segun su costumbre. Respondiéronle con su acostumbrada simplicidad que unos le tenian por el Bautista resucitado, otros por Elías, otros por Jeremías, ó por alguno de los profetas antiguos que habia vuelto á este mundo. Pero vosotros, les replicó el Salvador, ¿quién pensais que soy yo? A esta segunda pregunta tomó Pedro la

voz como el primero de todos, como el mas ardiente y el mas zeloso de la gloria de su divino Maestro, como aquel, en fin, dicen los padres, en cuya cátedra se habia de sentar, y por cuya boca habia de hablar el Espíritu Santo, y le dió esta inspirada respuesta: *Tú eres el Mesías, hijo de Dios vivo.* Merecia sin duda alguna recompensa un testimonio tan glorioso como sincero, y al punto fué premiado ventajosamente. Aquel Señor, cuyas palabras son gracias, y cuyas promesas son efectos, le aseguró inmediatamente la próxima fundacion de la Iglesia, y que el mismo Pedro seria cabeza de ella: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque no todos los hombres conocen la verdad que tú acabas de confesar. Ese conocimiento no le debes á la luz de la razon humana, sino á la ilustracion de la revelacion divina; no tuvo parte en él la carne y sangre; es muy superior al humano entendimiento, y solo pudo venir de mi Padre celestial. Es cierto que soy el Mesías prometido, hijo de Dios vivo, y yo mismo Dios en todo igual á él; pero aun no es tiempo de publicar esta verdad, y os mando que no la publiqueis. Antes de hacerlo, es menester que padezca las mayores ignominias, y la misma muerte de cruz por la redencion de todo el género humano, satisfaciendo de esta manera á la justicia de mi Padre celestial.* Despues de esto, les pronosticó hasta las mas menudas circunstancias de su pasion, temiendo que á vista de esta no dudasen de su divinidad si no la hubiese pronosticado; y además de eso, para fortificar su tierna fe, quiso descubrir á algunos de ellos un destello de su gloria. Por tanto, luego que hizo individual mencion de todas las particularidades de su pasion, añadió que algunos de los que le oian no moririan sin haberle visto antes lleno de gloria y de majestad, dándoles como á probar anticipadamente aquellos inefables gozos que les reservaba en el cielo por toda la eternidad.

Aun no se habian pasado ocho dias despues de esta promesa cuando se la cumplió con tantas ventajas, que no solo excedieron á sus esperanzas, sino á su mismo pensamiento. Llamó á parte á sus favorecidos discípulos, Pedro, Juan y Diego, y llevándolos consigo á un elevado monte, se retiró un poco, se puso en oracion, y estando en el mayor fervor de ella, se transfiguró delante de ellos. Manifestóse visiblemente en su cuerpo el esplendor de su divinidad y la gloria de su alma, y de repente se descubrió el resplandor de su majestad; dejándose ver no ya como un puro hombre, sino como un Hombre Dios. Apareció su semblante mas resplandeciente que el sol, sus vestidos mas blancos que la nieve, deslumbrando á los ojos su candor; pero ni en los vestidos, ni en el semblante hubo mudanza sustancial; solo se hallaron repentinamente penetrados de los rayos que despedia de sí el cuerpo glorificado, no de otra manera que una nube enrarecida y transparente se representa totalmente iluminada, cuando la envisten de lleno los rayos del sol : *Transformatio,* dice san Jerónimo, *splendorem addit, faciem non subtraxit.* Antes en cierta manera se pudiera decir que la vida comun del Salvador y su exterior ordinario y regular, era una verdadera transfiguracion, por ser ajeno de su estado connatural, y que lo que se llamó transfiguracion, era su estado connatural y verdadero; puesto que era menester un continuo milagro para suspender los efectos exteriores y visibles de su gloria y su divinidad. Solo con dejar obrar las causas naturales, necesariamente se habia de representar siempre como entonces se representó.

Pero no quiso el Salvador mostrarse solo en aquel estado glorioso. Dejáronse ver á sus dos lados Moisés y Elías: aquel, su principal ministro de la ley antigua; y este, el mas ardiente y el mas zeloso de todos

los profetas. Dispuso el Hijo de Dios que aquellos dos grandes personajes se hallasen presentes á su Transfiguracion, para que entendiesen los apóstoles que la ley y los profetas daban testimonio de su divinidad, y se terminaban en su persona. Vivia entonces Elías, como vive ahora, y así se dejó ver en su mismo cuerpo natural; pero el de Moisés, en sentir de santo Tomás, fué extraño y aéreo; trataban con Jesucristo aquellos dos grandes siervos de Dios acerca de la muerte, que dentro de pocos dias habia de padecer en Jerusalen, de sus ignominias, afrentas y dolores con que habia de poner fin á los trabajos de su vida. Nota san Lucas que san Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, y que, al despertar, vieron la gloria de Jesus y á los dos personajes que estaban en su compañía. No les habia prevenido el Salvador el favor que les estaba preparando, y permitió que se durmiesen mientras hacia oracion, para que, al despertar, fuese mayor el gusto y la sorpresa con la gracia de la novedad. Pero san Crisóstomo no puede creer que fuese verdadero sueño, y se inclina mas á que fué una especie de éxtasis que los arrebató y enajenó súbitamente, á vista del resplandor de que se hallaron envestidos con el nuevo prodigio. Mezclada la admiracion con un santo terror, é inundada el alma en un torrente de consuelos y dulzuras celestiales, no se pudo san Pedro contener; y saliéndole el gozo por los labios, con su viveza y prontitud acostumbrada exclamó á manera de un hombre extáticamente enajenado: ¡Señor, qué cosa tan buena es esta! ¡qué bella mansion! ¿dónde hallaremos en el mundo otra que sea mejor, ni tan buena? Fijémonos aquí, y levantemos tres tiendas, una para vos; otra para Moisés y otra para Elías. A Tertuliano le parece que en esta ocasion hablaba san Pedro arrebatado y como fuera de sí, y que eso quiere significar la Escritura en

aquellas palabras: *Nesciens quid diceret*: no sabiendo lo que se decia. Consultó en esta ocasion sus expresiones con el gusto, dice san Ambrosio, mas que con la razon; atendia á lo que su alma experimentaba, y el mismo consuelo espiritual no le dejaba reflexionar las consecuencias de lo que pretendia: *Non inconsulta petulantia, sed præmatura devotio, fructum pietatis accumulabat: nam quod ignorabat, conditionis fuit: quod promittebat, devotionis.* Estaba aun con la palabra en la boca cuando desaparecieron Moisés y Elías envueltos en una luminosa nube que los encubrió; y del fondo de la misma nube salió una voz clara y divina, que dijo distintamente: *Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias, á quien, en quien y por quien amo todo lo que amo: oidle como á vuestro maestro, y obedecedle como á vuestro rey.* Esta voz, como observan los padres, no se dejó oir hasta que se retiraron los dos santos, y se quedó solo el Salvador, para que no se dudase que á él solo se dirigia, y de solo él se debian entender aquellas palabras: *ipsum audite.* Así el resplandor de la nube, como el sonoro y vehemente sonido de la voz atemorizaron tanto á los tres apóstoles, que cayeron atónitos en tierra, desaparcciendo en el mismo instante toda aquella gloria. No obstante, se mantuvieron desmayados en la misma postura hasta que, acercándose á ellos el Señor, y tocándolos con la mano, les dijo: *Levantaos, no tengais temor.* Al punto levantaron los ojos, y mirando á todas partes, no vieron otra cosa qué á Jesucristo en su estado comun y regular. Bajaron del monte en compañía del Salvador, impacientes ya por anunciar á todos lo que habian visto; pero queriendo el Señor darles igualmente idea de su humildad, como se la habia dado de su gloria, en el mismo camino les prohibió revelar á nadie las maravillas de que habian sido testigos. Seme-

jante precepto les habia impuesto poco antes cuando preguntó á los apóstoles qué concepto hacian de él, y san Pedro declaró que le tenian por Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Entonces, dice el evangelista, les mandó que á ninguno dijesen era Cristo (*Matth.* 16): *Tunc præcepit discipulis suis, ut nemini dicerent quia ipse esset Jesus Christus*: añade san Lucas la razon; porque conviene que el Hijo del hombre padezca, sea condenado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, sea sentenciado á muerte, y resucite al tercero dia. Dando á entender que, si se llegase á creer que era el Mesías, podia esto impedir su pasion y su muerte; pero despues de su resurreccion les dió órden para que lo publicasen en todas partes. Si antes de la pasion hubiera declarade ó permitido se predicase claramente que era el Mesías prometido, muchos flacos (dicen san Crisóstomo y san Jerónimo) se escandalizarian tanto á vista de sus tormentos y de su muerte, que seria muy dificultoso el desimpresionarlos; pero la resurreccion, de que fueron testigos todos los apóstoles y todos los discípulos, de manera que ninguno podia dudar de ella, autorizaba todo lo que les habia dicho, y daba el mayor peso á todas las demás pruebas.

El intento del Salvador en mostrarse á los apóstoles cercado de gloria, y rodeado de brillante resplandor, fué para descubrirles un rayo de la gloria que ocultaba el velo de su cuerpo, y de la que tenia preparada en su reino para los que fielmente le sirviesen. Tambien quiso animarlos por este medio á llevar con alegría la cruz, enseñándoles que aun en este mundo da el Señor á gustar algunas veces á sus santos, aunque pasajeramente, los gozos y los consuelos del otro; y que la vida de los que siguen á Cristo es á la verdad cruz; pero cruz que no solo se hace muy lijera, sino muy gustosa, por los espirituales consuelos que la

acompañan; segun lo que el mismo dice que su yugo es suave, y su carga lijera.

Escogió el Salvador para este misterio un lugar retirado y propio para hacer oracion; dándonos á entender que no nos dispensa Dios sus favores, ni nos comunica su gloria en la publicidad, ni entre el tumulto del mundo, sino en el retiro, cuando estamos mas desprendidos de los afectos de la tierra, elevados á la mas alta perfeccion. Por eso, Moisés y Elías tuvieron la dicha de ver á Dios, no en medio de las ciudades, sino en la soledad y en el monte. Tanta verdad es que, si queremos que Dios se nos comunique, debemos amar el recogimiento y el retiro, haciéndonos superiores á todo lo terreno. Tambien dispuso Jesucristo que le acompañasen en el monte Tabor aquellos mismos discípulos que le habian de hacer compañía en el monte de las Olivas, para que fuesen primero testigos de su gloria los que despues lo habian de ser de sus agonías. Si tenemos parte en sus dolores, dice san Pablo, tambien la tendremos en sus consuelos: *Si compatimur, ut et glorificemur.*

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En el Monte Tabor, la transfiguracion de Nuestro Señor.

En Roma, en la via Apia en el cementerio de Calixto, la fiesta de san Sixto II, papa y mártir, quien, durante la persecucion de Valeriano, recibió la corona del martirio labrada por los filos de la cuchilla.

En dicho lugar, san Felicísimo y san Agapito, diácono del mismo san Sixto. san Juanario, san Magno, sa Vicente y san Estéban, subdiáconos, decapitados todos con él, y enterrados en el cementerio de Pretextato. Con ellos fué tambien martirizado san Cuarto, segun escribe san Cipriano.

En Alcana de España, san Justo y su hermano san Pastor, mártires, quienes, todavía niños de escuela, arrojaron la cartilla corriendo al martirio. Al punto los mandó prender el presidente Daciano y moler á palos; mas como se alentaban mutuamente con la mayor bizarría, fueron sacados de la ciudad y degollados por el verdugo.

En Roma, san Hormisdas, papa y confesor.

En Amida, san Jacobo, eremita, ilustre en milagros.

En el Langüedoc, san Estapin, venerado como obispo en aquella tierra, en las dos iglesias de su nombre.

En la abadía benedictina de San Pedro de Cardena á unas dos leguas de la ciudad de Burgos, san Sancho, abad, y unos doscientos monjes, despedazados por el rey Zafa, mahometano, enviado al intento por su tio el tirano Almanzor.

En Colonia, san Gislo, porque

En Bolonia de Italia, el fallecimiento de santo Domingo.

*La misa es del misterio, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui fidei sacramenta in Unigeniti tui gloriosa Transfiguratione, patrum testimonio roborasti, et adoptionem filiorum perfectam, voce delapsa in nube lucida, mirabiliter præsignasti: concede propitius, ut ipsius Regis gloriæ nos cohæredes efficias, et ejusdem gloriæ tribuas esse consortes. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que en la gloriosa Transfiguracion de tu unigénito Hijo confirmaste los misterios de la fe con el testimonio de los padres, y mostraste con admirable modo la perfecta adopcion de tus hijos, por medio de la voz que salió de entre una brillante nube; concédenos que seamos coherederos de este Rey de la gloria, y que algun dia le hagamos compañía en su reino. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pedro.*

Charissimi : Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem, et præsentiam, sed speculatores facti illius magnitudinis. Accipiens enim à Deo Patre honorem, et gloriam, voce delapsa ad eum hujuscemodi a magnifica gloria : Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui; ipsum audite. Et hanc vocem nos audivimus de cœlo allatam, cùm essemus cum ipso in monte sancto. Et habemus firmiorem propheticum sermonem : cui benefacitis attendentes, quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat et lucifer oriatur in cordibus vestris.

Carísimos : No os hemos manifestado la virtud y la venida de nuestro Señor Jesucristo por haber seguido las doctas fábulas, sino por haber sido testigos de vista de su grandeza. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria habiendo bajado á él de la magnífica gloria esta voz : Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido; oidle. Y esta voz la oimos nosotros venir del cielo estando con él en el monte santo. Pero tenemos por mas firme la palabra de los profetas : y haceis bien en atender á ella como á una antorcha que resplandece en un lugar oscuro hasta tanto que amanezca el dia, y el lucero de la mañana nazca en vuestros corazones.

NOTA.

« Hallandose en Roma san Pedro hácia el año 65 del Señor, pocos meses antes de su martirio, escribió esta segunda epistola á los mismos cristianos de la nacion hebrea, á quienes habia dirigido la primera, aunque algunos son de sentir que igualmente la dirigió á los gentiles, que á los judios convertidos. »

## REFLEXIONES.

*Señor, bueno será que nos quedemos aquí.* Si un solo destello de la gloria y de la majestad del Hijo de Dios arrebata la admiracion, colma, satisface,

inunda en tan puro, en tan exquisito gozo á los que son testigos de él; ¡qué será en el cielo donde se ve cara á cara al mismo Dios! ¡qué torrente de delicias anegará á los santos en aquella feliz mansion de los bienaventuradose de que el Tabor no era mas que débil sombra, lijera y limitada figura! Yo no sé lo que será el paraiso, decia un gran siervo de Dios; solo sé que en él se ve á Dios en sí mismo, y que el alma está como anegada en alegría;que Dios, hablando en rigor, solo parece Dios en aquel lugar de delicias; que todos los astros con que adornó al cielo, todas las flores con que vistió de gala á la tierra, todo cuanto el arte puede añadir á la naturaleza, todo es borron, todo es nada, en comparacion del paraiso. Yo no sé lo que habrá en él; solo sé que en él no hay mal ninguno, ni físico ni moral; que no hay pecado, que no hay vicio, que no hay envidia, que no hay interés, que no hay inconstancia, que no hay temor, que no hay esperanza, que no hay pena, que no hay inquietud, que no hay enfado. La tierra es un destierro, ó, por mejor decir, es un potro donde padecen los santos. El cielo es su patria, es su casa de recreo, es el teatro de su triunfo. Si crió Dios un infierno, y un infierno tan terrible para solo un pecado mortal, no obstante la miseria y la flaqueza humana; aquel Señor, que es mas liberal que riguroso, ¿qué no tendrá criado para los hombres que viven treinta, sesenta, ochenta años entregados al rigor de la penitencia, á pesar de todas las repugnancias de su flaca naturaleza? Es el paraiso el lugar donde Dios premia á sus siervos, llenándolos de bienes incomparablemente superiores á todos los de acá abajo. Siendo el lugar donde derrama sin medida sus favores en sus favorecidos, desconfiemos de poder formar idea cabal de lo que es. Toda nuestra felicidad en esta vida,

consiste en el pensamiento y en la esperanza que tenemos de poder ser, mediante su misericordia, lo que los santos son. Si á estos los hizo felices aun en medio de los trabajos de esta vida, la esperanza sola del paraiso, ¿qué será su posesion sin mezcla de mal, ni de disgusto? ¿qué no hicieron para ganarle? ¿y quién de ellos pensó jamás que habian hecho demasiado por merecerle? Antes bien ninguno deja de exclamar con el Apóstol : *No hay proporcion entre los trabajos y aflicciones de esta vida, y la gloria de la otra.* En este mundo no hay un instante de calma; no se sabe qué cosa nos turba y nos inquieta mas, si la necesidad ó la abundancia; si la pobreza ó las riquezas; los gustos ó los disgustos. Las riquezas y la pobreza causan poco mas ó menos las mismas inquietudes; la gloria nos aturde, la humillacion nos abate, las diversiones nos cansan; nada hay en la tierra que no nos disguste. Solamente del cielo se puede decir : *Bueno será que nos quedemos aquí.*

*El evangelio es del capítulo 17 de san Mateo.*

In illo tempore : Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsùm : et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol : vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses, et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus, dixit ad Jesum : Domine, bonum est nos hic esse : si vis faciamus hic tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum,

En aquel tiempo : Llevó Jesus consigo á Pedro, y Santiago, y Juan su hermano, y los llevó aparte á un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos. Y su rostro resplandeció como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Y hé aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, los cuales hablaban con él. Y hablando Pedro, dijo á Jesus : Señor, bueno es estarnos aquí : si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés, y otra

et Eliæ unum. Adhùc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. Et ecce vox de nube dicens : Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui : ipsum audite. Et audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valdè. Et accessit Jesus, et tetigit eos, dixitque eis : Surgite, et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt, nisi solum Jesum. Et descendentibus illis de monte, præcepit eis Jesus, dicens : Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat.

para Elías. Aun no habia acabado de hablar cuando una nube resplandeciente les hizo sombra. Y hé aquí que de la nube (*salió*) una voz que decia : Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido bien : oidle. Y al oir esto, los discípulos cayeron de bruces y temieron mucho. Pero Jesus se llegó, y los tocó, y les dijo : Levantaos, y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesus y bajando del monte, les impuso Jesus precepto, diciendo : No digais á nadie lo que habeis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

## MEDITACION.

### SOBRE EL MISTERIO DEL DIA.

### PUNTO SEGUNDO.

Considera la particular estimacion que hace el Salvador del mundo de los que le aman con ternura, y la bondad con que les comunica sus mas señalados favores. Distínguense Pedro, Diego y Juan entre los demás apóstoles por el ardiente amor que le profesan; y el Señor los distingue tambien entre todos por los favores especiales de que los colma. Condúcelos al Tabor; pero bien entendido que tambien los ha de llevar consigo al monte de las Olivas. En esta vida, los consuelos espirituales son comunmente presagio de trabajos y cruces. Es ocioso pedir sentarse á los dos lados del Hijo de Dios cuando no hay resolucion para beber la amargura de su cáliz. Muéstrase Cristo á sus discípulos mas resplandeciente que el sol, rodeándole

el resplandor de su majestad y de su gloria; pero en medio de esta gloria solo trata de tormentos, de desprecios y de muerte. Desengañémonos, no hay en la tiorra condicion, no hay estado exento de mortificacion. Toda devocion aplaudida, ruidosa, cacareada y llena de consuelos, se nos debe hacer sospechosa. No hay otra dulzura, no hay otro consuelo verdadero, que el que producen las adversidades; ó, por lo menos, el sincero deseo de la humillacion y de la cruz. Cuando el Salvador quiere dispensar á sus discípulos un singular favor, haciéndolos testigos de su gloria, los retira á un monte solitario. Nunca se proporcionó el tumulto del mundo á las intimidades con Dios; estos preciosos favores se reservan para la soledad, ó á lo menos para el retiro. *Non in commotione Dominus* (*Oseæ* 2). Gusta Dios del alma tranquila y sosegada. Llevaréla á la soledad, y allí le hablaré al corazon. Solo en el retiro se deja oir el Señor de las almas puras. Es error querer ser devoto sin dejar de ser mundano. Quéjanse muchos de que en sus oraciones solo experimentan sequedad, disgusto y distracciones. Quéjanse de que nunca sienten aquellos espirituales consuelos que gustan los siervos de Dios, aunque haya muchos años que se dedicaron á su servicio. Ama á Jesucristo con fidelidad y con ternura; témele; aniquila en tí ese espíritu de delicadeza y de regalo, ese espíritu mundano que todavía domina en tu corazon; huye del tumulto; ama la soledad; busca el retiro; y presto tendrás parte en los insignes favores de tu amable Salvador.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que es tan natural al hombre el amor á todo lo que es placer; es tanta su inclinacion al gusto, al contento, á la paz del corazon, que esta inclinacion y este amor son como el general resorte que da movi-

miento á todas las acciones de la vida. ¡ Mas ah, y qué grande es su ilusion cuando busca fuera de Dios esta paz, esta quietud, este contento y esta satisfaccion! Solo en servicio de tan buen amo se encuentran todas esas utilidades. *Estar con Jesus,* dice el autor del libro de la imitacion de Cristo, *es dulce paraiso; pero estar sin Jesus, aunque seas el hombre mas feliz del mundo, es un infierno.* Asombro es que, despues de tan largas y tan funestas experiencias como los hombres han hecho de esta verdad, todavía no reconozcan su error, descubriendo el vacío y la iniquidad de las falsas alegrías de este mundo. Experimentan toda su amargura; palpan su instabilidad, y con todo eso, solo suspiran por ellas. Si domina la pasion del contento y del consuelo, ¿á qué fin buscarle donde no se halla, y huir de aquella condicion donde únicamente se encuentra, que es la de los que sirven á Dios de veras y con fervor? ¿A qué fin arrastrar toda la vida en una mediania de virtud, en la cual nunca se gustan las dulzuras de la vida verdaderamente espiritual? La gloria de la majestad de Cristo solo se descubre en la elevacion del monte; en el fondo de la soledad, en lo mas silencioso del retiro se dejan percibir los consuelos celestiales. Por eso, se escogió la cumbre de un monte solitario para la Transfiguracion del Señor. ¿Porqué no se obraria este dulcísimo misterio sino á vista de solos tres discípulos? Porque siempre es corto el número de las almas fervorosas. Seamos de este corto número y seremos favorecidos. *Bueno será que nos quedemos aquí,* exclama san Pedro. Cuando Dios se comunica á una alma pura, fácilmente se olvidan todos los bienes criados. Los mas exquisitos gustos de la tierra parecen muy insípidos á quien gusta una vez los consuelos espirituales, que son como una prueba de los gozos de la gloria. Luego que Dios se deja sentir en el alma, ninguna fuerza hacen, ni esos

honores imaginarios, ni esas distinciones pueriles, ni esas quiméricas fortunas con que el mundo apacienta á sus parciales. Aquella paz interior, que excede todo cuanto se puede imaginar; aquel contanto superabundante, que causa una inalterable igualdad; aquella inexplicable alegría, que es el fruto de los mas duros trabajos; aquella alegría pura sin mezcla de tristeza; aquella alegría permanente, que no se acaba cuando se acaba una fiesta pública; aquella alegría constante, sin peligro de producir efecto alguno enfadoso; todo esto solo se reserva para los buenos. Compara todas estas ventajas con la turbacion y con la tiranía de las pasiones; con aquellas inquietudes y con aquellos enfados, que son como la herencia de las almas cobardes, de las almas tibias, y descubrirás el verdadero orígen de todos tus disgustos y de todas tus sequedades.

Conozco, Dios mio, que mi infidelidad y mi tibieza me han privado hasta aquí de aquellas señaladas gracias, que solo se reservan para los fervorosos. No os pido, Señor, esos favores extraordinarios que hacen tan fácil y tan dulce la virtud; solo os pido, por los méritos de mi Señor Jesucristo, me deis gracia para salir de este infeliz estado de tibieza, que me ha hecho tan pesado tu suavísimo yugo. Concededme aquel fervor con que se os debe servir, y la merced de que os sirva de hoy en adelante con la mayor fidelidad.

## JACULATORIAS.

*Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam, et salutare tuum da nobis.* Salm. 84.

Muéstranos, Señor, los efectos de tu misericordia, y concédenos la asistencia de tu gracia.

*Splendor gloriæ, et figura substantiæ Patris.* Ad Heb. 1.

Vos, divino Salvador mio, sois el resplandor de la gloria, y la figura de la sustancia del Padre.

## PROPOSITOS

1. *Maldito sea aquel que no ama á Jesucristo,* decia san Pablo; y á la verdad, si el que no ama á su prójimo está, segun san Juan, en estado de muerte; ¿en qué estado se ha de considerar el que no ama á su Criador, á su Salvador, á su Redentor, á su Dios, á su Padre? ¿Cómo es posible que no amemos á Jesucristo con ardor y con ternura los que tanto nos amamos á nosotros mismos? los que somos pródigos de nuestro corazon, y le entregamos por el menor beneficio que nos hagan? Pues qué, ¿ninguno hemos recibido de este divino Salvador, á cuya pura bondad debemos cuanto tenemos y cuanto somos? ¿Ignoramos por ventura con cuánto ardor nos amó y nos ama Jesucristo? Pero ¿le amamos nosotros? Esta es la pregunta que te debes hacer contínuamente. La respuesta la han de dar tus obras, tus palabras, tus dictámenes y toda tu conducta. Si estás en el templo, si asistes al divino sacrificio, sea tu respeto, tu modestia y tu devocion una prueba pública de lo que amas á Jesus. Si un director te aconseja, si un superior te manda, recibe la órden y el consejo como consejo y órden de Jesucristo; prueba lo que le amas en la prontitud con que le obedeces. Tus reglas y las obligaciones de tu estado son señales visibles de la voluntad de tu soberano Maestro; esto es lo que pide el Salvador. No se pase este dia sin que tengas el consuelo de probar por todos estos medios la sinceridad con que amas á Jesucristo.

2. Imita á aquellos grandes siervos de Jesucristo, cuyo corazon estaba abrasado de su amor, y de cuyos labios jamás se desprendia su santo nombre. *Yo te aconsejo singularmente,* dice san Francisco de Sales (1 *part.* 2, *cap.* 1), *que tomes por frecuente materia de*



S. CAYETANO, FUNDADOR.

*tu meditacion los méritos de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Mirándole en tu oracion, aprenderás cómo debes obrar, y arreglarás tus acciones por el modelo de las suyas. Los niños, á fuerza de oir á sus madres, y de tartamudear delante de ellas, no solo aprenden las voces, sino tambien los acentos; y nosotros, si nos acostumbramos á la presencia de este divino Salvador, durante la meditacion, y á observar sus acciones, sus sentencias y sus máximas, aprenderemos, mediante su divina gracia, á hablar, á obrar y á querer lo que él quiere. No sin razon se llama el Salvador* Pan que bajó del cielo; *porque, así como el pan se debe comer con todo género de manjares, así el Salvador debe ser meditado, considerado y buscado en todas nuestras oraciones, para ser imitado en todas nuestras acciones.*

---

# DIA SÉTIMO.

## SAN CAYETANO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGLARES TEATINOS.

La familia de san Gaetano, ó Cayetano, fué una de las mas nobles del Vincentino, en el señorío de Venecia, distinguida por los grandes empleos que obtuvo en la Iglesia y en el estado, fecunda en hombres grandes, no menos por la carrera de las armas, que por la profesion de las letras en el estado eclesiástico. Además del famoso Gaetano de Tiene, canónigo de Padua, á quien algunos apellidaban el príncipe de los teólogos de su siglo, produjo esta ilustre casa muchos insignes prelados, como tambien grandes capitanes, gobernadores de Milan y vireyes de Nápoles. Nació nuestro santo el año de 1480, ó en Vincencia,

ó en el mismo Tiene, poblacion numerosa perteneciente á su familia, que tomó de ella el nombre ó el apellido. Su padre se llamó Gaspar de Tiene, y su madre María Porta, ambos mas recomendables por su eminente virtud, que por su ilustre nobleza. Correspondió su educacion á los deseos de sus virtuosos padres. Deseaba su madre que tambien se viesen santos en una familia donde ya se habian visto sabios y capitanes; con cuyo piadoso fin, luego que fué bautizado, le puso bajo la proteccion de la santísima Vírgen.

Muy presto dieron á conocer las inclinaciones del niño que el Señor le habia prevenido casi desde la misma cuna con sus mas dulces bendiciones. No parecía posible natural mas blando, semblante mas modesto, ingenio mas brillante, genio mas dócil, ni corazon mas puro ni mas recto. Ya en aquella tierna edad daba bien á entender que solo Dios era el único objeto de sus deseos. Todas las diversiones de su infancia se reducian á ejercicios de devocion, que parecian superiores á su niñez; siendo la mas frecuente y la que mas le divertia, el representar en su cuarto las sagradas ceremonias que observaba en la iglesia. A vista de su perfecta sumision y rendimiento á la voluntad de sus padres y de su ayo, le proponian por modelo á la tierna juventud de Vincencia, y considerando aquella su fervorosa devocion y aquella ardiente caridad en una edad que apenas sabe sentir las miserias ajenas, comunmente le nombraban con el epíteto de santo.

Pero aunque los ejercicios de devocion parecían ser toda su ocupacion, y eran efectivamente su principal empleo, no por eso estorbaron los asombrosos progresos que hizo en el estudio de las ciencias humanas. En poco tiempo se hizo hábil filósofo, sabio teólogo, docto canonista, no menos jurisconsulto es-

tudiando uno y otro derecho en la universidad de Padua, donde recibió los grados de doctor en ambos, y fué reputado por uno de los mas sabios legistas, canonistas y moralistas de su tiempo. Pero así como los ejercicios espirituales no servian de estorbo á los progresos que hacia en el estudio, así tampoco su aplicacion al estudio impedia ni apagaba el fervor de su devocion. Crecia visiblemente cada dia su abrasado amor de Dios, y no eran menos sensibles los progresos que hacia en su tierna y amorosa devocion á la santísima Vírgen. No podia mantenerse mucho tiempo en el mundo una vida tan pura en siglo tan corrompido. Tardó poco en tomar su partido el santo mancebo; y como el cielo le tenia destinado para fundar dentro del mismo clero una familia religiosa, abrazó el estado eclesiástico.

Habiendo quedado dueño de sus bienes, por muerte de sus padres, edificó á su costa una especie de capilla ó ayuda de parroquia en el lugar de Rampazo, dotándola con un capellan para consuelo y alivio de sus moradores, que, por estar distantes de la iglesia parroquial, carecian de asistencia espiritual, y no pocas veces corrian riesgo de quedarse sin misa los domingos y dias festivos.

Estaba tan desterrado el uso de los sacramentos por el desórden de las costumbres, que apenas se hallaba quien comulgase dos veces al año aun entre los que vivian mas arreglados. Renovóse el fervor con el ejemplo de nuestro santo. Su devocion, su modestia, su asistencia á la oracion y su frecuencia de sacramentos, todo en un jóven de aquel mérito y de aquella distincion, bastó para reformar las costumbres, y para que toda la ciudad mudase de semblante.

Por el deseo de imbuirse en el espíritu eclesiástico y de perfeccionarse mas en él, emprendió un viaje á

Roma, con determinada resolucion de hacer en aquella ciudad una vida retirada y escondida, empleándose únicamente en los mas bajos ejercicios de humildad. Pero no le valió; porque su insigne virtud, acompañada de su grande reputacion, le descubrieron luego, dándole á conocer por lo que era. Quiso verle el papa Julio II, y reconociendo en él señales muy visibles de un extraordinario mérito y de una eminente santidad, que algun dia podian ser muy útiles al bien de la santa Iglesia, le mandó que se quedase en la corte. No era este precepto acomodado á la inclinacion de Cayetano, que suspiraba siempre por la soledad para vacar en ella á solo Dios; pero le fué preciso obedecer. No queriendo el papa que estuviese tan escondida aquella brillante antorcha, le dió un oficio de protonotario participante. No alteró su fervor ni su espíritu de recogimiento el aire de la corte. Habia en Roma una congregacion, llamada *del Amor divino,* y fundada en la iglesia de San Silvestre, cuyo instituto era encender los corazones en el fuego del amor de Dios, y apagar en ellos los incendios del amor profano. Luego que Cayetano fué recibido en esta piadosa congregacion, se conoció renovarse en ella el zelo y el fervor, que iban decayendo; restablecióse el uso de los sacramentos, y se palpó la seguridad y la abundancia del fruto cuando se predica con el ejemplo.

Todos estaban impacientes por ver promovido á los sagrados órdenes á tan santo, como zeloso ministro; y aunque él mismo por una parte deseaba con ardor el sacerdocio, por otra se estremecia su humildad solo con pensar en la santidad del ministerio. Sosegó el papa su inquietud, y dispensándole en los intersticios, le hizo recibir en tres dias festivos todos los órdenes sagrados, incluso el sacerdocio. No habia memoria de que en mucho tiempo se hubiesen vista

servidos los altares con tanta pureza y con tanto fervor. Comunmente se decia que Cayetano en el altar era un serafin, y en el púlpito un apóstol. Muerto el papa Julio, solo suspiró por el retiro. Renunció el oficio que tenia en la corte, juntamente con la prelatura que estaba aneja á él, determinado á emplearse única y enteramente en el ejercicio de buenas obras. Luego que se restituyó á Vincencia, se alistó en la congregacion de san Jerónimo, formada sobre el modelo de la del Amor divino, pero compuesta solo de oficiales y de gente popular. No lo llevó á bien su familia; mas el santo habia tiempo que estaba muerto á todos los respetos humanos. Habiendo nacido, por decirlo así, con un amor como congénito á la pobreza evangélica, profesaba cierta pasion particular á los pobres, que iba creciendo al paso que su virtud. Y no pudiendo ceñirse su caridad á los estrechos límites de aquella congregacion, se extendia á todos los pobres y enfermos de la ciudad, sin que ninguno se escapase al vigilante cuidado de su caritativo zelo.

Era su director un santo religioso de la órden de santo Domingo, cuya principal ocupacion era moderar los excesos de su fervor, y reprimir las demasías á que le inclinaba su insaciable sed de humillaciones y de abatimientos. Su continua asistencia en los hospitales, y aquella su fervorosa ansia de servir siempre á los enfermos mas asquerosos, renovó el espíritu de la caridad, casi apagado en el corazon de los ciudadanos. A ejemplo de san Cayetano, tanto plebeyos como nobles competian á porfía en la asistencia de los pobres enfermos; de manera que dentro de pocos dias aquellos mismos hospitales, de donde algunos dias antes parecia estar desterrada toda gente de alguna distincion, pasaron de repente á ser las casas mas frecuentadas de toda la ciudad.

Pero mayor teatro iba disponiendo el cielo á la es-

peciosa caridad de nuestro santo. Ordenóle su prudente director que pasase á Venecia; y Cayetano obedeció sin dar oidos á su inclinacion ni á su repugnancia. Lloró Vincencia la falta de tan virtuoso operario; pero Venecia, adonde ya se habia adelantado la fama de su nombre, celebró su dicha y le recibió con extremada alegría. Mudó de lugar, mas no mudó de inclinacion ni de ejercicio. Escogió para su habitacion el hospital nuevo; hizo tanto bien en él, así por la asistencia á los enfermos, como por el buen órden que entabló en aquella casa recien fabricada, que sin dificultad se le llamó su verdadero fundador. A esto se siguió la reforma general de las costumbres y la conversion de muchos pecadores; fruto todo de sus frecuentes exhortaciones y de sus santos ejemplos. A vista de tantos prodigios se persuadió el director de Cayetano que no era suficiente campo á su zelo el de una ciudad particular, y que sin duda le destinaba el cielo para servir á la Iglesia universal de un modo mas dilatado y mas glorioso. Con este pensamiento le envió á Roma, donde se unió mas estrechamente que nunca con los principales miembros de la congregacion del Amor divino. Éranlo Juan Pedro Carrafa, obispo á la sazon de Teati, vulgarmente llamada Tieti, que despues fué papa, con el nombre de Paulo IV; Pablo Consigliere, de la ilustre casa de Ghisleri, y Bonifacio de Cola, gentilhombre milanés. Con estos virtuosos personajes estrechó amistad nuestro santo; y conferenciando con ellos sobre los medios de reformar muchos abusos, y de remediar la relajacion que se habia introducido en el estado eclesiástico, resolvió fundar una religion de clérigos reglares, tomando por modelo la vida de los apóstoles.

Era el intento grande, y ardua verdaderamente la empresa; pero llenos de confianza en la pureza de su intencion, acudieron al papa Clemente VII, suplicán-

dole les admitiese la dimision de sus beneficios y de sus empleos, y pidiéndole su proteccion para la ejecucion de un pensamiento que consideraban tan útil á la universal Iglesia. Tuvo el papa gran dificultad en todo, pero principalmente en consentir que Carrafa renunciase su obispado; y los cardenales la tuvieron mucho mayor en aprobar un instituto, que no solo se despojaba de todo género de fondos y de rentas, como los religiosos franciscos, sino que obligaba á todos los que le profesasen á no pedir limosna de modo alguno, abandonándose total y enteramente á la divina Providencia. Pero así Carrafa como Cayetano representaron con tanta energía y solidez la conformidad de esta manera de vida con la que habian profesado los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo, que obtuvieron, en fin, la aprobacion de aquel admirable instituto, que en estos últimos tiempos renueva el espíritu y el mas perfecto desasimiento de los primeros siglos de la Iglesia. El dia, pues, 14 de setiembre del año de 1524, san Cayetano y sus tres ilustres compañeros, despues de haber renunciado todos sus bienes, cuya mayor y mejor parte tocó á los pobres, hicieron sus votos en la iglesia del Vaticano en manos de monseñor Juan Bautista Bonciano, obispo de Caserta, datario apostólico y diputado del papa para esta tierna funcion. Habia ya aprobado su Santidad con grandes elogios el nuevo instituto bajo el nombre de Clérigos reglares, en una bula expedida en 24 de junio del mismo año de 1524. Despues que hicieron sus votos, eligieron por superior á Carrafa; y porque el papa quiso absolutamente que mantuviese siempre el título de obispo de Teati, se llamaron *Teatinos* los nuevos religiosos, conservando despues este nombre, que tomaron de aquella ciudad.

Como el zelo de aquellos varones apostólicos tenia por primer objeto remediar la indevocion y la igno-

rancia en los eclesiásticos, el desórden de las costumbres en los legos, la negligencia del culto divino en las iglesias, y la poca aficion á la frecuencia de sacramentos en todos, fué el fin de su instituto, lo primero, restaurar la pureza de costumbres, el amor al estudio, la circunspeccion y el porte arreglado en el cuerpo de la clerecía; lo segundo, extinguir en él la codicia y renovar el desinterés, amoldándole al espíritu y á la perfeccion de la pobreza apostólica; lo tercero, restituir la decencia y aun la magnificencia á los templos, resucitando al mismo tiempo aquel espíritu de respeto y de religion que debe animar todas las ceremonias exteriores de la Iglesia; lo cuarto, purgar el púlpito ó la cátedra de la verdad de las bajezas, de los abusos y de las profanidades que se habian introducido en ella; lo quinto, perseguir en todas partes las nuevas herejías, asistir á los enfermos hasta la sepultura y acompañar los reos al suplicio.

Así Roma como toda Italia experimentaron luego los efectos de aquel admirable instituto, cuya alma era nuestro Cayetano. Atraidos del olor de su virtud y de la de sus compañeros, acudieron muchos á alistarse en la nueva religion, comenzándose á llamar teatinos, no solamente los que la profesaban, sino todos aquellos eclesiásticos devotos que hacian vida algo mas ejemplar. Concurrió tanto número de pretendientes, que fué preciso buscar otra casa mas espaciosa; y así se establecieron en el monte Pincio, de donde el año siguiente los obligó tambien á salir la violencia de las tropas del emperador, despues que tomaron á Roma por asalto. Saquearon la casa y maltrataron á los padres, pero sobre todo, á san Cayetano, á quien dieron tormento por instigacion de un soldado, que, habiéndole conocido en Vincencia, le suponia ahora tan poderoso como entonces. Despues de tan crueles pruebas, salió de Roma descoyuntado

todo el cuerpo, con sus compañeros, todos con el breviario debajo del brazo, vestidos de unas pobres sotanas; y habiéndose embarcado en el puerto de Ostia, dieron fondo en Venecia. Recibiólos el señorío con veneracion, y los alojó en San Nicolás de Tolentino; pudiéndose decir que aquí nació segunda vez aquella sagrada familia.

Concluidos los tres años del gobierno de Carrafa, sin atender á los ruegos ni á las lagrimas de Cayetano, fué electo por superior de una congregacion que le reconocia por su fundador y por su padre. Los cuidados del nuevo empleo en nada disminuyeron sus desvelos por el alivio de los pobres extraños. Era la misma su asistencia á los hospitales; pero nunca resplandeció mas su ardiente caridad, nunca se hizo admirar mas de todo el país que en la peste que trajeron los navíos de Levante.

En todas partes eran asombrosos los frutos de su zelo, sostenido con la opinion general de su virtud. Luego que se dejó ver en Verona, donde desgraciadamente se habia introducido la discordia en el cuerpo de la clerecía, introdujo en él la tranquilidad juntamente con la reforma. Enviado á Nápoles de órden del pontífice para fundar en aquella ciudad una casa de su religion, aceptó el sitio y alojamiento que le dió el conde de Opido; pero nunca le pudo reducir á que admitiese los fondos y las rentas que le señalaba, alegando ser contrarió á la perfeccion de pobreza que habia profesado. Los frutos de la nueva fundacion fueron los mismos en Nápoles que habian sido en Roma, en Venecia y en Verona. En todas partes donde estaba Cayetano entraba con él la reforma de las costumbres y mudaba de semblante el pueblo, el clero, la nobleza y los magistrados.

El papa Paulo III, que sucedió à Clemente VII, elevó á la púrpura á Juan Pedro Carrafa; lo que aña-

dió mucho lustre á la nueva congregacion. Mientras tanto, nuestro Cayetano, no menos atento á conservar la pureza de la fe, que á restituir la santidad de sus costumbres en fuerza de su vigilancia, descubrió en Nápoles tres herejes disfrazados, que, con el especioso sobrescrito de virtud y de reforma, sembraban en aquella ciudad las perniciosas novedades del luteranismo. Viéronse obligados á retirarse de ella Valdés, Mártir y Ochin, porque no quisieron convertirse; y aquella gran ciudad debió al zelo de nuestro santo la dicha de preservarse del contagio de la herejía. A impulsos de su mismo zelo, se vió precisado á repetir muchos viajes á Roma, á Venecia y al Vicentino, con suceso igualmente feliz en todas partes, sin que, en medio de tantas agitaciones, se alterase un punto su recogimiento interior, su devocion particular ni su penitencia. Antes bien, parece que crecia con sus ocupaciones el tierno amor que profesaba á Jesucristo y á la santísima Vírgen. Abrasado en él su corazon, nunca pronunciaba el dulce nombre de Jesus sin añadir el de María.

Entrando en la iglesia de Santa María la Mayor la vigilia de Navidad para pasar en ella la noche, luego que se puso en oracion, se le dejó ver el niño Dios en el mismo estado que tenia al tiempo de su nacimiento. Estrechóle en sus brazos la santísima Vírgen, y al punto le pasó á los de Cayetano, cuya alma quedó como inundada en consuelos celestiales; pero de una manera inefable, segun él mismo lo declaró. Despues de este insigne favor, parecia no vivir ya ni alimentarse sino del fuego del amor divino, cuyos incendios le salian continuamente al semblante. Perpetuamente maceraba su carne con un santo rigor, y nunca se quitaba el cilicio sino para despedazarse á azotes con disciplinas de hierro, pasando muchas veces noches enteras en estos sangrientos ejercicios. Su ayuno era

continuo; ninguna ocupacion exterior interrumpia su íntima union con Dios; y alguna vez se le vió seis y siete horas seguidas en oracion extático e inmoble. Pero aunque estos favores parecian elevarle á una condicion superior á la comun de los mortales, no por eso le hacian insensible á las calamidades públicas. Afligíanle sobre todo las persecuciones de la Iglesia, despedazada con las nuevas herejías. Hacia incesantes oraciones, imponia ayunos á sus hijos; y es verosímil que el vivo dolor que le causaban los males públicos, le abrevió los dias de la vida. Con los milagros que obraba crecia cada dia mas la opinion de su santidad. Rompiósele un hueso cerca del talon á uno de sus religiosos, y se le formó una apostema tan perjudicial, que los cirujanos determinaron cortarle la pierna. Rogóles san Cayetano que dilatasen la operacion hasta el dia siguiente, y pasó una parte de la noche haciendo oracion en el cuarto del enfermo. Acabada esta, quitó la venda del pié, besó la llaga, hizo sobre ella la señal de la cruz, y cuando acudieron los cirujanos por la mañana para hacer su peligrosa operacion, hallaron el pié tan sano, como si jamás hubiera padecido cosa alguna.

Habia mucho tiempo que la salud de nuestro santo se iba debilitando visiblemente, sin que por eso desmayase su fervor, hasta que, arruinada en fin al peso de sus apostólicos trabajos y de sus grandes penitencias, cayó mortalmente enfermo. Quiso el médico que se acostase en un colchon; pero el santo exclamó luego: *Mi Salvador espiró en una cruz; bueno será que á lo menos muera yo sobre la ceniza.* Con efecto, en este estado de penitencia, recibidos los últimos sacramentos, y habiendo exhortado á sus hijos á que nunca sufriesen la menor relajacion en la perfeccion de su instituto, entregó dulcemente su espíritu al Criador en Nápoles el dia 7 de agosto, del año de 1547,

á los sesenta y siete de su edad, y á los veinte y tres de la fundacion de su órden. Enterróse el santo cuerpo con grande solemnidad en su iglesia de San Pablo de Nápoles donde se conserva hasta el dia de hoy con la mayor veneracion. Por los grandes milagros que obró en vida, y por los que se aumentaron despues de su santa muerte, el papa Urbano VIII le beatificó en el año de 1629; y en el de 1673 el papa Clemente X, precediendo las formalidades acostumbradas, le canonizó y puso en el catálogo de los santos. Cada dia se está experimentando lo mucho que puede con Dios san Cayetano; siendo el mejor testimonio las maravillas que obra el Señor por su intercesion. A ella debieron en el año de 1660 los serenísimos Elector y Electriz de Baviera su hija primogénita María Ana Victoria, que casó despues con el señor Delfin; y en reconocimiento de este beneficio la señora Electriz envió á cuarenta casas de padres teatinos un niño de plata, como se ve en su iglesia de París y en las de Italia.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Arezzo en Toscana, la fiesta de san Donato, obispo y mártir, quien, además de otros milagros, segun refiere san Gregorio papa, reintegró con su oracion un cáliz roto por los paganos. Arrestado el santo en la persecucion de Juliano Apóstata, por órden del prefecto Anadraciano, habiéndose negado á sacrificar á los ídolos, consumó su martirio á filos de la cuchilla. Con él fué tambien martirizado san Hilario, monje, cuya fiesta se celebra el 16 de julio, dia de la traslacion de sus reliquias á Ostia.

En Roma, los mártires san Pedro y san Julian, con otros diez y ocho.

En Milan, san Fausto, soldado, quien, despues de

otros combates, alcanzó la corona del martirio bajo Aurelio Cónmodo.

En Como, san Carpóforo, san Exanto, san Casio, san Severino, san Segundo y san Lezino, mártires, quienes fueron decapitados por la confesion de la fe de Jesucristo.

En Nisibe en Mesopotamia, san Domecio, monje persa, que fué apedreado con dos de sus discípulos bajo Juliano Apóstata.

En Ruan, san Victricio, obispo, que, siendo soldado de Juliano Apóstata y habiendo abandonado el servicio militar por alistarse en las banderas de Jesucristo, fué probado con muchos tormentos por el tribuno y condenado á ser decapitado. Pero habiéndose quedado ciego el verdugo enviado para ajusticiarle, el santo, rotas sus prisiones, se escapó. Hecho obispo, con el tiempo convirtió á la fe con sus sermones á los Morinos y los Nervianos, pueblos de la Flandes y del Hainaut, muriendo en paz confesor de la santa ley que habia predicado.

En Chalons en Francia, san Donaciano, obispo.

En Mesina en Sicilia, san Alberto, confesor del órden de Carmelitas, ilustre por sus milagros.

En Nápoles en Campaña, san Cayetano de Tiena, fundador de los Clérigos reglares.

En Limusin, san Licar, obispo.

En Claraval, el venerable Andelfo, monje.

En Jerusalen, el natalicio de san Narciso el Grande, obispo de aquella ciudad.

En Etiopia, san Damiata, confesor.

En la Cartuja de Pavía, el venerable Corrado de Maconis, cartujo.

En la diócesis de Frisinga, san Nantolino, peregrino, nacido en Volfratshuis cerca de Munich, donde hay una iglesia de su nombre.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui beato Cajetano confessori tuo apostolicam vivendi formam imitari tribuisti; da nobis, ejus intercessione et exemplo in te semper confidere, et sola cælestia desiderare. Per Dominum nostrum...

O Dios, que á tu confesor el bienaventurado san Cayetano le concediste que imitase la vida de los apóstoles, concédenos que, asistidos de su intercesion, y animados con su ejemplo, pongamos siempre en vos toda nuestra confianza, y solamente suspiremos por los bienes celestiales. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap.* 31 *de la Sabiduría.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no le hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Fué autor del libro que se llama *Eclesiástico* ó *de la Sabiduría* Jesus, hijo de Sirach, el que, proponiéndose por modelo á Salomon, se aplica como él á recomendar el estudio de la Sabiduría, dándonos

instrucciones llenas de piedad. Fué hombre de vastísima sabiduría, y reputado por uno de los mas hábiles de su tiempo. »

## REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero.* Despues de tanto tiempo que se corre en busca de este precioso metal, y que los hombres se fatigan en vano sin ganar otra cosa que inquietudes, ansias, disgustos y remordimientos; ya parecia mas que razon que se desengañasen de sus ilusiones, y que descubriesen la inanidad de ese fantasmon, en quien tantos idolatran. Es la codicia una enfermedad que coge á un mismo tiempo el corazon y la cabeza; es una especie de frenesí de que sanan pocos. ¡Qué digno de lástima es el que se deja tiranizar de tan infame pasion! ¡Si ya á lo menos el avariento fuese liberal con aquel Señor de quien recibimos todos los bienes de la vida! Pero la avaricia no solo es un vicio propio de las almas bajas, eslo tambien de los corazones poco cristianos. El avariento siempre es tan mezquino con Dios, como lo es consigo mismo. Hace poca impresion la miseria ajena en aquel que solo ama su dinero. En todos es vil y despreciable la avaricia; pero en ninguno mas odiosa que en aquellos que por su profesion, segun el lenguaje del Apóstol, no debieran conocerla, ni aun de nombre: *Avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos.* ¿No es compasion que unos hombres consagrados al ministerio de los altares, que solo debieran aspirar por su estado á la herencia del Señor, se dejen arrastrar por la pasion de que otros les hereden sus sórdidos ahorros, al mismo tiempo que tantos pobres les están pidiendo de justicia las rentas de aquel patri-

monio suyo que puso en sus manos la piedad de los fieles? ¿no es esta aquella loca vanidad que con tanta razon contó el Profeta en el número de las abominaciones que se cometen en el templo? ¿no es aquella pobreza de entendimiento, aquella ridícula locura que, como dice el Sabio, causa horror y se hace insufrible á todo hombre de razon? ¡ Que unas personas que el mismo Dios separó del tropel de las demás, poniéndolas aparte y escogiéndolas como para sí, intimándoles que su reino no es de este mundo, se hayan de ocupar solamente en todo lo que puede contribuir al engrandecimiento de su familia! ¡que unos hombres cuya renta se compone toda de las rentas de los fieles, y á quienes muchas veces no les da el altar lo suficiente para su manutencion, se hayan de negar á sí mismos lo mas necesario para dejar á sus sobrinos, y tal vez á los extraños, con que sustentar lo supérfluo! Hombres, cuya sórdida avaricia la llevan representada en la indecencia del vestido; hombres mas hambrientos de su estipendio que el seglar mas codicioso; hombres siempre mas y mas duros con los pobres, no menos que consigo mismo; ¡qué no hacen para ahorrar y para ganar en todo! Pero ¿qué fin llevarán en tan ruin como vergonzosa economía? Ningun otro que el de aumentar a costa suya un capital, de que ellos no se han de aprovechar, y solo ha de servir para fomentar la profanidad de los que están deseando su muerte, pareciéndoles que ya tarda demasiado el verse dueños de sus infelices ahorros.

*El evangelio es del capítulo 6 de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Nemo potest duobus dominis servire : aut enim unum odio habebit, et al-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Ninguno puede servir á dos amos; porque ó aborrecerá al uno, y amará al

terum diliget: aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire, et mammonæ. Ideo dico vobis, ne solliciti sitis animæ vestræ, quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quàm esca: et corpus plus quàm vestimentum? Respicite volatilia cæli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea, et Pater vester cælestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate lilia agri quomodo crescunt: non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quod hodie est, et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit, quanto magis vos, modicæ fidei? Nolite ergo solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

otro, ó sufrirá al uno, y al otro le despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo no seais solícitos de lo que habeis de comer para mantener vuestra vida, ni de con qué habeis de vestir vuestro cuerpo. ¿Por ventura la vida no es mas que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del aire, las cuales no siembran, ni siegan, ni llenan las trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mas precio que ellas? ¿quién de vosotros puede con todo su discurso añadir un codo á su estatura? ¿y porqué tomais cuidado por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Con todo eso, os digo que ni Salomon en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de ese modo el heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No querais, pues, tener pena diciendo, qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos; porque semejantes cosas son las que procuran los gentiles. Sabe, pues, vuestro Padre que teneis necesidad de todas estas cosas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y tendréis todas estas cosas sin buscarlas.

# MEDITACION.

## DE LA CONFIANZA EN DIOS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que todos, por decirlo así, seriamos todopoderosos si nuestra confianza en Dios fuera viva, constante y perfecta. Fáltanos lo que debemos menester, solo porque nos falta la fe. Son desatinadas nuestras peticiones, y nuestras oraciones son ineficaces, porque es poca ó ninguna nuestra confianza en Dios. Los sabios del mundo cuentan con su prudencia; los ricos con su oro; los jóvenes con su edad; los robustos con su salud; pareciéndoles que estos son firmes y sólidos fundamentos. Tiénese toda la confianza en el favor de los grandes, en la autoridad de los protectores, en el número de los amigos; de suerte que parece estamos persuadidos á que para nada hemos menester á Dios, segun lo poco que con él contamos. Cada dia experimentamos la insuficiencia y la infidelidad de las criaturas, sin que por eso se disminuya la confianza que colocamos en ellas. No por eso nos desengañamos ni dejamos de volver á apoyarnos en aquellas mismas cañas que tantas veces se doblaron, y tantas se hicieron pedazos en nuestras manos. ¿De dónde nacerá que confiemos tan poco en aquel Señor, cuyo poder es inmenso, infinito, y cuya fidelidad tenemos tan experimentada? ¿de dónde nacerá que, estando como naturalmente sembrada esta virtud en nuestros corazones, como se nota aun en los mas impíos, los cuales en los peligros grandes, en los accidentes repentinos levantan las manos al cielo, imploran la proteccion de Dios con cierto indeliberado movimiento; de dónde nacerá

que, no obstante este natural instinto, nos cuesta tanto trabajo el colocar en el Criador toda nuestra confianza? Como esto es absolutamente ajeno de toda razon, no es posible señalar alguna de ello. Lo único que se puede decir es que jamás hemos considerado las muchas que tenemos para hacer todo lo contrario; que es mucha nuestra falta de fe, y mayor la del amor á nuestro Dios; y que nuestra conciencia nos está contínuamente reprendiendo nuestra tibieza, nuestra ingratitud y nuestra infidelidad. No cesamos de desagradar á Dios, de desobedecer su voluntad, de menospreciar su ley y sus preceptos; esto es lo que debilita y lo que enteramente apaga nuestra confianza en el Señor. Desconfiados de su bondad, acudimos á cualquiera otro; y si, despues de haber experimentado la insuficiencia ó la infidelidad de las criaturas, recurrimos al Criador, lo hacemos por fuerza ó por desesperacion, y aun entonces con duda y con desconfianza. ¡A vista de esto, nos admiramos, y aun nos quejamos de que el Señor no nos oiga! Antes bien seria una especie de milagro si, viéndonos en esta disposicion, nos alargara su benéfica mano.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que verdaderamente es muy extraña la contradiccion que se observa entre nuestra fe y nuestra conducta. Todos estamos convencidos de que Dios es el autor y el origen de todos los bienes, y que á sola su bondad debemos todos los dones que recibimos y todos los que esperamos recibir; pues ¿en qué consiste nuestra falta de confianza? Parece que no es posible inspirárnosla mayor cuando solamente nos pide esta misma confianza para obligarse á asistirnos en todas nuestras necesidades: *Credite quia accipietis*; creed que recibiréis lo que me pidiéreis, y estad

seguros de que sin otra diligencia lo recibiréis. Enséñanos Dios su palabra; esta es la mayor fianza de todo lo que nos promete; ella sola ciertamente debiera bastar para hacer inmoble nuestra confianza; despues de esta seguridad parecia inútil por parte de Dios cualquiera otra precaucion. Con todo eso, como la obligacion del juramento se reputa entre los hombres por mayor y mas sagrada que todas las demás, quiso el Señor añadir esta obligacion á su palabra para que estuviésemos mas ciertos, dice san Pablo, de la inmutable firmeza de sus promesas. ¿Serán ya menester otras pruebas? ¿serán menester motivos mas poderosos, razones mas fuertes para despertar nuestra esperanza, para asegurar nuestra confianza y para resucitar nuestra fe? ¿no es gran dicha nuestra que, por acomodarse Dios á nuestra flaqueza, se digne jurar por nuestro amor? ¿pudiera darnos mayor prueba de la sinceridad con que desea concedernos todo lo que nos promete? *O nos beatos*, dice Tertuliano, *quorum causa Deus jurat! ó miserrimos, si nec Deo juranti credimus!* ¿Cuál, pues, debe ser la firmeza de una confianza asegurada sobre tantas obligaciones? ¿qué tranquilidad y qué calma no deben producir en nuestros corazones unas esperanzas tan bien fundadas? ¿cómo es posible que haya todavía accidentes que nos espanten, pérdidas que nos desesperen, resoluciones que nos asusten, teniendo á un Dios que nos ofrece y nos asegura su proteccion y su asistencia? Con todo eso, es mucha verdad que la desconfianza y el temor reinan casi universalmente en los corazones.

Estoy, Dios mio, tan persuadido á que velais sobre los que confian en vos, y á que nada puede faltar á quien espera en vos todas las cosas, que estoy resuelto a dejar desde aquí adelante en manos de vuestra providencia todas mis inquietudes y todos mis

cuidados. Podrán los hombres despojarme de los bienes y de la honra; podrán las enfermedades debilitarme las fuerzas; podré yo mismo ser tan infeliz, que pierda vuestra gracia por el pecado; pero jamas perderé la esperanza, conservaréla hasta el último momento de mi vida; en vano procurarán arrancármela los mayores esfuerzos de todos los demonios del infierno: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

## JACULATORIAS.

*Domine, non confundar, quoniam invocavi te.* Salm. 30.
No, Señor, nunca seré confundido, porque invoqué tu santo nombre.

*In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.* Salm. 30.
Confié, Señor en tí, y no seré confundido eternamente.

## PROPOSITOS.

1. Dios mio, como yo esté sujeto á tí, decia el santo Job, yo desafiaré osadamente á todos mis enemigos: *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me.* No permitais que me aparte de tu lado, y ninguna cosa será capaz de alterar mi confianza. Todo está lleno de lazos y de escollos; vivimos en un pais enemigo; en el mismo trono nacen las adversidades y las cruces, dentro de nosotros mismos tenemos un manantial inagotable de miserias y de disgustos; los males han inundado toda la tierra. Con todo eso, por espantoso que sea este diluvio de enfermedades, de males y de miserias, no me espantarán, Dios mio, exclama el Profeta, porque tú estás conmigo: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Tengamos esta gran confianza en Dios, y presto seremos asegurados.

Pobre viuda, sin arrimo, sin proteccion, cargada de familia y acaso tambien de deudas, abatida, despreciada, perseguida, acude á Jesucristo, pon en él toda tu confianza, y él será seguramente tu asilo, tu protector y tu apoyo. Infeliz oficial, que no tienes á quien volver los ojos en el mundo, acude á Jesucristo con entera confianza, y en él lo encontrarás todo. *Numquid non ego melior tibi sum, quàm decem filii?* Ten en Dios una confianza sin límites, sin medida, y en todos cuantos accidentes desgraciados te sucedan clama luego con los discípulos : *Domine, salva nos, perimus.* Señor, si tú no me salvas, perezco. No confíes en los amigos, ni en tu industria; y aunque no debes omitir aquellos medios que dicta la prudencia humana, siempre has de contar con la asistencia del cielo.

2. La divina Providencia, dice san Francisco de Sales, solo dilata su socorro para avivar mas nuestra confianza. Si no siempre nos concede nuestro Dios lo que le pedimos, es porque quiere tenernos cerca de sí para que le instemos, le estrechemos, le importunemos haciéndole una amorosa violencia : confiar en Dios cuando nos llena de consuelos, de prosperidad y de abundancia, cualquiera lo sabe hacer; pero arrojarse enteramente en sus brazos entre las borrascas y las tempestades, eso es propio de sus hijos. Pon en práctica esta importante máxima; cuando te suceda alguna cosa molesta, difícil, peligrosa, éntrate en tu cuarto, arrójate á los piés del crucifijo, y poniendo toda tu confianza en la bondad del Salvador, implora su gracia y su asistencia. Evita en cuanto te sea posible todo aire de tristeza, de desesperacion y de queja que muestre desconfianza; y el mismo espíritu de confianza has de procurar inspirar á tus hijos y á toda tu familia. Vuelvo á decir que, solo con tener fe, seríamos en cierta manera todopoderosos.

## DIA CUARTO.

### SAN CIRIACO, LARGO Y SMARAGDO, MARTIRES.

Luego que el emperador Diocleciano asoció en el imperio á Maximiano Hercúleo, que habia nacido en Sirmich el año de 286, y luego que llegó á Roma el nuevo emperador, deseoso de acreditar su reconocimiento á su insigne bienhechor con alguna demostracion correspondiente, le regaló un magnífico palacio para el uso de sus baños que desde los cimientos hizo levantar á su costa, el que despues se llamó *las Termas de Diocleciano*, y siempre se reputó por el mas bello monumento de la magnificencia romana. Siendo todo el empeño del nuevo César lisonjear el gusto del viejo Diocleciano, conoció no podia hacerle lisonja mayor que perseguir cruelmente á los cristianos, á quienes él profesaba tambien un furioso odio personal. Y considerando que la sangre de los mártires, en vez de exterminarlos, parecia fecundo riego que multiplicaba su número, resolvió perseguirlos con otro nuevo género de suplicio, tanto mas cruel, cuanto mas prolongado, á cuya sorda violencia consumiéndose en la oscuridad, se extinguiria el nombre cristiano en todo el ámbito del imperio. Ordenó, pues, que aquel soberbio edificio se erigiese á costa del sudor de los cristianos, y á todos los condenó á que trabajasen en aquella obra.

Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion del cielo ver aquel prodigioso número de confesores de Cristo cavar los cimientos, acarrear la tierra, llevar el agua, arrastrar piedras de enorme peso, y todo esto sin el menor alivio; pues, como el fin

era que todos pereciesen, apenas se les daba el sustento preciso para mantenerse. Con razon se puede decir que aquel soberbio edificio fué obra del sudor de los mártires; y acaso por eso, habiendo perecido tantos otros, ya por los incendios, ya por la voracidad del tiempo, este solo se conserva hasta el dia de hoy convertido en una suntuosa iglesia con la advocacion de Nuestra Señora de los Angeles, que poseen los ejemplares padres cartujos.

Durante esta persecucion, habia en Roma un caballero llamado Trason, cristiano encubierto y hombre poderoso, que, compadecido de lo que padecian los santos, determinó socorrerlos y aliviarlos en sus miserias. Pareciéronle muy á propósito para instrumentos de su generosa caridad Ciriaco, Largo y Smaragdo, cristianos zelosos y todavía encubiertos, á quienes habia reservado el cielo para consuelo de aquellos pobres y afligidos fieles. Comunicóles su intento, y les encargó el cuidado de llevar sus limosnas á los cristianos que trabajaban en aquel edificio. Era comision peligrosa, y conocian muy bien nuestros santos todo su riesgo; pero el zelo y la caridad los animó á encargarse de ella. Mezclábanse intrépidamente entre aquellos ilustres confesores; socorrian con liberalidad sus necesidades; y aprovechándose diestramente de la ocasion, animaban su desaliento y los alentaban á la perseverancia. Informado de su valor, el papa san Marcelino quiso ver á nuestros santos; y reconociendo la eminente santidad de aquellos héroes cristianos, ordenó de diácono de la iglesia romana á san Ciriaco para proporcionarle que pudiese tambien atender mas eficazmente á las necesidades espirituales de los fieles.

Elevado á la nueva dignidad, llenó con fruto el sagrado ministerio. No le cedian en zelo ni en fervor Largo y Smaragdo; por lo que muy en breve todos

tres recibieron el premio de su caridad y de sus trabajos. Cogiéronlos de repente cuando iban cargados de víveres y de limosnas para repartirlas entre los cristianos, y conducidos á la cárcel, fueron condenados á trabajar con ellos en las Termas.

Es inexplicable el gozo de nuestros santos cuando les intimaron la sentencia. Parecíales que ya tardaba el dichoso momento en que habian de tener parte en las fatigas y miserias de tantos confesores de Jesucristo; aumentando su alegria la esperanza de coronar los trabajos y la vida con la gloria del martirio. Con el ansia de conseguir esta gracia, eran cada dia mayores los esfuerzos de su caridad y de su fervor. Luego que se vieron mezclados entre aquella santa y venerable tropa de siervos de Dios, fué todo su anhelo aliviar á todos el trabajo, y cargarse en gran parte del que tocaba á cada uno en particular. No solo cargaban con el cuezo para llevar la tierra, y arrastraban el carro para portear las piedras, sino que, en viendo alguno de sus hermanos, ó sin fuerzas por la vejez, ó desmayado por la debilidad, ú oprimido con el peso, al punto se le echaban á cuestas y tomaban de su cuenta la labor que le correspondia. Llevaba á cuestas una pesada carga Saturnino, uno de los santos confesores, no menos venerable por su virtud, que por su respetable ancianidad, y abrumado con el peso muy superior á sus débiles fuerzas, caia en sierra á cada paso. Viéronlo nuestros santos, y al instante acudieron á los ministros del emperador, sobrestantes de la obra, suplicándoles tuviesen á bien que ellos hiciesen el trabajo que se habia encomendado á aquel buen viejo, pues era visible que no podia con él.

Admiró á los mismos ministros una caridad tan heróica, y no acababan de ponderar su asombro al ver la modestia, el agrado y el anhelo con que aque-

llos héroes se empeñaban en aliviar á sus hermanos. Pero notando sobre todo aquella alegría con que se mostraban insensibles á tan insoportables trabajos, llegaron a creer que les infundia espíritu alguna fuerza y virtud sobrenatural. Dieron parte á Maximiano de su admiracion y del motivo de ella en lo general de los cristianos; pero exaltaron sobre todo la heróica caridad de Ciriaco, Largo y Smaragdo. Oyólos el bárbaro príncipe, y como solo se distinguia por el implacable cruel odio que profesaba á la religion cristiana, lejos de ablandarse con la relacion de una caridad tan pocas veces vista, esta misma noticia le hizo entrar en mayor furor, y dió órden de que prontamente fuesen encerrados los tres santos confesores en un oscuro calabozo para ser condenados al último suplicio. Afligiólos mucho esta determinacion, porque ni podian aliviar, ni les era posible compartir los trabajos de sus amados hermanos

Pero no queria el Señor dejar largo tiempo sepultada en la oscuridad una virtud tan benéfica. Acudieon á nuestros santos algunos ciegos; y habiéndolos abrazado san Ciriaco y hécholes sobre sus ojos la señal de la cruz, al punto recobraron la vista. Corrió la voz de esta maravilla, concurrieron muchos enfermos á la cárcel; y queriendo el Señor premiar su fe, todos fueron oidos. Ninguno dejó de cobrar la salud del cuerpo, y con ella la del alma.

Llegó hasta el palacio del emperador la noticia de estos milagros á tiempo que una hija de Diocleciano, llamada Artemia, á quien su padre amaba tiernamente, estaba poseida del demonio, que la atormentaba con la mayor crueldad. Quiso verla Diocleciano, y las violentas contorsiones que la obligaba á hacer el espíritu maligno le sacaron las lágrimas de los ojos, atravesándole el corazon, sin tener valor para ver por mas tiempo aquel triste espectáculo; des edazábase el

cuerpo, daba bramidos, y gritaba sin cesar que solo se podria ver libre de aquel enemigo por la virtud de Ciriaco, diácono de los cristianos. Suspendió por entonces el emperador todo el furor que tenia contra ellos, y mandó que al punto fuesen puestos en libertad Ciriaco y sus dos compañeros, y que les suplicasen de su parte tuviesen á bien el librar de aquel trabajo á su querida hija. Moviéronse á compasion los santos viendo el lastimoso estado de la princesa, y haciendo oracion por ella, mandó Ciriaco al demonio que al momento dejase libre el cuerpo de aquella criatura *Obedeceré,* respondió el espíritu maligno; *porque no puedo resistir á la omnipotente virtud de Jesucristo, pero solo saldré de esta posada para ir prontamente á tomar otra en la corte de Persia. Nada harás,* replicó Ciriaco, *que no sea para tu confusion y que no ceda en mayor gloria del cristianismo.* En el mismo punto quedó libre de los demonios la doncella; porque, arrojándose á los piés del santo, le declaró que creia firmemente en Jesucristo y que queria ser cristiana; resolucion que por algun tiempo se le ocultó al emperador, el cual, reconocido al servicio de Ciriaco, mandó que le diesen una casa en Roma.

Al mismo tiempo se halló poseida del mismo demonio la hija del rey de Persia, llamada Jobia, y quiso Dios que continuamente clamase no se podria librar si no venia á sanarla el diácono Ciriaco, que estaba en Roma. Amaba el rey con extremo á esta hija; y atravesado de un vivísimo dolor al verla padecer tanto, no queriendo omitir diligencia alguna para su remedio, despachó un embajador al emperador, suplicándole que le enviase á Ciriaco sin perder un instante. Deseaba el emperador complacer al rey de Persia, porque asi lo pedian los intereses del estado, y se le dió órden á Ciriaco para que al instante se pusiese en marcha con el embajador, permitiéndo-

sele que llevase consigo á sus dos compañeros. Hicieron por mar parte del viaje; y saltando en tierra, no fué posible hacerles admitir el equipaje que se les daba para su comodidad. Caminaban todos tres á pié con sus bordones en las manos, sin dispensarse de sus acostumbradas penitencias, ayunando todos los dias, cantando alabanzas al Señor, en fin, como tres apóstoles.

Luego que llegaron á la corte del rey de Persia, quedaron gustosamente sorprendidos, viendo al monarca postrado á sus piés y pidiéndoles con lágrimas que tuviesen lástima de su querida hija. Prometióle Ciriaco que, como él mismo quisiese creer en Jesucristo, su hija seria libre del demonio y juntamente con la fe recibiria una perfecta salud. Todo lo ofreció y todo lo cumplió el príncipe. Hizo oracion nuestro santo; mandó al demonio que dejase libre aquella doncella; obedeció al instante; y así el padre como la hija se convirtieron, recibiendo el bautismo con mas de cuatrocientos gentiles.

El tiempo que se detuvieron los santos en la corte de Persia, no solo sirvió para confirmar en la fe á los nuevos cristianos, sino para obrar cada dia nuevas maravillas y hacer nuevas conquistas para Jesucristo. Embarcáronse cuarenta y cinco dias despues para restituirse á Roma, donde tenia dispuesto el Señor coronar muy en breve sus trabajos. Dejólos vivir en paz el emperador Diocleciano; y ya se dejan discurrir los grandes bienes que harian entre los fieles aquellos héroes de la religion. Pero habiendo salido Diocleciano á visitar algunas provincias del imperio, y creciendo cada dia mas el odio y el furor de Maximiano contra los cristianos, mandó prender á nuestros santos, con órden á Carpasio que no perdonase medio alguno para reducirlos a sacrificar á los dioses; y en caso de resistirse, que ellos mismos fuesen sacrificados.

Causóles tanto horror la mera proposicion que se les hizo de que renunciasen á Jesucristo, y se mostraron tan indignados, que no se pasó adelante en apretarlos mas; y sustanciando brevemente su proceso, fueron sentenciados á muerte. Pero como Ciriaco no cesase de predicar á Jesucristo, ni de publicar que los mentidos dioses del imperio eran verdaderos demonios del infierno, mandó el juez que le echasen pez hirviendo sobre la cabeza; tormento que sufrió con heróica paciencia : y prosiguiendo en confesar y en alabar á Jesucristo, le extendieron en el ecúleo, y le quebrantaron los huesos á palos, sin que en este suplicio se le oyese mas que exclamar continuamente : *Jesus mio, mi soberano dueño, ten misericordia de mí, pecador miserable é indigno de la gracia que me haceis de padecer por la gloria de vuestro nombre.* Asombró á los mismos paganos su constancia; y noticioso de todo Maximiano, mandó que se ejecutase la sentencia y que se cortase la cabeza á Ciriaco, Largo y Smaragdo, juntamente con otros veinte mártires que tuvieron parte en la misma corona. Sucedió su martirio el dia 16 de marzo del año 303. Fueron sepultados sus cuerpos en la via Salaria, ó en el camino de la Sal, que en algunas partes se llama *el Camino saludable.* Los de san Ciriaco, Largo y Smaragdo poco tiempo despues fueron trasladados por el papa san Marcelo, sucesor de san Marcelino, á una heredad de cierta señora cristiana, llamada Lucina, en el camino de Ostia, á un buen cuarto de legua de la ciudad, y como esta traslacion se hizo el 8 de agosto, la Iglesia escogió este dia para celebrar su fiesta.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Ciriaco, diácono, san Largo, san Smaragdo y otros veinte mártires, que fueron

muertos en la persecucion de Diocleciano y Maximiano el diez y siete de las calendas de abril, ó lo que es lo mismo, el diez y sies de marzo. Sus cuerpos fueron enterrados en la via Salaria por el presbitero Juan Mas el mismo dia los trasladó el papa san Marcelo á la hacienda de Lucina en el camino de Ostia; luego fueron llevados á Roma misma, y depositados en la iglesia llamada de Santa María *in via lata*, ó *calzada ancha.*

En Anazarbe en Cilicia, san Marino, quien, con ser muy anciano, fué, bajo el emperador Diocleciano y el presidente Lísias, apaleado, atado á un poste y desgarrado, y por último echado á las fieras, en cuyo suplicio murió.

En el mismo lugar, san Eleuterio y san Leónido, mártires, quienes alcanzaron el triunfo con el suplicio del fuego.

En Persia, san Hormisdas, mártir bajo el rey Sapor.

En Cisica en el Helesponto, san Emiliano, obispo, quien, despues de haber padecido mucho de parte del emperador Leon, por el culto de las santas imágenes, murió al cabo desterrado.

En la isla de Candia, san Miron, obispo, ilustre por sus milagros.

En Viena en Francia, san Severo, presbítero y confesor, quien emprendió un viaje penoso para predicar el Evangelio; y llegado á dicha ciudad, con sus predicaciones y milagros convirtió á la fe de Jesucristo una muchedumbre de paganos.

En Tréveris, santa Agapa, vírgen.

En Burdeos, san Momblo, abad de san Benito de Loira.

En Luca, san Teodomo, venerado como obispo.

En Passau en Baviera, san Altman, obispo.

En Galicia, el venerable Rogerio, del órden cisterciense, prior de Meira.

En Verceil, la bienaventurada Hugolina, vírgen.

*La misa es en honor de los santos, y la oracion la que sigue:*

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Ciriaci, Largi et Smaragdi solemnitate lætificas: concede propitius, ut quorum natalitia colimus, virtutem quoque passionis imitemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

O Dios, que cada año renuevas nuestro gozo con la fiesta de tus santos mártires Ciriaco Largo y Smaragdo; concédenos la gracia de que al mismo tiempo que celebramos el dia que nacieron al cielo, imitemos tambien aquella fortaleza que mostraron en su pasion. Por nuestro Señor Jesucristo.

*La epístola es del cap. 2 de la primera del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses.*

Fratres: Gratias agimus Deo sine intermissione, quoniam, cùm accepissetis à nobis verbum auditus Dei, accepistis illud, non ut verbum hominum, sed (sicut est verè) verbum Dei, qui operatur in vobis, qui credidistis. Vos enim imitatores facti estis, fratres, ecclesiarum Dei, quæ sunt in Judæa in Christo Jesu; quia eadem passi estis et vos à contribulibus vestris sicut et ipsi à Judæis: qui et Dominum occiderunt Jesum et prophetas, et nos persecuti sunt, et Deo non placent, et omnibus hominibus adversan-

Hermanos: Damos gracias á Dios sin cesar, porque, habiendo vosotros recibido la palabra de Dios, que oísteis de nosotros, la abrazásteis, no como palabra de los hombres, sino como palabra de Dios (como en realidad lo es), el cual obra en vosotros que habeis creido, porque vosotros, ó hermanos, os habeis hecho imitadores de las iglesias de Dios que estan en la Judea en Cristo Jesus; porque las mismas cosas habeis padecido vosotros de vuestros paisanos, que padecieron aquellos de los judíos, los cuales quitaron la vida al Señor

tur, prohibentes nos gentibus loqui ut salvæ fiant; ut impleant peccata sua semper; pervenit enim ira super illos usque in finem.

Jesus y á los profetas, y á nosotros nos persiguieron, y no agradan á Dios, y son adversos á todos los hombres; los cuales nos prohiben que hablemos á los gentiles para que se salven, para que prosigan llenando la medida de sus pecados; porque la ira de Dios ha venido sobre ellos hasta el fin.

NOTA.

« En sentir de san Juan Crisóstomo, la primera epístola que escribió el apóstol san Pablo á las iglesias, fué la que dirigió á los Tesalonicenses; y se cree fué el año 52 ó 53 de Jesucristo. Muchos son de parecer que se escribió en Atenas; pero es mas verosímil que fué en Corinto, adonde le fueron á buscar Silas y Timoteo. »

REFLEXIONES.

*Hermanos mios, demos incesantes gracias á Dios, porque, habiendo oido predicar su divina palabra, no la oísteis como palabra de los hombres, sino, como lo que es verdaderamente, palabra de Dios.* La misma palabra es la que hoy se nos predica; pero ¿la oimos como palabra de Dios? Uno de los mayores castigos con que amenaza Dios á su pueblo por medio del Profeta, es con que quitará la fuerza y la virtud al pan que le sirve de alimento : *Auferam robur panis.* Si este pan llega á perder el gusto; si lo encuentra insípido; si ya no tiene virtud para sustentar, es preciso caer en un desfallecimiento, en un desmayo mortal. Es la palabra de Dios el pan del alma; no faltan almas zelosas y caritativas que le distribuyan; pero ¿quién no

dirá que se ve hoy ejecutada en el pueblo cristiano la terrible amenaza del Señor? Nunca se han visto tantos predicadores; nunca se han oido tantos sermones; ¿y se podrá decir con igual verdad que tampoco se han visto nunca tantas conversiones? Aun aquellas mismas personas que mas concurren á los sermones, no suelen ser las mas arregladas. ¿De qué nacerá tan poco fruto? De que esta divina semilla no se recibe como palabra de Dios, sino puramente como palabra de los hombres : *El que es hijo de Dios,* decia el Salvador, *oye la palabra de Dios; y por eso, vosotros no la ois, porque no sois hijos suyos.* No hay mejor señal de la robustez y del vigor de una alma, que la hambre de esta divina palabra. Háblanos Dios de diferentes maneras: unas veces, al fondo del corazon por medio de sus inspiraciones; ¡desdichado de aquel que se hace sordo á esta voz interior! otras, nos habla por los buenos ejemplos; ¡infeliz del que no entiende este lenguaje! Háblanos por medio de otros mil accidentes de la vida; ¡triste del que no sabe aprovecharse de ellos! Pero el mundo, nuestras pasiones y nuestro amor propio hablan mas alto que Dios; meten mucho ruido y no nos dejan percibir lo que aquel nos dice. Por desgracia nuestra el primer lenguaje que se oye y que se aprende, es el de las pasiones y del amor propio; se pasa toda la niñez y muchas veces toda la juventud en oir esta jerga; ¡y cuántos hay que en toda su vida no hablan otro lenguaje! pues ¿qué maravilla que no oigamos la voz de Dios? Pásase en medio del mundo toda la vida; no se oye otra cosa que sus leyes; todas las conversaciones son sobre sus máximas; para semejantes gentes la palabra de Dios es una lengua extraña que no entienden. Siendo tan diferentes el idioma del cristiano y el lenguaje del mundo; ¿qué mucho es que no se entiendan unos á otros?

*El evangelio es del cap. 16 de san Marcos.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur. Signa autem eos, qui crediderint, hæc sequentur. In nomine meo dæmonia ejicient, linguis loquentur novis, serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super ægros manus imponent, et benè habebunt.

En aquel tiempo dijo Jesus a sus discípulos: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere se condenará. Y estos son los milagros que acompañarán á aquellos que creyeren. En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, manejarán las serpientes; y si bebieren cualquiera cosa mortífera, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos, y se pondrán buenos.

## MEDITACION.

### DE LA FE CRISTIANA

### PUNTO PRIMERO.

Considera que, aunque la fe es virtud del entendimiento, la falta de ella es vicio de la voluntad. Dices que, si tuvieras fe, ya hubieras dejado esos ilícitos gustos; pues yo te digo que, si hubieras dejado esos gustos ilícitos, sin duda tendrias fe. Admirámonos de que muchas personas, por otra parte de bastante entendimiento, desbarren obstinadamente en errores contra la religion, hasta defenderlos como dogmas. Desenvuélvanse bien los misterios de su corazon; cúrenlos de sus ilusiones, y se verá que á la mudanza del corazon se sigue inmediatamente la conversion

del entendimiento. Es cierto que las nieblas y las nubes se forman en el aire; pero todas provienen del agua que está sobre la superficie de la tierra. La herejía reside en el entendimiento; pero su orígen y sus progresos nacen del corazon. Comiénzase á dudar desde que se comienza á vivir mal; el primer paso para no ser buen católico, es comenzar á ser mal cristiano. El curso de la fe sigue por lo comun el de las costumbres; cuando estas se estragan, aquella se pierde ó debilita. No queremos que sea verdad aquello que nos incomoda, cuando se sigue un camino mas fácil y de mayor conveniencia. El corazon esclavo de la pasion presto corrompe y engaña al entendimiento. De la duda se pasa fácilmente al error; y una vez que el orgullo, la impureza, la avaricia, la venganza dominaron el terreno, ya no aplica el entendimiento á combatir sus ilusiones, sino á sostenerlas y seguirlas. ¡O buen Dios, á cuántos y de cuántos errores desengañaria un poco de reflexion en un punto que tanto nos importa! En tan deplorable disposicion, las verdades mas terribles de la fe se consideran como preocupaciones de la infancia y de la educacion. Enteramente corrompido el entendimiento por la malignidad del corazon, se constituye juez soberano de la fe, y solo toma el voto á los sentidos. Recíprocamente el entendimiento defiere ciegamente á las inclinaciones naturales del corazon; y el corazon profesa igual deferencia á las luces naturales del entendimiento por escasas y por limitadas que sean. Todo aquello que no alcanza la razon natural es condenado; nada se cree sino lo que se sujeta á la jurisdiccion de sus ideas. Mútuamente se sirven uno á otro el corazon y el entendimiento. Despues de esto, nos admiramos de que en todos tiempos broten tantos errores y tantas sectas á cual mas perniciosas. Búsqueseles el orígen, que es muy

fácil de encontrar, y se hallará que no tuvieron otro principio todas las herejías. Y aun se puede añadir que la diferencia de dogmas nació de la diversidad de las pasiones. Los heresiarcas ó los caudillos de aquellos, cuyos desvaríos está llorando la Iglesia tantos años ha, imprimieron el carácter de su genio y de sus inclinaciones, ó, por mejor decir, comunicaron sus pasiones à la secta que producian. Efecto fué de orgullo su rebelion contra la Iglesia y su furor contra las verdades de la fe : los nuevos sistemas de religion lo fueron de su ambiciosa arrogancia; y toda la basa, todo el cimiento de su moral salió de la cantera de su disolucion. ¡O mi Dios, y cuánto importa conservar la pureza de las costumbres si se quiere conservar la pureza de la fe!

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que el mas infeliz de todos los estados es el de un cristiano que cree poco. La escasa luz que le ha quedado le basta para perderse, y no le basta para salvarse. Manteníase libre la fe cuando los primeros cristianos estaban aprisionados, y ahora que están libres, gime la fe aprisionada. Esto nace de que las pasiones ocuparon el lugar de los tiranos. ¿De qué proviene la extrema, la lastimosa negligencia en todo lo que pertenece al negocio de la religion? De que la fe está apagada. Es la pasion, apoderada ya de un corazon medio derretido con la relajacion y la pureza, como el fuego aplicado á un leño verde; levanta un humo espeso que ofusca la razon, y no la deja ver los objetos sobrenaturales; pues aun en los materiales y sensibles nos ciega la pasion. ¿Qué maravilla es que no nos deje percibir los espirituales y divinos? Aquello mismo que retrae à los malos, atrae á los buenos; lo que ofende

á los disolutos, consuela á los virtuosos; estos no acaban de admirar lo que aquellos no pueden creer. La Eucaristía, la Encarnacion, la muerte de un hombre Dios, todos aquellos grandes misterios, en que encuentra tanta dificultad la fe de los malos cristianos inflaman mas y mas el amor de los arreglados y de los fervorosos. Dices que no puedes comprender q uem Dios se abatiese hasta hacerse hombre por la salvacion de aquellos mismos hombres que tan mal se habian de portar con Dios; pero si tú lo comprendieras, ¿seria maravilla tan digna de admiracion? Si Dios no pudiera hacer mas de lo que nosotros podemos concebir, ¿seria Dios? Si el ser, que es propio de solo Dios, fuera accesible á la débil y limitada comprension del entendimiento humano, ¿seria un ser infinitamente perfecto é infinito? Quiso Dios darse á conocer al hombre únicamente por medio de las luces de la fe; no hay otra senda para la salvacion ni otro camino para la gloria eterna. Y despues de esto, ¿se sentirán grandes dificultades en creer lo que revela Dios? Pero ¡qué trabajo puede costar el rendir nuestro entendimiento, el sujetarle como esclavo á la obediencia de Jesucristo? ¡Mi Dios, y qué poco entendimiento hay donde hay falta de fe! Perdonad, Señor, mi infidelidad, funesto origen de todos mis descaminos. Avivad mi fe, resucitadla, y ella será la medida de mi penitencia y de mi amor.

## JACULATORIAS.

*Domine, adauge nobis fidem.* Luc. cap. 7.
Señor, aumentadnos la fe.

*Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam.* Marc. 9.
Creo, Señor, creo; pero fortaleced esta mi fe.

PROPOSITOS.

1. Negarse á creer lo que la Iglesia nos propone es insigne locura; pero ¿lo será menor no vivir segun la ley que se cree? En nuestra religion, la fe igualmente tiene por objeto á la moral que al dogma. Fácilmente se creeria todo lo que se quisiese, con tal que á cada uno se le permitiese vivir como se le antojase. En nuestra religion es necesario creer, pero tambien es necesario vivir conforme á lo que se cree. Esta es una verdad muy importante, pero no apreciada de muchos. *Hermanos mios,* dice el apóstol Santiago, *si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le servirá? ¿acaso la fe sola le podrá salvar? La fe sin obras*, añade el mismo apóstol, *es una fe muerta. Pero dirá alguno: Tú tienes fe, y yo tengo obras; mas sin las obras, ¿dónde está la fe? Yo le muestro mi fe por mis obras.* Este es el lenguaje que debes usar. Examina si tus obras, si tus costumbres, si tu proceder acreditan que tienes fe. No te aturdas ni te engañes en un punto tan esencial. Esta ha de ser hoy, y por muchos dias, la materia de tu meditacion y de tus frecuentes reflexiones; cuando hagas el exámen de la noche, pregúntate si dieron testimonio de tu fe las acciones de aquel dia. Este ejercicio bien observado bastaria para elevarte en poco á la mas eminente santidad.

2. Ya, gracias al Señor, no esta expuesta nuestra fe á pruebas muy dificultosas; cesaron los enemigos del nombre cristiano, y vivimos en tiempo en que la religion cristiana reina pacíficamente sin tormentos ni borrascas. Pero aun en este tiempo de paz no es necesario menos valor para declararse abiertamente en muchas ocasiones por verdadero cristiano, haciendo descubierta profesion de la ley de Jesucristo y de las

máximas del Evangelio. Guárdate bien de avergonzarte de la virtud. Cuando concurras con los mundanos, no dudes un punto en condenar las máximas del mundo; defiende en todas ocasiones aquellos piadosos y devotos ejercicios de que suelen hacer insulsa chacota los relajados y los disolutos. Haz mucha estimacion de todos, y practica los que se proporcionaren á tu estado; defiéndelos con prudencia, persuadido á que no son los menos respetables los mas sencillos; y sobre todo, los que se dirigen á rendir á la santísima Vírgen el culto que se le debe.

---

# DIA NUEVE.

## SAN ROMAN, SOLDADO Y MÁRTIR.

El mismo dia en que la Iglesia celebra la vigilia de san Lorenzo, hace conmemoracion de san Roman, á quien convirtió el ilustre diácono en medio de sus tormentos, y recibió la corona del martirio antes que fuese coronado el mismo san Lorenzo.

Era Roman soldado de la guardia del emperador Valeriano, y precisado como tal á hallarse presente á los interrogatorios y suplicios de los cristianos. Preso san Lorenzo por órden del emperador, se encargó su custodia á Hipólito y á Roman; este, que era hombre muy capaz, se vió en precision por su empleo de ses testigo de todo lo que pasó en el martirio del santo diácono. Examinado Lorenzo por Cornelio, prefecto de Roma, acerca de su religion y de los tesoros de la Iglesia que tenia á su cargo, dió razon de su fe y de su administracion con tanta discrecion y con tanta elocuencia, que todos los circunstantes quedaron ad-

mirados. Estaba Roman al lado de nuestro santo; y comprendiendo mejor que otros la verdad y la fuerza de sus razones, todo lo observaba, y al mismo tiempo hacia aquellas reflexiones, que naturalmente nacian de las respuestas y de los discursos del valeroso levita. Mientras tanto, queriendo el cielo convertir á aquel soldado gentil en un generoso campeon de la fe de Jesucristo, iba la gracia moviendo su corazon y alumbrando su entendimiento, hasta que finalmente concluyó que una prudencia tan superior, como la que resplandecia en todas sus palabras, y una constancia tan heróica, como la que manifestaba en medio de los mas horribles tormentos, eran sobre todas las fuerzas naturales; y que sin una virtud divina, á que no podia alcanzar toda la naturaleza, no era posible hablar y padecer con aquella grandeza de alma que llenaba de admiracion aun á los idólatras mas obstinados.

Mientras Roman estaba haciendo tan prudentes como sólidas reflexiones, y discurria con tanto acierto sobre los objetos que se le presentaban, quiso el Señor descubrirle sensiblemente, por medio de una singular maravilla, el particular cuidado que tenia de los que padecian por la gloria de su nombre, y la bondad con que les endulzaba los mas crueles dolores en medio de los mas horribles tormentos.

Acababan de extender á san Lorenzo en el potro, que era una especie de banco ó de tablas colocadas sobre cuatro piés de madera adonde se amarraban las cuerdas que tenian suspensos en el aire á los delincuentes. En aquella postura despedazaban al santo los verdugos con crueles azotes, valiéndose de unas como correas ó ramales de hierro, tan desapiadadamente, que los circunstantes se llenaban de horror, sin que los ojos de Lorenzo destilasen ni una sola lágrima, ni de su pecho saliese un leve suspiro. Horrorizábase Roman de aquella inhumanidad; pero le asombraba mucho

mas la serenidad y la constancia del paciente, no pudiendo comprender cómo un hombre de carne y hueso podia tolerar aquel espantoso suplicio, no solo sin exhalar una queja, sino con visible alegría, cuando de repente vió un ángel, en figura de un hermosísimo jóven, que con un pañuelo en la mano enjugaba el sudor del santo mártir y la sangre que corria de sus heridas.

Creciendo su admiracion á vista de tan maravilloso espectáculo, apenas podia dar crédito á sus ojos; y desconfiado de lo mismo que veia, preguntaba á los que estaban cerca de él, si no advertian un jóven no conocido, qué limpiaba el sudor y la sangre de aquel cristiano; pero desengañado de que ninguno le veia sino él, quedó mas asombrado; y concurriendo con el asombro la gracia del Señor, que cada instante era mas eficaz y mas sensible, depuesta ya toda duda sobre el partido que debia tomar, resolvió hacerse cristiano. Acercóse al santo, declaróle lo que veia y lo que habia resuelto, y con lágrimas en los ojos le suplicó que no le abandonase. Llenó á Lorenzo de indecible gozo aquella victoria de Jesucristo y aquella insigne maravilla de la gracia; dióle mil parabienes, exhortóle y alentóle con breves palabras; pero toda la dificultad era bautizar al fervoroso neófito, porque ni habia agua, ni aun cuando la hubiese, parecia posible administrarle este sacramento en presencia de tantos gentiles, furiosamente encendidos contra los cristianos, fuera de que el santo mártir estaba tendido en el potro, fuertemente ligado de piés y manos, sin apariencia de que le desatasen hasta haber espirado en aquel suplicio. Inquietaba mucho á nuestro santo esta dificultad en aquellas circunstancias. Por una parte era grande el deseo de verse reengendrado en el agua del bautismo; por otra el temor de que Lorenzo exhalase en el potro el último aliento; la incertidumbre

de hallar otro à quien pudiese recurrir con igual confianza; y sobre todo, el ansia de verse cuanto antes contado en el número de los fieles, le tenia impaciente y sobresaltado. Observaban que de cuando en cuando levantaba los ojos al cielo, se acercaba al santo mártir, le hablaba al oido y que andaba inquieto como un hombre que medita un gran designio, cuando la divina Providencia, que vela amorosamente sobre sus escogidos, allanó la dificultad y le libró felizmente de aquel desasosiego.

Noticioso el emperador de la constancia de san Lorenzo, y de la tranquilidad y aun alegría con que perseveraba en los suplicios, no quiso que se burlase de él. Mandó, pues, que le desatasen y que le volviesen à la cárcel, reservándole para mas horribles tormentos. No se puede explicar el gozo de Roman al oir esta órden. Afectando ser el ministro mas zeloso en obedecer al emperador, retiró á todos los demás, queriendo encargarse él solo de la ejecucion y ofreciéndose á llevar al santo mártir al calabozo. Abrasado entonces en fervorosas ansias de hacerse cristiano, echó mano de una ampolla llena de agua, y encerrándose con el santo, le suplicó no le dilatase un punto su dicha, difiriéndole el bautismo. Preguntóle san Lorenzo, si tenia bien considerado el peligro à que se exponia, y si se sentia con valor de confesar á Jesucristo en medio de los mayores tormentos; á que respondió con tanta resolucion y con tan generoso esfuerzo, que el santo reconoció en el nuevo soldado de Cristo los milagrosos efectos de la gracia. Hallándole pues suficientemente instruido, y mucho mejor dispuesto, le bautizó; y abrazándole tiernamente, le exhortó á que se dispusiese para recibir la corona del martirio.

Verificóse muy presto la profecía, porque el nuevo

cristiano no pudo disimular su gozo, ni esconder el beneficio que acababa de recibir de la mano de Dios. Fácilmente conocieron todos la conversion de Roman; pues sus palabras, sus modales y todas sus acciones publicaban la religion que profesaba. Informado el emperador de esta novedad, reventaba de cólera, y no se pudo contener de mostrar en público su encono y su rabia al ver que los mas horrorosos tormentos no solo no eran bastantes á alterar la constancia de los cristianos, sino que servian tambien para que los mismos gentiles abrazasen la fe de Jesucristo. Con todo eso, se quiso instruir por sí mismo de la verdad, y ordenó que Roman fuese traido á su presencia con resolucion de hacer en él un espantoso escarmiento. Apenas entró en la sala nuestro santo cuando, sin esperar á que le preguntasen palabra, comenzó á gritar con todas sus fuerzas: *Soy cristiano, soy cristiano; y tengo á gran gloria el serlo.*

Entró en furor Valeriano al oir aquella confesion tan valerosa como voluntaria, y mandó que, despues de despedazarle á azotes, le cortasen la cabeza. Al punto se ejecutó la sentencia: fué Roman ignominiosamente degradado de los honores de soldado romano, y le despedazaron á azotes como á un vil esclavo.

Rebosaba de gozo y de contento entre aquella espesa lluvia de desapiadados golpes, y no cesaba de clamar: *Soy cristiano, soy cristiano; y es gran dicha mia dar la sangre por la gloria de mi divino Salvador, que antes dió su vida por mi salvacion.* Despues de haberle despedazado el cuerpo hasta descubrirle los huesos, le cortaron la cabeza el dia 9 de agosto del año 258, en que el generoso soldado de Jesucristo tuvo la dicha de merecer la corona del martirio. Su cuerpo, que secretamente hurtó un santo presbítero, llamado Justino, fué enterrado en una cueva del cam-

po Verano; y en muchas ciudades de Italia y de Francia es singularmente venerado este gran santo. Reconócele por su patron, y conserva uno de sus huesos, la ciudad de la Ferté Gaucher en Brie; y la de Luca se gloría de poseer lo restante de sus reliquias.

*La misa es de la vigilia de san Lorenzo, haciéndose conmemoracion de san Roman, y la oracion la siguiente :*

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut, intercedente beato Romano martyre tuo, et à cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et à pravis cogitationibus mundemur in mente. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que por la intercesion de tu bienaventurado mártir san Roman seamos libres de todas las adversidades del cuerpo, y seamos igualmente purificados de los malos pensamientos del alma. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 10 de la Sabiduría.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum : honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et a seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum : descenditque cum

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido; sino le libró de los pecado

illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

« El fin principal del autor de este libro, que se intitula la *Sabiduría,* es instruir á los reyes, á los grandes y á los jueces de la tierra, á los cuales particularmente dirige su discurso. En la epístola de hoy habla de Jacob, que, por evitar la cólera de su hermano Esaú, se retiró solo y sin conductor á la Mesopotamia; pero el mismo Dios fué su guia, como lo es de cuantos fielmente le sirven. »

## REFLEXIONES.

*Concedióle la ciencia de los santos.* La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion: carecer de esta ciencia es lo mismo que andar descarriado, descaminarse y perderse. Posea uno con la mayor perfeccion las noticias mas sublimes; goce de un ingenio superior y milagroso; sea dueño de todas las ciencias; nada se escape, nada se oculte á su elevada comprension; ¿de qué servirán por toda la eternidad a los ingenios del tiempo todas esas luces y todos esos descubrimientos, si ignoraron la ciencia de la salvacion? El mas mínimo de los ángeles que se rebelaron, sabia mas que todos los sabios y que todos los doctores juntos. Pero ¿es por eso mejor su desgraciada condicion? ¿son por eso menos despreciables y menos infelices?

Tenian todas las luces; penetraban á la naturaleza todos sus secretos; nada se escondia á su comprension; pero ignoraron la ciencia de la salvacion; y esta sola ignorancia los hará por toda la eternidad triste objeto de la ira de Dios, y por lo mismo las mas desdichadas de todas las criaturas. ¿Habrá algun ignorante, algun idiota, el de entendimiento mas grosero, mas rústico y mas craso, que, si se salvó, quiera trocar su suerte por la suya? Y valga la verdad; ¿qué concepto hacemos hoy de aquellos grandes ingenios que fueron la admiracion de su siglo, y lo son tambien del nuestro? ¿se les tiene mucha envidia si se condenaron? ¡Cosa extraña! Toda la vida se pasa en hacerse un hombre sabio, y al cabo toda nuestra ciencia es bien poquita cosa. Habiendo consumido el ingenio, los espíritus y la salud para ir un poco mas allá del comun de los hombres, todo lo que se sabe es opinion, mezclada con mucha oscuridad y con no poca ignorancia. ¿Sábese todavía á punto fijo y con certeza, cómo se forma una flor ó una hoja, ni qué cosa es el fuego y el agua, despues de haber estudiado tanto? Un gran fondo de sabiduría y de doctrina no pocas veces carga mas al entendimiento que le alumbra. Lo que se aprende en los libros antiguos y modernos, en rigor mas es ciencia de memoria, que de entendimiento ni de discurso, y aun se puede decir que parte de la verdadera sabiduría es ignorar lo que es inútil saber. Hablando con propiedad, solamente la ciencia de los santos es digna de un hombre sabio. El que sabe ser santo, sabe mas que todos los grandes ingenios que se perdieron. A ninguno le falta habilidad para ser eminente en esta ciencia; la mas simple criada, el esclavo mas vil, el hombre mas incapaz, se pueden distinguir en esta importante facultad. ¡Mi Dios, y cuánto confunde esta verdad á todos aquellos mundanos que hacen tanta vanidad de brillar y de

sobresalir en los corrillos! Ignoremos, si fuere menester, todo lo demás, con tal que sepamos la ciencia de a salvacion.

*El evangelio es del capítulo* 10 *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur: et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse veneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cælis est.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga a descubrirse, ni oculto, que no llegue a saberse. Lo que os digo a oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

## MEDITACION.

### DEL INFIERNO.

### PUNTO PRIMERO.

Considera lo que ya se ha considerado otras veces (y se debiera estar considerando todos los dias de la vida) que hay infierno; esto es, un lugar en que todo el poder de Dios junta los tormentos para castigar, para hacer padecer á los que mueren en su desgracia, y para hacerlos padecer eternamente.

La justicia de todo un Dios irritado enciende un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensible, que no solo abrasa los cuerpos, sino que, digámoslo así, derrite los espíritus. Un condenado está hundido, sepultado, anegado, inmoble en aquel fuego; y penetrado de aquel fuego, no respira, ni puede respirar mas que el fuego que le abrasa. En cada instante experimenta nuevo dolor, nuevo tormento; y por un prodigio espantoso de rigor, que es efecto de todo el poder divino, un condenado sufre todos los tormentos juntos en cada uno de los instantes.

Pero por espantosas, por incomprensibles que sean, todas estas penas, se puede decir que son muy poca cosa en comparacion de aquellos crueles remordimientos; de aquella eterna desesperacion que causa a un condenado la memoria del tiempo pasado; de lo mal que se aprovechó de este tiempo, y de tantas gracias, tantos auxilios, como recibió en él.

La falsa brillantez de los honores, de que se dejó deslumbrar; la inanidad, el vacío de los bienes temporales, que le ocuparon el alma; la engañosa apa-

riencia de los deleites que tanto le encantaron; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; la insustancialidad de los respetos humanos de que se dejó arrastrar; y la nada de todas las grandezas humanas, son otras tantas furias que martirizan, que despedazan el corazon de un infeliz condenado.

¡Que por gozar un momento de aquellos amarguísimos deleites, por satisfacer mi orgullo, por contentar mi vanidad, por dar gusto á mi pasion, me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmones de grandeza, fortuna quimérica, vanísimas ideas de felicidad, mil veces os detesté y nunca dejé de seguiros; apacentéme de vuestras locas esperanzas, y véisme aquí que estoy para siempre condenado. Pude salvarme; ¡y cuánto me solicitó Dios para eso! Nunca me faltó la gracia, pero no quise corresponder á ella. Pensé muchas veces en el infierno, creia todo lo que ahora veo, todo lo que ahora experimento; me estremecia de indignacion y de horror cuando consideraba los muchos que se condenaban; y sin embargo, yo soy uno de estos condenados.

A estos mortales remordimientos, á estas penas inimaginables, añádase el conocimiento de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable, de un Dios perdido sin remedio, y perdido por un pecado. Era menester poder comprender qué cosa es Dios, para poder concebir qué cosa es perderle, y perderle sin esperanza de volverle á hallar. Esta sola pérdida es mayor suplicio que todos los tormentos. Considera, si es posible, qué dolor es haber perdido á Dios, y haberle perdido para siempre.

¡Ah Señor! piérdalo yo todo desde este mismo instante; bienes, dignidades, salud, honra y la vida misma, antes que os pierda á vos. Mil veces he merecido el infierno; pero válgame vuestra misericordia

infinita: en ella coloco toda mi esperanza. No permitais que me condene, dulcísimo Jesus mio.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que las penas del infierno no solamente son universales, excesivas, incomprensibles, sino que tambien son eternas; es decir que, por mas espantosas, por mas intolerables que sean las penas que allí se padecen, no hay esperanza, ni de recibir jamás el menor alivio, ni de que se acaben jamás.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia para una alma condenada, cuando en aquel abismo de la eternidad, despues de haberse estado abrasando millones de millones de años, vuelva los ojos á esta pequeñísima porcion, á esta imperceptible parte de tiempo que vivió, y apenas le divise al cabo de aquel prodigioso número de siglos como habrán pasado despues de su muerte! Conocerá vivamente que, por no haberse querido hacer un poco de violencia, durante un casi imperceptible espacio de tiempo, arde, se abrasa, sufre de una vez todos los tormentos; y despues de tantos millones de siglos como los está padeciendo, no por eso puede decir que le resta un instante menos que padecer.

Arder en el infierno tantos años, tantos siglos como instantes se han vivido, es una duracion que causa espanto. ¡Qué será arder tantos millones de siglos como gotas de agua hay en los rios y en el mar! Pues un condenado habrá padecido en aquellas prisiones de fuego toda esta incomprensible extension de tiempo; y no habrá pasado ni medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad. Los hijos de tus hijos estarán enterrados; habrá arruinado el tiempo las casas que fabricaste; habrá destruido la ciudad en que naciste; habrá trastornado los estados donde te

criaste; el fin de los siglos habrá sepultado en sus mismas cenizas á todo el universo; habránse pasado tambien despues del fin del mundo tantos millones de siglos, como duró momentos el mismo mundo; y ni un solo instante habrá pasado de aquella espantosa eternidad. Si te condenaste, te resta tanto que sufrir como en el primer momento que caiste en aquellas abrasadoras llamas.

¡O eternidad espantosa! ¡ó incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte, y vivir en pecado ni un instante? ¿quién puede creerte, y dilatar ni un momento su conversion?

Supongamos que un pecador estuviese condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga trasladara al mar toda la tierra que hay en la orilla, viniendo una sola vez de mil en mil años, y conduciendo cada vez un solo grano. ¡Santo Dios! desde que Cain está en el infierno, no hubiera llevado mas que seis ó siete granos este animalillo. ¿Y qué seria si aquel infeliz hubiese de padecer hasta que esta hormiga trasportase no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo, hasta que hubiese desgastado todas las peñas, todas las rocas, todas las montañas de la tierra, no pasando por ellas mas que una vez cada mil años? El juicio se pierde, y la imaginacion se confunde en este abismo de tiempo. Pues al cabo, tiempo habia de llegar en que, si te hubieras condenado, podrias decir con verdad: despues de mi muerte, desde que estoy rabiando en este fuego, aquella hormiga hubiera trasportado ya toda la arena y toda la tierra del universo; hubiera ya desgastado todas las montañas, todas las rocas; hubiera ya cavado y penetrado hasta el centro del mismo mundo Toda esta prodigiosa duracion de tiempo se ha pasado en estos terribles tormentos; y todavía me queda que sufrir una eternidad toda entera. Hay infierno,

hay una desdichada eternidad en este infierno; hay cristianos que lo creen; ¡y hay cristianos que pecan! Ves aquí una cosa tan incomprensible como la misma eternidad.

¿Y qué, Señor, no me habréis dado tiempo par pensar en las penas eternas del infierno, sino para aumentar por pura malicia mia el rabioso dolor que tendré de haberme condenado despues de haber pensado en estas eternas penas? ¡Qué furor! ¡qué desesperacion será algun tiempo la mia si, despues de haber hecho esta meditacion, no mudo de vida, si no me aplico á trabajar con el auxilio de vuestra divina gracia en el negocio de mi salvacion! Desprended, Padre Eterno, desprended hácia este miserable pecador un rayo piadoso de vuestros divinos ojos, mirad que todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo, y en virtud de esta sangre os pido misericordia, os pido me hagais la gracia de que os ame por todo el tiempo de mi vida y durante toda la eternidad.

## JACULATORIAS.

*Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? Quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis?* Isai, 33.

¡Ah Señor! ¿Quién podrá habitar en medio del fuego devorador? ¿quién podrá vivir entre las llamas eternas?

*Hìc ure, hìc seca, hìc non parcas, ut in æternum parcas* Aug.

eñor, aquí abrasa aquí corta, aquí no me perdones, para que allá me perdones.

## PROPOSITOS.

1. Baja muchas veces al infierno con la consideracion, dice san Bernardo, mientras vives, si no quieres bajar

a él en cuerpo y alma despues de muerto. Cuando se teme un gran mal, se piensa en él frecuentemente; y con este pensamiento se discurren medios, y se toman todas las medidas para evitarle. *No pierdas de vista e infierno,* dice el Sabio, si no quieres tomar el camino de él. Es de suma importancia aprovecharnos de todos los trabajos de esta vida, de todo lo que en ella nos aflige, para traer á la memoria las penas del infierno; y aun se puede decir que la memoria de estas penas alivia aquellos trabajos. ¿Padeces dolores agudos y vivos? acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno. Habitamos en casas, estamos avecindados en lugares, ocupamos empleos que ocuparon muchos de los que ahora están ardiendo en aquellas llamas. Nunca nos hallaremos en concursos, en banquetes, ni en diversiones, en que no se pueda temer que algunos de los que se divierten con nosotros serán quizá condenados. No hay accidente enfadoso, ni tampoco gustoso de esta vida, que no sea muy á propósito para acordarnos los tormentos de la otra; ni hay remedio mas eficaz para templar y aun para extinguir la pasion de divertirnos, que esta saludable memoria. ¿Despierta la concupiscencia? ¿excítanse los estímulos de la carne? ¿amotínanse las pasiones? pues imagina que oyes la voz de aquel desdichado rico, que grita desde lo mas profundo del abismo: *Crucior in hac flamma:* Abrásome cruelmente en medio de este fuego. Lleva en tu pensamiento esta imágen, y en tus oidos esta triste voz á todos tus pasatiempos; y á buen seguro que bien presto perderán todo su gusto y todo aquel falso picante que irrita la sed de tu apetito. Hallándose en una ocasion extraordinariamente tentado un santo solitario, le ocurrió aplicar la punta del dedo á la llama de una vela; y obligándole á retirarla al punto el vivo dolor que sintió, exclamó volviéndose al tentador: Tú me

solicitas y me estrechas para que me entregue á un deleite prohibido, por el cual merezco ser condenado á las eternas llamas del infierno; pero ¿cómo las sufriré yo, que no puedo tolerar ni por un breve instante en la punta de un dedo este fuego usual que nos alumbra? Seria muy deseable que muchos se sirviesen de semejantes industrias en muchas ocasiones; y de verdad que no se rendirian tantas veces á la tentacion.

2. No hay pérdida irreparable sino la pérdida del alma. Trastorno de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleitos, naufragios, infortunios y todas las que se llaman desgracias, por sensibles que sean, hablando en propiedad, todas admiten remedio; pero, si una vez me condeno, ¿quién me consolará? ¿qué alivio me resta? ¿qué esperanza? Todo se perdió para mí si pierdo á Dios. Fomente este pensamiento tu devocion, y con ella el horror que debes tener á todo pecado. En tus pérdidas, en tus desgracias, en esos importunos sobresaltos y contratiempos, que son inseparables de esta vida, díteá tí mismo sin cesar: no hay otro mal que el pecado; nada se debe temer sino perder á Dios. Los amigos, el tiempo y la muerte misma me pueden consolar en la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos, de todo. Pero perder á Dios, y perderle para siempre, ¡oh qué pérdida! Así en los gustos, como en los disgustos de la vida, hazte familiares estas bellas palabras: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿De qué le sirve al hombre ser dueño de todo el universo, ser el mas poderoso monarca de la tierra, si al cabo se pierde y se condena? ¿de qué le sirve ahora á aquel grande del mundo que se condenó, á aquel desdichado rico, de qué le sirve la magnificencia, la abundancia, el esplendor en que vivieron, ni todos los pasatiempos, gustos y deleites

que gozaron? ¿de qué le sirve á aquella mujer mundana que está ardiendo en el infierno, el haber sobresalido, el haber brillado tanto en todas las concurrencias? ¿de qué sirven los grandes nombres, los soberbios palacios, todo el aparato de modas, de galas y profanidad? ¿de qué sirve todo esto á quien se condenó? ¿Consolará mucho á aquella infeliz madre, a aquel desdichado padre, que se perdieron; los consolará mucho el haber dejado poderosos á sus hijos, mientras ellos están ardiendo por toda la eternidad en aquel abismo de fuego? Familiarízate con estas reflexiones, pues hay pocos ejercicios de piedad mas saludables. Ten en tu gabinete, ó en tu cuarto, alguna imágen ú objeto que continuamente te acuerde la memoria de la muerte y del infierno.

---

## SAN JUSTO Y PASTOR, MÁRTIRES.

Entre los hechos que acreditan la grandeza de la religion cristiana y su superioridad sobre las luces de la humana filosofía, con dificultad se encontrará uno mas grande y decisivo que el martirio de los santos niños Justo y Pástor. Ellos acreditaron con una intrepidez enteramente sobrenatural, que la religion cristiana, lejos de criar ánimos cobardes, eleva las fuerzas naturales á un grado de heroismo, á que no es capaz de hacerlas subir, ni el honor, ni la sabiduría, ni ningun motivo criado. Pretendió, pues, engañar al género humano el político Maquiabelo y otros modernos muy semejantes á él en la perversa doctrina, publicando que las máximas del Evangelio son contrarias á la sublimidad de pensamientos y á las obras heróicas. El presente martirio convence todo lo opuesto; pero es lástima que no hayan llegado hasta

nosotros todas las circunstancias, para aprender en ellas los sublimes ejemplos de estos dos santos niños, y conocer hasta dónde se encumbran las grandes operaciones de la gracia. Su historia, deducida de las sacras que trae Surso, y de san Isidoro, de san Ildefonso y otros, es como sigue:

Por los años del Señor de 295 fué el dichoso nacimiento de san Justo y Pástor con la diferencia de dos años que este último tenia mas que el primero. Su patria fué Compluto, hoy Alcalá de Henares, ciudad que en aquella primera época del cristianismo era no menos ilustre por la gran abundancia de profesores que en ella tenia el Evangelio, que por el gran concepto que merecia á los Romanos. Ignóranse los nombres de sus padres; pero se sabe que eran cristianos, y de los efectos que en Justo y Pástor produjo su educacion se infiere que no eran de aquellos tibios que se contentan con el nombre, sino de los fervorosos que honran su profesion con la piedad de sus obras. Criaban santamente á sus hijos, infundiendo en su tierno corazon las máximas del Evangelio. A esta sazon se habia promulgado la terrible persecucion que Diocleciano y Maximiano levantaron contra la Iglesia de Jesucristo; y entre los crueles ministros que por todo el mundo ponian en ejecucion los edictos imperiales, se distinguia en España Daciano por lo sangriento, por lo astuto y por lo diligente. Hallábase este presidente en Zaragoza, y despues de haberla regado con la sangre de innumerables víctimas, determinó pasar á Compluto con el intento de exterminar, si fuese posible, el nombre del Crucificado. Apenas llegó á la ciudad con todo el aparato de lictores y demás ministros, cuando al punto resonó en los corazones de los cristianos el evidente peligro en que se hallaban sus vidas. Divulgóse por toda ella el fin de su venida, que

no era otro que hacer las mismas atrocidades que habia practicado en Zaragoza.

Estos rumores llegaron á los oidos de Justo y Pastor, niños, el primero de siete, y el segundo de nueve años, que iban á la escuela á aprender las primeras letras, y concibieron el mas alto designio que puede caber en pecho humano. Trataron mútuamente de la grandeza de la religion, de la impiedad de sus perseguidores, y de cuán conveniente seria aterrar su soberbia con un hecho que á un mismo tiempo animase á los fieles á dar su vida por Cristo, y llenase de vergüenza el alma del tirano. Determinaron presentarse á su tribunal y desafiarle públicamente, confesando las eternas verdades y ofreciendo sus vidas en su defensa. Con este consejo, sin ser llamados, se fueron á casa de Daciano, en lugar de ir á la escuela; y encontrando con sus ministros, les dijeron libremente que, si buscaban cristianos á quienes atormentar, allí estaban ellos, que detestaban la vanidad de sus ídolos y creian en Jesucristo, verdadero Dios, por cuya fe darian gustosamente sus vidas. Quedáronse pasmados los ministros del pretor viendo en dos niños tan tiernos una determinacion tan valerosa. Dieron cuenta de ella á Daciano, el cual se conmovió todo; y entre los efectos que en él causaron la crueldad y la astucia, dió el lugar principal á los de esta última, precaviendo con arte los daños que podian resultar de un caso tan maravilloso. De luego á luego mandó prenderlos; pero no tuvo por conveniente oirlos en juicio, considerando que la confesion libre y generosa de dos niños tan tiernos podria ser un ejemplo poderoso para confirmar en la fe á los mas provectos, y temiendo que, si no llegaba á hacerlos mudar de intento, quedaria su maldad vergonzosamente postrada, y su autoridad cubierta de ignominia. Contempló que como niños podrian amedrentarse con un castigo

propio de su edad; y así, mandó azotarlos, con la esperanza de que este tormento bastaria para hacerlos mudar de opinion. Púsose en ejecucion la inicua sentencia; pero al tiempo que el dolor habia de causar algun contraste en las tiernas almas de aquellas inocentes víctimas, fué tan al contrario, que aquel Dios, que hace sabias las lenguas de los niños, movió las suyas para que se confortasen mútuamente con unos coloquios llenos de virtud celestial y de ciencia divina.

« No temas, *decia Justo á su hermano Pástor,* no temas este tormento transitorio: no te acobarden las llagas que causan en tu tierno cuerpo estos crueles azotes, ni te infunda terror el cuchillo que nos amenaza; porque, si fuésemos tan dichosos que quiera darnos nuestro Señor Jesucristo la palma del martirio, recibiremos en la otra vida la sublime gloria de que gozan los mártires, y viviremos eternamente entre los coros de los ángeles, adornados con inmarcesibles coronas. Nuestra vida en este mundo habia de ser breve y perecedera; pero en el otro gozaremos de un vida eterna, y esa colmada de interminables delicias. » *A estas santas palabras de Justo, contestó su hermano Pástor de esta manera:* « Hablas dignamente, ó hermano Justo, y tus discursos me persuaden la justicia, de modo que tus palabras te hacen digno del nombre que recibiste en el bautismo. Convengo con lo que dices, y estimo en nada el derramar la sangre, y el que nuestros cuerpos sean destrozados por la confesion de nuestro Señor Jesucristo, en comparacion de la dicha que tendremos de adorar su divino cuerpo y preciosa sangre en la patria celestial. Cerremos los oidos á las piadosas persuasiones de nuestros padres y parientes, caso que intenten apartarnos de nuestro propósito: ni tengamos lástima de nuestra tierna edad, ni de nuestra vida, que ha de

tener un fin muy pronto; antes bien démonos priesa para llegar á las celestiales moradas, en donde pediremos à Dios perdon de los pecados de nuestra infancia, y al mismo tiempo de los que hayan cometido nuestros padres.» Estos discursos dejaron atónitos á los verdugos, y contuvieron el ímpetu con que descargaban azotes sus robustos brazos. Dieron parte á Daciano de como los santos niños, lejos de intimidarse con la violencia del tormento, sufrian los dolores con un semblante risueño y sè animaban á la constancia con mútuas exhortaciones, en que hacian desprecio de la misma muerte.

Estremecióse Daciano al oir un suceso tan desusado y portentoso, y en medio de su admiracion prorumpió en estas palabras: No son dignos estos de ponerse en mi presencia; porque, si llegaren á vencer mis halagos y amenazas unos niños que desprecian igualmente los tormentos y la vida, y el dar culto á los dioses inmortales, ¡que sucederá despues! Esta reflexion llenó su alma de encono, y para precaver los daños que se temian de tan sublime ejemplo, mandó que los sacasen secretamente de la ciudad, y los degollasen en el campo. Estaba entonces Alcalá situada en el lugar que hoy dia llaman la Huerta de las Fuentes; y habiendo los verdugos tomado à los dos santos niños, los llevaron al campo Laudable, que es el sitio que hoy ocupa la ciudad. Allí, puestas las dos tiernas é inocentes víctimas sobre una piedra, entregaron sus cuellos al sangriento cuchillo, que no tuvieron horror de teñir mas en leche que en sangre los ministros de la perfidia gentílica como reflexiona el autor de las actas de santa Leocadia. Sucedió este martirio en el mismo lugar que ocupa hoy la magistral, en donde se conserva la piedra sobre que fueron sacrificados los santos, con algunos vestigios de su preciosa sangre. Avergonza-

do el pretor de haber ensangrentado sus manos en dos niños inocentes, y conociendo que en aquella ciudad no podria conseguir ventaja alguna á favor del paganismo, se retiró inmediatamente. Con su ausencia tuvieron los cristianos comodidad para recoger los cuerpos de estos santos mártires, y tributarles todo el honor que merecia un triunfo tan heróico. Sepultáronlos en el mismo lugar en que habian padecido martirio, en donde edificaron en honor suyo una iglesia con dos altares, uno sobre el cuerpo de Justo, y otro sobre el de su santo hermano. Sucedió este glorioso triunfo en el año segundo de la era de los mártires, que fué el de 304, el dia 6 de agosto, segun consta del códice Veronense, del oficio muzárabe y de muchos martirologios.

La iglesia y los altares edificados debieron ser de tan débil materia, que en el espacio de un siglo, no solamente se verificó su destruccion, sino que llegó á borrarse de la memoria de los ciudadanos el sitio dichoso que conservaba un tesoro tan apreciable. Quiso Dios manifestarlo para que no careciesen los fieles del consuelo de poder venerar las reliquias de dos mártires, que tanto honor habian dado á la religion de Jesucristo. A principios del siglo quinto eligió la divina misericordia al metropolitano de Toledo, llamado Asturio, por glorioso instrumento de la invencion de los santos mártires. En un sueño misterioso, no solamente le reveló el lugar determinado que escondia el precioso tesoro, sino que además inflamó su espíritu de unos ardientes deseos de encontrarle. Fuése á Alcalá, y habiendo hecho desmontar las ruinas y escombros que cubrian los dos santos sepulcros, encontró lo que su piedad deseaba. Reedificó de nuevo la iglesia, erigiéndola en silla episcopal, y permaneciendo toda su vida en Alcalá, para no apartarse de donde tenia el

man de su corazon. En la devastacion de los sarracenos padecieron los santos cuerpos varias traslaciones, hasta que últimamente vinieron á parar á Huesca. En el año de 1567 el piadoso rey Felipe II obtuvo del santo padre Pio V un riguroso decreto, en forma de breve apostólico, en que mandaba al obispo de Huesca que enviase á Alcalá la mitad de los sagrados cuerpos de los santos mártires. Obedeció el obispo; y habiendo puesto en una preciosa urna las reliquias insignes de los santos niños, fueron llevadas con la pompa y magnificencia debida al lugar de su martirio. Recibió Alcalá este precioso tesoro el dia 7 de marzo del año 1568 con excesivas muestras de devocion y alegría; y habiéndolas colocado en un lugar no menos decente que majestuoso, recibe continuamente las misericordias del Señor por la intercesion de estos santos niños, que son á un mismo tiempo sus ciudadanos y sus patronos.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de san Lorenzo, mártir.

En Roma, san Roman, soldado, que, movido de la confesion que habia hecho de la fe san Lorenzo, le pidió que le bautizase; y habiendo sido llevado luego delante del juez, fué apaleado y por último decapitado.

En Toscana, la fiesta de los santos mártires Segundiano, Marceliano y Veriano, que, en tiempo de Decio, fueron primero maltratados por órden del consular Promoto, luego puestos en el potro, desgarrados con uñas de hierro, tostados con el fuego encendido á sus costados; y habiendo sido decapitados, consiguieron la palma gloriosa del martirio.

En Verona, san Firmo y san Rústico, mártires en tiempo del emperador Maximiano.

En Africa, la conmemoracion de muchos santos mártires, que, por exhortar á san Numidico en la persecucion de Valeriano, fueron arrojados al fuego, y alcanzaron la palma del martirio. En cuanto á san Numidico, á pesar de haber sido echado en el fuego con los otros y apedreado, su hija retiró el cuerpo que todavía alentaba, y le curó. En lo sucesivo, su virtud llamó la atencion de san Cipriano, que le elevó á la dignidad de presbítero de la iglesia de Cartago.

En Constantinopla, san Julian, san Marciano con otros ocho mártires, á quienes el impío emperador Leon atormentó de mil maneras, haciéndolos por último decapitar, porque habian puesto una imágen del Salvador en la puerta de bronce.

En Chalons, san Domiciano, obispo y confesor.

En Brives-la-Gaillarde en el Limosin, san Martin de Brives.

En Ceuzay en el Maine en el arcedianato de Passais, san Ernie, confesor.

En el Franco Condado, san Amor y san Viastro, á quienes quitaron la vida con crueldad.

En Ruan, el venerable Maurillo, obispo, á quien Juan de Abrantes dedicó su libro de los Oficios eclesiásticos.

En Egipto, san Antonio de Alejandria, muerto mártir en una hornaza.

En Abruzo, san Fauques, solitario.

*La misa es en honor de los santos hermanos, y propia para manifestar la grandeza de su triunfo en su tierna edad, y la oracion la siguiente:*

Deus, lactentium fides, spes infantium, charitas puerorum; qui per innocentum luorum Justi et Pastoris laudem cunctos provocas ad salutem: in

O Dios, que sois la fe de los que todavia están mamando, la esperanza de los infantes y la caridad de los niños, y que por medio de la alabanza de tus

funde in nobis, quæsumus, puritatem lactentis infantiæ; ut, dum sensu justitiæ parvulis adæquamur, in illa remuneratione fidelium cum sanctis pariter gloriemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

santos inocentes Justo y Pástor estimulas á todos á conseguir la salud eterna: suplicámoste que infundas en nosotros la pureza de la infancia, para que, igualándonos á los niños en los sentimientos de justicia, nos gloriemos con los santos en la remuneracion que destinais á los que os son fieles. Por nuestro Señor Jesucristo....

*La epístola es del cap. 7 del Apocalípsis de san Juan.*

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Et dixi illi: Domine mi: tu scis. Et dixit mihi: Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et lavaverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni. Ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt et die ac nocte in templo ejus: ei qui sedet in throno, habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius, neque cadet super illos sol, neque ullus æstus. quoniam Agnus Dei, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

En aquellos dias: Respondió uno de los ancianos, y me dijo: Estos que están vestidos de estolas blancas, ¿quiénes son? ¿y de dónde vinieron? Y yo le respondí: Mi Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son aquellos que vinieron de una gran tribulacion, y lavaron sus estolas, y las emblanquecieron en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven dia y noche en su templo; y el que está sentado en el trono, habitará sobre ellos: no tendrán ya mas hambre, ni sed, ni caerá sobre ellos el sol, ni otro algun calor, por cuanto el Cordero, que está en medio del trono, los gobernará y los guiará á las fuentes de agua de vida, y enjugará Dios todas las lágrimas de sus ojos.

## REFLEXIONES.

El no considerar los hombres la grandeza y certidumbre de las divinas promesas, los hace desconfiar de sí mismos y aumentar la debilidad de sus propias fuerzas, con cobardía y apocamiento, efecto de su desidia. Cuando se fijan los ojos en los hechos grandes que ofrece la historia de los primeros siglos de la Iglesia, no puede menos de complacerse el cristiano al ver que, aunque por el pecado del primer hombre perdió su naturaleza todas las fuerzas para las obras sobrenaturales, Jesucristo por medio de su poderosa gracia le ha elevado á un grado de poder, capaz de desafiar, no solamente á los tiranos, sino á toda la furia del abismo. Causan admiracion tantos esforzados mártires que renunciaron gustosos á las delicias de la vida y á las opulencias de la fortuna. Los mismos verdugos se estremecian viendo la constancia de un Lorenzo en las parrillas, y de un Ignacio entre los leones. Aun el sexo frágil, incapaz en lo humano de dar oidos á otras sugestiones que las del miedo y el terror, se ha visto pendiente en el ecúleo y en la cruz mirar sus llagas con semblante risueño, y reputarse mas venturoso cuando perdia su vida entre indecibles tormentos, que lo seria en el lecho nupcial entre los bienes y delicias del mundo. Pero el espectáculo que nos ofrecen hoy san Justo y Pástor, es un ejemplar que excede á todos los dichos, y certifica al cristiano de lo mucho que puede, no con sus propias fuerzas sino con la gracia de Jesucristo. A la verdad, sorprende el ver á unos niños, en cuyos corazones apenas podian caber otras ideas que las de la diversion y la fruslería, concebir el grande proyecto de sacrificar sus vidas en testimonio de la fe, y con el piadoso designio de que su triunfo animase á los

demás fieles y sorprendiese al tirano. Tan sublimes ideas jamás las produjo el decantado entusiasmo del honor, y mucho menos la severidad de la filosofía. Solo la gracia de Dios, que da al hombre unas fuerzas correspondientes á la omnipotencia de su autor y unos pensamientos dignos de la sabiduría infinita, es capaz de hacer semejantes milagros, trasformando una naturaleza frágil y miserable en un ser grande, magnífico y al parecer omnipotente; de manera que solo por este respeto pudiera verificarse lo que dice el Profeta: Vosotros sois dioses, é hijos todos del Excelso.

Pero los hombres bien hallados con su miseria y sin el ánimo necesario para ahuyentar la flaqueza de su corazon, se ciegan voluntariamente para no percibir las obras maravillosas de la gracia. Por el contrario, cuando fijan la vista en los heróicos ejemplos que nos dejaron los santos, llegan á intimidarse de manera que se hacen un retrato parecido al de los exploradores de la tierra de promision. Todo lo miran con el microscopio de la cobardía, que les abulta portentosamente los objetos. Ven monstruos, fantasmas, y espectros, en donde realmente no hay mas que flores y delicias cuando se mira con una vista que no está enferma. Desengáñate, ó cristiano: la virtud no es otra cosa que el mismo Dios: su ley santa es indistinta de su misma esencia. De consiguiente, la virtud, el bien y las reglas del bien obrar, son las mismas é inmutables para todos, porque Dios tiene esencialmente este carácter para con todos los hombres. Haces una gravísima injuria á su justicia, á su bondad y á su omnipotencia, si piensas que ha sido distinto con los mártires, franqueándoles sus gracias y sus promesas, y negándotelas á tí. El mismo Dios que dió fortaleza á los niños para desafiar y vencer á los tiranos, ese mismo Dios está siempre á tu lado, protegiéndote

con su sombra, y extendiendo su fuerte brazo para que no prevalezcan contra tí tus enemigos, que lo son tambien suyos. Solo se necesita que no pongas óbice de tu parte á sus misericordias; y en tal caso, ni puedes dudar que te franqueará la abundancia de sus gracias, ni que con ellas llegarás á desechar la cobardí y emprender acciones gloriosas.

*El evangelio es del cap.* 11 *de san Mateo.*

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli, et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy dulce y humilde de corazon, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es lijera.

## MEDITACION.

### SOBRE LA GRANDEZA DE LA RELIGION CRISTIANA.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la divina religion que instituyó Jesucristo, es tan noble en sus máximas, tan sublime en sus preceptos, tan verdadera en sus promesas, y en sus efectos tan admirable, que esto mismo acredita su grandeza, y aun á los ojos mas ofuscados se presenta como superior á cuantas religiones ó sectas abrazan los hombres por tenacidad, por malicia ó por capricho.

No se puede dudar que las máximas y leyes de esta religion sacrosanta son las mas conformes á la razon natural, cuando esta no se ha dejado corromper de los vicios. La razon natural dicta que el mundo no se pudo hacer á sí mismo, que debe tener un principio sin principio, una causa eterna y omnipotente que le produjo de la nada; en una palabra, que hay un Dios criador. La misma luz natural dicta que á este Dios criador se le debe adorar y servir, que deben obedecerse sus leyes, que deben impetrarse sus gracias, y que nuestros corazones se deben deshacer en acciones de gracias, porque nos dió el ser que tenemos como omnipotente, y nos le conserva como bueno y misericordioso. La misma razon natural nos enseña que una alma libre, espiritual é inmortal, capaz de recibir eternos galardones ó eternos castigos, no puede provenir sino de un ser infinitamente bueno y justo, que quiso gratuitamente distinguir al hombre de esta manera respecto de las demás criaturas, haciéndole semejante á los mismos ángeles. La razon natural dicta

que un Dios infinitamente bueno debe ser amado sobre todas las cosas, sin permitir que se traspasen aquellas leyes que prescriben su honor y su respeto. Últimamente, dicta la razon natural que el hombre debe amar á sus semejantes, procurándoles todos los bienes y excusándoles todos los males, teniendo por regla fija, no hagas á otro lo que no quisieras que fuese hecho contra tí. Todas estas verdades primeras, que son el cimiento en que estriba la religion cristiana, han sido conocidas de los filósofos gentiles; de manera que en ellas han establecido cuanto se encuentra en sus libros de sólido y verdadero. Pero la religion cristiana ha ensalzado estas mismas verdades, y sacándolas de su esfera, les ha dado el carácter de sobrenaturales, enseñando al cristiano que puede creerlas por motivos superiores á toda la naturaleza, cuales son la suma veracidad de Dios y la infalibilidad de su Iglesia, que son los puntos cardinales de la firmeza y seguridad de nuestra fe.

Si se compara la excelencia de este modo de pensar con los desaciertos que ha adoptado el entendimiento humano, es preciso confesar que la excelencia de nuestra religion se aventaja tanto sobre las otras, cuanto dista la luz de las tinieblas, el bien del mal, y una criatura infeliz de un Criador eterno é infinito. ¿Qué monstruosidades no adoptaron los gentiles por puntos de religion? ¿Qué criatura por ínfima y despreciable que fuese no les mereció el carácter de la divinidad, tributando adoraciones y sacrificios á los insectos mas inmundos y á los entes mas insensibles? Se horroriza la imaginacion cuando se le presentan los monstruos que adoraron los Egipcios, los hombres y mujeres viciosas que tuvieron los Griegos por divinidades, y la confusa indiscrecion con que los Romanos abrazaron los errores de todo el mundo. Aun se horroriza mucho

mas al ver la bajeza é insulsez de sus sacrificios, y la crueldad con que hacian víctimas á los hombres de unas divinidades que eran muy inferiores á ellos. Si se junta á estas consideraciones la reflexion de la suma ceguedad que han debido tener los hombres para llegar á negar un Ser supremo y hacerse ateistas, se ve mas claramente que la religion cristiana, sobre todas sus preeminencias, tiene el singular privilegio de ilustrar el entendimiento para que no adopte los errores, sino antes bien conozca y abrace las verdades. Así se verifica aquella magnífica promesa que hizo Dios á su pueblo por el profeta Isaías diciendo (cap. 42): *Guiaré á los que están ciegos por un camino que ignoran, y haré que dirijan sus pasos por unos senderos que jamás conocieron: haré que las tinieblas se conviertan delante de ellos en luz, y los caminos torcidos en sendas derechas y seguras.* De esta felicidad gozan los que profesan la religion cristiana, y esta misma felicidad es la que acredita su grandeza.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que la religion cristiana no solamente ilustra el entendimiento para conocer las primeras verdades, sino que además dirige la voluntad, prescribiéndole reglas y leyes santísimas con que conformar sus operaciones, y la inflama para que deteste el vicio y abrace la virtud.

Todos los preceptos de las demás religiones son preceptos de carne y sangre; leyes terrenas, que no tienen otro objeto que la adquisicion de bienes temporales, y por legítima consecuencia la depravacion de las costumbres. Así se ve que todos sus héroes son los héroes del vicio, y si tal vez acertaron con alguna virtud moral, como les faltaba la luz verdadera, ó la dirigieron á fines pe-

caminosos, ó la mancharon con la vanidad y con el amor de sí mismos. Unas veces se los ve robando los estados; otras tiranizando á sus prójimos; otras convirtiendo en daño de sus semejantes los dones de la naturaleza; y otras en fin, sacrificando á la vanidad de parecer sabios, políticos y elocuentes la felicidad de reinos enteros. Con máximas tan depravadas ningun otro efecto se podia producir que la subversion de los estados, la infelicidad de los pueblos, y una comun desventura aun en aquellos mismos que procuraban su dicha á costa del daño ajeno. Pero ¿qué felicidad no tendria el mundo, si todos observasen exactamente los preceptos del Evangelio? Mírense atentamente todas sus máximas, y se hallará que todas conspiran á la felicidad de los hombres. Los soberanos son enseñados á mirar á sus súbditos como otros tantos hijos, á procurarles todos los bienes, y á conocer que todo el esplendor y gloria de este mundo pasa como una sombra, y que asi como en el nacimiento son iguales los monarcas al hombre mas ínfimo de la plebe, de la misma manera vendrá un dia en que la muerte vuelva á renovar esta igualdad, pero con unas terribles consecuencias. Los vasallos aprenden en el Evangelio que deben amar, respetar y obedecer á sus reyes y superiores, conociendo que su potestad es de Dios, y que no deben escasear la obediencia ni el tributo á aquellos á quienes con la mayor sumision y obediencia ofreció uno y otro el Hijo de Dios hecho hombre. Además de esto, ¡qué fidelidad, qué paz y mútua correspondencia no se encontraria en los matrimonios! ¡qué honestidad, amor y sencillez no se veria en las mujeres! ¡qué juicio, probidad y entereza no se advertiria en los hombres! ¡qué humildad, docilidad y sumision en los hijos de familia! ¡qué fidelidad, solicitud y esmero en los criados! y en una palabra, ¡qué union, qué

armonía, qué caridad en todos los individuos del pueblo cristiano! Lejos de parecer el mundo un confuso caos, animado del desórden, seria una mansion de felicidad, en donde todos los hombres vivirian contentos con su suerte y no menos gozosos de la de sus hermanos. Sus virtudes se numerarian por sus acciones, y el nombre de vicio seria una voz desconocida en sus causas y sus efectos.

Esta pintura, que parece algo lisonjera, es un retrato verdadero de los influjos de las máximas cristianas sobre las acciones de los hombres: es una consecuencia necesaria de las reglas divinas que estableció Jesucristo, y es una prueba convincente de la sublimidad y grandeza de una religion que modera las pasiones humanas, hace amable la virtud y llena la voluntad de un fuego activo para practicarla. Si á esto se llega aquella fuerza sobrenatural que da la gracia para acometer empresas maravillosas, cuales fueron las de todos los mártires, y singularmente entre todas la de san Justo y Pástor, resulta que la religion cristiana es no solamente grande en sus preceptos, sublime en sus verdades y magnífica en sus promesas, sino sobrenatural y divina en sus obras.

## JACULATORIAS.

*Quàm magnificata sunt opera tua, Domine! Nimis profundæ sunt cogitationes tuæ!* Salm. 91.

¡Qué grandes son, Dios mio, todas tus obras! ¡Y qué escondidos todos tus pensamientos.

*Domino factum est istud, et est mirabile in oculi nostris.* Salm. 117.

Es preciso confesar que toda nuestra religion es una obra de nuestro Dios, y que, por cualquier aspecto que se la mire, es maravillosa á nuestros ojos.

## PROPOSITOS.

Todas las criaturas de que consta este mundo aspectable, nos están provocando á reconocer la grandeza y omnipotencia de nuestro Dios. Todas ellas parecen otras tantas lenguas que nos hablan de su bondad, de su misericordia, de su beneficencia y de todos sus atributos. Los cielos, decia el real Profeta, predican la gloria de Dios, y el firmamento mismo nos está anunciando las obras de sus manos. Todo este conjunto de obras maravillosas está excitando al hombre para que tribute á su Hacedor alabanzas contínuas. Pero siendo la religion obra mucho mas maravillosa que la creacion del mundo, y mas provechosa para nosotros que todas las producciones de la naturaleza, se hace preciso concluir que por este inestimable beneficio debemos emplearnos en contínuas acciones de gracias á nuestro Dios. Debemos darle gracias por habernos manifestado tan claramente las verdades en las sagradas Escrituras; por haber enviado su Hijo unigénito á romper la cadena de nuestra antigua servidumbre; por haber instituido una religion santa, pura, inmaculada y sublime; por haberla confirmado con tantos milagros de su omnipotencia; y últimamente, por habernos dado tantos testigos de su verdad, cuantos son los mártires que derramaron generosamente la sangre en su defensa.

Estas debieran ser las principales ocupaciones de un cristiano, y estos los grandes motivos por que manifestase á Dios su gratitud. Pero ¿son estas las acciones en que ocupas tu vida? te ha venido frecuentemente al pensamiento dar gracias á tu Dios por el incomparable beneficio de haberte hecho cristiano? tus gozos, tus complacencias, ¿se han manifestado alguna vez por la consideracion de ver que profe-



S. LORENZO, M.

sas una religion tan grande y tan segura como es la religion cristiana? Regularmente este pensamiento está muy lejos de los hombres. Dan á Dios gracias porque ha libertado de la enfermedad á un hijo protervo, que será un manantial de penas para sus padres y una afrenta para el cristianismo. Se le dan gracias por la conservacion de la vida, por la restauracion de la hacienda, por la obtencion de puestos y dignidades en que peligra la salvacion del alma. Nuestros ojos terrenos apenas saben levantarse del lodo y de la inmundicia que los rodea. Solemos estimar por verdaderos bienes lo que, atendida la corrupcion de nuestras pasiones, es ocasion de nuestra desventura. Levanta, pues, ó cristiano, las atenciones de tu alma, y fíjalas en tu Dios. Adora con sumision sus obras maravillosas, principalmente aquellas que están ordenadas á la santificacion de tu espíritu; y entre las ocupaciones de tu vida, sea desde hoy una de las principales, el ser á Dios agradecido por haberte hecho profesar la religion cristiana.

---

# DIA DIEZ.

## SAN LORENZO, MÁRTIR.

Si España se gloria de haber dado cuna al ilustre mártir san Lorenzo; si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, tambien la Francia cuenta entre sus especiales honras la de reconocerle por uno de sus patronos, y entre sus mas estimables tesoros la de poseer una parte de sus preciosas reliquias.

Nació san Lorenzo hacia la mitad del tercer siglo, en Huesca, ciudad de España, en el reino de Aragon.

Su padre se llamó Oroncio y su madre Paciencia; ambos zelosos y fervorosos cristianos, de piedad tan ejemplar y aun de virtud tan eminente, que la iglesia de Huesca celebra solemnemente su fiesta el primer dia de mayo, siendo en ella su memoria de singular veneracion. Padres tan virtuosos y tan santos necesariamente habian de dar á su hijo la mas cristiana educacion. Correspondió á ella Lorenzo admirablemente, tanto por la noble belleza de su índole, como por la docilidad de su genio, y por una inclinacion como nativa á todo lo que era virtud. Los rasgos que mas le caracterizaron desde la cuna, fueron la inocencia de costumbres, y un sobresaliente amor á la pureza. Admiróse desde luego en él un corazon noble, intrépido y generoso; pero sobre todo, se hacia universalmente distinguir aquel tierno y aquel encendido amor á Jesucristo, que ninguna cosa fué capaz de entibiar ni de disminuir. Animado del zelo de la religion, resolvió desde sus mas tiernos años emprender el viaje a Roma, considerándola como el verdadero centro de ella. Tardaron poco en descubrir el mérito y la elevada virtud de aquel extranjero jóven los fieles de la capital del mundo. Pero el que mas los sondeó y los admiró fué el pontífice san Sixto, que acababa de ser sublimado á la silla de san Pedro; y encantado tanto como asombrado de la inocencia y de los raros talentos que reconoció en nuestro cristiano héroe, le confirió los órdenes sagrados y con ellos la dignidad de arcediano, como lo afirma san Agustin y san Pedro Crisólogo; empleo que le constituia el primero de los diáconos de la iglesia romana. Lejos de engreirle la nueva elevada dignidad, solo sirvió para hacerle mas fervoroso, mas zeloso y mas humilde. Era ministerio propio del arcediano el dar la comunion al pueblo cuando el papa celebraba el divino sacrificio, y tambien estaba á su cargo la cus-

todia del tesoro de la Iglesia; es decir, de los vasos sagrados, de las vestiduras sacerdotales y de los caudales destinados al sustento de los ministros y al socorro de los pobres. Lo primero pedia una santidad sobresaliente en el ministro; y lo segundo una prudencia, una vigilancia superior y un desinterés á toda prueba en el tesoro.

No bien habia comenzado nuestro santo á ejercer con aplauso universal las funciones de uno y otro ministerio, cuando se levantó contra la Iglesia el fuego de la persecucion mas horrible; siendo su empeño nada menos que borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano, anegándole en la sangre de los fieles.

El emperador Valeriano, que en el concepto de los gentiles estaba reputado por un príncipe humano, apacible y benigno, logró igual reputacion en el de los cristianos á los principios de su imperio. Ninguno de sus predecesores los habia tratado con tanta benignidad; en público y en particular les mostraba siempre el mayor agrado; por lo que dentro de su misma imperial casa se contaba tanto número de siervos de Dios, que mas parecia iglesia que palacio. Pero habiendo sido tan extraordinaria la bondad con que entonces los trató, no fué menos violenta la persecucion con que los afligió en lo sucesivo. Nació esta mudanza de Macriano, que desde el mas bajo abatido nacimiento ascendió á los primeros empleos del imperio haciendo escala para ellos de los mas enormes delitos; y aspirando su ambicion á la misma dignidad imperial, hizo pacto con el demonio, que le prometió el imperio como exterminase del mundo toda la nacion de los cristianos. Apoderado enteramente Macriano de la gracia y del concepto del emperador, le persuadió á que mudase de conducta con ellos; y á sugestion suya en el año de 258 publicó el príncipe

aquel cruel edicto, en que sin remision ni dilacion condenaba á muerte á todos los obispos, presbíteros y diáconos, no dejándoles la opcion que permitia á los demás cristianos de rescatar la vida á costa de su fe.

Dióse principio á la ejecucion por las cabezas; y echando mano del papa san Sixto, fué conducido cargado de hierro y de cadenas á la cárcel Mamertina. Apenas llegó á los oidos de Lorenzo la prision del santo papa, cuando corrió exhalado á la cárcel, resuelto á no separarse de él en los suplicios, como quien suspiraba ansiosamente por la corona del martirio. No tardó mucho tiempo en encontrarle; y apenas le divisó á lo lejos, pero á distancia donde pudiese ser oido, cuando, como dice san Ambrosio, comenzó á clamar de esta manera : *¿Qué es esto, padre santo? ¿cómo vas á ofrecer el sacrificio, sin que te haga compañía tu diácono, el cual nunca se separa de tu lado cuando te llegas al altar? ¿acaso desconfias de mi fe? ¿tienes poca satisfaccion de mi valor? Ea, haz experiencia de él, y ella te acreditará si soy ó no soy digno del sagrado ministerio con que me honró tu bondad. El diácono jamás debe desviarse del lado del pontífice : pues ¿porqué me dejas huérfano y desamparado? Justo es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razon que la oveja se aleje de su pastor.*

Enternecido san Sixto al oir los fervorosos afectos de su diácono : *Consuélate, hijo mio*, le respondió, *que presto cumplirá el cielo tus encendidos deseos; para mayor triunfo te reservan sus amorosos destinos. Anda, y sin perder tiempo, distribuye á los pobres los tesoros que se fiaron á tu cuidado, y prevente para recibir la corona del martirio.* Estas últimas palabras llenaron de gozo y de consuelo el corazon de nuestro santo, que ardia en vivas ansias de derramar su sangre por amor de Jesucristo. No se detuvo ni un solo momento; partió

al punto; entregó á los fieles los ornamentos y vasos sagrados; recogió todo el dinero que estaba destinado para el socorro de los pobres; encamínase á aquellos parajes de Roma donde estaban ocultos los cristianos; recorre todas las cuevas y lugares subterráneos, para repartir entre ellos las limosnas. Y sabiendo que muchos presbíteros y muchos fieles se habian refugiado á la casa de una santa viuda, llamada Ciriaca, en el monte Celio, pasó á ella, entrada ya la noche, lavó los piés á los ministros del altar, y distribuyó entre los pobres la cantidad de dinero. Desde allí se trasfirió á la casa de un fervoroso cristiano, por nombre Narciso, donde estaban recogidos muchos pobres; socorriólos, y restituyó la vista á Crescenciano, que muchos años antes la habia perdido. Dirigióse despues á la cueva de Nepociano, donde estaban escondidos sesenta y tres cristianos; hizo lo mismo con ellos que con los otros; socorrió sus necesidades; y habiéndolos exhortado á la paciencia y á la constancia en la fe, acabó de repartir entre los pobres todo el dinero que tenia.

Pasó toda la noche en estos ejercicios de caridad, y al dia siguiente se fué á la puerta de la cárcel, para lograr el consuelo de ver por última vez al santo papa, que estaba sentenciado á ser degollado en aquel mismo dia. Fué sacado el santo anciano para el suplicio, y cuando le llevaban á él, se arrojó á sus piés Lorenzo, y deshaciéndose en lágrimas, le dijo que ya quedaban en buenas manos los tesoros de la Iglesia que le habia encomendado, y que en esa suposicion nada le restaba que hacer sino servirle de ministro en el sacrificio de su vida, que iba á ofrecer al Señor. Procuró san Sixto consolarle, pronosticándole que en menos de tres dias tendria parte en la misma corona, y le añadió : *Atendiendo Dios á la flaqueza de mi edad, solo me exjone á tormentos liperos; pero á tí, hijo mio, te*

*reserva una señalada victoria, que hará célebre en el mundo tu martirio.*

Y fué así que, como los soldados oyesen hablar de tesoros á Lorenzo, dieron cuenta al emperador, figurándole que aquel jóven diácono era dueño de inmensas y preciosísimas riquezas. No fué menester mas para que Valeriano mandase echar mano de él, estimulado de la codicia de los imaginados tesoros, no menos que de su insaciable sed de sangre de cristianos. Correspondió el gozo de nuestro santo al ardor de sus deseos. Presentóse delante del príncipe, á la verdad con modestia y con respeto; pero al mismo tiempo con cierto despejo y con cierta intrepidez poco acostumbrada. Luego fué examinado sobre su profesion, y respondió con desembarazo que era cristiano y diácono de la iglesia romana. Volviósele á preguntar donde tenia los tesoros que se le habian confiado; á que prontamente satisfizo, diciendo que, como se le diese tiempo, los recogeria y los pondria todos á la vista. Concediósele un dia de término; y convocando todos los pobres que pudo juntar, se puso á la frente de aquella andrajosa muchedumbre, compareció con ella ante el tribunal del emperador, y le dijo con el mayor respeto que, obedeciendo, como debia, sus imperiales órdenes, presentaba á su Majestad imperial las principales riquezas de los cristianos, y los verdaderos depositarios de los tesoros de la Iglesia. No esperaba el príncipe esta arenga; y reputándola por insulto de la Majestad, resolvió escarmentar el temerario arrojo de Lorenzo con los mayores suplicios que pudiese inventar el furor. Dió principio mandando que le despedazasen á azotes como el mas vil de todos los esclavos. Mandó despues que trajesen á su presencia todos los instrumentos que servian para atormentar á los mártires, y haciendo á nuestro santo que los reconociese, le dijo: *Una de dos, ó resuélvete á sacrificar*

*inmediatamente á nuestros dioses, ó disponte para padecer tú solo mucho mas de lo que han padecido hasta aquí todos juntos cuantos profesaron tu infame secta. Vuestros dioses, Señor*, respondió Lorenzo, *ni siquiera merecen aquellos vanos honores que se tributan á los hombres: ¿y vos quereis que yo les rinda adoracion? Hacen poca fuerza esos instrumentos de la crueldad á quien no teme los tormentos; y espero en la gracia de mi Salvador Jesucristo, que la misma intrepidez con que los toleraré será la mejor prueba de lo que puede aquel único y verdadero Dios á quien adoro.* Quedó cortado el emperador al oir esta animosa respuesta, y perdió toda esperanza de sacar partido alguno del santo diácono. Pero no queriendo darse por vencido, ordenó que le restituyesen á la cárcel, encargando su custodia á Hipólito, uno de los principales oficiales de su guardia; en cuyo ánimo habian hecho ya mucha impresion las palabras y la modestia de Lorenzo, y acabaron de convertirle los milagros que obró en la misma prision; pues no bien se dejo ver en ella cuando todos los confesores de Cristo que la ocupaban se arrojaron á sus piés; y uno de ellos, llamado Lucilo, que muchos años antes habia perdido la vista, la recobró milagrosamente, tomando la mano del santo y aplicándola á sus ojos. Fué Hipólito testigo de esta maravilla; pidió el bautismo; y no fué esta la única conquista de Lorenzo durante su valeroso combate.

Luego que amaneció el dia siguiente, recibió el prefecto de la ciudad una órden del emperador, en que se le mandaba hiciese comparecer á Lorenzo delante de su tribunal, y que no perdonase medio alguno para obligarle á ofrecer sacrificio á Júpiter; pero que, si no se rindiese, le quitase la vida con tales y tan extraños tormentos, que jamás se hubiesen practicado en los tribunales. Ejecutóse la órden con la mayor puntualidad; compareció el santo; empleá-

ronse halagos, promesas y amenazas para pervertirle, pero sin otro fruto que proporcionarle ocasion para dar mayores pruebas de su fe y de su constancia. Entonces solo se pensó ya en inventar nuevos tormentos, y en añadir inhumanos primores á la ordinaria crueldad de los suplicios. Tendiéronle en el potro, y despues de haberle dislocado los huesos, le despedazaron las carnes con escorpiones; eran unos ramales, que remataban en bolas de plomo, cubiertas de unas mallas de hierro y armadas estas de puntas aceradas y encorvadas en figura de agudos garfios. Pensó el santo espirar en este cruel tormento; pero oyó una voz del cielo, que decia le reservaba Dios para mas gloriosa victoria, conseguida á fuerza de nuevos y dificultosos combates. Asegúrase que esta milagrosa voz fué oida de todos los circunstantes, y que el prefecto de Roma, para desvanecer la impresion que podia hacer en ellos, exclamó: *Mirad, Romanos, como los demonios vienen en socorro de este mago, que no teme á los dioses del cielo ni á los príncipes de la tierra; pero veremos si sus encantos son superiores al rigor de los tormentos.* Quedó Lorenzo maravillosamente confortado y consolado con esta celestial voz; y entonces fué cuando Roman, soldado de la guardia del emperador, vió con los ojos corporales á un ángel, en figura de un bizarro y hermosísimo mancebo, que enjugaba con un lienzo el sudor del rostro y la sangre que corria de las heridas del santo mártir; vision que acabó de convertirle, trasformándose en soldado de Jesucristo, como se dijo en su vida.

Sobrevivió nuestro santo á este cruel tormento, para que el triunfo de la fe se comunicase á otros muchos. Oiasele prorumpir incesantemente en bendiciones y en alabanzas del Señor, siendo el asombro y la admiracion de los mismos paganos el gozo que

brillaba en su semblante. Mandó el prefecto que segunda vez compareciese en su tribunal, y segunda vez le examinó acerca de su patria, de su religion y de su tenor de vida. *Soy español de nacimiento y de orígen,* respondió el santo; *pero he pasado en Roma casi toda mi juventud. Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano, y mi educacion fué el estudio de las divinas leyes. Calla, insolente,* replicó el prefecto, *¿llamas estudio de divinas leyes el que te enseña á menospreciar los dioses inmortales? Y aun porque yo conozco bien esta ley divina,* prosiguió Lorenzo, *miro con tanto menosprecio la vanidad de los ídolos; porque la razon natural reprueba esa impía y extravagante multitud de dioses.* No se le dió permiso para proseguir; y arrebatado el juez de cólera y de saña, añadió: *Tú pasarás esta noche en un género de tormento, que seguramente te hará mudar de opinion y de lenguaje. No lo creas*, respondió Lorenzo, *tus tormentos son todas mis delicias; y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la mas clara y mas alegre de toda mi vida.* No pudo tolerar el tirano aquella generosa intrepidez, y mandó que con grandes piedras le moliesen las quijadas. Llenó el Señor á su siervo de dulcísimos consuelos; y noticioso el emperador de todo lo que pasaba, mandó que le tostasen á fuego lento.

Extendieron luego á Lorenzo en una especie de lecho ó de parrillas de hierro encendido y rojo, como sale de la fragua; debajo de ellas tendieron una cama de rescoldo, que de cuando en cuando iban fomentando con carbones, gobernándolo con tal economía, que el cuerpo se fuese tostando poco á poco, para que fuese mas vivo y mas prolongado el dolor. Estaba Lorenzo en aquella cama de fuego con tanta serenidad, con tanto desembarazo, con tanta alegría y con tan heróica constancia, que, asombrados muchos de los

circunstantes, se convirtieron á la fe, y entre ellos on pocas personas de distincion, reconociendo en aquel valor una fuerza muy superior a la humana. Y el poeta Prudencio, que escribió en verso el triunfo de nuestro santo, testifica que los neófitos, esto es, los cristianos recien bautizados, vieron rodeado su semblante de un extraordinario resplandor, y percibieron un suavísimo olor que exhalaba su cuerpo tostado.

En medio de tan cruel y bárbaro suplicio, era tan grande a vista del cielo la tranquilidad del santo mártir, tanto el gozo que sentia su espíritu de padecer por amor de Jesucristo, que, cuando le pareció estar ya bien tostado de un lado, vuelto al prefecto, le dijo sonriéndose, con cierto aire de alegría : *De este lado ya estoy en sazon; puedes mandar, si te parece, que me tuesten del otro*; y levantando despues los ojos al cielo, inundada su alma en consuelos celestiales, entregó dulcemente su espíritu en manos del Criador, quedando tan atónitos los asistentes, que no pudieron disimular su admiracion y su pasmo. Consumó su ilustre martirio este gran santo el dia 10 de agosto del año 258. Cogieron secretamente su cuerpo Hipólito y el presbítero Justino, y le enterraron en una gruta del campo Verano, camino de Tívoli, en el mismo paraje donde con el tiempo se erigió en su nombre una célebre iglesia, cuya fundacion se atribuye á Constantino el Grande, y su amplificacion al papa Pelagio II, siendo una de las siete patriarcales, y una de las siete principales estaciones de Roma. Edificóse despues otra en honra del mismo, que consagró el papa san Damaso.

Hízose tan célebre su sepulcro, por el gran número de milagros que obró Dios en él para glorificar á san Lorenzo, que exclama san Agustin : *¿Quién jamás pidió cosa alguna delante de su sepulcro que no la haya conseguido?* San Leon el Magno es de parecer que

el martirio de san Lorenzo no fué menos glorioso á la iglesia de Roma, que el de san Esteban á la de Jerusalen; añadiendo que desde el oriente del sol hasta su ocaso resuena la gloria de estos dos ilustres levitas. A la verdad, tanta multitud de templos y de otros magníficos monumentos en honor de san Lorenzo, como se encuentran esparcidos por todo el universo, son auténticos testimonios de su elevada gloria; y los innumerables favores que dispensa el cielo en todas partes por su poderosa intercesion, fomentan la general veneracion que todos los fieles profesan á este gran santo.

Consérvanse en Roma, además de la mayor parte de su santo cuerpo, todos los instrumentos con que fué martirizado. Muéstrase una parte de las parrillas en que fué tostado, y una gran piedra de mármol, teñida aun de su preciosa sangre, sobre la cual tendieron el santo cuerpo despues que consumó su martirio. En otras iglesias de Roma se muestra la ceniza y algunos de los carbones que sirvieron para tostarle. Tambien la Francia se gloría enriquecida con parte de sus huesos y con algunos de los instrumentos que concurrieron á su triunfo, como se ve en el tesoro de San Dionisio y en la iglesia de San Vicente de Mons, en que se manifiestan varios fragmentos de las parrillas. En la iglesia de San Martin de Leon se expone á la pública veneracion parte de su brazo, cubierto aun de la piel tostada; en Puy uno de sus huesos; y en todas partes se experimentan los efectos de lo que san Lorenzo puede con Dios en favor de los que fervorosamente le invocan. Apenas hay santo padre que no haya hecho magníficos elogios de san Lorenzo; y á su martirio, principalmente, atribuye el poeta Prudencio la entera conversion de la ciudad de Roma.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« El monumento mas magnífico en honor de san Lorenzo que se conoce en todo el orbe cristiano, es, sin disputa, el suntuoso templo y monasterio de San Lorenzo el real del Escorial. Erigióle todo el poder y toda la magnanimidad de Felipe II, en memoria y en reconocimiento de la famosa jornada de San Quintin, que concurrió en el dia del santo levita, tan funesta para los Franceses, como gloriosa para los Españoles. ¿Porqué no haria mencion nuestro autor de un tan célebre monumento que tanto contribuye á la gloria accidental de nuestro santo? ¿seria olvido? Bien pudo serlo; pero si acaso fué prudencia, la misma razon que en un autor francés acreditó este silencio de cordura, le culparia de ingratitud en un traductor español. »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma camino de Tívoli, la fiesta de san Lorenzo, diácono, quien, despues de haber padecido durante la persecucion de Valeriano los diferentes tormentos de la cárcel, de muchas especies de azotes, de agudas puas aceradas, de palos y de plomadas, y de cuchillas candentes, consumó al fin su martirio tostado en una parrilla. Su cuerpo fué enterrado por san Hipólito y el presbítero Justino en el cementerio de Ciriaco en el Campo Verano.

Tambien en Roma, el suplicio de ciento sesenta y cinco soldados, mártires del emperador Aureliano.

En Bérgamo, santa Asteria, virgen y mártir, durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano.

En Alejandría, la conmemoracion de los santos már-

tires, que, en la persecucion de Valeriano, atormentados con diferentes y acerbos tormentos bajo el presidente Emiliano, adquirieron la corona del mar tirio, labrada con diferentes géneros de muerte.

En Cartago, santa Basa, santa Paula y santa Agatónica, vírgenes y mártires.

En Roma, san Deusdedit, confesor, quien daba á los pobres el sábado lo que habia ganado en la semana con el trabajo de sus manos.

En Metz, san Auctor, obispo, cuyo cuerpo se venera en Maurmontier.

En Auxerre, san Hugo de Semur, obispo, quien habia sido abad de San German.

En Carcasona, el venerable Guion, cisterciense, abad de los Valles, diócesis de Paris, quien trabajó con infatigable zelo en la conversion de los albigenses.

En Etiopia, los santos mártires Jacobo, Juan y Abrahan.

En dicho lugar, san Anteo, confesor.

Alli tambien, san Acrates.

En la isla de Buta, una de las Hebridas en las costas de Escocia, san Blaino, confesor.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue :*

Da nobis, quæsumus, omnipotens Deus, vitiorum nostrorum flammas exstinguere, qui beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que se apaguen en nosotros las llamas de nuestros vicios; pues concediste al bienaventurado san Lorenzo que venciese el fuego de sus tormentos. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 9 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: qui parcè seminat,

Hermanos : El que siembra

parcè et metet : et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet. Unusquisque prout destinavit in corde suo, non ex tristitia aut ex necessitate: hilarem enim datorem diligit Deus. Potens est autem Deus omnem gratiam abundare facere in vobis: ut in omnibus semper omnem sufficien'iam habentes, abundetis in omne opus bonum, sicut scriptum est: Dispersit, dedit pauperibus: justitia ejus manet n sæculum sæculi. Qui autem administrat semen seminanti: et panem ad manducandum præstabit, et multiplicabit semen vestrum, et augebit incrementa frugum justitiæ vestræ.

poco segará tambien poco; y el que siembra en bendiciones, de bendiciones tambien segará. Cada uno segun lo ha juzgado mejor en su corazon, no por tristeza ó por necesidad, porque Dios ama al que da con alegría. Y Dios es poderoso para hacer que abunde en vosotros todo bien: de modo que, teniendo en todas las cosas lo suficiente, abundeis en toda obra buena, segun está escrito: Esparció, dió á los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos. Y aquel que suministra la semilla al que siembra, tambien dará pan para comer, y multiplicará vuestra sementera, y aumentará mas y mas los frutos de vuestra justicia.

NOTA.

« Sabiendo san Pablo que á algunos fieles de Corinto les costaba trabajo hacer limosna, les da en esta epístola saludables instrucciones sobre el mérito de esta virtud, enseñándoles el modo de practicarla, la liberalidad con que se debe hacer, y acordándonos que la limosna se hace al mismo Jesucristo. »

## REFLEXIONES.

*Derramó, distribuyó á los pobres, y su justicia permanece por los siglos de los siglos*. Este es el titulo mas bien fundado, el menos disputable del verdadero mérito, y aun se puede añadir, de la verdadera grandeza. Aquel gran Dios, soberano dueño de todos los bienes del mundo, los distribuye con la mayor sabi-

turía. No sin altísima providencia, y no sin elevados fines, dignos de su infinita bondad, dispone que unos nazcan cercados de abundancia y otros rodeados de miseria. Ni es, ni nunca fué efecto del acaso la diferencia de las condiciones; á su providencia nada se le esconde, y nada nace sin fin y sin designio. No creas que se olvidó Dios de los pobres cuando no los hizo ricos; cuidado tuvo de proveer á sus necesidades. Ese rico no tenia mas derecho á los bienes que posee, que el pobre que carece de ellos. Hizo Dios con los hombres en órden á los bienes de fortuna, lo mismo que hace con la tierra en órden á la influencia de los astros. A los paises frios proveyólos de bosques y de leña; á las tierras duras y secas, de abundancia de lluvias. Si hay ricos en el mundo, es precisamente porque en él habia de haber pobres. ¿Para qué piensas que Dios te hizo rico? ¿para que tuvieses con que cebar tus pasiones, tus diversiones y tus gustos, mientras tantos otros, á quienes no ... menos que á tí, carecen de las cosas mas necesarias á la vida? ¿dónde estaria en ese caso la sabia providencia de nuestro gran Dios? Sábete que solo eres rico para cuidar de los pobres. Sin esto, me atrevo á decir que el supremo árbitro y gobernador de todas las condiciones del mundo jamás te hubiera hecho dueño de los bienes que posees. ¿Qué pretendió, pues, y qué pretende con esto? Que vosotros ricos seais los sustitutos, los ministros y los cooperadores de su providencia respecto de los pobres. Pudo Dios proveer inmediatamente por sí mismo á sus necesidades; pero quiso encargaros á vosotros ese cuidado : con esta precisa condicion os concedió los bienes que gozais; sois como arrendatarios de sus bienes : os deja libre la administracion, el dominio y el usufructo; pero con la carga de asistir á los necesitados, y así solamente los poseeis á título one-

roso. De lo dicho se infiere que la limosna no es una caridad pura y gratuita, puesto que al pobre se le da aquello mismo que se ha recibido por él, con estrecha obligacion de emplearlo en provecho suyo. título de justicia, contra el cual peca el rico que no tiene caridad con el pobre. ¡Pues cuánta será la obligacion de aquellos cuyas riquezas solo se componen de las limosnas de los fieles! ¡de aquellos, que precisamente los hacen mas ricos para que socorran á mas necesitados, y que no dejarán de ser ricos despues de haber repartido grandes riquezas entre los pobres! ¡Cuánto bien harian diez ó doce mil libras distribuidas cada año entre los menesterosos por algunos eclesiásticos que tienen treinta ó cuarenta mil de renta! ¡cuántos se librarian de una desesperacion! ¡cuántas doncellas pobres, de mil peligros! ¡cuántas familias sitiadas de hambre serian socorridas y sacadas de entre los brazos de la miseria! No pocos podrian repartir mucho mas, sin quedar por eso pobres. A la verdad, se sustentarian menos holgazanes; no se gastaria tanto tren; seria menos espléndida la mesa; pero ¿serian por eso menos respetables, ni menos respetados?

*El evangelio es del cap. 12 de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y en dond

ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

## MEDITACION.

### DE LA FELICIDAD DE LOS BUENOS AUN EN MEDIO DE SUS ADVERSIDADES.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que en tanto el hombre es dichoso, en cuanto vive contento. De nada sirve ser grande, ser poderoso, ser rico; de nada, vivir como nadando en diversiones, mientras el corazon está anegado en amargura. Todo lo que está fuera del hombre, podrá distraerle y divertirle; pero no podrá llenarle: su felicidad consiste únicamente en el contento y en la tranquilidad del corazon. De aquí nace que no siempre son los mas felices aquellos que son los mas estimados, los mas aplaudidos, los que se llaman afortunados del mundo. Los disgustos, las inquietudes y aun los mayores trabajos nacen hasta en el trono mismo, penetrando á lo mas interior de los magnificos palacios. No siempre son los mas serenos los dias mas festivos. La verdadera alegría es, por decirlo así, como la legítima ó la herencia particular de las almas santas; ábrese camino por entre las mas densas nieblas y sabe reinar hasta en los mismos cadalsos. Buena prueba fué de esto san Lorenzo. Y á la verdad, si hay penas invisibles, ¿porqué no ha de haber tambien gustos y consuelos secretos? Haylos sin duda. El hombre justo está contento en la adversidad; es dichoso en medio de las mayores desgracias; porque la fe le sostiene, la esperanza le

consuela y la caridad le anima. Sostiénele la fe con la consideracion de un Dios espirando en una cruz. Ella le enseña que no puede ser predestinado, si no es semejante á Cristo crucificado. Si el hombre no se siente con bastante valor para aspirar á esta semejanza, en las adversidades y por las adversidades reconoce que el mismo Dios le ayuda á formar en si esta imágen del Crucificado por medio de las aflicciones. ¿Dónde hay consuelo mayor? Sostiénele la fe con la consideracion de un Dios justo. Sabe que es preciso satisfacer á su justicia; y tiene á gran dicha que se le ofrezca ocasion de rescatar con penas cortas y breves las excesivas en rigor y en duracion que merecian sus culpas.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo concurre la fe al consuelo de un hombre justo en sus adversidades; tambien se las suaviza la esperanza, poniéndole delante de los ojos una bienaventuranza llena, segura y muy cercana. Dígase lo que se quisiere: la prosperidad de la tierra hace perder de vista el cielo; y si alguna vez se viene á la memoria, nunca es sin alguna turbacion. Pero cuando las adversidades desterraron del corazon todos los atractivos de la vida; cuando uno se ve desgraciado en este mundo; cuando le tocó un estado oscuro y abatido; cuando las criaturas nos olvidan; entonces fácilmente olvidamos nosotros á las criaturas, para acordarnos únicamente del Criador y poner en él toda nuestra confianza. En esto consiste nuestro verdadero reposo y nuestra felicidad. Las cruces son pesadas, causan horror á un mundano; pero á un hombre justo le llenan de dulcísimo consuelo; sus frutos son para él de exquisita suavidad. Este es el orígen

de aquella inalterable tranquilidad, de aquella pura alegría que se admira en todos los santos. Ninguno hubo que no viviese clavado en la cruz; ninguno cuya vida no fuese una cadena de aflicciones; pocos, que no la pasasen consumidos de enfermedades. ¿Cuántos se han visto vivir entre agudísimos dolores, menospreciados, escarnecidos, humillados y hartos de oprobios? Pero ¿hubo jamás ni uno solo que se considerase desgraciado por vivir en un estado abatido y doloroso? Ciertamente, ni uno solo hubo que todavía no desease padecer mas. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios posee el secreto de endulzar las adversidades, y de hacer se experimente un exquisito consuelo en las mas amargas aflicciones! *Gustate, et videte*, dice el Profeta: *Gustad, y ved*; no dice *ved, y gustad*: si se comienza por la vista, las cruces son objeto displicente; pero comienza por el gusto, haz la dichosa experiencia de las adversidades padecidas por amor de Jesucristo, y despues mira cuanto quisieres su exterior desapacible. *Gustate, et videte.* Mas crédito se da al gusto que á los ojos. En fin, la caridad anima al hombre justo en sus trabajos. El que ama á Dios sufre de buena gana por su amor; el que ama á Jesucristo desea parecerse á él: estas utilidades nos traen los contratiempos; y el que las conoce, las admite por favores.

¡Ah Señor, y qué poco que he conocido hasta aquí el precio de las cruces y de los trabajos, por lo poco que os he amado hasta aquí! Haced, mi Dios, que yo os ame, y entonces serán mis delicias las cruces y las adversidades.

## JACULATORIAS.

*Hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat.* Job, 6.

Señor, todo mi consuelo en adelante será que me

aflijas en este mundo con trabajos, y que no me perdones en él.

*Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

No permita Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo.

## PROPOSITOS.

1. La prosperidad embriaga y deslumbra; por eso está expuesta á mil tropiezos y caidas. Las adversidades pueden ser muy útiles á los fieles si saben aprovecharse de ellas. *Flagella Domini, quibus quasi servi corripimur*, decia la discreta y virtuosa Judith al pueblo de Betulia, *ad emendationem, et non ad perditionem nostram evenisse credamus.* Los azotes que nos vienen de la mano de Dios, son avisos de un padre que nos quiere corregir, y no castigos de un juez que nos intenta perder. No hay medio mas eficaz que las desgracias para obligar á un pecador á convertirse y á mudar de vida; ninguno mas propio para purgar los desórdenes pasados. Pero es mucho de temer se atienda mas á la pesadez del brazo, que á la bondad del que descarga el golpe. Cuando la amargura del remedio inquieta ó irrita al enfermo, mas le perjudica que le aprovecha. Procura hacer concepto cabal y justo de lo que valen las cruces y de lo que importan las adversidades. Corrige las preocupaciones que el amor propio inspira contra ellas, y acostúmbrate á hablar de los trabajos como cristiano; esto es, como verdadero discípulo de Cristo crucificado. Siempre que se ofrezca ocasion, y especialmente cuando se lean las vidas de los santos delante de la familia, ten cuidado de hacerle observar que todos los santos fueron afligidos mientras vivieron, y que todos se tenian por fe-

lices en medio de las aflicciones. Si desde luego se procurara imbuir á los niños en este concepto de las adversidades, se sacaria un buen provecho.

2. Si te sucede algun trabajo, vuelve al punto los ojos hácia la mano de donde te viene el azote y hácia el corazon del que amorosamente te castiga: *Bonum mihi quia humiliasti me*, decia David. Recibo, Señor, esta adversidad como favor que me haceis; conozco lo bien que me está el que me hayais humillado, pues con la prosperidad me hubiera perdido. La abundancia fomentaba mis pasiones; el subido olor de las flores me trastornaba la cabeza, y la elevacion de los empleos me la desvanecia. El que anda por el valle no teme el precipicio de la cumbre. En la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como aquellos contratiempos que sirvieron para que el corazon se desprendiese de la tierra; ¿qué razon habrá para que no nos consuelen tambien en medio de la vida? Aspira á aquella grandeza de alma, tan propia de un cristiano, de no mostrarte triste ni desalentado cuando te aflige alguna cosa; imponiéndote una como ley de conservarte alegre, apacible y sereno, á pesar del tumulto que quiere excitar dentro del corazon el amor propio. A poca violencia que te hagas por un motivo verdaderamente cristiano, infaliblemente experimentarás los consuelos con que regala Dios á sus siervos en lo mas amargo de las aflicciones.

# DIA ONCE.

## SAN TIBURCIO Y SANTA SUSANA, MÁRTIRES

Nació san Tiburcio en Roma, de familia distinguida, así por sus grandes bienes, como por sus elevados empleos. Fué hijo del ilustre Cromacio, vicario del prefecto de la ciudad, que desde el primer año del imperio de Diocleciano tuvo especial comision para juzgar á los acusados del cristianismo, y fué convertido á la fe por san Sebastian y por san Tranquilino, padre de los santos mártires Marco y Marcelino; y despues de haber dado libertad á mil cuatrocientos esclavos que se hicieron cristianos, habiendo recibido el bautismo toda su familia, renunció el empleo y se retiró á su casa de campo, la cual fué el refugio de los perseguidos fieles. Siguió Tiburcio la dichosa suerte de su padre, y desde su conversion sobresalió entre los mas fervorosos cristianos, así como habia sobresalido en los tribunales por su ingenio y por su rara elocuencia, siendo reputado, aunque muy jóven, por uno de los hábiles abogados de su tiempo. Luego que se hizo cristiano, le causaron tedio y disgusto todos aquellos vanos aplausos, trocando el amor á las ciencias humanas por el estudio y aplicacion á la importante ciencia de la salvacion. Renunció la abogacía, y aunque su virtuosa inclinacion le llamaba al retiro de la soledad, el deseo que por otra parte tenia del martirio le representó este retiro como especie de fuga, con visos de cobardía. Viendo el papa san Cayo que de dia en dia iba creciendo el fuego de la persecucion, deseaba que Tiburcio se ausentase de Roma, considerando el

peligro de un jóven recien convertido á la fe, y en lo mas florido de sus años; pero el santo mancebo le rogó con tanta instancia le permitiese quedarse en la ciudad al riesgo y fortuna de los confesores de Cristo, que el santo pontífice se rindió á las razones de su fervoroso ahijado.

Presto hicieron ruido su zelo y su virtud. Salió un dia de su casa, y se halló en la calle con un hombre, que, habiendo caido de un cuarto elevado, se habia hecho pedazos, y no daba señal alguna de vida. Compadecióse de aquella desgracia, y mucho mas de la pérdida de aquella alma; lleno de fe y de confianza se acercó al moribundo, hizo sobre él la señal de la cruz, y le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase y que renunciase las supersticiones del gentilismo. Hízolo al punto el que parecia cadáver; siguióse la salud del alma á la del cuerpo; y divulgada por la ciudad esta maravilla, los cristianos se confirmaron en la fe, y muchos gentiles la abrazaron.

Crecia cada dia el zelo de Tiburcio, explicándole en el continuo ejercicio de obras de caridad. No cesaba de recorrer dia y noche así las casas de los cristianos, como los lugares subterráneos donde los tenia escondidos la persecucion, exhortándolos á la perseverancia, animándolos á derramar generosamente la sangre por Jesucristo y socorriendo con limosnas á los necesitados. Deseaba ansiosamente que los que hacian profesion de cristianos acreditasen su religion con la pureza de las costumbres y con la santidad de la vida; por tanto no se podia contener sin corregir con blandura y con caridad á los menos ajustados que deshonraban su profesion con el desconcierto de su vida.

Entre los que habian recibido el bautismo se hallaba un tal Torcuato, insigne hipócrita, que, ha-

biendo renunciado la fe secretamente, se fingia cristiano en lo exterior, aunque vivia como hombre verdaderamente mundano. No pudo Tiburcio disimular su profanidad en el vestido, sus excesos en la mesa, su desordenada pasion al juego, ni sus modales licenciosos y afeminados. Reprendióle con zelo y con caridad la licencia que se tomaba en dispensarse en los ayunos y oraciones de la Iglesia, gastando en dormir el tiempo que los fieles empleaban en orar y en velar.

Afectó Torcuato oir con docilidad y aun con estimacion estos caritativos avisos; pero altamente ofendido en su corazon, conservó dentro de él un implacable deseo de vengarse y de perder al que con tanta caridad solicitaba la salvacion de su alma. Habiendo mandado el emperador Diocleciano que se hiciese una exacta pesquisa de todos los cristianos, y que fuesen condenados sin remision al último suplicio todos aquellos que se negasen á sacrificar á los dioses, advirtió secretamente Torcuato á los ministros del emperador que Tiburcio era cristiano, y que con toda seguridad podian echar mano de su persona; mas para encubrir mejor que él hubiese sido el delator, les previno artificiosamente que tambien le prendiesen á él. Hiciéronlo así, y le presentaron ante el tribunal de Fabiano, sucesor de Cromacio. Preguntado Torcuato por su religion, confesó que era cristiano, y que le habia convertido Tiburcio, á quien respetaba y amaba como á su maestro, estando muy resuelto á seguirle en todo. Desde luego conoció Tiburcio el artificio, como quien tenia tan calado el fondo de aquel perverso corazon; y así volviéndose á él, le dijo: *No pienses que se me esconden tus embustes, ni que dejo de penetrar tu perfidia. Ninguno de nosotros te reconoció jamás por discípulo de Jesucristo; tu vida desmintió siempre tu fe; ni era posible que se contase en el número de los*

*fieles á quien vivia como un gentil: tus vergonzosos desórdenes eran el mejor testimonio de la religion que profesabas. Es verdad que vivias entre nosotros; pero no eras de nosotros. Buena prueba es de eso tu alevosa traicion. Pero no creas que me has ofendido con ella; antes al contrario, intentando mi ruina, me has proporcionado el mayor bien á que yo podia aspirar. Nada deseaba con mas ardiente pasion que derramar toda mi sangre, y dar mi vida por amor de aquel Señor que primero quiso espirar por mi amor clavado en un afrentoso madero.*

Irritado Fabiano con este discurso, le interrumpió diciéndole que se dejase de hablar tanto, y que tratase de sacrificar á los dioses del imperio. *Yo*, respondió el santo, *no reconozco otro Dios que al único Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra; á este solo ofrezco sacrificios; dichoso yo, si yo mismo mereciera ser víctima sacrificada por su amor*. Sea lo que fuere, replicó el juez, es preciso obedecer en este mismo punto, ó disponte sino á pasearte muy despacio sobre carbones encendidos. *Pronto estoy*, replicó Tiburcio, *á sufrir los mas crueles tormentos, pues ya es cosa muy sabida que estos no espantan á los cristianos*. Admirado Fabiano de aquella intrepidez, ordenó que se tendiese sobre el pavimento un gran monton de carbones encendidos; y que una de dos, ó que Tiburcio echase incienso en aquellas brasas á honor de los dioses, ó que en su presencia y con los piés descalzos se pasease muy despacio por encima de ellas. No esperó el santo á que le descalzasen; él mismo se quitó apresuradamente el calzado, y se comenzó á pasear sobre las brasas con tanto sosiego y con tanta serenidad, como si se paseara sobre una alfombra de rosas. Llenáronse de admiracion los circunstantes; pero el juez, encendido en cólera y no pudiendo sufrir aquel ilustre testimonio de la verdad de la religion cristiana, á

falta de razones echó mano de las injurias y recurrió á las blasfemias. *Ya sabemos todos mucho tiempo ha,* exclamó irritado, *que ese vuestro Cristo enseña el arte mágica á todos sus secuaces, y así no nos causa admiracion el sortilegio que acabas de ejecutar.* No pudo Tiburcio oir sin horror aquella gran blasfemia; penetróle hasta el corazon el ultraje hecho á Jesucristo; y encendido su fervoroso zelo, habló con tanta elocuencia y con tanta energía, así de la divinidad como del poder del Salvador; demostró con tanta evidencia la impostura y la falsedad de aquella negra calumnia, que, no pudiendo Fabiano sufrir mas el desprecio de sus dioses, pronunció sentencia de muerte contra el santo.

Condujéronle á una legua de la ciudad en la via Lavicana, y allí le cortaron la cabeza el dia 11 de agosto del año 286. Un cristiano, que se halló presente á la ejecucion, cuidó de enterrar su cuerpo; y desde luego hizo Dios célebre y glorioso su sepulcro con multitud de milagros. Dos piadosas señoras, llamadas Lucina y Fermina, parientas del mismo santo, fabricaron en aquel sitio una especie de retiro para servir en él á Dios el resto de sus dias.

Con la fiesta de san Tiburcio junta la Iglesia la de santa Susana, vírgen y mártir. Era una nobilísima doncella romana, parienta del emperador Diocleciano, hija de san Gabino, y sobrina del santo papa Cayo. Cuidaron los dos hermanos de dar á Susana la mas cristiana educacion, inspirándole continuas máximas de la mas elevada santidad. El tierno amor que profesó desde la cuna á la Reina de las vírgenes, la infundió un amor constante á la castidad; y apenas pudo conocer lo que valia esta admirable virtud, cuando hizo voto de no admitir otro esposo que Jesucristo dedicándole su virginidad desde la misma infancia.

No ignoraba el emperador que sus sobrinos Gabino y Cayo eran cristianos; ni tampoco dudaba que Su-

sana, mas conocida por su rara virtud, que por su extraordinaria hermosura, seria tambien de la religion de su padre y de su tio; pero como Diocleciano en los primeros años de su imperio parecia favorable á los cristianos, los dejaba vivir en paz, y su misma familia estaba llena de ellos. Aprovechándose nuestra santa de esta tranquilidad, hacia asombrosos progresos en la virtud. Era su modestia la admiracion de todos; y por su amor á la oracion y á la contemplacion hallaba en el retiro todas sus delicias. Su ejemplo era el que mas se respetaba, y su vida la que se ponia por modelo á las doncellas cristianas. A una virtud tan singular necesariamente habia de corresponder un glorioso fin; y parecia como de justicia que á la victoriosa palma de vírgen se añadiese la triunfante corona de mártir.

Al mismo tiempo que Diocleciano creó césar á Maximino Galerio, le hizo tambien yerno suyo, dándole por esposa á su única hija Valeria. Muerta esta, quiso que Maximino se casase con Susana, hija de su sobrino Gabino, y mandó á un señor pariente suyo, llamado Claudio, que hiciese á Gabino de su parte esta proposicion. Oyóla Gabino con el mayor agradecimiento, manifestando á Claudio lo reconocido y lo obligado que le dejaba la honra que se dignaba dispensarle la bondad del emperador; pero añadió que ante todas cosas era indispensable el consentimiento de su hija. Convino Claudio en lo mismo, y suplicó á Gabino que la llamase. Luego que Susana se dejó ver, se adelantó aquel caballero para saludarla cortesanamente y para darle un reverente ósculo, segun la costumbre. Retiró Susana el rostro, diciendo que jamás habia permitido á hombre alguno semejante licencia, y mucho menos se la permitiria á un gentil. Sorprendido Claudio, le dijo con respeto: *Señora, vos mirais en mí como un crímen mi religion: si*

*vivo errado, añadidme la honra de hacerme conocer mi error.* Animada entonces la santa con el espíritu de Dios, le representó con tanta gracia y al mismo tiempo con tanta energía los absurdos y las impiedades del paganismo, que aquel señor se mostró extraordinariamente conmovido, y con las lágrimas en los ojos le suplicó le dijese qué debia hacer para reparar los descaminos de su vida. *Nada mas,* respondió Susana, *que renunciar de todo tu corazon las supersticiones gentílicas y lavar las culpas de tu alma en las aguas del bautismo; por lo demás, mi padre y mi tio te enseñarán cómo te debes disponer para recibir esta gracia.*

Gustosamente sorprendidos Gabino y Cayo de aquella dichosa mudanza, le hablaron con tanta eficacia sobre la santidad de nuestra religion, que, despues de haberle suficientemente instruido así á él como á su mujer Prepedigna y á dos hijos suyos, tuvieron el consuelo de administrarles á todos el santo bautismo. Mientras tanto, viendo el emperador que Claudio no volvia con la respuesta de su comision, y aun observando que no se dejaba ver en la corte, mandó á Maximino, hermano del mismo Claudio, que se informase del motivo de esta novedad. Quedó Maximino admirado cuando entró en el cuarto de su hermano, y le halló postrado á los piés de un crucifijo, anegado en dulces lágrimas; pero creció su admiracion cuando oyó de su misma boca que era cristiano y que lloraba la ceguedad y los desaciertos de su vida. Atónito Maximino á tan inopinada mudanza y solicitado interiormente por los poderosos impulsos de la gracia, se mostró igualmente ansioso de ser instruido en los misterios de nuestra fe y de recibir el bautismo. Informado de todo el santo papa Cayo, le instruyó en los puntos esenciales de la religion; y hallándole muy dispuesto, le bautizó y le exhortó á ser fiel. Pro-

siguiendo las milagrosas operaciones de la gracia en el corazon de aquellos dos hermanos verdaderamente convertidos, tomaron la resolucion de vender todos sus bienes y de emplear el producto de ellos en la asistencia de los fieles. Noticioso el emperador de que los dos hermanos, lejos de desempeñar su comision, se habian convertido á la fe, y eran los primeros que confirmaban á Susana en la santa resolucion de no admitir aquella ni otra alguna boda, entró en tanta cólera, que juró la pérdida general de todos los cristianos, y en el mismo punto envió desterrados á Ostia á Claudio y á Maximino, que pocos dias despues recibieron en aquel puerto la corona del martirio. Mandó tambien que fuese presa Susana con su padre Gabino, y no perdonó diligencia alguna para pervertir á la primera; pero de todo triunfó su fe y su inmutable constancia. Ni las promesas tentadoras, ni las esperanzas mas lisonjeras, ni el mismo augusto título de emperatriz, fueron bastantes para deslumbrarla. Amenazáronla con todos los tormentos que podian causarle mas horror, hasta que espirase entre los mayores y mas crueles suplicios; pero su respuesta fué mostrar cada instante mas encendidas ansias de padecer mas y mas por su celestial Esposo. Informado Diocleciano del teson de sus respuestas y de su última resolucion, se abandonó á toda la cruel barbaridad de su genio. Dió órden para que se hiciese afrentoso insulto y violencia á la virginal integridad de la santa; pero un ángel del Señor la defendió contra la brutalidad de los paganos. Atribuyéronse como siempre á efectos de la magia estos auxilios del cielo; y Diocleciano dió comision á uno de sus oficiales llamado Macedonio, para que prosiguiese la causa y obligase á Susana á sacrificar á los ídolos. Presentáronle un simulacro de Júpiter, y la santa, levantando los ojos al cielo, suplicó humildemente al Señor que se dignase

confundir la supersticion de los paganos. Al punto desapareció la estatua, y la encontraron en la calle á doscientos pasos de la casa. Dejó atónito al oficial esta maravilla, pero no le convirtió; y sin hablarle ya de inciensos ni sacrificios, mandó que la despedazasen á azotes dentro de su misma casa; lo que se ejecutó sin que le pudiesen sacar ni la mas leve queja. A cada golpe volvia dulcemente los ojos hácia el cielo, rindiendo mil gracias á Dios porque la hacia digna de padecer alguna cosa por su gloria. Desesperado el tirano à vista de aquella constancia, dió parte de todo al emperador, asegurándole que Susana era inflexible; y Diocleciano mandó que dentro de su misma casa le cortasen la cabeza.

Dícese que Serena, mujer del emperador, y cristiana oculta, fué secretamente por la noche al lugar de la ejecucion, donde embebió su mismo velo en la sangre de la ilustre mártir, conservándole despues como una preciosa reliquia. Fué sepultado el cuerpo de la santa en una gruta que se llamaba la cueva de los mártires, y su casa fué convertida en iglesia por el papa san Cayo, quien celebró en ella el divino sacrificio en honor de la misma santa. Reedificóse con el tiempo esta misma iglesia, la que hoy subsiste, y estan en la posesion de ella las religiosas bernardinas. El martirio de santa Susana se cree sucedió el año 295, seis meses antes que el de san Gabino, y ocho anterior al de su tio san Cayo.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, entre los laureles, la fiesta de san Tiburcio, mártir, que, bajo el juez Fabian en la persecucion de Diocleciano, andando descalzo sobre carbones encendidos y confesando á Jesucristo con mayor empeño, fué condenado á ser degollado á tres millas fuera de la ciudad.

En Roma aun, santa Susana, virgen, de una familio distinguida, y sobrina del papa san Cayo, la que mereció la corona del martirio perdiendo la cabeza bajo la cuchilla en tiempo de Diocleciano.

En Camanes en el Ponto, san Alejandro, apellidado el carbonero, obispo, quien, de muy hábil filósofo, llegando á ser sapientísimo en la ciencia eminente de la humildad cristiana, y elevado á obispo de aquella ciudad por san Gregorio Taumaturgo, se hizo muy ilustre, no solo por sus predicaciones, sino tambien á causa del martirio de fuego que padeció.

En el mismo dia, el martirio de san Rufino, obispo de Marsos, y de sus compañeros, bajo el emperador Maximino.

En Evreux en Francia, san Taurino, obispo, el cual, nombrado obispo de aquella ciudad por el papa san Clemente, propagó la fe cristiana con la predicacion del Evangelio, y despues de haber emprendido muchas obras por su acrecentamiento, se durmió en el Señor, siendo tambien ilustre en milagros.

En Cambrai en Francia, san Gerio, obispo y confesor.

En el Abruzo ulterior, san Ezquicio, abad, cuya santidad es testificada por el papa san Gregorio.

En Todi, santa Digna, virgen.

En Milly cerca de Beauvais, san Dinevanto, despedazado por unos impíos.

En Joarre en Brie, santa Aguilberta, abadesa de aquel monasterio.

En Arles, santa Rusticula, oriunda de Vaison, abadesa de San Cesario de Arles.

En este mismo dia, san Liebauto, abad de San Añan de Orleans, fundador de San Benito de Loira.

En Irlanda, santa Atracta, virgen.

En Rieti en Italia, el venerable Bandino, cisterciense,

á quien está dirigida la epístola décima quinta de san Bernardo.

*La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente:*

Sanctorum martyrum tuorum Tiburtii et Susanæ nos, Domine, foveant continuata præsidia: quia non desinis propitius intueri, quos talibus auxiliis concesseris adjuvari. Per Dominum...

Favorézcanos, Señor, la continua proteccion de tus santo mártires Tiburcio y Susana; pues nunca dejas de mirar benignamente á los que concedes semejantes protectores. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap.* 25 *del Eclesiástico.*

Beatus qui lingu sua non est lapsus, et qui non servivit indignis se. Beatus qui invenit amicum verum, et qui enarrat justitiam auri audienti. Quàm magnus qui invenit sapientiam et scientiam! Sed non est super timentem Dominum, timor Dei super omnia se superposuit: beatus homo, cui donatum est habere timorem Dei: qui tenet illum, cui assimilabitur?

Bienaventurado el que no pecó con la lengua, y el que no sirvió á personas indignas de él. Bienaventurado el que encuentra un amigo verdadero, y el que expone la justicia á una oreja que escucha. ¡Cuán grande es el que encuentra la sabiduría y la ciencia! pero no es mayor que el que teme al Señor; el temor de Dios se ensalza sobre todas las cosas. Bienaventurado el hombre á quien ha sido dado el tener temor de Dios: el que le posee, ¿á quién se le podr comparar?

NOTA.

« El capítulo 25 del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, explica tres cosas que aprueba el Espíritu Santo; convienc á saber, la union de los hermanos, el amor de los prójimos y la buena inteligencia

entre el marido y la mujer. Añade otras diez que pueden contribuir á nuestra felicidad. Despues hace un elogio del santo temor de Dios.»

## REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que encuentra un amigo verdadero.* No hay en el dia de hoy cosa mas comun en el mundo que el nombre de amigo; pero tampoco la hay mas rara que hallar uno que lo sea verdaderamente. Es la amistad una tácita convencion de amarse y de estimarse recíprocamente; considera bien si en nuestros tiempos reina mucho en el mundo esta convencion. Lo que hoy llaman los hombres *amistad*, hablando propiamente, no es mas que un disimulado comercio de interés en que siempre espera ganar algo el amor propio; y en acabándose el interés, se acabó tambien la amistad. Es el mundo un gran teatro en que con capa de amistad se engañan los hombres unos á otros. El que tiene mas habilidad para disimular, ese pasa muchas veces por el mejor amigo. Lleno está el mundo de estas amistades aparentes. El que viere aquellas demostraciones expresivas, llenas al parecer de intimidad y de cariño; quien oyere aquellas protestas de una amistad fina y eterna, aquellos ofrecimientos de los mayores servicios, juzgará que la amistad es el alma que anima y pone en movimiento todo el comercio del mundo; con todo eso, apenas se hallará un verdadero amigo entre los que profesan vivir al estilo de él. Deshácense todos en cumplimientos y en cortesías; pero no hay cosa menos sincera ni mas falaz. Los hombres del mundo, en tanto son tus amigos, en cuanto les puedes ser de algun provecho; cuando ya no esperan cosa alguna de tí, acabóse la amistad. El nudo de esta amistad aparente es una pasion; y de una pasion, ¿quién po-

drá fiarse? Una enfermedad, un revés de fortuna, una desgracia es una ventolera que disipa todos estos falsos amigos. Los mundanos son pródigos en cumplimientos; ¡pobre de aquel crédulo que quiera ser el juguete y la burla de ellos! El espíritu del mundo es enemigo de toda verdadera amistad, y los poderosos apenas la conocen. ¿Quién hace mucho caudal de los amigos que se llaman cortesanos? Y con todo eso, apenas se cultivan otros. Pero no se crea que la amistad reina mas entre la clase menos elevada. Seguramente se puede decir que la verdadera amistad está desterrada del mundo. El interés es el único que liga los corazones; pues ¿qué maravilla es que un lazo tan débil se rompa tan fácilmente? Mas acaso se encontrá entre los parientes la verdadera amistad. ¡Ah, que no hay enemistad mas viva que la que se introduce en las personas de una misma familia. Aun la amistad mas bien establecida está siempre pendiente del humor y del capricho. Usase poco en el mundo la buena fe, y por consiguiente han de ser muy pocos los amigos verdaderos. Desengañémonos; solo es verdadera amistad aquella que está fundada en la virtud. Ninguna hay sino la que estriba en este cimiento: sola ella es la que está á cubierto contra las inconstancias de la vida. En ella no tiene parte ni la pasion, ni el interés, ni el capricho; mantiénese inmoble en medio de las tempestades. Solamente los buenos pueden contar con ella con entera seguridad; por tanto, solo hay amistad verdadera entre los virtuosos.

*El evangelio es del cap.* 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia II, pág.* 53.

## MEDITACION.

### IMPORTA MUCHO NO DESPRECIAR LAS COSAS MAS PEQUEÑAS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que es grande error aun entre aquello mismos que hacen profesion de virtud, hacer poco caso de las faltas lijeras, y descuidarse fácilmente en el cumplimiento de las obligaciones menudas; pues de este descuido y de esta negligencia suelen nacer las mas lastimosas caidas. *El que desprecia las cosas pequeñas*, dice el Eclesiástico, *poco á poco caerá en las grandes*. Aquellos que se precipitan en los mayores desórdenes, dice san Bernardo, comenzaron al principio por cosillas de poca consideracion. Ninguno da en excesos de repente. Sucede en las enfermedades del alma lo mismo que en las del cuerpo; unas y otras se forman poco á poco. Al principio era fácil evitar aquel desbarato de humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro; todas estas enfermedades mortales eran casi nada á los principios. Con no haberse expuesto á aquel aire violento y colado; con haberse abstenido de comer aquella fruta; con un poco de régimen y con una lijera medicina, nos hubiéramos librado de una enfermedad mortal. Pero despues que los humores malignos inundaron todo el cuerpo; despues que tomó curso la fluxion; despues que se formó en el pecho un depósito inagotable de flemas y cóleras, inútilmente se acude á la medicina; cuando prevaleció la enfermedad, ya llegan tarde los remedios. No tienen otras causas las muertes repentinas. Del mismo modo debemos discurrir en las enfermeda-

des del alma; porque es cabal y perfecta la analogía. ¡Mi Dios, y qué lejos suele llevar al alma el poco aprecio de las faltas lijeras! ¡qué de funestas caidas nos hubiera excusado un poco mas de observancia, un poco mas de delicadeza de conciencia, un poco mas de devocion y de mortificacion! Estas frecuentes infidelidades debilitan al alma; y una vez debilitada con esas contínuas indisposiciones, faltándole por otra parte muchos auxilios de que la priva su poca fidelidad, ¿tendrá fuerzas para resistir á una violenta tentacion? En esto se fundó san Gregorio cuando dijo que las faltas lijeras eran en cierto modo mas peligrosas que las grandes; estas, por lo mismo que se conocen mejor, se aborrecen y se evitan fácilmente; pero aquellas no se trata de evitarlas, porque apenas se conocen. Una fiebre violenta sobresalta, y al punto se acude al remedio; pero fácilmente nos domesticamos con una calenturilla lenta, que al cabo nos echa en la sepultura.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que ninguna cosa es de mayor perjuicio para el alma que la negligencia habitual en el cumplimiento de las obligaciones mas menudas. Es hallarse en aquel fatal estado de tibieza, que, si no es señal cierta, es de los indicantes menos falibles de reprobacion. Te has precavido contra los pecados graves dice san Agustin; pero ¿qué has hecho, ó qué haces para librarte de los leves? *Præcavisti magna: de minimis quid agis?* Pues qué, ¿no temes esas contínuas negligencias, esas frecuentes infidelidades, esas faltas lijeras? *An non times minuta?* Arrojaste al mar las cargas mas pesadas que podian sumergir el navío; evitaste los escollos retirándote al puerto de la religion; pero guárdate, no sea que la mucha arena que

dejaste en el fondo del buque le eche á pique dentro del mismo puerto: *Projecisti molem; vide ne arena obruaris*. Desengañémonos: aquellas gracias tan poderosas, aquellos singularísimos auxilios que vienen tan á tiempo se reservan solo para aquellos corazones generosos, para aquellas almas fieles, que no examinan si lo que manda Dios es de precepto ó de puro consejo, de obligacion estrecha ó de buena correspondencia. Dices que esas reglas menudas, esos santos estilos, esas observancias son verdaderamente unas menudencias. Séanlo en hora buena; pero ¿con qué cara pides á Dios que te conceda las mayores gracias, al mismo tiempo que tu le niegas los menores y los mas fáciles obsequios? Rara vez se encuentran criados que maquinen contra la vida de sus amos; pero ¿quién se querria servir de un criado que se negase á hacer los regulares oficios de la casa, y solo quisiese hacer aquello que le mandase debajo de graves penas? Cuando se arruinan ó se dejan caer las fortificaciones exteriores de una plaza, ya no queda en estado de defensa. Levántense dentro de ella todos los atrincheramientos que se quisieren; no es posible que resista por mucho tiempo á un enemigo poderoso, estando tan descubierta. Las piadosas devociones, la observancia de las reglas, las obligaciones menudas del estado, son las fortificaciones exteriores de la plaza. En no estando bien guardadas todas las avenidas, se puede y se debe temer una sorpresa. Todas las infidelidades habituales con Dios muestran ó indican un destemple de corazon muy digno de temerse. No está lejos el rompimiento con un amigo ó con un amo cuando se le contempla poco, y se repara menos en disgustarlos muchas veces.

Reconozco, Señor, mi peligro, y veo con toda claridad lo mucho que os han desagradado mis pasadas infidelidades. *Bienaventurado el siervo fiel en cosas pe-*

queñas. Haced, Señor, que yo sea en adelante este siervo fiel. Resuelto estoy, Dios mio, á cumplir exactamente con las obligaciones mas pequeñas, conociendo que este es el único medio para perseverar para agradaros.

## JACULATORIAS.

*Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas!* Salm. 118.

Dignaos, Señor, de hacerme caminar por el camino de tus preceptos.

*Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam.* Salm. 118.

Inclina, Señor, mi corazon á darte gusto en todo, sin negarte cosa alguna que le pidas.

## PROPOSITOS.

1. Estando llena nuestra vida de obligaciones menudas, y tropezando en cada momento de ella con estas que se llaman cosas pequeñas, ser infiel á Dios en estas cosas, es serle infiel por toda la vida y desagradarle continuamente. Una lijera mortificacion, cierta exactitud particular en los mas exactos deberes, la puntualidad en cumplir con sus especiales devociones, la modestia de los ojos, la circunspeccion en todos los demas sentidos, cierta delicadeza de conciencia en las que se llaman menudencias; todas estas á la verdad son cosas pequeñas, pero no es cosa pequeña la fidelidad en estas cosas; antes bien esta exacta y constante fidelidad es en parte el distintivo de los santos. No llames ya en adelante cosa pequeña la que te puede ser ocasion de las mayores desgracias. En el servicio de Dios nada hay pequeño; y asi nada has de despreciar. Ten presente que el mismo Señor solo ala-

ba en el siervo fiel su exactitud en cosas pequeñas: *in pauca fuisti fidelis*; y procura merecer este elogio. No omitas devocion ni obligacion alguna de tu estado. Sé, por decirlo así, escrupuloso en las cosas mínimas precisamente, porque Dios te pide este corto sacrificio. Lejos está de descuidarse en las obligaciones mas graves, el que por agradar á Dios no se descuida en las mas leves.

2. Pocas horas hay en el dia, y pocos instantes de las mismas horas en que no se ofrezca ocasion de alguna mortificacion, ó de ejercitar algun acto de virtud; privarse de una vista curiosa; sacrificar un antojillo; suprimir un buen dicho; sufocar los movimientos del amor propio; reprimir los ímpetus del genio; practicar una obra de caridad; en todo has de ser exacto y puntual. ¿Viénete gana, no ya de omitir, sino de dejar para otra hora aquella oracion ó aquella devocion? No te dejes llevar de esa lijereza de tu espíritu, ni de esa inconstancia de tu corazon. Levántate muy puntual á la hora señalada; mortifica constantemente tu curiosidad; reprime hasta los menores movimientos del orgullo. Guarda exactamente las mas menudas reglas; bendicion de la mesa, accion de gracias despues de comer; tranquilidad y apacibilidad inalterable en todos los varios acasos de la vida; modestia respetuosa en el templo; oraciones vocales de devocion. Nada omitas de cuanto puede ser grato á los ojos de Dios. Jamás des oidos á los respetos humanos; sé en todo y por todo siervo fiel. Por medio de estos piadosos ejercicios se llega á ser santo.

# DIA DOCE.

## SANTA CLARA, VÍRGEN.

Santa Clara, tan célebre en toda la Iglesia por su eminente santidad y por el prodigioso número de santas hijas que la reconocen por su digna madre, fué de la ciudad de Asís, en Umbría, patria del glorioso padre san Francisco. Nació el año de 1193, y fué su padre Favorino Sciffo, en quien se conservaba toda la varonía de las dos ilustres casas de Sciffi y de Fiumi, ambas de las mas nobles, de las mas distinguidas del país, no solo por sus opulentos bienes, sino por los elevados empleos que sus gloriosos progenitores habian obtenido en la milicia, mandando los ejércitos con tanto honor como reputacion. Su madre se llamaba Hortulana, aun mas respetada por su noble nacimiento; siendo tanta su devocion, que emprendió las peregrinaciones del santo sepulcro en Jerusalen, de san Miguel en el monte Gárgano y de san Pedro en Roma. Asegúrase por cierto que, durante su preñado, encomendando á Dios el fruto que traia en su vientre, oyó una voz que le dijo, daria á luz una antorcha que iluminaria toda la tierra; y que, en atencion á este vaticinio, puso á su hija el nombre de Clara.

Verificóle presto el tiempo; porque, prevenida Clara de la gracia de Jesucristo desde la misma cuna, dió á conocer por lo que ya era, lo que con el tiempo habia de ser. No hubo niña que menos lo pareciese. Anticipóse la devocion a la edad y al conocimiento; sus entretenimientos y sus juegos eran la



STA CLARA

DE MONTE-FALCO, V.

oracion; siempre se hallaba de rodillas en su cuarto; y á falta de rosario iba contando por un monton de piedrezuelas los Padres nuestros y Ave Marías que rezaba. Desde que nació, profesó una tierna devocion á la Reina de las vírgenes, y por consiguiente un extremo amor á la pureza. Esta fué en parte su carácter. La caridad que tenia con los pobres la empeñaba muchas veces, á pesar de sus pocos años, en algunos excesos, reservando siempre la mayor parte de lo que le daban para repartirlo entre los necesitados.

Crecia su virtud con la edad; y su aversion á todo lo que sonaba á mundo, crecia con su virtud. Nunca fueron de su gusto las galas, los juegos ni las diversiones del mundo; toda su inclinacion era al retiro. Pero obligada á vestirse como las otras damas de su calidad, las joyas y los adornos mujeriles eran para ella un verdadero tormento, conociéndose desde luego lo mucho que esto la mortificaba. Era muy celebrada por su hermosura, pero mucho mas por su modestia. Proponíansela á sí mismas por modelo las religiosas mas ajustadas, y las gentes del mundo la respetaban por un prodigio de virtud. Contínuamente llevaba un áspero cilicio debajo de sus ricos vestidos, y aunque á su virtuosa madre le daba mucho gusto el verla tan devota, con todo eso, se quejaba perpetuamente de los excesos de su mortificacion. Y á la verdad, Clara no pensaba mas que en macerar su cuerpo en una edad que solo inspira la delicadeza y el regalo. Sus delicias eran ayunar, orar y entregarse á las mas rigurosas penitencias. Experimentó su virtud cierto nuevo y visible aumento, oyendo referir la admirable vida que hacia san Francisco en su conventito de la Porciúncula. Determinó verle, y comunicar con él los medios de que se podria valer para consagrarse á Dios con una vida mas perfecta.

Ya el siervo de Dios tenia muchas noticias de nuestra santa por la fama de su eminente santidad. Fué Clara en busca suya, acompañada de otra doncella virtuosa de toda su confianza; y prendada de la humildad, de la dulzura y de la virtud del santo, le comunicó sus deseos de entablar una vida de mayor perfeccion. Ya habia revelado Dios á san Francisco los altos fines á que tenia destinada aquella grande alma; y así, descubrió muy presto aquel inestimable fondo de pureza, aquel amor de Dios y aquel desasimiento de todas las cosas de la tierra, que admiraba al mismo cielo, con que el Señor la habia enriquecido para su mayor gloria. Confirmóla en la resolucion de consagrar con voto su virginidad á Jesucristo, y de abandonarlo todo por su amor, declarándole que el Señor la llamaba á la mas elevada perfeccion, por un camino enteramente parecido al que le habia señalado á él.

Antes de tomar la santa algun partido, volvia de cuando en cuando á la Porciúncula á tratar con el seráfico padre; y este poco á poco le fué comunicando su espíritu; inspirándole el pensamiento de hacer para las personas de su sexo lo mismo que él habia comenzado ya en beneficio de los hombres. Dispusieron el plan entre los dos durante la cuaresma del año de 1212; y escogieron el dia 18 de marzo, que era domingo de Ramos, para la ejecucion de tan gloriosa empresa. Este dia se dejó ver la santa en la catedral, adornada con las mas preciosas galas que tenia, como si fuese á cumplir con el precepto de la Iglesia. Acudieron todos los demas á recibir los ramos, y sola Clara se mantuvo en su sitio por modestia. Bajó entonces el obispo del altar y encaminándose adonde estaba la santa, le entregó una palma, como presagio de la gloriosa victoria que aquel dia habia de conseguir del mundo. Por la tarde pasó á la iglesia d' Nuestra Señora de los Angeles, llamada la Porciún-

cula. Recibióla san Francisco, acompañado de sus frailes, todos con velas en las manos y cantando salmos. Despues de una breve oracion, hizo Clara que le cortasen el cabello; y recibiendo el habito de penitencia al pié del altar, pasó á una casa vecina, donde se desnudó de su galas y se vistió de un grosero saco, ceñido con una cuerda. Condújola despues san Francisco á la iglesia de San Pablo, y la entregó en manos de las religiosas benedictinas.

Sorprendió esta accion á toda la ciudad; y como Clara no contaba á la sazon mas que diez y ocho años, se calificó esta resolucion de lijereza, ó por un rasgo inconsiderado de la juventud. Sobre todo, se mostraron muy irritados sus padres y sus parientes, pareciéndoles que aquella determinacion manchaba el honor de toda la familia. Practicaron todos los medios que pudieron para obligarla á desistir de ella, sin perdonar los esfuerzos de la violencia para arrancarla de su asilo; pero nada bastó para doblar su constancia, porque, asiendo fuertemente el altar con una mano, y mostrando en la otra sus cabellos cortados á los que intentaban sacarla del monasterio : *Sabed*, les dijo, *que jamás tendré otro esposo que Jesucristo, ni vestiré otro traje que este hábito y sayal de penitencia.* A vista de tan resuelta determinacion, se despidieron los enemigos de su reposo. Con todo eso, le pareció á san Francisco que estaria mas segura en el monasterio de San Angel de Panso, que era de la misma religion de san Benito.

Aun no habia estado quince dias en él, cuando Inés, hermana menor de la santa, vino en busca suya para servir a Dios con el mismo hábito y vivir en su compañía el resto de sus dias. Esto irritó mucho mas á toda la parentela. Acudieron al convento doce de sus deudos para sacarla por fuerza, y despues de otros muchos desórdenes que cometieron, la arrancaron

con violencia de entre los mismos brazos de su hermana. Hiciéronle pedazos el hábito, arrastráronla, acocearonla, llenáronla de injurias; pero ella protestaba que no dejaria de ser monja, aunque la matasen. Como Clara no podia resistir á la fuerza, recurrió á Dios; y despues de una breve, pero fervorosa oracion, sale del convento; corre tras de su hermana; y con un prodigio, que tuvo por testigos á todos los parientes, la hizo inmoble. En vano llamaron por socorro para moverla, aunque fuese arrastrándola; no fué posible menearla. Aturdiólos la maravilla; y viendo que el cielo se interesaba en el negocio, avergonzados de haber hecho inútilmente tantos esfuerzos, la dejaron en las manos de Clara, que la restituyó como en triunfo al monasterio.

Publicóse este portentoso suceso, y á vista de él abrieron los ojos todos los que los tenian tan cerrados. Hizo san Francisco reparar la iglesia de San Damian, que se iba arruinando; y habiendo comprado la casa que estaba contigua á la misma iglesia, trajo á ella á sus dos hijas. En esta iglesia tuvo principio la célebre órden de religiosas franciscas, así como le habia tenido el de los religiosos en la iglesia de la Porciúncula; y tal fué el nacimiento de aquella ilustre religion de vírgenes seráficas, que en estos últimos tiempos en que iba desmayando tanto la virtud cristiana, resucitó aquellos milagros de penitencia, de fervor, de inocencia y de santidad, que son la admiracion del universo; haciendo reflorecer la preciosa flor de la virginidad, que parecia haber marchitado el tiempo. Aprobóla luego el papa Inocencio III, en el mismo año de 1212; y en el siguiente la confirmó su sucesor Honorio, asimismo III, comenzándose desde luego á llamar la religion de las clarisas, del nombre de su fundadora santa Clara, la cual tuvo el consuelo de ver aumentarse inmediatamente su pequeño rebaño. Su misma madre Hortu-

,ana y Beatriz, la menor de sus hermanas, quisieron ser del número de sus hijas. Otras doce jóvenes señoritas abrazaron el nuevo instituto, que, además del ejercicio de todas las virtudes, hace profesion de un total desasimiento y de una extrema pobreza. Todas hicieron los tres votos en manos de san Francisco; y todas á una voz eligieron por madre y superiora suya á santa Clara. Obedeció; pero considerándose siempre por su humildad la ínfima de todas, se le hacia insoportable la carga. Hizo increibles esfuerzos para que la librasen del empleo. Representó que, creciendo cada dia el número de las monjas, no eran suficientes sus fuerzas ni su capacidad para el gobierno de tantas, y que no faltaban religiosas en el convento muy capaces y muy dignas de aquel empleo. Pero á san Francisco le hicieron mas fuerza las razones de todas las demás que las suyas; y por parecer de todas, la confirmó en el oficio de superiora, dándole el nombre de abadesa, á pesar de su repugnancia.

Consideró Clara la dignidad de su cargo como nuevo título ú obligacion de ser mas humilde, mas pobre, mas mortificada y mas fervorosa que todas las hermanas. No solo las servia en el refectorio, en la enfermería y en todo lo demás; sino que se valia de su autoridad de superiora para dejar á las otras los oficios mas fáciles y menos repugnantes, cargando ella sola con los mas penosos, mas bajos y mas contrarios á la misma naturaleza. Su virtud favorecida era la santa pobreza. Dió de esto buenas pruebas desde el principio de su conversion, distribuyendo entre los pobres todos los bienes que heredó por muerte de su padre, sin aplicar á sí ni á su convento un solo maravedí. No solo no consintió jamás que sus conventos tuviesen fondos ni rentas, sino que severamente prohibió se hiciesen en ellos grandes provisiones, queriendo que dependiesen de la caridad de los fieles. No

gustaba de que los frailes que salian á pedir limosna para el convento trajesen panes enteros, sino los mendrugos y regojos que sobraban á los que la daban. Escogió el título de *Pobre*, como el mas honorífico para su comunidad; y en efecto, su religion se intituló: *la religion de las señoras pobres*. El papa Gregorio IX, que la veneraba mucho, y desde el principio de su pontificado se habia encomendado á sus oraciones, deseó que admitiese rentas y aun se las ofreció para asegurar la subsistencia de sus monasterios; pero le hizo tantas instancias, y le alegó tantas razones para que en nada alterase el primitivo espíritu de su instituto, que su Santidad desistió del intento y alabó su grande confianza en la divina Providencia. Mostró Dios cuanto le agradaba esta confianza y este heróico espíritu de pobreza. En una ocasion no habia en el convento mas que un pan, y ese muy pequeño: llegó la hora de comer, y la santa ordenó á la despensera que enviase medio pan á los frailes que la servian, y del otro medio hiciese cincuenta porciones para otras tantas monjas que habia en la comunidad. Obedeció la despensera, y el pan se multiplicó tan milagrosamente, que bastó para que todas las religiosas quedasen satisfechas. Otros muchos prodigios obró el Señor para manifestar cuánto velaba sobre sus necesidades; de manera que con mucha razon fueron las clarisas llamadas por mucho tiempo *las monjas de la Providencia*.

Siendo este total desasimiento de las cosas del mundo objeto digno de la admiracion universal, no se tenia por menos milagro su asombrosa penitencia. Fuera de la exacta observancia de las reglas comunes á las demás, como andar siempre con los piés descalzos sin zoclos ni sandalias; dormir sobre la dura tierra; ayunar todo el año, y muchos dias á pan y agua; y no ver, ni ser vista de persona alguna de

fuera; hacia otras penitencias tan extraordinarias, que apenas se pueden referir sin riesgo de no ser creidas. Tenia dos cilicios de que usaba alternativamente, uno de crines que traia á raiz de las carnes, ceñido con una cuerda de trece nudos; otro era una piel de puerco, cortadas las cerdas muy por abajo, cuyas puntas se le metian por la carne, haciéndole padecer un contínuo y penosísimo martirio. Las dos cuaresmas de la Iglesia y de san Martin, que acaba el dia de Navidad, las ayunaba todas á pan y agua, menos los lunes, los miércoles y los viernes que nada comia absolutamente. Por muchos años no usó otra cama ni otro abrigo en ella que la desnuda tierra, con un manojo de sarmientos por cabecera. Este fué su lecho hasta pocos años antes de su muerte, en que por expreso precepto del obispo de Asís y de san Francisco se acostó encima de un poco de paja.

Pero estas excesivas penitencias no carecian á la verdad de muchos consuelos. Favorecida de un sublime don de contemplacion, gozaba frecuentes comunicaciones con su Dios, que le daba anticipadamente á gustar en la tierra aquellas dulzuras espirituales, que son como la prueba de las delicias del cielo. Su oracion era siempre fervorosa, y rara vez sin derramar en ella copiosas lágrimas, salia de ella toda abrasada en las llamas del divino amor; y sus palabras todas eran fuego, acompañadas de un atractivo tan eficaz, que se hacia dueña de todos los corazones. Apenas le daban otro nombre, que *el de la enamorada de Jesucristo. Vivo yo*, repetia muchas veces al dia, *mas no soy yo la que vivo; Jesucristo vive en esta indigna sierva suya.* La devocion que profesaba á la Madre, correspondia en todo á la ternura con que amaba al Hijo. No se vió jamás devocion mas afecosa ni mas encendida con la santísima Virgen.

Al fin, sus excesivas penitencias le arruinaron la

salud; pero nunca le debilitaron el fervor. No pudiendo ya mantenerse sobre sus piés, se hacia llevar delante del Santísimo Sacramento; y luego que se ponia en su presencia, era arrebatada en éxtasis. Estando tan impedida, que solo tenia libres las manos, trabajaba para la iglesia, hilando la tela para los corporales; y no obstante su extremo amor á la pobreza, queria que todo lo que habia de servir al culto divino fuese precioso, magnífico y exquisito.

Habiendo declarado la guerra á la silla apostólica, el emperador Federico II asolaba con su ejército, lleno de sarracenos, el estado eclesiástico. Fué sitiada la ciudad de Asís ; y como el convento estaba inmediato á las murallas, iban ya á forzarle los infieles. Llena entonces la santa de una vivísima confianza, se hizo llevar á la portería con el Santísimo Sacramento, dentro de una cajita de plata, cerrada en otra de marfil. Postrada allí con todas sus hijas delante de Jesucristo, exclamó : *Señor, ¿ quereis entregar en manos de los infieles estas pobres siervas vuestras, que no tienen otro socorro que vos, y que colocan en vos toda su confianza?* Apenas pronunció estas palabras, cuando se oyó una voz que salia como de lo interior del copon ó de la caja, y le dijo : *No temas, hija mia, yo os guardaré y os libraré siempre de todo insulto.* En el mismo punto, atemorizados los soldados, se precipitaron del muro que ya habian escalado, y los enemigos levantaron el sitio.

Un año antes de su muerte, el cardenal de Ostia, que despues fue papa con nombre de Alejandro IV, noticioso de la extremada debilidad á que la habian reducido las enfermedades, hizo un viaje desde Perusa á Asís solo por verla. Despues de una larga conversacion, en la cual formó mucho mayor concepto de su eminente santidad, pareciéndole que estaba ya en el último peligro, quiso administrarle por sí mismo

el santo viático. Luego que le recibió, el mismo aumento de fervor que en semejante ocasion resplandece siempre en todos los santos, la hizo cobrar nuevas fuerzas. El año siguiente, volviendo de Francia á Italia el papa Inocencio IV, quiso visitar á la santa antes de restituirse á Roma. Pasó por Asís con gran número de cardenales; y al llegar á la ciudad, supo que santa Clara acababa de recibir el viático, administrado por el provincial de los padres menores. Entró en el convento con cuatro cardenales y su Santidad le alargó la mano para que se la besase; pero la santa quiso absolutamente besarle los piés, y fué preciso darle este piadoso gusto. Pidió despues humildemente la absolucion de sus pecados, mostrando con sus palabras y con sus lágrimas que verdaderamente se tenia por la mayor pecadora que habia sobre la tierra. Dióle el papa la bendicion apostólica, y le concedió una indulgencia plenaria en remision de sus pecados; diciendo, al retirarse, que el mundo iba á perder una de las mayores santas que se habian visto en la Iglesia.

Quiso Clara hacer su testamento, á imitacion de su padre san Francisco, no ya para dejar á sus hijas espirituales los bienes temporales que tan de antemano habia renunciado, sino aquel espíritu de la mas perfecta pobreza que deseaba perpetuar en su religiosa posteridad, como herencia propia de su órden. Hablándole su confesor, que se llamaba fray Reginaldo, sobre el mérito y sobre las utilidades de la virtud de la paciencia : *¡O mi padre*, dijo la santa, *desde que Dios me hizo la gracia de que me consagrase toda á su servicio, ningun trabajo se me ha hecho penoso, ninguna penitencia difícil, ninguna enfermedad desagradable. ¡Ay padre mio* (añadió), *y qué cosa tan dulce es padecer por amor de Jesucristo!* Su agonía fué propiamente un acceso mas violento del divino amor, y en ella se ase-

gura que se le apareció nuestro Señor, acompañado de un gran número de vírgenes que la convidaban á que fuese á celebrar sus bodas con el Esposo celestial; y en el mismo dichoso momento entró en el gozo del Señor el dia 11 de agosto de 1253, casi á los 60 años de su edad, habiendo pasado los cuarenta y dos en la vida religiosa.

Luego que se divulgó la noticia de su muerte, concurrió al monasterio toda la ciudad; y el papa mismo, que ya habia partido, volvió á ella con todos los cardenales para asistir á su entierro. Comenzaban los religiosos de san Francisco á cantar el oficio de difuntos de cuerpo presente cuando el papa les envió á decir que antes bien debian cantar el oficio de las santas vírgenes; pero el cardenal de Ostia representó á su Santidad que no era razon precipitar las cosas en un negocio de tanta importancia; y que, no obstante de ser tantas y tan visibles las muestras de la santidad de aquella virtuosa vírgen, siempre seria preciso hacer informaciones jurídicas de la heroicidad de sus virtudes y de la verdad de sus milagros, antes de decretarle el culto y los honores de santa. El mismo cardenal pronunció la oracion fúnebre, y el cuerpo de la santa fué conducido, como en triunfo, al convento de la iglesia de San Gregorio, adonde tambien habia sido trasladado el del seráfico padre san Francisco, por considerarse menos expuesta á las excursiones de los enemigos, que la de San Damian. Luego se hizo célebre y glorioso su sepulcro por una multitud prodigiosa de milagros; y elevado el año siguiente á la silla apostólica el cardenal de Ostia, con el nombre de Alejandro IV, la canonizó con grande solemnidad dos años despues de su muerte, señalando su fiesta, no en el dia 11 de agosto en que sucedió, sino en el dia 12, en que el mismo papa habia pronunciado su oracion fúnebre. Cinco años depues fué levantado

el santo cuerpo para ser trasladado á otra iglesia que se habia edificado en su honor y con la advocacion de su nombre; haciéndose esta traslacion en presencia del papa Clemente IV, que habia sucedido á Urbano IV sucesor inmediato de Alejandro.

En vida de la santa se habia extendido su órden por Italia, Francia y Flandes, sin que ella se moviese de su convento de San Damian, contentándose con enviar algunas hijas suyas para fundar los conventos de su santa regla. Esta sagrada órden, tan recomendable por la perfeccion de su instituto, como respetable por el resplandor de las virtudes evangélicas que edifican á toda la Iglesia, se ha dividido despues en muchas y diferentes ramas.

Las que se mantuvieron siempre en el primitivo espíritu del instituto, ó abrazaron despues la reforma de santa Coleta, conservan el antiguo nombre de clarisas ó de señoras pobres de santa Clara. Las que dos años despues de la muerte de nuestra santa admitieron la dispensa del papa Urbano para poder poseer rentas, se llaman urbanistas. Aquellas que añadieron a los estatutos algunos reglamentos particulares, se dicen capuchinas, otras de la Anunciada, otras del Ave Maria, otras de la Concepcion, otras recoletas. Todas estas ramas, unidas á su tronco, componen mas de cuatro mil conventos, y en ellos cerca de cien mil religiosas.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Asís, en Umbría, santa Clara, vírgen, primera religiosa de las Sores de Frailes Menores, que, siendo célebre por su vida y milagros, fué puesta en el número de las santas vírgenes por el papa Alejandro IV.

En Catana en Sicilia, la fiesta de Euplo, diácono, del tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano,

el cual, habiendo sido atormentado larguísimo tiempo por la confesion del Señor, recibió al fin la corona del martirio por medio de la degollacion.

En Ausburgo, santa Hilaria, madre de santa Afra, mártir, que, velando junto al sepulcro de esta, fué entregada al fuego en el mismo lugar, por la fe de Jesucristo, con sus criadas Digna, Euprepia y Eunomia.

En dicha ciudad y en el mismo dia, fueron tambien martirizados san Quiriaco, san Largio, san Crescencio, santa Ninga, santa Juliana y otros veinte.

En Siria, san Macario y san Julian, mártires.

En Nicomedia, san Aniceto, conde, y su hermano san Potino, mártires con otros muchos, bajo el emperador Diocleciano.

En Falerio en Toscana, el suplicio de san Graciliano y de santa Felicísima, vírgen, á quienes machucaron primero las quijadas con piedras por la confesion de Jesucristo, y luego les cortaron la cabeza, alcanzando así la corona tan ansiada del martirio.

En el mismo dia, san Porcario, abad del monasterio de Lerins, y quinientos monjes inmolados por los bárbaros en odio de la fe católica; alcanzando asi la corona del martirio por que tanto suspiraban.

En Milan, la muerte de san Eusebio, obispo y confesor.

En Bresa, san Herculano, obispo.

En Verno, cerca de Melun, los santos mártires Felix y Felicísimo.

En Remiremont, la bienaventurada Cecilia, abadesa.

En el monte llamado Santa Valburga, cerca de Colonia, la venerable Udevolta, virgen, del órden Cisterciense.

Entre los Griegos, los santos mártires Pámfilo y

*La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente:*

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut, sicut de beatæ Claræ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

Oyenos, Señor y Salvador nuestro; y haz que la alegría que sentimos en la festividad de tu bienaventurada vírgen santa Clara, sea acompañada de los afectos de una verdadera devocion. Por nuestro Señor Jesucristo....

*La epístola es del cap.* 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres. Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino aquel á quien Dios alaba. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo, por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo

NOTA.

« Habiendo entendido san Pablo, por relacion de Tito, su amado discípulo, que algunos falsos apóstoles, venidos entre los judíos, procuraban desacreditarle en Corinto, para deshacer todo lo bueno que habia hecho en aquella ciudad, se consideró obligado á volver por sí y hacer su apología en esta segunda epístola. Pinta lo que son aquellos falsos doctores, y

se ve precisado para justificarse á hablar de sí mismo con alguna estimacion; pero en el modo con que lo hace, manifiesta bien lo mucho que esto costaba á su humildad y á su modestia. »

## REFLEXIONES.

*No es estimado aquel que se alaba á sí mismo.* No hay cosa mas despreciable, ni realmente mas despreciada, que un hombre orgulloso. Pocas pasiones hay mas locas. No puede uno vivir tan satisfecho de sí mismo, ni tan prendado de su imaginario mérito, sin una visible falta de virtud y aun de entendimiento, y sin algun desórden en el juicio. El que imprudentemente se alaba, por el mismo hecho se desacredita; á todo hombre de juicio sentado se le hace insufrible esta necia vanidad. Puede alguna vez importar mucho el que se sepa que un grande te escribe; que un hombre sabio es amigo tuyo; que otro de distincion te estima; pero siempre es cosa ridícula que esto se sepa por tí. Este hipo de alabarse á sí propio, no solo es siempre pueril, sino clara señal de poca cabeza; descúbrese no sé qué especie de parvulez y de imbecilidad en alabarse uno tan groseramente. *Dicentes se esse sapientes*, dice el Apóstol, Rom. 1, *stulti facti sunt.* Por eso, quiso el Señor que el orgulloso encontrase el castigo en el orgullo mismo. Pretende ser estimado, y por lo mismo se hace despreciable. Pero al contrario, un bajo concepto de sí, un eterno silencio sobre todo lo que puede granjearte estimacion, son pruebas relevantes de un verdadero mérito, y ceden en mucho honor del que las posee. Ciertamente no hay pasion mas contraria al fin que se propone, y aun á aquel mismo bien imaginario con que nos lisonjea, que el orgullo; porque al fin intenta sobresalir, brillar, descollar sobre los demás. ¡Esfuerzos vanos,

frívolos proyectos! El orgulloso busca en todo la distincion, y en todo encuentra la confusion y el desprecio. Fatígase por dar una alta idea de su persona, y solo consigue hacerse la fábula de toda la ciudad y la risa de la gente de bien. Pero si á lo menos escarmentara en cabeza propia, habria algun logro; pero no hay que esperarlo. El orgullo ciega; bien puede verse pisado, pero domado nunca se verá. Los oficios de mayor abatimiento le irritan, mas no le curan. ¡Cosa extraña! no hay en el hombre vicio que tenga menos fundamento, y no le hay que eche mas profundas raices. ¿Quién puede entrar dentro de sí mismo sin encontrar mil cosas que le humillen? Y entre tantos motivos de humillacion, ¿se eleva el engreimiento? Verdaderamente que nada nos debe humillar mas que nuestro orgullo.

*El evangelio es del cap.* 25 *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ, accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron to-

lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ exstinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè vero veniunt, et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

das aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que le venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarle, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

## MEDITACION.

### DEL CORTO NUMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que hay pocas verdades en el cristianismo mas claras y mas sólidamente establecidas que esta: *Entrad por la puerta angosta,* nos dice el Hijo de Dios, *porque la que conduce á la perdicion es ancha y espaciosa, y es grande el número de los que entran por ella; pero la que conduce á la vida es estrecha, y pocos entran por esta puerta. Pauci sunt qui inveniunt eam.* En otra parte dice: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos. *Pauci verò electi.* Lo mismo y en los propios términos lo vuelve á repetir otra vez. Como

el Salvador repetia tantas veces á sus discípulos esta terrible verdad, le hicieron en una ocasion esta pregunta : *Señor, ¿y es posible que sea tan corto el número de los que se salvan?* El Hijo de Dios por no aterrar demasiado á los que le preguntaban y á los que le oian, eludió la pregunta y se contentó con darles esta respuesta: *Hijos mios, la puerta del cielo es estrecha; haced esfuerzos para entrar por ella.* Toda la Escritura está llena de figuras, pruebas y ejemplos de esta espantosa verdad; y basta un buen entendimiento para convencernos de este corto número. No hay mas que un camino para el cielo, porque no hay mas que un Evangelio; pero ¿son muchos los que van por este camino? ¿son muchos los que siguen las máximas de este Evangelio? ¿qué concepto formaríamos de la verdad y de la santidad de nuestra religion si, despues de todo lo que Jesucristo nos dijo, despues de todo lo que hicieron los santos, fuera muy grande el número de los escogidos? pero ¿seré yo de este corto número? Eso se ha de juzgar por la conformidad de nuestra vida con las máximas del Evangelio que seguimos tan mal. ¡Cosa extraña! Corre la voz de que se ha perdido una nave. ¡Cuántos se asustan! ¡cuántos se sobresaltan! Aunque haya diez mil naves en el mar, la noticia de que una sola naufragó, hace entrar en cuidado á todos los negociantes. ¡Pues qué! sabemos que de todos los que actualmente viven en el mundo muy pocos arribarán al puerto de la salvacion eterna, y que la mayor parte naufragará miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser del número de estos infelices? Fúndase la seguridad en que no se tiene una vida totalmente perdida y estragada. Las vírgenes necias la tenian muy pura, y con todo eso fueron reprobadas. El siervo perezoso no habia hurtado los bienes ajenos; pero no habia negociado con los propios, y fué arrojado

á las tinieblas exteriores. Ciertamente, aunque no tuviéramos otro motivo para temer que esta fatal seguridad, esta perniciosa insensibilidad con que vivimos, ¿no seria muy sobrado para hacernos temblar y estremecer sobre nuestra futura suerte?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que, para salvarse, hay preceptos que obedecer, reglas que observar, y máximas que seguir. Para salvarse, es menester domar las pasiones, hacer violencia al natural, resistir á la inclinacion, y tener una vida pura y mortificada. Los fariseos eran unos hombres de un exterior muy compuesto y arreglado: su proceder parecia irreprensible; hacian larga oracion y ayunaban mucho. Con todo eso, segun el oráculo del mismo Jesucristo, si nosotros no observamos la ley mas exactamente que ellos; si nuestra virtud no es mas sólida y mas perfecta que la suya, jamás entraremos en el cielo. Mucho es, á la verdad, el no vengarse, todavía es mucho mas perdonar las injurias; con todo eso, para salvarse, es menester hacer alguna cosa mas perfecta y mas heróica; porque es preciso amar á los mismos que nos persiguen, aun á aquellos mismos que nos maltratan. No basta condenar las malas obras; es menester mirar con horror hasta los malos pensamientos. No solo no es lícito retener los bienes ajenos, es preciso socorrer á los pobres con los propios, y renunciar con el afecto ó con el efecto lo que se posee por amor de Jesucristo. Es preciso vivir inocente ó penitente; y si no, esperar sin remedio la condenacion eterna. Ningun cristiano se puede dispensar de la cristiana humildad; su modestia ha de ser enemiga de todo fausto. No basta haber abrazado el estado religioso; para salvarse, se ha de vivir necesariamente segun su espi-

ritu, guardar sus constituciones y observar sus reglas. Infiere de todos estos principios si serán muchos los que se salvan: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas; y al prójimo como á tí mismo.* Este es el primero y el mayor de los mandamientos, basa y fundamento de todos los demás. ¿Hallaránse hoy muchos cristianos aun entre aquellos que hacen profesion de virtud, que guarden verdaderamente este precepto? Un solo pecado mortal nos arrebata en un momento todo el mérito de la mas santa vida. ¿Son muchos los que viven hoy con inocencia? Ninguno hay que pueda estar seguro de su penitencia. Pues vuelve otra vez á inferir si serán muchos los que se salvan. La gracia final, que es la que propiamente constituye los escogidos, es un don gratuito que nunca podemos merecer. Esta gracia decisiva de nuestra eterna suerte, ¿se franqueará con frecuencia en la postrera hora á los que apenas acertaron á obedecer á Dios en toda su vida? ¿y puedo yo prometérmela prudentemente considerando el desórden de la mia?

Todo me aterra, gran Dios, todo me espanta; mas ni por eso es capaz de disminuir un punto la confianza que tengo en vuestra infinita misericordia. Estas mismas reflexiones que ahora hago por vuestra divina gracia, son pruebas concluyentes del deseo que teneis de mi eterna salvacion. Voy á trabajar seriamente en ella, mediante vuestro poderoso auxilio; y por corto que sea el número de los que se salvan confío, mi Dios, que no he de ser excluido de él.

## JACULATORIAS.

*Tuus sum ego, salvum me fac.* Salm. 118.
Tuyo soy, Dios mio, sálvame.
*Ne projicias me à facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas à me.* Salm. 50.

No me arrojes, Señor, de tu presencia, ni se aparte jamás de mí tu santa gracia.

## PROPOSITOS.

1. Pocos se salvarán, y es preciso que así sea. Con efecto, si con tales leyes y con tales máximas nos dejara nuestra religion grandes esperanzas de salvarnos, haciendo lo contrario de lo que ella manda, y viviéndose como ordinariamente se vive, ¿qué concepto haríamos de ella? ¿no se reduciria entonces á una pura ceremonia? Pero, gracias á Dios, la primera que condena esta oposicion enorme, es nuestra misma religion. Reprueba la monstruosa desemejanza que se encuentra entre sus máximas y nuestras costumbres; condena ese universal desórden, y aunque sea tan crecido el número de los cristianos cobardes y relajados, no justificará su cobardía ni su relajacion. Corto es el número de los ajustados y de los buenos; procura ser de este número. La muchedumbre se pierde; pues guárdate de mezclarte con la muchedumbre. Aunque toda tu comunidad, aunque todos tus amigos se dispensen en la observancia de las mas santas reglas; aunque fueses tú solo el que las observases, no deliberes un punto en distinguirte de los demás por esta religiosa puntualidad. Tendránte por un impertinente reformador, por un mudo censor de su inobservancia; no importa; déjalos decir; sé fiel y díles con resolucion que, por mucho que se haga por la salvacion, nunca será demasiado.

2. Has de ser sumamente exacto en el cumplimiento de las mas mínimas obligaciones y de las observancias comunes; pero no te has de contentar con ellas solas. Aun en las comunidades mas observantes siempre es corto el número de los fervorosos; aspira al

mismo fervor, é imponte una ley de que te cuenten entre ellos; sin olvidarte de las mas esenciales, practica con perseverancia las de supererogacion. Frecuenta los sacramentos; confiésate muy à menudo, y aliméntate con el pan de los fuertes en esta vida enemiga; conserva inalterablemente la gracia; ten una extrema delicadeza de conciencia; cumple con puntualidad todos los deberes de tu estado; no te descuides en el ejercicio de las buenas obras. Haz limosna, sean todas tus oraciones acompañadas de espíritu y de devocion; profésasela muy tierna y muy afectuosa à la santísima Vírgen, persuadido á que esta devocion es una de las señales menos equívocas de predestinacion. Visita con mucha frecuencia al Santísimo Sacramento, y pon en él toda tu confianza. No hay condicion, no hay estado, en que no se puedan hacer todos estos ejercicios; y ellos son un medio muy seguro para ser contado en el corto número de los que se salvan.

---

## DIA TRECE.

### SANTA RADEGUNDIS, REINA DE FRANCIA.

Santa Radegundis, mucho mas ilustre por el mérito de santa, que por el título de reina de Francia, fué hija de Bertario, rey de Turingia, y nació al principio del sexto siglo. Estando para morir su abuelo Basin, rey de Turingia, dejó repartidos sus estados entre sus tres hijos, Baderico, Hermenfrido y Bertario. Casó Hermenfrido con Amalberga, sobrina de Teodorico, rey de los Godos en Italia, princesa llena de ambicion y de crueldad, la cual, deseosa

de reinar sola, indujo al rey su marido á que se deshiciese de sus hermanos. Comenzó por Bertario, padre de Radegundis, à quien hizo asesinar, y declaró la guerra al otro hermano Baderico. No considerándose con bastantes fuerzas, pidió socorro á Tierri, rey de Francia en Austrasia, ofreciéndole repartir con él los estados de Turingia, si lograba despojar de ellos á Baderico. En virtud de este tratado, entró Tierri con su ejército por la Turingia. Fué derrotado Baderico; pero Hermenfrido no quiso hablar de repartimiento. Ofendido Tierri de la mala fe, resolvió tomar venganza; y coligado con su hermano Clotario, rey de Soisons, entró con él por la Turingia. Fué vencido Hermenfrido, y perdió la vida con sus estados. Quedó el pais à merced de los vencedores, que se volvieron á Francia cargados de despojos y de prisioneros. Entre estos fué una la tierna princesa Radegundis, sobrina de Hermenfrido, é hija del rey Bertario. Contaba solos diez años, y era de tan extremada hermosura y de tan raro ingenio, que Clotario cedió á Tierri todo lo que le tocaba en el despojo, solo con que le dejase á la princesa Radegundis. Mandóla llevar al castillo de Aties en el Vermandois, donde la hizo educar como correspondia à su condicion, dándole maestros que le enseñasen las artes y las bellas letras.

Hizo en ellas maravillosos progresos la princesa; pero donde mas se adelanté fué en la ciencia de los santos. Algunos escribieron que su primera educacion fué en el gentilismo; pero que, luego que oyó hablar de los misterios de nuestra religion, pidió el bautismo. Lo que no tiene duda es que desde luego mostró Radegundis estar prevenida con las mas dulces bendiciones del Señor. La modestia añadia nuevo resplandor á la hermosura; sobresalia en dodo su devocion; era su bella pasion la caridad con los po-

bres; sus delicias eran la oracion; y en fin, parecia haber nacido con todas las virtudes cristianas. En la lectura de libros devotos aprendió muy presto todos los secretos de la perfeccion, y la gracia le inspiró el deseo de practicarlos. Desde los once años comenzó á macerar su delicado cuerpo con frecuentes ayunos y con instrumentos de penitencia. Sobre todo, la virginidad era para ella de maravilloso atractivo: y desde entonces resolvió no admitir jamás á otro esposo que á Jesucristo, especialmente cuando supo que este Señor habia escogido para madre suya á una purísima doncella. Cercenaba de su comida los platos mas exquisitos que le servian á la mesa, para repartirlos despues por sus mismas manos entre muchas niñas pobres que sustentaba.

Encendida en amor de Jesucristo, tenia grande envidia á los mártires por la dicha de haber derramado su sangre en defensa de la fe, y no podia disimular sus fervorosas ansias por la corona del martirio. Parece que atendió Dios á esta su vehemente inclinacion, disponiéndole dentro de su misma casa una nueva especie de persecucion, y permitiendo que sus mismos criados ejercitasen extraordinariamente su paciencia. No les gustaba aquel desprecio que hacia de las diversiones del mundo y de todo lo demás que tanto lisonjea el gusto de las princesas de su elevacion. No podian sufrir tanta modestia en el traje, tanta oracion ni tanto amor al retiro. Molestábanla cruelmente en todas ocasiones, y á las reprensiones mas descompuestas se añadian siempre indecentes tratamientos. Rebosaba de alegría la tierna princesa viendo que se le ofrecian tantas ocasiones de padecer, y jamás se la oyó exhalar la menor queja. Pero al mismo tiempo metian mucho ruido tantas bellas prendas como la adornaban. No se hablaba de otra cosa en la corte que de la hermosura, de la

virtud y del extraordinario mérito de la princesa. Movido Clotario de lo que oia, quiso ir á verla, y quedó tan prendado de ella, que resolvió tomarla por esposa, aunque era todavía muy niña.

Esta gran boda, en lugar de llenarla de gozo, le causó grande afliccion. Crecia su virtud con los años, y con la virtud crecia la estimacion y el amor á la virginidad. Mas queria ser vírgen, que ser reina de Francia; y así la sobresaltó mucho esta proposicion. Pero no era fácil resistir á un príncipe que se habia hecho dueño de su libertad por el derecho de las armas. Quiso huir, pero fué descubierta por los mismos confidentes de su fuga. Cogiéronla, lleváronla al rey, que se casó solemnemente con ella.

Quedaron con esto desconcertadas sus ideas; pero no por eso se desconcertó su virtud. Persuadióse á que podia ser esposa de Jesucristo, al mismo tiempo que á los ojos del mundo lo fuese tambien de un monarca de la tierra. No la deslumbró el resplandor de la corona; preciábase mas de cristiana que de reina, y este augusto título jamás la hizo olvidar el de humilde sierva de Dios. Enemiga de toda profanidad, nunca se mostraba mas modesta que cuando cumplia con la obligacion de parecer magnífica; y se solia decir en palacio que el único modo de hacer la corte á la reina era ser devoto.

Prosiguió con sus piadosos ejercicios, sin que se los desconcertase el trono ni la elevacion. La única ventaja que hallaba en la nueva grandeza era el proporcionarle mas medios con que hacer bien á los pobres. La mayor partida del gasto era la de las limosnas. Visitaba todos los dias á los pobres enfermos; dábanle mas gusto los mas asquerosos; hacíales las camas, curábales las heridas, y no permitia les faltase nada de lo que habian menester. En no encontrando á la reina en los hospitales, seguramente se la hallaria

en la iglesia ó en su oratorio. No bastando el dia para sus devociones, empleaba regularmente en oracion una parte de la noche. Ni el rigor del invierno era bastante para resfriar su fervor. No contenta con sustentar cada dia un prodigioso número de pobres, eran pocos los religiosos que no tuviesen parte en su caridad. Fundó un hospital en el castillo de Aties, donde habia sido criada, y enriqueció muchos monasterios con preciosos dones de su liberalidad.

Lo mas admirable de la jóven y delicada princesa era el rigor con que maceraba su carne en medio de las delicias de la corte. Llevaba ordinariamente un áspero cilicio debajo de las vestiduras reales, sobre todo en los dias de ceremonia. Observaba todos los ayunos de la Iglesia con rigor poco acostumbrado aun en los monasterios mas estrechos. En ellos solo comia una vez al dia, y de un solo plato. Viéndose precisada á hallarse presente á las fiestas públicas, nunca lo hacia sin algun preservativo, conociendo bien su peligro. Valíase de mil ingeniosas industrias para quitar el gusto á las diversiones mas inocentes, y para encontrar en todo materia de mortificacion.

Como amaba tanto la cruz, no podia privarse de ella por mucho tiempo. Padeciólas muy amargas, y tanto, que con razon le merecieron el título de esposa de Cristo crucificado. Al principio del matrimonio mostró el rey aprobar mucho sus devociones; tenia tan alto concepto de su virtud, que no se la pudieron hacer mudar los cortesanos, llenos del espíritu del mundo, é incomodados con tanta santidad, por mas que hicieron para desacreditar á la reina. Amábala mucho, y aunque su vida era desordenada, no podia menos de estimar tan raro mérito. Pero como la de la reina era tan pura, y se conformaba tan poco con ella la licenciosa que hacian las damas de la corte, la consideraban como una muda censura de sus desor-

denes, y se las hacian intolerables tan virtuosos ejemplos. Valiéronse de las especies mas feas que pudo fingir la malignidad, y de las mas sangrientas que pudo inventar la sátira para hacer odiosa y despreciable á la virtuosa princesa. Sugerian continuamente al rey que los modales bajos, abatidos y demasiadamente cristianos de Radegundis deslucian mucho á la majestad; que mas á propósito parecia para servir en un hospital, que para ser respetada desde el trono; y en fin, que todos le censuraban de que se habia casado con una beata mas que con una reina. Interpretaban mal sus crecidas limosnas, y pintaban como delito su excesiva caridad. Su modestia las ponia de muy mal humor, y la censuraban de que, en trayéndole alguna tela preciosa, al punto la destinaba para los altares. Acusábanla, en fin, de que intentaba convertir el palacio en convento, introduciendo en él algunas devociones, que solo podian ser tolerables en los claustros. Como Clotario no era devoto y estaba tan entregado á sus pasiones, no podia hacerse sordo por mucho tiempo á los gritos de la maledicencia. Conoció presto la santa reina que hacian impresion en el corazon y en el ánimo del rey las murmuraciones de los cortesanos, en medio de ser tan malignas como injustas. Ya no la miraba con los mismos ojos que antes, ni la trataba con el mismo respeto cariñoso; prorumpia muchas veces en quejas, y no pocas en agrias reprensiones. A la tibieza se siguió el disgusto, y tras de este luego entró el desprecio. No se puede explicar lo mucho que tuvo que sufrir la santa reina, no solo del rey, sino tambien de los cortesanos; pero singularmente por parte de las damas de palacio, á quienes no gustaba tanta regularidad en la reina, y deseaban agradar al rey mas de lo que fuera justo.

Habia conservado siempre nuestra santa una grande inclinacion al retiro. No era, á la verdad, la corte

su elemento, y suspiraba contínuamente por la soledad. Como no habia tenido sucesion, le pareció que la indiferencia del rey le facilitaria el permiso para retirarse á algun monasterio; se acabó de determinar á esta resolucion por un funesto incidente que sucedio en este tiempo, y fué la muerte de un hermano suyo, á quien Clotario mandó quitar la vida para asegurars mas de la corona de Turingia. Pidió licencia para retirarse de la corte, y la consiguió. Partió en derechura á verse con san Medardo, obispo de Noyon, y declarándole su intento de hacerse religiosa, le pidió le echase el velo. Resistióse el santo temiendo ofender al rey; pero la reina se metió intrépidamente en la sacristía de la iglesia donde se hallaba; cortóse el cabello y echóse á sí misma el velo. Presentóse despues al santo prelado, que estaba delante del altar, y con lágrimas en los ojos le suplicó que no le dilatase el consuelo de consagrarla al servicio de Jesucristo, el cual le habia hecho la gran merced de escogerla para esposa suya. Prendado el santo de aquella resolucion, la consagró á Dios como la santa lo deseaba, y aun la hizo diaconisa. Luego que Radegundis recibió el hábito monacal, pasó á visitar el sepulcro de san Martin, á quien profesaba mucha devocion. De Tours se encaminó á Canda, donde el santo habia muerto, y desde allí se retiró á Sais, tierra que el rey le habia cedido. En Sais tuvo noticia de que Clotario pensaba volverla á llamar; acudió á Dios con fervorosas oraciones y con rigorosas penitencias, por cuyo medio se conjuró aquella tempestad. Desde Sais pasó á Chinon para encomendarse á las oraciones de cierto santo solitario y recluso, llamado Juan, y despues se fué á establecer en Poitiers, donde fijó su habitacion. Fundó con licencia del rey, y con beneplácito de san Pienzo, obispo de Poitiers, el monasterio de Santa Cruz, que es hoy uno de los mas célebres de todo el reino. A la fama de nuestra

santa acudieron muchas doncellas de todas partes. Valióse de la autoridad de reina y del título de fundadora para excluirse para siempre de toda especie de superioridad. Hizo nombrar por abadesa á una doncella llamada Inés, que habia sido dama suya; púsose debajo de su direccion, y olvidada de haber sido reina de Francia, no admitió otro título que el de humilde sierva de las esposas de Jesucristo.

Por muerte de Childeberto, hermano de Clotario, se reunió en este todo el poder de la monarquía francesa; y volviendo á encenderse en su corazon el amor que habia profesado á Radegundis, arrepentido de haber consentido en su retiro, determinó volverla al trono y á la corte. Con este intento, fingió tener devocion de pasar á Tours á visitar el sepulcro de san Martin, para dejarse despues caer en Poitiers y apoderarse de la santa reina. Noticiosa de todo nuestra santa, acudió á sus ordinarias defensas, la oracion, el ayuno y las penitencias, para conseguir de Dios que mudase el ánimo de Clotario. Alcanzólo, y san German, obispo de París, que acompañaba al rey, la hizo mudar de resolucion. Pasó á Poitiers el santo prelado, bendijo á la abadesa, y aseguró á Radegundis que ya no la volveria á inquietar el rey acerca del estado que habia abrazado.

Tranquila ya en su retiro, no puso límites á su fervor. Desprendióse de todo cuanto habia poseido, sin reservarse cosa alguna. Sus penitencias espantaban á las mas robustas; traia un cilicio que parecia erizo con puntas de hierro; prohibióse para siempre el uso del vino, sin embargo de ser permitido á las monjas; su ayuno era casi continuo; su alimento ordinario un poco de pan de centeno, y aun de este se privaba los dias de ayuno, sustentándose entonces de raices crudas; su cama era una estera extendida sobre unas tablas, y su sueño nunca pasaba de dos

horas. No pareciéndole bastante el cilicio para macerar su cuerpo, se apretaba fuertemente á la cintura una cadenilla sembrada de puntas de alambre, que, hinchada la carne, se metian dentro de ella, y fué menester hacerle una dolorosa incision para arrancársela.

Su insaciable deseo de mortificarse crecia al paso que su amor á Cristo crucificado. No podia ver la imágen de un crucifijo sin llenarse de una santa envidia de los mártires, con deseo de padecer todos los tormentos que ellos padecieron; ni hubo jamás alma mas ingeniosa en discurrir arbitrios para afligirse y para macerarse. Despues de haber no solo embotado, sino como deshecho en su cuerpo todos los instrumentos de mortificacion, se le ofreció tostar sus delicadas carnes, aplicándose á ellas una cruz de hierro encendido y una plancha de cobre penetrada del fuego. El célebre Venancio Fortunato, que conoció á la santa, y le da tan magníficos elogios, asegura que sus penitencias eran otros tantos milagros.

Es verdad que la suavizaban las dulzuras inefables de los celestiales consuelos que derramaba Dios abundantemente sobre su purísima alma en las íntimas comunicaciones que tenia con su Majestad. Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. No permitia que otra alguna barriese la casa, y no solo era enfermera de sus hermanas, sino que parecia criada de las enfermas. A ningun oficio bajo y humilde se negaba, y solo en los ejercicios mas abatidos y mas viles mostraba no sé qué aire de majestad y de reina.

Con el ansia que floreciese mas y mas la vida religiosa en su comunidad, emprendió el viaje de Arlés para recibir de mano de su arzobispo san Cesareo la regla que acababa de establecer en el monasterio de su hermana santa Cesarea. Introdújola en su comu-

nidad de Poitiers, la que enriqueció tambien con muchas reliquias, singularmente con un buen pedazo de la misma cruz del Salvador, con que la regaló Justino, emperador de Constantinopla.

Ya habia mucho tiempo que las grandes penitencias de nuestra santa tenian quebrantada su salud, cuando el Señor quiso, en fin, premiar una vida tan pura y tan penitente. Aparecióscla visiblemente Jesucristo estando en oracion, y colmándola de aquellas dulzuras inefables, que son como una prueba ó destello de los gozos de la gloria, le dió á entender que estaba muy cercana su muerte. Por la extraordinaria alegría que mostraba en su semblante se conoció la que dilataba su corazon; y aunque la enfermedad que le sobrevino parecia lijera, desde luego se temió todo lo que se podia temer. Solamente la enferma estaba tranquila; mandó que le administrasen los sacramentos, que recibió con aquella devocion propia de las almas extraordinariamente santas. No apartó mas los ojos de un divino crucifijo, y todas sus palabras mostraban su ardiente amor al divino Esposo crucificado. En fin, el dia 13 de agosto del año 587, entre las lágrimas y los gemidos de sus queridas hijas, aquella alma inocente fué á recibir en el cielo el digno premio de sus ilustres virtudes, siendo de edad de sesenta y seis años, á los cuarenta de su vida monástica.

Luego que tuvo noticia de su muerte san Gregorio, obispo de Tours, que la trató muy particularmente y dejó escrita la mayor parte de su vida, pasó á Poitiers, y en ausencia de Morovio, obispo de aquella ciudad, cuidó de los funerales. Fué enterrada con grande solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora, que ella misma habia hecho edificar para entierro de sus religiosas; y asegura el mismo san Gregorio Turonense que la halló en el féretro con un semblante

tan hermoso y tan resplandeciente, que parecia estar viva; y añade que doscientas religiosas que componian entonces aquella ilustre comunidad, rodeaban el santo cuerpo, y acompañaban con un torrente de lágrimas los funerales que le hacian. Por los milagros que obró en vida y por los que se obraron sin cesar en su sepultura, fué muy presto honrada con el culto de los santos. Una persona de distincion que habia recobrado la vista por intercesion de la santa hizo edificar una iglesia dedicada á su nombre en memoria de su reconocimiento. Sus santas reliquias se salvaron del pillaje de los Normandos; pero no se pudieron librar del furor ni de la impiedad de los Hugonotes, que las quemaron con todas las demás el año de 1562.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Hipólito, mártir, quien, por haber confesado la fe bajo el emperador Valeriano, despues de muchos tormentos, fué atado por los piés al cuello de caballos bravos, que le arrastraron cruelmente por cardos y abrojos, en cuyo terrible suplicio rindió el alma al Criador. Con él padecieron igualmente el mismo dia santa Concordia, su nodriza, que murió antes que él, con el cuerpo acardenalado de plomadas, y otros diez y nueve de su casa, que fueron decapitados fuera de la puerta Tiburtina y enterrados con él en el campo Verano.

En Imola, la fiesta de san Casiano, mártir, que, habiéndose negado á sacrificar á los ídolos, vió á su perseguidor llamar á los niños de la escuela, que, con ser su maestro, le aborrecian, y concederles la libertad de matarle; y su tormento fué tanto mas cruel, cuanto mas débiles eran las manos que le martirizaban.

En Todi, san Casiano, obispo y mártir bajo el emperador Diocleciano.

En Burgos en España, santa Centola y santa Helena, mártires.

En Constantinopla, san Máximo, monje, ilustre por su doctrina y zelo en favor de la fe católica, que, disputando con energía contra los monotelitas, perdió las manos y la lengua de órden del hereje emperador Constante, muriendo por último desterrado en el Quersoneso. Por el mismo tiempo tambien, dos de sus discipulos llamados Anastasio, y otros muchos, fueron atormentados de diferentes maneras y cruelmente desterrados.

En Alemania, san Wiguiberto, presbítero y confesor.

En Poitiers, santa Radegundis, reina, esclarecida en milagros y virtudes.

Cerca de Vivonne en el Poitou, san Juniano, recluso, luego abad, el cual fué enterrado en Mairé-l'Eveseau.

En Evreux, san Lulo, obispo.

En Elvang, en Suabia, san Hariolfo, obispo de Langres, que fué uno de los doce santos obispos de Francia que asistieron al concilio de Latran contra los iconoclastas bajo el papa Estéban IV.

En Baugé en Anjou, la venerable Ana de Melun, hija de Guillermo, príncipe de Epinoy, fundadora de las hospitalarias de aquella ciudad.

En Milan, el natalicio de san Simpliciano.

En Inglaterra, san Higuebaldo, abad.

*La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente :*

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut, sicut de beatæ Radegundis festivitate gaudemus,

Escúchanos, ó Dios Salvador nuestro, y haz que la espiritual alegría que nos causa la festivi-

ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

dad de la bienaventurada Radegundis sea acompañada de una verdadera devocion. Por nuestro Señor...

## *La epístola es del cap. 3 de Isaías*

Dixit Dominus: Pro eo quod elevatæ sunt filiæ Sion: et ambulaverunt extento collo, et nutibus oculorum ibant, et plaudebant, ambulabant pedibus suis, et composito gradu incedebant: decalvabit Dominus verticem filiarum Sion, et Dominus crinem earum nudabit. In die illa auferet Dominus ornamentum calceamentorum, et lunulas, et torques, et monilia, et armillas, et mitras, et discriminalia, et periscelidas, et murenulas, et olfactoriola, et innaures, et anulos, et gemmas in fronte pendentes, et mutatoria, et palliola, et linteamina, et acus, et specula, et sindones, et vittas, et theristra. Et erit pro suavi odore fœtor, et pro zona funiculus, et pro crispanti crine calvitium, et pro fascia pectorali cilicium.

Dijo el Señor: Porque las hija de Sion se han ensoberbecido, y anduvieron con el cuello erguido, iban haciendo señas con los ojos, y se señoreaban, y caminaban jugueteando con sus piés, y andaban con pasos contados: pondrá el Señor calvas las cabezas de las hijas de Sion, y el Señor las despojará de los cabellos. En aquel dia quitará el Señor el adorno del calzado, y las lunillas, y los collares, y las joyas, y los brazaletes, y las mitras, y las coronas, y el adorno de las piernas, y las cadenillas, y las bellotas de olor, y los pendientes, y los anillos, y las piedras preciosas pendientes sobre la frente, y los vestidos, y las manteletas, y los pañuelos, y las agujas, y los espejos, y las sábanas, y las cintas y los vestidos de verano. Y en vez del olor suave tendrán hedor, y por ceñidor un cordel, y en lugar de cabellos encrespados la calva, y en lugar de la banda pectoral un cilicio.

NOTA.

» Siempre fué tenido en la Iglesia el profeta Isaías por uno de los profetas mas llenos del espíritu de Dios.

Sus profecías no solo son un proféuco compendio de todos los misterios de nuestra religion, singularmente de toda la historia del Mesías, sino que en ellas se encierran consejos saludables para todo género de personas. Su vida fué santísima, su muerte gloriosa, muy parecida á la de san Juan Bautista; porque Manasés rey de Judá, tan enemigo de Dios, como amigo su padre Ezequías, no pudiendo sufrir las justas repren siones del santo profeta, le hizo serrar por medio con una sierra de madera.»

## REFLEXIONES.

La menudencia y la precision con que el profeta pinta en su lugar la vanidad y la profanidad de las mujeres de Sion, la vivísima invectiva que hace contra este desórden y el rigor con que Dios la castiga, muestra bien lo abominable que es á sus divinos ojos, tanto en sí mismo, como en los malos efectos que produce en el estado y en las familias. El desórden y la corrupcion de las costumbres son á un mismo tiempo causa y efecto de aquellos excesos. Adórnanse las mujeres para agradar á los hombres, y apenas nunca les agradan sin abrir en sus almas mortales y penetrantes heridas. El estudio de parecer bien por la hermosura, por la gentileza y por la gala, dice Tertuliano, nunca nace de una conciencia muy inocente: *Non de integra conscientia venit studium placendi per decorem, quem naturaliter invitatorem libidinis scimus* (*De cultu feminar.*). Demasiado sabido es cuánto se irrita la pasion á vista de la hermosura. ¡En cuántos gastos supérfluos empeña la loca pasion de las galas y de las modas! ¡cuántas bajezas, cuántas injusticias, cuántos desórdenes se cometen por tener con que sustentar esos vanísimos gastos!

La profanidad en el vestido es ciertamente una va-

nidad pueril; pero es vanidad de moda. Esto basta para despreciar la moral cristiana, por mas que se clame contra ella; búrlanse de ella las mujeres de estos tiempos, y hacen gala de su desprecio. No se atreven á parecer en público sin brillar; apenas bastan las rentas, los empleos ni el tráfico de los maridos para mantener su fausto y su suntuosidad. No son de gusto las galas que no cuestan mucho; no pocas veces un solo tocado se absorbe la renta de todo un año. No están los templos y los altares, por explicarme en el idioma de la sagrada Escritura, tan ricamente adornados como esos animados ídolos de la vanidad mundana. ¡Cuánto tiempo emplean, cuánta aplicacion y cuánto estudio en armar lazos á la inocencia! ¿qué mujer del mundo gasta tantos minutos en la oracion, como pierde horas en estos perniciosos artificios? ¿pues qué maravilla es que un fausto tan irreligioso, una gloria tan necia y tan impía irrite al Señor, encienda su justa cólera, y tarde ó temprano acarree á las familias aquellos funestos reveses que convierten las galas en melancólico luto?

*Elevatæ sunt filiæ Sion, et ambulaverunt extento collo.* Engriéronse las doncellas de Sion; preséntanse con bizarría, marchan con gentileza, la cabeza levantada, erguido el cuello, ostentando soberbia y presuncion en todos sus movimientos; sus gestos, sus miradas desdeñosas, su modo de vestir, y el refinado estudio de su adorno, todo va mostrando y publicando su orgullo y su altivez. *Nutibus oculorum ibant, et plaudebant.* Observa la afectacion con que miden sus pasos, con que estudian sus meneos, con que manejan el tono de la voz, y con que arreglan como á compás su artificiosa postura: *et composito gradu.* Aquel airecillo dulce, y al mismo tiempo cuidadosamente desdeñoso; aquellas risitas blandas y cautelosas; hasta aquel mismo silencio, parte halagüeño y

parte fiero, todos son lazos que arman á las almas simples, las cuales caen aturdidamente en la red. Pero presto las haré ver, dice el Señor, cuánto abomino todo ese fausto y aparato, todos esos envenenados airecillos y toda esa ridícula ufanía: *Detestor superbiam Jacob*. Atended, mujeres profanas, continúa el profeta Isaías, al estruendo y al rigor con que Dios ha de castigar vuestro orgullo. *Decalvabit Dominus verticem filiarum Sion.* Hará caer esos polvos y esos cabellos peinados con tanto esmero y con tanta prolijidad. Poned los ojos en las calaveras de esas mujeres profanas que os precedieron, y son hoy el horror de los cementerios, y el asco de las sepulturas. *Auferet Dominus ornamentum, et lunulas, et torques, et armillas.* Os arrancará el Señor esos preciosos pendientes, ese calzado bordado de plata y oro, esos collares de perlas, esos ricos brazaletes, esas joyas de diamantes, esas piochas de gran precio, con lazos distribuidos con tan bello gusto, ese traje pomposo, y esas cofias escarpadas ó de diferentes altos: *Et discriminalia, et mitras.* Sortijas, piedras, botes, perfumes, joyas, espejos, ahora solo servis para fomentar un espíritu mundano, un fondo de orgullo, una altivez ridícula, una hermosura pasajera, superficial y artificiosa; pero algun dia serviréis para mostrar la ridiculez de aquellas que se apacientan de tan vano como engañoso esplendor; y despues que fuísteis materia de su vanidad y objeto de sus complacencias, seréis asunto de sus lágrimas, de su vergüenza y de su desesperacion. Quiera el cielo que estas reflexiones no sirvan para añadir el colmo á la iniquidad y á la reprobacion de aquellas que las leyeren.

*El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.*

In illo tempore : Cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne : Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam? Sed qui existis videre? hominem mollibus vestitum? Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt.

En aquel tiempo : Comenzó Jesus á decir á las turbas, hablando de Juan : ¿Qué salísteis á ver en el desierto? ¿alguna caña agitada del viento? ¿Qué salísteis, pues, á ver? ¿un hombre vestido de delicias? Los que se visten delicadamente habitan en las casas de los reyes.

## MEDITACION.

### DE LA VIDA DELICADA.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida delicada y regalona, por lo cual parece se distinguen hoy las gentes del mundo, es la que hace mayor el número de réprobos. Ciertamente, al considerar cuales son el dia de hoy las principales ocupaciones de las mujeres del mundo, justamente se puede preguntar si la vida ociosa y delicada se tiene por vicio entre los cristianos. Concurrencias de ociosidad, visitas inútiles, conversaciones sin sustancia, entretenimientos frívolos, juegos y diversion, paseos, espectáculos, pasatiempos, en esto se pasa casi toda la vida de las mujeres profanas; por lo menos, hasta que un revés de fortuna, la edad y los disgustos las condenan al retiro; y aun entonces una ociosidad enfadosa y haragana entra á llenar el hueco de una fanática delicadeza. Los últimos dias de la vida son mas tristes y nebulosos; pero no menos vacios. Están ociosas por necesidad, despues

de haberlo estado por gusto. Parece que las riquezas, la distincion, los títulos y los empleos dan derecho para perder el tiempo; y aun mayor el cuidado, que por lo comun ocupa á este género de gentes, es la inquietud que les causa el no saber en qué perderle. El sueño de la noche, que se alarga hasta muy entrada la mañana, es, por decirlo así, su primera ocupacion; á esta delicadeza sucede el cuidado, y el tiempo que emplean en vestirse; acúdese á la última misa, como al sitio donde concurre en aquella hora la gente ociosa y delicada; el tiempo que resta hasta comer se gasta en visitas y en cumplidos. A la mesa se sigue una conversacion pesada, soñolienta, y de ordinario sin sustancia, que suple algunos intérvalos de reposo, los cuales siempre desagradan á los que tienen poco sosegada la conciencia, hasta que llega la hora de hacer ó de recibir las visitas de la tarde. Entonces se forman los corrillos, se ajustan las diversiones, y se vuelven á representar aquellas escenas diarias y privadas en que todos se divierten, engañándose y burlándose unos á otros. Excítanse aquellas enfadosas conversaciones, que todas son sobre bagatelas, siendo su salsa la murmuracion, y todo su fondo la inutilidad. Aventuras galantes, cuentos chistosos, chismecillos del pueblo, reflexiones pueriles sobre las modas y sobre los vestidos; nuevos proyectos de diversion, nuevas delicadezas para conservar la salud; lastimosa censura acerca de la reforma y de la vida ejemplar de las personas virtuosas; crítica atrevida, sin conocimiento, sin juicio y sin religion; dichos agudos, por lo comun poco inocentes y menos honestos, zumbas sin gracia. Esta es toda la mas seria ocupacion de la gente brillante, de las personas de distincion, ó, por mejor decir, de lo mas mundano que se encuentra en una ciudad; porque en estas

asambleas de la ociosidad no hay que esperar otras conversaciones ni mas sólidas ni mas útiles. Se hace el análisis de un tocado, la apología de una moda y el panegírico de un juego de nueva invencion. Las que no tienen espíritu de gracia para sustentar unas conversaciones tan descarnadas, lo suplen, á su parecer, con la ostentacion y con la magnificencia de las galas y de los trajes. Entre los hombres, unos, contentos con hacer el papel de asistir á los corrillos, están dos ó tres horas sin hablar palabra; otros contribuyen á la conversacion con sus continentes afectados ó con su grosería; despues se procura alegrar aquella enfadosa ociosidad con el juego, con la comida, con el baile y con los espectáculos. En esto se ocupan y en esto se emplean los dias de aquellas personas que hacen profesion de cristianas; esto es, de seguir una religion que condena hasta la menor palabra ociosa, que indispensablemente pide á todos sus profesores una vida inocente, mortificada, laboriosa, y un arreglo de costumbres tan ejemplar, que no sufra la menor relajation. Junta estos dos extremos, y compon, si puedes, la espantosa contradiccion que se encuentra entre lo que se cree y lo que se obra. ¡Qué deliciosa seria la religion cristiana si se salvasen los que así viven en ella!

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que la vida delicada y demasiadamente regalona es una de las señales menos dudosas de reprobacion. Aun cuando solo se tenga una leve tintura de nuestra religion, ¿quién puede ignorar la severidad con que reprueba la ociosidad y la vida inútil? El cielo solo se da á los adultos á título de recompensa, y nunca fué salario de haraganes. En materia de costumbres, todos los oráculos de nuestra religion son discretos. El que no lleva *cada dia*

su cruz, *quotidie*, dice el Salvador, en vano se lisonjea de ser discípulo mio. Velad, orad sin cesar, daos priesa, no tomeis reposo, esforzaos á entrar por la puerta angosta del cielo: *contendite*; sin eso correis mucho peligro de no entrar, aun vosotros mismos, á quienes yo escogí para apóstoles mios: *contendite*. Si no os hiciéreis una contínua violencia para llegar á tiempo, ya no hallaréis lugar. Era pura, era irreprensible la vida de aquellas vírgenes que se descuidaron en hacer su provision; esta sola falta de providencia, efecto de su pereza y de su ociosidad, bastó para privarlas eternamente de la presencia de su divino Esposo, y para que incurriesen en su desgracia. No perdió su talento el siervo haragan y perezoso, antes le guardó con el mayor cuidado: *abscondit talentum suum in terra*. Sin embargo, porque no negoció con él, es condenado como siervo inútil: *inutilem servum ejicite in tenebras exteriores*. El camino es largo y el tiempo breve, dice el Apóstol; contados están todos los dias; la pérdida de uno solo es irreparable. Vamos claros: ¿se haria agravio á la mayor parte de los mundanos en preguntarles si es este el Evangelio que profesan? Ciertamente, al considerar estas verdades, y al poner los ojos por otra parte en aquella mujer mundana, cuyos dias todos son de fiesta y de diversion para ella; en aquellas gentes delicadísimas, que viven entregadas á una eterna ociosidad; al considerar la vida inútil y regalona de que tanto se precian, y que es tan aplaudida; cotejándola con la de una santa Radegundis, con la de una santa Francisca, con la de un san Eduardo, con la de un san Luis, ¿no da gana de preguntar si los fieles que están dentro de una misma Iglesia siguen la misma religion, y si todos los que dicen ser de esta misma religion abrazan un mismo Evangelio? ¿Las personas de distincion, los hombres ri-

cos, esas damas jóvenes, tan embebidas en el espíritu del mundo, esos públicos sectarios de todo género de pasatiempos gozan algun privilegio particular que los exima de la ley universal, y de aquelas obligaciones indispensables á todos los cristianos? Pero si ninguno está dispensado, aquellos que creen las verdades de nuestra religion, y que viven tan delicada y tan ociosamente, ¿usan de su razon y de su juicio? y despues de esto, ¿nos admiraremos de que sean tan pocos los que se salvan, y de que sea tan corto el número de los escogidos? Pero esta vida ociosa y regalona ¿se encontrará únicamente en el siglo? ¿no penetrará tal vez hasta los claustros religiosos? Nueva materia de reflexiones y de tristes sobresaltos para muchos.

Dios mio, pues por vuestra infinita misericordia os dignásteis descubrirme el precipicio á que me conduce el anchuroso camino por donde ando, tanto tiempo ha, sin conocer el peligro, dignaos hacerme la gracia de que cuanto antes me retire de él, entrando desde luego por el estrecho camino que guia derecho al cielo. Conozco ya que no es vida cristiana la vida delicada, y desde este mismo punto la detesto, comenzando á vivir como corresponde á la religion que profeso.

## JACULATORIAS.

*Averte oculos meos ne videant vanitatem : in via tua vivifica me.* Salm. 118.

Apartad, Señor, mis ojos y mi corazon de la vanidad del mundo; y dadme aliento para seguir vuestros caminos.

*Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* Galat. 5.

Igualmente conozco, mi Dios, que no puedo ser de

Jesucristo, si no crucificó la carne con sus vicios y concupiscencias.

## PROPOSITOS.

1. Nunca fué vida cristiana la vida delicada, antes bien es presagio y causa de la reprobacion. Pero ¿qué pecado es no trabajar cuando el nacimiento, y la clase y la distincion no nos obliga á ello? ¡Bellamente! ¿Y no nos impone esa obligacion la profesion de cristianos? ¿Preguntas qué pecado es pasar una vida inútil? Y yo te pregunto si esa misma inutilidad de una vida ociosa no será muy reprensible en quien tiene obligacion de no perder ni un solo momento. ¿Qué mayor mal que aquel que es el orígen, ó á lo menos la ocasion de todos los males? ¿qué mal habia hecho aquel siervo perezoso del Evangelio, que fué condenado solo porque nada habia hecho? ¿Quién ignora que en un cristiano es delito la misma inutilidad de la vida? ¡Oh Señor, que nada se hace bien! ¿y estamos en este mundo, y nos crió Dios en él para hacer nada? ¿Hízote Dios grande, dióte mas bienes que á otros, para que vivieses delicadamente ocioso? Es cierto que en le cristianismo las condiciones son diferentes, pero los preceptos son unos mismos para todos. Es cierto que unos tienen mas tiempo que otros; pero tambien lo es que á ninguno se le ha dado el tiempo para que le malogre. Aquella higuera que no dió mas que hojas, fué maldita del Señor, con ser así que aun no era tiempo de que diese frutos. Nada has de temer tanto como la ociosidad y la delicadeza; por lo que has de procurar que ninguno de tus dias quede vacío.

2. Ten presente aquella mujer fuerte tan distinguida por su nacimiento como por su virtud, que tanto alaba el Espíritu Santo; y observa que el elogio que hace de ella, principalmente, ó casi todo él se re-

duce á decir que nunca estuvo ociosa. Bien puede uno hacer que otros le sirvan, pero ninguno puede servir á Dios por otro; cuánto mas tiempo tiene, mas le ligan las obligaciones del estado, las leyes de la caridad y los preceptos de la ley; es muy desigual la distribucion de los talentos, pero en todos es igual la obligacion de negociar con los que tuviere. Imponte una ley de no estar jamás ocioso; estés en tu casa, ó en la ajena, nunca pierdas tiempo. Las señoras de mayor esfera suelen tener el gusto de traer siempre entre manos alguna labor; pero las mujeres de baja condicion, si logran algunas conveniencias, creen que se vulgarizarian si las vieran trabajar. Ocúpate siempre en alguna labor, ó en leer libros espirituales. El Espíritu Santo alaba á la mujer fuerte porque se ocupaba en hilar, cuando se lo permitia el cuidado de la familia. No hagas mas visitas que las que pide la caridad, la obligacion y la urbanidad: las mas largas son siempre las mas molestas y las mas perniciosas. Ten horas señaladas para tus devociones, y tiempo destinado para ejercitarte en buenas obras. Es razon que tambien tengas alguno para recrear el ánimo; pero acuérdate de que nunca debes estar ocioso.

---

# DIA CATORCE.

## LA VIGILIA DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Sabiendo la Iglesia que la abundancia de gracias que la bondad de Dios quiere repartir á los fieles con tanta liberalidad en las mayores festividades, depende por lo regular del modo con que ellos se disponen; destina á la oracion, al ayuno, á las vigilias y á la penitencia el dia inmediato que las precede, para

que, purificada y preparada el alma con estos santos ejercicios, se halle en estado de tener mas parte en estos divinos favores. Regocijémonos, mostremos nuestra alegría, y demos la gloria al Señor Dios nuestro, dice el ángel del Apocalípsis, porque se llegó el dia de las bodas del Cordero, y ya está ataviada la esposa: *Venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus præparavit se.* Dióscle licencia para que se vistiese de un lino blanquísimo y delicado; porque este lino representa las buenas obras de los santos: *Byssinum enim justificationes sunt sanctorum.* Este es con propiedad el motivo y el fin para que fueron instituidas las vigilias en las festividades mas solemnes.

Nota san Agustin que la costumbre de comenzarse la solemnidad del domingo y de las fiestas, desde las primeras vísperas, esto es, desde la tarde precedente, pasó de la sinagoga á la Iglesia, fundándose en las mismas órdenes que intimó Dios á Moisés en favor del pueblo escogido. Observemos, hermanos mios, dice el santo doctor, el dia de domingo y las demás fiestas, y santifiquemos estos santos dias desde la víspera, como el Señor lo habia ordenado ya en la ley antigua. *Sicut antiquis præceptum est, dicente legislatore: à vespere usque ad vesperan celebrabitis sabbata vestra:* celebraréis vuestras fiestas de un dia á otro, como se lee en el Targun de Jerusalen, esto es, en la glosa, ó paráfrasis caldaica de la Escritura. Así se contaban entre los judíos de una tarde á otra, no solo las fiestas, sino tambien los ayunos; y la Iglesia retiene aun esta costumbre en el oficio divino y la solemnidad de las fiestas grandes, comenzándola desde las primeras vísperas; es decir, desde la tarde precedente.

Por eso se daba principio á la pascua de los hebreos, que era la mayor de sus solemnidades, por el sacrificio del cordero, que se hacia, segun la Escritura, el dia precedente hácia la tarde ó entre las

dos tardes, como se explica el texto hebreo : *Inter duas vesperas*. Por estas dos tardes se entiende todo el tiempo que corre desde un poco despues de mediodia hasta ponerse el sol; de suerte que, cuando el sol comienza á bajar hácia el ocaso, es la primera tarde; y cuando se pone, es la segunda. Refiriendo san Mateo el milagro de los cinco panes que bastaron para dar de comer y para hartar á cinco mil hombres, dice que, llegada y a la tarde, advirtieron los discípulos á su divino Maestro que podia despedir al pueblo que le seguia; pero que el Salvador mandó que todos se sentasen, y que se les distribuyesen los cinco panes, con que todos quedaron satisfechos, despues de lo cual los despidió. Inmediatamente se retiró el Salvador á un monte para orar; y añade el evangelista que, habiendo llegado ya la tarde, *vespere autem facto*, se encontró solo. En este texto están bien señaladas las dos tardes, y entre ellas comenzaba la solemnidad de la fiesta. De la misma manera los dias que David consagraba al servicio de Dios, los comenzaba desde la tarde del dia precedente : *Vespere et mane, et meridie, narrabo et annuntiabo.* Por la tarde, por la mañana y á mediodia cantaré las alabanzas al Señor.

Siendo el mismo Espíritu Santo el que anima la santa Iglesia, siguió el mismo órden en sus solemnidades. Desde el tiempo de los apóstoles, esto es, desde aquellos primeros siglos y dias de fervor, comenzaron los fieles á celebrar las fiestas desde el dia precedente, pasando toda la noche en oracion y en otros devotos ejercicios. Por razon de estas sagradas vigilias, cuyo mérito y cuya santidad ignoraban los gentiles, llamaban á los cristianos gente enemiga de la luz y amiga de las tinieblas *(Cels.)*; *Gens lucifuga, natio tenebrosa :* hombres que gustan de hacer sus oraciones y de celebrar sus miste-

rios en la oscuridad de la noche : *Soliti statutc die ante lucem convenire, carmen Christo quasi Deo dicere secum invicem*, escribia Plinio el Menor en su célebre carta al emperador Trajano sobre las costumbres de los cristianos. Acostumbran, dice, en ciertos dias señalados á levantarse antes de nacer el sol, y cantar á coros ciertos himnos en honor de Cristo á quien tienen por su Dios. De donde se infiere que el pasar las noches en oracion y en devociones los primitivos cristianos, no era por la persecucion, ni por el miedo de los tormentos, sino por práctica constante de aquellos primeros fieles; y que las sagradas vigilias de aquellos tiempos eran la principal parte de las fiestas mas solemnes, como las primeras vísperas son el dia de hoy la parte principal del oficio divino en las mayores solemnidades. Por eso, Tertuliano, Minucio Félix, san Cipriano, san Ambrosio y san Agustin exhortan mucho á los fieles á la observancia de estas vigilias (*Canon* 1). El segundo concilio de Macon, celebrado el año de 585, cuenta la noche del sábado al domingo como si fuera parte de este, suponiendo se debe pasar toda en oracion y en vigilia. *Noctem quoque ipsam spiritualibus exigamus excubiis*, porque solo serán cristianos de nombre, añade el concilio, los que no velaren y oraren en las noches que preceden á las fiestas : *Nomine tenus christiani esse noscuntur; sed oremus et vigilemus*. Teodulfo, obispo de Orleans, que floreció en el noveno siglo, ordena que todos los cristianos concurran á la iglesia el sábado para celebrar el domingo y la vigilia de las festividades mayores : *Conveniendum est sabbato die cuilibet christiano*. De esa manera siempre comenzaba la fiesta desde el dia precedente. Los obreros y todos los oficiales dejaban su trabajo, y asistian á las primeras vísperas; concluidas estas, se retiraban á sus casas, y pocas horas despues se vol-

vian á juntar en la iglesia para hallarse presentes á las vigilias y á los maitines : *Conveniendum est ad vigilias, sive ad matutinum officium.* Acabados los maitines, se iban á tomar algun descanso, y despues asistian á la misa solemne, y comulgaban en ella : *Concurrendum est etiam cum oblationibus ad missarum solemnia.* Por la noche, durante la vigilia, se celebraba otra misa, y era la que se llamaba *missa vespertina,* de la que se hace tan frecuente mencion en los sagrados cánones. A los fieles que no podian pasar la noche en la iglesia, los exhortan mucho los santos padres que á lo menos la pasen en oracion dentro de sus casas, para santificar las vigilias de las mayores solemnidades.

Duraron por mucho tiempo estas vigilias tan santamente instituidas; pero despues se introdujeron en ellas tantos abusos, que fué preciso prohibirlas á las personas legas. Primero se prohibieron á las mujeres por el concilio de Elvira en España; pero el de Auxerre en Francia las prohibió á todo el pueblo generalmente : *Non licet... nec per vigilias in festivitatibus sanctorum facere.* San Bonifacio, obispo de Maguncia, se queja de aquellos que, despues del oficio de la noche, se iban á comer y á beber, profanando con su intemperancia la santidad de las vigilias : *In ipsa nocte non licet post mediam noctem bibere, nec in natali Domini, nec in reliquis solemnitatibus.* No es lícito beber despues de la media noche, ni en la vigilia de Navidad, ni en las otras de las fiestas mas solemnes.

De todas ellas solo conservó la Iglesia la referida vigilia de Navidad. No obstante, se continuó por largo tiempo la de Pascua, hasta que, en fin, se suprimió enteramente, contentándose con celebrar el oficio la mañana del sábado santo, como lo muestran aquellas palabras del prefacio que se canta en la misa: *In hac potissimùm nocte*; y el *Exultet jam angelica*

*turba cœlorum*, que antiguamente solo se cantaba á media noche. Pero aunque la Iglesia prohibió dichas vigilias nocturnas, no por eso fué su intento privar á los fieles del mérito que pueden tener, celebrando las de las mayores solemnidades. Fuera del ayuno que intima en los dias que las preceden, desea que en estos mismos dias se multipliquen las buenas obras, las penitencias y las oraciones. Aunque siempre indulgente con sus hijos, cuando les dispensa el velar, no les dispensa los saludables rigores de la mortificacion. Quiere que se supla el silencio de la noche con el recogimiento interior que se debe observar entre dia, y que se disponga el alma para santificar el dia siguiente con devotos ejercicios, con aumento de fervor, con la meditacion y la oracion. Ya en los primitivos tiempos de la Iglesia se comenzaba á celebrar el domingo desde las vísperas del sábado, y todas las demás fiestas solemnes desde sus primeras vísperas: *A vespera usque ad vesperam*, dicen las capitulares de Carlo Magno, *dies dominicus servetur*. Observad cuidadosamente el ayuno, dice san Ambrosio, porque es eficaz medio para celebrar la fiesta con provecho: *Indictum est jejunium... cave ne negligas... plerique sunt hujusmodi dies: ut statim meridianis horis veniendum ad ecclesiam, canendi hymni, celebranda oblatio*. Esta es la misa que se llamaba vespertina, porque no se separaba de las vísperas, y aun se retiene hoy alguna memoria de esta antigua rúbrica el sábado santo, en que las vísperas estan como incorporadas con la misa.

Los verdaderos fieles, dice san Bernardo, que quieren celebrar en espíritu y en verdad las fiestas de los santos, deben celebrar tambien sus vigilias: *In sanctorum vigiliis necesse est vigilare hominem spiritualem, qui solemnitates eorum celebrare desiderat in spiritu et veritate*: porque las vigilias se hicieron para que nos

despabilemos, si acaso estamos dormitando, amodorrados con algun pecado, ó con alguna culpable negligencia: *Ad hoc enim vigiliæ proponuntur, ut evigilemus si in aliquo peccato vel negligentia dormitamus.* Pasemos las vigilias, prosigue el mismo santo, en ejercicios de devocion y de penitencia, si en el dia de la fiesta queremos estar dispuestos para recibir las gracias que por los méritos y por la intercesion de los santos derrama Dios en un corazon puro y preparado: *Ut non vos præoccupent natalitii sanctorum dies, et inveniant imparatos.*

Es cierto que entre todas las solemnidades de la Iglesia, despues de los principales misterios de Jesucristo, la que mas nós interesa, y la mas célebre es la fiesta de la Asuncion de la santísima Vírgen; esto es, aquella fiesta que celebra la santa Iglesia en honor de haber sido milagrosamente elevada en cuerpo y alma á los cielos: fiesta no menos solemne en la iglesia de Oriente que en la de Occidente, cuyo rito es el mismo que el de Navidad y el de Pascua.

En el misal gótico todas las fiestas de la Vírgen se comprenden en la de su Asuncion: *Assumptio sanctæ Mariæ matris Domini nostri.* En el leccionario galicano se llama por excelencia la fiesta de santa María: *Festivitas sanctæ Mariæ.* En el órden romano se asigna en este dia una procesion solemne, que se dice instituida por el papa Sergio en el séptimo siglo. Celebrábase de noche; las calles estaban adornadas y las ventanas de las casas iluminadas con faroles; llevábase una imágen de la santísima Vírgen, cantándose himnos en honor suyo, y repitiéndose cien veces el *Kyrie, eleison,* y otras tantas el *Christe, eleison.* En el sacramentario de san Gregorio el Magno, que ocupaba la silla apostólica en el sexto siglo, se lee la vigilia de esta gran fiesta: *Vigilia Assumptionis beatæ Mariæ,* con misa propia. El papa Nicolao I, que

floreció en el siglo nono, escribiendo á los Búlgaros, habla de la vigilia de la Asuncion como de costumbre antigua, haciendo tambien mencion de una cuaresma que precedia á esta festividad; la que muchos santos y santas observaron despues muy religiosamente, y muchas comunidades religiosas observan aun en el dia de hoy para disponerse mejor á celebrarla, como la cuaresma de la Iglesia es disposicion para la solemnidad de la resurreccion del Señor. El gran padre san Francisco y su hija santa Clara se disponian para la fiesta de la Asuncion con una cuaresma de cuarenta y seis dias, que comenzaban el último dia de ayuno. No pide hoy tanto á los fieles la santa Iglesia; solamente los obliga á ayunar la vigilia, y es el único ayuno de obligacion que impone en todas las fiestas de la Vírgen. ¿Pues qué se podrá pensar de los que sin justo motivo se dispensan en él? No se puede dudar, dice san Jerónimo, que todo lo que se hace en honra de la Madre de Dios, cede en gloria de Jesucristo *(Ad Eustoch.)*: *Nulli dubium quin totum ad laudem Christi pertineat, quidquid Genitrici suæ impensum fuerit.* Abre María á todos los hombres, dice san Bernardo, su seno misericordioso, para recibirlos en él como en seguro asilo *(Serm. in sign.)*. *Maria omnibus misericordiæ suæ sinum aperit.* El cautivo halla en Maria su rescate; el enfermo, la salud; el triste, el consuelo; el justo, la gracia; el pecador, la misericordia y el perdon: *Inveniunt in Maria, captivus redemptionem; tristis consolationem; justus gratiam; peccator veniam.* En ella enviamos desde la tierra al cielo una abogada, continúa el mismo padre, que, siendo madre de nuestro juez y madre de misericordia, tratará eficazmente el negocio de nuestra salvacion: *Advocatam præmisit peregrinatio nostra, quæ tanquam Judicis mater, et mater misericordiæ, suppliciter, et efficaciter salutis nostræ negotia pertractet.* El que encon-

tró á María, dice el sabio Idiota, encontró en ella todo el bien; porque no solo ama á los que la aman, sino que ella misma sirve á los que la sirven : *Inventa Maria, invenitur omne bonum : ipsa enim diligit diligentes se, imo sibi servientibus servit.* Este es el concepto que tienen hecho todos los santos y todos los fieles verdaderos. Si en los tres ó cuatro primeros siglos de la Iglesia se mostraron los santos padres menos zelosos, y al parecer un poco reservados en hablar de la devocion á la Madre de Dios; y si los primeros cristianos no se dieron priesa á erigir muchos templos en su honor, ni á celebrar con aparato sus festividades, fué porque en aquellos tiempos temia prudentemente la Iglesia que los nuevos fieles, como criados en las supersticiones de la idolatría, no tuviesen á la Madre de Dios por alguna diosa, principalmente si se les hablara mucho de su Asuncion al cielo en cuerpo y alma, y de todas sus excelentes prerogativas. Adoraban los paganos una máquina de diosas, como madres de sus falsos dioses, y era de rezelar que los cristianos adorasen como tal á la Madre del verdadero Dios; por lo que era razon proceder en este punto con tiento y con cautela. Por la misma razon, habia prohibido Dios á los israelitas tener imágenes de escultura ni pintadas para adorarlas; porque era fácil que con esta ocasion se deslizase en la idolatria un pueblo nacido y criado en Egipto entre tanta multitud de ídolos. Sabemos la precaucion con que se hablaba de la Eucaristía y de la Trinidad en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, en los cuales se echaba mano de todo para hacer burla, y para desacreditar á los cristianos, dando siempre la mas maligna interpretacion á nuestros mas sagrados misterios. Pero luego que cesaron las persecuciones, y se tuvo libertad para predicar descubiertamente las mayores verdades de nuestra religion, sin temerse el contagio de la idolatría, ¡con

qué elocuencia, con qué franqueza y efusion de corazon se extendieron los santos en las alabanzas de la Madre de Dios, y en el culto que se debia á la santísima Vírgen! Entonces se publicaron sin miedo la gloria y las maravillas de su admirable Asuncion. ¡Cuántos templos se consagraron á Dios con la advocacion de su nombre! ¡cuántas fiestas se instituyeron en su honor! ¡qué elogios tan magníficos no le tributaron para excitar á los pueblos y los corazones á la confianza en María! No porque esta confianza ni esta devocion no fuesen tan antiguas como la misma Iglesia; pues desde la misma cruz la recomendó el Salvador á todos los fieles en la persona de san Juan, como dicen los padres. Ten contínuamente el nombre de María en la boca; grábale en el corazon, dice san Bernardo; invócala, y ten en ella una entera confianza: *Maria non recedat ab ore, non recedat a corde.*

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de la Asuncion de la bienaventurada Vírgen María.

En Roma, la fiesta de san Eusebio, presbítero, que, por la defensa de la fe católica, fué de órden de Constancio, emperador arriano, encerrado en un cuarto de su casa, donde perseveró constantemente en oracion durante siete meses, y en la cual murió. Los presbíteros Gregorio y Oroso recogieron su cuerpo, y le enterraron en el cementerio de Calixto en la via Apia.

En Iliria, san Ursico, mártir, que, bajo el emperador Maximiano y el presidente Arístides, pereció á filos de la espada, despues de varios tormentos por la fe de Jesucristo.

En Africa, san Demetrio, mártir.

En Apamea en Siria, san Marcelo, obispo y mártir,

quien fué muerto por unos paganos furiosos de que hubiese destruido un templo de Júpiter.

En Todi, san Calixto, obispo y mártir.

En la isla de Egina, santa Anastasia, viuda, célebre por su regularidad en la observancia monástica y por los milagros que hizo.

En Redon, diócesis de Vannes, san Riveno, presbítero, monje de San Salvador, quien se dice haber andado á pié enjuto sobre las aguas del rio Vilena.

En Suiza, san Everardo de Ensidlen, canónigo y preboste de Strasburgo; despues, primer abad de Nuestra Señora de los Eremitas.

En Barcelona, san Accio.

En Rosa, ciudad marítima de Irlanda, san Facnan, primer abad de la iglesia de dicho lugar, que con el tiempo llegó á ser silla episcopal.

En Roma, el fallecimiento del venerable papa Sergio.

En Emilia, san Alberto, obispo de Ferrara.

*La misa es de la vigilia, y la oracion la que sigue:*

Deus, qui virginalem aulam beatæ Mariæ, in qua habitares, eligere dignatus es: da, quæsumus, ut sua nos defensione munitos, jucundos facias suæ interesse festivitati. Qui vivis....

O Dios, que te dignaste escoger el casto seno de la bienaventurada Vírgen María, para habitar en él como en sagrado templo: haced que, asistidos de su intercesion, celebremos con una santa alegría su festivida Que vives....

*La epístola es del cap. 24 de la Sabiduría.*

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gra-

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Y soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En

tia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos: porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen, tendrán todavía hambre; y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

NOTA.

« No se puede dudar que el intento del Espíritu Santo en este capítulo del Eclesiástico sea hacer el retrato de la santísima Vírgen, hablando de esta celestial Madre del puro amor, en persona de la Sabiduría. Para convencerse de esta verdad, basta considerar todas las expresiones de la epístola, que por eso se las aplica la santa Iglesia: *En mí está toda la gracia del camino y de la verdad: en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. La memoria de mi nombre pasará a la posteridad de generacion en generacion por todos los siglos... Yo soy la que hice que brotasen de mí los rios: yo salí del paraiso como arroyo, ó como rio de inmenso caudal, como la corriente de las aguas y como el canal que las conduce.* »

## REFLEXIONES.

*Yo di frutos de agradable olor; mis flores son frutos de gloria y de abundancia.* ¿No se podrán entender estas palabras como una amorosa reprension que nos hace la Virgen por nuestra asombrosa esterilidad? Trasplantados por el bautismo al fértil campo de la Iglesia, y acaso tambien al de la religion por la profesion religiosa; ¿qué frutos hemos llevado? A lo mas muchas hojas, y tal vez algunas flores, que luego se marchitaron, secándose en el mismo dia que las vió nacer y desplegarse. No fué cierto por falta de cultivo. ¡Y qué será si somos aquella desgraciada higuera del Evangelio, á quien mas de una vez se la perdonó á ruegos sin duda de esta Madre de misericordia; pero al fin ha de parar en ser cortada y arrojada al fuego por su esterilidad! Las fiestas mas solemnes de la Iglesia son á la verdad dias de gracias y de bendiciones; mas solo para aquellos que se dispusieron á recibirlas desde la vigilia. ¿Y qué disposicion es la que se hace el dia de hoy para celebrar estas santas solemnidades? Nada omite la Iglesia para preparar á sus hijos de su parte con la oracion y con el ayuno. Pero ¿son muchos los que se aprovechan de estos medios? El ayuno ¿se observa como se debe? ¡Ah, que en estos tiempos basta ser una persona rica, de distincion, ocupar algun empleo de consideracion, para dispensarse en las mas religiosas observancias! Parece que la penitencia ya no habla con los mundanos; la oracion y la sistencia á los divinos oficios es devocion popular; es buena para la ínfima plebe. Frecuenta los sacramentos un corto número de personas devotas; la gente de alguna distincion solo tiene tiempo para vestirse y para peinarse; toda la preparacion que hace por lo comun para celebrar las grandes solemnidades, se re-

duce á ostentar en ellas mayor profanidad, y presentarse en la calle con mas orgullo. Es cierto que se vela; mas ¿para qué? ¿para pasar la noche en oracion? Nada menos; los ociosos y los divertidos la pasan en el juego; el pueblo, y particularmente los oficiales, velan muchas veces hasta mas allá de la media noche para acabar sus tareas; muchos hacen lo mismo solo para acomodarse á la escandalosa vanidad de lo que se llama gente de forma. La única señal de distincion en los dias solemnes es salir con una gala, ó con un vestido mas costoso que el ordinario. Pero ¿se sale con un corazon mas puro? ¿se asiste á la iglesia con repeto y con religion? ¿se va á ella con mayor limpieza de conciencia? ¿resplandecen la devocion y la modestia en nuestras mayores solemnidades? ¿se procura celebrarlas con aquella ejemplar piedad que corresponde á unos cristianos verdaderos? ¡O gran Dios! conviértense las fiestas de la Iglesia en dias de diversion, de juegos y de pasatiempos; de fiestas sagradas se trasforman en fiestas, enteramente profanas. Comienzan hoy las fiestas, como comenzaron en todos tiempos, por las primeras vísperas, es así; pero ¿se concurre á estas? ¿pásase la tarde en ejercicios de devocion, se piensa siquiera en las fiestas del dia siguiente? ¡Y despues de esto, nos admiraremos de que se saque tan poco fruto de las mayores solemnidades!

*El evangelio es del capítulo* 11 *de san Lucas, y el mismo que el dia V, pág.* 115.

## MEDITACION.

### DE LA DISPOSICION PARA CELEBRAR LAS FIESTAS SOLEMNES.

### PUNTO PRIMERO.

Considera el cuidado que se pone, el gasto que se hace y el tiempo que se emplea en disponerse para una fiesta profana: el corazon, el discurso, el bolsillo, todo se ocupa, todo está en movimiento y todo se apura. Llega el dia de la funcion; ¡qué atencion á que esté á punto todo lo necesario! ¡qué ansia por lucir, por sobreponerse! ¡qué miedo de no dar gusto y de no salir con lucimiento! Muchos dias antes no se piensa mas que en hacer las prevenciones, y el dia precedente mucho menos se puede pensar en otra cosa. ¡Válgame Dios! ¿Se dedica el mismo cuidado, se muestran iguales ansias por prevenirse para celebrar las mayores solemnidades? ¿Cómo nos disponemos para celebrar una fiesta de religion?

No nos pide Dios tan grandes gastos. Todas las prevenciones de obligacion se reducen á un corazon puro, á una conciencia limpia, á una viva fe y á una tierna devocion. El culto puramente exterior mas es hazañería, que acto verdadero de religion. Contentarse solo con lucirlo en estos dias, es hacer ostentacion de su orgullo: no es honrar el santo, ó el misterio, cuya fiesta se solemniza. Quiere Dios ser adorado en espíritu y en verdad; ni á los santos les agradan otros cultos que los que corresponden á sus virtudes, especialmente á aquellas por las cuales mas se distinguieron. Este es el fin principal de la solemnidad de nuestras fiestas; todo otro aparato, y toda otra magnificencia sin esta devocion, no agra-

dan á los que son objeto de ellas; antes bien positivamente los ofenden.

Los concursos que se ven en nuestras iglesias con motivo de las fiestas de los santos, muchos los consideran como una concurrencia de moda, de costumbre, ó de ceremonia, mas que de devocion; como si estas solemnidades se hubieran instituido para la diversion, y no para el ejemplo. Grande error es creer que se pueda agradar á los santos, cuando no se agrada á Dios. Mas ¿á qué fin se renueva todos los años la memoria de estos héroes cristianos, poniéndosenos de tiempo en tiempo á la vista la imágen de sus virtudes y el recuerdo de su penitencia, sino para encender nuestro zelo, animar nuestra confianza y excitarnos á su imitacion? ¿A qué fin obligarnos á levantar la mano de toda obra servil, sino para que solamente nos ocupemos en el culto divino y en la práctica de buenas obras? Son nuestras fiestas solemnidades de religion; ¿será razon convertirlas en fiestas puramente mundanas, y acaso tambien profanas? Quiere Dios ser reverenciado en ellas por el sacrificio del corazon, el que debe acompañar al culto exterior y público; ¿se dará por muy satisfecho de nuestras momentáneas apariciones en la iglesia, de nuestras ostentaciones de vanidad y de nuestras hazañerías?

El asunto de la gran fiesta de mañana es la gloriosa Asuncion de la santísima Vírgen; esto es, su triunfante elevacion al cielo en cuerpo y alma. ¿Y nos atreveremos á asistir á su triunfo con el corazon manchado? ¿Llevaremos á los piés de los altares un espíritu mundano, y unos afectos carnales y terrenos? Grande indecencia seria presentarnos á los ojos de esta triunfante Reina con impuro corazon; grande atrevimiento presumir tener parte en su gloria, sin querer eficazmente aplicarnos á su servicio. Es impío

menosprecio presentarse delante de Dios sin la debida preparacion para solemnizar tan grande fiesta.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que es cosa escandalosa, pero no digna de admiracion, que los dias mas solemnes del año sean, por lo regular, los menos santificados, los mas infructuosos y los mas vacíos. Porque al fin, ¿qué disposiciones se hacen para ellos? Las vigilias, que solo se instituyeron para purificar con el ayuno y con la penitencia, para preparar con la oracion y con el recogimiento un corazon que debe ser presentado al Señor, y constituir uno de los ornamentos de la fiesta; estas vigilias, digo, se han convertido en dias de distracciones, de embarazos, de disipacion y de tumulto. Todo el tiempo de ellas le absorben los negocios, las visitas, el mundo y la vanidad; porque esta es la preparacion mas ordinaria para los dias de fiesta. Como el demonio es tan astuto, se da priesa á tomar la delantera, sabiendo muy bien que el fruto de los dias solemnes pende en parte de las vigilias. El único medio para celebrar con provecho el glorioso triunfo de la santísima Vírgen, es dejarse ver en el concurso de los fieles con la vestidura nupcial; es decir, con una conciencia pura, y con el alma adornada de aquellas virtudes que mas resplandecieron en la Reina de los cielos. Su pureza, su humildad, su abrasada caridad son los rasgos mas comunes que se deben notar en sus verdaderos hijos. Todo aquel que la sirve ha de llevar su librea, y mas cuando se celebra alguna de sus festividades, cuando se asiste á su triunfo. Muy notado y muy mal recibido seria en casa de un grande el que en sus dias, ó en otros de ceremonia y de funcion, se presentase con vestido indecente, usado y asqueroso. Todos

asisten de gala para hacer honor, y aun se procura que los vestidos en la tela, en el color y en el corte sean de su gusto. Pues si se quiere honrar á María en el dia de su mayor solemnidad, ¿no se ha de poner cuidado en acomodarse á lo que tanto le gusta?

El que deseare recibir favores de Dios en los dias mas solemnes, pase santamente las vigilias. Si esta fuere dia de penitencia y de recogimiento para el alma, el dia siguiente será verdaderamente dia de su fiesta para ella. Ya que en otros tiempos se pasaban en vela y en oracion las noches que precedian á las fiestas, empleemos por lo menos nosotros algunas horas de estos dias en oracion, en el recogimiento y en otras buenas obras. ¿Por ventura es nuestra religion diferente de la que profesaron nuestros abuelos? ¿Pues porqué tendremos menos fervor, menos zelo y menos devocion, que la que ellos tuvieron?

Dios mio, uno y otro lo espero de vuestra misericordia; y pues os dignásteis abrirme los ojos para que conociese y detestase el error en que he vivido hasta aquí, descuidado de una preparacion tan necesaria; haced que el cuidado con que me comienzo á disponer para celebrar la festividad de mañana, consiga de vuestra piedad que sea para mí dia de bendicion y de salud. Vírgen santa, atrévome á decir que tambien vos sois interesada en esto; en vuestra poderosa intercesion confío principalmente; alcanzadme la gracia necesaria para celebrar el dia de vuestro triunfo como uno de vuestros verdaderos siervos y de vuestros verdaderos hijos.

## JACULATORIAS.

*Præparate corda vestra Domino, servite ei soli. Cras solemnitas Domini est.* 1 Reg. 7; Ex. 32.

Mañana se la solemnidad del Señor, igualmente que

la de su Madre; dispon tu corazon para servirle á solo él.

*Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Salm. 58. Mi corazon está preparado, mi Dios; mi corazon está preparado.

**PROPOSITOS.**

1. No te parezca que basta estar prevenido para cuando llegue el esposo; es menester tenerlo hecho, por lo menos desde el dia antes. Solo entraron en la sala de las bodas aquellas vírgenes que ya estaban prevenidas cuando el esposo llegó; las que esperaron á hacerlo al mismo tiempo de su arribo, ya no lo hicieron en sazon. Además del recogimiento interior, y del espíritu de retiro que debes conservar todo este dia, dispon tus ocupaciones de manera que por la tarde te quede libre un buen espacio de tiempo para prepararte con sosiego á celebrar tan grande solemnidad. Si se puede, será bien confesarse en la misma vigilia, pues no hay disposicion mas eficaz, ni que tanto contribuya al recogimiento y á la devocion; por lo menos debe en ella hacerse el exámen para la confesion del dia siguiente. Despues de comer, ten un poco de leccion espiritual, y asiste á las vísperas, por las cuales se da principio á la fiesta; ejercicio de religion, á que siempre acompañan muchas gracias. Pues ya no está en uso pasar la noche en la iglesia, emplea por lo menos una buena parte de ella en devociones y en otras buenas obras. Visita aquella iglesia del pueblo donde es mas especialmente venerada la santísima Virgen, y guarda el ayuno del dia con el mayor rigor.

2. Retirado á tu casa dedica un poco mas de tiempo á la lectura de algun libro devoto; y despues de coalcion, junta tus hijos y tus criados para que oigan leer

la historia del dia siguiente; y luego, habiéndolos instruido en la devocion con que la deben celebrar, exhórtalos á que lleguen al sacramento de la confesion y de la comunion, y á que asistan con devocion á los divinos oficios y al santo sacrificio de la misa, rezando con atencion la letanía de la Vírgen, así este dia como todos los de la octava. Muchos pasan en oracion una buena parte de la noche; pero á lo menos procura madrugar bien por la mañana. Es este un dia de bendiciones y de gracias; y nunca se ostenta la Vírgen mas liberal que en el dia de su triunfante entrada en la gloria, en el cual derrama con profusion sus favores sobre las almas de todos sus devotos.

---

# DIA QUINCE.

## LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Ya en fin llegó, carísimos hermanos mios, dice san Agustin, este dia tan venerable para nosotros; este dia que excede todas cuantas festividades solemnizamos en honor de los santos; este dia tan célebre; este clarísimo dia en que creemos que la Vírgen María pasó desde este mundo á la gloria celestial: *Adest nobis, dilectissimi fratres, dies valdè venerabilis, dies omnium sanctorum solemnitātes prœcellens, dies inclyta, dies prœclara, dies in qua è mundo migrasse creditur virgo Maria.* Resuenen en toda la tierra las alabanzas, los festivos clamores de alegría en el dia glorioso de su triunfante Asuncion: *Laudes insonet universa terra cum summa exultatione, tantœ virginis illustrata excessu.* Porque seria cosa muy indigna que no celebrásemos con extraordinaria devocion, culto y aparato, la solemne fiesta de aquella por quien

merecimos recibir al Autor de la vida: *Quia indignum valdè est, ut illius recordationis solemnitas sit apud nos sine maximo honore, per quam meruimus Auctorem vitæ suscipere*. Este es uno de los mas célebres dias del año, dice san Pedro Damiano, por ser el dia en que la santísima Vírgen, digna por su nacimiento del trono real, fué elevada por la santísima Trinidad hasta el trono del mismo Dios, y colocada tan alto junto á la admirable Trinidad, que se arrebata hácia sí los ojos y la admiracion de los ángeles: *Sublimis illa dies est, in qua Virgo regalis, ad thronum Dei Patris evehitur, et in ipsius Trinitatis sede reposita, naturam angelicam sollicitat ad videndum*. A la verdad, el misterio de este dia es superior á todas nuestras expresiones; y san Bernardo no halla reparo en decir que la Asuncion de María es tan inefable como la generacion de Cristo: *Christi generationem, et Mariæ Assumptionem quis enarrabit?* Pasmados de admiracion á vista de una gloria que tiene suspensos y como embargados de asombro á los mismos ángeles, nos contentaremos con referir la historia de este admirable misterio.

La opinion mas recibida en la Iglesia, fundada en la tradicion, es que, despues de la Ascension del Salvador á los cielos y de la venida del Espíritu Santo, vivió la Vírgen veinte y tres años y algunos meses mas en este mundo. Aunque era tan abrasado y vivo el deseo que tenia la Señora de seguir al cielo á su querido Hijo, consintió quedarse en la tierra para el consuelo de los fieles, y para atender á las necesidades de la Iglesia recien nacida, conviniendo que su presencia supliese de alguna manera la ausencia corporal de Jesucrito. Lo mucho que podia en el cielo era de gran socorro á los fieles que vivian en la tierra, alcanzando aquellos primeros tiempos de persecucion, sosteniéndose su fe con la noticia y con el consuelo

de que aun vivia entre ellos la Madre de su Dios. Era la Vírgen su oráculo, su apoyo y todo su refugio. Fortalecia su virtud, animaba su zelo, enseñaba á los doctores, dice el sabio Idiota, y era como el oráculo de los mismos apóstoles? *Doctricem doctorum, magistram apostolorum.* Y el abad Ruperto asegura que en cierto modo suplia con sus instrucciones lo que el Espíritu Santo no tuvo por conveniente descubrirles, habiéndoseles comunicado, por decirlo así, con limite y con medida; y los santos padres convienen en que el evangelista san Lucas supo singularmente de boca de la santisima Vírgen las particulares circunstancias de la infancia del niño Jesus, que dejó especificadas en su evangelio, y que aun por eso se dice en él que María no dejaba perder cosa alguna de las que entonces pasaban, conservándolas en su memoria y meditándolas en su corazon: *Maria conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.*

Durante el espacio de estos veinte y tres años, la vida de la santísima Vírgen fué un continuo ejercicio del mas puro amor y un perfecto modelo de todas las virtudes; una oracion no interrumpida, y esta misma oracion un éxtasis perpetuo. Visitaba con frecuencia los sagrados lugares que el Salvador habia santificado con su presencia, cumpliendo los misterios de nuestra redencion. Aunque esta divina Madre vivia en la tierra, su corazon nunca se separaba de su amado Hijo, que habitaba en el cielo. Pasábanse pocos dias sin que Jesucristo se le apareciese, y ninguno en que no conversase familiarmente con los ángeles, singularmente destinados á su servicio; y aunque distante de la celestial Jerusalen, mientras duró su habitacion en la tierra, gustaba abundantemente de todas sus delicias.

Habia casi doce años que residia en Jerusalen la santisima Vírgen, cuando los apóstoles y los discípulos

se vieron precisados á retirarse de aquella ciudad por la persecucion que los judíos suscitaron contra los fieles. Y si el maravilloso progreso que hacia el Evangelio la colmaba de gozo y de consuelo, se templaba mucho este por el furor con que era perseguida la Iglesia. Cuando la Vírgen dejó á Jerusalen, se encaminó á Éfeso en compañía de san Juan hácia el año 45 del Señor; pero sosegada un poco la persecucion, se restituyó á aquella ciudad, en la cual permaneció el resto de su vida.

Mientras tanto, habiendo ya llevado los apóstoles la luz de la fe á casi todo el universo, y estando ya la Iglesia sólidamente establecida en todas partes, parecia tiempo que la Vírgen dejase ya la estancia de la tierra, que consideraba como lugar de destierro. Suspiraba contínuamente por aquel feliz momento, que la habia de volver á juntar para siempre con su querido Hijo; cuando un ángel, que se cree fué san Gabriel, le vino á anunciar el dia y la hora de su triunfo. Es cierto que, habiendo sido preservada del pecado original por especial privilegio, como tambien de toda otra culpa durante su santísima vida, no estaba sujeta á la muerte, que es pena del primero; mas habiéndose sujetado á ella Jesucristo, no quiso María eximirse de padecerla.

Seis circunstancias, á cual mas prodigiosas, observan los santos padres en la Asuncion de la santísima Vírgen. Primera, su muerte, que muchos de ellos y algunos martirologios llaman sueño: *Dormitio.* Segunda, la glorificacion de su alma en el mismo momento de su separacion. Tercera, la sepultura de su santo cuerpo en el lugar de Getsemaní. Cuarta, su gloriosa resurreccion tres dias despues. Quinta, su triunfante Asuncion en cuerpo y alma á los cielos. Sexta, su coronacion en la gloria por la santísim Trinidad.

Algunos padres antiguos, y entre ellos san Epifanio, parece ponen en duda si murió la Madre de Dios, ó si permaneció inmortal. Autorizaban una duda tan bien fundada, así su inmaculada Concepcion, como su divina maternidad; pero la Iglesia en la oracion de este dia expresa con claridad que verdaderamente murió segun la condicion de la carne: *Quam pro conditione carnis migrasse cognoscimus.* San Juan Damasceno dice que no se atreve á llamar *muerte* á esta separacion, sino sueño, ó una union mas íntima con su Dios; un tránsito de la vida mortal á la dichosa inmortalidad: *Sacram tuam migrationem haud quaquam appellabimus mortem, sed somnum, aut peregrinationem, vel, ut aptiori verbo utar, cum Deo præsentiam.* No separó, dicen los padres, aquella purísima alma de su santo cuerpo, ni la violencia de la enfermedad, ni el desórden de los humores, ni el desfallecimiento de la naturaleza; rompió aquella union el puro amor divino, y obra suya fué la muerte de la Vírgen. Habia encendido el Espíritu Santo en su corazon un amor tan abrasado, que fué un contínuo milagro, dice san Bernardo, la vida de María; no siendo posible que sin él sufriese el violento ardor de aquel divino fuego. Ceso este milagro con su muerte. No quiso Dios suspender por mas tiempo el efecto de aquel sagrado incendio; dejóle obrar con toda su fuerza en aquel corazon sin mancha, santuario del divino amor. No pudo naturalmente resistir por mas tiempo á sus esfuerzos, y consumido á violencia de aquellos divinos ardores, terminó sin dolor tan santa vida. O no habia de morir la santísima Vírgen, dice san Ildefonso, ó habia de morir de amor.

Hallábase á la sazon en Jerusalen en la casa del cenáculo. Esparcida la voz entre los fieles de que la Madre de Dios estaba para dejarlos, y para ir á ponerse en posesion del glorioso trono que su querido Hijo le

tenia preparado en la celestial Jerusalen, no es fácil expresar los contrarios afectos de gozo y de dolor que se apoderaron á un mismo tiempo de todos sus corazones. Por una parte, se consideraban en vísperas de verse separados de su querida Madre, que era todo su apoyo y todo su consuelo; por otra, reconocian que iba á volverse á unir con su amado Hijo en el cielo, donde seria su abogada con Dios y toda su confianza. De todas partes concurrieron á ella para recibir su última bendicion. San Juan, como sagrado depositario de aquel tesoro, no se apartaba un punto de su lado, solícito mas que nunca de rendir todas las obligaciones de hijo á la mejor de todas las madres. Estaba incorporada la Vírgen en un humilde lecho, y desde allí consolaba á todos los fieles que se hallaban presentes, dando nuevo aliento á su fe y exhortándolos á la perseverancia; cuando, por un raro prodigio que ella sola tenia sabido que habia de suceder, todos los apóstoles y algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo, se hallaron milagrosamente trasladados al cuarto del cenáculo para tributar sus últimos respetos á la Madre del Salvador. San Dionisio Areopagita, que se halló presente, nombra á san Pedro, suprema cabeza de los teólogos; á Santiago, hermano del Señor; á los otros príncipes de la gerarquía eclesiástica, y además de eso á san Heroteo, á san Timoteo y á otros muchos discípulos de los apóstoles, de cuyo número era el mismo san Dionisio.

Juvenal, patriarca de Jerusalen, san Andrés, obispo de Creta, y san Juan Damasceno, con otros padres, aseguran que los apóstoles fueron trasportados en una nube por ministerio de ángeles. En el tratado *de la muerte de la santísima Vírgen*, atribuido á san Meliton, obispo de Sárdica, se dice que la Señora tenia en la mano una palma que el ángel le habia traido

cuando bajó á anunciarle el dia y la hora de su muerte. Mientras tanto, encendieron muchas velas todos los circunstantes; todos se deshacian en lágrimas, consolándolos á todos la santísima Vírgen; y habiendo exhortado, así á los apóstoles como á los discípulos, á predicar el Evangelio con el mayor zelo y valor, asegurando á toda la Iglesia de su poderosa proteccion, vió aparecer al Salvador, acompañado de todos los coros de los ángeles, que venia á recibir su dichosísimo espíritu, y á conducirle como en triunfo al lugar de la bienaventurada inmortalidad. Abrasada entonces el alma con todo el fuego del divino ardor, se desprendió por sí misma del cuerpo, y fué conducida en triunfo hasta el trono del mismo Dios.

En el mismo punto en que espiró la santísima Vírgen, se llenó todo el cuarto de una resplandeciente luz mas brillante que la del sol. Toda la milicia de la corte celestial, dice san Jerónimo, salió al encuentro á la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos en honor suyo, que fueron oidos de todos los que se hallaban en el cenáculo: *Militiam cœlorum cum suis agminibus festivè obviam venisse Genitrici Dei cum laudibus et canticis.* Y aquella alma tan pura, mas santa que todos los ángeles y todos los santos juntos, fué elevada, dice san Agustin, hasta el trono del soberano Señor del universo, muy superior á todas las celestiales inteligencias: *Angelicam transiens dignitatem, usque ad summi Regis thronum sublimata est.* Ni era justo, añade el mismo padre, estuviese colocada en otro lugar que en el inmediato al que ocupaba aquel Señor que ella misma habia dado á luz en este mundo: *Non enim fas est alibi te esse quàm ubi est quod à te genitum est.*

Luego que rindió su espíritu la santísima Vírgen, todos los circunstantes se postraron á sus piés regándolos con sus lágrimas. Los fieles que se hallaban en Jerusalen y en su contorno concurrieron todos apresu-

rados á venerar aquel santo cuerpo, santuario del Verbo encarnado y arca del nuevo Testamento. Sanaron todos los enfermos que se presentaron delante de él; y san Juan Damasceno, que trasladó á nuestra noticia todo lo que llegó á entender de la tradicion, dice que hasta los mismos judíos sintieron los efectos de su poder, y participaron de sus milagros.

Despues que todos satisficieron su devocion, fué llevado el santo cuerpo al sitio donde se le habia de dar sepultura, que era el pequeño lugar de Getsemaní, distante trescientos pasos de Jerusalen. Llevaban el féretro los santos apóstoles, y los seguia el resto de los fieles con velas encendidas, porque los judíos estuvieron tan lejos de oponerse á esta pompa fúnebre, que antes bien ellos mismos se agregaron á ella para hacerla mas numerosa y mas célebre, llenos todos de veneracion á María. Fué depositado el santo cuerpo con gran respeto en el sepulcro que estaba preparado, y este se cerró con una gruesa piedra. En una carta que Juvenal, patriarca de Jerusalen, escribió al emperador Marciano y á la emperatriz Pulqueria, dice que así los apóstoles como los otros fieles, pasaban los dias y las noches junto al sepulcro, sucediéndose unos á otros, y mezclando sus voces y sus cánticos con los ángeles, cuyas suavísimas canciones no se dejaron de oir en todos aquellos tres dias. Mas no era conveniente, dice san Agustin, que el Salvador dejase en la sepultura un cuerpo, del cual el suyo habia sido formado, ni una carne, que en cierta manera era la suya: *Caro enim Jesu, caro Mariæ.* ¿Quién tendria atrevimiento para imaginar que aquel Hijo de Dios qu vino al mundo, no para quebrantar la ley, sino para cumplirla, se dispensase en la mas mínima obligacion de las que deben los hijos á los padres? *Nunquid non pertinet ad benignitatem Domini Matris servare honorem, qui legem venerat non solvere, sed adimplere?*

Pues ahora; aquella misma ley que manda honrar á la Madre, manda al mismo tiempo preservarla de todo lo que puede ceder en su deshonor: *Lex enim sicut honorem Matris præcipit, sic inhonorationem damnat.* Pudo Jesucristo, concluye el mismo santo, eximir de la corrupcion al cuerpo de su santísima Madre; pues ¿quién se atreverá á decir que no lo quiso hacer? *Potuit eam à putredine et pulvere alienum facere, qui ex ea nascens potuit Virginem relinquere.* Es la corrupcion del cuerpo oprobio de la naturaleza humana; miróla Jesucristo con horror; y por consiguiente, lo mismo parece que debió hacer con su Madre: *Putredo humanæ est opprobrium conditionis, à quo opprobrio cùm Jesus sit alienus, natura Mariæ excipitur, quam Jesus de ea suscepisse probatur.*

Con efecto, al tercer dia, dice san Juan Damasceno con la mayor parte de los santos padres griegos y latinos; como santo Tomás, el único de los apóstoles que no se habia hallado presente á la muerte de la santísima Vírgen, desease ansiosamente ver el sagrado cuerpo, disponiendo Dios que no se hallase á la muerte de su Madre, para proporcionar un medio natural de manifestar su gloriosa resurreccion; y pareciéndoles muy justo á los demás apóstoles darle este consuelo, se abrió el sepulcro; pero quedaron todos gustosamente sorprendidos cuando no encontraron dentro de él sino los lienzos y los vestidos con que el santo cuerpo habia sido amortajado, exhalando de sí una fragancia exquisita: *Post tres dies,* dice san Juan Damasceno, *angelico cantu cessante,* habiendo cesado al cabo de los tres dias la celestial música de los ángeles: *Qui aderant apostoli (cùm unus Thomas, qui abfuerat, venisset, et quod Deus susceperat corpus adorare voluisset) tumulum aperuerunt, sed omni ex parte sacrum ejus corpus nequaquam invenire potuerunt; cùm ea tantùm invenissent in quibus*

*fuerat compositum; et ineffabili, qui ex his proficiscebatur, essent odore repleti.* Asombrados á vista de tan grande maravilla, cerraron el sepulcro, persuadidos que el Verbo divino, que se habia dignado hacerse hombre y tomar carne en el vientre de la santísima Vírgen, no habia permitido que su cuerpo estuviese sujeto á la corrupcion, antes quiso resucitarle tres dias despues de su muerte; y anticipándole la resurreccion general, le hizo entrar triunfante en la gloria : *Loculum clauserunt, ejus mysterii obstupefacti miraculo : hoc solùm cogitare potuerunt quòd cui placuit ex Maria Virgine carnem sumere, et hominem fieri et nasci, cùm esset Deus Verbum et Dominus gloriæ; quique post partum incorruptam servavit ejus virginitatem, eidem etiam placuit et ipsius, postquam migravit, immaculatum corpus, incorruptum servatum, translatione honorare, ante communem et universalem resurrectionem.* Este es el comun sentir de la Iglesia, como lo publica todos los años en el oficio de la octava de esta fiesta. Por eso, dijo san Agustin, exponiendo aquello del salmo 25 : *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*, que aquel santo cuerpo en que tomó carne el divino Verbo, no se podia creer fuese entregado en presa á los gusanos y á la podredumbre, causándole horror solo el pensarlo : *Sentire non valeo, dicere perhorresco*; y explicando san Juan Damasceno aquello del Profeta : *Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tuæ* ; ¿quién no ve, dice, que la resurreccion de que habla el Profeta, es la del Salvador y la de la santísima Vírgen, aquella arca misteriosa que encerró en su seno la fuente de la santidad?

¡Quién podrá comprender, exclama san Bernardo, la gloria con que subió al cielo la santísima Vírgen! ¡con qué raptos de amor le salieron al encuentro tantas regiones de ángeles! ¡con qué afectos de respeto

y veneracion! ¡con qué cánticos de alegría la acompañaron! *Quis cogitare sufficiat quàm gloriosa hodie mundi Regina processerit; et quanto devotionis affectu tota in ejus occursum cœlestium regionum prodierit multitudo!* Ni hubo jamás en el mundo triunfo mas glorioso, ni se conoció en él dia mas célebre, dice san Jerónimo, que este dia en que la Vírgen fué elevada á los cielos: *Et hæc est præsentis diei festivitas*. Atrévome á decir, exclama el bienaventurado Pedro Damiano, que, prescindiendo de la divinidad, la pompa y el aparato de la Asuncion de María fué mayor que el de la Ascension del mismo Jesucristo: *Audacter dicam, salva Filii majestate, Virginis Assumptionem longè digniorem fuisse Christi Ascensione*; pues en la Ascension del Salvador solamente le salieron á recibir los ángeles; pero en la Asuncion de María, además de todos los espíritus angélicos, el mismo Hijo de Dios salió al encuentro á su Madre, y la condujo hasta lo mas elevado de los cielos. Pues qué nos admiramos ya, dice san Bernardo, de que las celestiales inteligencias se quedasen como extáticas de pasmo, preguntándose unas á otras: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* ¿Qué mujer es esta? como si dijeran, ¿qué pura criatura igualará jamas la gloria y la santidad de esta mujer que sube del desierto, colmada de dulcísimas delicias y apoyada sobre su mismo amado Hijo? El recibimiento que Salomon hizo á su madre, no fué mas que un imperfecto bosquejo, una oscura sombra del que el Salvador hizo hoy á la Vírgen: *Surrexit Rex in occursum ejus* (dice la Escritura) *adoravitque eam, et sedit super thronum suum; positusque est thronus Matris ejus quæ sedit ad dexteram ejus*: Levantóse el Rey de su trono, salióla á recibir, saludóla profundamente; y volviendo á ocupar su solio, puso el de su Madre á la derecha del suyo. En el mis-

terio de este dia se verifica aquel prodigio que tanta maravilla causó en el cielo al evangelista san Juan : una mujer vestida del sol, con la luna á sus piés, y coronada su cabeza con doce estrellas resplandecientes. Si el ojo del hombre no vió, dice san Bernardo, ni el oido oyó, ni cupo jamás en su imaginacion lo que tiene Dios preparado para los que le aman; ¿quién podrá nunca explicar ni aun comprender lo que preparó para su Madre, que ella sola le amó mas que todos los hombres juntos, y á quien él ama mas que á todas las criaturas? *Quid præparavit gignenti se?* No es posible, dicen los padres, que persona humana pueda explicar ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la Virgen. Ni esto debe causar admiracion, dice Arnaldo de Chartres : la gloria de María en cuerpo y alma en el cielo no es como la de los demás; hace clase aparte; ocupa un lugar incomparablemente mas elevado que el de los ángeles, pues la gloria que posee María no solo es semejante á la del Verbo encarnado, sino en cierta manera la misma: *Gloriam cum Matre, non tam communem judico, quàm eamdem.*

La solemnidad de este dia debe despertar nuestra devocion, dar nuevo aliento á nuestra fe y excitar nuestra confianza. Nos trae á la memoria, dice san Bernardo, que tenemos en el cielo una reina, que al mismo tiempo es nuestra madre; una medianera todopoderosa con el soberano medianero; y una abogada con el Redentor, que ninguna gracia le puede negar *(Serm. 2 de Adv.)* : *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra.* Esta es la escala de los pecadores, esta mi grande esperanza, esta el fundamento de toda mi confianza *(Serm. de Aquæductu.)* : *Hæc peccatorum scala, hæc mea magna fiducia, hæc tota ratio spei meæ.* Tú, ó Vírgen santa, dice san Agustin, eres, por decirlo así, la única esperanza de los peca

dores; por tí esperamos el perdon de nuestros pecados; en tu intercesion colocamos la esperanza de nuestro premio *(Serm. 18 de Sanct.)* : *Tu es spes unica peccatorum; per te speramus veniam delictorum, et in te, beatissima, nostrorum est exspectatio præmiorum.* Concediósele todo el poder en el cielo y en la tierra, dice san Anselmo; no hay cosa imposible para aquella que puede resucitar la esperanza de la salvacion en los mismos desesperados *(De Laudib. Virg.)* : *Data est illi omnis potestas in cœlo et in terra; nihil illi impossibile, cui possibile est relevare in salutis spem, desperantes.* Toda la esperanza, gracia y salud que tenemos, estemos persuadidos á que todo nos viene por la intercesion y por el valimiento de María *(Ibid.)* : *Si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, a Maria noverimus redundare.* Si quieres asegurar siempre buen despacho, y que sean aceptadas tus oraciones, acuérdate de ofrecer por manos de María todo lo que ofrecieres á Dios : *Si non vis pati repulsam, per Mariæ manus offerre memento quidquid offerre vis Deo.* Ella es la esperanza de los desesperados, dice san Efren, puerto de los que naufragan, y único recurso de todos los que no tienen otro *(De Laud. Virg.)* : *Spes desperantium, portus naufragantium, et auxilio destitutorum unica adjutrix.* Todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos, dice san Pedro Damiano : *In manibus ejus sunt thesauri miserationum Domini.* En fin, ser devoto tuyo, ó bienaventurada Vírgen María (dice san Juan Damasceno), es tener armas defensivas, puestas por Dios en as manos de los que quiere salvar *(Orat. de Assumpt.)* : *Devotum tibi esse, ó beata Virgo, est arma quædam habere, quæ Deus iis dat quos vult salvos fieri.*

Estaba el sepulcro de la santísima Vírgen en el lugar de Getsemaní y en el valle de Josafat, siendo el mas respetable y mas digno de honor que habia en el

mundo, despues del sepulcro de Cristo. Pero en tiempo de los emperadores Tito y Vespasiano arruinaron de tal modo aquel santo lugar las tropas que se apoderaron de Jerusalen, que despues no les fué posible á los fieles reconocer el sitio donde habia estado. Esta es la razon por que san Jerónimo no hace mencion alguna del sepulcro de la santísima Vírgen, haciéndola de los sepulcros de varios patriarcas y profetas que fueron visitados por santa Paula y santa Eustoquia. Descubrióse despues, andando el tiempo, no queriendo el Señor que aquel venerable sitio, santificado con tan sagrado depósito, estuviese por mas años oculto á la veneracion de los fieles. Asegura Burchard, que él mismo le vió, pero tan enterrado en las ruinas de otros edificios, que se bajaban sesenta escalones para llegar á él. Beda escribe que en su tiempo ya se mostraba enteramente descubierto, y al presente se muestra á los peregrinos entallado en una peña.

Siempre fué la fiesta de la Asuncion una de las mas solemnes de la Iglesia; y por lo que toca á la solemnidad va á la par, por decirlo así, con las fiestas de la Epifanía y de Pascua. Pero en Francia se puede decir que se hizo mas célebre que en otras partes desde que Luis XIII, de gloriosa memoria (*Bourd.*) en el año de 1638, escogió este dia para consagrar su persona, su real familia y todo su reino á la santísima Vírgen, no ya por un voto secreto formado dentro de su corazon, sino por el mas público y el mas auténtico que hizo jamás algun monarca cristiano; pues no de otra manera que David le hizo en presencia de su pueblo: *In conspectu omnis populi ejus*; mandando que se publicase en todos los lugares de sus dominios, interesando en el á todos sus vasallos, y queriendo que fuese de eterna memoria. Este es el orígen y el fin de las santas procesiones que este dia se hacen en toda

la Francia, y son otros tantos públicos testimonios de la protesta que hacen los reyes cristianísimos de que quieren depender de María, reconociéndola por soberana suya mediante este culto público y solemne.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La Asuncion de la bienaventurada Vírgen María, madre de Dios.

En Roma en la via Apia, san Tarsico, acólito, que, llevando el cuerpo d Jesucristo, fué encontrado por unos paganos, quienes le preguntaron lo que llevaba. Mas no juzgando conveniente entregar tan precioso bien á unos impíos, fué tan maltratado por ellos á palos y pedradas, que quedó muerto en el sitio. Los sacrílegos se pusieron á registrar el cuerpo; mas nada hallaron del sacramento eucarístico, ni en las manos ni en los vestidos del santo. Los cristianos recogieron el cuerpo del mártir, y l enterraron honrosamente en el cementerio de Calixto.

En Tagaste en Africa, san Alipo, obispo, que, habiendo sido primeramente discípulo de san Agustin, despues su compañero de conversion, su colega tambien en el cargo pastoral y su animoso colaborador en los combates contra los herejes, fué por último participante con él de la gloria celestial.

En Soissons en Francia, san Arnulo, obispo y confesor.

En Champaña, san Bausengo.

En el Maine arcedianato de Passais, san Framburgo, solitario, que vivió algun tiempo en Ivri, cerca de París.

En Nicomedia, el natalicio de los santos mártires Straton y sus compañeros.

En Irlanda, san Macartino, obispo de Clogher en Ultonia.

En el monasterio de Timia en Grecia, el tránsito de santa Anastasia, viuda por la segunda vez, fundadora y luego abadesa de dicho monasterio.

*La misa es en honor de la Asuncion de la Vírgen, y la oracion la que sigue:*

Famulorum tuorum, quæsumus, Domine, delictis ignosce: ut, qui tibi placere de actibus nostris non valemus, Genitricis Filii tui Domini nostri intercessione salvemur: Qui tecum vivit et regnat....

Suplicámoste, Señor, que perdones á tus siervos los pecados de que son reos, para que, no siéndonos posible agradaros por nuestras obras, seamos salvos por la intercesion de la santa Madre de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo: Que contigo vive y reina por todos los siglos....

*La epístola es del cap. 24 de la Sabiduría.*

In omnibus requiem quæsivi, et in hæreditate Domini morabor. Tunc præcepit, et dixit mihi Creator omnium; et qui creavit me requievit in tabernaculo meo, et dixit mihi: In Jacob inhabita, et in Israel hæreditare, et in electis meis mitte radices. Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sancto-

En todas las cosas busqué descanso, y en la heredad del Señor haré mansion. Entonces el Criador de todo mandó, y me dijo; y el que me crió descansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita con Jacob, y ten tu heredad en Israel, y echa raices en mis elegidos. Desde el principi y antes de los siglos fuí criada y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante de él. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raices en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que

rum detentio mea. Quasi cedrus exaltat sum in Libano, et quasi cypressus in monte Sion : quasi palma exaltata sum in Cades, et quasi plantatio rosæ in Jericho : quasi oliva speciosa in campis, et quasi platanus exaltata sum juxta aquam in plateis. Sicut cinnamomum et balsamum aromatizans odorem dedi ; quasi myrrha electa dedi suavitatem odoris.

es su heredad ; y mi habitacion fué en la plenitud de los santos. Fuí ensalzada como cedro en el Líbano, y como ciprés en el monte Sion : extendí mis ramos como una palma de Cades, y como un rosal de Jericó ; me levanté como una oliva hermosa en los campos, y como el plátano en las llanuras cerca de las aguas. Despedí olor como el cinamomo, y como el bálsamo que despide aromas, y exhalé suavidad y olor como mirra elegida.

### NOTA.

« El sentido literal de todo este capítulo del Eclesiástico es el elogio que hace de sí misma la Sabiduría, la cual describe su orígen, sus admirables cualidades, sus obras y su dichosa suerte. Pero en sentido místico es una alegoría ó metáfora ingeniosamente continuada de la santísima Vírgen, hecha por el Espíritu Santo, y aplicada por la Iglesia á la Madre de Dios. »

### REFLEXIONES.

*Busqué un lugar de reposo entre todas las naciones, y escogí una habitacion en la heredad del Señor.* No hay que buscar en la tierra lugar alguno de reposo ; ni mucho menos entre aquellas gentes, en quienes reina el espíritu del mundo. Nunca tocó á los cristianos entre sus partijas la tranquilidad del corazon ni del espíritu. Son los fieles el pueblo escogido de Dios, y es el cielo herencia suya; y no podia la santísima Vírgen escoger su habitacion en otra

parte. Habiendo sido concebida sin pecado, y toda su vida un inmenso tesoro de gracias, de virtudes y merecimientos, fué siempre el dulce objeto á quien se terminaban las complacencias de la adorable Trinidad. Elevada á la dignidad de Madre de Dios, adquirió todos los derechos que una madre tiene sobre su hijo; y su divino Hijo la correspondió con mas ternura que la que profesan los mejores hijos á sus madres. El pueblo de este es el pueblo de aquella, y los tesoros de él son sus riquezas. Siendo el pueblo de Dios pueblo suyo, su herencia son todos los fieles. Echó raices; es decir, hízose madre de los escogidos de Dios; ¡qué consuelo para ellos el tener tal madre! De aquí nace aquella tierna devocion á María, que, en parte fué el distintivo de todos los santos, y que, en sentir de todos, es señal de predestinacion. Por tanto, no hay hereje, cismático, ni réprobo, que no mire a María con frialdad, ó á lo menos con indiferencia. Es, á la verdad, refugio y esperanza de los pecadores; pero en rigor solo es madre de los escogidos. Establecióse su poder en la Jerusalen celestial. Ni el Padre Eterno, dicen los padres de la Iglesia, podrá negar cosa alguna á su Hijo, ni el Hijo sabrá negársela á su Madre. Es la distribuidora de todas las gracias; ¡gran consuelo para sus devotos, para sus fieles siervos y para sus hijos! *Fuí exaltada como los cedros del Líbano.* Es el cedro el mayor y el mas sólido de todos los árboles. Ninguna pura criatura es capaz de igualar á la gloria ni al trono de María; está sentada á la diestra de su Hijo; es madre de Dios; imagina, si puedes, dignidad mas elevada; ni el mismo Dios parece que puede elevar una pura criatura á mas alta dignidad. La palma arroja todas sus ramas hácia lo alto; ninguna inclina hácia la tierra. Las rosas de Jericó son incorruptibles; los olivos están llenos de oleo, y nunca pierden su

verdor: el plátano tiene las hojas muy anchas, divididas en cinco ó seis partes, que figuran una mano abierta, y vierten con abundancia todo el rocío que reciben del cielo. El cinamomo es un arbolito, cuya corteza exhala un admirable olor, aun mas suave que el de la canela. La planta que produce el bálsamo es aromática, y la mas fragante de todas; su figura se mejante á la viña, pero se sostiene sin arrimo; la hoja es parecida á la del zumaque, pero nunca cae en tierra; su pié ó su caña es humilde, por decirlo así, porque se eleva poco, sácasele el jugo por incision; pero sin valerse de hierro, que es mortal á esta planta; el licor que sale se endurece, y queda transparente; preserva los cuerpos de la corrupcion. La mirra es un licor odorífero que le rezuma, por decirlo así, de un arbolillo, y tiene maravillosa virtud. Todas estas plantas que nombra aqui en particular la sagrada Escritura, que producen frutos, y tienen tan exquisitas propiedades, muestran visiblemente las raras virtudes de aquella, á quien el Espíritu Santo compara á un jardin cerrado. Encuéntranse en ellas perfectos y adecuados símbolos de las admirables cualidades que concurren en la mas perfecta de todas la criaturas, cuyas perfecciones, siendo muy superiores á todas nuestras ideas, y acomodándose el Espíritu Santo á nuestra limitacion, se vale de lo mas raro, mas exquisito y mas saludable que se halla en la naturaleza, para hacernos un retrato sensible de la Madre de Dios.

*El evangelio es del capítulo* 10 *de san Lucas.*

In illo tempore: Intravit Jesus in quoddam castellum, et mulier quædam Martha nomine, excepit illum in domum suam; et huic erat soror no-

En aquel tiempo: Entró Jesus en cierto castillo, y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa; y esta tenia una hermana llamada María, la cual

mine Maria, quæ etiam sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius. Martha autem satagebat circa frequens ministerium; quæ stetit, et ait: Domine, non est tibi cura, quòd soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me adjuvet. Et respondens, dixit illi Dominus: Martha, Martha, sollicita es, et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.

tambien, estando sentada á los piés del Señor, oia sus palabras. Marta, pues, cuidaba de las haciendas de casa; y presentándose al Señor, le dijo: Señor, ¿no cuidas de que mi hermana me deja sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude. Y respondiéndole el Señor, le dijo: Marta, Marta, tú estás solícita y distraida en muchas cosas, y á la verdad sola una es necesaria, María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada.

## MEDITACION.

### SOBRE LA ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

### PUNTO PRIMERO.

Considera todas las maravillas que se hallan reunidas en la fiesta de este dia, y que todas juntas concurren á hacer mas glorioso el triunfo de la santísima Vírgen; su preciosa muerte, efecto del amor mas puro; su resurreccion anticipada, premio de su santidad; su asuncion en cuerpo y alma á los cielos, prueba ilustre de su gloria. ¡Cuántas maravillas se encierran en una sola solemnidad! ¡cuántos motivos de gozo, de confianza, de veneracion y de amor concurren en esta fiesta! ¡qué vida tan santa la de la Madre de Dios! Concebida sin pecado; llena de gracia desde el primer instante de su ser; enriquecida con todas las virtudes; ¡qué inmenso cúmulo de méritos en el instante de su muerte! El amor, mas que la muerte, terminó aquella santa vida. No murió la

Vírgen de enfermedad ni de desfallecimiento; murió por conformarse en todo con su querido Hijo. ¡Pero qué gozo, qué inefable gloria fué la de aquella alma tan querida de Dios, cuando, al desprenderse de su santo cuerpo, se halló en los brazos de Jesucristo, y fué conducida por aquel amado Hijo, en medio de un innumerable ejército de espíritus celestiales hasta el trono del mismo Dios! Mas aquel cuerpo tan puro, santuario del Verbo encarnado, aquella carne, de la cual el Espíritu Santo habia formado el cuerpo adorable de Jesucristo, ¿habia de estar sujeta á la corrupcion? No; una reliquia tan preciosa, tan santa, no era para la tierra, ni para ser meramente objeto de culto y de veneracion á los pueblos; debia ser colocada en el cielo; y por lo mismo, retiró el Señor tan presto del sepulcro aquel sagrado cuerpo. Muerte santa, resurreccion gloriosa, asuncion triunfante; ¡qué asunto tan copioso de dulces reflexiones! No; no vió jamás el mundo otro triunfo, ni tan pomposo, ni tan brillante, ni tan augusto. Toda la corte celestial sale al encuentro de la Madre de Dios; todos los espíritus bienaventurados se apresuran por honrar á la Reina de los hombres y de los ángeles. ¡Con qué magnificencia, con qué gloria fué María elevada en cuerpo y alma sobre las mas sublimes celestiales inteligencias, y colocada á la diestra de su divino Hijo, de quien recibe todo el poder, y á quien debe toda su gloria! Entremos en todos los afectos de la Jerusalen celestial en este dia tan glorioso para la Madre de Dios, admirando y reverenciando su Asuncion y su triunfo en el cielo, cuya pompa y cuya majestad arrebata la admiracion de toda aquella celestial corte. Pensemos con gozo, con admiracion y con confianza que esta Madre de Dios es nuestra madre; que esta Reina tan poderosa con Dios, es nuestra protectora, nuestra medianera y nuestra abo-

gada; y que de nosotros pende únicamente que esta tesorera del Todopoderoso nos admita á ser sus favorecidos.

## PUNTO SEGUNDO

Considera que no es posible explicar ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la santísima Vírgen. Era María un santuario de gracia, y Dios hizo de ella un sublime trono de gloria. Como reina del universo, solo da la preferencia á la persona del rey. Tan elevada está, que parece haberle comunicado toda su gloria el mismo Dios; y es tan poderosa con él, que nunca nos será posible comprender hasta dónde llega la extension de su poder. Tres cosas recibió la santísima Vírgen, que solo Dios puede comprender su mérito y su valor: la dignidad de madre de Dios, la plenitud de gracia de que fué adornada, y la recompensa que corresponde en el cielo á estas dos prerogativas. La recompensa que goza se proporciona á la gracia que es su simiente y su medida; la gracia es proporcionada á la grandeza de la augusta dignidad de madre de Dios, que es infinita; es, pues, preciso que su gloria exceda tanto á la que gozan los hombres y los ángeles, cuanto la dignidad de madre de Dios excede á la cualidad de pura criatura. Excede á la gloria de las vírgenes, de quien es reina; excede á la de los mártires, de quien es modelo; excede a la de los apóstoles, de los patriarcas y de los ángeles, porque les hizo muchas ventajas en zelo, en fe y en caridad. Colocada en el trono mas elevado del reino de su Hijo, ¡con qué aclamaciones fué declarada por reina! Pero siendo su poder proporcionado al alto lugar que ocupa, ¿cuántos motivos da á nuestra esperanza y á nuestra alegría, puesto que este mismo poder nos asegura su proteccion, y la glo-

ria que ella posee es prenda de la que nos está prometida? ¡Oh qué consuelo para una persona que profesa tierna devocion á la Madre de Dios! ¡qué aliento á la confianza de los verdaderos siervos de María! Con proteccion tan poderosa, ¿qué enemigos de la salvacion se podrán temer? ¿Qué puede todo el infierno junto, aunque todo él se desate contra quien María protege? A la verdad, sin pureza no puede haber devocion legítima y verdadera con la santísima Vírgen; el amor del Hijo es inseparable de la ternura que se profesa á la Madre. El que quiere ser favorecido de esta ha de agradar á aquel; si se ofende al Hijo, ¿cómo se ha de agradar á la Madre? ¡Mas qué desdicha! ¡qué seña menos equívoca de reprobacion que mirar con indiferencia y con frialdad á una Madre tan amorosa!

Es así, ó Vírgen santa, que el cielo os posee; pero nosotros no por eso os hemos perdido. En medio de vuestra gloria no nos teneis olvidados, ni jamás nos olvidaréis; y desde el trono en que estais sentada os dignaréis de volver hácia nosotros vuestros benignísimos ojos. Cuanto mas cerca estais de la fuente de las gracias, con mayor abundancia las haceis correr hasta nosotros. Con esta confianza, nos postramos á vuestros piés, y os rendimos nuestros humildísimos cultos; os ofrecemos nuestros votos, y os dirigimos nuestras fervorosas oraciones. Os honramos como á nuestra soberana; os invocamos como á madre de misericordia; os miramos como á nuestro refugio, nuestro asilo, nuestro consuelo y nuestra esperanza. Dignaos recibirnos en este dia de vuestro triunfo en el número de vuestros siervos y de vuestros hijos; con este fin, nos consagramos para siempre á vuestro servicio.

## JACULATORIAS.

*Salve, regina, mater misericordiæ, vita, dulcedo, et spes nostra, salve.* Antiph. Eccles.

Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve.

*Attende de cœlo, et vide de habitaculo sancto tuo, et gloriæ tuæ.* Isai. 63.

Vírgen santa, míranos desde lo alto del cielo donde estás elevada, y dígnate volver hácia nosotros tus benignos ojos desde la eminencia de tu trono y de tu gloria.

## PROPOSITOS.

1. Hoy es el dia del triunfo de la santísima Vírgen, y al mismo tiempo lo es tambien el de sus liberalísinas gracias y mercedes; séalo igualmente el de tu consagracion á su servicio. Penetrado tu corazon de un vivo dolor y sincero arrepentimiento de haberla servido hasta aquí con tanta tibieza, y aun con tanta frialdad; pídele perdon de tu indiferencia, conságrate á su servicio en algun modo especial; prométele no dejar pasar dia alguno sin hacer alguna cosa particular en reverencia suya. Coloca toda tu confianza y toda tu esperanza, despues de Dios, en la bondad y en la poderosa proteccion de una madre tan misericordiosa. A imitacion del piadoso rey de Francia Luis XIII, pon debajo de su proteccion, con dedicacion especial, no solo tu persona, sino la de tus hijos, de tus criados, de tus vasallos, de tus súbditos y de toda tu familia. Exhorta hoy á toda ella, especialmente á tus hijos, á que junten sus votos con los tuyos, inspirándoles una tierna devocion, y una confianza fiel y constante en la Madre de Dios en vida y en muerte. Y así como aquel

piadoso monarca quiso que fuese pública su consagracion, de la misma manera no nos hemos de avergonzar de hacer notoria la nuestra. Ten presente aquel dicho de san Anselmo : No perecerá una familia sólida y santamente dedicada á la santísima Vírgen; pero tampoco se debe esperar que caiga la bendicion de Dios en una casa donde no es honrada la gloriosa virgen María.

2. Cuando los grandes del mundo celebran sus dias ó sus triunfos, todos procuran contribuir á la celebridad con la solemnidad de las galas, con pomposos elogios y con magníficos presentes. Mal celebraríamos un dia tan solemne como el presente, si no cuidáramos de purificar y de adornar nuestra alma con los sacramentos, si no concurriéramos á las alabanzas de la Madre de Dios, y si no le diéramos pruebas prácticas de nuestra afectuosa dedicacion á su servicio y de nuestro vivo reconocimiento. No dejes, pues, de confesar y de comulgar hoy con nuevo fervor; y seria bueno haberlo hecho la vigilia. Asiste á la misa mayor, al sermon, á las segundas vísperas de la fiesta, á la salve; pero no te presentes con las manos vacias. Haz en este dia alguna buena obra particular en reverencia de la Vírgen, sabiendo que se honra al Hijo cuando se honra á la Madre, como dice san Bernardo: *Dubium non est quidquid in laudibus Matris proferimus, ad Filium pertinere.* Algunas personas piadosas visten hoy alguna doncellita pobre; otras envian la comida á los pobres del hospital ó de la cárcel, ó á alguna familia necesitada y vergonzante. Es limosna muy grata á la santísima Vírgen dar el dote á una doncella pobre para entrar en religion. Tambien es otra muy loable y muy provechosa la de prometer á esta Señora abstenerse del juego y de todo gasto inútil durante la octava de su Asuncion, y repartir entre los pobres lo que se habia de emplear en



S. JACINTO, C.

DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

el juego, y todo lo que se ahorró de gastos supérfluos y excusados. Por lo menos, no se pase el dia sin que hagas alguna limosna extraordinaria en honra de la Madre de Dios, y sin que visites la iglesia donde es hoy mas solemne y mas singularmente reverenciada.

---

# DIA DIEZ Y SEIS

## SAN JACINTO, DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

San Jacinto, uno de los mayores ornamentos del órden de Predicadores, hijo de hábito del mismo patriarca santo Domingo, y criado á su misma mano, fué polaco, de la antigua casa de los condes de Oldrovans, la cual dió al reino de Polonia muchos grandes oficiales. Su bisabuelo Saultz de Oldrovans derrotó muchas veces á los Tártaros; y su abuelo, que tenia el mismo nombre, se señaló por sus hazañas contra los enemigos del estado. Llamóse Saultz de Konski, por haber heredado el condado de este nombre. Dejó dos hijos; el primogénito llamado Eustaquio, conde de Konski, fué padre de nuestro santo; y el menor por nombre Yvo, fué obispo de Cracovia.

Nació san Jacinto en el año 1183 en el castillo de Saxe, diócesis de Breslau en la Silesia. Criáronle con mucho cuidado; pero dejó poco que hacer á la educacion el bello natural con que habia nacido. Su genial apacibilidad, la docilidad de su genio y de su corazon, su modestia, y sobre todo, la inclinacion á la virtud que se admiró en él casi desde la cuna, fueron presagios ciertos de su futura eminente santidad. Eran sus padres unos señores llenos de religion, y le

escogieron maestros que cuidasen de cultivar bien tan precioso terreno; de manera que, aplicándose á conservar la integridad de sus inocentes costumbres, tuvieron el consuelo de verle crecer cada dia en devocion y en madurez. Dió principio á sus estudios en el colegio de Cracovia, donde en breve tiempo se dejó admirar no menos su genio que su virtud; continuólos en Praga de Bohemia, haciéndose respetar mas por su sobresaliente mérito, que por su elevado nacimiento; y en fin, los fué á concluir en Bolonia de Italia, donde dió tantas pruebas de su profunda sabiduría, como de su eminente santidad. Acabados sus estudios, se restituyó á Polonia con la misma inocencia que habia llevado á todas aquellas universidades.

Prendado su tio Yvo de Konski, obispo de Cracovia, no menos de la brillantez de su ingenio, que de su virtud y de los progresos que habia hecho en el estudio cursando todas aquellas escuelas, reconoció desde luego que no habia el Señor prevenido tan anticipadamente á su querido sobrino con sus mas dulces bendiciones para dejarle en el mundo. El mismo Jacinto declaró sobradamente que no pensaba servir á otro dueño que á Dios. Resolvió abrazar el estado eclesiástico, aunque era el primogénito de su casa. Prendado el obispo de aquella resolucion, juzgó no podia hacer mayor servicio á su iglesia, que incorporar en ella á su sobrino. Proveyó en él una prebenda, y en breve tiempo admiraron los canónigos en él un gran modelo.

Fué su primer cuidado instruirse en las obligaciones del estado que habia escogido. Comprendió que el empleo de canónigo no era un mero título como de beneficio simple, que solamente obligase á cantar el oficio divino; consideró que los canónigos no solo se llaman así por la renta que gozan, y se llamaba antiguamente *canon*, que significa prebenda, sino

porque particularmente hacen profesion de vivir segun los cánones ó las reglas bajo las cuales fueron instituidos los cabildos. Estudió estas reglas, obsérvólas con suma puntualidad, y en poco tiempo reformo su ejemplo todo aquel ilustre cuerpo.

Prendado mas y mas cada dia el obispo de la eminente virtud y de los raros talentos de su sobrino, quiso darle alguna parte en la administracion del obispado. En todas las comisiones que le encargó, mostró Jacinto mucha comprension, mucha sabiduría y mucha prudencia; pero ninguna de estas ocupaciones extraordinarias le estorbaba la continua asistencia á los divinos oficios, en los cuales á todos era ejemplo de recogimiento, compostura y modestia. Movido del amor que profesaba á los pobres, concurria muchas veces á servirlos en los hospitales. Ninguna necesidad de familia honrada y vergonzante se escapaba á su caridad; consumia todas sus rentas en limosnas, reduciéndose él mismo á la pobreza que procuraba disminuir, ó á lo menos suavizar en los otros.

Igualaban á los de su caridad los ejercicios de la penitencia. Era su vida un perpetuo ayuno; las maceraciones de su carne ponian horror á los mas fervorosos penitentes, y no se pasaba dia sin que inventase alguna nueva para añadirla á las penitencias ordinarias. El tierno amor que profesaba á Jesucristo, y era la fuente de todas las demás grandes virtudes, se manifestaba sobre todo en el altar. Su modestia y su respeto hacia á todos sensible su fe, y sus lagrimas daban testimonio de su afectuosa devocion. Pero entre todas las virtudes de Jacinto la que parecía mas sobresaliente, y que caracterizaba mas, era su ternura con la santísima Vírgen. Se puede decir que nació con esta señal de predestinacion, la cual se distinguió en él por todo el curso de su vida. Cuando estaba aun en

la cuna, solo con ponerle delante una imágen de la Virgen saltaba de alegría. No se duda que aquella gran pureza de costumbres, aquella tan rara inocencia que le acompañó inviolablemente en todas las edades y en todos los estados hasta su santa muerte fué efecto de la singular proteccion de la Madre de Dios, de quien siempre fué favorecido, y de cuyo culto fué toda la vida el mas zeloso predicador.

Vióse precisado el obispo de Cracovia á pasar á Roma en defensa de los derechos de su iglesia, y quiso que Jacinto le acompañase en aquella jornada para valerse de sus consejos y de sus alcances superiores. Pero eran otros los intentos de Dios. Acababa de obtener de los papas Inocencio III y Honorio III la aprobacion y la confirmacion de su órden el patriarca santo Domingo, tan conocido ya á la sazon en toda Europa por la fama de sus milagros y de su predicacion contra los albigenses. Movidos el obispo y el sobrino de las maravillas que el nuevo instituto hacia en toda Italia y en otras partes, entraron en deseos de que la Polonia participase de las grandes utilidades que procuraba á la Iglesia el santo fundador. Pidiéronle algunos hijos para que fundasen en su país conventos de su órden. Hallóse imposibilitado santo Domingo á satisfacer sus piadosos deseos, por haber enviado todos los operarios que tenia á diferentes provincias, de donde se los habian pedido; pero todo lo suplió lo mucho que podia con Dios. Suplicóle fervorosamente le diese nuevos hijos que pudiese enviar á Polonia. Oyóle el Señor, y en el mismo dia vinieron tres ó cuatro familiares del obispo de Cracovia á echarse á los piés del santo patriarca, y á pedirle el hábito de su órden. Recibiólos, pero el cielo le tenia destinado otro discípulo mas ilustre.

Noticioso Jacinto de la vocacion de los tres polacos, se sintió movido á seguirlos, y untándose á esto su

inclinacion á la vida penitente y retirada, resolvió imitar el ejemplo que envidiaba. Descubrió en confianza su intento á un caballerito polaco primo suyo, llamado Ceslao, y en lugar de un mero confidente, encontró en él un compañero. A este siguieron el mismo dia otros dos que eran amigos de entrambos, Hermano y Henrique, gentileshombres alemanes muy adheridos á Jacinto. Todos cuatro se presentaron á santo Domingo, que luego los recibió como un precioso don con que el Señor queria enriquecer su órden. Tenia ya muy conocido el santo patriarca el extraordinario mérito de nuestro santo, por lo que se aplicó con particular cuidado á cultivar aquel fertilísimo terreno, y á breves dias hizo del novicio uno de sus mas perfectos discípulos. No se puede explicar el fervor, el desasimiento y el olvido de todas las cosas con que entró nuestro santo en tan gloriosa carrera, ni el valor con que la continuó. Seis meses estuvo bajo la disciplina del santo fundador, que, viéndole ya elevado á la cumbre de una virtud á que los mas perfectos están aspirando toda la vida, juzgó debia pedir al papa dispensa para abreviar el tiempo de su noviciado. Consiguióla para él y para los otros tres compañeros suyos, que todos hicieron la profesion á los seis meses de novicios. Tenia Jacinto treinta y cinco años, y habia tomado tan perfectamente el espíritu de su fundador, que ya desde entonces se halló capaz de fundar por sí mismo casas de la órden.

Despues de haberle confirmado santo Domingo en todos los buenos pensamientos que el Señor le habia inspirado, y habiendole instruido en el arte de predicar cristianamente, y de trabajar á un mismo tiempo en su propia santificacion y en la de otros, le presentó juntamente con sus compañeros á su tio el obispo de Cracovia, que se volvia á su país, y nombró á Jacinto por superior de la mision de Polonia, infundiéndole

su espíritu y comunicándole tambien su mismo don de milagros. Partieron todos siete en compañía del obispo; pero como habian resuelto hacer el viaje á pié y mendigando, á imitacion de los apóstoles, se separaron luego de él, y tomaron el camino por Venecia y por la Carintia. Predicaban en los lugares donde se detenian, y siempre con mucho fruto, conociendo luego los pueblos que el nuevo instituto se componia todo de varones apostólicos. Llegando á Friesach, ciudad de la Carintia, predicó en ella san Jacinto con fruto tan copioso, y derramó el cielo tantas bendiciones sobre sus apostólicos trabajos, que los habitantes resolvieron detenerle. Fundó en aquella ciudad un convento de su órden, y se detuvo en ella seis meses para instruir y formar los novicios que se presentaban, y no fué posible que los ciudadanos le dejasen proseguir al término de su mision, hasta que les dejó á fray Hermano, uno de sus discípulos.

Cuando llegó á Polonia, son inexplicables las demostraciones de alegría y de veneracion con que fué recibido. En todas partes le salia á recibir el clero, la nobleza y el estado llano, conduciéndole en todas como en triunfo. Rendíanse estos honores, no tanto á su nacimiento como á su virtud. En él todo predicaba; su modestia, su exterior humilde y mortificado, y todos sus modales, todo concurria á granjearle la confianza y la veneracion de los pueblos. Llegó á Cracovia, y no solo fué recibido de su tio el obispo y del clero, sino tambien de la nobleza y del pueblo como un enviado del cielo. Apenas subió al púlpito cuando se vió desterrado el vicio, la profanidad y la disolucion. Bastaba verle para moverse á compuncion; bastaba oirle para convertirse; no bien dió principio á las funciones de su ministerio cuando mudó de semblante toda la ciudad. Facilitáronle fondos para fundar un suntuoso convento. Cediéronle la

magnífica iglesia de la Trinidad, que era la principal despues de la catedral. Muy en breve se vió fundado un espacioso convento, y lleno de un prodigioso número de santos religiosos, formados de su mano y animados de su espíritu, que llevaron á todo el reino las luces de la fe y la reformacion de las costumbres. Asombra verdaderamente el número de las admirables conversiones que hizo, y fué su convento el asilo de la inocencia y de la mortificacion. Mudóse el semblante de toda la diócesis por el zelo de aquel nuevo apóstol, que resucitó en toda ella el espíritu de la oracion, de la caridad y el uso de las abstinencias que se practicaban en los primeros siglos de la Iglesia.

No era fácil resistir ó á la fuerza de sus palabras, ó á la eficacia de sus ejemplos. Su abstinencia era contínua. Además de los ayunos que prescribian las constituciones de la órden, ayunaba á pan y agua los viernes y todas las vísperas de fiesta. Pasaba en oracion la mayor parte de la noche delante del Santísimo Sacramento, y el poco sueño que tomaba era sobre la desnuda tierra. Todos los dias añadia alguna penitencia de nueva invencion á las ordinarias. Por las noches despedazaba su cuerpo con una áspera disciplina, y en todos tiempos maceraba su inocente carne. No habia instante ocioso en toda la economía de su vida: ó predicaba, ó confesaba, ó visitaba los enfermos, ú oraba. Aunque era universal su devocion, no dejaba de mostrarla muy particular al Santísimo Sacramento del altar, y á la santísima Vírgen, de quien recibia grandes favores. Nada emprendia que primero no lo ofreciese á Dios delante del Sacramento, implorando con una oracion particular la proteccion de la santísima Vírgen. En todos sus discursos habia de entrar la devocion de esta Señora; promovia su culto por cuantos medios podia imaginar. Favorecióle con muchas gracias esta Madre de misericordia, derra-

mándolas abundantemente sobre aquel su amado favorecido. Estando en oracion delante de su altar la vigilia de la Asuncion, y contemplando las maravillas de este misterio, se le apareció rodeada de un gran resplandor; y manifestándole lo gratas que le eran sus oraciones, le dijo: *Está seguro, hijo mio, de que conseguirás de mi amado Hijo todo lo que le pidieres por mi intercesion.*

Despues de haber trabajado con tan feliz suceso en el obispado de Cracovia y en el territorio de su comarca, extendió su zelo á las provincias vecinas, y desde ellas alargó presto su mision á los países extranjeros. Envió á Bohemia con algunos compañeros al bienaventurado Ceslao, los cuales, llenos todos de su espíritu, hicieron grande fruto. Tomó consigo nuestro santo nuevos operarios, y se entró con ellos á intentar semejantes expediciones en el corazon del Norte, donde habia muchos pueblos ó cismáticos y herejes, ó idólatras y sin religion; y por consiguiente abundante campo para hacer conquistas al reino de Jesucristo. Hízolas; no bien se dejó ver Jacinto en aquellas naciones cuando todos abrieron los ojos á las luces de la fe, y entraron en el gremio de la Iglesia. Los conventos de su órden que fundó en Pomerania, en la Prusia y en las costas del mar Báltico, como fueron los de Camyn, Premislia, Culm, Kœnigsberg, Elbing, la península de Gedan, donde se edificó despues la célebre ciudad de Dantzick, fueron las mejores pruebas del fruto de sus trabajos, y otros tantos seminarios de hombres apostólicos. Creció su zelo á vista de tan felices sucesos, y pasó á la Livonia, á Suecia, á Dinamarca, á la Noruega, penetrando hasta la Escocia. Desde allí dió la vuelta hácia el levante de Polonia; y predicando en la Rusia menor, reconcilió con la Iglesia romana al príncipe Daniel, que seguia el cisma de los Griegos. No hubo jamás con-

quistador que en tan breve tiempo corriese tantos países, ni rindiese tantas naciones, como este ilustre apóstol conquistó para Jesucristo. Pareciendo estrechos los límites de la Europa á su apostólico zelo, corrió hasta las márgenes del mar Negro, entrando en las islas del Archipiélago sobre las costas del Asia, y en todas partes confundió el error, disipó el cisma, destruyó la idolatría, convirtió mahometanos, haciendo triunfar en ellas la fe y la Iglesia del Señor. Volviendo despues á subir hácia el Norte, entró en la gran Rusia, ó en la Rusia mayor, es decir, en Moscovia. Fácil es discurrir cuánto tendria nuestro santo que padecer en todas estas expediciones, tratando con pueblos bárbaros, á quienes le era tan preciso domesticar como convertir. Residió por mucho tiempo en la gran ciudad de Kiovia, capital de una y otra Rusia. Era abundante la miés, y trabajó en ella con tanto zelo, que le mereció nuevas bendiciones á sus grandes y apostólicas fatigas.

A la verdad, aunque fuese grande la fuerza de sus palabras y mayor la de sus ejemplos en una vida tan santa, nada hubiera bastado, ó ni las unas ni las otras serian tan eficaces si Dios no las hubiese acompañado y sostenido con la virtud de los milagros. Hízolos tan grandes y en tanto número, que con razon se le puede llamar el Taumaturgo de su siglo. Habianle fundado en Kiovia un hermosisimo convento y una magnífica iglesia. Sitiaron los Tártaros la ciudad, tomáronla por asalto y entraron en ella á sangre y fuego. Acababa el santo de decir misa cuando tuvo esta triste noticia; tomó el Sacramento en las manos, y mandó á todos los religiosos que le siguiesen; pasaba por delante de una estatua de alabastro de la santísima Virgen, delante de la cual solia hacer oracion, y oyó una milagrosa voz que le dijo: *¿Pues qué, hijo mio Jacinto, aquí me dejas á merced de los bárbaros?* Deshaciéndose

en lágrimas, el santo respondió : *Señora y madre mia, ¿cómo podré yo llevar una imágen de tanto peso?* A que respondió la imágen : *Haz la prueba, y verás que no es superior á tus fuerzas.* Tomó entonces el santo la corpulenta imágen, la que se hizo tan lijera, que la llevó en una sola mano, y saliendo por la puerta de que todavía no se habian apoderado los Tártaros, tomó el camino de Cracovia.

Siguióse inmediatamente al primer milagro otro no inferior. Llegando con aquella preciosa carga á la orilla de un caudaloso rio, se halló sin puente y sin barca para pasarle. Lleno entonces de confianza en el poder de aquel Señor que llevaba en sus manos, y en la proteccion de la soberana Reina, cuya imágen conducia, comenzó á caminar á pié enjuto sobre las aguas, y mandó á sus religiosos que le siguiesen. Este insigne milagro se refiere en la bula de su canonizacion; pero no fué solo. Iba un dia á predicar á Wisgrade, ciudad situada á las riberas de un profundo rio, y no encontrando barca para atravesarle, tendió su manto sobre las aguas, y pasó al otro lado. Resucitó en vida dos muertos y obró tantas maravillas, que la misma bula de su canonizacion cuenta hasta mil y doscientas.

Despues de cuarenta años de trabajos apostólicos, acompañados de tan prodigiosos sucesos, le reveló el cielo el dia de su muerte, para la cual se habia preparado toda la vida; y supo que habia de asistir en el cielo al triunfo de la Vírgen el dia de su gloriosa Asuncion. Cayó malo en el de las Nieves; y la vigilia de la Asuncion, habiendo exhortado á sus religiosos al desasimiento de todas las cosas, á la exacta observancia de su santo instituto y á la devocion con la santísima Vírgen, se dispuso con nuevo fervor para celebrar la fiesta. Asistió el dia siguiente á los divinos oficios; y habiendo recibido todos los sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Señor el dia 15

de agosto, y fué á recibir en el cielo el gran premio debido á su inocencia y á sus merecimientos. Sucedió su muerte el año de 1257, á los 72 de su edad. El mismo Dios quiso dar testimonio á los hombres de la santidad de su siervo, y de la gloria con que la habia coronado, continuando despues de su muerte la virtud de los milagros que le habia concedido en vida. Fué canonizado con la acostumbrada solemnidad por la Santidad de Clemente VIII el año de 1594, y el papa Urbano VIII fijó su fiesta el dia 16 de agosto. La reina de Francia doña Ana de Austria, madre de Luis el Grande, consiguió de Ladislao, rey de Polonia, un considerable hueso de las reliquias del santo, y fué el cráneo, que se colocó en la iglesia de los padres dominicos de la calle de san Honorato en París. El cuerpo del santo se venera en la magnífica capilla de Cracovia, que se edificó en honra suya.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cracovia en Polonia, san Jacinto, confesor, del órden de Predicadores, puesto en el número de los santos por el papa Clemente VIII.

En Roma, san Tito, diácono, que, por distribuir dinero á los pobres durante la ocupacion de los Godos, fué sentenciado á muerte por un tribuno de aquellos bárbaros.

En Nicea en Bitinia, san Diomedes, médico, que, en la persecucion de Diocleciano, acabó su martirio recibiendo la muerte de los filos de la cuchilla por la fe de Jesucristo.

En la misma ciudad, treinta y tres santos mártires.

En Ferentino en la campiña de Roma, san Ambrosio, centurion, el cual, en la persecucion de Diocleciano, fué atormentado de muchos modos, y expuesto al fin á los ardores del fuego, pero sin recibir la mu

nor lesion. Precipitáronle en las aguas, de donde pasó á la morada de los celestiales refrigerios.

En Milan, la muerte de san Simpliciano, obispo, celebrado por san Ambrosio y san Agustin.

En Auxerre, san Eleuterio, obispo.

En Nicomedia, san Arsacio, confesor, quien, habiendo abandonado, bajo el perseguidor Lezino, la profesion de las armas por abrazar la vida solitaria, resplandeció con tan grandes milagros, que se lee que lanzó á los demonios y mató con su oracion un enorme dragon. Luego, habiendo profetizado la ruina de su ciudad, murió estando en oracion.

En Roma, santa Serena, mujer que fué del emperador Diocleciano.

En este mismo dia, san Teodoto, obispo, venerado en Basilea.

En Bretaña cerca de Rennes, san Ermel, confesor, que pasó en Paris siete años en ejercicios continuos de piedad.

En Mompeller, la muerte de san Roque, confesor, quien, con sola la señal de la cruz, salvó á muchas ciudades de Italia de una enfermedad epidémica. En lo sucesivo, su cuerpo fué trasladado á Venecia.

En Dezize en el Nivernois, san Aré, obispo de Nevers, cuya firma en el quinto concilio de Orleans se ve con el nombre de Aregio, y con el de Aridio en el segundo de Paris.

En Remiremont en la Lorena, el tránsito de san Arnudo, obispo de Metz.

En este mismo dia, san Damiano de Antioquía, mártir.

En Inglaterra, san Dego, confesor.

En Génova, santa Limbania, vírgen chipriota, religiosa del monasterio de Santo Tomás.

En Nápoles, el hallazgo de las reliquias de san Nostrieno, obispo de aquella ciudad.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui nos beati Hyacinthi confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Jacinto, concédenos que, cuando celebremos la nueva vida que recibió en el cielo, imitemos la que hizo mientras vivió en la tierra. Por nuestro Señor....

*La epístola es del cap.* 31 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VII, pág.* 150.

NOTA.

« Muchos han juzgado que el libro llamado *el Eclesiástico* fué obra de Salomon, y por consiguiente señalan su orígen en el reinado de este príncipe; pero esta opinion no se puede defender. Lo que hay de cierto en la materia es, que Jesus, hijo de Sirach, y verdadero autor de este libro, habia hecho mucho estudio en los libros sagrados, y muy particular en los de Salomon, de los cuales es uno como compendio el libro del Eclesiástico. »

## REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que fué hallado sin mancha.* ¿Y quién será este dichoso? ¿quién se podrá lisonjear de haber conservado pura su inocencia, sin borron, sin sombra ni alteracion? ¿á qué alma, unida á este miserable cuerpo, no se atrevió la mancha del pecado? Aun entre aquellas que fueron santificadas por la gracia, ¿cuántas se encuentran que hubiesen mantenido intacta esta preciosa flor sin haberse marchitado? Solo se encuentra una entre las puras cria-

turas, que por privilegio especial fuese preservada de toda mancha; esta fué la santísima Vírgen María en el inmaculado misterio de su purísima Concepcion; mas santa en aquel primer instante que todos los santos juntos en el último momento de su vida; y aumentando su inocencia en todos los de la suya, bien lejos de echar en ella el mas mínimo borron. Siendo amada hija del Eterno Padre, ¿cómo habia de estar ni un solo momento en su desgracia? Siendo madre querida del divino Verbo, ¿cómo habia de admitir en su alma ni aun el mas leve pecado? Siendo ella sola escogida entre todas las criaturas para esposa única del Espíritu Santo, ¿cómo no habia de ser toda hermosa y toda inmaculada? *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Esto dice de la Vírgen el mismo Espíritu Santo; y esto repite de ella muchas veces la santa Iglesia. Así como en virtud de la union que la humanidad contrajo con el Verbo exigia una gracia y una gloria infinita, es decir, la mayor que puede Dios comunicar á una criatura; á semejante modo la union que la Vírgen contrajo con su Hijo por su divina maternidad, pedia tambien la mayor plenitud de gracia que pudiese Dios comunicar á una pura criatura, dice santo Tomás (1 *p. q.* 25, *art.* 6 *ad.* 4). Ciertamente parece que hubiera sido indigna de concebir al Verbo divino, dicen los padres, si su alma hubiera contraido la culpa original; pues aun la impuridad del cuerpo, aunque exenta de todo pecado, hubiera sido estorbo á esta divina concepcion. ¿Ni cómo cabe que dejase de preservarla de tan gran mal aquel mismo Dios, que, por eximirla de otros, sin comparacion menos considerables, como de los dolores en el parto y de la corrupcion en el sepulcro, trastornó tantas veces todo el órden de la naturaleza? La primera mujer fué criada sin culpa original, y en el estado de la inocencia;

pues si María hubiese contraido aquella culpa, ¿cómo habia de ser bendita entre todas las mujeres? Por otra parte, la Reina de los ángeles no debia de ser inferior á aquellos espíritus celestiales. Finalmente, la infamia de la madre se refunde en el hijo; pues ¿cómo es creible que este Hijo todopoderoso permitiese que su querida Madre fuese confundida ni por un solo momento entre el inmenso tropel de los esclavos del demonio, habiendo sido criada para ser reina del cielo y de la tierra? Todas estas son razones de congruencia y de decencia; así es, pero ¿creemos posible que el Señor hiciese cosa menos decente? Era muy decente, dice san Anselmo, que aquella á quien el Eterno Padre daba por hijo á su propio Hijo fuese tan pura, que, despues de la pureza de Dios, no se pudiese imaginar otra mayor que la suya: *Decens erat, ut ea puritate qua major sub Deo nequit intelligi, Virgo illa niteret* (*Lib. de Concept. Virg.* 18). Grande error es pensar que sin un corazon puro se pueda tener verdadera devocion, ni agradar á la santísima Virgen

*El evangelio es del cap.* 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia II, pág.* 53.

## MEDITACION.

### DE LA VERDADERA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

### PUNTO PRIMERO

Considera que, aunque no es posible que entre las personas dedicadas al servicio de la Vírgen se hallen algunos indiscretos devotos, no es muy difícil encontrar en el mundo censores temerarios que tengan la impiedad de censurar esta santa devocion. A los impíos no les acomoda, y los herejes abiertamente la desacreditan.

Siendo tan importante evitar el primer abuso, aun es mucho mas necesario mirar con horror el segundo precipicio. No es menos peligroso delante de Dios condenar con temeridad un culto santo y legítimo, que practicar por ignorancia el excesivo y supersticioso. Se han de evitar estos dos escollos. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que el verdadero culto que se rinde á la Madre de Dios. Es locura imaginar que se puede agradar á este mirando con indiferencia á su madre. La tierna devocion y el afectuoso culto que se tributa á la Madre no es el medio menos proporcionado para merecer la gracia y los favores del Hijo. Considerémoslo por lo mismo que pasa naturalmente entre los hombres. Pero tambien es portentosa ilusion persuadirse á que se puede agradar á la Madre mientras se está en desgracia del Hijo. Los indiscretos y los falsos devotos de la santísima Vírgen son únicamente aquellos cuya devocion consiste precisamente en alistarse en alguna piadosa congregacion ó cofradía erigida en honor de esta Señora, ó en rezarle diariamente algunas oraciones, sin dárseles mucho por vivir cristianamente ni por arreglar sus costumbres, y engañados de una falsa confianza en el poder de la Vírgen, viven tranquilamente adormecidos en el pecado. ¿Dónde hay mas extravagante error? Es verdad que, por gran pecador que uno sea, debe acudir á la Madre de misericordia, solicitar su bondad, tener grande confianza en su proteccion y en su poder, implorar su asistencia para conseguir por su medio del Señor gracia eficaz para convertirse y para salir del pecado. Pero ¿mirará nunca la santísima Vírgen como á siervo suyo á quien quiere vivir de asiento en el desórden? Si eres su devoto, ella hará que te conviertas para entrar verdaderamente en su servicio; pero jamás admitirá ni considerará estar en él quien quiera perseverar en el pecado, ni haga esfuerzo alguno para salir de estado

tan infeliz. La verdadera devocion á la santísima Vírgen es inseparable de la pureza de costumbres y de una vida arreglada. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que alistarse en las cofradías erigidas á su honor, que pagarle todos los años, todos los meses, todas las semanas y todos los dias el piadoso tributo de alabanza, de buenas obras y de ejercicios de devocion. Nunca será excesiva nuestra exactitud, ni nuestra apresurada puntualidad en tributarle estos reverentes cultos. Pero si queremos que le sea grata nuestra devocion, vivamos con una pureza inalterable imitando sus virtudes.

### PUNTO SEGUNDO.

Considera que, despues que la Iglesia universal declaró por artículo de fe en el solemnísimo decreto del concilio general Efesino que la Vírgen era verdadera Madre de Dios, no hay honor que no le convenga, ni culto, á excepcion del de latría, que no le sea debido. Dad á María, dice san Bernardo en una carta á los canónigos de Leon, dad á María las alabanzas que le pertenecen. Decid que ella encontró para sí y para nosotros la fuente de la gracia. Decid que es la medianera de la salvacion, y la restauradora de los siglos; tendréis mucha razon en decirlo. Esto es lo que toda la Iglesia publica, y lo que canta de ella todos los dias en el oficio divino : *Hæc mihi de illa cantat Ecclesia.* No; no temais excederos nunca ni en los elogios ni en los cultos de la santísima Vírgen. Por mucho que digamos y por mucho que pensemos de la Madre de Dios, siempre será mucho menos de lo que merece Despues de Dios y despues de Jesucristo, es nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida : *Vita, dulcedo, spes nostra.* Despues de su Hijo, pongamos toda nuestra confianza en María. Jesucristo es misericor-

dioso, pero es justo. En María no hallaremos mas que misericordia; ella es el refugio de todos los pecadores que se quieren convertir. Si su poder es sin límites, su bondad es sin medida. *Desde luego consiento*, dice este padre, *que jamás se hable de vuestra misericordia, ó bienaventurada vírgen María, como se halle alguno que pueda decir con verdad que le faltásteis cuando os invocó en sus necesidades*. Pero si nuestra devocion á la santísima Vírgen ha de ser llena de confianza, no debe ser menos animada de zelo y de amor. Es la Vírgen nuestra dulcísima Madre, y aunque hayamos sido los mayores pecadores del mundo, siempre nos ama con ternura, como encuentre en nuestro corazon el arrepentimiento que ella misma nos consigue. Es la madre del amor hermoso; ¿seremos nosotros hijos frios ó indiferentes en su obsequio, ni en todo lo que pertenece á su gloria? ¡Con qué devocion debemos celebrar todas sus fiestas! ¡con qué atencion, con qué religion, con qué respeto, rezar sus oraciones y su oficio! ¡con qué pureza de conciencia practicar todas las devociones que se dirigen a su honra! ¡con qué veneracion adorarla en sus imágenes! ¡con qué ardor, con qué zelo, con qué fidelidad, hacer profesion de ser siempre siervos suyos! Tengamos dentro del alma esta verdadera devocion; para que lo sea tal, debe ser pura, ardiente, afectuosa y constante. ¿Y cómo dejará de ser eficaz teniendo todas estas cualidades?

Vírgen santa, cuento y contaré siempre con tu poderosa proteccion. Lleno de confianza en tu bondad, espero que será verdadera la devocion que te profeso. Para siempre me dedico á tu servicio; alcanzadme aquella pureza de corazon y de cuerpo, sin la cual sé muy bien que no te puedo agradar. De aquí adelante seréis mi querida Madre; y espero me conseguiréis la gracia de que sea contado en el número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros mas amantes hijos.

## JACULATORIAS.

*Monstra te esse matrem.* Ecclesia.
Mostraos, ó Virgen santa, amorosa madre mia.

*Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ. tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.* Ecclesia.
María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo, y á la hora de la muerte recíbenos en tus manos.

## PROPOSITOS.

1. Nunca temamos, dice san Bernardo, excedernos en lo que decimos cuando se trata de elogiar y de honrar á la santísima Vírgen. Nunca rezelemos propasarnos en lo que hacemos, cuando se quiere manifestarle nuestro amor y reconocer sus beneficios. Hónrate de ser siervo de María, y de llevar sus piadosas insignias ó libreas con alegría y con respeto. La devocion al santo rosario y al santo escapulario es una de las mas sólidas que puedes tener; una y otra están auténticamente aprobadas por la Iglesia, y los sumos pontífices convidan con sus indulgencias y abundantes gracias á todos los fieles para que se alisten en estas dos santas cofradías. Si no estás alistado en ellas, no se te pase esta octava sin hacerlo. Si tienes la dicha de estarlo, examina cuidadosamente si cumples con zelo y con exactitud las cargas y las obligaciones que imponen; y renovando hoy tu devocion y tu fervor, haz propósito de cumplirlas con la mayor puntualidad. Hay tambien otras congregaciones, instituidas todas en honor de la santísima Virgen, como la de la Esclavitud, la del interior de María, la de su sagrado Corazon y otras muchas. Aprécialas todas

como piadosas industrias y medios muy propios para conseguir la salvacion.

2. El rosario es una devocion muy agradable á la santísima Vírgen; haz propósito de rezarle todos los dias; y es muy conveniente fijar la hora en que lo debes hacer, á imitacion de la Iglesia, que nunca muda la hora, que segun el tiempo determinó para celebrar sus oficios. Se adquiere cierta especie de mérito particular en hacer siempre las devociones en horas determinadas. El variarlas sin motivo, es señal de inconstancia en la devocion, y una lijereza que desagrada á Dios. Todas las tardes de la octava haz una visita á aquella iglesia ó capilla de la Vírgen, donde con mas particularidad se celebra la fiesta de su Asuncion, y ten en ella un rato de oracion.

---

## DIA DIEZ Y SIETE.

### SAN ROQUE, CONFESOR.

San Roque, tan celebre en toda la Europa cristiana por su grande santidad, y por su poderosa proteccion contra el azote de la peste, fué natural del Langüedoc, y de una familia distinguida, no menos por su nobleza, que por sus opulentos bienes y por sus empleos. Nació en Mompeller por lo años de 1284. Su padre se llamó Juan, y aunque algunos creyeron que era señor de la misma ciudad, no fué sino un gobernador por los reyes de Mallorca, de la real casa de Aragon, á quienes pertenecia entonces la ciudad de Mompeller y su territorio, que poseian en feudo de la corona de Francia. Desde que Roque nació, fué recibido y considerado como especial don del cielo y como fruto de las oraciones de sus padres, que, no habiendo

tenido hijos, y hallándose en avanzada edad, recurrieron á la Vírgen, de quien eran singularmente devotos, y la suplicaron con fervorosos ruegos les alcanzase de Dios un heredero que usase bien de sus bienes, y se dedicase del todo á su servicio. Fueron oidos sus deseos, y nuestro santo fué hijo de sus oraciones, observándose que nació con una pequeña cruz de color rojo, como grabada sobre el pecho. Todas estas circunstancias le hicieron mas amado de sus padres; y su madre, por nombre Liberia, una de las señoras mas virtuosas de su tiempo, las tuvo por presagio de la futura santidad de su hijo: piadosa preocupacion, que la empeñó en dedicarse con mayor cuidado á su educacion, aplicandose enteramente á inspirarle desde la cuna la verdadera piedad y una tierna devocion á la santísima Vírgen. Presto reconoció la virtuosa señora que la gracia se habia adelantado á sus piadosos deseos, previniendo al niño con sus mas dulces bendiciones aun antes que la edad le permitiese aprovecharse de las lecciones de su madre. Notóse, siendo aun de pecho, que los miércoles y los sábados no le tomaba mas que una sola vez al dia; y este ayuno lo observó despues toda la vida.

La devocion que mostró á la santísima Vírgen, fué tambien como un milagroso efecto de la predileccion con que ya le miraba la Madre de Dios. Bastaba mostrarle una imágen suya para acallarle y para alegrarle; y así toda la vida fué uno de sus mas favorecidos y uno de sus mas fieles y zelosos siervos. Con un corazon como nacido para la piedad, y con unas inclinaciones naturalmente propensas á la virtud, pasó los primeros años con una inocencia verdaderamente extraordinaria. Habiendo perdido á los veinte á su padre y á su madre, se halló dueño absoluto de un opulentísimo patrimonio; pero todas sus ansias eran por otra herencia todavía mas preciosa. Considerando

aquella perfecta desnudez y desprendimiento que el Salvador pide tan expresamente á todos sus discípulos, y de la cual todos los santos nos dejaron tan asombrosos ejemplos, tomó la resolucion de imitarlos. Distribuyó con el mayor secreto que le fue posible entre los pobres todo lo que pudo recoger de sus rentas; y como la edad no le permitia disponer ni enajenar las raices, dejó la administracion á un tio suyo, hermano de su padre; y disfrazado de peregrino, se huyó secretamente de su patria, y tomó el camino de Roma.

Habiendo escogido el estado de pobre, le fué preciso hacer el viaje mendigando. Así por la delicadeza de su edad, como por la de su complexion, tuvo bien en que ejercitar su mortificacion y su paciencia; pero en todas las pruebas le sostuvo su encendido amor de Dios. Cuando llegó á Aquapendente, ciudad de Toscana, perteneciente á los estados de la Iglesia, supo y vió el estrago que hacia en ella la peste, llenando todas las casas de luto. Movido de un ardiente deseo de asistir á los apestados, y de sacrificar su vida en aquel ejercicio heróico de caridad, se fué á ofrecer al administrador del hospital para asistir á los enfermos. Asombrado el administrador de caridad tan generosa, y viéndole tan jóven y tan delicado, alabó mucho su zelo; pero no le pareció prudencia permitirle que se expusiese al contagio. Replicó el santo que la gracia supliria las fuerzas que le faltaban; que la caridad era propia de todas las edades y de todas las condiciones; y que él se tendria por muy dichoso si á los veinte y un años de su edad merecia dar su vida por amor de aquel Señor, que por él habia dado primero la suya á la edad de treinta y tres años. Quedó nuevamente pasmado el administrador al oir unas razones tan cristianas como generosas, y le dió su permiso para que asistiese á los enfermos. Bendijo

Dios aquella heróica caridad. Luego que Roque anduvo con los apestados, cesó la peste en la ciudad Supo que aquella hacia horrorosos estragos en Cesena, ciudad de la Romania, y voló allá. Sucedió en Cesena lo mismo que en Aquapendente; admiró su ardiente caridad tanto en un pueblo como en otro, y bastó su sola presencia para disipar la peste; parece que esta iba huyendo de san Roque. Repetíase la misma maravilla en todos los pueblos por donde pasaba. Cada cual queria tener en su casa el peregrino, y aun corrió la voz de que era un ángel en figura de tal.

Cuando supo que Roma estaba tambien tocada de la peste, se le renovó el deseo que habia tenido, al salir de Mompeller, de ir á aquella santa ciudad. Entró en ella cuando el papa Benedicto XI estaba para partir á Perusa. Consoló á aquella afligida ciudad la llegada del peregrino, de cuya maravillosa caridad contaba tantos prodigios la fama. Quiso verle el cardenal Britónico, uno de los mas santos prelados de su tiempo. Oyóle de confesion, comulgóle, y descubrió en él aquel gran fondo de virtud que era el orígen de tantas maravillas. Suplicóle emplease su valimiento con el Señor para que librase á la ciudad de tan terrible azote. Hizo oracion san Roque; y conociendo que Dios la habia oido, convidó al cardenal á que le acompañase en rendirle humildes gracias. El hecho acreditó mas la virtud de nuestro santo, probando la eficacia de sus oraciones. Quiso el cardenal que el santo besase el pié á su Santidad. Postrado Roque á lo piés del vicario de Cristo, le pidió su bendicion y la absolucion de sus pecados. *Tú, hijo mio*, respondió el papa, á vista de un milagroso resplandor que rodeo el cuerpo del santo, *no necesitas de nuestra absolucion; nosotros sí que tenemos necesidad de tus oraciones*. Preguntóle despues de dónde era, y cuál era su familia; á esto enmudeció Roque, y el papa no quiso apurarle

mas. Casi tres años se detuvo en Roma nuestro santo, empleándose en los ejercicios de caridad á que se habia dedicado; y habiendo cumplido con su devocion, salió de Roma y volvió á aquellas mismas partes de Italia donde ya habia estado, continuando en servir á los enfermos, y en librar de la peste los lugares por donde transitaba.

Habiendo pasado algunos años en diferentes ciudades de Lombardía, ocupado siempre en estas heróicas obras de caridad, tuvo noticia de que la ciudad de Plasencia estaba afligida de epidemia; peste popular causada por la corrupcion del aire de que ninguno se puede libertar. Al punto pasó allá, y se encerró en el hospital, curando por su mano las llagas de los enfermos, segun su costumbre. Pero Dios, para probar y purificar mas su virtud, permitió que, despues de haber padecido tanto por otros, se viese él mismo atacado del propio trabajo, y con necesidad de que otros le asistiesen.

Quedóse profundamente dormido una noche, abrumado de la fatiga y del sueño. Despertó, y se sintió apoderado de una ardentísima fiebre, con un dolor en la pierna izquierda tan violento y tan agudo, que le obligaba á prorumpir en lastimosos gritos. Recibió este mal como favor de Dios muy especial, y no cesaba de mostrarle su agradecimiento. La violencia del mal no le estorbaba su tranquilidad interior; pero la viveza de los dolores le obligaba á dar gritos, que podian incomodar á los otros enfermos del hospital. Movido de caridad con ellos, no paró hasta que se hizo echar fuera de él. Afligia á todos verle tendido por tierra, y expuesto á las injurias del aire; instábanle para que se dejase llevar á cama; pero fue invencible la delicadeza de su caridad. Temerosos de que inficionase la calle donde estaba tendido, se vieron precisados los vecinos a hacerle salir fuera de la

ciudad. Gozoso el santo de verse echado de aquella manera, sostenido de un palo se fué arrastrando con grande trabajo hasta la entrada de un bosque, donde encontró una pobre y estrecha choza. El mismo gozo que tenia de verse arrojado de los pueblos, oprimido de dolores, destituido de todo humano consuelo, y en aquella triste soledad, le hacia muy deliciosa la incomodidad de la estancia. Pero tomó Dios á su cargo el cuidado de su siervo. Cerca de la misma cabaña hizo brotar un manantial de agua clara y cristalina, que dura aun el dia de hoy, dándole el mismo Señor una maravillosa virtud para preservar de la peste. Bebió de ella, y lavando su llaga con la misma agua, se sintió muy aliviado. Faltábale todavía que comer, pero Dios tomó providencia.

A doscientos ó trescientos pasos del bosque habia un castillo de un caballero de Plasencia llamado Gotardo, donde se habia retirado con su familia mientras duraba la peste. Estando un dia á la mesa, uno de sus perros tomó un pan en la boca y se escapó con él. Por entonces no se hizo mucho caso de este robo; pero el dia siguiente, estando tambien sentado á la mesa, repitió el perro la misma diligencia, y echó á correr. Creyó Gotardo que esto dependia de que mataban de hambre al pobre animal, y riñió ásperamente al criado que cuidaba de los perros. Por mas que este protestó que nada faltaba á estos animales, no fué creido. Pero como el perro tercera vez hurtase el pan de la mesa, y se escapase con él, le fueron siguiendo, y vieron que se entró en la choza, que alargó el pan al santo, y que, despues de haberle halagado con la cola, se retiró. Informado Gotardo de un hecho tan singular, fué á ver al siervo de Dios; y prendado de su mansedumbre, de su humildad, de su paciencia, y de aquel aire de santidad que resplandece siempre en los santos, le preguntó quién era, y

porque estaba retirado en aquella choza. Respondióle el santo que porque estaba tocado de la peste, y que por lo mismo le suplicaba á él que tambien se retirase. Obedeció el caballero; pero luego que volvió á su casa, reprendiéndose á sí mismo su pusilanimidad y cobardía, retrocedió adonde estaba el enfermo, y le declaró venia resuelto á no abandonarle. Has sido dichoso, le respondió el santo en haber obedecido tan prontamente á la divina inspiracion. Dios te llama á la soledad, y quiere que lo dejes todo para servir á solo él. Recibió Gotardo este oráculo como si fuera del cielo; y sintiéndose enteramente mudado, preguntó á Roque qué era lo que debia hacer. Quiere Dios, respondió el santo, que te vistas de peregrino como yo; y para romper desde luego y para siempre con el mundo, á quien has servido demasiado hasta aquí, que en este mismo traje vayas á pedir limosna por toda la ciudad de Plasencia. Era fuerte la prueba; pero Gotardo se sujetó á ella, y despues de haber sufrido la gritería de los muchachos, las zumbas, las chufletas y las reprensiones de los nobles, harto de oprobios á satisfaccion, volvió á la choza en busca de su jóven director. A tan generosa accion, hecha solo por agradar á Dios, se siguió inmediatamente el premio. Trasformado en otro hombre el nuevo ermitaño, renunció todos los empleos y todas las conveniencias que poseia, y se consagró al servicio de solo Dios, pasando el resto de sus dias en la soledad. Mientras tanto, nuestro Roque, acompañado del nuevo solitario, volvió á Plasencia; y habiendo hecho la señal de la cruz en todas las calles y en el hospital, en el mismo punto quedaron sanos todos los enfermos que estaban tocados de la peste, y toda la ciudad libre de aquel terrible azote. A vista de tan estupendo prodigio, todos gritaron *milagro*, y concurriendo de tropel al santo, le vinieron acompañando hasta su choza. En

el camino oyó una voz que le decia: *Roque, ya estás sano; vuélvete á tu pais donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.*

Oyó esta misma voz un hombre de gran virtud que iba entre la muchedumbre, y atropellando por ella, se fué á echar á los piés del anto, llamándole por su nombre, y encomendándose á sus oraciones. Quedó Roque sorprendido viéndose apellidar por su nombre, que jamás habia descubierto á persona alguna, y prometió á aquel buen hombre que, así él como su familia y todo aquel pais quedarian en adelante preservados de la peste, con tal que á nadie revelase lo que habia oido hasta que tuviese noticia de su muerte.

Despues que nuestro santo recobró tan milagrosamente su salud, habiendo instruido y fortificado suficientemente á su huésped en su generosa empresa, tomó la vuelta de Francia en hábito de peregrino, y pidiendo siempre limosna. Estaba tan extenuado y tan desfigurado, que, habiendo llegado á un lugar de su antiguo dominio, ninguno le conoció; y como á la sazon todo estaba lleno de hostilidades y de sospechas, á causa de las guerras, fué tenido por espía, y como tal fué conducido al gobernador de Mompeller, que no era menos que su mismo tio, el cual habia sucedido en el gobierno á su hermano, y padre de nuestro santo. Como Roque persistiese en no descubrir quién era, tambien le tuvo por espía el gobernador, y despues de muy maltratado, le condenó á cárcel perpetua.

No se puede explicar el consuelo espiritual y la alegría interior de nuestro santo cuando se vió encerrado en un oscuro calabozo y tratado con tanto menosprecio en su mismo pais, y por su propio tio. Consolábanle maravillosamente aquellas palabras del Evangelio, en que se dice de Jesucristo que, habiendo

vuelto á su patria, los suyos no le recibieron : *Et sui eum non receperunt.* Todas sus conversaciones eran con Dios, pasando en oracion los dias y las noches. Como si la oscuridad y la hediondez de un calabozo estrecho y lleno de sabandijas no bastasen para ejercitar su paciencia, añadia nuevas mortificaciones al rigor de su lastimoso estado. Su comida era solo pan y agua; y esta con medida. El deseo de padecer mas y mas por Jesucristo era siempre ingenioso, sugiriéndole cada dia nuevas industrias para macerar su carne, y era su vida un continuado martirio.

Cinco años pasó san Roque en estos crueles abatimientos, sin que hubiese persona humana que le solicitase algun alivio. Solo Dios y la santísima Vírgen, por cuyo amor y á cuya imitacion padecia, eran todo su consuelo. El carcelero, admirado de su apacibilidad, de su mortificacion y de su paciencia, se contentaba con decir que aquel preso era de especie distinta de los otros hombres. Pero queriendo el Señor premiar en fin á su siervo, le reveló el dia y la hora de su muerte, y el santo pidió que le llamasen á un sacerdote. Entrando este en el calabozo, al cual por ninguna parte entraba luz alguna, quedó admirado viéndole rodeado de un celestial resplandor; pero mucho mas asombrado quedó cuando vió que el cuerpo de aquel preso despedia de sí muchos rayos de gloria; mas despues que le oyó de confesion y le dió la comunion, depuso toda duda, y conoció la eminente santidad de aquel hombre extraordinario. Luego que salió de la cárcel, se fué derecho y apresurado á casa del gobernador, y refiriéndole lo que habia visto, le declaró que tenia en el calabozo un tesoro escondido á los ojos de los hombres. Despreció el gobernador la relacion, tratándola de sueño; pero esparcida la voz por toda la ciudad de que habia un santo en la cárcel, en un instante se halló esta rodeada de todo el

pueblo. Bajó el carcelero al calabozo, y luego advirtió la extraordinaria luz que salia por las rendijas de la puerta. Abrela, y encuentra al santo tendido en la tierra, que acababa de entregar el alma á su Criador, y tenia á su cabecera una lámpara encendida, y al lado una tablilla en que estaban escritas estas palabras : *Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, se librarán por su intercesion de esta cruel enfermedad.*

Dieron cuenta al gobernador de esta maravilla; quedó aturdido, y refiriéndosela á su madre, abuela de nuestro santo, que vivia aun, respondió aquella señora que, si aquel era su nieto, lo reconoceria seguramente por una cruz roja que tendria en el pecho, habiendo nacido con ella. Verificóse luego esta señal, y es fácil comprender cuáles serian los afectos de dolor, de admiracion y de gozo en toda la ciudad. Expúsose el santo cuerpo á la veneracion pública en una rica cama, debajo de un magnífico dosel; y el gobernador, que estaba inconsolable por la inocente dureza con que habia tratado á su sobrino, le hizo unos suntuosos funerales. Todos querian lograr el consuelo de besarle los piés, y regarlos con sus lágrimas. Fué conducido el santo cadaver como en triunfo por toda la ciudad, acompañado del clero, de la nobleza y del pueblo, y se le dió sepultura en la iglesia principal, que todavía no era catedral, porque la silla episcopal se mantenia aun en Magüellon, de donde no se trasfirió á Mompeller hasta el año de 1533. Poco despues su mismo tio hizo erigir una magnífica en honor de su santo sobrino, á la cual fueron trasladadas sus reliquias. Murió nuestro santo por los años de 1319, á los treinta y cuatro de su edad.

Pocos santos comenzaron á tener culto tan presto como nuestro Roque. Desde el mismo dia de su entierro comenzó la devocion particular á su sepultura.

Es verdad que muy desde luego comenzó Dios á manifestar la gloria y el valimiento de su siervo con multitud prodigiosa de milagros, particularmente con aquellos que en tiempo de peste imploraban su poderosa proteccion. Por esta experiencia la mayor parte de las ciudades y de los pueblos le escogieron por uno de sus patronos, votando guardar como festivo el dia de su muerte, que fué el 16 de agosto. Entre otras innumerables ciudades que le tomaron por patrono, fué una la ciudad de Venecia; y en atencion a esto algunos aventureros venecianos, con cierta especie de piadosa conspiracion, tuvieron modo de sacar furtivamente de Mompeller una parte de sus reliquias; la otra fué trasladada por el mariscal de Boucicaut á la iglesia de los padres Trinitarios de Arlés, y de aquí se distribuyeron ampliamente estas mismas reliquias en muchas ciudades del reino.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La octava de san Lorenzo, mártir.

En Cartago en Africa, san Liberato, abad; san Bonifacio, diácono; san Serfo y san Rústico, subdiáconos; san Rogato y san Séptimo, monjes, y el niño san Máximo, todos mártires; los cuales, en la persecucion de los Vándalos bajo el rey Hunerico, fueron atormentados con diferentes é inauditos suplicios, en defensa de la fe católica y la unidad del bautismo. En fin, habiendo sido clavados en unos troncos que debian alimentar la hoguera preparada, como siempre se apagaba el fuego por mas que le atizaban, fueron, de órden del rey, muertos á remazos sobre la cabeza; en cuyos tormentos consumaron felizmente su edificante combate, coronado por el Señor.

En Cesarea en Capadocia, la fiesta de Mamés, mártir, quien, desde la infancia hasta la vejez, padeció un

prolongado martirio, consumándole con felicidad en tiempo del emperador Aureliano bajo el presidente Alejandro. Dos padres, san Basilio y san Gregorio Nazianzeno le han colmado de elogios.

En Acaya, san Miron, presbítero y mártir, que, bajo el emperador Decio y el presidente Antipatro, fué decapitado en Cizico.

En Nicomedia, san Straton, san Felipe y san Eutiquiano, mártires, que, condenados á las fieras que los respetaron, consumaron su martirio en el fuego.

En Tolemaida en Palestina, san Paulo y santa Juliana, su hermana, quienes padecieron bajo Valeriano

En Terni, san Anastasio, obispo y confesor.

En Viena del Delfinado, el venerable Carloman, hijo de Carlos Martel, monje de Moncasino.

Entre Chelles y Gournay diócesis de París, el martirio del venerable Tomás de San Víctor.

En Huy en el país de Lieja, el tránsito del venerable Teodoro de Celles, fundador del órden de Santa Cruz.

En Alejandría, san Orion y san Emelo, mártires.

En dicho dia, san Agnato, mártir.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Omnipotens sempiterne Deus, qui meritis et precibus beatissimi Rochi, confessoris tui, quamdam pestem hominum generalem gratiosè revocasti: præsta supplicibus tuis, ut qui pro simili peste revocanda ad tuam confugiunt fiduciam, ipsius gloriosi confessoris precamine, ab ipsa infirmitate, et ab omni perturbatione liberemur. Per Domi-

Todopoderoso y sempiterno Dios, que por los méritos y por la intercesion del bienaventurado Roque, tu confesor, hiciste cesar una peste general que desolaba á todo el género humano; dígnate conceder á nuestros ruegos que todos aquellos, que, llenos de confianza en tu misericordia, te suplicaren, los preserves de semejante azote, sean libres por la

num nostrum Jesum Christum....

intercesion de tu glorioso confesor, así de esta enfermedad, como de todo lo que pueda turbar su quietud. Por nuestro Señor Jesuscristo.

*La epístola es del cap. 4 del libro de la Sabiduría.*

Justus, si morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit. Senectus enim venerabilis est non diuturna, neque numero annorum computata: canæ enim sunt sensus hominis, et ætas senectutis vita immaculata. Placens Deo factus est dilectus, et vivens inter peccatores translatus est. Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius. Consummatus in brevi, explevit tempora multa; placita enim erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum: quoniam gratia Dei, et misericordia est in sanctos ejus, et respectus in electos illius.

El justo, si muriere antes de tiempo, encontrará descanso. Porque la senectud venerable no consiste en larga duracion, ni se computa por el número de los años; sino que la cordura del hombre es la que forma la verdadera senectud, y esta edad se encuentra en la vida sin mancha. Porque agradó á Dios fué amado de él, y porque estaba viviendo entre pecadores fue trasladado á otra parte. Fué arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu, ó la seduccion no engañase su alma. Habiendo vivido poco, llenó una edad larga, porque su alma era agradable á Dios, por lo cual se dió priesa á sacarle de en medio de las iniquidades; porque la gracia y misericordia de Dios se manifiestan con sus santos, y sus cuidados con sus elegidos.

NOTA.

« Entre todos los libros de la sagrada Escritura, á quienes la Iglesia da el nombre de libros de la Sabiduría, el original, ó el que propia ó primitivamente

tiene este título, es aquel de donde se sacó esta epístola. Escribióla en hebreo el mismo Salomon, que se manifiesta en él tan claramente, como en cualquiera de los otros libros suyos; despues fué traducido en griego por los Setenta. Ni se debe extrañar que ya no se encuentre en hebreo este libro. ¡Cuántas obras hay traducidas, cuyos originales no se hallan ya! »

## REFLEXIONES

Aunque el justo muera con una muerte anticipada, se hallará en reposo. La experiencia enseña frecuentemente que los justos son retirados de este mundo en lo mas florido de su edad. Muchas veces es efecto de la bondad de Dios que los quiere sacar de los males ó peligros de esta vida. Pero de cualquiera modo y en cualquiera tiempo que ponga fin á su carrera, no se debe reputar su muerte por desgracia, puesto que le coloca Dios en un lugar de paz y de sosiego. Líbrale de un lugar de destierro, de una region de llantos, de una estancia triste y tumultuosa, en que las tempestades son tan frecuentes, y los escollos tan multiplicados, y tan comunes los naufragios. Solo por una especie de encanto se puede vivir con gusto en un país donde todo nos es contrario; en una tierra que solo lleva abrojos y espinas, donde los mas dichosos son aquellos que mejor poseen el arte de atolondrarse, y por decirlo así, el adormecer y confundir sus desasosiegos y sus pesadumbres entre el ruido y el estruendo. El nacimiento ilustre, la fortuna brillante, los empleos sobresalientes, las prosperidades engañosas, todo esto puede embriagarnos; pero nada de esto es capaz de hacernos verdaderamente dichosos y felices. Todas esas plantas solo producen unas flores por la mañana muy lozanas, que á breves horas se marchitan; y si dan algun fruto, ¡qué raro es el que no sea

muy amargo y de poca duracion! Basta una fiebre, un dolor, un catarro, un revés de fortuna, un accidente para trastornarlo todo, para arruinarlo todo y para desvanecerlo todo. ¿Qué edad, qué salud, qué condicion hay exenta de estos fatales accidentes? Esta es la calidad, este es el mérito de la tierra que pisamos. ¡Mi Dios, y de cuántos males nos libra la muerte de los justos! Y si nosotros lo fuéramos; es decir, si fuéramos verdaderamente santos, ¡qué objeto tan halagüeño y tan gozoso seria tambien para nosotros! El mas perfecto modelo de una muerte preciosa fué la de la santísima Vírgen. No solo murió en la caridad, que eso es comun á todos los santos; no solo por la caridad, que eso es propio de los mártires, de quien es reina, sino á manos de la misma caridad y del puro amor de Dios. La muerte de los santos es preciosa por el mérito de su vida y de su inocencia, en que consiste todo su precio y toda su estimacion. Pues ¿qué vida mas pura, mas llena de merecimientos, que la de la santísima Vírgen? No consiste la felicidad de la muerte en morir entre la pompa y el fausto, sino en morir en gracia de Dios; no entre abundancia de bienes, sino con multitud de virtudes, que son los verdaderos tesoros; no rodeado de criados, sino cercado de ángeles. Tal fué la muerte de la santísima Vírgen. Llena de gracia desde el primer instante de su aurora; ¿qué tesoros no aumentaria en el último momento de su brillante dia? En ninguno de su vida dejó de multiplicar y doblar los infinitos tesoros de sus merecimientos; ¡pues cuán preciosa seria su santísima muerte!

*El evangelio es del cap.* 9 *y* 10 *de san Mateo.*

In illo tempore: Circuibat Dominus Jesus civitates et castella, docens in synagogis

En aquel tiempo, andaba Jesus por todas las ciudades y castillos, enseñando en sus sina-

eorum, et prædicans Evangelium regni, et curans omnem languorem, et omnem infirmitatem. Videns autem turbas, misertus est eis: quia erant vexati, et jacentes sicut oves non habentes pastorem. Tunc dixit discipulis suis: Messis quidem multa; operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis, ut mittat operarios in messem suam. Euntes autem prædicate, dicentes: Quia appropinquavit regnum cœlorum. Infirmos curate, mortuos suscitate, leprosos mundate. Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum. Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ.

gogas y predicando el Evangelio del reino, y curando toda dolencia, y toda enfermedad. Y viendo las turbas, tuvo compasion de ellas, porque padecian vejacion, y estaban dispersas como ojevas sin pastor. Entonces dijo á sus discípulos: La miés á la verdad es copiosa; pero los obreros son pocos. Suplicad, pues, al señor de la miés que envie obreros á su miés. Y yendo, predicad, y decid: El reino de los cielos está cercano. Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad á los leprosos. Hé aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

## MEDITACION.

### QUE LA VERDADERA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN ES SEÑAL DE PREDESTINACION.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la vida deseo mas justo, ni esperanza de mayor consuelo, que el deseo y la esperanza de ser del número de los escogidos de Dios. Todos esos bellos asomos de fortuna, todas esas risueñas y floridas entradas á los honores y á las conveniencias del mundo podrán muy bien lisonjear un jóven corazon; mas nunca podrán satisfacerle ni llenarle. Esta eternidad, esta eternidad viene siempre á turbar, á atemorizar el tiempo. Bien puede uno estar

contento con lo que tiene, y con lo que es; pero siempre le tendrá inquieto, y con razon, el pensamiento de lo que será. Es grande, es poderoso, le sobran conveniencias, está rico; pero es muy corta la duracion de esta superficial, de esta imaginaria felicidad. Unos pocos dias, que á cada momento se van disminuyendo, nos hacen justamente temer aquella eternidad que se ha de seguir á ellos; ¿y quién sabe cuál será esa espantosa eternidad? ¿Seré yo del número de los predestinados? ¿estaré contado entre el de los reprobos? Esto es lo que no sé, y esto es lo que me espanta. Prosperidades y desgracias, riquezas y pobreza, á todo esto se puede seguir una desdichada, una infeliz eternidad. ¡O qué dichosos seríamos, qué consolados viviríamos, si pudiéramos lograr un presagio seguro de una eternidad feliz! Pues yo te daré uno poco dudoso; ten una devocion verdadera, una devocion tierna, una devocion constante con la santísima Vírgen, y serénate sobre tu futura suerte, sobre tu eterno destino. No lograrás señal mas segura de tu salvacion que esta verdadera devocion. San Agustin llama á la santísima Vírgen única esperanza de los pecadores: *Spes unica peccatorum*. Suplícala que le consiga todos los auxilios necesarios para salvarse, y protesta que por ella espera el perdon de sus pecados, y el premio de sus buenas obras *(Serm. 18 de Sanct.)*: *Per te speramus veniam delictorum, et in te, beatissima, nostrorum est exspectatio præmiorum.* Toda la gracia de la salvacion, dice santo Tomás, será en María, porque recibió la plenitud de ella, y es como el canal por donde se deriva á nosotros: *In me omnis gratia vitæ.* Toda la esperanza de la vida está en María, porque la conseguimos por su poderosa intercesion. Por eso, dice ella misma: en mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud: *Et ideo dicit ipsa: in me omnis spes vitæ et virtutis.* Pues ahora, ¿en favor

de quién empleará su valimiento esta Madre de misericordia? ¿en favor de quién derramará sus piedades, sino en beneficio de sus fieles siervos y de sus verdaderos devotos? No creas que sean indiferentes esos afectuosos movimientos de ternura y de devocion que sientes hácia la santísima Vírgen; es una gracia especial que hace Dios á los que prevee que algun dia le han de gozar en la gloria, inspirándoles amor y confianza en aquella Señora, por cuyo medio han de conseguir la gracia de merecerla.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que desde los apóstoles acá no ha habido santo que no haya profesado esta tierna devocion á la Madre de Dios. San Bernardino de Sena, exponiendo aquellas palabras que dijo Cristo á san Juan desde la cruz: *Esa es tu Madre*; y á la santísima Vírgen: *Ves ahí á tu hijo*; dice que san Juan representaba entonces á todos los escogidos, y la Vírgen á toda la Iglesia. San Agustin es de opinion que, cuando David hace á Dios aquella oracion: *Salvum fac filium ancillæ tuæ*: Salva, Señor, al hijo de tu esclava, muestra en ella la dicha que gozan los hijos de María; y cuando añade en otra parte: *Yo soy tu siervo, y soy hijo de tu esclava*: *Ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ*; es como si dijera: en este solo título fundo mi esperanza de que me habeis de otorgar la gracia de la salvacion. Prenda segura de ella llama san Juan Damasceno á la santísima Vírgen. Profesaros á vos, ó bienaventurada Vírgen, exclama el santo, una singular devocion, es lo mismo que tener aquellas armas defensivas que Dios pone en las manos de los que quiere salvar. Sí por cierto, continúa el mismo santo, yo me salvaré como ponga en vos mi confianza. Toda la esperanza, toda la gracia y toda la salvacion á que aspi-

ramos, dice san Bernardo, estemos persuadidos á que se nos concederá por intercesion de María. En sus manos están todos los tesoros de las misericordias del Señor, dice san Pedro Damiano; ¿pues qué motivos no tienen para confiar todos los que son sus favorecidos y la aman? Esto movió á san German y á otros santos padres á decir que no parecia posible que pereciese para siempre un verdadero devoto de la Vírgen; ó ha de dejar su devocion, ó se ha de convertir. Asegura san Pablo que todos los predestinados han de ser semejantes á Cristo; y por consiguiente, hijos adoptivos de María, como el Salvador lo fué por naturaleza. Estimó tanto Cristo esta cualidad, que las mas veces solo se llamaba á sí mismo el hijo del Hombre; esto es, el hijo de María. Con efecto, infiere san Ambrosio, si el Salvador se dignó llamarse hermano de los creyentes, luego es mucha verdad que María es madre de los verdaderos fieles : *Si Christus credentium est frater, cur non ipsa quæ genuit Christum, credentium est mater?* ¿Pues se podrá creer que esta madre de la verdadera caridad deje perecer á ninguno de sus hijos? Así pues, ¿qué muestra mas visible de predestinacion, que profesar un tierno amor á esta divina Madre? Por tanto, nunca se ha visto cristiano alguno que haya perseverado constante en esta verdadera devocion, que no haya muerto con muchas señales de predestinado. Al contrario, ¿qué hereje hubo jamás que no tuviese dentro de su corazon cierto despego, y aun aversion á la santísima Vírgen? Arrianos, nestorianos, eutiquianos, pelagianos, calvinistas, luteranos; todos los que en estos últimos tiempos se han separado de la Iglesia; todos los que siguen opiniones contrarias á la fe; todos son declarados enemigos de la devocion con la santísima Vírgen; todos se burlan de los elogios que se le aplican, y de los cultos que se le tributan. Frialdad mor-

tal, aversion impía, indiferencia fatal, presagio poco dudoso, señal cierta de eterna reprobacion.

Dignaos, ó Madre de misericordia, de ser siempre mi querida madre; pues yo protesto en este dia, á presencia del cielo y de la tierra, que quiero ser eternamente vuestro fiel siervo y vuestro devotísimo hijo. No hay título mas honroso, ni mas estimable para mí. Sí, Vírgen santa, toda mi vida haré profesion de estar dedicado á tu servicio, de llevar tu librea, de ser contado en el número de tus devotos. Alcanzadme la gracia de que cada dia te ame mas y mas.

## JACULATORIAS.

*Monstra te esse matrem.* Ecclesia.
Mostraos siempre, Señora, amorosa madre mia.

*Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.* Ecclesia.
María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo, y á la hora de la muerte recíbenos en tus brazos.

## PROPOSITOS.

1. Despues que los mayores hombres de nuestra religion agotaron todo su caudal en celebrar las grandezas de María; despues que perdieron la esperanza de encontrar voces proporcionadas para explicar la sublimidad de su estado; despues que un san Agustin, en nombre de todos, confesó su insuficiencia, y altamente protestó que le faltaban expresiones para tributar á la Madre de Dios las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio;* se hallan todavía espíritus tan arrogantes y corazones tan impíos que desaprueban y censuran el zelo que anima á los verdaderos

fieles para exaltar incesantemente á la que jamás se la puede alabar tanto como merece. ¿Quién no creerá que esta falsa delicadeza es una señal de reprobacion? Por lo que á tí toca, practica todo lo contrario. Dedícate enteramente al servicio de la santísima Vírgen, y haz cristiana vanidad de parecerlo; en ninguna cosa podrás agradar mas al Hijo, que en hacer la corte á su Madre. Busca con ansiosa diligencia todos los libros que promueven la devocion á la santísima Vírgen; inspírala tú mismo á todos tus dependientes y á cuantos están á tu cargo; habla siempre de la devocion á esta Señora, y habla en términos que muestren está tu corazon embebido y penetrado de ella. Este zelo, esta ansia y este ardor es una gran señal de predestinacion.

2. La multitud de fiestas instituidas en honor de la santísima Vírgen; el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios debajo de su nombre; tantas devociones admitidas y aprobadas por la Iglesia para conservar y para fomentar nuestro filial amor á la Madre de Dios; todo esto debe despertar y debe avivar nuestro fervor y nuestro zelo. Si tienes en tu casa alguna capilla ú oratorio, dedícasele á la Vírgen. Sean sus imágenes el adorno de tu cuarto y de tus salas. Coloca alguna de ellas ó á la cabecera, ó á vista de tu cama. Es devocion santa y provechosa saludar á la santísima Vírgen siempre que se ve alguna imágen suya. Todas sus fiestas las has de celebrar con singular devocion; y esta devocion la has de hacer mas solemne por medio de alguna limosna. El sábado es aquel dia de la semana que consagra singularmente la Iglesia al culto de esta Señora; solemnízale tú tambien con alguna devocion particular. Entre los verdaderos devotos de la Vírgen son pocos los que no ayunen los sábados, á ejemplo de los santos, ó que no vayan á oir misa, ó á hacer oracion en



STA CLARA, V.

la iglesia donde es particularmente venerada. La perseverancia en estos piadosos ejercicios es señal de predestinacion.

---

## DIA DIEZ Y OCHO.

### SANTA CLARA DE MONTE FALCO, VÍRGEN.

Santa Clara de Monte Falco, de quien publica tantas maravillas el martirologio romano, nació en Monte Falco, ciudad de Umbría en Italia, cerca de Espoleto, por los años de 1275. Su padre se llamó Damian y su madre Jaquelina, menos distinguidos por su nacimiento que por su mucha piedad, la cual los movió á dar á sus hijos una cristiana educacion. Tuvieron dos hijas : Juana, que pasó toda su vida fervorosa y santamente en cierta comunidad de doncellas que ella misma habia formado; y Clara, que fué despues el mas bello ornamento de la misma comunidad. Desde la edad de cinco años tuvo una maravillosa inclinacion á la oracion; hallando en ella tanto gusto, que él mismo daba á entender el verdadero principio de aquellas sobrenaturales luces que ya desde entonces la ilustraban; y como el don de oracion nunca se separa del espíritu de penitencia, apenas comenzó Clara á vivir cuando comenzó á mortificarse. Solo el ver un crucifijo era para ella como un precepto de continua mortificacion. Apenas se pudiera creer que una niña de seis años tuviese no solo valor, ni aun la viniese al pensamiento el macerar su inocente cuerpo tanto como maceró el suyo nuestra santa. Ceñasele todo con una cuerda llena de apretados nudos; de suerte que, si no se hubirea acudido con tiempo a moderar

los excesos de tan industriosa mortificacion, hubiera sido preciso despedazar con crueles incisiones el delicado cuerpecillo para que no le costase la vida.

Sobresaltado el infierno á vista de tan anticipado fervor, puso en movimiento todas sus artes para espantarla y para desalentarla. Sequedades, tentaciones, visiones espantosas, de todo se valió para sufocar en su mismo nacimiento aquellos afectos de devocion que asombraban á los mas perfectos; pero Clara hallaba siempre en la oracion y al pié del crucifijo luces para descubrir y armas para vencer todos aquellos artificios. Lo que sobre todo le sirvió de escudo y de asilo mientras duraron aquellas peligrosas pruebas fué la tierna y afectuosa devocion con la Madre de Dios. Y como el amor de Jesucristo es inseparable de una viva devocion á la santísima Vírgen, nuestra santa habia nacido, por decirlo así, con el amor á la Reina de las vírgenes, el que se manifestó desde la cuna, y cada dia fué en aumento hasta el último instante de su vida.

No era para el mundo alma tan privilegiada; y así solo suspiraba por el estado religioso. Fueron tantas las instancias que hizo á sus padres para que la dejasen entrar en la comunidad de su hermana, que fué preciso ceder á su inclinacion, aunque no tenia mas que seis años, y fué recibida en ella, no como educanda, segun lo pedia su corta edad, sino como miembro de la misma comunidad, cuyas santas leyes comenzó á observar con mas fervor que otra alguna. El gozo de verse ya admitida entre las esposas de Jesucristo le inspiró el deseo de manifestarle su reconocimiento. Resolvió ayunar ocho dias consecutivos, y lo hizo con tanto rigor, que en todos ellos no comió mas que un poco de pan seco y una manzana. A la verdad, su misma abstinencia ordinaria y regular parecia cosa de prodigio; apenas comió en un mes lo suficiente

para alimentarse una semana; y cuando la obediencia la obligaba á moderar sus ayunos los domingos y las fiestas principales, todo el regalo se reducia á añadir al pan seco algunas yerbas silvestres, y algunas habas secas remojadas en un poco de agua.

Insaciable en el ansioso deseo de padecer por Jesucristo, añadia continuamente á su abstinencia comun espantosas penitencias. Nunca gastó otra cama que una tabla ó la desnuda tierra; el suelo y las paredes de su celda, teñidas de su sangre, daban testimonio de la inocente crueldad de sus disciplinas; y un horroroso cilicio, de que rara vez se desnudaba, era buen testigo de los excesos de su mortificacion. Es verdad que no faltaban consuelos á una alma tan pura y tan penitente. Su oracion era un éxtasis continuo; y en estos largos y frecuentes raptos, ¿qué abundancia de celestiales dulzuras, qué torrente de espirituales delicias no inundaria aquel corazon abrasado en el fuego del divino amor? Aparecíasele frecuentemente la santísima Virgen, que la miraba como á una de sus mas amadas hijas. Presentóle un dia á su divino Hijo en figura de un hermosísimo niño; y se halló entonces la santa tan extraordinariamente encendida en el amor del Hijo y de la Madre, que sin milagro no pudiera sobrevivir á tan insigne favor.

Su hermana Juana, que con tanto zelo y con tanta prudencia gobernaba aquella comunidad, viendo que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, determinó edificar otro monasterio maz capaz sobre una colina, en un sitio que la aparicion de una milagrosa cruz parecia haber señalado para el nuevo convento. Vencidos felizmente todos los estorbos y dificultades que se opusieron á su piadoso intento, trasladó á él todas sus hijas, y habiendo suplicado al Obispo de Espoleto, diocesano suyo, que les dieses alguna regla, recibieron la de san Agustin, y hechos

los votos en manos del mismo obispo, formaron desde entonces una nueva comunidad religiosa. Los gastos de la fábrica habian reducido la comunidad á la precision de recurrir á las limosnas de los fieles para mantenerse; y como toda la ambicion de Clara era por los oficios mas humildes y mas penosos, le dieron el de limosnera. Ejercióle su modestia mas que su lengua aquella pedia y esta callaba. Nunca se levantó el velo ni entró jamás en casa alguna; arrimábase á la puerta, y allí se estaba como si estuviera en oracion. Siendo el oficio tan distraido y tan penoso, no fué capaz de distraerla ni un solo momento, ni de obligarla á moderar su abstinencia. Cuando volvia á casa quebrantada de las fatigas del dia, su descanso era entrarse en el coro, y pasar de ordinario en oracion toda la noche. Temiendo la prelada que un oficio tan trabajoso arruinase la débil y delicada salud de nuestra santa, la exoneró de él; pero presto encontró Clara el secreto de recompensar esta indulgencia con nuevas mortificaciones.

Consideraba su cuerpo como una victima que todos los dias queria sacrificar á la divina justicia por los pecados que se cometian, y tomó la resolucion de no aliviarle nunca del cilicio, sino para despedazarle con sangrientas disciplinas. En la exacta observancia de las reglas llegó hasta el punto de donde era dificultoso pasar. Parecióle un dia que habia quebrantado la regla del silencio por haber dicho algunas palabras que pudo excusar, y en penitencia se condenó á rezar cien veces el Padre nuestro con los piés desnudos sobre agua helada. Díjole un dia su hermana y superiora que, cuando hablase con su propio hermano, no habia inconveniente en que se levantase el velo; á que respondió la santa : *Pues solo se habla con la lengua, permíteme que tenga cubiertos los ojos y la cara.* Su profundo recogimiento era efecto de su íntima union con

Dios. La materia contínua de su oracion era la pasion de Jesucristo. Quien ve á Jesucristo clavado en una cruz, decia la santa, ¿cómo puede pensar en otra cosa?

En la comunion gustaba tantas delicias espirituales, que eran para ella como precursores de los gozos de la gloria Llamábanla el serafin en carne mortal. Su aire, su modestia, sus conversaciones y hasta su mismo silencio, todo inspiraba aquel fuego del divino amor que abrasaba y consumia su alma. A este inflamado amor de Dios correspondia su ardiente caridad con sus hermanas y con el prójimo. Cualquiera oficio penoso del monasterio le parecia muy superior á las fuerzas de sus hermanas, y todos juntos los juzgaba muy inferiores á las suyas. Queria cargar con todos á esfuerzos de su gran corazon y de su valor, y con efecto ella servia todos los mas trabajosos; para los mas bajos y los mas humildes decia siempre que tenia especial talento; y no le podian dar mayor gusto que cargarla bien de este género de oficios.

Murió su hermana con la muerte de los justos, como lo supo Clara por divina revelacion, y de unánime consentimiento fué nombrada por superiora. Era la humildad su amada virtud, y se sobresaltó extrañamente con aquella eleccion. En vano añadió las lágrimas á los ruegos; en vano representó su edad, sus imaginarias imperfecciones, su poca salud; no se dió oidos á su invencible repugnancia. Solo la consoló el pensamiento de que ya tendria libertad para escoger lo mas abatido de la casa, y de que ninguna podria poner limites á sus penitencias.

Una superiora de tan eminente santidad presto comunicó el fervor y la perfeccion á todas sus súbditas; sus ejemplos eran regla viva, y su valimiento con Dios, fecundo manantial de bendiciones para toda la casa. Halláronse sin pan las monjas en una carestia univer-

sal que afligió al pueblo de Monte Falco; recurrió á Dios nuestra santa, y luego que acabó su oracion, llegaron á la puerta del convento dos ángeles en figura de dos gallardos mancebos, cargados cada uno con un cesto lleno de pan: milagroso socorro que se continuó todo el tiempo que duró la carestía.

Aunque estaba todavía en su primitivo fervor aquella reciente comunidad, no obstante, la nueva superiora dispuso algunas reglas que perfeccionaron maravillosamente aquel nuevo instituto, haciendo al monasterio de Monte Falco modelo cabal de comunidades religiosas. Reformó los locutorios, convirtiéndolos en oratorios, y se desterró de ellos toda visita y toda conversacion aseglarada. Las religiosas no se dejaban ver de los de fuera. La conversacion habia de ser de Dios; y para que aun esto durase poco, estaban en una postura incómoda y penosa. En lo interior del convento solo se veian imágenes ó instrumentos de la pasion de Cristo. Resplandecia en todo la pobreza, y aunque el convento tenia sus rentas, todas las monjas eran extremadamente pobres.

A vista de tan santa y fervorosa superiora no era fácil dar lugar á la imperfeccion y á la tibieza; sus ejemplos, sus palabras y sus milagros inspiraban en todas los deseos de la mas alta perfeccion. Su caridad prevenia aun las mas mínimas necesidades, y pegaba su fervor á las mas tibias. Cautivaba á las enfermas la frecuencia con que las visitaba, y el amor con que de dia y de noche las servia. Viendo en cierta ocasion curar una llaga que causaba horror, se desmayó; volvió en sí, y condenando su poco valor y su demasiada delicadeza para vencerla, resolvió curar por su propia mano á la paciente; hízolo, besó la llaga, y desde entonces no volvió á sentir mas repugnancia. Sus palabras eran tan poderosas como sus obras, y no habia resistencia á la eficacia de sus oraciones. Por

raro pecador pidió á Dios que no se convirtiese. Abrasado todo el país en las rencillas y discordias que sobrevinieron entre los vecinos de Monte Falco y los de Trebi, Florencia, Arezo, Espoleto y Reati, apenas levantó Clara las manos al cielo, cuando á ellos se les cayeron las armas de las suyas; y aquellos pueblos, que ninguno habia podido componer, convinieron en todo luego que se encomendaron á las oraciones de nuestra santa.

Sus enfermedades casi continuas, sus vivísimos dolores y sus excesivas penitencias la tenian en una perpetua cruz, y con todo eso, cada dia estaba mas insaciable de mortificaciones. Movida del ardentísimo deseo de padecer por amor de Jesucristo, pidió á su divino Esposo la gracia de que experimentase en su cuerpo y en su alma todos los dolores y amarguras de su pasion. Fué oida abundantemente. Apareciósele el Salvador con la cruz á cuestas, y le dió parte en los dolores que padeció. Fué tan viva la impresion, y los dolores tan vehementes, que no le era posible resistirlos; pero la misma mano que los comunicó le dió fuerzas milagrosas para que no muriese á violencias del dolor. Despues que recibió del cielo este insigne favor, tuvo siempre una vida penosísima y extremadamente débil. Decia que era ya la esclavita de la santísima Vírgen en el monte Calvario, inseparable de aquella afligida Madre dolorosa. Pero ni aun este fué su mayor martirio.

Hablando un dia con sus hijas de los celestiales consuelos que se experimentan en la frecuente meditacion de la pasion de Cristo, una religiosa jóven le dijo con aire y en tono un poco vivo: *Madre, V. R. nos pondera mucho las exquisitas dulzuras y el suavísimo dolor que se experimenta en esas meditaciones del Calvario, pero yo solo hallo disgustos y sequedades en esas tristes meditaciones.* Indignóse la santa al oir una vi-

veaz de tan poca edificacion, y dejándose llevar de aquel primer movimiento, le manifestó no sin algun exceso. Castigó Dios bien rigurosamente una falta tan lijera. Desde aquel punto y por espacio de once años fué su oracion un contínuo ejercicio de tormento; acabáronse los gustos; acabáronse las visiones; acabáronse los consuelos sensibles; y por decirlo así, se vió como entregada á merced de todo el infierno junto. En adelante, todo fué tentaciones abominables, espantos contínuos, sequedades, turbacion, inquietudes, ímpetus de desesperacion. Lloraba, gemia, doblaba las penitencias, clamaba por misericordia; pero el cielo parecia de bronce: Dios y la santísima Vírgen se mostraban sordos é insensibles á sus clamores. En fin, volvió la calma despues de once años de purgatorio. Aplacado el divino Esposo, y dándose por satisfecho de su larga inmutable perseverancia, la hizo oir su voz, la consoló y le restituyó con cien dobladas usuras sus antiguos favores. Desde allí adelante todos fueron éxtasis, visiones y consuelos celestiales. En una de aquellas visiones extraordinarias, le dijo Jesucristo que, en señal de lo agradable que le era la tierna devocion que profesaba á su pasion, queria grabar en su corazon todos los instrumentos de ella. Desde aquel instante sintió en él contínuamente todos los dolores que correspondian á cada uno. Descubrió en confianza á algunas de sus hijas y á su confesor esta merced que le habia hecho el Señor; y desde entonces quedaron persuadidos á que, despues de su muerte, se verian señalados estos instrumentos en su corazon.

Favoreció Jesucristo con muchos dones á esta su crucificada esposa. Tuvo en grado eminente el de profecía y el de milagros. Se asegura que resucitó dos muertos, y que dió salud repentina á muchos enefermos. Canonizáronla en vida, digámoslo así, pues

no le sabian dar otro nombre que *la santa de Monte Falco*. Concurrian de países muy remotos para encomendarse á sus oraciones; y los prelados, los cardenales y los príncipes se tenian por muy dichosos en merecerle alguna parte en su memoria. Quiso, en fin, el Señor premiar tan santa vida; revelóle en un éxtasis el dia de su muerte; dispúsose para ella redoblando su fervor. Pidió que le administrasen los sacramentos, aunque no parecia estar de particular cuidado; y habiendo exhortado á todas sus hijas ' una tierna devocion con Jesucristo crucificado y con la santísima Vírgen, murió con la muerte de los justos el dia 18 de agosto del año 1308, cerca de los treinta y tres de su edad, que casi todos los habia pasado en el monasterio. Quedó su rostro mas brillante y mas encendido, despues de su muerte, que lo que estaba en vida. Quisieron sus hijas absolutamente ver su corazon. Abriéronla, y se hallaron tan perfectamente grabados los instrumentos de la pasion, que se juzgó muy conveniente manifestar al público esta maravilla. Dióse parte al señor obispo de Espoleto, quien envió á su provisor á reconocerla. Este trató al principio el caso de embuste ó de ilusion; monstráronle el santo corazon; pero creyó que se habia grabado artificiosamente, lo que se pretendia pasase por milagroso. Para hacer la prueba, mandó que se dividiese el mismo corazon en su presencia, y se hallaron visiblemente grabados los mismos instrumentos en las dos superficies interiores. Dió entonces órden de que se dividiese en cuatro partes, y en cada una de ellas se registraron todos igualmente grabados. Hizo gran ruido un milagro tan auténtico. Concurrió todo el pueblo al convento; hiciéronsele magníficas exequias, y muy desde luego se comenzó á trabajar en el proceso de su canonizacion. El año de 1316, ocho

despues de su muerte, el papa Juan XXII expidió dos bulas al principio de su pontificado, procediendo en ellas á la ceremonia; y el papa Urbano VIII permitió á todos los religiosos y religiosas de san Agustin que celebrasen su fiesta. El martirologio romano habla de nuestra santa en estos términos : *En Monte Falco de Umbría, santa Clara, vírgen, religiosa de la órden de los Ermitaños de san Agustin. Venéranse hasta el dia de hoy con mucha devocion los sagrados misterios de la pasion de Jesucristo, que este se dignó grabar en su corazon.*

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Palestina, la fiesta de san Agapito, mártir, que, abrasado en amor divino á la tierna edad de quince años fué preso de órden del emperador Aureliano. Desde luego, fué desapiadadamente azotado largo rato con unas vergas; despues padeció suplicios todavia mas crueles bajo el prefecto Antioco; por último, habiendo sido echado á los leones pormandado del emperador, como no recibiese ningun mal de los animales, cayó bajo la cuchilla del verdugo que le labró la corona.

En Roma, san Juan y san Crispo, presbiteros, quienes, durante la persecucion de Diocleciano, enterraron con la mayor solicitud los cuerpos de muchos santos, por cuyos méritos, habiendo sido asociados á ellos con el tiempo, se hicieron dignos de la gloria eternal.

En el mismo lugar, san Hermas, san Serapion y san Polieno, mártires, que, arrastrados por lugares estrechos y escabrosos, entregaron el alma á Dios.

En Iliria, san Floro y san Lauro, canteros de profesion, mártires, que, despues del martirio de sus amos Próculo y Maximo, padecieron muchos tormen-

tos, y fueron arrojados, de órden del presidente Licion, en un pozo muy hondo.

En Mira en Licia, san Leon y santa Juliana, mártires.

En Roma en la via Lavicana, santa Helena, madre del piadosísimo emperador Constantino el Grande, el primero que dió á los príncipes el ejemplo de defender y propagar la Iglesia.

En Monte Falco en Umbría, santa Clara, vírgen, religiosa del órden de los Eremitas de san Agustin, en cuyo corazon se veneran con la mayor devocion los misterios renovados de la pasion de Nuestro Señor.

En Metz, san Fermin, obispo y confesor.

En Poitiers, san Agon, obispo de otra silla. Habia en aquella ciudad una iglesia de su nombre.

En París, la recepcion de la santa Corona de espinas de Nuestro Señor.

Cerca de Utica en Africa, el natalicio de los tres cientos mártires conocidos con el nombre de la Masa Cándida.

En el Ponto, san Pontimo, santa Heliena y santa Marciana, vírgenes, santa Pilencia y santa Lancia, todos mártires, mencionados en el martirologio de san Jerónimo.

En Pérgamo, san Proyecticio, diácono, mártir.

En Irlanda, san Dageo, fundidor de campanas, y luego obispo de Iniscoindega en Ultonia.

*La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor de santa Clara la siguiente:*

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Claræ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum

Oyenos, ó Dios, que eres nuestra salud, para que, así como la fiesta de tu vírgen la bienaventurada Clara da materia á nuestro gozo, así tam-

nostrum Jesum Christum...

bien recibamos el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo....

*La epístola es del cap. 24 de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, pág.* 325.

NOTA.

« El libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, es, como ya se ha dicho, un compendio de todos los libros de Salomon; y por eso le da la Iglesia el nombre de la *Sabiduría*, cuyo elogio se hace en este capítulo. En él describe el autor su origen y sus admirables efectos; y es claro que el Espíritu Santo que le inspiraba tenia en la idea el retrato de la santísima Vírgen, madre del Verbo encarnado, quien es solo la verdadera sabiduría. »

## REFLEXIONES.

*El Señor me dijo: Habita en Jacob; sea tu herencia Israel, y echa raices en mis escogidos.* Seria desacierto buscar verdaderos devotos de la santísima Vírgen en otra parte que entre los escogidos de Dios; ellos son herencia de la Madre, puesto que lo son del Hijo. Con los otros solo está, por decirlo así, como de paso; pero entre los predestinados vive de asiento. Ellos son sus hijos, y ella es su madre, y este es el principio de su verdadera devocion. ¿De dónde nace aquella aversion, aquel desvío, ó por lo menos aquella indiferencia con que todos los herejes miran á la santísima Vírgen? Ninguno hay que no se haya declarado contra ella; ninguno, que no califique de indiscreta la devocion de sus hijos; ninguno, que no procure desterrar ó á lo menos disminuir su culto; ninguno, que no condene la ardiente, la afectuosa, la re-

verente devocion que los fieles le profesan. Todo esto nace de lo que canta la Iglesia que la Virgen fué siempre y siempre será el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores; y ella sola triunfó de todas las herejías. Apenas se levantó alguna en el cristianismo que no la hubiese atacado; pero ni una sola hubo que la Señora no hubiese confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo,* dice san Agustin, y con él la Iglesia toda. Este es un efecto de aquella mortal enemistad que predijo Dios habia de poner eternamente entre la mujer y la serpiente; y porque aquella quebrantó á esta la cabeza, esta procura morderla en el carcañal: *Ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.* Esta es la verdadera causa que puso y pondrá siempre de mal humor contra la santísima Virgen á todos aquellos en quienes el demonio tiene alguna autoridad. Pero esa misma es la que alienta la confianza de los verdaderos fieles. Despues de la victoria que consiguió del dragon infernal, siendo madre de nuestro Salvador, despues del casi ilimitado poder que se le concedió como á madre de tal hijo, ¿qué le falta de todo aquello que puede esforzar nuestra confianza? Si se quiere conseguir la gracia; si desea uno armarse de poderosos auxilios, de fuertes defensivos contra los peligros; si se aspira á merecer la salvacion, acudamos á María, invoquemos á María, seamos devotos de María. Si estamos obligados á creer lo que cree la Iglesia como regla de nuestra fe, no lo estamos menos á obrar lo que obra la Iglesia como regla de nuestras costumbres; pues la Iglesia todos los dias dirige muchas oraciones á la Madre de Dios para implorar su asistencia. Siempre comienza y siempre acaba el oficio divino con una oracion particular á la santísima Virgen. Continuamente tenemos necesidad de la gracia; pues la Virgen es la madre de ella. La hora mas crítica para

nosotros es la hora de la muerte, aquel es el momento mas decisivo de nuestra suerte eterna; pues la santísima Virgen es en él nuestro asilo, nuestro consuelo, nuestro amparo y nuestro refugio. Por esto, la Iglesia incesantemente le está pidiendo que nos asista ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc, et in hora mortis nostræ.*

*El evangelio es del capítulo* 10 *de san Lucas, y el mismo que el dia XV, pág.* 328.

## MEDITACION.

### LA AUGUSTA DIGNIDAD DE MADRE DE DIOS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la dignidad de madre de Dios, como dice santo Tomás (1. *quæst.* 25), es en cierta manera infinita, incomprensible al humano entendimiento, pues tiene por termino á Dios, y queda comprendido en su concepto; porque quien dice *madre,* dice necesariamente *hijo;* y quien dice *madre de Dios,* dice necesariamente un hijo que es el mismo Dios. Y como no hay entendimiento humano que pueda comprender la dignidad de hijo de Dios, tampoco le hay que pueda comprender la de su divina madre. *Concibe,* dice san Gregorio (*In lib.* 1 *Reg.*), *qué cosa es ser hijo de Dios, y entonces concebirás qué cosa es ser madre suya. Por la excelencia del uno llegarás á conocer la excelencia de la otra.* Pregúntasme, dice san Euquerio, quién es la madre; pues pregúntame antes quién es el hijo: *Quœritis qualis mater? quœrite prius qualis filius.* Con efecto, esta es la mayor y la mas estrecha alianza que una pura criatura puede contraer

con Dios; fuera de la union hipostática, no es posible concebir otra mas estrecha que la de una madre con un hijo. Por eso dijo Alberto Magno que desde el mismo instante en que comenzó á ser madre de Dios la santísima Vírgen, no se pudo unir mas íntimamente con Dios, á menos que no fuese tambien Dios ella misma: *In hac Annuntiatione sanctissima Virgo magis Deo conjugi non potuit, nisi fieret Deus (Serm. de Assumpt.)*. Por lo mismo, dijo san Agustin, ó á lo menos su discípulo san Fulgencio, que, siendo la carne de Cristo carne de María, *caro Christi, caro Mariæ,* en virtud de haber encarnado y nacido de sus entrañas, la Madre y el Hijo, por decirlo así, eran una misma cosa: *Unum effecit Matrem et Filium.* Fundado en esta verdad, afirma san Buenaventura que la augusta dignidad de madre de Dios es como el último esfuerzo del divino poder. Puede Dios, dice el santo, hacer un mundo mayor que este que hizo; criar un cielo mas vasto, un sol mas resplandeciente, un fuego mas puro, una tierra mas fértil; pero no puede hacer una madre mas noble, mas respetable, mas excelente, más augusta, que la madre de Dios: *Majorem matrem quàm matrem Dei facere non potest.* ¿Hemos hecho nunca reflexion sobre esta incomprensible dignidad de la santísima Vírgen? Solamente aquellos, dice san Pedro Crisólogo, que no conocen quién es Dios, dejan de admirar con asombro la inefable grandeza de su madre: *Quantus sit Deus ignorat, qui hujus Virginis mentem non stupet, animum non miratur (Serm. 140)*. En esto se fundan los santos padres, particularmente san Crisóstomo y el bienaventurado Pedro Damiano, para decir que todo el conjunto de lo mas grande, lo mas noble, lo mas perfecto que se encuentra en todas las puras criaturas juntas, querubines, serafines, primeras inteligencias celestiales, todo es menos que la santísima Vírgen, y solo es mas que

ella el mismo que la fabricó : *Videbis quidquid majus est, minus esse Virgine; solumque opificem opus istud supergredi (Serm. de Nativ.)*. Sí, Vírgen santa, exclama san Epifanio, tú eres superior á todo lo que no es Dios; *Sola, Deo excepto, cunctis superior existis*. Ninguna cosa es igual á tí, Vírgen santísima, prorumpe el devoto san Anselmo, ninguna es comparable contigo. Entre todas las cosas que existen, solo Dios está sobre tí, y tú eres superior á todo lo que no es Dios : *Quod supra te, solus Deus; quod infra te, omne quod Deus non est (De Concept. Virg.)*. ¡Cuánta debe ser nuestra veneracion á la madre de Dios! ¡cuánto, nuestro amor, nuestro respeto, nuestra confianza, nuestra devocion, nuestro zelo por su culto!

## PUNTO SEGUNDO.

Considera el valimiento que esta divina Madre tendrá con su divino Hijo; cuánto será su poder, su dignidad, su excelencia, y por consiguiente cuál debe ser nuestra confianza en su intercesion, y nuestro zelo en venerarla. ¿Qué cosa podrá negar un buen hijo á su querida madre? Todo lo que es María se lo debe á la bondad de Dios, pero Dios, que la elevó á la suprema dignidad de madre suya, no puede resistirse á su ruego. No, no temamos excedernos cuando alabamos á la madre de Dios, dicen los santos; antes podemos estar seguros de que nunca la engrandeceremos dignamente. San Juan Damasceno desafía á los hombres y á los ángeles á que la alaben como merece, estando cierto de que en ningun elogio se pueden comprender sus alabanzas. Como madre, dice el santo, debe poseer los bienes de su Hijo, y á excepcion del culto de latría, que se debe á solo Dios, debe ser venerada con cierto culto particular, que se refiere al mismo Dios, puesto que solo por ser madre

de Dios se la honra singular y siempre religiosamente: *Decet Matrem ea quæ Filii sunt possidere, et ab omnibus adorari (Orat. de Assumpt.)*. O santísima y sacratísima Vírgen, exclama san Basilio de Seleucia, el que dijere de ti todas las cosas mas grandes las mas magníficas, las mas ilustres y las mas gloriosas que se pueden decir ni imaginar, no se desviará de la verdad: *O ter sacrosancta Virgo! de te qui omnia illustria et gloriosa dixerit, nunquam is quidem à veritatis scopo aberraverit.* ¿Han sido hasta aquí mis ideas y pensamientos acerca de la santísima Vírgen semejantes á los de los padres y á los de toda la Iglesia? ¿cuál ha sido mi zelo, mi ansioso ardor por rendirle el culto que le es tan debido? ¿he pensado nunca que la que es madre de Dios quiere y se digna de ser tambien madre mia? ¡Qué honra esta para mí! ¡qué dicha! ¿qué puedo temer ya con semejante proteccion? Por otra parte, ¡qué inagotable fondo, qué motivo á una dulce confianza! La madre de mi Dios, de mi Redentor, de mi Juez, del único que es árbitro de mi eterna suerte, es mi querida madre, la medianera con mi Salvador, la tesorera del Omnipotente, la distribuidora de sus gracias, esta me ama con ternura, me protege como á su siervo, me quiere como á su hijo; ¡y no la serviré con zelo y ardor! ¡y no la amaré como á mi dulcísima madre! ¿Y tendré vergüenza de vestir su librea, de ser del número de sus devotos? ¿me avergonzaré de ser uno de los mas zelosos siervos de María?

No permita Dios, Vírgen santísima, que jamás merezca yo semejante reconvencion. ¡Desdichado de aquel que no os ama! Por lo que á mí toca, desde este mismo punto me obligo á honraros, á serviros con todo el zelo, con todo el ardor, con toda la ternura que me sea posible. Vos sois mi querida madre, vos sois, despues de Dios, nuestra vida, nuestro consuelo

y nuestra esperanza. Alcanzadme la gracia de que eternamente sea del número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros amantes hijos.

## JACULATORIAS.

*Monstra te esse matrem; sumat per te preces, qui pro nobis natus, tulit esse tuus.* Ecclesia.

Muéstrate verdadera madre mia, y reciba por tu mano vuestras oraciones aquel que por nuestro amor quiso ser hijo tuyo.

*O Domine, quia ego servus tuus, ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ.* Salm. 125.

Mirad, Señor, que yo soy vuestro siervo, siervo vuestro soy, y soy hijo de vuestra misma madre, que se apellidó esclava vuestra.

## PROPOSITOS.

1. No debe ser puramente especulativo el alto concepto que formamos de las grandezas de María. Ha de ser práctico este conocimiento, no contentándonos con que nos inspire ciertos afectos ociosos, estériles y mudos. A la admiracion debe acompañar el culto. Admiremos en buen hora con asombro las inefables grandezas de la Vírgen; pero acrediten nuestras oraciones, nuestra confianza y nuestra devocion lo mucho que la veneramos. Entre las muchas devociones que se pueden tener con esta Señora, una de las mas provechosas es rezarle todos los dias el salterio que en su honor compuso san Buenaventura. Compónese este salterio de cincuenta salmos, que, á imitacion de los de David, dispuso aquel gran doctor y aquel gran santo, con diferentes cánticos, imitando a los de los profetas, con un himno que correspondo

al *Te Deum laudamus*, y con un símbolo á semejanza del de san Atanasio. De todo esto compuso un oficio repartido por horas para todos los dias de la semana, á imitacion del oficio divino. Este salterio, distribuido en oficio, se halla junto en un solo libro, que procurarás haber para rezarle todos los dias, y presto experimentarás el fruto de esta utilísima devocion.

2. Pocos santos dejaron de componer algunas oraciones particulares en honor de la santísima Vírgen; procura aprender aquellas que te parecieren mas devotas, y háztelas familiares. San Efren compuso y rezaba todos los dias la siguiente: «O santísima y purísima Vírgen, madre de mi Dios, reina de la luz, poderosísima y llena de ardentísima caridad, vos sois mas noble que todos los espíritus celestiales, mas pura que todos los rayos del sol, mas digna de honor que todos los querubines, mas santa que todos los serafines, mas gloriosa sin comparacion que todas las gerarquías de los ángeles. O santísima Señora, que fuiste la esperanza de los patriarcas antiguos, la gloria de los profetas, la alabanza de los apóstoles, el honor de los mártires, la alegría de los confesores y la corona de las vírgenes, recibidme y conservadme bajo las alas de vuestra caridad, y á la sombra de vuestra proteccion. Tened piedad de mí, miserable pecador, manchado con innumerables culpas, con las cuales ofendí á Jesucristo, vuestro Hijo, mi Dios y mi Juez. O Vírgen llena de gracia, ilustrad mi entendimiento, poned palabras en mi boca, dad movimiento á mi lengua, para que con todo el afecto de mi corazon, cante vuestras alabanzas, y os salude con el mismo respeto y con la misma devocion debida á la madre de Dios con que os saludó el ángel Gabriel cuando os dijo *Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo* y os diga con el mismo espíritu y con la misma ter-

nura con que os dijo Isabel: *Bendita eres entre todas las mujeres.* »

---

## DIA DIEZ Y NUEVE.

### SAN LUIS, OBISPO Y CONFESOR.

San Luis, mas célebre por su santidad y por sus milagros, que por su alto nacimiento, fué por su padre sobrino segundo de san Luis, rey de Francia, y por su madre, sobrino de santa Isabel, reina de Hungría. Nació en Briñoles de la Provenza el año de 1274, siendo el segundo hijo de Carlos II, llamado el Gotoso, rey de Nápoles y de Sicilia, y de María, hija de Estéban V, rey de Hungría. En la infancia de Luis nada se notó que oliese á niñez; todo parecia superior á su edad; todo era en él madurez de juicio, tanto su circunspeccion, como la gravedad de sus costumbres. Nunca tuvieron sus ayos necesidad de hacerle la menor advertencia en órden al cumplimiento de sus pequeñas obligaciones; anticipábase á sus instrucciones por aquella natural inclinacion á la piedad con que parecia haber nacido; y prevenia sus lecciones por el amor que profesaba al retiro y al estudio. Los juegos, las diversiones, los pasatiempos, y los demás ejercicios en que ordinariamente se suelen entretener otros príncipes de aquella edad, nunca fueron de su gusto. Su inclinacion era á leer libros espirituales, y mucho mas á la oracion. En la corte no solo se miraba con admiracion, sino que se llegaba á respetar su modestia. Aquella delicadeza, aquel regalo y aquel amor á los placeres que nacen con los grandes, que crecen con la edad y que se fomentan en las cortes, donde

todo conspira á lisonjear los sentidos y al amor propio, apenas fueron conocidos de nuestro jóven príncipe. Cuando los meninos que se criaban con él iban á jugar, Luis por lo comun se escondia de ellos, para pasar aquel tiempo en su oratorio. Lo mas admirable era que, en medio de las delicias en que se crian los príncipes de su elevacion, Luis se aplicaba á mortificar sus sentidos, y á macerar su inocente cuerpo desde aquella tierna edad.

Tenia solos siete años cuando, no obstante el regalo con que se le procuraba criar, le encontraban muchas veces fuera de la cama y echado en la alfombra que estaba á los piés de ella, movido de un espíritu de penitencia. Así lo testificó la reina su madre, de cuya boca oyó esta particularidad el autor que escribió su vida. Sus paseos se terminaban siempre en alguna iglesia ó en algun convento de religiosos, siendo todo su gusto informarse menudamente de los ejercicios de mortificacion y de virtud que constituian el principal fondo de la vida regular. Nunca consentia que le pusiesen en las iglesias aquellas señales de distincion y de respeto que correspondian á su real nacimiento; porque ni su fe ni su veneracion á los altares se acomodaban con semejantes distintivos; y así, aunque le prevenian sitial, alfombras y almohadas, jamás usaba de ellas, y se arrodillaba siempre en la desnuda tierra. Su compostura y su modestia inspiraban modestia y compostura á todos los cortesanos; y solian decir que, para tener devocion, no era menester mas que ver al príncipe oir misa.

Ganaba los corazones de todos con su aire, con su apacibilidad y con sus compuestísimos modales. Los criados que componian su casa le llamaban el ángel de la corte; y con efecto, lo era por su rara pureza y por su inocencia. Poseia esta pureza en tan alto grado de perfeccion, que, aun siendo niño, no permitia que

la Jerusalen celestial, sino tambien todos los fieles, y en particular los escogidos de Dios: *Gens sancta, populus acquisitionis.* »

## REFLEXIONES.

*Mi poder está establecido en Jerusalen.* ¿Hay ni puede haber pura criatura, que pueda, ni aun tanto con Dios, como la santísima Vírgen? Dice la Escritura que Salomon se levantó de su trono para salir al encuentro á su madre, y mandó que le dispusiesen otro trono junto al suyo, para hacerla sentar á su mano derecha: *Surrexit Rex in occursum ejus, adoravitque eam, et sedit super thronum suum, positusque est thronus matris ejus, quæ sedit ad dexteram ejus.* Si Salomon rindió estos honores á su madre, ¿tendrá el Salvador menos amor á la suya? Todos los dias de tu vida, decia el santo Tobías á su hijo, profesarás á tu madre el mas profundo respeto: *Honorem habebis matri tuæ.* Habiendo inspirado el Hijo de Dios esta obligacion al santo patriarca, ¿podia él mismo faltar á ella? ¿cómo puedo negar cosa alguna que me pidas, decia á su madre el rey Salomon? *Pete, mater mea, neque enim fas est ut avertam faciem tuam.* No puede tener el Salvador otro lenguaje con la santísima Vírgen. ¿Quién ignora que á ruegos suyos hizo el primer milagro, y que aun anticipó el tiempo destinado para hacerlos en público, solo por condescender con los deseos de la Vírgen? ¿pues qué no debemos esperar de su intercesion todopoderosa? ¡O bienaventurada Vírgen María exclama san Agustin), dignaos de recibir nuestras humildísimas gracias, aunque débiles, aunque cortísimas, aunque muy poco proporcionadas á lo que vos mereceis! Oid nuestras oraciones, y reconciliadnos con Dios. Conseguidnos el perdon de nuestros pecados, que pedimos por vuestra intercesion. Alcanzad-

nos los auxilios que necesitamos para salvarnos. Recibid lo que os ofrecemos; concedednos lo que os pedimos; porque vos sois la única esperanza de los pecadores : *Quia tu es spes unica peccatorum*; por vos esperamos el perdon de nuestros pecados : *Per te speramus veniam delictorum*; en vuestra intercesion afianzamos el premio de nuestras buenas obras: *Et in te, beatissima, nostrorum est exspectatio præmiorum.* Convengo desde luego (dice san Bernardo) en que no se hable mas de vuestra misericordia, si se hallare alguno que os haya invocado, como debe, en sus tribulaciones, y vos le hayais faltado. ¿Quién podrá desesperar de la misericordia de Dios, teniendo la misericordia de María? ¿quién podra dudar de su eterna salvacion, una vez que la ponga dignamente en manos de la Madre de Dios? Si en ese caso no la solicitara, ó seria por falta de poder con su Hijo, ó por falta de voluntad con los que la invocan. ¿Quién puede dudar de lo uno y de lo otro sin agraviar al Hijo y á la Madre? ¿cómo no ha de tener poder con su Hijo aquella, á quien el Hijo, en cierta manera, comunicó todo su poder, como dice san Buenaventura? Todo lo puede por su Hijo; todo lo puede con él, y todo lo puede despues de él. ¿Violaria el precepto de honrar al padre y á la madre el mismo que le impuso á los demás? ¿y le observaria si hiciese poco aprecio de la intercesion de su Madre? El poder de María se debe medir por la dignidad de Madre de Dios que posee; por la ternura con que el Hijo la ama; por lo mucho que en cuanto hombre le debe; por la cualidad de medianera de los hombres. Siendo esto así, ¿adónde no alcanza el poder de la Madre de Dios? ¿y adónde no debe llegar nuestra confianza?

*El evangelio es del cap.* 10 *de san Lúcas, y el mismo que el del dia XV, pág.* 328.

## MEDITACION.

### DE LA CONFIANZA QUE DEBEMOS TENER EN LA SANTÍSIMA VIRGEN.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la confianza es cierta opinion ó cierta seguridad que se tiene en la buena voluntad de una persona que nos favorece, y en el poder que la acompaña para hacer efectiva esta buena voluntad. No basta querer hacer bien; es menester poder hacerle: el poder sin la voluntad no funda la confianza; y la voluntad sin el poder, á lo sumo, es buen deseo estéril y una benevolencia sin fruto. Ahora, pues, no es dudable que la Virgen tenga este poder. Sabemos, dice san Anselmo, que es tanto su mérito, tanto su valimiento con Dios, que no es posible carezca de efecto aquello que pide y quiere *(Lib. de Concept.)*: *Scimus beatam Virginem tanti esse meriti, et gratiæ apud Deum, ut nihil eorum quæ velit efficere, possit aliquatenus effectu carere.* De aquí concluye que no es posible se pierda ni se condene una alma á quien esta Señora tomó debajo de su proteccion: *Ninguna cosa se resiste á tu poder, ó Vírgen santa*, dice Jorje, arzobispo de Nicomedia (*Orat. de exit. Virg.*), *ninguna se opone á tu voluntad; todas obedecen tus preceptos; todas se rinden á tu autoridad.* ¿Cómo no ha de ser todopoderosa, dice san Bernardo, habiendo puesto el Señor en sus manos la plenitud de todos los bienes? *Totius boni plenitudinem posuit in Maria*; y quiere (añade el mismo santo) que todo el bien que nos hace, pase primero por el canal de María (*Serm. de Nativit.*): *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret.* ¿Pues

que confianza no deben tener en María, continúa este padre, todos aquellos que la sirven y están debajo de su proteccion, pues conoce todas sus necesidades, puede y quiere socorrerlas? Las conoce, porque es madre de la Sabiduría; quiere, porque es madre de misericordia; puede, porque es madre del Todopoderoso. La cualidad de madre, dice santo Tomás, da cierta autoridad natural sobre el hijo, que ningun privilegio puede derogar. Aunque los hijos sean reyes, aunque sean soberanos, aunque sean supremos dueños, aunque tenga una madre á su hijo cuantas obligaciones son imaginables, siempre será madre, y ni la condicion ni el estado disminuirán un solo punto su autoridad. ¿Pues qué poder será el de la Vírgen? ¡O Dios, y qué motivo de consuelo para los verdaderos siervos de María este gran valimiento que tiene con su Hijo la soberana Reina!

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente los que no conocen quién es la santísima Vírgen, pueden ignorar el tierno y compasivo amor que profesa á los hombres. Es la madre de los escogidos y el refugio de los pecadores; es el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos; es, como canta la Iglesia, el comun asilo y el auxilio ordinario de todos los cristianos: *Salus infirmorum, refugium peccatorum, consolatrix afflictorum, auxilium christianorum*. Es inseparable, dice san Anselmo, la maternidad divina de la maternidad humana: por el mismo hecho de ser María madre de Dios, quedó constituida madre de los hombres. Pues ahora; no es la naturaleza mas ardiente en sus movimientos, como observa san Ambrosio, que lo es la gracia en los suyos; antes por el contrario, el fuego de la caridad es mucho mas vivo, mucho mas puro, mucho

mas fuerte, que el de la naturaleza. Y siendo el de la santísima Vírgen de una consumada perfeccion, infiere de aquí el tierno amor que nos tiene. ¿Qué mayor prueba nos pudo dar, que haber ofrecido ella misma su querido Hijo á la muerte de cruz por la salvacion de todos los hombres? Si quiso Dios que precediese su consentimiento para la encarnacion del Verbo, dicen los padres, parece que no menos habia de preceder para su afrentosa muerte. Sabemos todos cuál fué la ternura sin semejante de la santísima Vírgen para con aquel amado Hijo; con todo eso, ella misma le ofreció en el templo como víctima por nuestra redencion. Por aquí puedes conocer cuánto nos amó. Nunca, nunca comprenderemos hasta dónde llega el exceso del amor que nos tiene esta Señora. ¡Buen Dios, y qué motivo para nuestra confianza! ¡O María! (exclama san Buenaventura), por miserable que sea un pecador, siempre le miras con ternura de madre; siempre le abrazas como tal: *Materno affectu complecteris*; le acaricias: *Foves;* y no le abandonas hasta haberle reconciliado con el formidable Juez: *Nec deseris quousque tremendo Judici miserum reconcilies*. Bien sé, Vírgen santa, dice san Pedro Damiano, que toda estás llena de amor, y que nos amas á todos con una inmutable, con una invencible ternura: *Et amas nos amore invincibili;* pues en vos y por vos vuestro Hijo y vuestro Dios nos amó con extremo amor: *Quos in te et per te Filius tuus et Deus tuus summa dilectione dilexit.* Pero si la santísima Vírgen ama tan tiernamente á los pecadores, ¿con qué ternura no amará á los justos? ¿qué ardor sobre todo no será el suyo por sus fieles y devotos siervos? *Ego diligentes me diligo.* En la Vírgen María, dice el devoto Idiota, se halla todo género de bienes; ama á los que la aman, y lo mas admirable es, que sirve mas á sus siervos, que lo que estos la sirven: *Imò sibi servienti-*

*bus servit.* ¡Mi Dios! gran consuelo es para todos los hombres el saber que omos tan tiernamente amados de la santísima Vírgen. ¿Quién dejará de tener confianza en una Madre tan poderosa? ¿y quién podrá dejar de amarla? No por cierto, exclama san Bernardo; aunque todo el infierno junto se desate contra mí; aunque me espante la multitud y la gravedad de mis pecados; aunque mi propia flaqueza me atemorice, sé que la santísima Vírgen me ama; pues no habrá ya cosa capaz de alterar mi confianza. Bástame que me ame esta Señora, para que lo espere todo de su poderosa intercesion.

Lo mismo digo yo, amantísima Madre mia, y lo mismo os repetiré toda mi vida. Un solo dolor me aflige, y es el no haberos amado hasta aquí; pero con el auxilio de la divina gracia, que vos me conseguiréis, espero reparar mi pasada ingratitud, por la ternura con que os amaré el resto de mis dias. Despues de Dios, tengo, Señora, puesta en vos toda mi confianza.

## JACULATORIAS.

*Si oblitus fuero tui, oblivioni detur dextera mea.* Salm. 136.

Olvídeme yo, Señora, de mí si algun dia me olvidare de tí.

*Miserere mei, quoniam in te confidit anima mea.* Salm. 56.

Tened, ó Vírgen santa, misericordia de mí, pues en vos tengo yo puesta toda mi confianza.

## PROPOSITOS.

1. En la segunda homilía que compuso san Bernardo sobre aquellas palabras del Evangelio: *Missus est, etc.*, nos enseña un admirable ejercicio de devocion. O tú, cualquiera que seas, dice el santo, que te hallas

engolfado en este borrascoso mar del mundo, agitado de la tempestad, y rodeado de escollos y de bajíos, si quieres evitar el naufragio, ten siempre fijos los ojos en esta estrella de la mañana. Si soplan furiosos los vientos de las tentaciones, si vas á estrellarte contra los escollos de la tribulacion, no pierdas de vista la estrella, invoca á María: *Respice stellam, voca Mariam.* Si te sientes molestado del espíritu de la ambicion, del orgullo, de la envidia, de la murmuracion, mira á la estrella, invoca á María: *Respice stellam, voca Mariam.* Si la cólera, si la avaricia, si el demonio de la impureza te fatigan, recurre á María: *Respice ad Mariam.* Si te espanta la memoria de los pecados pasados; si los remordimientos de una conciencia manchada te atribulan; si el temor de lós terribles juicios de Dios te quiere inducir á la desesperacion, piensa en María: *Cogita Mariam.* En toda suerte de peligros, en todo género de enfadosos accidentes, en toda especie de dudas, sea tu recurso María: *In periculis, in angustiis, in rebus dubiis, Mariam cogita, Mariam invoca.* Ten contínuamente en la boca el nombre de María, y tenle tambien profundamente grabado en lo íntimo del corazon: *Non recedat ab ore, non recedat à corde.* Pero sobre todo, procura imitar sus virtudes, si quieres que sean oidas tus oraciones. Con semejante guia nunca te descaminarás; y á la sombra de su proteccion puedes vivir tranquilo y en reposo: *Ipsam sequens, non devias; ipsa tenente, non corruis; ipsa propitia, pervenis.* Segura está tu salvacion si te es propicia la santísima Vírgen. Esto era lo que sentia aquel gran santo; practica tú lo mismo.

2. Todos los dias de tu vida has de rezar la oracion siguiente, que compuso san Agustin y adoptó la Iglesia, repitiéndola muchas veces en el oficio divino: *Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove flebiles, ora pro populo, interveni pro clero, in-*

S. BERNARDO, C.

*terceae pro devoto feminco sexu. Sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.* « Santa María, socorre á los miserables, anima a los pusilánimes, fortalece á los flacos, ruega por el pueblo, pide por el clero, intercede por el devoto sexo de las mujeres; experimenten tu asistencia y tu poderosa proteccion todos aquellos que están dedicados á tu servicio, y celebran tu santo nombre. »

---

# DIA VEINTE.

## SAN BERNARDO, CONFESOR.

San Bernardo, primer abad de Claraval, ilustre por la santidad de su vida, por su doctrina y por sus milagros; siervo muy zeloso y muy querido de la santísima Vírgen; luz del mundo cristiano, y uno de los mayores ornamentos de la iglesia de Francia, nació el año de 1091, en la reducida poblacion de Fontaines, provincia de Borgoña, diócesis de Langres, y á tres cuartos de legua de Dijon. Era señor del mismo lugar su padre Tescelino, descendiente de los condes de Chatillon, y una de las casas mas ilustres de la provincia. Su madre Alicia era hija de Bernardo, señor de Mombard, pariente de los duques de Borgoña, ambos mas distinguidos por su virtud, que por su noble nacimiento; pero ninguna cosa añadió tanto esplendor á su heredada nobleza, como el haber sido padres de nuestro santo. Fué el tercero de siete hijos que tuvieron, seis varones y una hembra, á todos los cuales, andando el tiempo, ganó nuestro Bernardo para Dios. A todos los crió á sus pechos la piadosa madre, y á todos los amaba con ternura; pero á nin-

guno con tanta como á Bernardo, despues de un misterioso sueño que tuvo estando en cinta de él. Soñó que traia en el vientre un perrillo que ladraba: y atemorizada con este sueño, se desahogó con un siervo de Dios, á quien se le comunicó, y este la consoló, pronosticándole que daria á luz un niño, el cual con el tiempo seria muy vigilante custodia del rebaño del Señor, dando incesantes ladridos contra los enemigos de la fe y de la Iglesia. Con esta profecía de tanto consuelo sintió en su corazon la virtuosa señora un amor muy especial hácia su hijo Bernardo, sin que esta preferencia causase zelos ni envidia en los otros sus hermanos. Fuera de eso, justificaban sobradamente esta particular distincion las otras grandes prendas con que el niño habia nacido. Educóle Alicia en la virtud con singularísimo cuidado, inspirándole desde muy tierno un alto menosprecio de todo lo mas engañoso del mundo. Y porque Guido y Gerardo, sus dos hermanos mayores, seguian ya la profesion de las armas, única carrera á que se dedicaban en aquel tiempo los caballeros mozos de su calidad, quiso Alicia que Bernardo se aplicase al estudio de las letras. Con este fin, le envió á Chatillon sobre el Sena, para que á un mismo tiempo se dedicase al estudio de las ciencias y al de la virtud. Era Bernardo, sobre un natural extremadamente dócil, de un ingenio naturalmente vivo, veloz y perspicaz, por lo que en breve tiempo hizo progresos muy superiores á sus años; pero como estaba tan prevenido de la divina gracia, y parecia que la virtud habia nacido con él, todavía se adelantó mas en la santidad que en las ciencias. Hablaba poco, meditaba mucho y amaba la soledad. Distinguíase aun mas por su modestia, que por sus raros talentos; las prendas de su persona le ganaban los corazones; su elocuencia natural acababa de rendirlos, y como tomó

tanto gusto á las ciencias, sin exceptuar las profanas, pensó muchas veces abandonarse á ellas; pero las prudentes y oportunas advertencias de su virtuosa madre le desviaron de este lazo.

Parecia haber nacido con una devocion tan tierna y tan sensible á la santísima Vírgen, que, siendo aun niño, bastaba pronunciar delante de él el nombre de María para hacerle saltar de gozo y de contento; ni para corregirle de aquellos defectillos que son inseparables de la infancia habia otro medio mas eficaz, que decirle que aquello desagradaba á la Vírgen. Muy luego reconoció lo mucho que debia á esta Señora; ni tampoco se duda que su extremo amor á la pureza fuese un don singular de la Reina de las vírgenes. Corria en Bernardo tanto mas peligro esta delicada virtud, cuanto la naturaleza le habia liberalmente favorecido con todo lo que podia hacerle amable. Así, pues, tanto su inocencia, como su castidad, fueron combatidas con los modos mas violentos que se pueden discurrir, y en circunstancias en que sin milagro parecia imposible la resistencia. Las victorias no disminuian los peligros; y reconociendo que el mundo estaba cubierto de lazos, resolvió buscar asilo en alguna soledad. No por haber tomado esta resolucion dejó de estar siempre en centinela contra los artificios del tentador. Detuvo un dia incautamente los ojos en la vista de una mujer con alguna curiosidad, y se indignó tanto contra sí mismo, que al punto se metió desnudo hasta el cuello en un estanque helado, que la casualidad le proporcionó inmediato, para extinguir el fuego de la concupiscencia aun á costa de su vida.

Impaciente ya por ejecutar cuanto antes su determinacion, ninguna vida le pareció mas conveniente para conservar su inocencia, que la nueva reforma del Cister. Eran pocos los que tenian valor para abrazarla;

aterraban á todos las excesivas penitencias y la extremada pobreza que se observaba en ella. Habiala fundado doce ó trece años antes el bienaventurado Roberto, abad de Molesme, y apenas se hallaba quien se atreviese á profesarla. No le atemorizó á Bernardo; salió del Egipto del siglo, y le robó santamente, llevándose consigo lo mas precioso que en él habia; treinta caballeros distinguidos fueron los primeros frutos de su zelo, comenzando sus conquistas por sus seis hermanos, que ya todos estaban armados caballeros, y hacian la mayor oposicion á sus intentos. Yendo todos á Fontaines á tomar la bendicion de su padre, Guido, que era el primogénito, dijo á Nivardo, el menor de todos siete, *que le dejaban heredero de todos sus bienes*; á que Nivardo respondió prontamente: *Vosotros escogeis el cielo, y á mí me dejais la tierra; el partido no es igual*; y con efecto, los siguió poco despues.

Igualmente ganó Bernardo para Dios á su tio Gaudrido, señor de Tully, cerca de Autun, y á un caballero muy conocido, llamado Hugo Macon, que despues fué obispo de Auxerre. A raro jóven hablaba que no se sintiese luego movido á alistarse en la milicia espiritual; de suerte que, cuando aparecia Bernardo, las madres escondian á sus hijos, y las casadas tenian divertidos á sus maridos, persuadidas á que ninguno podia resistir á su elocuencia y á su gracia. Juntos ya todos sus compañeros en número de treinta, se retiraron al Cister. No cabe en la explicacion el gozo con que todos fueron recibidos del abad san Estéban, sucesor de Alberico, á quien habia dejado por abad el beato Roberto cuando se restituyó á su monasterio de Molesme. Cumplia entonces Bernardo los veinte y dos años de su edad; y recibido en el noviciado, dió principio á la nueva vida con tanto fervor, que sus primeros pasose cedieron desde luego la perfeccion

de los mas santos religiosos en el fin de su carrera. Desde entonces declaró eterna guerra á su cuerpo y á sus sentidos. Sus mortificaciones ordinarias eran excesos. La abstinencia y el ayuno no se podian estrechar mas. Estos rigores arruinaron del todo su salud; enteramente perdió el sentido del gusto. Su dominio sobre el de la vista fué tan grande, que, despues de haber estado un año en el noviciado, no sabia si el techo era de bóvedas, ni si habia en la iglesia mas que una ventana.

Fué fruto de la pureza de su corazon y de la mortificacion de su carne el maravilloso gusto que hallaba en la oracion. Desde luego, se le concedió un don muy elevado de contemplacion, complaciéndose Dios en comunicarse á aquel inocente espíritu; y este delicioso gusto, esta íntima union con Dios, esta tierna devocion, le duró constantemente toda la vida.

Acabado su noviciado, hizo Bernardo su profesion en manos del santo abad Estéban, juntamente con los otros treinta novicios que le habian seguido; y se celebró este devoto acto por el mes de abril del año de 1114. Unido mas estrechamente con Dios por este nuevo vínculo, creció en Bernardo la encendida ansia de una consumada perfeccion. Ningun hombre le excedió nunca en domar la delicadeza de su complexion, ni la debilidad natural de [illegible]mperamento. Los mas penosos y los mas viles oficios de la casa eran, al parecer, los que mas lisonjeaban su amor propio. Pareciéndole al abad que no tenia fuerzas ni habilidad para segar, como lo hacian los otros monjes, le eximió de esta labor; pero el santo pidió al Señor con tantas instancias le diese maña y fuerzas para aquel ejercicio, que fué oido; y en la siguiente siega hizo muchas ventajas á todos en la destreza, actividad y vigor con que ejercitó aquel trabajoso oficio. El trabajo de manos no interrumpia su íntima union con Dios, ni su

oracion. Oyósele decir muchas veces en el discurso de su vida, que en los campos y en los bosques habia recibido la inteligencia de la sagrada Escritura por la oracion y por la meditacion, siendo sus maestros las encinas y las hayas en el estudio de los libros sagrados. Con efecto, aquella sublime penetracion, así de las verdades, como de los misterios de nuestra religion, en que fué tan sobresaliente nuestro santo, se ha reputado siempre en la Iglesia por sobrenatural y milagrosa.

Fueron tantos los que concurrieron al monasterio del Cister movidos de la reputacion de san Bernardo, y del ejemplo de sus treinta compañeros, que fué preciso enviar muchos de ellos á poblar otros desiertos. Despues que el santo abad despachó unos á la Ferté, sobre el rio Garona, y otros á Pontiñy, escogió á san Bernardo para que fuese á fundar la tercera colonia en Claraval, que en breve tiempo se hizo mas célebre, y fué mas numerosa que la matriz. La ceremonia que entonces se observaba en semejantes fundaciones era enviar el abad doce religiosos, y entregar una cruz al superior de ellos. Salió Bernardo de la iglesia del Cister con este estandarte en la mano; y seguido de sus compañeros, llegaron á un espantoso desierto de la diócesis de Langres, cerca del rio Auba. Era aquel sitio una madriguera de ladrones, y se llamaba quizá por eso el valle de los Ajenjos. No dudó Bernardo que aquel era puntualmente el paraje que le tenia destinado la divina Providencia. Comenzaron todos á desmontar la maleza; y levantaron unas estrechas chozas de madera, con un oratorio. Tuvieron mucho que padecer; pero todo lo suplia la santidad de Bernardo; y el nuevo monasterio se hizo tan ilustre, y recibió tanto esplendor, que se convirtió en el nombre de *Claraval, ó Claro Valle* el del valle sombrío de los Ajenjos.

Por mas que nuestro santo procuró sepultarse vivo en aquel oscuro desierto, como el Señor le tenia destinado para brillante antorcha de todo el orbe cristiano, le dió á conocer en todo él. Cada dia llegaban nuevos reclutas de soldados de Jesucristo, que venian a alistarse en los estandartes de Bernardo. Reyes, obispos, príncipes de todas partes concurrian á tomar sus consejos. En poco tiempo se convirtió Claraval en escuela de la religion y en seminario de santos. No siendo ya suficiente el vasto edificio para contener tantos monjes, fué preciso destacar muchos para poblar otros desiertos.

Tescelino, padre de san Bernardo, despues que vió que todos sus hijos, unos tras otros, le dejaban por irse á servir á Dios en el Claraval, él mismo siguió su ejemplo, y vino tambien á abrazar la vida monástica, en la que murió en olor de santidad, llegando á una extremada vejez. No tuvo menos dichosa suerte su hija Humbelina. Yendo á ver á su hermano san Bernardo, hizo tanta impresion en ella su religiosa conversacion, que, renunciándolo todo, se encerró en el monasterio de Julli, fundado poco tiempo antes para religiosas.

Desde que Bernardo se vió nombrado por abad, solo habia usado de la dignidad de superior para mortificar con toda libertad [illegible]uerpo, sin dependencia de nadie. Esto tenia tan estragada su salud, que ya comia sin gusto; y siempre con repugnancia. En lugar de manteca, por muchos dias estuvo comiendo sebo, ó unto muy rancio, que le pusieron por equivocacion, y el santo lo comió sin conocerlo; de la misma manera bebió en cierta ocasion aceite por agua sin advertirlo. Hallóse muchas veces á las puertas de la muerte, y por sus excesivas penitencias llegó al extremo de no poder tragar cosa alguna sólida; siendo para él un amarguísimo tormento la necesidad

de comer, que á otros les es de tanto gusto. Con todo eso, en medio de sus trabajos conservaba siempre un semblante tan sereno, tan risueño y tan alegre, que mostraba bien la tranquilidad de su alma. Pero lo mas extraordinario, y lo que verdaderamente asombra mas, es que un hombre de una salud tan estragada, y que casi siempre estaba enfermo, pudiese hacer tantas maravillas. El solo fundó ciento y seis monasterios en diferentes provincias de la cristiandad. El primero fué el de las tres Fontanas en la diócesis de Chalons, el año de 1118. A este se siguió en el mismo año el de Tarouca en Portugal, adonde el santo envió una colonia. Fueron pocos los reinos de la cristiandad que no deseasen tener discipulos suyos. La Saboya, la Italia, la Sicilia, España, Inglaterra, Escocia y Alemania vieron resucitado en sus dominios todo el primitivo fervor y toda la perfeccion de la vida monástica luego que entraron en ellos los monjes de Claraval; y fueron pocos los príncipes cristianos y los prelados eclesiásticos que no los pidiesen.

Pero ninguna cosa hace formar mas justo ni mas elevado concepto del extraordinario mérito y la eminente santidad de san Bernardo, que los grandes, importantes é innumerables servicios que hizo á la Iglesia. Despues de haber sido padre de los pobres, maestro de los religiosos, reformador de la disciplina y predicador de la penitencia, mostró Dios que tambien le habia escogido para ser pacificador de las turbaciones públicas, árbitro de las diferencias, Taumaturgo de su tiempo, azote de los enemigos de la fe, y uno de los mayores doctores de la Iglesia.

En el año de 1124, reconcilió al pueblo de Reims con su arzobispo; en el de 1127, á Estéban, obispo de París, con Luis el Craso, rey de Francia. En el mismo año, hizo varias excursiones para el mismo fin por di-

ferentes partes del reino. En estos viajes, compuso aquel importante tratado que nos dejó *sobre la gracia y el libre albedrío*. Al año siguiente, envió á Francia el papa Honorio II por su legado al cardenal Mateo para que celebrase un concilio en Troya, y quiso que san Bernardo asistiese á él. Habíase ya retirado el santo á Claraval, con firme resolucion de no salir mas de allí, y alegó mil razones para excusarse, pero no le valieron. Fuéle preciso obedecer, y despues de haber mostrado al mundo que era el restaurador de la disciplina monástica, le hizo ver que era tambien el alma de los concilios. Por sus decisiones y por sus consejos se arreglaron los cánones del de Troya. Diósele comision á san Bernardo para que dispusiese los estatutos del órden militar de los Templarios, y con esta ocasion escribió al gran maestre aquel admirable tratado, que se intitula: *Exhortacion á los caballeros del Temple.*

Ya habia vuelto nuestro santo á tomar el camino de Claraval, impelido de su amor á la soledad, cuando un funesto cisma que se suscitó, le obligó á acudir al socorro de la Iglesia. Acababa de formarle la ambicion de Pedro de Leon, que tomó el nombre de Anacleto, contra Inocencio II, legítimo pontífice. Tuvo arte el antipapa para atraer á su partido, no solo la ciudad de Roma y el Milanés, sino tambien á Rogerio, rey de Sicilia, al duque de Guiena, y á otros muchos príncipes. Refugióse á Francia el papa Inocencio, y celebró en ella los concilios de Clermont y de Etampes, á que se halló presente Luis el Craso. Obligósele á Bernardo á que concurriese á él. Examináronse las elecciones de Inocencio y de Anacleto, y convinieron todos los padres en que se le dejase al santo abad la decision de un punto tan delicado. Despues de un maduro exámen, pronunció Bernardo su sentencia en favor del papa Inocencio, y todo el concilio abrazó y

veneró como oráculo el dictámen de nuestro santo, declarando por antipapa á Anacleto. El mismo partido siguieron la Alemania, Inglaterra y España. Solo el duque Guillelmo, famoso por sus excesos, defendia con obstinacion el cisma en que se habia empeñado. Hizo san Bernardo muchos viajes á la corte del duque para reducirle á la razon; pero todas sus diligencias las frustraba Gerardo, obispo de Angulema, ciego partidario de Anacleto. Pidió el santo á Dios en la misa por la conversion del duque, y la alcanzó. Despues de la consagracion, y dada la paz al pueblo, tomó Bernardo el cuerpo de Cristo sobre la patena, sálese fuera de la iglesia donde estaba el duque, y arrojando fuego por el semblante y centellas por los ojos, le habló en tono tan imperioso y tan terrible, que, atemorizado el duque, cayó derribado en tierra medio muerto, y no se pudo levantar hasta que el santo le dió con el pié mandándole que lo hiciese, y escuchase con respeto y reverencia lo que Dios le intimaba por su boca. De repente se convirtió aquel lobo en un manso cordero; y de insigne pecador, pasó á ser modelo de la mas austera penitencia. Despues de esta ilustre conquista, voló san Bernardo á sepultarse en su Claraval; pero todavía tuvo necesidad la Iglesia de su zelo y de sus apostólicos trabajos.

Hallándose el papa en Lieja, recibió la obediencia de Lotario, rey de Romanos; pero se halló muy embarazado con las pretensiones y demandas de aquel príncipe. Apenas se vió Bernardo con el rey cuando todo quedó arreglado a satisfaccion del papa. Hallóse el santo en precision de hacer un viaje á Flandes, donde con su presencia perfeccionó muchas ilustres conversiones, que ya habian comenzado su reputacion y sus escritos. Mas de treinta caballeros le vinieron siguiendo á Claraval para entregarse á su direccion; y en el propio año, el mismo papa con todo su

corte vino á visitarle en su monasterio. Fué recibido con aquella pomposa simplicidad que tanto cautiva y tanto edifica á los grandes; halláronse en medio de una multitud de ángeles en carne mortal, que movieron la admiracion, y aun sacaron lágrimas á toda la corte romana. Ni uno solo de tanto número de santos monjes levantó siquiera los ojos para satisfacer una curiosidad tan digna de perdonarse.

Siguióse despues el concilio de Reims, en que presidió el mismo papa, y tambien este concilio obligó á Bernardo á abandonar su amado desierto. Luego que se concluyó, hizo mil instancias para que se le permitiese restituir á su Claraval; pero se le mandó que siguiese al papa en su viaje á Italia. Asistió al concilio de Plasencia; y habiendo reconciliado á los de Pisa con los Genoveses, acompañó á su Santidad hasta Roma. Habíale destinado el cielo para ser árbitro de todas las diferencias. Hízole el pontífice legado suyo á Alemania para reconciliar á Conrado, duque de Suabia, con el emperador, y de vuelta se halló en el concilio de Pisa. Fué el oráculo de él, como lo habia sido de los precedentes; y desde allí pasó á Milan para purgarla de la infeccion del cisma. Al rededor de él no se oian mas que aclamaciones, gritos de alegría, apellidándole en todas partes el ángel de la paz y la columna de la Iglesia. Es verdad que á todas le acompañaba el don de milagros. Obró un prodigioso número de ellos en Milan, en Pisa y en Cremona; pero el mayor y el mas asombroso de todos sus milagros era el mismo Bernardo. Entre tanta multitud de gravísimas y penosísimas ocupaciones, compuso la admirable obra del *Cántico de los cánticos*; y como si no tuviese otra cosa en que pensar que en cuidar y en extender las colonias de su monasterio de Claraval, en aquel mismo año fundó cinco monasterios. Parecia que no era posible mantenerse la Iglesia universal

sin su actividad, siempre victoriosa y eficaz. Proseguia el rey de Sicilia Rogerio en sostener el cisma con porfía y con obstinacion. Tambien esta conversion estaba reservada á nuestro santo abad. Hallábase a la sazon mal convalecido de una enfermedad; y no obstante, marchó á la corte de Rogerio, confundió y desvaneció en su presencia todas las razones del cardenal Petro de Pisa, reputado por el hombre mas elocuente de su siglo, y finalmente apagó enteramente el cisma. De todas las magníficas ofertas que le hizo el papa Inocencio, en reconocimiento de sus grandes é importantísimos servicios, solo admitió un diente de san Cesáreo, mártir, con cuya reliquia se volvió á encerrar en su amada soledad, de donde envió dos colonias de sus hijos á Sicilia, en cuyo reino acababa de fundar el rey Rogerio dos monasterios para los monjes del Claraval, y despachó á Irlanda otra tercera, á peticion de su grande amigo san Malaquías.

Parecia que, para vencer todos los enemigos de la fe y de la Iglesia, no habia otro que el abad de Claraval. Pedro Abelardo, célebre doctor, por la viveza de su ingenio y por su brillante erudicion, que ostentaba con orgullo, se estragó primero en las costumbres, y muy poco despues desbarró tambien en la fe, enseñando muchos errores, que obligaron á los prelados á convocar un concilio en Sens. Fué llamado á él san Bernardo, refutó los errores de Abelardo, confundióle, y en fin le movió á que hiciese penitencia el resto de su vida. Ni fué este sólo el triunfo que consiguió nuestro santo de los enemigos de la Iglesia. Pedro de Bruis y Enrique su discípulo quedaron igualmente confundidos por él, no menos que Arnaldo de Brescia, y todos sus secuaces. Combatió con el mismo valor á otra casta de herejes, que se llamaban apostólicos, y se opuso con vigor al monje Raul ó Raulo, que, movido de indiscreto zelo, predicaba se debia quitar

la vida á todos los judios; haciendo asimismo condenar en el concilio de Reims á Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, y á Eon de la Estrella. Llamabanle el Taumaturgo del Occidente, por el prodigioso número de milagros que obraba, no ya en secreto ó en el rincon de Claraval, sino á vista de todo el mundo. El año de 1145 tuvo el consuelo de ver elevado á la cátedra de san Pedro á uno de sus discípulos, Pedro Bernardo de Paganella, á quien el mismo santo habia nombrado por abad del monasterio de San Anastasio en Roma. Tomo el nombre de Eugenio III, y con el tiempo le dirigió el santo abad su precioso libro *de la Consideracion*. En su pontificado se le encargó á san Bernardo que predicase la Cruzada contra los infieles. Hízolo con suceso tan feliz, y autorizó con tantos milagros lo que predicaba, que nunca se vió ejército mas numeroso de cruzados. Malogróse esta empresa por los enormes pecados y excesos que los soldados cometieron. Atribuyó el santo á solas sus culpas esta desgracia; y padeció con alegria una especie de persecucion que ella misma le ocasionó. Habiendo asistido san Bernardo, como oráculo de la Iglesia, á los concilios de Etampes, de Reims y de Tréveris, se retiró á Claraval para recibir al papa Eugenio, y en presencia de su Santidad celebró allí mismo un capítulo general de su órden. Pero conociendo que cada dia se le iban debilitando mas las fuerzas, consiguió en fin que le dejasen quieto en su destierro. No fué inútil á la Iglesia este corto descanso; en él compuso muchas obras llenas de aquella mocion y dulzura espiritual que se experimenta en todos sus escritos; efecto de aquel abrasado amor de Dios que inflamaba su corazon, y de aquella ternísima devocion que era propiamente su carácter. Pero lo que mas se dejaba admirar era la que profesaba á la santísima Virgen. No hubo siervo alguno de esta Señora, ni mas fervoroso, ni mas deli-

cado, ni mas elocuente, ni mas zeloso en inspirar su devocion y en extender su culto. Basta leer sus obras para dudar si en todos los siglos tuvo jamás la santísima Vírgen favorecido mas amado, ni siervo mas fiel. Hallándose un dia en la catedral de Espira, en medio del pueblo y clero que le rodeaba, extático y arrebatado, como acostumbraba, hizo tres genuflexiones, y exclamó *O clemens! ó pia! ó dulcis virgo Maria*; palabras que despues añadió la Iglesia á la antífona que tan frecuentemente reza á esta Señora.

Ningun dia dejó de celebrar el santo sacrificio de la misa, ni por sus viajes, ni por sus ocupaciones, ni por sus trabajos apostólicos, ni mucho menos por sus penosas enfermedades, que se le aumentaron los últimos años de su vida. Continuó ofreciendo el divino sacrificio hasta la última extremidad de esta, y siempre con nueva devocion y con mas encendido fervor. En su última enfermedad, fué visitado por Gumardo, rey de Cerdeña, que, movido de la fama de su eminente santidad, vino expresamente á Claraval para este intento. Hablóle el santo del abuso y de la vanidad de las cosas humanas, exhortándole á que se quedase en Claraval; vióle poco dispuesto á seguir su consejo, y dejóle ir; pero le pronosticó que presto antepondria la quietud de una celda en aquel monasterio á todo el esplendor del reino de Cerdeña, y así sucedió efectivamente un año despues.

Hizo un viaje á Claraval Illino, arzobispo de Tréveris, para suplicar al santo fuese á poner paz en los moradores de Metz y algunos príncipes vecinos que desolaban aquella provincia. Hallábase san Bernardo poco menos que moribundo, y quiso sacrificar lo poco que le restaba de vida á la quietud y á la salvacion de aquellos pueblos. Dióle fuerzas el Señor; separó dos ejércitos, pacificó los ánimos, reconciliólos; y cimentando aquella paz con muchos milagros, se res-

tituyó á Claraval para terminar tan santa vida con una santa muerte. Fueron sus últimos suspiros continuados actos del mas puro y mas encendido amor de Dios, y efectos todos de aquella su extremada y tierna confianza en la santísima Vírgen. En fin, el dia 20 de agosto del año 1153, este gran santo, restaurador de la vida monástica, modelo de la mas eminente santidad, oráculo del mundo cristiano, órgano del Espíritu Santo, alma de los concilios, mediador y árbitro de todas las diferencias, objeto de veneracion á los papas y á los reyes, y de admiracion á todos los pueblos, habiendo renunciado los mas altos puestos y las mas elevadas dignidades de la Iglesia, murió en Claraval con la muerte de los justos, entre los brazos de sus monjes, á presencia de gran número de obispos y de abades que de todas partes habian concurrido á recibir su bendicion, y hallarse presentes á su muerte. Murió á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de la vida religiosa, y treinta y ocho de abad. Fueron sus funerales los que se acostumbran en la muerte de los santos, acompañados de mucha devocion, de grande respeto y de suma veneracion á sus santas reliquias. Diósele sepultura en la iglesia de Claraval, delante del altar de la santísima Vírgen, á quien está dedicada. Fueron tantos y tan ruidosos los milagros que obró Dios en el sepulcro de san Bernardo, que no se le dilató largo tiempo el culto público. Veinte años despues de su muerte, fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro III, que celebró de pontifical el dia de su canonizacion, cantándole la misa de doctor de la Iglesia.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En tierra de Langres, el tránsito de san Bernardo, primer abad de Claraval, ilustre en santidad, vida, doctrina y milagros.

En Alba en Pannonia, san Estéban, rey, que, con las divinas virtudes, fué el primero que convirtió los Húngaros á la fe de Jesucristo.

En Judea, san Samuel, profeta, cuyas reliquias, segun refiere san Jerónimo, fueron llevadas á Constantinopla por el emperador Arcadio, quien las colocó cerca del Hebdomo.

En dicho dia, san Lucio, senador, quien, viendo la constancia de Teodoro, obispo de Cirene, en sufrir el martirio, abrazó la fe de Jesucristo, á la que atrajo al presidente Digniano. Habiendo ido con él á Chipre, y viendo morir allí á otros cristianos por la confesion de la fe del Señor, se ofreció voluntariamente y mereció, por el sacrificio de su cabeza, la misma corona del martirio.

En Tracia, treinta y siete bienaventurados mártires, quienes, despues que se les hubieron cortado los piés y las manos bajo el presidente Apeliano por la fe de Jesucristo, fueron arrojados en una hornaza ardiendo.

En el mismo lugar, los santos mártires Severo y Memnon, centurion, que, víctimas del mismo género de muerte, entraron juntos triunfantes en el reino de los cielos.

En Córdoba, san Leovigildo y san Cristóforo, monjes, mártires, á quienes, despues de haber sido encarcelados en la persecucion de los Arabes por defender la fe cristiana, cortaron la cabeza, echándolos luego al fuego, con lo que alcanzaron la corona del martirio.

En Roma, san Pórfiro, varon de Dios, quien instruyó en la fe y doctrina de Jesucristo al mártir san Agapito.

En la isla de Noirmoutier, san Filberto, abad.

En Chinon, san Mesmo, confesor, discípulo de san Martin, obispo.

En Saintes, san Siroino, mártir.

En Quercy, san Amador, confesor.

En la diócesis de Usez, san Veredemo, solitario.

En el Mans, san Chadoino, obispo.

En Alejandría, san Dióscoro, mártir.

En Lucania, san Valentiniano, mártir.

En Aquileya, los santos mártires Leoncio y Carpóforo, médicos árabes.

*La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue:*

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Bernardi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum....

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Bernardo, abad, nos haga gratos á vuestros divinos ojos, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo....

*La epístola es del libro de la Sabiduría.*

Justus cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur. Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiæ replebit illum: et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ: et in oratione confitebitur Domino: et ipse diriget consilium ejus, et disciplinam, et in absconditis suis consiliabitur. Ipse palam faciet disciplinam doctrinæ suæ, et in lege testamenti Domini gloriabitur. Collauda-

El justo levantándose de madrugada, volverá su corazon al Señor que le crió, y hará oracion en presencia del Altísimo. Abrirá su boca para orar, y pedirá perdon de sus pecados. Porque si el Señor grande quisiere, le llenará de espíritu de inteligencia: y él esparcirá los eloquios de su sabiduría como lluvia, y dará gracias al Señor en la oracion, y este dirigirá su consejo, y su doctrina, y se aconsejará en los juicios ocultos (del Señor). Él hará patente la enseñanza de su doctrina, y pondrá su gloria en la ley del testamento del Señor. Su sabiduría será

bunt multi sapientiam ejus, et usque in sæculum non delebitur. Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur à generatione in generationem. Sapientiam ejus enarrabunt gentes. et laudem ejus enuntiabit Ecclesia.

alabada de muchos, y no se olvidará jamás. No perecerá su memoria, y su nombre se repetirá de una generacion en otra. Las naciones predicarán su sabiduría, y la Iglesia anunciará sus alabanzas

NOTA.

« El autor de este libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, al mismo tiempo que hace el elogio del sabio, forma el retrato del hombre justo, mostrando que la verdadera gloria, el verdadero mérito y la verdadera sabiduría son inseparables de la verdadera virtud, único asunto que debe dar materia al verdadero elogio. »

## REFLEXIONES.

*Será su nombre honrado de siglo en siglo, y la Iglesia celebrará sus alabanzas.* Esta profecía tiene por objeto á todos los justos. La serie de los siglos que va debilitando la memoria de todos los hombres grandes, da nuevo vigor á la de los santos, haciéndola cada dia mas respetables. Consume el tiempo hasta el relieve de las mas bellas acciones de los héroes de la tierra; marchítase su lozanía hácia el caer de la tarde; solo la virtud de los justos no está sujeta á esta duracion caduca; siempre se conserva viva la brillantez de su mérito, y siempre encuentra la Iglesia en su piedad asunto nuevo á su elogio. Pero mucho mas á la letra se cumple esta profecía en la Reina de los santos y Madre de los escogidos, de quien se dice con razon que todos los siglos venideros exaltarán su dicha. De la santísima Vírgen se puede propiamente decir que

la Iglesia celebrará todos los dias sus alabanzas, y que su nombre será de siglo en siglo honrado y glorificado. Es cierto que, habiendo predestinado Dios á María desde toda la eternidad para Madre de su Hijo, desde toda la eternidad fué objeto de la predileccion de toda la adorable Trinidad; y si los ángeles desde el primer instante de su creacion conocieron á Jesucristo por la fe, ¿cómo pudieron menos de reconocer y de venerar á su Madre? San Agustin, san Juan Damasceno, san Bernardo y otros muchos santos padres, aseguran que á los profetas y á los patriarcas de la ley antigua se les dió anticipado conocimiento de la Madre del Redentor, que mucho mas se les concedió á los ángeles; ¡pues cuáles serian sus afectos de admiracion, de amor y de respeto! *A prophetis prœnuntiata*, dice san Sofronio, *à patriarchis, figuris et œnigmatibus prœsignata, ab evangelistis exhibita et monstrata, ab angelis venerabiliter atque officiosissimè salutata.* Las hijas de Sion, es decir, las almas fieles de todos tiempos y de todos los siglos, vieron y publicaron su mérito y su gloria (*Cant.* 6): *Viderunt eam filiœ Sion, et beatissimam prœdicaverunt.* ¿Qué idea mas sublime de su elevada dignidad; qué elogio mas magnífico que el del ángel san Gabriel en el dia de su Anunciacion; qué veneracion mas caracterizada que la de santa Isabel en el de la Visitacion? *Benedicta tu in mulieribus* (*Luc.* 1). Pero no se contenta con esto: ¿De dónde á mí, añade, que la Madre de mi Señor me venga á visitar? *unde hoc mihi?* ¿De qué manera, y en qué términos se explica Santiago el Menor en su liturgía sobre las alabanzas de la santísima Vírgen? «Todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias; todos los ángeles y todos los hombres os honren y os reconozcan por templo santo, paraiso espiritual y gloria de las vírgenes, de quien Dios quiso tomar carne, y á

quien se dignó reconocer por madre como hijo; todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias.» Sabemos lo que en este punto sintió san Juan y todos los demás apóstoles. En todos los siglos de la Iglesia hubo grandes hombres y grandes santos; pero ninguno de estos grandes doctores dejó de sentir lo mismo por la Madre de Dios. San Ignacio, mártir, en el primer siglo; san Justino y san Ireneo, en el segundo; san Gregorio de Neocesarea y san Cipriano, en el tercero; san Atanasio, san Efren, san Basilio, san Epifanio, san Ambrosio, san Agustin, san Jerónimo, san Crisóstomo, san Sofronio, en el cuarto; san Cirilo, san Euterio, san Crisólogo y san Basilio el de Seleucia, en el quinto; san Fulgencio, san Andrés de Candia y otros muchos, en el sexto; san Gregorio el Grande, san Ildefonso y todos los padres del segundo concilio de Nicea, en el séptimo; san German de Constantinopla y san Juan Damasceno, con el quinto y séptimo concilio general, en el octavo; san Nicéforo, Teófanes de Nicéa, en el noveno; el sabio Idiota y san Fulberto, en el décimo; el bienaventurado Pedro Damian y san Anselmo, en el undécimo; san Bernardo en todas sus obras, el abad Ruperto, Arnaldo de Chartres y Hugo de San Victor, en el duodécimo; el papa Inocencio III y el célebre Guillelmo de París, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, sin hablar de santo Domingo y de san Francisco, en el décimotercio; el sabio Scoto, san Bernardino de Sena, Juan Gerson, san Laurencio Justiniano y san Antonino, en el décimocuarto; todos los grandes hombres y todos los sabios, en los siglos siguientes; todas estas lumbreras del mundo cristiano; todos estos oráculos del Espíritu Santo y de la Iglesia, como que apuraron sus voces y su elocuencia en publicar las grandezas de la Madre de Dios, en exaltar su poder despues del de su Hijo, en exhortar á todos los cristianos con expresiones dignas de tal

asunto, y con los términos mas energicos á una confianza sin límites, á una singular veneracion y á una tierna devocion á la santísima Vírgen. ¿Pues que podrán esperar de su futuro estado y de su eterna salvacion aquellos que no tienen esta tierna devocion y esta confianza llena de consuelo en la Madre de Dios?

*El evangelio es del cap.* 19 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Simon Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cùm sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo, dijo Pedro á Jesus: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones, por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

## MEDITACION.

### DEL SINGULAR CULTO QUE DEBEMOS RENDIR A LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que, en haciendo reflexion á que la Vírgen es Madre de Dios, fácilmente se comprende el ardor, la tierna devocion y el profundo respeto con que debe ser reverenciada. Solamente los arrianos, los nestorianos, los calvinistas y los luteranos, enemigos mortales de la Iglesia y de Jesucristo, tuvieron atrevimiento y descaro para desaprobar y condenar el religioso culto que se debe tributar á María. Si hasta el Hijo de Dios respeta á su Madre, ¿cuánto deberán venerar los fieles á aquella portentosa mujer á quien estuvo sujeto aun el mismo Hijo de Dios? Toda la Iglesia implora muchas veces al dia su poderosa intercesion; ¿qué culto no deben rendir los hijos verdaderos de ella? El infierno vomita sin cesar horribles blasfemias contra esta Señora; pero, ¿cuántas no vomita continuamente contra Jesucristo? Jamás hubo, ni jamás habrá quien siga su opinion y tenga el mismo lenguaje, sino la herejía, hija primogénita del infierno. Los verdaderos hijos de Dios hablan y discurren muy de otra manera. Tantos templos, tantos altares erigidos en su honor, tantos votos ofrecidos para merecer su proteccion, tantas piadosas congregaciones y cofradías como hay en la Iglesia católica bajo los auspicios de su soberano nombre, todo prueba, todo publica la necesidad y la santidad de su culto. La sublime, la incomprensible dignidad de Madre de Dios; el augusto título de medianera con el Hijo del Eterno Padre; nuestras necesidades, nuestros intereses, nuestra fe y nuestro reconocimiento, todo nos está

pidiendo el mismo reverente culto. Es un tributo debido á la excelencia, á la suma dignidad de Madre de Dios, de Reina de los ángeles y de los hombres, á la eminente santidad de aquella que es inferior á solo Dios, y superior á todo lo que no es Dios. Al considerar los afectos de la mas humilde, de la mas profunda veneracion con que todos los santos honraron á la santísima Vírgen, las expresiones de que se valieron para manifestar su respeto interior, que ni uno solo dejó de tributar el culto mas elevado, exceptuando la adoracion de latría; cuando se hace reflexion á que la Iglesia, no contenta con celebrar tantas fiestas en su honor con toda la solemnidad posible, no dándose por satisfecha con no comenzar ni acabar jamás el oficio divino sin una oracion particular á la santísima Vírgen, quiere que todos los dias se toque tres veces la campana, para acordar á los fieles que tributen á esta divina Madre el culto que se le debe: ¡cuánto debemos sentir el haberla honrado tan tibiamente hasta este dia! ¡oh, y cuánta negligencia en su servicio! ¡qué frialdad, qué indecencia en el culto que le hemos tributado!

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay en la Iglesia tres especies de religioso culto. El de *latría*, ó de suprema adoracion, que solo pertenece á Dios, y á solo él debe terminarse. Esta adoracion interior que rendimos á Dios en espíritu y en verdad, tiene sus actos ó señales exteriores, siendo la principal de ellas el sacrificio, el cual á solo Dios se le puede ofrecer; por cuanto el sacrificio se instituyó para dar un público testimonio, y para hacer una solemne protestacion y auténtico reconocimiento de la soberanía de Dios y de nuestra dependencia de él. Todo este religioso culto se debe terminar á Dios

como á su necesario fin; y si el que tributa la Iglesia á la Vírgen y á los santos se puede llamar religioso, es porque necesariamente se refiere á Dios. Así, pues, hablando en propiedad, no es á María á quien dedicamos altares, consagramos templos y ofrecemos sacrificio, sino a Dios que la escogió, y que la santificó y que la glorificó. El segundo culto es de *dulía*, y es el que se rinde á los santos cuyas virtudes se celebran, y á ellos se les reconoce como á verdaderos siervos de Dios. Pero el culto que rendimos á la santísima Vírgen como debe ser proporcionado á su santidad, y á la clase que ocupa en la corte celestial, tambien ha de ser de órden superior al que tributamos á los santos, y por eso se llama de *hiperdulía*; esto es, de línea tan superior al de los demás bienaventurados, cuanta es la ventaja que hace á todos ellos la santísima Vírgen en santidad, en dignidad y en merecimientos. Y como la santísima Vírgen, en calidad de madre de Dios, hace en la gloria, digámoslo así, clase aparte, y sentada á la diestra de su Hijo, ocupa un trono muy superior á todos los ángeles y á todos los santos; tambien merece unos honores, una veneracion y unos cultos muy superiores á los que se tributan á todos los santos que pueblan la celestial Jerusalen. Y bien, ¿qué culto especial es el que hasta aquí yo le he tributado? Toda veneracion es la medida del aprecio que hacemos del mérito de una persona, y del concepto que formamos de su dignidad. Y la veneracion que hemos profesado hasta ahora á la santísima Vírgen ¿será gran prueba de la excelencia de nuestro culto y de nuestra devocion á esta Señora? Respétanse los retratos, el nombre y hasta los palacios de los grandes; ¿qué respeto hemos tenido á los templos, á las imágenes y al nombre de María? ¿Cuántas veces en nuestras devociones hemos confundido las apariencias de respeto con una mera costumbre?

Vírgen santa, grande es mi dolor de haberos honrado, de haberos amado tan poco hasta el dia de hoy. La confianza que tengo en vuestra bondad alienta mi esperanza de que olvidaréis mis pasadas negligencias. Desde este mismo punto comienzo á honraros como á madre de mi Dios; comienzo á amaros como á mi querida madre. Dignaos recibir el arrepentimiento y los votos de un humilde siervo vuestro, que ha sido infiel hasta aquí; pero que está bien resuelto á ser todo el resto de su vida el mas rendido y el mas zeloso de todos vuestros esclavos.

## JACULATORIAS.

*Dignare me laudare te, Virgo sacrata.* Eccl.

Dignaos, ó sacratísima Vírgen, de que todos los dias de mi vida sean un perpetuo panegirista de vuestras alabanzas.

*Ave, Regina cælorum; ave, Domina angelorum.* Eccl.

Dios te salve, Reina de los cielos; Dios te salve, Señora de los ángeles y de los hombres.

## PROPOSITOS.

1. Rézanse muchas oraciones, y se hace poca oracion; mas parece leer, que meditar ni pedir. El poco respeto y la poca atencion en las devociones les quitan el mérito, y nos privan del provecho. Si quieres que la Vírgen oiga tus oraciones, y que le sean agradables, vive bien. Siempre están puros los labios cuando el corazon no está manchado con culpa. Tu interior y exterior, respecto á la santísima Vírgen, sean prueba de la ternura con que la amas, y señal visible del religioso culto que le rindes. Venera singularmente todas las cosas que le pertenecen ó se refieren á ella;

devociones, imágenes, símbolos, oraciones, capillas, cofradías, todo lo que se dirige á honrar á la Madre de Dios, á inspirar confianza en la Madre de Dios y a promover la devocion con la Madre de Dios; todo ha de ser dulce, precioso y respetable para tí. No pierdas ocasion de mostrar tu religiosa pasion por la Madre de Dios, de exaltar sus grandezas, de publicar sus alabanzas y de extender su culto. Estos afectos son propios de todos sus verdaderos siervos.

2. Hónrase verdaderamente á la santísima Virgen honrando á toda su familia; singularmente á santa Ana, á san Joaquin y á su prima santa Isabel, á san Zacarías, á san Juan Bautista, á san Juan evangelista, y sobre todo á su casto esposo san José, guardia y testigo de su virginidad. Honra tambien por su respeto á todos los santos que mas sobresalieron en su tierna devocion. Celebra con solemnidad y con especial fervor todas sus fiestas. Es devocion muy meritoria ayunar las vísperas de las festividades de la Vírgen. Pero sobre todo te has de imponer una ley particular de rezar con singular devocion las oraciones que hicieres á esta Señora. Jamás dejes de rezar las *Ave Marías* á la mañana, á mediodía y á la noche; pero siempre con toda atencion y respeto. Pronuncia siempre con grande veneracion el sagrado nombre de María, y entre dia repítela muchas veces esta bella oracion de la Iglesia: *María, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

# DIA VEINTE Y UNO.

## SAN GERMAN, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA.

San German, uno de los mas zelosos siervos de la santísima Vírgen en la iglesia de Oriente, y uno de los mas célebres prelados de la iglesia griega, nació hácia la mitad del siglo séptimo. Fué hijo del patricio Justiniano, á quien el emperador Constantino Pogonato mandó cortar la cabeza por muy lijeras sospechas. Sintió German vivísimamente esta desgraciada muerte, aunque era todavía muy niño, y estuvo inconsolable. Irritado el emperador, y arrebatado de una barbaridad indigna del corazon humano, castigó severamente en el niño German el delito de haber sentido extremadamente la muerte de su querido padre. Pero al fin, prendado de su noble natural, de su bello ingenio, y sobre todo de su inclinacion à la virtud, que ya se hacia admirar, se le trocó el corazon, y se arrepintió mucho, tanto de la muerte del padre, como de los malos tratamientos con que habia mortificado al hijo. Para reparar su falta, cuidó que German fuese admitido en el clero, y aun el mismo emperador hizo que se le diese un empleo distinguido en la iglesia de Constantinopla. Honró el nuevo clérigo su cargo, no menos con la brillantez de su ingenio, que con el ejemplo de sus virtudes. Aplicóse tanto á instruirse en las ciencias de la religion, que en breve tiempo fué la mas resplandeciente antorcha de la clerecía, y con la pureza de sus costumbres gano la estimacion y los corazones de toda la ciudad.

Parecia haber nacido ya desde el vientre de su madre con una tierna devocion á la santísima Vírgen, siendo esta respetuosa ternura hácia la madre de Dios el carácter que le distinguió toda la vida. Cuanto mas meditaba sus grandezas y sus benéficos favores, tanto mas enardecia su elocuencia en publicar, sin perder ocasion, sus alabanzas. Tenemos pocos padres de la iglesia griega que hayan escrito en esta materia, ni con mas mocion ni con mayor energía. Tardó poco en ser elevado por sus méritos á la primera dignidad de aquella iglesia; y su sabiduría, su zelo por la religion y su eminente virtud acreditaron que era muy digno de estar á la frente de la clerecía. Ya habia algunos años que brillaba German en Constantinopla cuando vacó el obispado de Cizico en el Helesponto, y fué electo para él. Tomó su administracion hácia el fin del séptimo siglo. Habíale inficionado la herejía de los monotelitas, como á la mayor parte de las otras diócesis de Oriente. Hallóse el santo con un campo cubierto de malezas, que era preciso desmontar. Correspondió en breve la miés á sus trabajos y á la magnanimidad de su zelo. Con la pureza de la fe restituyó á su antiguo esplendor la pureza de las costumbres, y en menos de tres años mudó de semblante aquella iglesia, que despues de largo tiempo estaba desfigurada y afligida. Parecióle que el medio mas eficaz para reformar prontamente tantos errores y tantos abusos era resucitar la devocion á la santísima Vírgen. No le engañó su pensamiento: á favor de la proteccion de la Madre de Dios, que destruye todas las herejías, se renovó la pureza de la fe y la reformacion de las costumbres, y en muy breve tiempo vió el santo pastor unidas todas sus ovejas en un mismo rebaño.

Siendo san German tan agradable á los ojos de Dios, no podia menos de ser probado por la tribulacion. Era

el emperador Filipico Bardanés hereje monotelita, y era nuestro santo ardiente defensor de la verdadera fe; por lo que no era posible que el emperador le dejase en paz. Habiendo desterrado al bienaventurado Ciro, patriarca de Constantinopla, al monasterio de Coras, le dió por compañero en el destierro al que era imitador de sus virtudes y de su zelo. Mantúvose desterrado nuestro santo hasta que Filipo, fautor de los herejes, fué depuesto del trono imperial, y colocado en su lugar Anastasio, príncipe católico. Habia solos catorce meses que era dueño del imperio, y viendo la silla patriarcal de Constantinopla ocupada por un hereje intruso, llamado Juan, le desposeyó de ella, y fué electo por patriarca el obispo de Cizico. El clero, el senado y el pueblo recibieron á san German con aplauso universal; y luego se persuadieron todos á que aquella translacion habia sido un rasgo singular de la divina Providencia, que queria resucitar en la iglesia de Constantinopla la fe, la religion y la virtud. El dia de su entrada pública, una mujer embarazada se subió encima de un banco para verle mejor, y comenzó á gritar en presencia de toda la muchedumbre: *Santo prelado, echa la bendicion al fruto que tengo en mis entrañas. Bendígate Dios*, respondió el patriarca, *por intercesion del primer mártir.* Esta última palabra excitó el pensamiento de poner el nombre de Estéban al niño, que á tiempo parió aquella buena mujer, y fué despues san Estéban el mozo que en tiempo de Constantino Coprónimo padeció el martirio en defensa de las santas imágenes.

Apenas se vió nuestro santo en la silla patriarcal de Constantinopla cuando se vieron tambien mudadas las costumbres de toda la ciudad. Su primera diligencia fué resucitar con sus sermones y ejemplos la devocion á la santísima Virgen. Este era el gran secreto de que se servia para la conversion de

las almas, y para obrar sus ordinarias maravillas. Las revoluciones que sucedieron en el imperio de Oriente alteraron un poco la paz que gozaba la Iglesia. Fué destronado el emperador Anastasio; sucedióle Teodosio III, que muy presto renunció el trono en Leon Isáurico, el cual se mostró católico á los principios; pero nuestro san German previó las calamidades que habia de padecer la Iglesia, cuando en el año de 719, al tiempo de hacer la ceremonia de bautizar al hijo del emperador, á quien se le puso el nombre de Constantino, notó que se habia ensuciado en la pila del bautismo.

Duraba todavía la calma, cuando un prodigioso ejército de Arabes y de Sarracenos entró por el país, y puso sitio á la ciudad imperial. Duró el sitio tres años, en cuyo tiempo muchas veces estuvo en peligro de ser tomada por asalto. En esta pública calamidad se manifestó el zelo y la caridad de nuestro santo; pues, viendo que eran muy flacas todas las fuerzas humanas para resistir aquella espantosa multitud de enemigos, recurrió á su ordinario asilo, la santísima Vírgen. Predicaba fervorosamente todos los dias, exhortando sin cesar á los fieles que procurasen aplacar la cólera del cielo por medio de la penitencia. Disponíanse los bárbaros para un asalto general, y el santo ordenó que por tres dias seguidos se celebrase una solemne procesion sobre las mismas murallas, llevando en ella una imágen de la Reina de los cielos. Experimentóse luego el efecto de su poderosa proteccion. Vió el general de los Sarracenos desde su mismo campo esta religiosa ceremonia, y preocupado de terror, determinó levantar el sitio. Capituló con el emperador, y fué una de las condiciones que, antes de retirarse, se le permitiria entrar en la ciudad á él y á sus principales oficiales, solo por satisfacer su curiosidad, entregándose rehenes por una y por otra parte. Ya habian entrado algunos de los primeros, y el general estaba ya en la

misma puerta del Bósforo, cuando le detuvo inmoble una mano invisible; y levantando atónito los ojos, vió una imágen de la santísima Vírgen sobre la puerta de la ciudad. Quedó tan asombrado, que, retrocediendo inmediatamente, se embarcó con precipitacion y se puso en fuga. Hace mencion de este prodigio una epístola del papa Gregorio II á san German, que se halla en las actas del segundo concilio de Nicea, y de él tomó ocasion nuestro santo para predicar á su pueblo de Constantinopla unos sermones tan elocuentes sobre las grandezas y las alabanzas de la Vírgen. Ninguno hay, ó Vírgen beatísima, exclamaba el santo, que pueda esperar su salvacion, sino por medio tuyo; ninguno, que pueda obtener misericordia, sino por tu intercesion. O santa Madre de Dios, ¡ qué sería de nosotros si nos abandonaras tú, que eres la vida y el espíritu de todos los cristianos! Es señal de predestinacion y de vida tener continuamente en la boca el santo nombre de María... Así como la respiracion es señal de vida en el cuerpo, así el tener incesantemente en la boca tu santo nombre, ó Vírgen madre de Dios, no solo es señal de vida y alegría, sino que el mimo nombre la procura. Sea el nombre de la Madre de mi Dios la última palabra y el último acento de mi lengua, para que partiendo de este mundo con este ramo de oliva en la boca, vuele al lugar del descanso y de la paz : *Ut illud, velut olivæ ramum in ore referens, avolem, et requiescam...* Vos sois, ó Madre de Dios, dice en otra parte, todopoderosa para salvar los pecadores; ni necesitais de otra recomendacion para con Dios, porque sois madre de la verdadera vida. Vuestra proteccion es infalible; vuestra intercesion prenda de la vida misma. Si vos no nos enseñarais el camino, ninguno sería espiritual; ninguno adoraría á Dios en espíritu; hízose espiritual el hombre desde que Dios os hizo á vos morada y habitacion del Espíritu de Dios. O Ma-

dre de Dios, ninguno está lleno del conocimiento de Dios, sino por vos. O Vírgen santísima, ninguno se salva, sino por vuestra intercesion. O Madre de Dios, ninguno se libra de los peligros, sino por vuestro favor. Ó Vírgen madre, ninguno consigue gracia alguna, sino por vuestra mediacion. O Vírgen amada de Dios, tú eres el mas dulce consuelo que he recibido de Dios en todos mis trabajos, tú, el rocío celestial que refresca mis ardores; en el seno de tu misericordia encuentra mi corazon refrigerio en sus arideces y sequedades. Despues de Dios, tú eres mi fortaleza, mi apoyo, toda mi confianza; oye, te ruego, mis oraciones. No hay cosa mas propia de la madre de mi Dios, la cual ama tanto los pecadores.

Todos los sermones de este gran santo están llenos de ternísimos afectos á la santísima Vírgen; y asi esta Señora le sostuvo amorosamente en todos sus trabajos, porque, habiéndose declarado iconoclasta el emperador Leon, no perdonó medio alguno para perder á un hombre que tan ilustre y valerosamente defendia la verdadera fe. Valióse de cuantos artificios pudo y supo para desacreditarle: calumnias, embustes, persecuciones, de todo echó mano para despojarle de la silla patriarcal, sin acordarse de los importantes servicios que el santo habia hecho á la ciudad y al mismo emperador; pero al santo patriarca ni le acobardaron las amenazas, ni le hicieron perder su vigor los malos tratamientos. Publicó Leon un impío edicto contra el culto de las santas imágenes; salió al encuentro san German defendiendo la fe con tanta fuerza y con tanto valor, así en sus escritos, como en sus sermones, que, ofendido y fuera de si el emperador por la santa libertad con que le habia reprendido su impiedad, y furiosamente irritado por el zelo con que predicaba contra la nueva herejía, le mandó abofetear, azotar y ultrajar ignominiosamente por los

mismos soldados que envió para que le echasen del pulpito abajo. Contaba ya á la sazon noventa años el venerable prelado, y se mostró insensible á tan indignos ultrajes; pero no bastó su paciencia para aplacar el ánimo del impío emperador. Hízole deponer de su silla por una multitud de obispos vendidos á sus pasiones, y empeñados en su misma herejía, desterrándole despues al monasterio de Coras, donde ya habia estado antes en compañía de san Ciro, su predecesor en la silla patriarcal de Constantinopla. Vivió san German otros dos ó tres años en aquel retiro, entregado enteramente á Dios y á los ejemplares ejercicios de la mas consumada virtud; y el año, en fin, de 734, consumido al rigor de sus penitencias y de sus largos trabajos, cargado de merecimientos, despues de una vida tan dilatada como inocente, rindió su bienaventurado espíritu en manos de su Criador en el monasterio de Coras. Allí estuvo sepultado su santo cuerpo hasta que con el tiempo fué trasladado á Francia por los Franceses cuando estos se apoderaron de Constantinopla. Venéranse sus reliquias en la iglesia de Borty, pueblo situado entre el Limosin y la Auvernia. Fué siempre reputado san German por uno de los mayores siervos de la Madre de Dios, y por el primer defensor de las sagradas imágenes.

---

## SANTA JUANA FRANCISCA, FUNDADORA DEL ÓRDEN DE LA VISITACION.

Santa Juana Francisca, ornamento del órden de la Visitacion, una de las mas célebres heroinas del cristianismo, ilustrísima por su nacimiento, pero mucho mas por sus heróicas virtudes, nació en Dijon, capital del ducado de Borgoña, en el dia 23 de enero

de 1572, gobernando la Iglesia san Pio V, y reinando en Francia Carlos IX. Perdió á su madre, Margarita Berbisys, señora de gran mérito, á los diez y ocho meses; y quiso su padre Benito Fremiot, nobilísimo por su nacimiento, y presidente del parlamento de Dijon, encargarse por sí de la educacion de la niña, y formarla en la virtud, no obstante sus graves ocupaciones. Presto conoció que á los medios exteriores, empleados para su mejor crianza, hacia grandes ventajas otro maestro interior que ilustraba su entendimiento y formaba los rectísimos dictámenes del corazon de Juana. Así ya en sus mas tiernos años se sintió plenamente instruida en los caminos de la perfeccion. En efecto, salió al mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud, destinada por la divina Providencia para verdadero modelo de una señora cristiana. Previnola el Señor desde la cuna con las mas dulces bendiciones; dotóla de un corazon recto, generoso y compasivo; de un entendimiento sólido, vivo y perspicaz; de un genio muy apacible; de una propension natural á la piedad, distinguiéndose con particularidad en el grande horror que manifestó desde la cuna á los herejes ocultándose en el seno del ama que la criaba cuando aquellos le hacian algun cariño. Y si por casualidad la tomaban en los brazos, eran tales sus extremos y tan inconsolable su llanto, que les era preciso dejarla al punto.

Desde luego se dedicó con un nuevo fervor á todos los santos ejercicios de su arraigada costumbre. Su modestia, su cordura, su afabilidad, acompañadas con las prendas naturales, infusas y adquiridas le granjearon el aplauso universal y general estimacion de todos los señores del país, que se declararon pretendientes á su mano, juzgando seria dichosa la persona que la lograse por esposa. Prefirió el padre entre todos al baron Cristóbal de Chantal, muy conocido

por su calificada nobleza, por su riqueza, por su valor y sobre todo por la uniformidad de costumbres con su hija. Celebráronse en Dijon las bodas con extraordinarios regocijos; y como los esposos estaban penetrados de unos mismos sentimientos, siendo tan igual el matrimonio, no pudo menos de ser feliz.

Llevóla el baron de Chantal á Bourbilly, lugar de su residencia; y habiéndole dado el dominio de su corazon, quiso tambien entregarle el de su casa. No tardó mucho tiempo Juana Francisca en acreditar con su prudencia, con el acierto de su manejo y con su discreta economía el alto concepto que habia formado su esposo de su grande talento. Admirado de la prosperidad con que cada dia florecia su casa, y del esmero con que en el país se distinguia su familia, en cumplir con las obligaciones religiosas, debido todo á la sabia, santa y arreglada direccion de Juana, por no privarse de su amable compañía, dejó de seguir la corte, donde podia aspirar á los mas altos empleos en razon del grande aprecio que de él hacia Enrique IV de Francia, á quien habia manifestado su constante fidelidad cuando la ambicion de diversos pretendientes al trono tenia dividido el reino en poderosos partidos.

Gozosos vivieron algunos años los dos amados esposos, siendo en el país Juana el objeto de los mas altos elogios por el arreglo de su conducta, y por la inmensa caridad con que asistia y socorria toda clase de necesitados: cuyos piadosos oficios le merecieron el renombre de madre de los pobres. Continuaba la santa á largas jornadas en el camino de la virtud cuando el Señor, que hasta entonces la habia colmado de extraordinarios favores, y derramado en su alma aquellas dulzuras que hacen gustar con anticipacion los destellos de la bienaventuranza, quiso darle parte de su cruz, para que el mundo viese

era su virtud superior á todas las desgracias. Salió un dia el baron de Chantal con un pariente, íntimo amigo suyo, á divertirse en la caza; y herido por este casualmente con un tiro mortal, dieron á Juana aviso del accidente. No es facil explicar el sentimiento que recibió la santa luego que vió á su amado esposo en tan lamentable estado; pero en lo que mas se hizo admirar la grandeza de su espíritu fué en saber reprimir los naturales impulsos de la carne y sangre, cuidando, antes de informarse de la desgracia, de que se dispusiese para morir como cristiano; haciéndole escribir á su esposo el perdon de tan doloroso hecho en estos términos: *Yo no tengo repugnancia en perdonar al que disparó el tiro por pura inadvertencia, considerando que yo por pura malicia herí de muerte á mi Redentor.*

Quedó viuda Juana Francisca á los 28 años; y resolviéndose no recibir otro esposo que Jesucristo, se portó en este estado con la misma conducta y admirable ejemplo, que en el de vírgen y casada. Todas las virtudes que exige el Apóstol en las viudas cristianas brillaron en ella en el mas alto grado. El retiro del mundo, la educacion de los hijos que le quedaron, el cuidado de su familia que redujo á pocas personas timoratas, la hospitalidad, el repartimiento de sus vestidos y alhajas entre pobres y templos, y la distribucion del tiempo en oracion, lectura espiritual y ejercicios piadosos, hicieron conocer á todos que, en la baronesa de Chantal, obraba la gracia de un modo tan especial, que indicaba sin duda disponerla para mas altos fines de los que por entonces podian comprenderse.

Considerando la santa el peligro á que se exponen las almas que aspiran á la cumbre de la perfeccion cuando carecen de un sabio y prudente director, pidió á Dios con fervorosas oraciones, rigidos ayunos y

asombrosas penitencias, se dignase concederle este indispensable norte. Continuando estas peticiones, oyó una voz que le dijo: *Yo te le daré;* y hallándose despues en un sitio ameno, vió a un hombre vestido con sotana, roquete y bonete de la fisonomía de san Francisco de Sales. Puesta en él toda su atencion, volvió á oir: *Mira al amado de Dios y de los hombres, a cuya direccion debe sujetarse tu conciencia.*

Mientras llegaba el tiempo de cumplirse aquel pronóstico, sujetóse á un confesor que, no entendiendo su espíritu, fué causa de que padeciese un martirio continuo. Obligóla á hacer cuatro votos imprudentes: primero, de obedecer á él solo; segundo, de no dejarle jamás; tercero, de guardar con inviolable secreto cuanto le ordenaba; y cuarto, de no hablar con otro alguno de asunto perteneciente á su conciencia. Cargóla además de diferentes rigorosos preceptos, que apenas la dejaban respirar, cuyo insoportable yugo sufrió con indecible paciencia algunos años.

Consiguieron los señores de Dijon en el año 1604 que les predicase la cuaresma san Francisco de Sales. Convidaron á Juana Francisca para que oyese aquel oráculo de sabiduría: aceptó gustosísima el convite; y la primera vez que le vió en el púlpito, conoció por las señas que era el director que le tenia destinado la divina Providencia. Dió al Señor repetidas gracias porque se acercaba el tiempo tan deseado; y las mismas dió el santo luego que reparó en la modestia, en la compostura y en la devocion de aquella oyente, conociendo por luz superior era el medio que Dios tenia destinado para la ejecucion de su nobilísimo proyecto. Apenas bajó del púlpito, cuando preguntó al arzobispo de Bourges quién era aquella señora que le habia robado toda la atencion. Es, señor, le respondió este prelado, mi hermana, la dama Chantal, que no tendria tan alto concepto de virtud

si no hubiera estado en el sermon con la atencion que ha observado V. S. I.

¡Cuánta verdad es que los espíritus poseidos de unos mismos sentimientos tienen entre sí cierta analogía! Apenas se vieron ambos héroes, cuando se entendieron sin hablarse, y se amaron en Jesucristo antes de conocerse. Concibió san Francisco de Sales grandes deseos de tratar á Juana Francisca, y no fueron menores los de esta de beber el agua de la celestial doctrina de aquel hombre verdaderamente eminentísimo. Solo la detenia la delicadeza de su conciencia en virtud del voto prometido á su indiscreto confesor; pero no pudiendo resistirse á los impulsos que sentia en su interior, manifestó su espíritu á aquel célebre prelado, que, admirado de ver un alma tan favorecida de sobrenaturales luces, de tan profunda humildad y de caridad tan sin límites, alentó sus fervores, y la dejó llena de consuelo en la turbacion que padecia. Turbó esta paz, en la ausencia de Sales, su antiguo director, ponderándole el crímen que habia cometido en la violacion del voto en cuyo conflicto recurrio la santa al padre Villars, gran maestro de espíritu, quien, conociendo á fondo toda la causa de aquella inquietud, y que, para sosegar la delicadeza de la conciencia de Juana Francisca, no convenian razones, le respondió con generosa resolucion: *Yo no digo mas á V. S. sino que se despida de su director, y se sujete totalmente al obispo de Génova; y le añado, de parte de Dios, que resiste al Espíritu Santo si no lo hace así.*

Hicieron estas palabras tanta impresion en el corazon de la santa, que, recibiéndolas como órden del cielo, se partió al momento á buscar á san Francisco de Sales, con quien hizo una confesion general. Concluida esta, le suplicó Juana Francisca se dignase dirigirla, y el santo le entregó una esquela concebida en estos términos: *Yo acepto en nombre de Dios el cui-*

*dado de su direccion, para emplearme en ella con toda la atencion y fidelidad posible.* Y además, le dió por escrito un método que contenia el modo de pasar los dias devotamente.

Fácil es de creer los progresos que haria Juana Francisca bajo la direccion de tan sabio maestro, cuando sin este norte supo aprovecharse de las gracias que con mano liberalísima derramó el cielo sobre su alma. Serian necesarios muchos volúmenes para delinear las acciones heróicas que hizo en el resto de su admirable vida esta mujer verdaderamente fuerte, alentada con fervor por un director todo abrasado en la llama del amor divino. Pero aunque todos sus hechos fueron dignos del mayor elogio, ninguno eternizó mas su memoria, ni pudo ser mas útil á la Iglesia, que la fundacion del órden de la Visitacion, uno de los mas brillantes ornamentos del cristianismo. Despues que de todos modos probó san Francisco de Sales la magnanimidad de su espíritu, le comunicó su nobilísimo pensamiento de establecer un nuevo órden bajo el nombre de la Visitacion. Ofrecióse Juana Francisca á cooperar en un todo á la ejecucion de tan ventajoso proyecto; y con efecto, vencidas las muchas y graves dificultades que pudieran embarazarla, se dió principio á la fundacion en Anecy.

La fama de la eminente virtud de la nueva fundadora atrajo desde luego un gran número de vírgenes, que, entregándose á su gobierno y al de san Francisco de Sales, se obligaron como ella á seguir la misma regla. Puede hacerse juicio de la vida admirable de esta ilustre colonia de Jesucristo por el prodigioso número de heroinas que ha producido tan célebre instituto. Fué santa Juana Francisca el primer modelo que tuvieron en la tierra, á cuya imitacion todas se ocupaban únicamente en el servicio de Dios y en obras de caridad para con el pró-

jimo. Su ordinario ejercicio era la oracion, el silencio era perpetuo, el ayuno poco interrumpido; celdas, muebles, vestidos y comida, todo respiraba pobreza evangélica y penitencia. Tal fué el nacimiento de aquella santa congregacion, tan dichosamente propagada por el orbe cristiano, adonde se han visto venir en todo tiempo muchas personas ilustres á cubrir con la oscuridad de un velo los mas brillantes esplendores del siglo; prefiriendo á imitacion de la santa madre la cruz de Jesucristo á los placeres del mundo.

Luego que recibió Juana Francisca la regla del santo padre, todo su pensamiento, y toda su ocupacion fué caminar á la alta perfeccion á que era llamada. Aunque su vida hasta entonces habia sido austera y penitente, redobló sus rigores de suerte que, á fuerza de sus mortificaciones y laboriosas fatigas, cayó en una enfermedad peligrosísima complicada con varios accidentes. Inconsolable san Francisco de Sales á vista del eminente riesgo que amenazaba á su carísima hija en Jesucristo, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á su restablecimiento. Valióse hasta de un hugonote, médico de singular habilidad, que, observando con escrupulosa atencion los síntomas de la enfermedad, respondió al obispo: *Ilustrísimo señor, esta señora está enferma de amor de Dios; y yo no sé curar semejante accidente de manera alguna.* Pero, en fin, no sin prodigio se vió restablecida enteramente.

Hasta entonces, no tenia el nuevo instituto otra forma, que la de simple congregacion sin los votos regulares; pero discurriendo el cardenal arzobispo de Leon que en estos términos no podia afianzarse su permanencia, interpuso su autoridad para con la Santidad de Paulo V, á fin de que la erigiese en religion, como lo hizo por su bula apostólica de 23 de abril de 1618. Habiendo aprobado la regla que formó san

Franciso de Sales, conforme á la de san Agustin, recopilando en las constituciones lo mas perfecto que halló en otras órdenes, concedióle su Santidad todas las gracias, indultos y privilegios que gozan las demás religiones.

El nuevo realce que recibió el orden de la Visitacion con la aprobacion apostólica, y las conocidas ventajas que hacian cada dia sus religiosas en la carrera de la perfeccion, excitó á muchas personas de la mas alta esfera á que solicitasen con vivas ansias la extension del nuevo establecimiento en diferentes provincias; á cuyo fin, hicieron las mas fuertes instancias á san Francisco de Sales y á la santa madre. Parece que la delicada salud en que se hallaba Juana Francisca podria acobardarla para tan penosas expediciones; pero como su espíritu era tan magnánimo, y su corazon tan generoso, á pesar de la debilidad que sentia en el cuerpo, emprendió las fundaciones de Grenoble, Bourges, París, Dijon, Tonon, Rumilles, Cremieux, Ponte Amauson en Lorena, y Turin en el Piamonte, sin otras que dirigió en diferentes ciudades por medio de sus hijas, acreditando en todas su grande confianza en la divina Providencia, su infatigable zelo por la gloria de Dios, y su heróica paciencia en la multitud de contradicciones que se le ofrecieron. No es posible comprender cómo una mujer sola pudo atender a tantos negocios, arduos por su naturaleza, capaces de causar las fuerzas de muchos hombres robustos. Y siendo como el alma de su tierna religion multiplicada prodigiosamente, atiende, ordena y dispone todos sus concertados movimientos. Pero lo mas asombroso fué que ni los trabajos de tan arduas empresas, ni las peligrosas enfermedades que contrajo á fuerza de las continuas fatigas, le impidieron de suspender los santos ejercicios de costumbre, los ayunos ni el rigor de sus penitencias.

Mientras la santa se ocupaba en las penosas fatigas de tan costosas fundaciones, quiso Dios probarla con la muerte de san Francisco de Sales, en las críticas circunstancias de ser tan necesaria la direccion de aquel sabio maestro, no solo para el sosiego de la conciencia de Juana Francisca entre el tumulto de tantos cuidados, sino para el gobierno de tanto número de hijas como estaban pendientes de aquel oráculo. Recibió la santa madre esta funesta noticia, estando de visita en el monasterio de Belay, despues de la conferencia última que tuvo en Leon con el santo; y fué tan vivo y penetrante el dolor que le causó la noticia, que hubo menester de toda su virtud para no rendirse á la fuerza del sentimiento.

Partió inmediatamente á Anecy á cumplir con los últimos oficios de gratitud á su santo padre. El triste semblante, los suspiros y las lágrimas de toda la ciudad y de sus hijas inconsolables renovaron de nuevo su mitigado dolor con tanta violencia, que, privándola del uso de la lengua, apenas pudo explicar su pena interior. No pudiendo articular palabra, hizo señal para que la acompañasen á la iglesia, donde postrada adoró al Señor Sacramentado, enseñando á todos con su ejemplo en quien deben buscar su consolacion las almas afligidas. Concluido este acto, haciéndose no poca fuerza, exhortó á los concurrentes á sacrificar á Dios voluntariamente la pérdida de un padre y de un pastor tan benemérito; dispuso en seguida que se celebrasen las exequias con la solemnidad y pompa correspondientes; y practicó las mas vivas y eficaces diligencias para recoger los escritos de aquel doctor iluminado, con el fin de dar á luz la doctrina utilísima que contenian. Empeñóse con la mayor eficacia para que, sin pérdida de tiempo, se formasen los procesos justificativos de las heróicas virtudes y milagros

auténticos del santo padre, á fin de verle colocado sobre los altares.

Logró, en fin, á fuerza de incesantes súplicas, que el obispo de Génova le admitiese la renuncia del empleo de superiora, para que libre del cargo pudiera disponerse á morir; y cuando se hallaba empleada en altas contemplaciones, dispuso la divina Providencia que la nombrasen sus hijas superiora del monasterio de Mouliens. Interpusiéronse las personas del mas alto grado para vencer la resistencia del obispo de Génova y de toda la ciudad; pero fué preciso obedecer á la santa madre. Púsose en camino en la edad mas avanzada; visitó de paso varios monasterios, entre ellos el de París, donde manifestó toda la corte el gozo imponderable que tuvo á su vista; pero habiendo caido en una peligrosa enfermedad á poco tiempo de haber llegado á Mouliens, conociendo que se acercaba el tiempo de pagar el tributo de los mortales, recibió los últimos sacramentos con las disposiciones propias de un espíritu todo abrasado en las llamas del amor divino. En el mismo dia, escribió á sus hijas una carta llena de los mas sabios y prudentes documentos, para animarlas á la perfeccion á que eran llamadas; y concluida esta prueba de su zelo ardiente, repitiendo muchas veces los dulces nombres de Jesus y María, entregó su espíritu en manos del Criador á las siete y media de la noche del viernes 13 de diciembre del año 1641, quedando su rostro tan apacible y sereno como si estuviese en un dulce sueño.

Luego que espiró, le descubrieron sus hijas el pecho, y en la parte superior del corazon hallaron impreso el nombre de Jesus, y en una bolsa que llevaba al cuello encontraron un papel que contenia la profesion de la fe, la renovacion de sus votos, la resignacion en todo con la voluntad de Dios, una oracion en que encomendaba á Dios todas las almas, con una accion

de gracias al Señor por todos los beneficios recibidos, todo firmado con su propia sangre. Apenas se celebraron las exequias funerales cuando se dispuso la traslacion del venerable cuerpo al primer monasterio del órden en Anecy, donde fué recibido con las demostraciones de honor y respeto que siempre tributaron á la santa madre, cuya gloria manifestó Dios á diferentes personas de virtud conocida, confirmándola con portentos singulares.

Promovióse desde luego la causa de su beatificacion y canonizacion; despacháronse, de comision apostólica, las correspondientes letras para los procesos informativos; y resultando de ellos plenamente justificadas las heróicas virtudes de la santa madre, con los muchos milagros que obró antes y despues de su felicísimo tránsito, decretó su beatificacion el papa Benedicto XIV en el año 1755, y su canonizacion la Santidad de Clemente XIV, en el dia 16 de julio de 1767, expresando en su bula el tenor de la vida admirable de la santa, y sus estupendos milagros.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en el campo Verano, santa Ciriaca, viuda y mártir, que, en la persecucion de Valeriano, despues de haber empleado sus desvelos y sus bienes en servicio de los santos, dió tambien su vida padeciendo, en fin, el martirio por Jesucristo.

En Salona, san Anastasio, notario mayor, que, viendo la constancia con que san Agapito sufria los tormentos, se convirtió á la fe cristiana; y habiendo sido condenado á muerte, por órden del emperador Aureliano, porque confesaba el nombre de Jesucristo, subió al cielo con la corona del martirio.

En Cerdeña, la fiesta de san Luxor, san Cisel, san Camerino, mártires, que fueron acuchillados, bajo el presidente Delfo, en la persecucion de Diocleciano.

En el Gevaudan, san Privato, obispo y mártir, que padeció en la persecucion de Valeriano y de Galiano.

En dicho dia, san Bonoso y san Maximiano, mártires.

En Fondi, san Paterno, mártir, que, habiendo ido de Alejandría á Roma para visitar el sepulcro de los apóstoles, y despues retirándose al campo de Fondi, donde se empleaba en sepultar á los cuerpos de los mártires, fué preso por el tribuno, y murió cargado de prisiones.

En Edesa en Siria, santa Basa y sus hijos, san Teogono, san Agapito y san Fidel, mártires, que, en la persecucion de Maximiano, alcanzaron la palma del martirio, á que los exhortaba su piadosa madre; siendo ella decapitada con gran júbilo por seguir triunfante á sus hijos.

En Verona, san Euprepo, obispo y confesor.

En el mismo lugar, san Cuadrato, obispo.

En Siena en Toscana, el bienaventurado Bernardo Tolomeo, abad, fundador de los Olivetanos.

En Clermont en Auvernia, el tránsito de san Sidonio, obispo celebérrimo por sus escritos.

En dicha ciudad, san Avito, obispo, primero de este nombre, cuya fiesta se celebra hoy en la iglesia colegiata de Nuestra Señora del Puerto, donde está enterrado.

En Palestina, san Atalo, mártir.

En dicho dia, san Artoso y compañeros, mártires.

En Singidona en Misia, san Donato, diácono, y sus compañeros, todos mártires.

En España, san Julio y Juliano, mártires.

En Ausburgo, santa Euprepia, sirvienta, mártir.

*La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor del santo la que sigue:*

Da nobis, quæsumus, omni-

Suplicámoste, ó Dios omnipo

potens Deus, ut beati Germani, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

tente, que en esta venerable solemnidad del bienaventurado German, tu confesor y pontífice, aumentes en nosotros el espíritu de devocion y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor....

*La epístola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, pág.* 325.

NOTA.

« Pondera aquí la Sabiduría el favor que hizo á los hebreos con exclusion de las demás naciones, y la sinrazon con que estas se jactaban de poseerla. La verdadera sabiduría solo residia en el pueblo de Israel, y la verdadera devocion á la santísima Vírgen solo se encuentra en la Iglesia. »

## REFLEXIONES.

*Yo derramé una fragancia como el cinamomo, y como el bálsamo mas precioso, y un olor como la mas excelente mirra.* Este lenguaje en rigor solo le puede tener la santísima Vírgen. Si los santos son buen olor de Cristo, ¿qué será la Reina de los santos? Si la gracia santificante se compara al mas precioso bálsamo, ¿qué fragancia exhalará la que está llena de ella? Y si el cinamomo, el bálsamo y la mirra son símbolos de las virtudes principales, ¿á quién se aplicará con mayor propiedad que á María? La gracia santificante distinguió el primer instante de su concepcion; aquel instante en que el predestinado y el réprobo, el pobre y el rico, el vasallo y el monarca, se ven igualmente envueltos en la desgracia del Señor; aquel instante vergonzoso para todos los demás hombres fué un

instante lleno de gracia para la santísima Virgen. Hija del Altísimo, heredera del cielo, digno objeto del amor de todo un Dios, está viendo al resto de los hijos de Adan esclavos del demonio, herederos del infierno, víctimas de la divina justicia. Ella sola, por una prerogativa que juzgó digna el Señor de la que habia escogido para madre suya, recibió la gracia en el primer instante de su concepcion, y la conservó hasta el último momento de su vida tan bella, tan pura, tan entera, como la recibió, sin haberla manchado jamás ni con culpa venial, ni con imperfeccion, ni con fragilidad, ni con la mas mínima sorpresa. Gran maravilla es ver brotar del seno de la tierra una agua tan clara, tan pura, tan cristalina, como si bajara del cielo; pero es cosa inaudita que esta misma agua, despues de haber regado los prados y las campiñas; despues de haber corrido largo espacio por un valle profundo y cenagoso, entre en fin en el mar tan limpia y tan clara, como salió del manantial. Esto hizo la santísima Vírgen. Despues de haber vivido sesenta y dos años en este valle de lágrimas, en este lugar de miserias y de imperfecciones, sin haber perdido su corazon un punto de su pureza; su humildad, su castidad y su paciencia expuestas á pruebas que no tuvieron semejante, de las mismas pruebas recibieron nuevo esplendor. Vióse preferida por el mismo Espíritu Santo á todas las de su sexo, y no se alteró su profunda humildad con este sublime honor. La esperanza cierta de ser madre de Dios y reina de todo el mundo no fué bastante ni aun para hacerla titubear en el voto de conservar entera su pureza. Ve espirar á su único Hijo entre dolores y oprobios; vióle despues resucitar lleno de gloria, sin que extremos tan opuestos causen en su corazon ni excesos de tristeza, ni excesos de alegría. Su caridad con todos los hombres fué inmensa. ¿Qué fe mas

perfecta, qué mortificacion mas continua? ¿qué modestia mas amable? qué amor de Dios mas puro, mas encendido, ni mas extraordinario? ¿qué santidad mas eminente? María, dice san Bernardino de Sena, amó á Dios sin interrupcion desde el primer instante de su vida. *Mens Virginis in ardore dilectionis continuò tenebatur*. Si María desde el primer instante de su concepcion hasta el último de su vida hizo tantos actos de amor de Dios, cuantos instantes vivió, habiendo igualado y aun excedido sus méritos desde aquel primer instante á los méritos de todos los angeles y de todos los hombres, ¿qué inestimable, qué incomprensible tesoro de gracias, de virtudes y de merecimientos seria el de la santísima Virgen en el momento de su muerte? ¡Oh y con cuánta verdad pudo decir ella sola: *Yo derramé una fragancia como el cinamomo, y como el mas precioso bálsamo!*

*El evangelio es del cap.* 10 *de san Lucas, y el mismo que el dia XV, pág.* 328.

## MEDITACION.

### DEL AMOR QUE LA SANTÍSIMA VIRGEN TIENE Á TODOS LOS HOMBRES, SINGULARMENTE Á LOS PECADORES.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que, no solo es cierto, sino artículo de fe, que Dios ama á todos los hombres, que á todos los quiere salvar, y que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: *Illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. La Virgen no tiene otra voluntad que la de Dios; y así ama todo lo que Dios ama; ninguna cosa tiene mas en su corazon que todo lo que Dios quiere. El amor de Dios y del prójimo

son, por decirlo así, de una misma edad; nacen gemelos dentro del corazon, viven y mueren siempre juntos. Son dos eslabones, dice san Gregorio, que forman una misma cadena; dos rios que nacen de una misma fuente; dos ramas que salen de un mismo tronco; dos astros que proceden de un mismo principio, y tienen un mismo motivo. Comprende, si es posible, el extremado amor que la Vírgen tiene á Dios, y entonces comprenderás el que profesa á los hombres. Ahora, pues, así como no hay pura criatura que mas ame á Dios, así tampoco la hay que mas nos ame á nosotros. María, dice san Bernardo, es nuestra hermana, nuestra parienta, nuestra aliada y nuestra madre. *Dic, obsecro te, quòd soror mea sis, ut benè sit mihi propter te, et vivat anima mea ob gratiam tui.* Aun no lo dije todo : no como quiera es madre, sino buena madre nuestra. No impuso Dios, dice santo Tomás, precepto particular á los padres y á las madres para que amasen á sus hijos; seria sin duda ocioso, porque la misma naturaleza les comunica un amor tan grande y tan violento hácia sus hijos, que esto propio les sirve de ley y de precepto. *¿Podrá nunca una madre,* dice el mismo Dios, *olvidarse del fruto de sus entrañas?* Pues considera si María se podrá olvidar de los hombres siendo la mas tierna de todas las madres. Luego que María comenzó á ser madre de Dios, dice san Anselmo, comenzó á ser madre de los hombres. ¿Quién dudará ya de la ternura con que nos ama? Esta se puede conocer por el doloroso sacrificio que hizo por nuestro amor. Amaba á su querido Hijo como ninguna madre amó jamás, ni jamás puede amar al suyo. En medio de eso, tratóse de que sacrificase á su querido Hijo por la salvacion de los hombres; pues no se detuvo un punto en hacer ella misma este doloroso sacrificio. ¿Cuánto te parece que le costaria? Ofrecióle ella

misma á la muerte, y á la muerte mas infame, á la muerte mas cruel. Pregunta, despues de esto, si es cierto que nos ama la santísima Vírgen; y mira si encuentras motivo mayor ni mas poderoso para una filial confianza en la bondad de la Madre de Dios.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor que nos tiene la santísima Vírgen es un amor muy compasivo, en fuerza del cual se le hacen muy sensibles nuestras miserias; y como la mayor de esta vida es el pecado, es mayor la ternura y la compasion con que mira á los pecadores. Inspírale este compasivo afecto la conformidad de su corazon con el de su divino Hijo. Todos sabemos el zelo del Salvador del mundo por la salvacion de los pecadores. *Non veni vocare justos, sed peccatores*. Pues esta es la medida del amor y del zelo de la santísima Vírgen. Por eso, la llama la Iglesia *Refugio de pecadores;* y en la oracion ordinaria, que la repite tantas veces al dia, no le acuerda otro motivo que ser pecadores aquellos por quienes ruega : *ora pro nobis peccatoribus*. ¡O inmaculada vírgen María, exclama san Efren, madre de Dios, reina del universo, esperanza de los mas desesperados, recurso de todo el mundo; todos nos ponemos debajo de vuestra proteccion, cubridnos con las alas de vuestra caridad y de vuestra misericordia, tened piedad de nosotros, manchados con tantas culpas! No cesa la Vírgen de rogar en el cielo por los pecadores, dice el venerable Beda : *Non cessans pro peccatoribus exorare*. Y ciertamente, siendo madre de misericordia, ¿cómo podia dejar de amar a los pecadores, ni de interesarse por su salvacion? ¡O María, exclama san Buenaventura, por miserable que sea un pecador, siempre le miras con ternura de madre : *Materno affectu complecteris!*

Es la santísima Vírgen medianera entre Dios y los hombres, como dice san Bernardo; luego es preciso que ame tiernamente á los pecadores. Vírgen santa, prorumpe Guillelmo, obispo de París, si me es lícito hablar asi, á los pecadores debeis en cierta manera todo lo que sois; el estar llena de gracia, el coronaros colmada de gloria, y hasta el augusto título de Madre de Dios: *Totum quod habes gratiæ, quod habes gloriæ, etiam hoc ipsum quòd es mater Dei, si fas est dicere, peccatoribus debes*, pues por ellos se os concedió todo esto: *Omnia enim hæc propter peccatores tibi collata sunt.* ¿Pues cómo les podrás negar tu proteccion y tu benevolencia? Amanos, pues, la santísima Vírgen con ternura; muévenla á compasion nuestras miserias; interésase en nuestra salvacion. ¿Qué motivo de mayor consuelo, ni qué mayor aliento á nuestra confianza? No mereces ser oido, porque eres pecador, dice san Anselmo; pero los méritos de la Madre de Dios, que intercede por los pecadores, piden que Dios te oiga. ¿Quién desconfiará de la misericordia del Hijo, dice san Bernardo, teniendo por abogada á la Madre? Amanos María por mas pecadores que seamos; ¿pues porqué no amaremos nosotros á María? ¿porqué no pondremos en ella, despues de Dios, toda nuestra confianza?

Péguese mi lengua para siempre á mi paladar; entréguese al olvido mi mano derecha si mi corazon cesare jamás de amaros, ó Vírgen santa, si mi lengua cesare jamás de engrandeceros, si me apartare jamas de vuestro servicio, ó única esperanza mia despues de mi Dios, ó refugio mio, ó asilo seguro de mi salvacion.

## JACULATORIAS.

*Si oblitus fuero tui, oblivioni detur dextera mea.* Salm. 136.

Olvídese para siempre mi mano derecha si me olvidare yo nunca de tu bondad para conmigo, ó Vírgen santa.

*In te confido, non erubescam.* Salm. 24.
En tí confío, madre de mi Dios, y no quedará confundida mi confianza.

## PROPOSITOS.

1. Es cierto que, despues del sagrado corazon de Jesus, el de su santa Madre es el mas santo, el mas excelente, el mas venerable objeto que se puede proponer á la devocion de los cristianos. Considerado este corazon en su ser natural, es la porcion mas noble del mas santo cuerpo entre las puras criaturas que hubo jamás en el mundo, y por consiguiente un objeto mil veces mas digno de veneracion, que todas las reliquias de los santos. Este corazon fué el principio natural de la vida de la santísima Vírgen; él prestó, por decirlo así, aquella preciosa sangre de que el Espíritu Santo formó el adorable cuerpo de nuestro Salvador; él es, como se dice, el asiento, el trono del amor que nos tiene esta Señora, y de él salen todos los tiernos afectos con que nos mira esta bienaventurada criatura. Y si del sentido natural pasamos al moral, ¿que corazon mas santo, mas digno de nuestro respeto y de nuestra veneracion, puesto que es el solio de todas las virtudes mas admirables, y el símbolo mas natural del amor tierno y perfecto que la santísima Vírgen profesa á Dios y á los hombres? Este corazon es todo nuestro, pues nunca dejó de amarnos; y si María nos ama como á sus hijos, ¿con qué ojos debemos mirar el corazon de tal madre? Estas consideraciones movieron la devocion de los fieles, algunos años ha, á celebrar una fiesta particular en honor del sagrado corazon de María. Celébrase esta fiesta en muchos obis-

pados de Francia, como son Coutances, Dijon, Arlés y Leon, donde se han erigido congregaciones en reverencia de este sagrado corazon, no solo con aprobacion de los mayores prelados, sino tambien con la de la santa sede apostólica. Ten tú tambien esta devocion, alístate en alguna de estas congregaciones; y si solo el nombre de María es hoy título particular de una fiesta en gran parte de la Iglesia, ¿qué devocion no debes profesar á su sagrado corazon?

2. El papa Clemente IX, en el breve de indulgencias, con fecha de 28 de abril de 1668, concedido en favor de la congregacion que se fundó en Arlés, dentro de la abadía de San Cesareo, con el título *del sagrado Corazon de la Madre de Dios,* señala la tercera dominica despues de Pentecostés para el dia de la fiesta. En París, donde está muy introducida esta devocion, se celebra el dia 8 de febrero. No dejes de hacer esta fiesta todos los años con especial devocion; y para tener parte en las indulgencias que la silla apostólica concede á los congregantes, agrégate á su número confesando y comulgando el dia de la entrada. Emplea toda tu autoridad y tu zelo en extender por todas partes la misma congregacion. El que es devoto del sagrado corazon de la Madre de Dios no puede dejar de tener parte en sus mayores favores y en la distribucion de todas sus gracias. Rézale con frecuencia la oracion siguiente:

« Permíteme, ó santísima Madre de mi Dios, que me agregue á las almas santas que se aplican á honrar con particular culto vuestro sagrado corazon, para que pueda tener parte en las gracias concedidas á los que profesan una devocion tan agradable á vuestro querido Hijo, y á vos su divina Madre. O corazon santísimo de la Madre de Dios siempre inmaculada, corazon el mas puro, el mas venerable despues del corazon de Jesus, que formó la mano todopoderosa del

Criador; manantial inagotable de bondad, de dulzura, de amor y de misericordia; imágen perfecta del sagrado corazon de Jesucristo, mi Salvador, siempre sensible á nuestros males, siempre abrasado en el ardiente deseo de mi salvacion, siempre abierto á los que se refugian á él; dígnate admitir mis humildes obsequios y mis vivos afectos de respeto y de veneracion. Vírgen santa, madre de misericordia y madre del hermoso amor, haced que mi corazon sea semejante al vuestro; purificadle por vuestra poderosa intercesion; santificadle, desprendedle del amor de las criaturas, y el mismo fuego que abrasa el vuestro, abrase tambien el mio en el tiempo y por toda la eternidad. Amen.»

---

# DIA VEINTE Y DOS.

## SAN FELIPE BENICIO, CONFESOR.

San Felipe Benicio, reputado comunmente por fundador de la religion de los servitas ó siervos de la Vírgen, aunque, hablando con propiedad, como dice el martirologio, solo fué propagador, tuvo por patria á la ciudad de Florencia, y fué de la noble familia Beniti ó Benizi tan distinguida y respetada en todo el país. Nació por los años de 1224. Su padre Jacobo y su madre Albanda, igualmente recomendables por su piedad que por su nobleza, tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Dió el niño muy desde luego presagios ciertos de su futura santidad por lo apacible de su bello natural, por su inclinacion á la virtud, y sobre todo por una anticipada devocion á la santísima Virgen. Aun no tenia un año cuando llegaron á pedir limosna en la ciudad de Florencia algunos

religiosos servitas; luego que el niño los vió, desató el cielo su lengua, y exclamó milagrosamente: *Estos son los siervos de la Vírgen*; prodigio que aumentó el amor y la atencion de sus padres, considerándole desde entonces como quien habia de ser con el tiempo la honra de toda la familia.

Despues que acabó la gramática y las letras humanas en Florencia, le enviaron á estudiar la medicina en París. Luego se hizo admirar en aquella universidad la viveza y la penetracion de su ingenio, la pureza de sus costumbres, y una prudencia extraordinaria, poco regular en los mozos de su edad. Restituyóse á Italia, y pasó á continuar el mismo estudio en la universidad de Padua, donde recibió la borla de doctor. Vuelto á Florencia, lejos de dejarse deslumbrar de las brillantes esperanzas que le lisonjeaban, resolvió aspirar á otra gloria mas sólida. Andaba deliberando sobre el estado que abrazaria, cuando un jueves de la octava de Pascua entró á oir misa en la capilla de los servitas de Florencia. Era puntualmente la epístola del dia la historia de la conversion de aquel eunuco de la reina de Etiopia, y le hicieron grande impresion aquellas palabras del Espíritu Santo al diácono Felipe: *Felipe, acércate á este carro,* pareciéndole por la conformidad del nombre que se las decian á él. Ocupado enteramente con estos pensamientos, se retiró á su casa, y pidió muy de veras á la santísima Vírgen que le diese á conocer la voluntad de Dios, pasando en oracion hasta la media noche. En ella tuvo la vision siguiente. Parecióle que se hallaba en medio de una vasta y desierta campiña, donde no veia mas que precipicios, peñascos, rocas escarpadas, lodazales, serpientes, espinas y lazos tendidos por todas partes. Atemorizado con tan espantosa vision, comenzó á dar gritos con todas sus fuerzas, pero sin volver del rapto. Sosególe presto la santísima Vírgen, que se le apare-

ció sobre un resplandeciente carro, rodeada de ángeles y de bienaventurados; y repitiéndole las mismas palabras que habia oido en la misa, le dijo : *Felipe, acercate, y júntate á este carro,* mandándole se entrase en la religion de los servitas, que se acababa de fundar, figurada por aquel carro misterioso.

Contaba solos quince años de fundacion aquel religioso órden, tan fecundo en santos, y tan digno de veneracion, sobre todo por la especial profesion que hace de servir á la santísima Vírgen, y honrarla con culto muy particular, habiendo sido su cuna el Monte Senario, á tres leguas de Florencia, adonde se habian retirado siete mercaderes de la misma ciudad, y servian á Dios de comunidad bajo la proteccion de la santísima Vírgen, tomando el título de siervos de María. Acababan de fundar un hospicio á las mismas puertas de Florencia con una capilla muy reducida, en la cual habia oido Felipe la misa el dia antecedente. No dudando ya que Dios le llamaba á aquella religion que se iba formando, luego que amaneció, se fué al hospicio, y arrojándose á los piés del P. Bonfilio, uno de los primeros fundadores á quien los demás voluntariamente se habian sujetado, nombrándole por superior, le suplicó con mucha instancia y con no menor humildad le admitiese en su congregacion al número de los hermanos legos. No conocia el P. Bonfilio, ni la calidad, ni los talentos del pretendiente, y así le admitió sin dilacion en la humilde clase que él mismo solicitaba, enviándole á Monte Senario para que se ocupase en los oficios mas abatidos de la casa y en las labores del campo. Ninguna cosa era mas conforme á los deseos de su profunda humildad; y supo disimular con tanta destreza así su sabiduría como su noble nacimiento, que ninguno pudo descubrir en él sino un gran fondo de juicio, de prudencia y de virtud, que se hacia reparar no sin admiracion.

Su mortificacion era extremada; y como si no bastasen para domar su cuerpo los excesivos trabajos de sus ocupaciones, añadia otras penitencias que espantarian á los mas robustos. Las ocupaciones exteriores no interrumpian ni su continua oracion, ni su íntima union con Dios. Repartia el tiempo con tanta economía, que siempre le sobraban muchas horas para pasarlas en oracion delante de una imágen de la santísima Vírgen, y para retirarse á una gruta poco distante de la iglesia, en la cual acompañaba la meditacion de la pasion del Salvador con mortificaciones voluntarias, olvidando las necesidades del cuerpo hasta pasar tres dias enteros sin alimento. Consolábase con la esperanza de pasar así toda su vida trabajando en la propia santificacion á favor de una vida desconocida y oscura, cuando los superiores, reconociendo en él una prudencia extraordinaria, acompañada de una eminente virtud, le enviaron á Sena para que tuviese la inspeccion de una casa de la órden que se estaba fundando en aquella ciudad. Tenia consentido en que siempre se podria mantener en el humilde estado de lego; pero una conversacion que tuvo en el camino de Sena con dos padres dominicos hizo traicion á su humildísimo espíritu. Descubrieron en él una capacidad tan superior y unos talentos tan raros, que al instante representaron á sus superiores el agravio que se hacian á sí mismos y á toda la Iglesia en tener escondida aquella resplandeciente antorcha debajo del celemin, persuadiéndolos á que tratasen de elevarle al sacerdocio. Fácilmente descubrieron ellos mismos este tesoro escondido luego que le examinaron; y sin dar oidos ni á la resistencia de su humildad, ni á sus ruegos ni á sus lágrimas, consiguieron dispensa de Roma para elevarle á los órdenes sagrados. Apenas fué visto en el altar cuando su eminente santidad se abrió camino, y rompió todos los velos

con que hasta entonces se habia procurado cubrir para ocultar su raro mérito. Inmediatamente le fueron ascendiendo sucesivamente por todos los empleos de la órden; hiciéronle definidor, despues asistente, y en fin general de toda ella. Ninguno lo merecio mas, y ninguno se tuvo por menos digno de serlo. Puso en ejecucion todos cuantos medios supo y pudo para eximirse del cargo, pero no fué oido. Conocio entonces que habia otra voluntad superior à la suya, y se rindió à la disposicion de la divina Providencia a que ya no podia ni debia resistirse. Aplicóse principalmente à extender el culto de la santísima Virgen, que era el fin primario de su sagrado instituto. Aunque se habian pasado ya treinta y cinco años desde los primeros principios de la órden, apenas habia hecho progresos, reduciéndose toda ella à una casa y à dos ó tres hospicios pequeños; pero luego que nuestro santo fué visto á la frente de su congregacion, el mérito del general la hizo célebre y famosa. Concurrian de todas partes en tropas à ponerse bajo su direccion; la mayor parte de las ciudades clamaban por sus hijos, y nuestro santo dió tanto vuelo y tanta reputacion a su órden, que, aunque fué el quinto general de ella, todos convienen en considerarle como à su fundador. No contribuyó poco à esto un milagro que obró haciendo un viaje à Roma. Encontró en el camino à un pobre leproso casi enteramente desnudo; no teniendo oro ni plata que darle, se despojó de su túnica, echósela à cuestas, y en el mismo instante quedó el leproso totalmente limpio y perfectamente sano. Encargóle, rogóle y conjuróle Felipe que no publicase esta maravilla; pero pudo mas el agradecimiento del leproso que la humildad del santo. Mas el lance donde resplandeció con asombro su modestia fué cuando huyó de la primera dignidad de toda la Iglesia por muerte del papa Clemente IV. Estaba la

sede apostólica vacante habia cerca de tres años; juntos los cardenales en Viterbo, no podian convenir en la eleccion, cuando de repente conspiraron todos en elegir al general de los servitas, como al sugeto mas digno que entonces se conocia. Luego que el santo llegó á entender este proyecto, secretamente se huyó á las montañas maś ásperas del territorio de Sena, no llevando consigo mas que un religioso confidente suyo, de quien se podia fiar con toda seguridad. Allí estuvo escondido en las concavidades de los riscos hasta que supo haberse ya dado un nuevo pontífice á la Iglesia, que fué el papa Gregorio X. Fué gratísimo á nuestro santo aquel casual retiro, viéndose en la soledad á que aspiraba siempre su humilde corazon, y que tenia tantos atractivos para él, logrando la tranquilidad de aquel sosiego para entregarse todo el tiempo á la oracion. Abandonóse enteramente á los rigores de una penitencia excesiva; su ayuno era austerísimo y continuo; su alimento yerbas silvestres y desabridas; su bebida un poco de agua, y aun esta se le acabó presto, habiéndose secado el manantial por la calidad de aquel árido terreno. Pero se dice que, habiéndole herido tres veces con el báculo, lleno de confianza y de fe, brotó un chorro tan copioso, que formó una especie de lago, al cual desde entonces se le da el nombre de los *Baños de san Felipe*, conservándose hasta el dia de hoy en el monte llamado *Montagrate*, y se atribuye á los méritos de nuestro santo la virtud de aquellas aguas para curar muchas enfermedades.

En aquel retiro fué donde le dió á entender el Señor ser su voluntad que llevase su nombre á otras provincias, y extendiese en los paises extranjeros el culto y la singular devocion que profesa su órden á la santísima Virgen. Con efecto, luego que salió del desierto, nombró un vicario general de Italia en su

lugar, y él se fué con dos religiosos á publicar en otras partes las grandezas de la Madre de Dios, predicando al mismo tiempo penitencia. Comenzó por Francia, donde se vió con admiracion el prodigioso fruto que hacian sus sermones, especialmente en las ciudades de Aviñon, Tolosa y Paris, donde fué recibido como un nuevo profeta. Pasó á los Paises Bajos, á Frisia, á Sajonia, á la superior Alemania, publicando en todas partes las grandezas de la santísima Virgen, despertando, aumentando y propagando en todas ellas el culto y la tierna devocion á la Madre de Dios.

Empleó dos años en esta apostólica mision; y vuelto á Italia, convocó un capítulo general en Burgo, donde no perdonó diligencia alguna para que le admitiesen la renuncia del generalato. Lejos de admitírsela, todos los vocales á una voz le declararon por general para toda la vida. Viéndose, pues, obligado á mantener el empleo y á perfeccionar su instituto, pasó al concilio general de Leon para solicitar su aprobacion, y la consiguió con todas las gracias y elogios que merecia instituto tan sagrado. Restituido á Italia, pacificó la ciudad de Pistoya, cruelmente despedazada tiempo habia por los sangrientos bandos de guelfos y gibelinos. Con igual felicidad trabajó en pacificar las turbaciones de Florencia, y redujo los habitantes de Forli á que volviesen á entrar en la obediencia del papa Martino IV. A la verdad, su ardiente zelo le hizo sufrir muchas humillaciones y trabajos. No pudiendo sufrir los rebeldes la vehemencia de sus sermones, se echaron sobre él, le desnudaron vergonzosamente, le azotaron por las calles públicas y le arrojaron ignominiosamente de la ciudad; pero no fué sin fruto su paciencia. Uno de los que mas le habian maltratado, llamado Peregrino, se movió, se arrepintió y escogió la misma órden de nuestro santo para teatro de su penitencia. La que hicieron

algunas mujeres perdidas que se convirtieron precisamente á vista de su modestia, fué un noble testimonio de que en los santos todo es sermon, y todo es eficaz.

Debilitada extraordinariamente su salud al peso de sus trabajos y al rigor de sus penitencias, conoció que se acercaba su fin. Aunque desfallecido y sin fuerzas, pasó de Florencia á Sena, y de Sena á Perusa, donde recibió la bendicion del papa Honorio IV; y habiendo obtenido nuevos privilegios para su órden, se encaminó á Todi, cuyos moradores le salieron al encuentro con ramos de oliva en las manos para recibirle como en triunfo. Entró en la iglesia de su convento, y postrado delante del altar de la santísima Vírgen, exclamó: *Este será para siempre el lugar de mi reposo.* Asaltóle una calentura el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, y pasó toda la octava en continuos actos de amor de Dios, de afectos á la santísima Vírgen y de dolor de sus pecados. El último dia de la octava mandó que le administrasen los sacramentos, y despues se quedó por tres horas como muerto. Vuelto de aquella especie de desmayo, dijo que el demonio habia hecho todos los esfuerzos que pudo para perderle, pero que la proteccion de la santísima Vírgen le habia librado de aquel peligro. Pidió despues su libro, que así llamaba al crucifijo, y aplicándole al pecho estrechamente, entregó el alma al Criador el dia 22 de agosto de 1284, aunque su fiesta se fijó al dia 23 por concurrir el 22 la octava de la Asuncion. Tres dias enteros estuvo el santo cuerpo sin ser posible darle sepultura por el innumerable concurso de la gente; y el año de 1670 le canonizó el papa Clemente X con las solemnidades acostumbradas.

## SAN HIPOLITO, OBISPO, DOCTOR DE LA IGLESIA Y MÁRTIR.

Este ilustre doctor de la Iglesia florecia á principios del tercer siglo. San Jerónimo dice no haber podido saber de qué ciudad era obispo; mas Gelasio, en su libro de las dos naturalezas de Jesucristo, le llama metropolitano de la Arabia. Segun refiere Focio, fué discípulo de san Ireneo, como tambien de Clemente, y maestro de Orígenes. Por Eusebio y san Jerónimo sabemos que escribió comentarios sobre muchas partes de la Escritura, á cuyo ejemplo hizo despues Orígenes lo propio. Existia una coleccion de sus homilías en tiempo de Teodoreto, quien cita muchas de ellas: tambien habia una carta de él á la emperatriz Severa, mujer de Filipo, en la cual trataba del misterio de la Encarnacion y de la resurreccion de los muertos. En su obra contra Noeto, de la que nos queda una parte considerable, prueba claramente la distincion de personas en la Trinidad, la divinidad del Hijo de Dios, la distincion de naturalezas en Jesucristo, y en lo sucesivo se sirvieron de su autoridad con grande éxito contra los eutiquianos. Compuso una crónica que acababa en el año de 222, la cual no ha podido hallarse en ninguno de los manuscritos griegos conocidos. Su ciclo pascual, que fija el tiempo en que debe celebrarse la fiesta de Pascua por el espacio de diez y seis años, empezando en el primer año de Alejandro Severo, es la obra mas antigua que tenemos sobre esta materia. Tambien tenemos algunos fragmentos de sus comentarios sobre la Escritura, y su homilía de la Teofanía ó Epifanía, en la cual habla principalmente del bautismo de Jesucristo y de los maravillosos efectos del sacramento de la regeneracion. Es sensible la pérdida de su tratado sobre el

ayuno del sábado, cuyo título era : *Si un cristiano debe comulgar todos los dias*; la de los himnos sobre la sagrada Escritura; la de los libros *del origen del bien y del mal*; la de los compuestos contra Marcion, *contra las herejías*, etc. En esta última obra, refutaba treinta y dos sectas, contando desde los Dositeanos hasta Noeto, quien confundia las personas en la Trinidad, dogmatizando en Esmirna en 245. Hé aquí el juicio de Focio sobre nuestro padre y doctor : « San « Hipólito dice que estas treinta y dos sectas habian « sido refutadas por san Ireneo, y que él ha reunido « en un librito los razonamientos de este padre. Su « discurrir es claro y grave; nada dice que no vaya á « su blanco; bien que no se hallen en él las bellezas « del estilo ático. »

En las excavaciones hechas en 1551 cerca de la iglesia de San Lorenzo, fuera de Roma, carrera de Tivoli, se halló entre las ruinas de una iglesia antigua de San Hipólito, distinto de aquel cuya vida escribimos, una estatua de mármol que representaba á nuestro santo sentado en una cátedra, en cuyos lados habia grabados en caractéres griegos dos ciclos, de ocho años cada uno. Tambien se halló una tabla de los títulos de las obras que positivamente se sabe son de san Hipólito. La estatua está al presente en la biblioteca del Vaticano.

Descubrióse y publicó se en 1661 el libro del Antecristo, compuesto por san Hipólito, del que hacen mencion Eusebio, san Jerónimo y otros. No hay duda que es la misma obra que la anunciada por Focio. Da en ella el santo doctor, segun Daniel y demás profetas, las señales por las que se reconocerá al Antecristo que ha de venir antes del fin del mundo.

San Jerónimo llama á san Hipólito · *Hombre santísimo y elocuentísimo*. San Crisóstomo y otros escritores eclesiásticos le apellidan *manantial de luz*, *testigo*

*fiel, doctor santísimo, varon lleno de dulzura y de caridad.* Teodoreto le pone en la misma clase que á san Ireneo, llamando á ambos *las fuentes espirituales de la Iglesia.*

San Jerónimo y otros autores antiguos le califican de obispo y mártir; y algunos martirologios ponen su muerte en el reinado de Alejandro, que murió en 235. Verdad es que Eusebio y san Jerónimo le suponen haber florecido en tiempo de este príncipe; mas san Gregorio Turonense y otros antiguos citados por Du Cange y Schelstrate dicen que recibió la corona del martirio durante la persecucion de Decio en 251. Ruinart y Berti han adoptado este parecer, fundados principalmente en que el santo refuta la herejía de Noeto que despuntó hacia los años 245.

Los martirologios del octavo siglo, Jorje el Syncelle, Zonasio y Anastasio dicen que san Hipólito fué obispo de Porto en Italia.

Por los escritos de san Hipólito se ve que los fieles de la primitiva Iglesia nunca perdian de vista los juicios de Dios; carácter, segun san Juan Clímaco, del verdadero discípulo de Jesucristo. Así se mantenian continuamente en el santo temor de Dios y en la compuncion; se conservaban atentos en velar sobre todas sus acciones y en referir al Señor todas sus obras; se animaban al desprecio de los falsos bienes de este mundo, á sufrir gozosos los tormentos y la muerte mas cruel antes que consentir en el pecado. Este pensamiento los sostenia principalmente en las tentaciones conforme á la máxima de san Basilio: *Si sois tentados, pensad en aquel tribunal formidable ante el cual comparecerán todos los hombres.*

## LA CONMEMORACION DE SAN FABRICIO Y SINFORIANO.

En este dia hace conmemoracion el martirologio romano de san Fabriciano y Sinforiano con la expresion que padecieron en España, sin especificarnos el lugar de su triunfo, ni géneros de martirio que sufrieron. El cardenal Baronio en las notas á dicho martirologio observa constante la memoria de estos héroes españoles en las tablas de la santa iglesia de Toledo. Pero sin embargo de que ni el martirologio ni Baronio nada nos dicen de la vida y martirio, constando como consta su culto continuado en la nacion, interesados algunos escritores patrios en el descubrimiento de sus actas, á pesar de la pérdida de monumentos antiguos, muy natural en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas irrupciones enemigas, escriben fueron naturales de la provincia carpentana; y que, retirados del siglo, siguieron el tenor de la vida cenobítica en la antigua ciudad Titulcia, hoy Bayona, pueblo cerca del real sitio de Aranjuez. Esto acreditan las dos pinturas, que se ven en el dia en la iglesia del mismo pueblo, donde se representan vestidos los santos con hábito de monjes; los cuales, segun nos dicen los mismos escritores, padecieron martirio en la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano en el dia 22 de agosto en que de ellos hace memoria.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La octava de la Asuncion de la bienaventurada vírgen María.

En Roma, camino de Ostia, la fiesta de san Timoteo, mártir, que fué preso por Tarquino, prefecto de la

ciudad, y atormentado con un largo encarcelamiento; mas no habiendo querido sacrificar á los ídolos, fué azotado tres diferentes veces, y habiendo padecido otros suplicios muy crueles, fué por último decapitado.

En Porto, san Hipólito, obispo, ilustrísimo por su erudicion, quien, por haber confesado la fe brillantísimamente bajo el emperador Alejandro, fué precipitado atado de piés y manos en un hoyo profundo lleno de agua, alcanzando así la palma del martirio. Los cristianos sepultaron su cuerpo en el mismo lugar.

En Autun, san Sinforiano, mártir, que, habiéndose negado, en tiempo del emperador Aureliano, á sacrificar á los ídolos, fué primero azotado, luego encarcelado, y consumó al fin su martirio perdiendo la cabeza á filos de la espada.

En Roma, san Antonino, mártir, que, confesando á voz en grito ser cristiano, fué condenado por el juez Vitelio al degüello, como se verificó; y su cuerpo fué enterrado en la via Aurelia.

En Porto, san Marcial, san Saturnino, san Epitecto, san Mapril, san Félix y compañeros, todos mártires.

En Nicomedia, el suplicio de san Agatónico, san Zótico y compañeros, mártires, bajo el emperador Maximiano y el presidente Eutolomo.

En Tarsia, san Atanasio, obispo y mártir; santa Antusa, noble matrona bautizada por dicho santo, y doce sirvientes suyos, que padecieron bajo el poder de Valeriano.

En Reims, san Mauro y compañeros, mártires.

En España, san Fabricio y san Filiberto, mártires.

En Pavía, san Gunifort, mártir.

En Montelon, diócesis de Autun, san Eptadio, mártir, bajo cuya advocacion existia una iglesia en el siglo diez.

En Todi, el tránsito de san Felipe Benicio, quinto general de los servitas, el cual cursó en París

En dicho dia, los santos mártires Or, Orópsides Ireneo.

En Neocesarea en el Ponto, los santos mártires Nectario y Sevo.

*La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor del santo la siguiente:*

Deus, qui per beatum Philippum, confessorem tuum, eximium nobis humilitatis exemplum tribuisti; da famulis tuis prospera mundi ex ejus imitatione despicere, et cœlestia semper inquirere. Per Dominum nostrum...

O Dios, que por medio de tu confesor el bienaventurado Felipe nos diste tan grande ejemplo de humildad; concede á tus siervos la gracia de menospreciar todas las dignidades de la tierra, y de aspirar siempre á los bienes del cielo. Por nuestro Señor....

*La epístola es del cap.* 24 *de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, pág.* 325.

NOTA.

« Todas las expresiones de esta epístola son figuradas segun el estilo de los Orientales. *Eché raices* se entiende aquí fijarse en el pueblo que honró Dios con su eleccion; y este pueblo significa las almas de los santos. Todos los árboles y todas las flores odoríferas de que se hace mencion, son símbolos de las virtudes de la santísima Virgen, así como en el pueblo honorificado están figurados sus devotos. »

## REFLEXIONES.

*El que me crió descansó en mi tabernáculo.* En estas palabras se comprenden todos los mayores elogios que se pueden decir de la Madre de Dios. Admirámo-

nos algunas veces de lo poco que se halla escrito en la sagrada Escritura acerca de las grandezas de la Vírgen, y hasta los menos zelosos de su culto quisieran que el Evangelio se hubiera explayado mas en sus elogios. Pero ¿qué elogio mas noble ni mas excelente nos pudiera decir el Evangelio; qué cosa de mayor estimacion, qué expresion mas propia para llenar todo el concepto que se puede formar de una pura criatura, que decirnos: *María de la cual nació Jesus?* Basta penetrar bien estas dos palabras *Madre de Dios*, para que se dé por cumplidamente satisfecho todo el zelo que se puede tener por la gloria de María. ¿Por ventura puede el mismo Dios elevar una pura criatura á mas alta dignidad? Fuera de la union hipostática, ¿hay ni puede haber comunicacion mas íntima con la naturaleza divina, que la divina maternidad? Esta es la basa en que se funda la profundísima veneracion que toda la Iglesia profesó siempre á la santísima Vírgen; la grande distincion que siempre hizo entre esta Señora y todos los demás santos. Es María Madre de Dios; pues no hay que temer ni exceso en sus elogios, ni indiscrecion en su confianza, ni supersticion en el religioso culto que le corresponde. Habiendo destinado Dios á María para el augusto ministerio que pudo caber en las altas ideas de la Sabiduría increada, infirió la Iglesia que necesariamente habia de derramar en ella todos los tesoros de sus gracias, colmarla de todos sus favores, y prevenirla con todos los privilegios que la podrian proporcionar á sostener con dignidad el alto augustísimo carácter de madre de Dios. En esto se funda para juzgar que fué inmaculada y santa en su concepcion; porque pareceria indecencia que la Madre de Dios ni por un solo instante fuese esclava del demonio; que ella sola recibió mas gracias que todos los santos juntos, por haber sido escogida para un fin mas

noble que todos ellos; y que ni en el cielo ni en la tierra hay pura criatura que se acerque á la santidad, al mérito, á la gloria, á la inefable dignidad de Madre de Dios. Por esto mismo, despues de haber descubierto la Iglesia todas las excelencias que se comprenden en este glorioso título; queriendo tributar á la Madre de Dios todo aquel culto que fuese proporcionado á la elevacion de su separada clase; despues de haber agotado las mas nobles, las mas enérgicas, as mas sublimes expresiones para manifestarle todo el respeto de que está altamente penetrada; poco satisfecha de sus elogios, y desesperando de hallar voces que correspondan á su grandeza, exclama con san Agustin: *Quibus te laudibus efferam nescio.* Vírgen santa, perdona la bajeza y la desproporcion de mis palabras, no las encuentro adecuadas para manifestaros la veneracion que os profeso; el número y la excelencia de tus perfecciones me deslumbran y me sorprenden; no encuentro términos bastantemente respetuosos; no se me ofrecen palabras suficientemente magníficas para celebrar tus grandezas, y todo el motivo de mi pasmo, de mi asombro, es considerar que eres Madre de todo un Dios: *Quia quem cœli capere non poterant tuo gremio contulisti.* Pero si la Iglesia encontró en el título de Madre de Dios un objeto tan digno de veneracion que proponer á los fieles, todavía halló en este mismo título otra circunstancia de mayor consuelo para nosotros. En él descubrió aquellos infinitos tesoros de gracias que presenta á sus devotos y á sus hijos; en él descubrió una generosa redentora, por explicarme de esta manera; una medianera todopoderosa; un asilo siempre franco á todos los pecadores; una madre llena de ternura para con todos los hombres; porque todo esto dice el que dice *Madre de Dios.* Sí; seguramente podemos decir con la Iglesia, con los concilios y con los padres, que

ser Madre de Dios es ser en cierto sentido redentora de los hombres, causa de la salvacion del universo; es aprontar aquella sangre que se derramó por nosotros en la cruz; es formar el adorable cuerpo que sirvió de rescate por todo el género humano; es producir de la mas pura porcion de sí misma aquella adorable víctima que ha de aplacar la cólera de un Dios irritado; es arrancarse con violencia del mas amable hijo de los hombres, para verle clavado en una afrentosa cruz por nuestro amor. Despues de unas pruebas tan ilustres de su amor, ¿quién dudará de su poder? quién pondrá límites á su confianza? *Pete, mater mea.* No, Madre mia, no os aprovecheis con reserva de mi poder, le dice su Hijo, con mas razon que Salomon lo dijo á su madre Betsabee. Y esto es lo que encendió tanto la elocuencia de los padres en las alabanzas de la Vírgen. Dichosa el alma que coloca su esperanza en María; dichoso aquel que, lleno de amor y de veneracion al Hijo, desde su niñez aprende á reclamar la proteccion de la Madre; dichoso aquel que, despues de Dios, pone en ella toda su confianza.

*El evangelio es del cap.* 10 *de san Lucas, y el mismo que el dia XV, pág.* 328.

## MEDITACION.

### DE LAS GRANDES GRACIAS Y SINGULARES FAVORES QUE NOS GRANJEA LA VERDADERA DEVOCION Á LA VÍRGEN.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera devocion á la santísima Vírgen es un perenne inagotable manantial de los mayores favores del cielo. Vivimos todos en un país enemigo; ¡qué peligros, qué tentaciones, qué

lazos no se arman en él á la inocencia! No solo es menester vigilancia, sino valor y fuerza para resistir al enemigo de la salvacion. Anímanle nuestras caidas, hácenle formidable nuestras miserias, y las ocasiones tan frecuentes ponen nuestra salvacion en gran peligro. Muchos auxilios son menester para librarnos de él; ¿y quién se podrá prometer la victoria sin una poderosa proteccion? Pero el verdadero devoto de la santísima Virgen tiene un gran recurso. Sirve á una reina que ejerce un poder sin límites sobre todo el infierno; está en servicio de la eroina que quebrantó la cabeza de la serpiente infernal; reconoce por madre á la distribuidora de todas las gracias. Su poder es sin medida, y su bondad es igual á su poder. Torre de David la llama la Iglesia. *Mil escudos están pendientes de esta torre, y de ella cuelgan todas las armas de los mas valientes.* ¿Dónde se puede encontrar mejor defensa ni mayor seguridad? La verdadera devocion á la santísima Vírgen nos asegura todos estos defensivos. Si nos protege la Madre de Dios, ¿qué podemos temer en este lugar de destierro? Si nos defiende la Madre de misericordia, ¿qué accidente ni qué enemigo nos podrá ofender? Y si es tan liberal aun con aquellos que la miran con indiferencia, ¿qué liberalidad no usará con sus fieles siervos y con sus amados favorecidos? Todos los bienes me vinieron, dice san Antonio, por la devocion con la santísima Virgen: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* ¿Tienes la dicha de ser contado en el número de los siervos de María? dice el sabio Idiota: ¿encontraste á María? pues haz cuenta que encontraste en ella todos los bienes: *Inventa Maria virgine, invenitur omne bonum.* No ha perdonado medio alguno el demonio para cerrar á los cristianos estas entrañas de misericordia, para privar á los pecadores de este asilo, inspi-

rando á todos los herejes el infernal intento de sufocar la devocion á la Madre de Dios. No ha habido hereje que no haya procurado desacreditarla, condenarla, y desterrar del corazon de los fieles la confianza en la santísima Vírgen; pero la Iglesia ha redoblado su zelo, su devocion y su culto á medida que la herejía fué multiplicando su malignidad y sus artificios. ¡Qué mayor honra, ni qué mayor dicha, que estar en la gracia de María, que vivir enteramente dedicado á su servicio! Profesaros á vos una singular devocion, ó Vírgen santa, es lo mismo que tener las armas defensivas que pone Dios en las manos de los que quiere salvar. Vos sois asilo y sagrado de todos los que se refugian á él. ¿Qué seria de nosotros si vos nos desamparais? *Si tu nos deserueris, quid de nobis fiet?*

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que la santísima Vírgen no se contenta con defender á sus siervos contra las tentaciones del enemigo, sino que los consuela en sus tristezas, los asiste en sus peligros, los sostiene en sus combates, los alivia en sus trabajos; porque todo esto quiere decir el título de Madre de misericordia; y esto mismo significan tantas devociones, tantas cofradías y tantas congregaciones como están eregidas en honor de la Madre de Dios con diferentes títulos: Nuestra Señora de la Esperanza, de la Victoria, del Refugio, de la Esclavitud, de la Piedad. Cuando la Iglesia aprueba estos títulos, llenos de tanto consuelo, quiere descubrirnos los inmensos tesoros de gracias, y aquel inagotable raudal de bendiciones que se halla en el servicio de la santísima Vírgen. Ciertamente no se reconocen bien los indecibles provechos que trae consigo esta devocion. Conocíanlos los santos, que

no encontraban voces, términos ni expresiones bastantemente significativas para explicar los afectos de su amor, de su veneracion, de su confianza, de su ternura y de su admiracion á la Madre de Dios. Pero entre todos los beneficios que nos facilita esta devocion, debe tener el primer lugar en nuestra estimacion el don de la perseverancia y la gracia de una santa muerte. Es aquel último instante el momento mas crítico y la necesidad mas apurada; y en aquella hora decisiva es donde experimentan su poderosa proteccion los verdaderos devotos de María; no mostrándose nunca mas liberal esta Madre de misericordia con los que la honran, que en aquel punto decisivo de su eterna salvacion. Conociendo la Iglesia cuánta necesidad tenemos de esta soberana y poderosa proteccion en aquella hora, hace mencion particular de ella en sus oraciones. *Nunc et in hora mortis nostræ,* repite muchas veces al dia en la salutacion angélica. *Tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe,* dice en otra parte; tan persuadida está á que nos es absolutamente necesaria la asistencia de la santísima Vírgen en aquel peligroso momento. Pero ¿quiénes se podrán mas racionalmente prometer con mayor seguridad esta poderosa proteccion que los verdaderos devotos de María? ¿podrá olvidar en aquel peligro á los que la honraron y amaron toda la vida? ¿Qué mayor consuelo en la última enfermedad, que morir, siendo verdadero devoto de María? ¿qué sentencia tan favorable no podrá esperar del supremo Juez el que logra la proteccion de su Madre? La confianza bien fundada en la bondad de la santísima Vírgen endulza todas las amarguras de aquel último momento, destierra los temores y serena el corazon. Pocos verdaderos devotos de la santísima Vírgen se hallarán que no mueran con una dulce y piadosa tranquilidad, presagio prudente de su eterna salvacion.

¡Ah Vírgen santa, y qué ansioso deseo tengo yo de amaros, de serviros y de honraros! Dedícome, Señora, enteramente y sin reserva á vuestro santo servicio; y si habeis tenido algun siervo fiel por todos los dias de su vida, ese quiero yo ser mientras me durare la mia.

## JACULATORIAS.

*Eia ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte.*

Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.

*Sentiant omnes tuum juvamen quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.*, Eccl.

Experimenten, Señora, tu poderosa proteccion todos aquellos que te invocan reverentes.

## PROPOSITOS

1. Entre tantos piadosos ardides y devotos ejercicios como la devocion a la Madre de Dios ha inspirado á sus verdaderos siervos, ninguno es mas agradable á esta Señora, ni de mayor utilidad á todos los fieles, que el perpetuo culto de la santísima Virgen, establecido con autoridad de la silla apostólica en las principales ciudades del reino de Francia, y de algun tiempo á esta parte en el hospital de la ciudad de Leon, donde es singularmente reverenciada la santísima Vírgen. El principal fin de aquella piadosa congregacion, a la cual concedió grandes indulgencias el papa Clemente XI, es rendir á la Reina del cielo y de la tierra un culto público y perpetuo, y esto por dos motivos, ambos muy propios para excitar la cristiana piedad. El primero es de amor y de reconocimiento, el cual nos empeña en amar, alabar y reverenciar incesantemente a la mas pura de todas las

criaturas, que nunca cesa de amarnos ni de hacernos bien por su poderosa intercesion, la que continuamente emplea en beneficio nuestro con su querido Hijo y nuestro Salvador. El segundo motivo es de zelo, el que todos los verdaderos fieles deben tener por los intereses de la Madre de Dios, nuestra madre comun. Y así como en todos tiempos hubo enemigos declarados de María que intentaron desacreditar el religioso culto que se le debe, y arrebatarle por este medio una parte de su gloria, así tambien parece justo solicitarle y procurarle por esta fundacion multitud de fieles siervos, que, en todos tiempos y sin interrupcion, la honren, reparando, en cuanto fuere posible, los ultrajes que en todos los siglos ha recibido de los herejes. Esta preciosa idea de una devocion tan justa, de tanto provecho y tan conforme á los intentos de Dios, debe cautivar un corazon inclinado á la piedad y sensible al reconocimiento. ¿Qué cosa mas justa, que la mas perfecta, la mas santa, la mas excelente, la mas elevada en dignidad y la mas amable de todas las puras criaturas, reciba continuos cultos de aquellos que creen su santidad, su eminente cualidad de Madre de Dios, y se quieren aprovechar de su valimiento? ¿de aquellos, en fin, que, reconociéndola por su reina, por su madre, por su abogada y por su refugio, confian con razon en su poder y en su bondad? Ciertamente, si María ama á los que la aman: *Ego diligentes me diligo*; si se interesa particularmente en favor de aquellos que la honran y la sirven, ¿qué gracias no conseguirá para sus piadosos y fieles congregantes, que no perdonan medio alguno para solicitarle tan grande honor? ¿qué bendiciones del cielo no alcanzará para los pueblos donde se erige tan religiosa congregacion? Haz cuanto puedas para alistarte en ella. Emplea tu autoridad y tu zelo en hacer que se funde donde no

estuviere fundada; y procura tener un librito titulado: *Instruccion para los congregantes del culto perpetuo de la santísima Vírgen*, impreso en Leon, en la oficina de los hermanos Bruyset, calle de Merciere; reza con frecuencia la oracion siguiente, en que se contiene el culto que se debe á esta Señora.

2. « O santísima vírgen María, madre de Dios, reina del cielo y de la tierra, soberana de los ángeles y de los hombres, yo creo con profundo rendimiento de corazon y de juicio todo lo que la fe cristiana me enseña de vos; y en particular creo firmemente que sois real y verdaderamente Madre de Dios. Confieso que por esta divina maternidad mereceis un culto particular debido á sola vos. Confieso que solo Dios es superior á vos, y que todo lo que no es Dios está sujeto á vuestro imperio. Reconozco que todos los ángeles, todos los santos y todos los hombres son vuestros vasallos y vuestros siervos; que mereceis toda su veneracion, todo su rendimiento, todos sus servicios, todas sus alabanzas, todo su zelo y todos sus respetos. Confieso que, cuando el Criador del universo se hizo hijo vuestro, os elevó á una gloria incomprensible á todo entendimiento criado; y así como ninguna pura criatura puede comprender vuestra dignidad, así tampoco ninguna es capaz de rendiros un culto digno de vos. ¿Pues qué podré hacer yo pobre y miserable pecador para honraros? Con todo eso, puesto que no os desdeñais de mis obsequios, ó soberana Reina del mundo, cuya bondad y cuya misericordia son iguales á vuestro poder y á vuestra dignidad, recibid de mí la veneracion que os es debida. Postrado pues, á los piés de vuestro trono, ó Madre de misericordia, madre de mi Redentor, que reinais sobre los serafines, ante cuya majestad es sombra la majestad de todos los reyes, os tributo el mas sincero, el mas humilde, el mas profundo honor que me es posible, despues

del que rindo á mi Dios. Reconózcoos por mi soberana Señora, en quien, despues de Dios, coloco toda mi confianza; téngome por dichoso en conoceros, en perteneceros y en serviros. Pero porque mi pequeñez no me permite ofreceros cosa alguna que sea digna de vos, uno mis cultos con los de los serafines, y con todos los honores que recibisteis del mismo Jesucristo, hijo vuestro. Conságrome á vos para siempre, ó augusta inmaculada Vírgen; recibidme en el número de vuestros esclavos, y dignaos hacer que yo cumpla perfectamente con las obligaciones que vuestra sublime cualidad de Madre de Dios me impone de respeto, de obediencia, de amor, de zelo y de ardiente deseo de consumirme por la gloria de vuestro Hijo y por la vuestra. Hago un firme propósito, ó divina Madre, de renovar incesantemente á vuestros sagrados piés el homenaje que en este dia os rindo. Dichoso yo si con mi ejemplo y con mi zelo pudiere contribuir á perpetuar vuestro culto, segun el fin que me he propuesto, dedicándome á vuestro servicio en esta devota congregacion. Así sea. »

---

# DIA VEINTE Y TRES.

## LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Cuando la Iglesia destina todos los meses un dia á la conmemoracion de los fieles difuntos, no solo tiene presente la caridad con los muertos, sino tambien el provecho de los vivos; persuadida esta comun Madre de que el pensamiento de la muerte es tan saludable para los unos, como las oraciones que ofrece son provechosas para los otros : *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis*. Piensa con

frecuencia en la muerte, y no te atreverás á pecar. Piensa en la muerte, y no te dejarás infatuar de tu propia estimacion: no serás tan vivo en defender tus derechos; no serás tan zeloso de tu autoridad; no serás tan áspero en tu trato, tan delicado en tus intereses, tan arrebatado en tus vivezas, tan duro con los otros, tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Piensa en la muerte, y verás como tienes afabilidad, mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia. No hay pasion que no se temple con este saludable pensamiento. El pensamiento de la muerte es el contraveneno de todas las pasiones; y acaso por eso se huye de pensar en la muerte, y se tiene tanto horror á este pensamiento. Se aman las pasiones, se fomentan, se las lisonjea, y se aborrece todo lo que las puede turbar ó enflaquecer.

Pero si el pensamiento de la muerte conturba, atemoriza y aturde, ¿qué será la muerte misma? ¿quién duda que ha de morir? ¿y quién está seguro de que ha de morir bien? una buena muerte ¿es obra tan fácil ó tan indiferente, es de tan corta consecuencia, que no merece el que se piense en ella? Depende de la muerte una suerte feliz ó desdichada por toda la eternidad; son pocos los que mueren santamente, ¿y cómo es posible que se muera santamente si no se piensa en la muerte? Pues á la verdad son muy pocos los que procuran asegurarla buena por el ejercicio de una santa vida. El último momento es el mas crítico de todos, porque decide de nuestra eterna suerte. De una santa muerte, ó de una muerte en pecado, depende una eternidad dichosa ó desventurada. Este momento es violento, es apretado, todo se puede temer en él. El espíritu sin fuerzas, la conciencia cargada de pecados, el alma toda espantada; y si en algun tiempo el enemigo de nuestra salvacion pone

en movimiento todos sus enredos, todas sus violencias, todos sus artificios, es en aquel último trance. Gran consuelo es en aquella hora haber tenido una santa vida; pero si los mayores santos temblaron al acercarse la muerte, ¿quién podrá asegurar en ella á los imperfectos y á los pecadores? Ninguna otra cosa sino la confianza bien fundada en la Madre de Dios. En la hora de la muerte es cuando propiamente se conoce y se experimenta la dicha de los verdaderos devotos de la santísima Vírgen; en aquella ocasion tan peligrosa para la salvacion se hace sentir su poder en favor de los que la sirvieron con fidelidad; en ella es, por decirlo así, su abrigo y su refugio. Es cierto que la sangre del Salvador nos ha de salvar; pero este Salvador es en aquella hora un juez severo que aterra; dichoso aquel, dice san Bernardo, quē encuentra entonces en María una abogada que interceda, una medianera que asegure, una protectora que desvanezca todos los esfuerzos del enemigo de nuestra salvacion. Con mucha razon se le aplica lo que el Espíritu Santo dijo de la Sabiduría (*Sap.* 10): *In fraude circumvenientium illum affuit illi.* Ella le ayuda contra los que pretendian sorprenderle en aquel último momento (*Serm. de Nativ.*). *Non ita timent hostes visibiles aciem ordinatam*, dice san Ambrosio, *sicut dæmones Dei Matrem.* No temen tanto los enemigos visibles á un ejército puesto en órden de batalla, como los demonios temen á la Madre de Dios. *Sicut fluit cera à facie ignis* (*Hom.* 1 *sup. Missus est*), dice san Bernardo, *sic dæmones ad invocationem nominis Mariæ.* Así como la cera aplicada al fuego se derrite y desaparece en un instante, así desaparecen los demonios cuando se invoca el santo nombre de María. Defiéndeme, Vírgen santa, exclama san Efren, y ten misericordia de este pobre pecador; sobre todo en aquel momento en que he de comparecer

delante de mi Dios y de mi supremo Juez, á quien tantas veces he ofendido : *Sub alis tuis custodi, et protege me; miserere mei, qui sceleribus plurimis creatorem Deum meum et judicem offendi.* No permitas que mi formidable enemigo, el demonio, me encuentre destituido de tu amparo, particularmente en aquella última hora : *à tui spe destitui cognoscat;* despues de Dios, ó Vírgen santa, en ti tengo puesta toda mi confianza : *non mihi alia fiducia, Virgo sancta.* Tú eres el único puerto adonde me puedo abrigar durante la tormenta : *Tu enim meus portus;* y de tí espero me venga todo el socorro que he menester en el tiempo de la agonía : *præsens auxiliatrix.* Si alguna cosa me da seguridad, es el considerarme al abrigo de tu soberana proteccion : *sub tutela et protectione tua tutus sum.*

Háceme temblar, dice Ricardo de San Víctor, la consideracion de los terribles juicios de Dios; solo me consuela pensar que, cuando parezca delante de mi Dios para ser juzgado, si está en mi favor la Madre de misericordia, si se digna ponerse de mi parte, no puedo dudar que el Juez me sea favorable *(Part. 2, cap. Cant.). Si accedam ad judicium, et Matrem misericordiæ mecum habuero in causa mea, quis judicem denegabit propitium?* Si alguna vez se interesa por sus siervos esta Madre de misericordia, nunca la excita mas que en aquel crítico y decisivo momento.

Cuando los marineros se ven combatidos de una furiosa y deshecha borrasca, dice san Ambrosio, ninguna cosa los consuela y los alegra mas que descubrir la estrella del mar; esto es, la estrella polar. Pero mayor consuelo, gozo mas dulce y mas exquisito sienten los que, hallándose en la agonía, descubren, durante aquel formidable combate con las potestades del infierno, aquella brillante estrella del mar, la santísima Vírgen, como la apellida la Iglesia cuando la

saluda como Madre de Dios : *Tam gratum erit nobis in ultima agonis lucta, multis dæmonum tentationibus et vehementissimis doloribus agitatis, ubi viderimus præclaram hanc maris stellam, quam Ecclesia salutat : Ave maris stella, Dei Mater alma.* Sí, dice san Bernardo, María es aquella hermosísima estrella que preside en este borrascoso mar en que todos navegamos embarcados : *Ipsa est præclara et eximia stella super hoc mare magnum meritò sublevata.* Como la observes y la sigas, nunca perderás el rumbo : *Quam sequens, non devias.* Si recurres á ella y la suplicas, no tienes que desesperar : *Ipsam rogans, non desperas.* Nunca la pierdas de vista, y jamás errarás el camino : *Ipsam cogitans, non erras.* Mientras estuvieres debajo de su proteccion, no tienes que temer en aquella última hora : *Ipsa protegente, non metuis.* Está seguro de que, como ella te sea favorable, arribarás dichosamente al puerto de salvacion : *Ipsa propitia, pervenies.* Cuando vuelvo los ojos de la consideracion á vos, ó Vírgen santa, prosigue el mismo Padre, no descubro mas que bondad y misericordia : *Cùm te aspicio, nihil nisi misericordiam cerno.* Fuisteis Madre de Dios, principalmente por los pecadores; y así la misericordia es hija de vuestras entrañas : *Nam pro miseris Mater Dei facta es; misericordiam insuper genuisti.*

Nunca nos es mas necesaria en todas las necesidades de la vida la proteccion especial de la santísima Vírgen, que en aquel momento crítico, en aquel último momento, en que el infierno pone en movimiento todos sus artificios, y en que hace sus mayores esfuerzos para espantarnos, para tentarnos, para enredar y confundir á una pobre alma, induciéndola á desesperacion. ¿Qué aliento no infunde en aquella ocasion la benevolencia, el favor y el auxilio de aquella Señora, cuyo valimiento es tan poderoso con su soberano Hijo, nuestro Salvador, nuestro supremo Juez

y nuestro Dios, y cuyo solo nombre ahuyenta y disipa todo el poder de las tinieblas? Pero este poder, este valimiento, ¿en favor de quienes le explicará esta Madre de misericordia, sino de aquellos que la honraron, que la amaron, la sirvieron todo el tiempo de su vida? Dichosos mil veces los devotos de María, exclama san Bernardo, que en aquel terrible riesgo, en aquella furiosa tempestad encontrarán puerto seguro y abrigo impenetrable á todas las máquinas y á toda la malignidad del enemigo. Dichoso aquel que en la terrible y estrecha cuenta que ha de dar al supremo Juez tiene por abogada á la Madre de Dios en aquel tremendo tribunal. Dediquémonos, pues, toda la vida al servicio de tan soberana Reina, grita el venerable Beda, considerando las inestimables ventajas que se logran mereciendo su benevolencia en aquel último momento; dediquémonos al servicio de una emperatriz, que nunca abandona en tan apretada necesidad á los que se ponen debajo de su proteccion *(Hom. de Sanct. Mar.)*: *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non derelinquit sperantes in se.* Porque cuando el que clama no merezca ser oido por sus méritos, dice san Anselmo, lo merecerá por los de la Madre de Dios, que clama por él *(De Concept. B. V.)*: *Si merita invocantis non merentur ut exaudiantur, merita tamen Matris intercedunt ut exaudiuntur.* Sobre todo, solicitemos la gracia final, y solicitémosla por María, dice san Bernardo, porque siempre halla lo que busca, y nunca deja de conseguir lo que pide *(Serm. de Nativit.)*: *Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus; quia quod quærit, invenit, et frustrari non potest.* Aunque seas grande pecador, puedes acercarte á Dios con toda confianza, prosigue el mismo santo, como tengas en tu favor á la Madre que se presenta á su Hijo, y á este Hijo que se presenta á su Padre. La Madre muestra á su Hijo los pechos que le dieron le-

che; el Hijo muestra á su Padre sus llagas y su costado abierto; y no es posible que niegue Dios una gracia que se le pide con tantas demostraciones de amor: *Securum accessum habes apud Deum, ó homo, ubi Mater stat ante Filium, Filius ante Patrem, Mater ostendit Filio pectus et ubera, Filius ostendit Patri latus et vulnera. Ibi ergo nulla poterit esse repulsa, ubi tot sunt amoris insignia.* Es error creer que la santísima Vírgen haya sacado nunca del infierno á ningun con denado: *In inferno nulla est redemptio.* Pero es mucha verdad que ha estorbado que muchos devotos suyos fuesen precipitados en aquellas llamas, alcanzándoles de su Hijo tiempo y auxilios para convertirse, y disponiéndolos para el último momento, de manera que consiguiesen la gracia de la final perseverancia. Tampoco se duda que la santísima Vírgen ha tenido algunas veces las almas impenitentes en cuerpos desangrados y acribillados de heridas, para darles tiempo de reconciliarse con Dios; de lo que se refiere en la historia eclesiástica mas de un ejemplo. Es tambien de un gran consuelo que no hay cosa mas eficaz para abreviar las penas del purgatorio, que la proteccion singular de la Madre de Dios. Por eso, dijo san German, que la proteccion de esta Señora es superior á todo lo que podemos concebir; no siendo posible comprender hasta dónde llega su fuerza y su extension: *Patrocinium Virginis majus est, quàm ut possit intelligentia apprehendi.* Una Madre de misericordia, una Madre tan tierna y tan compasiva con sus hijos, no es posible que á sangre fria los esté viendo arder en las voraces llamas del purgatorio. Ni son menester milagros para aliviarlas; medios tiene la santísima Vírgen para aliviar á aquellas almas afligidas, mas naturales y mas conformes al órden regular de la divina Providencia. En sus manos tiene todas las gracias y todas las misericordias del Señor,

dice el bienaventurado Pedro Damiano: *In manibus ejus sunt omnes miserationes Domini.* Ya sabrá disponer que aquel fiel siervo suyo, dedicado toda la vida á su servicio, cuyas cristianas costumbres, cuya arreglada vida acreditó tanto su devocion, haga en la hora de la muerte un acto de amor de Dios tan encendido, tenga tan perfecta contricion, que Dios por su misericordia le remita la mayor parte de las penas, perdonándole la mayor parte de sus deudas, ó disponiendo que se apliquen los tesoros de la Iglesia, como tambien el infinito valor del sacrificio de la misa y los sufragios de los fieles. En el capítulo 13 del libro 4 de las Revelaciones de santa Brígida se leen estas palabras llenas de consuelo que la santísima Vírgen dijo á aquella gran santa: *Yo soy Madre de Dios, y Madre de todos los que están en el purgatorio. No se pasa hora alguna en que el rigor de las penas no se mitigue por mi intercesion.* ¿Pues qué parte no tendrán en estos insignes favores todos aquellos que fueron verdaderos devotos de la Madre de Dios durante su vida?

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de san Bartolomé, apóstol.

En Todi, san Felipe Beniti de Florencia, confesor, varon muy humilde, que contribuyó á propagar el órden de los Servitas. Fué puesto en el número de los santos por el papa Clemente X.

En Antioquía, san Restituto, san Donato, san Valeriano, santa Fructuosa y otros doce mártires, cuya confesion de fe tuvo un brillantísimo triunfo.

En Ostia, san Quiriacio, obispo; Máximo, presbítero; Arquelao, diácono, y sus compañeros, mártires, que padecieron bajo el prefecto Ulpiano por los tiempos de Alejandro.

En Egeo en Cilicia, san Claudio, san Astero y san

Neon, hermanos, mártires, quienes, acusados por su madrastra de ser cristianos, despues de haber padecido crueles tormentos bajo el emperador Diocleciano y el presidente Lisias, fueron crucificados, y subieron triunfantes á incorporarse con Jesucristo. Tras ellos, fueron tambien martirizadas santa Domnina y santa Teonila.

En Reims, la fiesta de san Timoteo y san Apolinar, quienes, martirizados allí al mismo tiempo, subieron juntos á la morada celestial.

En Leon de Francia, san Minerfo y san Eleázaro con sus ocho hijos; y tambien san Lupo, mártir, que, habiendo pasado, de la condicion de esclavo, á la libertad de Jesucristo, fué además adornado con la corona del martirio.

En Jerusalen, san Zaqueo, obispo cuarto de aquella iglesia, despues de Santiago, apóstol.

En Alejandría, san Teonas, obispo y confesor.

En Utica en Africa, san Víctor, obispo.

En Autun, san Flaviano, obispo.

En Clermont en Auvernia, san Sidonio, obispo, ilustre por su doctrina y santidad.

En Ruan, san Flieu, obispo.

En Uzez, san Veredemo, solitario.

En Metz, san Spero, obispo.

En Saint-Seine en Borgoña, san Altigiano y san Hilarino, monjes, martirizados por los Sarracenos.

En Singidone en Misia, los santos mártires Hermógenes y Fortunato, cuyos cuerpos se veneran en Aquileya.

En Verona, san Moderato, obispo, honrado con culto anual en aquella ciudad, en la iglesia de San Estéban, donde se ve junto á la pila el lugar donde fué enterrado.

En Etiopia, san Moisés, obispo de Ferma.

*La misa es de los difuntos, y la oracion la que sigue:*

Fidelium, Deus, omnium conditor et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis et regnas...

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre esperaron de tí. Que vives y reinas.....

*La epístola es del capít. 14 del Apocalipsis*

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« San Dionisio Alejandrino dice que el libro del Apocalipsis no es menos admirable, que oscuro. No hay palabra que en su oscuridad no encierre un gran misterio; pues hay tantos como palabras, dice san Jerónimo, y tanto mas las venero, añade san Dionisio, cuanto menos las comprendo. »

## REFLEXIONES.

*Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.* Esta es la que se llama muerte preciosa: cualquiera otra es despreciable y vil; solo la de los santos es respetable y estimable. Muera uno ilustrado con una

gloriosa serie de victorias, con una continuada cadena de prosperidades, con una prodigiosa multitud de heróicas acciones y de magníficos elogios; si no muere con la muerte de los santos, solo será grande en el papel y en la historia; toda su dicha es imaginaria y quimérica. No hay otra muerte feliz sino la muerte de los santos; pero es menester pensar muchas veces en la muerte si se quiere morir santamente. Se puede decir que el pensamiento de la muerte hace de algun modo en las pasiones el mismo efecto, que la muerte misma: *In illa die,* dice el Profeta, *peribunt omnes cogitationes eorum.* Desvanécense en aquel último momento todos los proyectos de la ambicion, todas las vastas ideas, todas las lisonjeras esperanzas, *peribunt.* Aquel plan de fortuna trazado con tanta prudencia y con tanto acierto; aquellas medidas tomadas con tanta comprension y con tanto pulso; aquellas empresas ideadas con tanto corazon y con tanto talento, *in illa die peribunt;* todo eso perecerá, se desvanecerá, desaparecerá en aquel terrible dia; todo lo que embelesa, todo lo que lisonjea, todo lo que engaña, se marchita, se apaga en el último momento. Pues, poco mas ó menos, lo mismo hace, durante la vida, el pensamiento de la muerte. Toda pasion halaga, embelesa, encanta, prometiendo nueva felicidad y nuevo gusto. Viene la muerte, y despojóla de todo su atractivo. No esperan los lazos en aquel dia á que otros los desaten, ellos se hacen pedazos por sí mismos. Entonces todo disgusta, todo enfada; la idea de aquella quimérica felicidad en que se estaban saboreando las pasiones, se convierte entonces en indignacion contra la propia locura. Bien se puede decir que en aquel dia perecen á un mismo tiempo las pasiones y los pensamientos: *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum.* A la verdad, ¿con qué ojos se mira á la hora de la muerte todo aquello que fomentó la concupiscencia, todo lo

que fué objeto de la ambicion, y todo lo que sirvió de materia á las pasiones humanas? Aquel empleo elevado que tanto costó, luego pierde todo su valor y todo su mérito en mirándole, por decirlo así, á dos dedos de la sepultura. Esa magnificencia, ese fausto, esa suntuosidad, ese esplendor que tanto deslumbra en vida, perdió entonces toda su brillantez. Hasta los resplandores de la majestad real se oscurecen con las sombras de la muerte. Grande ejemplo nos ha dado de esta verdad el siglo presente. Aquel monarca tan celebrado en el mundo por el dilatado reinado de setenta y dos años, Luis XIV, digo, soberano en quien por los años se contaron las victorias; aquel monarca que fué la admiracion de todas las naciones, el terror de sus enemigos, idea real de la mayor grandeza y la mas brillante imágen de la humana felicidad, muere como mueren todos los demás hombres; y en aquel último momento de la vida, grandeza, poder, majestad, resplandor, todo desaparece, todo se apaga de repente. ¡Oh, buen Dios, y qué de falsas brillanteces se descubren en aquella hora! ¡Oh, qué bello punto de vista el de la muerte para representar muchos objetos, y para hacer patentes muchos misterios! En la vida, por engaño de las pasiones, se nos representan todas las cosas á una falsa luz; pero en la muerte todo se nos pone delante como es en sí sin engaño y sin artificio. Entonces se descubre distintamente el verdadero motivo de aquellos amargos zelos, la legitima causa de aquella maligna envidia, el objeto de aquella desmedida ambicion; pero ¿con qué cara se nos descubre? ¿qué se piensa entonces de esa sórdida codicia, cuando de todas las posesiones adquiridas, de todos los tesoros amontonados, no resta mas que una sepultura, un ataud y una mortaja? ¡Oh, y qué santamente se moriria si se muriera dos veces!

*El evangelio es del capítulo 6 de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus turbis judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los judíos : Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente ; y el pan que yo daré, es mi carne,(la que daré), por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo : que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

## MEDITACION.

### DEL VERDADERO SECRETO PARA LOGRAR UNA SANTA MUERTE.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero secreto para lograr una santa muerte, es tener una santa vida. Vanamente se lisonjea el hombre, confiando en los socorros espirituales que logrará en una larga enfermedad. Fuera de la incertidumbre del tiempo, de la incompetencia del estado y de la incompatibilidad de las circunstancias, es cierto que esas conversiones preci-

pitadas, superficiales, y por la mayor parte forzadas, rarísima vez fueron verdaderas. Es menester que haya algun intérvalo entre la conversion, entre la penitencia y la muerte. Aun habiendo vivido con un exacto arreglo de costumbres, con una vida inocente y ajustada, todavía se temen, y con razon, los altos juicios de Dios; ¿pues cómo podrá asegurar á un moribundo una conversion de dos dias, despues de una vida desbaratada y perdida? Para una fundada confianza es menester un motivo mas sólido y mas plausible. Dios es misericordioso, es verdad; pero en esa misma infinita misericordia confiaban los mayores santos, y con todo eso, temblaban. Convengamos, pues, en que solo una vida pura, una vida penitente, una vida empleada en ejercicios de mortificacion y en la práctica de las virtudes cristianas, una vida conforme á la ley y á las máximas del Evangelio, puede fundar una verdadera confianza. Confesemos que una santa vida es el verdadero secreto de lograr una santa muerte. Y de buena fe, ¿cómo es verosímil que, despues de haber pasado los dias de la vida en una continua desobediencia, y aun en un menosprecio formal de los mas sagrados preceptos, de la mas clara voluntad de Dios tan expresa en el Evangelio; despues de haber preferido siempre las impías máximas del mundo a las santas máximas de Jesucristo; despues de haber sido cristiano de solo nombre, sin tener mas que una aparente ceremonia y sobrescrito de religion; despues de haber menospreciado á sangre fria y con reflexion las gracias mas fuertes, las inspiraciones mas vivas, las exhortaciones mas apretadas, los ejemplos mas convincentes y todos los medios de conversion mas eficaces; una última enfermedad, que debilita la razon, que nos hace incapaces de atender al mas mínimo negocio, que nos obliga á romper los lazos mas fuertes y mas estrechos sea ni tiempo, ni estado, ni

medio proporcionado para reparar todos los desórdenes y todo el desbarato de una vida que pediria treinta años de retiro, de lágrimas y de penitencia? ¿No es desacreditar nuestra religion, y en cierta manera insultar á Jesucristo, imaginar, y mucno menos creer, que seguramente se puede contar sobre esa especie de ceremonia ó de monería? Aquella mujer perdida, aquel hombre disoluto, aquel eclesiástico mundano, aquel religioso tan irregular, tan indevoto y tan inmortificado, ¿habrán hallado por ventura el secreto de eludir todos los oráculos de Jesucristo, sus leyes, sus consejos y sus amenazas? Forma el sistema que quisiéres; figúrate la moral que se te antojare; finge la doctrina que te lisonjeare mas; pero desengáñate, que el verdadero, el único secreto de lograr una muerte cristiana, es vivir cristianamente. Bien puede Dios hacer milagros: mas ¡oh, y qué digno de compasion es aquel que solo fia á un milagro su salvacion! Por Dios, no hagas inútiles estas reflexiones.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que tambien hay otro secreto para lograr una santa muerte, muy reconocido de todos los santos padres; este es la verdadera devocion á la santísima Virgen. Pero no creas que por verdadera devocion se entiende una sarta ó una multitud de oraciones vocales, rezadas en honor y reverencia de la Madre de Dios; un nombre escrito en los libros de una congregacion ó cofradía de la Virgen; una costumbre en ciertos ejercicios de mortificacion y de piedad, que, aunque muy santos, no bastan, si no estan animados de la gracia y del espíritu cristiano; todas esas devociones muertas, y por decirlo así, descarnadas no merecen el nombre de verdadera devocion. Por

esta se entiende un deseo ardiente de honrar, servir y agradar á la Madre de Dios; se entiende un porte cristiano, que pruebe la rectitud, la pureza y la santidad de las disposiciones interiores; se entienden unos ejercicios de devocion, que sean efecto de un corazon abrasado en el amor de Dios y en ternura á la santísima Vírgen. No puede la Madre mirar con buenos ojos á los que son desagradables á su santísimo Hijo. Es, pues, visible que semejante devocion es un secreto admirable para lograr una santa muerte, porque es orígen de una santa vida. ¿Qué auxilios, qué gracias, qué utilidades no granjea á los devotos de la Madre de Dios en aquel último momento decisivo de la eternidad? Es la santísima Vírgen la que distribuye las gracias de su Hijo; y nunca hay mayor necesidad de ellas que en aquella última hora. ¿Cómo las ha de negar esta Madre de bondad á sus hijos, á sus devotos y á sus fidelísimos siervos? Cuando su piedad asiste aun á aquellos mismos que le profesaron menos devocion y confianza, ¿olvidará á los que la honraron, sirvieron y amaron tiernamente durante su vida? Y si los asiste y los protege de un modo tan tierno y tan activo, ¿qué gracias no recibirán ya contra los esfuerzos del demonio, ya contra los naturales temores de la muerte, las angustias y dolores de la última enfermedad? ¡Mi Dios! ¿dónde hay motivo de confianza mas bien fundado? ¿dónde hay esperanza mas llena de consuelo? ¿cuántas veces repetimos con toda la Iglesia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte?* ¿podemos temer que esta Señora se olvide, ni que se haga sorda á una oracion tan repetida? Confesemos, pues, que la verdadera devocion á la santísima Vírgen es un secreto infalible para lograr una buena muerte.

Dignaos, ó Madre de mi Dios y amada Madre mia,

dignaos de oir favorablemente mis humildes ruegos. Espero que la sincera, la tierna devocion que os profesaré toda la vida, me asegure la gracia de una dichosa muerte.

## JACULATORIAS.

*Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostræ. Amen.* Ecclesia.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

*Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.* Ecclesia.

María. Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y recíbenos en la hora de la muerte.

## PROPOSITOS.

1. Siendo una santa vida el verdadero secreto de lograr una santa muerte, no busques otro inútilmente. Refiere á este fin todas tus acciones, todos tus proyectos y todos tus deseos. En cuanto emprendieres, y en cuanto hicieres, ten siempre á la vista este pensamiento tan necesario : *Y esto ¿me servirá para morir bien?* No solo has de hacer todos los ejercicios cristianos con esta mira, sino que aun todas las funciones de la vida civil las debes ejecutar con el mismo espíritu, y dirigirlas al mismo respecto. Las aflicciones y las adversidades pierden la mitad de su amargura cuando se piensa que los trabajos nos pueden servir para desprendernos del amor a la vida, y para disponernos á una santa muerte. Las prosperidades embriagan, ó cuando menos aturden, y muchas veces trastornan la cabeza. Entonces trae á la memoria el pensamiento de la muerte, que este es el contraveneno mas eficaz.

2. Una de las cosas que mas nos interesa en la devocion á la santísima Virgen, es el conseguirnos una buena muerte. Este es otro poderoso motivo para tan santa devocion; sea la tuya desde hoy mas afectuosa y mas ardiente. De aquí adelante, cuando rezes la salutacion angélica, haz particular reflexion á aquellas palabras: *Nunc, et in hora mortis nostræ*; ahora y en la hora de nuestra muerte. Familiarízate toda la vida con las dos devotas jaculatorias que acabas de leer al fin de esta meditacion; y pide á la Madre de Dios su proteccion particular para la hora de la muerte.

---

# DIA VEINTE Y CUATRO.

## SAN BARTOLOMÉ, APÓSTOL.

San Bartolomé, á quien el Evangelio cuenta siempre el sexto en el número de los doce apóstoles, fué galileo, de condicion tan humilde como todos ellos, siendo de oficio pescador; pero eran muy puras sus costumbres. Fué hijo de Tolmai, como lo da á entender su propio nombre; porque *Bar* en hebreo significa lo mismo que hijo. Creyeron algunos que san Bartolomé fué aquel Natanael que san Felipe llevó á la presencia del Salvador, de quien el mismo Señor hizo aquel bello elogio cuando dijo: *Veis ahí un verdadero israelita, en quien no hay dolo ni artificio*. Pero san Agustin impugna esta opinion, asegurando que Jesucristo no escogió á Natanael para apóstol suyo, precisamente porque era doctor de la ley; y no queria valerse para el ministerio evangélico de letrados ni de sabios, sino de hombres idiotas y groseros, á fin de que resplan-



S. BARTOLOMÉ, APÓSTOL.

deciese visiblemente su omnipotencia en una obra tan grande, en la cual no habia de tener parte alguna la humana sabiduría.

Fué este santo apóstol uno de los que mas mostraron su generosidad y su fervor en seguir á Jesucristo. Luego que fué llamado al apostolado, todo lo dejó, y nunca pensó volver á tomar lo que una vez habia dejado. Algunos otros apóstoles, despues de su vocacion, volvieron al ejercicio de pescar; pero san Bartolomé no se apartó de su divino Maestro, siendo uno de los mas ansiosos por acompañarle á todas partes, de los mas embelesados con sus conversaciones, de los mas atentos á sus discursos, y de los mas adictos á su divina persona. Hacia fiel compañía á Jesucristo, y fué el mas contínuo testigo de sus milagros. Hallóse presente en Cafarnaum cuando el Salvador sanó al criado del Centurion; en Naim, cuando resucitó al hijo de la viuda; y fué testigo de la milagrosa curacion de aquel hombre poseido del demonio, que, dueño de su cuerpo, le tenia privado del uso de la lengua y de la vista. Asistió tambien con su Maestro en las bodas de Caná, donde fué testigo del milagro que hizo, convirtiendo el agua en vino; y tambien concurrió en el convite de Simon el fariseo, cuando se convirtió aquella famosa pecadora María Magdalena. En fin, pocos milagros hizo el Salvador en el espacio de su vida de que no hubiese sido testigo san Bartolomé.

Habia mucho tiempo que el Señor, acompañado de sus apóstoles, iba de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo predicando sin cesar en las sinagogas, no perdiendo ocasion de anunciar á los judíos el reino de Dios, y confirmando siempre su doctrina con la milagrosa curacion de los enfermos, cuando determinó señalar su mision á los apóstoles que hasta entonces se habian contentado solo con seguirle; y para

excitar en ellos el zelo de la salvacion de las almas, virtud tan necesaria en los obreros evangélicos, viendo un dia la multitud de gente que le cercaba, se mostró muy condolido de que pereciesen tantas almas por falta de predicadores y maestros, andando como ovejas sin pastor, errantes y esparramadas por aquí y por allí, expuestas á mil peligros, consumidas de enfermedades, y totalmente desamparadas. Penetrado su corazon de un compasivo dolor, y todo enternecido, vuelto á sus apóstoles, les dijo : *La miés es grande, y no hay quien la recoja; rogad al Señor de la miés que envie obreros á ella.* Y entonces declaró á sus apóstoles, como los tenia escogidos á ellos para que recogiesen esta cosecha; y despues de comunicarles todos aquellos dones que mas podian contribuir á autorizar su mision, esto es, un poder absoluto sobre los demonios y sobre las enfermedades mas incurables, para lanzar los primeros, y sanar de las segundas sin auxilio de remedio ó medicina natural, los envió de dos en dos, para que se ayudasen uno á otro, poniendo siempre á san Pedro á la frente de todos como el principal y la cabeza de aquella escogida tropa. Fué nombrado san Bartolomé por compañero de san Felipe, y se mostró uno de los mas zelosos de la salvacion de las almas. En todas partes predicaban las máximas evangélicas, exhortaban á la penitencia, daban salud á los enfermos, y lanzaban los demonios de los cuerpos. En fin, volvieron despues gloriosos, habiendo lanzado los demonios, y curado las enfermedades mas incurables.

Preso el Salvador del mundo por los judíos, fué general la consternacion en todos los apóstoles. Aunque ya estaban muy prevenidos por todo lo que habian oido al Hijo de Dios acerca de su pasion, con todo eso, se llenaron de tristeza, de espanto y de pavor. Sobrecogió tanto el dolor á san Bartolomé viendo á

su divino Maestro tan maltratado, que se estuvo encerrado todos los tres dias de la pasion en la casa donde se habian hospedado en Jerusalen derramando contínuas lágrimas. Enjugáronsele con la Resurreccion del Salvador; hasta la Ascension estuvo con los demas en la escuela de Jesucristo; y desde la Ascension hasta el dia de Pentecostés, retirado en el cenáculo. En aquel dia, que fué el quincuagésimo despues de la Resurreccion, en aquella solemnisima fiesta, llamada *Pentecostés*, el Espíritu Santo, cuya inmensidad llena todo el universo, sin dejar el cielo, vino á la tierra, santificada ya con los trabajos del Salvador haciéndole sensible su particular presencia por la admirable profusion de sus dones y por una comunicacion mas admirable de su persona, de que se sintieron llenos todos los apóstoles y todos los discipulos. Con efecto, se hallaron todos abrasados en aquel divino fuego, iluminados con sobrenaturales luces, y recibieron desde entonces el milagroso don de lenguas. En el repartimiento que hicieron entre sí de todas las regiones del universo, tocó á nuestro santo apóstol la mision de la Licaonia, de Albania, de las Indias orientales y de la Armenia. Llevó á ellas el Evangelio en hebreo, que ya habia escrito san Mateo. Extendió las luces de la fe en todas las provincias por donde pasaba, y no fué el menor de sus milagros la multitud prodigiosa de conversiones que hacia. Dice san Crisóstomo que hasta los mismos gentiles se admiraban de aquella repentina mudanza de costumbres, y que en las regiones por donde transitaba san Bartolomé se miraba con asombro la pureza, la templanza y las demas grandes virtudes que resplandecian en los nuevos fieles.

Habiendo dado todas las providencias que juzgó necesarias para la conservacion de la fe en Licaonia, en la Albania y en las Indias orientales, dejando en

ellas operarios formados de su mano, pasó él mismo á la Armenia, que algun dia habia de ser el campo mas fértil de su miés y el mas glorioso teatro de su zelo. Llego á una de las ciudades principales, donde á la sazon estaba el rey con toda su corte; y luego que el apóstol entró en el templo, donde el demonio daba oráculos por boca de un ídolo llamado Astarot, enmudeció este; silencio que llenó de pasmo á los Armenios, y de consternacion á toda la ciudad. Acudieron á otro ídolo, por nombre Berit, para saber la causa de tan funesto suceso. Respondió el demonio por su boca que la causa era la presencia de cierto hombre, llamado Bartolomé, apóstol del verdadero Dios, y que lo mismo le sucederia á él si aquel hombre llegaba á entrar en su templo. Añadió que no daria oráculos Astarot mientras no echasen de allí á aquel hombre; porque cien veces al dia, y otras tantas á la noche, hacia oracion á Dios, acompañado de una prodigiosa multitud de espíritus bienaventurados que le escoltaban y le defendian. Quedó admirado el pueblo de este testimonio, que, obligado de Dios y á su pesar, dió el demonio de la virtud milagrosa de nuestro santo, y entró en una impaciente curiosidad de conocer al apóstol; pero conociendo los sacerdotes que iria por tierra su estimacion si el santo llegaba á ser reconocido, pusieron en movimiento todos sus artificios para perderle. Buscáronle por espacio de tres dias, pero en vano, porque Dios le hacia invisible; hasta que, habiendo lanzado al demonio de muchos cuerpos, y dado salud á muchos enfermos desahuciados, sus mismos milagros le descubrieron.

Esparcida la fama por todas partes, no le conocian ya por otro nombre que por el de apóstol del verdadero Dios y el obrador de milagros. Llegó presto á noticia de la corte el ruido de sus maravillas, y te-

niendo el rey una hija poseida de un furioso demonio que la atormentaba cruelmente, deseaba con ansiosa impaciencia ver al santo apóstol. Apenas se puso en su presencia san Bartolomé, cuando la princesa quedó libre de aquèl infernal huésped; y queriendo el rey mostrar su agradecimiento con magníficos presentes, el apóstol le dió á entender que no habia venido á buscar oro ni piedras preciosas, sino la salvacion de su alma y la conversion de sus vasallos. Vengo, añadió el santo, á daros á conocer al verdadero Dios, único Criador de todo este vasto universo; y que solo él es digno de nuestro amor, de nuestra adoracion y de nuestros religiosos cultos. Vuestros ídolos son órganos de lòs demonios; adorais lo mas execrable que hay en toda la naturaleza; esos que llamais dioses son los mismos demonios; y para convenceros, señor, de que es verdad todo lo que digo, quiero que el mas acreditado de vuestros dioses confirme, mal que le pese, todo lo que yo os predico. Aceptóse luego la condicion; y el rey, acompañado del santo y de toda su corte, se encaminó al templo; pero apenas puso el pié en él san Bartolomé, cuando el demonio comenzó á gritar que él no era dios, que ni habia, ni podia haber mas que un solo Dios, y que ese era Jesucristo, á quien el apóstol predicaba. Hecha esta confesion, mandó el santo al demonio, en nombre de Jesucristo, que al instante y sin réplica hiciese pedazos todos los ídolos de la ciudad. Obedeció, y en el mismo punto todos ellos fueron reducidos á polvo. A vista de tan estupenda maravilla quedaron tan movidos los corazones, como convencidos los entendimientos; convirtióse toda la ciudad, y despues de algunas instrucciones recibió el bautismo el rey y toda la corte. Siguieron el mismo ejemplo doce ciudades principales, rindiendo la cerviz al yugo de Jesucristo; y habiendo cultivado san Bartolomé

aquella viña por algun tiempo, la proveyó de dignos ministros del altar obispos y predicadores.

No podian menos de pensar en la venganza todas las potestades del infierno viéndose tan maltratadas. Los sacerdotes de los ídolos eran el oprobio de la nacion, y conociendo que no era posible pervertir al rey Polemon, en cuyo corazon habia echado la religion profundísimas raíces, recurrieron á Astiages, hermano del mismo príncipe que reinaba en una parte de la Armenia. Era Astiages idólatra supersticioso, y resolvió vengar la afrenta que hacia á sus dioses aquel desconocido extranjero. Convidóle artificiosamente á que pasase á sus estados, y san Bartolomé, que ninguna cosa deseaba tanto en este mundo como derramar la sangre por Jesucristo, corrió apresuradamente á la corona del martirio. Así fué; pues no bien habia puesto los piés en la corte de Astiages, cuando el tirano le hizo desollar vivo. No parecia posible tormento mas cruel; pero el santo le sufrió con tan invicta paciencia, que hasta los mismos gentiles quedaron asombrados. Y como en medio del cruelísimo tormento no cesase de predicar la divinidad de Jesucristo y las grandes verdades de la fe, mandó el tirano que le cortasen la cabeza. Créese que sucedió esto el dia 25 de agosto, y que el dia antecedente habia sido desollado por amor de Jesucristo; siendo acaso este el motivo por que algunas iglesias celebran su fiesta el dia veinte y cinco, que fué el de su muerte, y otras el veinte y cuatro, que fué el de su suplicio.

Presto vengó el cielo la muerte de nuestro santo con un visible castigo. Así Astiages como todos los sacerdotes, cómplices de su delito, fueron inmediatamente poseidos del demonio, que, despues de haberlos atormentado de un modo horrible por espacio de treinta dias, al cabo de ellos á todos los ahogó. Les

cristianos se apoderaron del cuerpo de san Bartolomé, y le enterraron en una caja de plomo, haciéndose luego glorioso su sepulcro por la multitud de milagros. Pasados muchos años, se hicieron dueños los gentiles del lugar donde estaban las santas reliquias; y las arrojaron al mar, el cual llevó la caja de plomo hasta la isla de Lipari, no lejos de Sicilia. Pero habiéndose apoderado los sarracenos de esta isla hácia la mitad del noveno siglo, fué trasladado este precioso tesoro á Benevento, de donde el año de 983, siendo emperador Oton II, fué trasportado á Roma, donde es reverenciado con singular devocion de los fieles.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

San Bartolomé, apóstol, quien predicó el Evangelio en las Indias. Habiendo pasado de allí á la Armenia mayor, y convertido muchas gentes á la fe, fué desollado vivo por los barbaros, consumando su martirio con la decapitacion mandada por el rey Astiages. Su santo cuerpo fué primero llevado á la isla de Lipari, luego á Benevento, por último fué trasladado á Roma en la isla del Tiber, donde es piadosamente venerado por los fieles.

En Cartago, trescientos bienaventurados mártires en tiempo de Valeriano y de Galiano. Entre otros suplicios, mandó el presidente encender una calera, traer carbon é incienso, y dijo á los santos que escogiesen, ó quemar incienso á Júpiter, ó ser echados en el horno de cal viva; pero estos, animados y abrasados de fe, confesando á Jesucristo por Hijo de Dios, se lanzaron presurosos en el fuego, y quedaron reducidos á ceniza por los vapores de la cal; lo que fué causa de ser llamada aquella brillante tropa de bienaventurados la *Masa Blanca.*

En Nepeto, san Tolomeo, obispo, discípulo del

apóstol san Pedro, quien, enviado por el apóstol á predicar el Evangelio en Toscana, murió en ella glorioso mártir de Jesucristo.

En dicho lugar, san Roman, obispo de la misma ciudad, quien, siendo discípulo de san Tolomeo, fué tambien su compañero en el martirio.

En Ostia, santa Aura, vírgen y mártir, arrojada al mar con una piedra al cuello. San Nono enterró el santo cuerpo traido á la costa por las olas.

En Isauria, san Tacion, mártir, degollado por órden del presidente Urbano en la persecucion de Diocleciano.

En dicho dia, san Eutico, discípulo de san Juan evangelista, el cual, despues de haber padecido en diferentes países cárceles, azotes, fuego, por la predicacion del Evangelio, murió por último en paz.

Tambien el mismo dia, san Jorje Limniota, monje. Como este hubiese reprendido al irreligiso emperador Leon porque hacia pedazos las santas imágenes y quemaba las reliquias de los santos, mandó el impío que le cortasen las manos y le quemasen la cabeza, con lo que el santo logró la corona del martirio.

En Ruan, san Vano, obispo y confesor.

En Nevers, san Parrizo, abad.

En Clermont en Auvernia, santa Suporina.

En las inmediaciones de Nuis cerca de Colonia, san Sandraz, abad.

En San Huberto de los Ardenes, el bienaventurado Thierry, abad de Lobes.

En Maqueronte en Palestina, el encarcelamiento de san Juan Bautista.

En Zaragoza de Aragon, el martirio de santa Engracia, vírgen.

En Nicomedia, el tránsito de san Arsacio, solitario

En Etiopia, san Vetuquis, confesor.

En Cantorbia, san Breguino, obispo.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Omnipotens sempiterne Deus, qui hujus diei venerandam sanctamque lætitiam in beati apostoli tui Bartholomæi festivitate tribuisti, da Ecclesiæ tuæ, quæsumus, et amare quod credidit, et prædicare quod docuit. Per Dominum nostrum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que nos hiciste tan venerable este dia por la santa y solemne alegría que nos causa la fiesta de tu bienaventurado apóstol Bartolomé; concede á tu Iglesia la gracia de que ame lo que creyó, y de que predique lo que enseñó. Por nuestro Señor....

*La epístola es del cap. 12 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Vos estis corpus Christi, et membra de membro. Et quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia primùm apostolos, secundò prophetas, tertiò doctores, deinde virtutes, exinde gratias curationum, opitulationes, gubernationes, genera linguarum, interpretationes sermonum. Nunquid omnes apostoli? nunquid omnes prophetæ? nunquid omnes doctores? nunquid omnes virtutes? nunquid omnes gratiam habent curationum? nunquid omnes linguis loquuntur? nunquid omnes interpretantur? Æmulamini autem charismata meliora.

Hermanos: Vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros unidos á sus miembros. Y Dios á la verdad constituyó á algunos en la Iglesia en primer lugar apóstoles, en segundo profetas, en tercero doctores, despues las virtudes, despues las gracias de curaciones, los socorros, el gobierno, todo género de lenguas, y la interpretacion de las palabras. ¿Por ventura son todos apóstoles? ¿acaso todos profetas? ¿acaso todos doctores? ¿acaso todas virtudes? ¿acaso tienen todos el don de curaciones? ¿acaso hablan todos las lenguas? ¿acaso todos son intérpretes? Aspirad, pues, á los mas sublimes carismas.

## NOTA.

« En el capítulo de donde se sacó esta epístola muestra el apóstol san Pablo que, aunque el Espíritu Santo es uno, sus dones son diferentes repartidos entre los hombres, para que cada uno cumpla con las funciones que le corresponden, como lo hacen los miembros del cuerpo humano. Por eso, arregló Jesucristo en su Iglesia la diferencia de ministros y de estados.»

## REFLEXIONES.

Para hacernos miembros de Jesucristo, basta la fe; pero es necesaria la caridad para ser miembros vivos, de manera que sintamos lo que padecen los demás miembros. Quiso el Señor que todos los fieles formasen un solo cuerpo, cuya cabeza era él; pero quiso tambien que la caridad fuese como el alma que diese vida á este cuerpo, y que por ella se conociese los que eran miembros animados de él: *In hoc cognoscent omnes*. Pues ahora; asi como cada miembro del cuerpo tiene parte en los trabajos y en las necesidades de los otros miembros, de manera que los ojos, los piés, las manos, todos acuden á socorrer y aliviar al miembro que padece; del mismo modo nos debemos todos interesar en las necesidades de nuestros hermanos, padeciendo con ellos, y aplicando todos los medios posibles para aliviar sus necesidades. Siendo esta la señal que caracteriza á todos los fieles, ¿reconocemos el dia de hoy á muchos por ella? Juzguémoslo por lo que nos interesamos en las miserias ajenas; por lo que socorremos a los pobres y á los desgraciados; por el ansia que tenemos de aliviar á nuestros hermanos; y por las limosnas que hacemos á los menesterosos. ¡Buen Dios, y qué crecido es el número de los hermanos de solo

nombre, de los fieles de sola apariencia! ¡cuántos y cuántas son los miembros muertos, secos y paralíticos! Siendo todos un cuerpo místico de Jesucristo, todos debemos vivir con su espíritu, conformándonos con su espíritu, y en cuanto nos sea posible copiar en nuestro cuerpo los trabajos de su cuerpo natural. Pero esta importante, esta irrefragable verdad, ¿es el dia de hoy acomodada al gusto de todo el mundo? *Estableció Dios en su Iglesia primero apóstoles, despues profetas, y en tercer lugar doctores.* Todos admiramos estos dones; alabamos al Señor porque los repartió á su Iglesia; pero ni los envidiamos para nosotros, ni aun pensamos que los debemos solicitar para ser santos. El mas precioso don para cada uno en particular es saber usar de los talentos que recibió, sin envidiar los que no tiene. ¿Recibióse solo uno? Pues es preciso negociar con el, so pena de ser castigado como siervo inútil y perezoso. Judas fué apóstol, y se perdió en su apostolado. Profetiza Balaam, y tambien profetiza Saul; pero ¿cuántos profetas se perdieron, cuya desgracia estamos llorando? Casi todos los heresiarcas fueron doctores; es casi infinito el número de los hombres sabios que tuvieron un funesto fin. Cada uno será santo en su estado como cumpla las obligaciones de él. Túrbase la gerarquía de la Iglesia, porque algunas veces todos quisieran ser doctores ó profetas. No se quiere envejecer en una clase inferior; ni para salir de ella se espera la vocacion de Dios, á quien solo toca colocarnos en los empleos que quiere; y cuando da el empleo, da el mérito y los talentos para desempeñarle. Los dones sobresalientes que pueden ser mas útiles para los demás suelen ser muchas veces los que menos provechosos son para nosotros. ¡O mi Dios, haced que yo aprecie mas los que me hacen agradable á vuestros ojos, que los que me granjean la estimacion de los hombres!

*El evangelio es del cap. 6 de san Lucas.*

In illo tempore: Exiit Jesus in montem orare, et erat pernoctans in oratione Dei. Et cùm dies factus esset, vocavit discipulos suos; et elegit duodecim ex ipsis (quos et apostolos nominavit), Simonem, quem cognominavit Petrum, et Andream fratrem ejus, Jacobum et Joannem, Philippum et Bartholomæum, Mathæum et Thomam, Jacobum Alphæi, et Simonem, qui vocatur Zelotes, et Judam Jacobi, et Judam Iscariotem, qui fuit proditor. Et descendens cum illis, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vejabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes.

En aquel tiempo: Salió Jesus á un monte á orar, y pasaba la noche en oracion de Dios Y habiendo amanecido, llamó á sus discípulos, y eligió de ellos doce (á los que tambien llamó apóstoles). A Simon, á quien dió el sobrenombre de Pedro, y Andrés su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago de Alfeo, y Simon, llamado Zelotes, y Judas de Santiago y Judas Iscariote, que fué el traidor. Y bajando con ellos, se detuvo en una llanura, y una turba de sus discípul yos, una multitud copiosa de pueblo de toda Judea, y Jerusalen, y de la marina de Tiro y de Sidon, la cual gente habia venido á oirle y para ser sanos de sus enfermedades. Y los que estaban atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y todo el pueblo procuraba tocarle; porque salia de él virtud, y sanaba á todos.

# MEDITACION.

## DE LA VOCACION AL ESTADO.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hubo ni pudo haber vocacion mas clara ni mas ciertamente de Dios, que la de los sagrados apóstoles; pues el mismo Jesucristo los llamó y los escogió. Con todo eso, entre unos hombres tan legítimamente llamados, se condena Judas. No basta que la vocacion sea legítima; es menester trabajar, es necesario cooperar á la vocacion, cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado. Dispuso Dios la diversidad de los estados y de las condiciones, y á cada uno en particular le destinó á una condicion determinada. Está la salvacion conexa con la vocacion. ¿Abrazas un estado de vida al cual no eres legítimamente llamado? pues te descaminas y te pierdes. En esta sabia economía de la diversidad de los estados distribuye Dios sus gracias con respecto á aquella condicion á que nos llama. ¿Se falta á la vocacion, se abraza otro estado distinto de aquel á que nos tenia destinados la divina Providencia? pues se trastorna, por decirlo así, toda la economía de nuestra predestinacion. Habia medido Dios sus gracias, sus auxilios, el genio y las inclinaciones naturales del sugeto, proporcionándolas á aquella condicion á que le tenia determinado. Seríale entonces fácil la virtud, los peligros raros y no tan perniciosos; estaria el cielo sereno y la mar en calma; pero tú tomaste otro rumbo. Quedóse en el mundo aquel jóven á quien Dios llamaba al estado religioso; el otro, á quien desviaba Dios del altar, se ingirió en el sagrado ministerio. Este

es el funesto principio, este el verdadero orígen de este diluvio de males que inundan toda la tierra; esta es la causa de tantos escándalos; esta es la verdadera razon de la pérdida de tantas almas. ¿Se consulta mucho al Señor sobre la eleccion de este estado? ¡Ah! que no; los padres y los parientes fabrican la vocacion; el interés de una familia, una vergonzosa pasion, esos son por lo comun los oráculos y los árbitros de los estados que se eligen. Si un jóven es el segundo ó el tercero de su casa, se le destina á la Iglesia. ¡Mas oh! que no tiene vocacion; no importa, sus padres la tienen por él. Si una doncella es única, si tiene muchos bienes y bellas prendas, luego se la aplica al siglo. ¡Mas oh! que su inclinacion es á los claustros y al retiro, que solo quiere pensar en su salvacion; que conoce que, si queda en el mundo, se pierde y se condena. ¡Impertinencia! No es eso á lo que se atiende ni lo que se consulta. Las conveniencias, el interés de la familia, los enlaces, la fortuna y la pasion, estos son los resortes que dan movimiento á toda la máquina. Ah Señor, ¿y despues de esto, nos admiraremos de que las desgracias parezcan hereditarias en algunas familias? ¿nos admiraremos de que esté el mundo atestado de infelices y de descontentos?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta abrazar el estado donde nos quiere Dios; es menester cumplir con fidelidad las obligaciones de este mismo estado. Antes de elegirle, es necesario hacer mucha oracion, suplicar incesantemente al Señor nos dé á conocer el estado en que quiere le sirvamos; pero una vez abrazado alguno, ya no es tiempo de deliberar ni de dudar si se hubiera hecho mejor en seguir otro. Esas resoluciones fuera de tiempo son verdaderas tentaciones; en-

tonces solo conviene aplicarse, dedicarse á desempeñar con puntualidad las obligaciones del estado que se abrazó. El demonio, como hábil y astuto tentador, se sirve de esas molestas inquietudes para burlarse de nosotros. Es grande ilusion vivir en continua perplejidad sobre el estado, y descuidar en sus obligaciones; dales todo el lleno que les corresponde, y vivirás tranquilo sobre la eleccion de la vida. Porque aunque tu vocacion haya sido tan señalada como la de Saul, y tan santa como la de Judas, ¿de qué te servirá haber abrazado el mejor partido si le desempeñas mal? No hay mayor prueba de que estamos en aquel estado en que nos quiere Dios, que nuestro cuidado y nuestro estudio en agradarle. El ofenderle no es prueba de que no fuese buena nuestra vocacion, sino de que es mala nuestra voluntad. ¿Quedóse uno en el mundo? pues viva en él cristianamente; esté sobre las armas contra el enemigo que reina en él; viva muy sobre aviso contra los lazos y contra las redes que por todo él están tendidas; arregle sus costumbres á las máximas del Evangelio, y estará seguro de su salvacion ¿Abrazó el estado eclesiástico? pues edifique al prójimo con un porte ejemplar, á prueba de toda calumnia; haga con espíritu de religion todas las funciones de los mas sagrados ministerios, y asegurará su salvacion edificando á la Iglesia. ¿Hállase en el estado religioso? observe las santas leyes de su sagrado instituto; animen todas sus acciones la modestia, la circunspeccion, la observancia y el espíritu de recogimiento y de retiro; sea su devocion un testimonio para el público de la santidad de su vida; entonces vivirá como verdadero religioso y morirá santo. ¡Mas oh! que me es insoportable el yugo que me he echado á cuestas. No, no te encorva la pesadez del yugo, sino tu cobardía y tu flaqueza; ten por cierto que tanto te pesaría otro

cualquiera. Pero supongamos que te hubieses equivocado en la eleccion de estado; recibe como penitencia sus mortificaciones y sus trabajos, y hallarás en ellos un manantial de gracias convirtiéndose en medios para asegurar tu salvacion.

¡Mi Dios, qué sutil, qué astuto es el demonio! ¡y qué necio soy yo! ¡cuántos medios he tenido hasta ahora para ser santo, y cómo los he malogrado por mis vanos arrepentimientos, por mis disgustos sin provecho y por mis dudas inútiles. No, dulce Salvador mio, no quiero ya pensar en otra cosa sino en santificarme en el estado en que me hallo, y en vivir segun vuestras máximas. Concédemeesta gracia, sin la cual nada adelantaré.

## JACULATORIAS.

*Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi: salutare vultus mei, et Deus meus.* Salm. 41.

Esperemos en mi Dios y en mi Señor, que con el auxilio de su gracia será eficaz el propósito que hago de cumplir perfectamente con las obligaciones de mi estado.

*Juravi, et statui custodire judicia justitiæ tuæ.* Salm. 118.

Juré, Señor, y tengo resuelto guardar inviolablemente en adelante todos vuestros santos mandamientos.

## PROPOSITOS

1. Si no has hecho todavía eleccion de estado, aplica todos los medios que puedas para conocer aquel á que te llama Dios. Nunca se te ofrecerá eleccion que pida mas oracion, mas reflexion, mas consejo ni mayor miramiento; porque tampoco hay punto de

mas importante consecuencia. No consultes en él á la carne y sangre. Los padres por lo regular solo atienden á su inclinacion, á sus intereses y aun á sus pasiones en el destino de sus hijos; sin dárseles nada por su salvacion ni por su eterna suerte, con la cual tiene tan estrecha conexion el estado que han de abrazar. Busca un director santo, sabio y prudente, y descúbrele todos tus mas secretos movimientos, tu natural, tus inclinaciones, tu pasion dominante, tus talentos, y todas tus buenas y malas cualidades. Haz todos los dias muchas oraciones pidiendo á Dios que te dé á conocer su santísima voluntad. Frecuenta los sacramentos; sobre todo empeña á la santísima Vírgen en este importante negocio, y consúltale contigo mismo, considerándote en la hora de la muerte; porque de todo el tiempo de la vida este es aquel en que se hace mas sano juicio de las cosas.

2. Si ya estás en estado por toda la vida, no gastes el tiempo en deliberar sobre la eleccion; esas reflexiones ya son inútiles y aun perniciosas. Ocúpate únicamente en desempeñar con fervor y con puntualidad las obligaciones de este estado, persuadido á que ya te quiere Dios en él, aunque fuese torcida la eleccion y los motivos que tuviste presentes para hacerla; creer lo contrario es tentacion. El que se descaminó no se detiene en discurrir sobre el camino que debiera haber tomado; el que se hirió solo se aplica á curar su herida; y uno y otro no piensan mas que en guardarse de volverse á herir, y de volverse á descaminar. Sigue este consejo.

# DIA VEINTE Y CINCO.

## SAN LUIS, REY DE FRANCIA.

Luis IX, de este nombre, uno de los mayores reyes que ocupó él trono de Francia, y uno de los mayores santos que venera la santa Iglesia, nació en Poissy el dia 25 de abril del año 1215. Como el Señor le habia escogido para formar un rey á medida de su corazon, le previno con aquellos singulares dones que forman tambien el corazon de los santos. Ningun príncipe nació al mundo con mas noble inclinacion á la virtud, con mas rico fondo de dulzura y de bondad, con prendas mas héroicas ni mas reales. Quiso encargarse de su educacion su misma madre la reina doña Blanca, princesa mas recomendable por su eminente piedad, que por sus elevados talentos y por su espíritu verdaderamente superior. Aplicóse á formar aquel tierno corazon de manera que, antes aprendiese á obedecer y á servir á Dios, que á mandar á los hombres. Poco tuvo que hacer la escuela en un genio tan feliz. Anticipóse él mismo á las lecciones que le daban, y presto se reconoció no habia nada lque hacer sino dejar que produjesen por si mismas as semillas de la virtud que Dios habia sembrado en aquella grande alma.

A los ocho años de su edad perdió Luis al rey Felipe Augusto, su abuelo, y tres años despues á su padre Luis VIII, que le dejó la corona bajo la tutela de su madre, cuando Luis contaba solos once años. Quiso la reina madre prevenir las turbaciones de una larga menor edad (porque en aquel tiempo hasta los veinte y cinco años no se declaraban mayores los

T. 8. P. 524



S. LUIS, REY

DE FRANCIA.

reyes de Francia), y dispuso que su hijo fuese consagrado en Reims, disipando con su prudencia en poco tiempo los sediciosos intentos de los condes de Champaña, de Boloña, de Bretaña, de la Marca, de Dreus, de Flandes, de Tolosa y de Provenza, ligados contra el gobierno, de manera que con su conducta y su valor aseguró la autoridad del rey su hijo, y conservó la calma en el estado durante el tiempo de su acertada regencia. El mayor cuidado de la virtuosa princesa en aquella dulce tranquilidad fué la santa educacion del niño rey. No perdonó medio alguno para que desde aquella tierna edad recogiese todos los frutos de la virtud y del estudio. Encontraba en el hijo toda la docilidad, toda la dulzura, todo el despejo del entendimiento y toda la disposicion de corazon que era menester para que fuesen eficaces sus lecciones. Repetíale continuamente que, no obstante la ternura con que le amaba, querría mas verle perder la vida, que la gracia; leccion que se le imprimió tan altamente en el alma, y por toda la vida le infundió tan grande horror al pecado, que, preguntando un dia á su confidente Joinville cuál querria mas, estar plagado de lepra, ó cometer un pecado mortal; y respondiendo Joinville con su natural franqueza que antes cometeria cien pecados mortales, que padecer la lepra; indignado el jóven rey, le dijo con alteracion: *Bien se conoce, Joinville, no sabes lo que es estar en desgracia de Dios; sábete que un solo pecado mortal se debe temer mas que todos los males de este miserable mundo.*

El singular gusto que tomaba á todas las máximas del Evangelio le movia á practicar sus consejos. Comenzó á mortificar sus sentidos, á macerar su cuerpo y á domar sus pasiones casi desde la cuna. Gustaba mucho de la caza, de la pesca, de la cetrería y del juego de ajedrez; esto bastó para prohibirse á sí mismo todas aquellas inocentes diversiones desde la edad

de quince años. Desde entonces ocuparon el lugar de estos lícitos desahogos la oracion y los ejercicios espirituales. Su modestia en el templo y su devocion reformaron toda la corte. Sintiéronse movidos hasta los mas disolutos, y todo se rendia á sus ejemplos.

Mientras desempeñaba con tanta perfeccion las obligaciones de cristiano, no se descuidaba en llenar todas las funciones de un gran rey. No se vió príncipe mas anticipadamente formado á las reales virtudes del trono; tan político en el gabinete, como diestro y valeroso en la campaña, brillaba igualmente en uno y otro teatro. Sabia muy bien la lengua latina, prenda muy rara en aquel tiempo, singularmente entre los príncipes; las horas que no ocupaba en el despacho, las dedicaba á los ejercicios de la religion, á la lectura de los santos padres, sin que la natural blandura que inspiraba la devocion debilitase en su ánimo los espíritus del valor. Resucitó la liga de los príncipes mal contentos con la *regencia;* púsose Luis á la frente de sus tropas, aunque contaba solos catorce años de edad, y al punto se deshizo la sediciosa confederacion. Contra el parecer de sus generales puso sitio á Bolesme, plaza entonces inconquistable, en lo mas riguroso del invierno, y la tomó: primer ensayo de sus hazañas, que domó á los mal contentos, obligándolos á pedir la paz, y restituyó al reino la calma.

Volvió el rey á París donde dió nuevas muestras de su piedad. Fundó la célebre abadía de Royaumont; puso la primera piedra en la iglesia de Santa Catalina del Val; erigió el monasterio de los cartujos, dándoles el palacio de Bambert; edificó varios conventos y hospitales; y habiendo logrado restituir al conde de Tolosa al gremio de la Iglesia romana, tuvo el consuelo de poner fin á la guerra de los albigenses, que su padre Luis VIII habia comenzado.

Apaciguadas las guerras civiles, y abatidos los ene-

migos extraños, entró en París tan estimado de los oficiales y de los soldados, como aplaudido y amado de todo el pueblo; viendo todos con el mayor asombro á un rey tan poderoso en una corte tan brillante, y en la edad de diez y ocho á veinte años con tal delicadeza de conciencia, con tal pureza de costumbres, con tanta prudencia y con tanta devocion, que causaria admiracion en el mas estrecho claustro. No se presentaba ocasion de hacer justicia, de aliviar al vasallo, y de ejercitar alguna obra de caridad, que no la abrazase con el mayor gozo. Siempre fueron los pobres sus principales favorecidos, y desde su menor edad sustentaba en palacio un gran número de ellos, sirviéndolos él mismo á la mesa. Su pasion dominante fué el zelo de la religion; firmábase muchas veces *Luis de Poissy*, en memoria de haber recibido allí la primera gracia del bautismo. El año de 1234 se casó con Margarita, hija primogénita de Raymundo de Berenguer, conde de Provenza, princesa cabal, cuyas inclinaciones eran muy conformes con las del santo rey; y luego se dedicó á arreglar su casa y la casa de la reina; de manera que ambas casas fueron modelo á las demás familias particulares de virtud, de buen gobierno y del mas cristiano método. Luego que el rey llegó á la edad de mayor, hizo aun mas abierta profesion de la santidad á que Dios le llamaba. Desterró de su palacio toda profanidad; deshízose de todos los muebles preciosos y de todos sus magníficos vestidos; prohibióse hasta las mas inocentes diversiones; aumentó sus penitencias, y maceró su cuerpo con disciplinas y con cilicios; arregló las horas de sus devociones. Rezaba todos los dias el oficio divino, andaba las estaciones, visitaba á los pobres en los hospitales; y como el amor á la santísima Vírgen era, por decirlo así, su pasion, ningun dia dejaba pasar sin dar algunas pruebas de su zelo por su honor y por su culto.

Pero sus devociones nunca disminuian su aplicacion á los negocios del estado. Jamás se habia visto el reino en mayor gloria. Habiéndose coligado con Enrique III, rey de Inglaterra, Hugo de Lusignan, conde de la Marca, príncipe inquieto y sedicioso, tomó las armas contra su legítimo soberano; y orgulloso con los poderosos socorros que le habia conducido el mismo inglés en persona, nada menos se prometia que la conquista de todo el reino. Juntó Luis algunas tropas, púsose á su frente, marchó al enemigo, deshizo al conde, pasó el rio Charanta, atacó á Enrique, fiero con su numeroso ejército, desbaratóle con solo su valor, llevó el terror y el desórden hasta el mismo cuartel del rey, que con el miedo de ser hecho prisionero corrió sin comer dos dias y dos noches hasta ponerse en salvo dentro de la plaza de Blaye. Vinieron el conde y la condesa á echarse á los piés del rey; perdonólos, y aunque le hubiera sido fácil apoderarse de todo lo que poseian los Ingleses de esta parte del mar, se contentó el santo rey con haber echado al enemigo; concedióle la paz, y restableció la tranquilidad en el reino.

Afligió el hambre á las provincias de Normandía, de Guiena y de Poitou; y no contento san Luis con libertarlas de los impuestos ordinarios, envió á ellas gran cantidad de granos, haciendo cuantiosas limosnas á todos los pobres. Corrió la voz en el Oriente de que Luis, el mayor enemigo que tuvieron jamás los mahometanos, habia tomado la cruz; y un reyezuelo de Fenicia, llamado por sus vasallos *el Viejo de la Montaña*, ó *el rey de los asesinos*, acostumbrado á ser en este punto ciegamente obedecido por ellos, envió dos asesinos á París para que quitasen la vida al santo rey; súpolo con tiempo, fueron presos los asesinos, y los envió libres, cargándolos de presentes. Así se

vengó el santo rey de los que vinieron á darle la muerte.

Extendida por todo el mundo la reputacion de un rey verdaderamente cristiano, tan célebre por su sabiduría como por su valor y por su eminente santidad, los príncipes mas distantes solicitaron su amistad y su proteccion. Vino á Europa el año de 1239 Balduino II, de la casa de Courtenay, emperador de Constantinopla, á implorar el socorro de los príncipes latinos, y le pareció que ganaria con un solo acto el corazon de san Luis, trayéndole la sagrada corona de espinas de nuestro Salvador. No se engañó; y el rey le socorrió con tropas y dinero. Salió la sagrada corona del poder de los Venecianos, en quienes los Griegos la tenian empeñada, y fué conducida á Francia. El rey, seguido de toda la corte y de todo el clero, la salió á recibir hasta cinco leguas de Sens, y la acompañó hasta París con tales afectos de devocion y de piedad, que se hicieron muy visibles en todo su exterior. Él mismo llevó la sagrada reliquia con los piés descalzos y descubierta la cabeza, desde la iglesia de San Antonio de los Campos, hasta la de Nuestra Señora. Depositóse despues en la capilla de San Nicolás, que estaba contigua á palacio; y habiendo recidido, andando el tiempo, un pedazo del *lignum crucis*, echó á tierra la capilla de San Nicolás, y fabricó la santa capilla, donde colocó las sagradas reliquias, engastadas en oro y piedras preciosas, fundando un cabildo de canónigos. Todos los años en el dia de Viernes santo pasaba á ella revestido de sus ornamentos reales, con corona en la cabeza, y él mismo exponia el sagrado leño á la adoracion del pueblo. Despues con la cabeza descubierta, los piés descalzos, sin ceñidor y sin espada, se postraba profundamente, hacia una breve oracion, iba andando de rodillas, parábase, volvia á orar un breve espacio, y acercán-

dose en fin á la santa cruz, deshecho en lágrimas, oraba tercera vez, y postrado la besaba tiernamente con tanta humildad y con tanta compuncion, que arrancaba devotas lágrimas á los ojos de todo el concurso.

Gozaba toda la Francia de una dichosa calma, acompañada de cuantas prosperidades se podian desear en el reinado mas santo, y con el rey mas celebrado en el universo, terror de sus enemigos, admiracion de los extraños y delicias de su pueblo, cuando acometió al santo monarca una fiebre maligna que en el breve espacio de cinco dias le redujo á la mayor extremidad, y puso á todo el reino en la mas dolorosa consternacion. Conocióse en aquella ocasion cuanto le amaban sus vasallos. No se veian ni se oian en toda la Francia mas que lágrimas, oraciones, procesiones generales, rogativas públicas con el Sacramento patente, ayunos y penitencias. Oyó Dios los fervorosos clamores del reino: recobróse el rey, pero fué haciendo antes voto de pasar personalmente á la Palestina, llevando consigo un poderoso ejército para echar de toda ella á los Turcos. En vano pretendió oponerse á este religioso intento toda la familia real, todos los grandes del reino y todos los prelados. Mantúvose el rey inmoble en su resolucion, tomó la cruz, y habiéndose abocado en Cluni con el papa Inocencio IV, que le nombró generalísimo de todo el ejército cristiano, habiendo declarado á su madre la reina doña Blanca por regenta del reino, tomó el camino de Aguas Muertas en el Langüedoc, para esperar allí á los cruzados, y hácia el fin de mayo del año 1248 partió de aquel puerto con una formidable armada, compuesta de mil ochocientas velas. Fué muy feliz la navegacion; y habiéndose detenido algunos meses en la isla de Chipre donde tenia sus almacenes, se hizo á la vela, y desembarcó en Egipto. Quince ó veinte mil

sarracenos que intentaron disputarle el desembarco, fueron derrotados, y el ejército francés se apoderó de Damiata, que era la plaza mas fuerte, y como la llave de todo Egipto. Acudia el rey á todas partes, haciendo en todas prodigios de valor; pero dando igualmente en todas no menos prodigiosos ejemplos de virtud. Observando en Damiata la misma regla que en París, empleaba en los ejercicios de caridad y de devocion todo el tiempo que no dedicaba á los cuidados de la guerra. Tenia muy en el corazon la conversion de los sarracenos, y el Señor le dió el consuelo de ver todos los dias acudir al campo un gran número de infieles á pedir el santo bautismo.

La felicidad de aquel primer suceso dió ocasion al desórden y á la disolucion del oficial y del soldado. Parecia que cuanto mas se empeñaba el santo rey en merecer la proteccion del cielo con sus oraciones, con sus penitencias y con sus limosnas, mas empeño hacia el ejército en desmerecerla por sus pecados y por sus disoluciones. Y así muy presto experimentó los efectos de la cólera de un Dios tan justamente irritado. Púsose delante de la ciudad de Massour, y la falta de víveres, las enfermedades y el fuego artificial de los enemigos á breves dias le puso en tan miserable estado, que todo el ejército se redujo á un monton de cadáveres y de enfermos. Introdújose en todo él la disenteria y el escorbuto, sin perdonar al mismo santo monarca. Fué conducido con gran trabajo á una corta ciudad, llamada Charmasach, donde le metieron en una especie de cabaña, pero no tardó mucho en ser embestida de una espesa nube de sarracenos; y queriendo el santo rey perdonar la sangre de los suyos, les mandó que se rindiesen. Lleváronle á Massour, donde el soldan hizo conducir en triunfo el oriflama y los demás estandartes franceses. Hallabase la reina en Damiata, y con el dolor que le causó la noticia de

haber sido hecho el rey prisionero, dió á luz antes de tiempo un hijo, á quien por la tristeza de este desgraciado suceso se le dió el nombre de Juan Tristan, y fué el tercero de los varones que tuvo.

Nunca se mostró el rey ni mas grande ni mas santo que en aquella abatida adversidad. Perdida hasta la misma libertad, supo ser prisionero como rey, y como rey cristianísimo. En aquella gran mudanza de estado en nada mudó su género de vida. No interrumpió sus ayunos ni las demás ordinarias penitencias. Tan tranquilo en la prision como en la corte, prosiguió rezando todos los dias el oficio divino á las horas regulares, y tuvo á singular gracia de Dios que, habiéndole despojado los sarracenos de tantas alhajas preciosas, solamente le hubiesen dejado las horas y el breviario. Dueño siempre de sí mismo, milagroso en su paciencia, y firme sin arrogancia, rehusó con invencible teson todo lo que creyó ser contra su conciencia y contra su honor; y fué todo su consuelo un heróico rendimiento á las disposiciones de la divina Providencia. Asombrados hasta los mismos sarracenos de aquella grandeza de alma, y hechizados de sus extraordinarias prendas, decian públicamente que, si queria ser su rey, no reconocerian otro. Ajustóse su rescate y el de todo el ejército en la rendicion de Damiata, en ochocientos mil bezanes de oro y en una tregua de diez años.

Desembarcó el rey en Acre de Palestina, donde se quiso mantener cuatro años para poner en mejor forma ó fortificar las principales ciudades de la Tierra Santa. Era su mayor pasion poder derramar su sangre en defensa de la fe. Durante su mansion en Palestina, hizo prodigios de valor, y en muchísimas ocasiones dió tales pruebas de su virtud, que hasta entonces no se habian visto semejantes en algun otro monarca. Precisado á restituirse á Francia por la noticia que

tuvo de la muerte de la reina gobernadora, partió de Palestina el dia 24 de abril del año 1255, despues de haber reedificado y fortificado á Jafa, Cesarea, Sidon y Acre. Los extraordinarios regocijos que se hicieron en toda Francia á la llegada del santo rey, fueron buenas pruebas del sincero y universal amor que le profesaban los pueblos. Dedicóse enteramente á hacerlos dichosos y felices, reformando abusos, suprimiendo contribuciones, y publicando santas, justas y provechosísimas leyes. Nunca resplandecieron mas su fe, su religion, su sólida y real virtud. Bastaron sus ejemplos para reformar la corte y todos los demás estados. Desterró de sus dominios la blasfemia por el severo castigo de los blasfemos. Restituyó el debido respeto y reverencia á los templos, castigando rigurosamente á los que los profanaban. Al paso que era muy indulgente con los que ofendian su persona, era exactísimo en hacer observar la ley de Dios; y se decia comunmente que no era posible ni mejor siervo de Dios, ni mejor amo de los hombres.

Todos los dias oia muchas misas. El respeto y la devocion con que asistia á ellas compungian á los asistentes. Las copiosas lágrimas que derramaba á la elevacion de la hostia eran efecto de su abrasado amor á Jesucristo, y de su fe. Despues que volvió á Francia, aumentó las penitencias. Además de los ayunos de la Iglesia, que observaba con rigor, ayunaba todo el Adviento, todos los viernes del año, y el dia antes de todas las fiestas de la santísima Vírgen á pan y agua. En el Adviento y en la Cuaresma no comia ni fruta ni pescado, sino solo pan y legumbres. Nunca se desnudó despues el cilicio, ni el religioso mas austero era mas ingenioso que él en mortificarse. Sus tesoros solo se franqueaban á los pobres, todos los sábados concurrian á palacio mas de doscientos; lavábales los piés, besábaselos, y les daba una limos-

na. Mantenia siempre dentro de palacio ciento y veinte, y nunca comia el rey sin tener á la mesa alguno de ellos. Era dicho comun que el rey no tenia otros favorecidos que los pobres, los religiosos de santo Domingo y san Francisco. Hubo pocas provincias en su reino, ni aun ciudades en sus estados, donde no fundase enfermerías, hospitales, monasterios, capillas é iglesias colegiales. En París fundó el hospital de los *Trescientos*, donde se mantenian trescientos pobres ciegos, en memoria de los trescientos caballeros de su comitiva, á quienes sacaron los ojos los infieles en la jornada de Oriente. Tenia una exacta lista de todos los mas nobles de cada provincia que padecian necesidad, de todas las viudas y doncellas de distincion que no tenian dote para tomar estado; y lo menos que hacia era socorrerlas para que viviesen con decencia. No alcanzaba su poder adonde llegaba su caridad; no hubo príncipe que con mas justa razon mereciese el glorioso título de padre de su pueblo, y en particular el de padre de los pobres. Llamábanle el Salomon de la cristiandad por la prudencia, por la sabiduría que mostraba en la administracion de la justicia; siendo tan grande su penitencia, su rectitud y su equidad, que llegó á ser el árbitro de todas las diferencias. Mas de una hez le escogieron para terminar las suyas los reyes, los pueblos y aun los mismos papas. Gregorio IX, el Imperador Federico II, Enrique III, rey de Inglaterra, y los barones ingleses no quisieron admitir otro árbitro que á este ángel de paz.

Llegaron á sus compasivos oidos las noticias del lastimoso estado en que se hallaban los cristianos de Levante, y se renovó en su piadoso corazon el zelo y el dolor de ver en poder de los infieles los santos lugares de Jerusalen. Resolvió tomar segunda vez la cruz, y hacer todos sus esfuerzos para arrancarles de

las manos la posesion de la Tierra Santa. No fueron bastantes á disuadirle de este intento, ni las lágrimas de la reina su esposa, ni los ruegos de los príncipes sus hijos, ni las representaciones y clamores de toda la corte. Persuadióse á que Dios le pedia este sacrificio, y nada bastó para estorbarle aquella expedicion. Tomó la cruz de mano del cardenal de Santa Cecilia, legado de la santa sede; y la hizo tomar á sus tres hijos, Felipe, que era el primogénito, Juan Tristan, conde de Nevers, y Pedro, conde de Alenzon, como á casi todos los grandes señores del reino. Hizo despues su testamento; nombró por regentes del reino al abad de San Dionisio, y al señor de Nesle; dispúsose con muchos ejercicios de devocion, y se embarcó el dia primero de julio del año 1270. Viéndose obligado á ancorar en el puerto de Caller, se volvió á hacer á la vela, y enderezó la proa á Tunez, cuyo rey habia dado muestras de quererse convertir. Hízose el desembarco sin oposicion, porque los sarracenos que guardaban el puerto se retiraron apresuradamente al acercarse la escuadra francesa. Perdióse la esperanza de la conversion del rey de Tunez luego que se supo habia mandado poner en cadenas á todos los cristianos. Pero los excesivos calores del clima, la falta de buena agua, y la corrupcion de los víveres causaron en el ejército una enfermedad tan contagiosa, que todo el campo se llenó de cadáveres. Murieron de los primeros el conde de Nevers, hijo del rey, y el cardenal legado. Sintióse el mismo rey tocado del contagio. Las prontas órdenes que dió para salvar el resto de las tropas dieron bien á entender que no tenia ya presagios, sino noticia cierta de su muerte. Ningun dia dejó de rezar el oficio divino y todas las demás devociones con mayor fervor. Conociendo que le iban faltando las fuerzas, mandó llamar á su hijo Felipe, que habia

de ser su sucesor, y le dió esta admirable instruccion que ya tenia escrita:

« Mi muy caro hijo: El primer consejo que te doy es que ames á Dios con todo tu corazon, y con todas tus fuerzas, porque sin él nada podemos. Has de estar dispuesto á dejarte hacer pedazos antes que ofenderle mortalmente. Si te enviare alguna enfermedad, ó cualquiera otro trabajo, le debes dar muchas gracias, persuadiéndote á que mereces muchos mayores castigos, por haberle servido mal, y por haberle ofendido. Cuando recibieres de su mano algun favor, ríndeselas tambien con humildad, y guárdate mucho de engreirte con él; seria gran mal abusar de sus beneficios para ofenderle. Aconséjote que te confieses á menudo, y que escojas confesores de vida ejemplar, para que te instruyan en tus obligaciones. A esos y á tus amigos los has de tratar de manera que estén persuadidos á que con toda libertad y sin el menor rezelo te puedan advertir de tus defectos. Vean tus vasallos que de buena gana asistes en la iglesia á los divinos oficios. Está siempre en ella con modestia y con atencion, especialmente mientras se celebra el santo sacrificio de la misa; nunca se te escape en el templo palabra alguna excusada, y sea en él tu respeto un testimonio visible de tu fe. Encárgote que profeses una gran devocion á la santísima Vírgen, y que tengas un corazon tierno y liberal con los pobres. Cuando padecieres alguna inquietud, ó te afligiere algun cuidado, si fuere comunicable, descárgale en el seno de tu confesor, ó en el pecho de alguna otra persona discreta y capaz de darte algun alivio en tu pena. Algunas veces has de tener el gusto de trabar pláticas y conversaciones de cosas santas con personas virtuosas. Nunca sufras que en tu presencia se traten cosas libres, escandalosas, ni de murmuracion; y toda palabra injuriosa á Dios y á los santos castígala severamente. Si Dios te hiciere

la gracia de que llegues á la corona, muéstrate por tus buenas obras digno de la sagrada uncion, que hace á los reyes de Francia los ungidos del Señor; y aplícate sobre todo al ejercicio de aquellas virtudes que son propias de esta elevada dignidad. Reconózcase en tí una entereza y una equidad á toda prueba. Declárate siempre antes en favor del pobre que del rico, y da entera libertad á tus ministros para que hablen contra tus intereses, cuando se trata de hacer justicia. Restituye sin dilacion lo que no fuere tuyo, ó pudieran haber usurpado tus predecesores; considera que en eso se atraviesa la quietud de tu conciencia y el descanso de sus almas. Impide las violencias que se intenten hacer á los eclesiásticos. Ama á los religiosos, hazles bien, y sigue la máxima del rey Felipe mi abuelo, que algunas veces vale mas disimular los excesos de los eclesiásticos, que causar escándalo reprimiéndolos con demasiada violencia. Ama y respeta á la reina tu madre, y oye sus consejos. Estima á tus hermanos, zela sus intereses, pero nunca á expensas de la justicia. Válete de buenos consejos para la distribucion de los beneficios; lo mas acertado es no dar mas á los que ya tienen algunos; siempre te sobrarán vasallos beneméritos, que ninguo hayan recibido, y en estos se deben distribuir los que vacaren. Evita, en cuanto te fuere posible, hacer la guerra á los príncipes ó señores cristianos. Antes de empeñarte en ella, prueba todos los medios de paz; y el motivo que debes tener presente para esto, ha de ser evitar los innumerables males y pecados que trae consigo la guerra; pero si te hallares precisado á hacerla, sea de modo que no padézcan por el culpado una infinidad de inocentes. Sitia las plazas del que te niega la justicia, ó te hace agravio; pero perdona á sus vasallos en cuanto te sea posible. Emplea toda tu autoridad en impedir la guerra entre tus propios vasallos; no puedes hacer

cosa mas agradable á los ojos de Dios. Procura siempre tener buenos magistrados para que hagan justicia; en todos has de aborrecer lo malo, pero muy particularmente en aquellos en quienes has depositado tu autoridad, y abusan de ella.

« Profesa siempre gran respeto á la Iglesia romana, y al papa, á quien debes venerar como á tu padre espiritual. Estorba en tus estados todos los males que puedas estorbar; sobre todo, los juramentos, las blasfemias, los juegos de envite, la embriaguez y la impureza. Destierra de ellos á los herejes y á los desalmados. Tienes obligacion de restituir á Dios con tu zelo y con tu reconocimiento todos los bienes que recibiste de su liberalidad, honrándote en todas ocasiones de ser siervo de Dios y padre de tu pueblo. No hagas gastos supérfluos, ni cargues al vasallo con injustos impuestos; mira que te encomiendo mucho estos dos puntos. Si muero antes que tú, procura que se digan por mi muchas misas y muchas oraciones en todas las comunidades de Francia, y dame parte en todas las buenas obras que hicieres.

« Yo te doy mi bendicion, mi muy caro hijo, y tal cual la puede dar un padre á su hijo á quien ama tiernamente, y ruego á nuestro Señor Jesucristo que te conserve y te proteja con su gracia, concediéndote la de que jamás hagas cosa contra su voluntad, para que siempre le honres y le sirvas. La misma gracia le pido para mí, á fin de que ambos juntos podamos alabarle, verle y honrarle por toda la eternidad. Amen. »

Estas instrucciones las escribió el santo rey poco antes de salir de París, y en ellas hizo un fiel retrato, y nos dejó un puntual compendio de toda su conducta. Habia comulgado muchas veces durante su enfermedad; pero creciendo cada dia la calentura, recibió los últimos sacramentos con tales demostraciones de

devocion, que ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas. Despues no quiso que le hablasen de otra cosa que de Dios. Nunca mostró semblante mas alegre ni mas sereno, que cuando se iba acercando á la muerte. Mandó que le tendiesen en camisa y cubierto de cilicio sobre un lecho de ceniza, y teniendo un crucifijo arrimado á 'os labios, espiró tranquilamente el dia 25 de agos.o del año 1270, siendo de cincuenta y cinco años y cuatro meses de edad, á los cuarenta y cuatro de su reinado. Así murió con la muerte de los justos uno de los mayores reyes y de los mayores santos que se vieron sobre el trono. Grande por su valor, que le hacia intrépido en los combates; mucho mayor por su cristiana magnanimidad, por la cual se hizo admirar hasta en sus adversidades; siendo ella sola la que puede formar los verdaderos héroes, dignos de la pública veneracion hasta el fin de los siglos. Los huesos del santo rey, despues de descarnados, se colocaron juntamente con su corazon en una caja muy rica. La carne la pidió su hermano Carlos de Anjou, rey de Sicilia, y trasladada á Palermo, la mandó enterrar en la abadía de Montreal. El rey Felipe, despues de ajustada una tregua con el rey de Tunez por espacio de diez años, volvió á Francia, trayendo consigo la preciosa caja en que estaban los huesos y el corazon de su santo padre. No se puede explicar las demostraciones de veneracion y ternura con que fué recibido en Francia este tesoro. Depositóse luego en la iglesia de Nuestra Señora de Paris, y el dia siguiente, que fué 21 de mayo de 1271, fué trasladado á la de San Dionisio con un acompañamiento, que mas parecia triunfo que pompa funeral. El mismo rey Felipe, acompañado de todos los príncipes de la casa real, de los grandes del reino y de gran número de prelados, quiso llevar el cuerpo del santo sobre sus reales hombros. La multitud de milagros que obró Dios en una

y otra sepultura del santo rey, movió tres años despues al papa Gregorio X á mandar se recibiesen jurídicas informaciones, las que se hallaron mucho mas amplias de lo que era menester; mas por la corta duracion de los nueve pontificados siguientes se suspendió por diez y siete años su canonizacion, que terminó finalmente Bonifacio VIII el año de 1297 con increible solemnidad y magnificencia.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En París, san Luis, confesor, rey de Francia, ilustre por la santidad de su vida y la gloria de sus milagros.

En Roma, san Eusebio, san Ponciano, san Vicente y san Peregrino, mártires, quienes, bajo el emperador Cómodo, fueron primero tendidos en el potro, atormentados en maniotas, y al fin apaleados; y como siempre perseverasen en alabar á Jesucristo, fueron acardenalados con plomadas hasta que espiraron.

En Roma tambien, san Ginés, mártir, que fué de oficio comediante siendo aun pagano. Como se burlase un dia en presencia del emperador Diocleciano de los misterios de los cristianos, se convirtió súbitamente por inspiracion divina, y fué bautizado. Habiendo sido al punto cruelísimamente apaleado de órden del emperador, luego puesto en el ecúleo, desgarrado durante mucho tiempo con uñas de hierro, y quemado con teas encendidas; como se mantuviese siempre firme en la fe de Jesucristo, diciendo: « No hay otro rey que Jesucristo; aun cuando me mataráis mil veces por él, no podriais arrancármele de la boca ni del corazon; » obtuvo la palma del martirio por medio de la degollacion.

En Talco en España, san Jerónimo, obispo, el cual predicando el Evangelio en aquella provincia en tiem

po de los apóstoles, murió en la cárcel despues de muchísimos trabajos.

En Arlés en Francia, san Ginés, que, teniendo el oficio de escribano, y no queriendo registrar los edictos impíos que ordenaban castigar á los cristianos, yendo hasta arrojar públicamente los registros confesándose al mismo tiempo por cristiano, fué cogido y decapitado, recibiendo la honra del martirio, bautizado en su propia sangre.

En Siria, san Julian, mártir.

En Tarragona, san Magin, mártir.

En Constantinopla, san Meno, obispo.

En Utrecht, san Gregorio, obispo.

En Nápoles, santa Patricia, virgen.

En Agde en Francia, san Severo, abad.

En Limoges, san Yriez, abad.

En Apt, san Marciano, abad.

En Bourdieu en el Berri, san Romazo, confesor.

En Perigord, san Rabier, confesor.

En Leche en el territorio de Otranto, san Gioste, obispo y mártir.

En Roma, el martirio de san Nemeso, diácono, y de su hija santa Lucila.

En este mismo dia, el natalicio de san Félix de Pistoya, presbítero.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Deus, qui beatum Ludovicum, confessorem tuum, de terreno regno ad cœlestis regni gloriam transtulisti: ejus, quæsumus, meritis et intercessione, regis regum Jesu Christi filii tui facias nos esse consortes. Per Dominum...

O Dios, que trasladaste á tu confesor san Luis desde el reino de la tierra á la gloria del cielo; concédenos que por su intercesion y por sus méritos tengamos parte en el reino del rey de los reyes Jesucristo, tu único Hijo. Por nuestro Señor....

*La epístola es del cap. 10 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia IX, pág.* 180.

### NOTA.

« Entre todos los libros sapienciales, por cuyo autor está reconocido Salomon, el libro de donde se sacó esta epístola es el que por excelencia se llama *de la Sabiduría.* El fin principal que se propone su autor es la instruccion de los reyes y de los grandes, dirigiendo á ellos principalmente sus admirables máximas. »

### REFLEXIONES.

*Condujo el Señor al justo por caminos derechos.* En ninguna cosa resplandece mas la divina Providencia que en la economía que observa con los justos y los santos. Si solo se da oidos á la prudencia humana; si las cosas se miran no mas que con los ojos de la carne; y si únicamente se consultan las luces de nuestra escasa razon, parece que Dios se olvida de los buenos, y que reserva todas las prosperidades para los pecadores. ¡Cuántos hombres virtuosos pasan toda la vida entre adversidades y trabajos! Nada les sale bien; todo conspira á humillarlos; parece que su misma rectitud, la pureza de sus costumbres, aquella inviolable buena fe, su constante virtud les trae á casa todas las desgracias, al mismo tiempo que para los impíos y para los desalmados todas son dichas y prosperidades. Crecen como los árboles mas encumbrados. Vi al impío, dice David, en su mayor elevacion; víle descollar como los cedros del Líbano; pasé, volví, y ya habia desaparecido: *Et ecce non erat;* ni aun pude encontrar el lugar donde le habia visto elevado: *Et non est inventus locus ejus.* Esas continuas prosperidades en este mundo, por lo

comun son presagio cierto de las mayores desgracias. Un invierno sereno y apacible siempre causa enfermedades. Dios es el que guia al justo; ¿pues qué podrá temer logrando tal conductor? Viva seguro de que siempre irá por camino derecho. Los intentos de Dios son muy diferentes de los nuestros. ¿Quién no se hubiera lastimado de la triste aventura que sucedió al patriarca José? Su desgraciada suerte parecia dignísima de compasion. Es vendido á los Ismaelitas un tierno inocente niño; todo su delito fué su misma inocencia, su candor y su virtud; enciérranle en una oscura prision precisamente porque no quiso ser malo; con todo eso, su cautiverio y su prision fueron los grados por donde ascendió casi hasta igualar con el trono. Díme, prudencia humana, ¿hubieras tomado tú ese camino para hacer la fortuna de José, y para colocarle en el primer empleo de todo Egypto? ¿pareciérate ese camino muy derecho? Sin embargo, fué el único y el mas breve que pudo tomar para ser feliz y para ser grande. ¡Cuántos y cuántas censurarian las empresas de san Luis. Seguramente que no se acomodaban ni al gusto, ni á los discursos de la política; y por otra parte los desgraciados sucesos, así de Levante como del Africa, parecia que autorizaban la murmuracion de los cortesanos. ¡Cuántos grandes censurarian sus devociones, y seguramente no irian por el mismo camino si hubieran nacido en el trono como él! Con todo eso, ¿qué grande del mundo, qué príncipe, ni qué monarca ha merecido mayores elogios? ¿qué rey, ni qué emperador no quisiera tener la misma suerte?

*El evangelio es del capítulo* 19 *de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fué á un país

regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos : Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum : et miserunt legationem post illum, dicentes : Nolumus hunc regnare super nos. Et factum est ut rediret, accepto regno : et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus, dicens : Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illi : Euge, bone serve : quia in modico fuisti fidelis, eris potestatem habens super decem civitates. Et alter venit, dicens : Domine, ecce mna tua fecit quinque mnas. Et huic ait : Et tu esto super quinque civitates : Et alter venit, dicens : Domine, ecce mna tua, quam habui repositam in sudario ; timui enim te, quia homo austerus es : tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei : De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quòd ego homo austerus sum, tollens quod non posui, et metens quod non seminavi : et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam, ut ego veniens cum usuris utique exegissem illam? Et adstantibus dixit : Auferte ab illo mnam, et date

lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo : Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo : no queremos que este reine sobre nosotros. Y sucedió que, volviendo despues de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero parasaber cuánto habia negociado cada uno. Vino pues el primero, y dijo : Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo : Alégrate buen criado ; porque has sido fiel en lo poco serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo : Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dijo á este : Tú tambien serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo : Señor, hé aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo : porque te temí, por cuanto eres un hombre austero : tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor) : Por tu misma confesion te condeno, mal criado : Sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré : ¿pues porqué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dijo á los que presentes estaban ;

illi qui decem mnas habet; et dixerunt ei : Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis, quia omni habenti dabitur, et abundabit ; ab eo autem qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

Quitadle á este la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia ; pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

## MEDITACION.

### DE LA VERDADERA GENEROSIDAD CON DIOS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera generosidad con Dios consiste en no negarle cosa alguna. ¿Se le podrá nunca dar mucho aunque se le dé todo? ¿Y nos podrá pedir demasiado, aunque nos pida todo lo que tenemos, y todo lo que somos, aquel Señor de quien hemos recibido todo lo que somos y todo lo que tenemos? ¿Hay alguno en el cielo ni en la tierra que pueda entrar en concurrencia con Dios? y este Dios ¿se podrá contentar con partijas, ni con mitades? A tu corazon apocado le parece mucho cuando da á Dios alguna cosa; pero un corazon generoso, haga lo que hiciere por Dios, todo le parece poco; y le parece bien. Respecto de Dios, toda reserva es como una especie de hurto. La verdadera generosidad pide que nada se le niegue; es decir que se le sea fiel en todos tiempos y en todas cosas. Este es el punto mas importante de la vida espiritual practicándole bien, sin poner límites, sin aflojar nunca, sin sufrir interrupcion ni vacío en los ejercicios de virtud y en los progresos de la gracia. Aquel es verdaderamente generoso, que, sin restriccion y sin levantar la mano, hace todo lo bueno que puede, y lo mejor que le es posi-

ble. Mas el que concede á su corazon la mas mínima excepcion en el servicio de Dios, ese ya decae de aquella noble generosidad. ¡Buen Dios, y cuántos cobardes hay entre los que se dedican á vuestro servicio! ¡cuántos perezosos se encuentran entre ellos! Conténtanse con no hacer cosa mala; pero ¿hácen todas las cosas buenas que debieran? Cotejemos nuestra fidelidad, nuestro fervor y nuestra generosidad con la de aquellos generosos siervos de Dios que tanto arrebatan nuestra admiracion. Estos son nuestros modelos; ¿nos parecemos mucho á ellos? Vuelve la reflexion hácia la vida cristiana, y hácia las heróicas virtudes de san Luis: ¡qué humildad en la elevacion del trono! ¡qué piedad en todos los ejercicios de religion! ¡qué caridad con los pobres! ¡qué afabilidad con sus criados! ¡qué mortificacion entre la púrpura y entre las delicias de la corte! ¡qué generosidad con Dios por todo el tiempo de su vida! Nosotros profesamos la misma religion, tenemos las mismas leyes, servimos al mismo dueño; pero ¿le servimos con la misma fidelidad?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que pocas almas hay verdaderamente generosas para con Dios, aun entre aquellas mismas que hacen profesion de estar dedicadas á su servicio. ¡Cuántas partijas hacen de su corazon y de sus afectos! ¿Aman a Dios con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas? Este es no obstante el primer mandamiento; la basa y el cimiento de todas las virtudes cristianas. ¡Pero cuántas reservas hay en todos los sacrificios que se le hacen! El amor propio siempre se levanta con la mejor porcion, y por decirlo así, con toda la sustancia. Bastardea el dia de hoy la virtud de las personas mas ajustadas. Son pocos los que andan sin pararse; pocos, los que ponen

mano al arado sin mirar atrás. ¿Hállanse por ventura en nuestros tiempos muchas de aquellas almas generosas que no desistan, ó á lo menos que no se paren al salirles al encuentro las menores dificultades? ¿hállanse muchas de aquellas almas puras, que en todas las obras solo busquen pura y precisamente la mayor gloria de Dios? ¿que no tengan otro fin en los sagrados ministerios de su zelo? ¿atiéndese únicamente a la voz de Dios en nuestras empresas, en nuestros proyectos y en nuestras ideas? ¿es posible que en ellas nunca se da oidos á las voces de la carne y sangre? ¿extinguiéronse las pasiones en esos corazones que se dicen cristianos? ¿están por lo menos domadas, humilladas, abatidas en esa alma que hace profesion de virtuosa? Consultemos esa tibieza y ese cobarde temor que reina aun entre nuestros fervores; consultemos esos pusilanimes respetos humanos, que nos hacen tan tímidos en las ocasiones de declararnos por Dios; consultemos esa eterna aplicacion á nuestras comodidades, esa delicadeza que llega á ser melindre y nimiedad, esas amistades, esos apegos, esas inclinaciones tanto mas peligrosas en la vida espiritual, cuanto parecen menos groseras; consultemos en fin esas obligaciones y esas menudencias de nuestro estado, en que tanto nos descuidamos, ó las cumplimos tan imperfecta y tibiamente; y concluyamos de todas estas imperfecciones y de todos estos defectos, que verdaderamente somos unos cobardes.

Pero ¿será posible, Señor, que todo este conocimiento, y toda esta triste confesion se ha de reducir á un inútil y estéril arrepentimiento? No, divino Maestro mio : ya no mas infidelidad en vuestro servicio. Desde este mismo punto quiero comenzar á amaros con ternura, y á serviros con generosidad. Toda mi confianza la coloco en vuestra infinita misericordia. Dadme gracia para que generosamente os sirva.

## JACULATORIAS.

*Diligam te, Domine, fortitudo mea.* Salm. 17.
Amaréte, Señor, espíritu y fortaleza mia.

*Quis nos separabit à charitate Christi?* Rom. 8.
¿Quién será capaz de apartarme del amor de mi Señor Jesucristo?

## PROPOSITOS.

1. Asombro es que se sirva á Dios con negligencia; sobre todo si se considera que es Dios el Señor á quien se sirve. Si quieres servirle con generosidad, procura estar contínuamente en su presencia, ya no haciéndote violentos esfuerzos, ó estando en una ansiosa inquietud para lograrlo, sino por medio de una dulce, amorosa y sosegada atencion. Hay algunas almas que se contentan con recogerse tres ó cuatro veces al dia, y por lo demás dejan vaguear libremente al espíritu, guardándose solo de cometer alguna culpa. Estas personas no son absolutamente malas, pero pierden inmensos tesoros de gracia; y como son poco liberales con Dios, quédanse así, andan toda la vida arrastrando, y nunca arriban á la perfeccion. Si quieres conservar esta dulce presencia de Dios, destierra de tí toda accion de lijereza, toda vana curiosidad y toda conversacion inútil. La entera abnegacion de sí mismo, y el total desprendimiento de las criaturas, es el camino para lograr una contínua memoria de Dios.

2. El ejercicio de esta misma abnegacion es tambien un soberano medio para conseguir aquella noble generosidad de corazon, de que vamos hablando. Hay muchas almas que se mortifican algunas veces;

pero las almas generosas siempre y en todo se mortifican. La perseverancia en este ejercicio es uno de los puntos que mas contribuyen á aprovechar mucho en la vida espiritual. A un corazon generoso jamás se le ofrece ocasion de mortificarse, que no la abraze; como aquellos hábiles comerciantes que nunca malogran ocasion de adelantar el negocio. Si deseas tener esta generosidad con Dios, despréndete enteramente de las criaturas. Una alma generosa rompe con valor todas las prisiones para ponerse en libertad; la cobarde y la pusilánime gime siempre debajo de la cadena, sujeta á la esclavitud de sus desordenadas pasiones. Pon en ejecucion estos saludables consejos; pues no se conoce lo que vale esta generosidad, sino cuando se tiene la dicha de lograrla.

---

## DIA VEINTE Y SEIS.

### SAN ZEFERINO, PAPA Y MÁRTIR.

Fué san Zeferino romano de nacimiento, hijo de Abundio, y salió á la luz del mundo hácia la mitad del segundo siglo. No se sabe cosa cierta de los primeros años de su edad; y todo lo que se puede decir es, que sus padres fueron cristianos de aquellos que honraban la religion con su bondad, con su rectitud, y con la irreprensible pureza de sus costumbres. Era Roma á la sazon no solo el centro de la fe, sino el modelo de las virtudes, y el teatro de la generosidad cristiana. Concurríase á ella de todas las partes del mundo para admirar el prodigioso número de cristianos de todos sexos, edades y condiciones que florecian en aquella capital del universo y para obser-

var la excelencia de sus virtudes, con el fin de aprovecharse de sus ejemplos. Por este elevado concepto que se hacia de los fieles que vivian en Roma, podemos formar alguno de la eminente virtud y del extraordinario mérito de nuestro santo; puesto que, muerto el papa san Víctor, el mismo Dios declaró con señales visibles y milagrosas que en todo el clero no habia otro mas digno que Zeferino para gobernar la Iglesia.

Era emperador Severo, y no se habia visto en su tiempo ni mas encendido, ni mas devorador el fuego de la persecucion. Necesitaba la Iglesia en aquellas circunstancias de un papa tan generoso, como santo. Once dias habia que, unidos los fieles con el clero, se le pedian continuamente á Dios con incesantes y fervorosas oraciones; cuando el cielo se declaró visiblemente en favor de Zeferino, bajando el Espíritu Santo en figura de paloma sobre su cabeza, donde reposó un breve espacio de tiempo, y luego desapareció. Basta para elogio de su mérito esta señal tan pública de una eleccion tan especial, y de un amor del cielo tan distinguido, así como bastó para unir en su favor todos los votos. Fué, pues, nombrado por sucesor de san Víctor el año 202 con aplauso universal de todos los fieles.

Conocióse muy luego el particular cuidado que tenia Dios de su Iglesia por la milagrosa eleccion de san Zeferino para gobernarla en un tiempo en que mas que nunca tenia necesidad de un papa santo. El primer año de su pontificado, y décimo del emperador Severo, fué puntualmente el mismo en que aquel príncipe, que hasta entonces se habia mostrado tan favorable á los cristianos, publicó edictos que excitaron contra la Iglesia una horrible persecucion. Entonces reconoció el santo los altos designios de la divina Providencia en elevarle á la silla pontifical durante

aquella furiosa y deshecha tempestad. No se espantó, ni se acobardó. Sus primeros pensamientos, á impulsos de su fervoroso zelo, y de su abrasado amor á Jesucristo, fueron salir al público como buen pastor para derramar la sangre en defensa de su rebaño, y señalar con el martirio los principios de su pontificado. Pero reflexionando que no se perdonaria al rebaño por la muerte del pastor, y que, destituida del piloto la navecilla de la Iglesia, fluctuaria mas a violencias de las encrespadas olas, juzgó que debia mirar por sí para consuelo de sus hijos. Mas no por eso perdonó cuidados, desvelos, ni trabajos para alentar a los cristianos, y para socorrerlos en aquella pública desolacion. Corria dia y noche las casas de los particulares; penetraba las cavernas y los lugares subterraneos, donde por el miedo de la tempestad se habian refugiado los mas tímidos; animábalos con sus palabras, exhortabalos con sus discursos, fortalecíalos con los sacramentos, y los sustentaba con sus limosnas. A los confesores los alentaba en los calabozos; acompañaba á los mártires hasta los cadalsos; y despreciando generosamente los peligros, era pródigo de sus fatigas y de su zelo. En fin, despues de nueve años de persecucion, tuvo el consuelo de ver restituida la paz á la Iglesia con la muerte del emperador Severo. Aprovechose el santo pontífice maravillosamente de esta calma para mantener en la Iglesia la pureza de la fe contra los enemigos domesticos que la combatian.

Nunca lo hacian los herejes con mayor violencia, que en las treguas, ó en aquellas calmas que le permitian los gentiles. Proseguian sembrando sus errores ciertos teólogos que habia condenado el papa Victor. Atacolos san Zeferino con tanto brio y con tan esforzado vigor, que mereció la gloriosa nota con que le honraron los mismos herejes, de ser el primero que habia

tenido valor para defender contra ellos la divinidad de Jesucristo; y por solo esto, cuenta san Optato á nuestro santo en el número de los santos doctores que combatieron contra las herejías.

Cierto hombre vano y atrevido, llamado Praxeas, de nacimiento asiático, habia venido á Roma en el pontificado de san Victor, predecesor de nuestro santo, y al principio se declaró contra los montanistas; pero el orgullo le precipitó á él mismo en muchos errores. No reconocia mas que una sola persona en la Trinidad; decia que el Padre habia sido crucificado; por lo que á sus sectarios se les dió el nombre de *Patripasianos*; y en fin, Praxeas se hizo heresiarca. No perdonó el santo pontífice medio alguno para sacarle de aquel abismo de errores y de extravagancias; convencióle, confundióle y le convirtió. Abjuró sus errores, recibióle con benignidad, y le restituyó al gremio de la Iglesia. Pero como las cabezas de partido casi nunca se convierten de buena fe, habiendo pasado Praxeas à Africa, reincidió en sus desvaríos, y murió infelizmente en la herejía.

Pero otro suceso mas dichoso consoló á nuestro santo, y le compensó aquella pérdida. Natal, ilustre confesor de Jesucristo, tuvo la flaqueza y la desgracia de hacerse cabeza de los teodorianos, adoptando su herejía, por un sórdido motivo de avaricia. No queriendo rendirse á los saludables consejos, ni á los convincentes argumentos del santo pontífice, fué rigurosamente castigado la noche siguiente por mano de los ángeles. Como este castigo era efecto de la misericordia de Dios que le queria salvar, le hizo dócil. Apenas amaneció cuando, vestido de un saco, y cubierta de ceniza la cabeza, fué Natal á echarse á los piés de san Zeferino, interponiendo los ruegos y las instancias de los fieles para conseguir la gracia de volver á la comunion de la Iglesia. Despues que le

hizo purgar su pecado por medio de una saludable penitencia, y dar satisfaccion del escándalo á los fieles, le recibió con benignidad; y el arrepentido Natal, en testimonio de su dolor, abrazó con grande humildad las rodillas de todos los legos, pidiéndoles perdon del mal ejemplo que les habia dado con su infidelidad, y siendo su perseverancia la prueba mejor de la sinceridad de su penitencia.

Desagradó á Tertuliano una indulgencia tan conforme al espíritu de Jesucristo con los pecadores verdaderamente arrepentidos. Aquel genio naturalmente austero y duro, lleno de propia estimacion, censuró altamente la suavísima conducta de aquel buen pastor, que, como amoroso padre, usaba del rigor cuando le juzgaba necesario para el mayor bien de sus hijos, y echaba mano de una prudente blandura cuando la creia saludable. Afligió sensiblemente al santo pastor y á toda la Iglesia la funesta caida de aquella columna de ella. Dejándose llevar Tertuliano de aquella su genial excesiva severidad, efecto de su orgullo, se precipitó en errores muy groseros, defendiéndolos con pertinacia, y tuvo la desdicha de morir hereje.

Publicó san Zeferino muchos decretos provechosos para la disciplina eclesiástica. Prohibió que se consagrase la preciosa sangre de Jesucristo en cálices de madera, como se hacia entonces por la extrema pobreza de los fieles. Mandó que las órdenes de los ministros de la Iglesia se celebrasen en público, queriendo que fuese notoria á todos su inocencia y la pureza de costumbres á toda prueba. Ordenó que ningun obispo pudiese ser juzgado sino por el sumo pontífice, ó por autoridad subdelegada suya; que todos los fieles comulgasen en la Pascua; y que, siempre que celebrase el obispo, se hallasen presentes algunos presbíteros y algunos diáconos. Otros

muchos decretos publicó el santo pastor, que acreditan su atencion y vigilancia, su vasta comprension, una capacidad que nada se le escondia, y su infatigable zelo sobre todas las diferentes necesidades de la Iglesia. En fin, colmado de méritos y consumido de trabajos, terminó su santa vida despues de diez y ocho años de pontificado, con la corona del martirio, el dia 26 de enero del año 221, siendo emperador Antonino Eliogábalo. Su cuerpo fué enterrado en el cementerio de Calixto en la via Apia, de donde despues se trasladó á una de las iglesias de la ciudad.

## MARTIROLOGIO ROMANO

En Roma, san Zeferino, papa y mártir.

En dicha ciudad, san Ireneo y san Abondo, mártires, quienes, por haber, en tiempo de la persecucion de Valeriano, sacado el cuerpo de santa Concordia de una cloaca donde le habian arrojado, fueron arrojados en la misma cloaca. El presbítero Justino los sacó de allí, y fueron enterrados en una cripta cerca de san Lorenzo.

En Vintimille, ciudad de Liguria, san Segundo, mártir, varon distinguido, y uno de los jefes de la legion Tebana.

En Bérgamo en la Galia Cisalpina san Alejandro, mártir, perteneciente a dicha legion, quien, confesando con gran constancia el nombre de Jesucristo, acabó su martirio por medio de la degollacion.

En el país de los Marsos, san Simplicio y sus hijos san Constancio y san Victoriano, que, atormentados desde luego de diferentes maneras bajo el poder del emperador Antonino, alcanzaron la corona del martirio labrada con los golpes de la segur.

En Nicomedia, el martirio de san Adriano, hijo del emperador Probo, el cual, echando en cara á Licinio la

persecucion suscitada contra los cristianos, fué condenado á muerte por su órden. Domicio, obispo de Bizancio, tio suyo paterno, enterró su cuerpo en Argiropolis.

En España, san Víctor, muerto por los Moros en odio de la religion de Jesucristo.

En Capua, san Rufino, obispo y confesor..

En Pistoya, san Félix, presbítero y confesor.

En Lima en el reino del Perú, santa Rosa de Santa María, vírgen, de la órden tercera de santo Domingo.

En Poitiers, san Gelasio, obispo.

En Nevers, san Eulado, obispo.

En Auxerre, el tránsito de san Eleuterio, obispo.

En el Mans, santa Tenestina, vírgen, primera religiosa de la abadía del Prado.

Entre los Griegos, san Ibistion, confesor.

En la Tebaida, san Titoes, segundo superior de los religiosos de san Pacomio.

En Cambridge en Inglaterra, santa Panduina, vírgen.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:*

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus; ut beati Zepherini, martyris tui atque pontificis, cujus gaudemus meritis, instruamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum..

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que, al mismo tiempo que celebramos los merecimientos de tu bienaventurado mártir y pontífice san Zeferino, nos aprovechemos de sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo....

*La epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu

Hermanos: Bendito sea al Dios y el Padre de nuestro Se-

Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis, scientes quòd sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

ñor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien del consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor

## NOTA.

«Esta segunda epístola de san Pablo á los Corintios es como apéndice ó suplemento de la primera. Escribióla en Macedonia poco despues que esta, y algunos meses antes que escribiese la epístola á los Romanos.»

## REFLEXIONES.

*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo.*

Las vanas y pasajeras alegrías pueden nacer en nosotros de tantos principios, cuantos son los objetos en que colocan su satisfaccion nuestras pasiones; pero el verdadero y el sólido consuelo no tiene otro principio que Dios; todo nace de él únicamente; por tanto, es puro, tranquilo y lleno, cuando los demás que se derivan de las criaturas son mixtos, inquietos, y no satifacen; antes en vez de apagar la sed, la encienden mas. El mismo Dios que consuela, es el que perdona; y nos consuela plenamente despues de habernos perdonado. Dios es mi Padre y Padre de las misericordias; luego necesariamente ha de ser para mí un Dios de todo consuelo, mientras yo no ponga estorbo á su bondad. Es Dios de todo consuelo; y esto quiere decir que no hay consuelo fuera de él. Es error buscarle en otra parte; pues fuera de Dios solo se encuentran cuidados inútiles, inquietudes, pesadumbres y amarguras. Consuélannos los amigos; pero todos sus consuelos no llegan al corazon; y este es el único que tiene necesidad de consuelo, porque en él reside la tristeza. Consuélannos los entretenimientos, las diversiones y los placeres; pero todo su consuelo no pasa de los sentidos. Entre este tumulto de embelesos superficiales, en medio de todos esos exteriores divertimientos, está el corazon despedazado con crueles amarguras. En fin, las criaturas nos consuelan, pero sus consuelos son totalmente forasteros á un pobre corazon atribulado. ¡Buen Dios! ¿cuándo querrá el corazon humano comprender una verdad que está experimentando cada dia? Es muy propio del estado y muy ventajoso al cristiano el padecer; pero no es menos propio de la bondad de Dios el sostener y el consolar al cristiano en sus trabajos. Si no experimentamos los efectos de esta divina bondad, es porque nos hacemos indignos de ella. Tengamos en ella una entera confianza, y experimentaremos

sus dulces efectos. Es el Señor Dios de todo consuelo; y hombres de todo consuelo debieran ser sus ministros. En su pecho deben los fieles derramar su corazon, y hallar en él alivio para todas sus tribulaciones. Ni la dureza, ni la severidad, ni el excesivo rigor, que solo sirven para desesperar al pecador, y para desterrar de él toda confianza, son el carácter de los verdaderos ministros de Jesucristo.

*El evangelio es del capítulo* 16 *de san Mateo, y el mismo que el dia II, pág.* 32.

## MEDITACION.

### DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

### PUNTO PRIMERO.

Considera si tienes algun negocio que te importe mas, si le tienes de mayor consecuencia, ni es posible que tengas otro en que te intereses tanto como en el negocio de tu salvacion.

No se trata ahora de perder ó de ganar un pleito en que se atraviesa toda tu fortuna temporal; tampoco se trata de ser feliz ó desgraciado por toda la vida; un negocio como ese seria muy importante á la verdad; pero al fin no seria de infinita consecuencia. Ser siempre desgraciado, padecer hasta la muerte, seria grande desdicha; pero al cabo no seria sin recurso. Tratase ahora de una felicidad ó de una infelicidad eterna; trátase de poseer á Dios eternamente en la mansion de los bienaventurados, ó de ser precipitado en los infiernos, y condenado sin esperanza de remedio á las llamas sempiternas. De esto se trata cuando se habla del negocio de la salvacion. Pregunto ahora: ¿Es de alguna consecuencia, merécenos al-

gun cuidado, alguna atencion este importante negocio?

¡Ah! que al fin se acaba la vida. ¿Y de qué sirve en la muerte haber sido rico, poderoso, afortunado segun la idea del mundo? Llega la muerte, y con la muerte todo se nos huye, todo se nos desvanece; la vida mas larga y mas dichosa se nos representa como un sueño. Llega la muerte; y en la muerte la nobleza, las dignidades, los empleos, los honores, todos se exhalan como humo; todos son títulos que se desaparecen en el aire. Pero ¿qué suerte me espera? Si me salvo, esto solo me compensa bien la pérdida de todo lo demas; pero si me condeno, si el infierno va á ser mi sempiterna morada, si paso desde la cama al fuego eterno, ¿quién me consolará en mi desdichada suerte? ¿quién me compensará esta pérdida? ¡y una pérdida que fué obra de mis manos, una pérdida ques es sin recurso, que no admite remedio!

¡Y es posible que se piense en el negocio de la salvacion á sangre fria! ¡es posible que se nos pase dia alguno sin trabajar en este negocio! ¡es posible que acaso haremos estas reflexiones, y no por eso tendremos mas juicio!

¡O mi Dios, y cómo lloro mi ceguedad y mi error! Pasáronse ya la mayor parte de mis dias, y acaso no he comenzado á trabajar en este negocio. ¿Qué no mereceré si dilato un solo dia el dedicarme á trabajar en él?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera de que les sirve ahora á aquellos ricos que se condenaron haber gozado gruesas rentas, haber tenido grandes dictados, haber disfrutado hermosas y dilatadas posesiones. ¿Qué equivalente puede haber al perderse eternamente? Perdí el cielo,

perdí á Dios; pues todo lo perdí, y lo perdí sin remedio.

¡Ah, y cuánto ganaron tantos millones de mártires en haber perdido la vida por Jesucristo! Un suplicio de pocos minutos, y á lo mas de algunos dias: pero demos que fuesen los mayores tormentos, y que durasen por muchos años; ¿qué proporcion tienen todos los trabajos de la vida presente con la gloria venidera? ¿podráse nunca comprar á precio excesivo la posesion y la felicidad del mismo Dios? ¡O Señor, qué prudentes, qué discretos fueron aquellos santos, aquellas almas penitentes y mortificadas que todo lo sacrificaron por salvarse! Grandes del mundo, dichosos del siglo, vuestras máximas, vuestra conducta en el negocio de la salvacion, ¿os acreditan mucho de discretos y de prudentes?

Papa era san Zeferino; y luego que se vió sobre la primera silla de la Iglesia, todas sus ansias fueron derramar la sangre por Jesucristo. ¿Y á quién jamás le pasó por el pensamiento lastimarse de su suerte? Encontró, en fin, la corona del martirio, despues de haber suspirado tanto por ella. ¡Ah, que el perder la vida por Jesucristo es verdaderamente hallarla! ¡y qué poco les duelen sus propios, sus verdaderos intereses á aquellas pobres personas que pasan una vida entregada á los deleites, á las diversiones, á la delicadeza y al regalo!

El rico avariento es sepultado en los infiernos, mientras Lázaro el leproso pasa del hospital á la gloria. Por mas pobre, desconocido y despreciado que hayas vivido, si te salvaste, labraste tu fortuna. La salvacion vale por todo; y sin ella la mas alta fortuna nada vale.

Os he costado yo mucho, divino Salvador mio, para que me dejeis perder. Confieso con el mas vivo dolor que lo tengo bien merecido, y que es inevitable mi

pérdida si de aqui adelante no me aplico mas de lo que me he aplicado hasta aquí á trabajar en el negocio de mi salvacion. Pero ya se acabó, y mi partido está tomado; desde este momento será mi salvacion todo el objeto de mis cuidados, de mis ansias y de mi contínua aplicacion. Este es mi único negocio, y de hoy en adelante no quiero ocuparme en otro; ni, hablando en rigor, hay otro que merezca este nombre, ni que sea digno de todos mis desvelos.

## JACULATORIAS.

*Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur?* Matth. 16.

¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

*Quàm dabit homo commutationem pro anima sua?* Matth. 16.

¿Qué precio equivaldrá á la pérdida del alma?

## PROPOSITOS

1. Renueva cada dia estas jaculatorias en la oracion de la mañana, y repite muchas veces, especialmente cuando te ejercitas en tu oficio, cuando emprendes algun negocio, ó cuando das principio á alguna obra: *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? ¿De que me servirá esto que voy á hacer para mi salvacion?* Es práctica muy útil, y conviene á todo genero de personas.

2. Imponte una inviolable ley de tener un dia de retiro cada mes. Al cabo del mes no es mas que un dia; ¿y quién se podrá racionalmente negar á dedicar

en todo el mes un solo dia únicamente al negocio de la salvacion, que el solo debiera ocupar toda la vida? Hállase tiempo para los negocios temporales, para las diversiones y para los amigos; ¡será posible que nunca nos falte sino para la salvacion de nuestra alma! Casi toda la vida se pasa en ajustar cuentas, en examinar libros, en aumentar fondos y en percibir rentas; ¿será mucho dedicar un solo dia al mes en examinar las cuentas que hemos de dar á Dios, el estado de nuestra conciencia, el uso y lo que producen los talentos recibidos, y los medios de reparar las quiebras espirituales que se han padecido? Bien se puede asegurar que de esta práctica depende la perseverancia y la salvacion de muchas almas.

## DIA VEINTE Y SIETE.

### SAN CESAREO OBISPO DE ARLÉS.

San Cesáreo, una de las mayores lumbreras de la iglesia galicana, nació el año de 469 en el territorio de Chalons, á las margenes del rio Saona, de padres distinguidos por su antigua nobleza; pero mucho mas por su ejemplar piedad. Tomó el gusto á las cosas de Dios desde su niñez. Aun no tenia siete años, y ya se enternecia á vista de un crucifijo ó de otra cualquiera imagen devota. Volvió un dia á casa medio desnudo, y sus piadosos padres quedaron gustosamente sorprendidos cuando supieron que habia dado parte de sus vestidos á un necesitado. Creciendo su virtud con la edad, y su disgusto del mundo con el amor de Dios, sin dar noticia a sus padres, se fué á buscar al obispo de Chalons, y le suplicó que le cor-

tase el cabello, y que con la tonsura le concediese el hábito clerical. Estaba ya muy informado el obispo de la virtud del santo niño, y no solo le concedió todo lo que le pedia, sino que tambien le agregó al clero de su iglesia á pesar de las oposiciones de su familia.

Pero deseoso todavía de vida mas perfecta y distante de la vista de sus padres, tomó la resolucion de hacerse religioso en el célebre monasterio de Lerins, sito en la Provenza. No pudo emprender su fuga con tanto secreto, que su madre no la llegase á entender. Despachó al punto algunos criados tras él, pero nunca le pudieron alcanzar. Tambien se asegura que el demonio hizo cuanto pudo para estorbar sus santos intentos. Fuéle siguiendo por mas de una legua un endemoniado, gritando con todas sus fuerzas: *Cesáreo, no pases adelante; detente Cesáreo.* Fatigado el virtuoso mancebo de aquellos importunos gritos, se paró; hizo la señal de la cruz en una taza que llevaba, habiéndola llenado de agua, diósela á beber al poseido, y al punto quedó libre de tan enfadoso huésped.

Llegando á Lerins, le dió el hábito de monje san Porcario, abad del monasterio. En breve tiempo se hizo admirar de todos los religiosos el fervor, la devocion y la modestia del jóven novicio. Profesó, y viéndose ligado á la religion con los sagrados votos, soltó las riendas á su fervor. Parecia haber nacido sin pasiones; y en fuerza de su contínua mortificacion, perdió el uso de los sentidos. Era perpetuo y riguroso su ayuno; gastaba en oracion y en leccion el tiempo dedicado al descanso; por su apacibilidad, por su com postura y por su íntima union con Dios, no era conocido por otro nombre que por el del *ángel del monasterio.* Arruinaron su salud los rigores de su penitencia. juntos á la delicadeza de su complexion. Hizo su santo abad cuanto pudo para que la recobrase; pero viendo que nada aprovechaban los remedios ni su

paternal cuidado, juzgó que le haria mas provecho la mudanza de aires. Envióle á la ciudad de Arlés á casa de un ciudadano muy conocido en ella, que se llamaba Fermin, y con su mujer Gregoria se ejercitaba en obras de caridad con los pobres y con los religiosos enfermos. Enamorado Fermin de la extraordinaria virtud de Cesáreo, le trató como á hijo suyo, cuidó de su salud con cariñoso desvelo, logró reparársela del todo; y pareciéndole que le hacia doble beneficio, le puso bajo la disciplina de Pomerio, célebre retórico, para que le perfeccionase en la elocuencia y en las letras humanas. Pero pedia Dios á Cesáreo otro estudio mas serio y mas conforme á los designios de su divina Providencia. Así se lo manifesto en una vision, y desde entonces únicamente se dedicó al de la religion y de la sagrada Escritura.

Visitando un dia Fermin al obispo Eona, le dijo en la conversacion que tenia hospedado en su casa á un monje de Lerins, mozo de un mérito nada vulgar. Llamóle el prelado; hízole varias preguntas acerca de su país y de su familia; reconoció por ellas que era su pariente, y con beneplácito de su abad le detuvo en su palacio, y le incorporó en la clerecía de Arlés. Confirióle luego los sagrados órdenes, y poco despues le ordenó de presbítero. La nueva dignidad le hizo mas humilde y mas mortificado. Acordándose que era religioso, quiso parecer siempre lo que era. Nunca mudó su modo de vivir; siempre el primero á los divinos oficios, siempre mas penitente, mas caritativo y mas devoto; era para él el palacio episcopal lo mismo que el monasterio. Habia fundado uno san Honorato en el arrabal de la ciudad, y situádole en una isleta que forma el Ródano, llamada la Camarga. Hízole abad el obispo, y el santo le gobernó tres años con tanto zelo, con tanta prudencia y con tanto acierto, que, habiendo caido enfermo el obispo de

la enfermedad de que murió, deseó mucho no tener otro sucesor que a Cesáreo. Muerto el prelado, fue electo Cesáreo para sucederle por unánime consentimiento. A todos agradó la eleccion menos á él; resistióse, huyó, escondióse; pero todo fue en vano; era menester rendirse á un llamamiento de Dios tan descubierto.

Luego que Cesáreo fué elevado á la silla episcopal, reconocieron todos que tenian en él un perfecto sucesor de los apóstoles. Correspondió su zelo á su eminente virtud, y á su zelo el fruto de sus trabajos. Predicaba regularmente dos veces al dia, por la mañana y por la tarde, y siempre con eficacia y con maravillosa mocion. Parecia que registraba lo mas interior de los corazones segun las vivísimas pinturas que hacia de las costumbres y de los desórdenes de su tiempo. Tenia singular talento para descubrir y para curar las enfermedades del alma. Su caridad con los pobres jamás le permitia dejar á alguno sin socorrerle; solia decir que las rentas del obispo eran la pension que la Iglesia tenia consignada para alimentos de los necesitados. Ningun pastor excedió á nuestro santo en el cuidado de su rebaño. En toda su diócesis no hubo aldea, choza ni cabaña, que no viese todos los años á su obispo, ni persona alguna que se escondiese á su vigilancia pastoral. Si manifestó su zelo en reformar los abusos, en desarraigar los vicios, y en restablecer la disciplina, no resplandeció menos en conservar entre sus ovejas la pureza de la fe. Combatió principalmente la herejía de los arrianos que profesaban los Godos, dueños á la sazon de la provincia. No explicó menos su zelo en atacar á los pelagianos, y especialmente á los semipelagianos, cuyo número era el mayor. Ni su caridad se estrechaba á los límites de su diócesis. Enviaba á los reinos comarcanos muchas copias ó traslados de

sermones que supliesen la falta de predicadores, y facilitasen la sana instruccion de los fieles. Tambien se aplicó á arreglar el oficio y culto divino, y a desterrar de los templos las conversaciones inutiles, las posturas indecentes, los trajes y modales desenvueltos, y en fin, todo lo que olia á profanidad. En medio de tantos trabajos, jamás se dispensó en alguna de sus acostumbradas penitencias; y causaba admiracion cómo podia hacer tantas limosnas con rentas tan moderadas. Fundó hospitales, así para los enfermos, como para los peregrinos ó forasteros, y tambien fundó algunos monasterios.

Siendo nuestro santo tan agradable a Dios, no le podian faltar tribulaciones. Hallóse expuesta su paciencia á tristes y prolongadas pruebas. Reinaba á la sazon en España Alarico II, rey de los Visogodos, y se extendian sus estados á la Aquitania y a la Galia Narbonense, que comprendia el Langüedoc y gran parte de la Provenza. Aunque era arriano el monarca, permitia á los obispos católicos que se juntasen para la conservacion de la fe y para atender á la disciplina eclesiástica. Convocóse un concilio en la ciudad de Agda el año de 506. Presidió en él san Cesáreo, á quien los obispos respetaban como á su maestro por su doctrina y por su virtud. Halláronse en este concilio treinta y cinco obispos, que hicieron setenta y un cánones de mucha importancia para la disciplina. Ordenaba el décimooctavo que todos los fieles comulgasen tres veces al año, por Pascua, por Pentecostés y por Navidad, añadiendo que los que faltasen a esto no serian tenidos por católicos. Era san Cesáreo rigido zelador y muy observante de los sagrados cánones, por lo cual los hacia observar á todos con su acostumbrada exactitud. Desagradó á muchos este zelo; formaron contra el santo una especie de conjuracion, y no perdonaron medio alguno para desacre-

ditarle y para perderle con Alarico, forjando contra él mil calumnias. Estaba á la frente de los mal contentos Liciniano, notario de su iglesia, y acusó al santo de que favorecia secretamente á los Borgoñones. Movido de esta falsa acusacion, echó el rey á Cesáreo de su iglesia, y le desterró á Burdeos. Sufrió el santo con heróica paciencia las incomodidades de su destierro. Conocieron los de Burdeos su inocencia luego que fueron testigos de su santidad. Prendióse fuego en la ciudad, y no se halló otro medio para atajar el incendio, que recurrir á las oraciones del santo. Apenas se puso en oracion á vista de las llamas cuando estas se apagaron. Informado Alarico del milagro y de la ejemplar paciencia con que llevaba su destierro, le restituyó á su iglesia. Fué recibido en ella con públicas demostraciones de alegría; pero no duró mucho la calma. Derrotado Alarico por Clodoveo en los llanos de Poitou, perdió con la corona la vida.

Sucedióle Teodorico, rey de los Ostrogodos en Italia, y luego se halló con los Franceses y con los Borgoñones entre los brazos, sitiando unos y otros la ciudad de Arlés. Pasóse al campo de los sitiadores un eclesiástico mozo pariente de san Cesáreo, y de aqui se tomó pretexto para una nueva calumnia. Los arrianos y los judíos, que formaban el partido mas poderoso, y eran enemigos de la religion de nuestro santo, le acusaron á los ministros del rey de que tenia inteligencia con los Franceses y los Borgoñones, y trataba de entregarles la ciudad. Bastó esto para suponerle reo; echaron mano de él: encerráronle en una horrorosa prision, y ya se trataba de arrojarle al Ródano, cuando dichosamente se interceptó una carta de cierto judío, que prometia á los sitiadores hacerlos dueños de una puerta de la ciudad, como libertasen del saqueo á todos los de su nacion. Conocióse por esta casualidad la inocencia del santo. Sacáronle del

calabozo, pusiéronle en libertad. y solo se aprovechó de ella para asistir á una multitud de personas desamparadas que se refugiaron a la ciudad despues de levantado el sitio. Viendo san Cesáreo que se las dejaba perecer de hambre y de miseria, despues de haber vendido todo cuanto tenia para socorrerlas, hizo fundir los vasos sagrados de oro y plata que servian al altar para pagar el rescate de los prisioneros, y para sustentar á los que estaban en peligro de morir de necesidad.

Esta generosa caridad, admirada de todos los buenos, irritó el corazon de los envidiosos, que no podian sufrir su virtud, y dió pretexto á otra nueva calumnia. Diósele á entender á Teodorico que Cesáreo habia destruido y puesto pobre á su iglesia por enriquecer á los Franceses y á los Borgoñones, y que fomentaba siempre en los pueblos cierto espíritu de sedicion. Mandóle el rey comparecer en Italia para responder á los cargos que se le hacian. Obedeció el santo; pasó á Ravena, y presentóse al rey con aquella serenidad de semblante y con aquel sosiego de corazon que inspira la buena conciencia. Bastó su presencia para disipar las impresiones del monarca. Luego qué le vió, se sintió penetrado de la mayor veneracion y respeto al santo obispo; no le permitió hablar ni una sola palabra en punto de su justificacion, colmóle de honores, hízole ricos presentes que admitió Cesáreo; pero el mismo dia los empleó todos en rescatar á cuantos prisioneros de su diócesis se hallaban en Italia. No pudo menos de admirar y de publicar el mismo rey una caridad tan asombrosa. Noticioso el papa Símaco de que san Cesáreo estaba en Ravena, le quiso ver. Fué recibido del pontífice, del clero y de los senadores de Roma con aquellos honores que solo se tributan á la virtud y á un mérito extraordinario. Su presencia aumentó su

reputacion. Concedióle su Santidad el palio, y permitió que los diáconos de su iglesia llevasen dalmaticas como los de la iglesia de Roma.

Restituido á ella san Cesáreo, gozo de la paz y de la calma que le habia merecido su eminente virtud, Reedificó el monasterio que habia comenzado, y habian destruido los arrianos con el pretexto del sitio, dedicándole á la santísima Virgen, á quien profesó toda la vida muy singular devocion; y es aquel célebre monasterio que se llama hoy la abadía de San Cesáreo. Puso en él una comunidad de religiosas, haciendo venir para gobernarla á su hermana santa Cesárea, que vivia con gran fama de santidad en un monasterio que el famoso abad Casiano habia fundado cerca de Marsella. Compúsoles una regla, en que se descubre sensiblemente el espíritu del Señor; y es un compendio de la perfeccion cristiana. Observóse exactamente en el monasterio hasta que se introdujo en él la regla de san Benito. Tambien dispuso el santo otra regla para los monjes, que fué recibida en muchos monasterios.

No fueron ellas solas las obras que escribió este gran santo. En la coleccion de las de los padres se hallan muchas homilias suyas, y los sabios se duelen con razon de la gran pérdida que hizo la posteridad eclesiástica en el tratado *de la Gracia y del libre albedrío*, que compuso contra Fausto de Riez. Siendo ya san Cesáreo el oráculo de toda la Francia por su sabiduría y por su santidad, celebró un concilio en Arlés, donde se hicieron muchos útiles reglamentos. Convocó otro en Carpentras, que presidió él mismo; y hallándose dos años despues en Orange en compañía de muchos obispos, con ocasion de la dedicacion de la iglesia fundada por el patricio Liberio, se celebró en la misma ciudad aquel famoso concilio, cuyos veinte y

cinco cánones sobre la predestinacion y la gracia fueron desde luego aprobados por el papa Bonifacio II, en una epistola que dirigió á san Cesareo, como presidente que habia sido del concilio, y despues fueron adoptados por los concilios generales. Igualmente presidió en el concilio de Vaison, y poco despues en el de Riez, en que fué depuesto el obispo contumelioso por su escandalosa vida. Pronunciada la sentencia del concilio, escribió nuestro santo al papa Juan II, que la aprobó, y confirmó cuanto habia hecho contra aquel indigno prelado, que fué desterrado a un monasterio por el resto de su vida.

Restituido san Cesáreo á su iglesia, conoció que Dios queria premiar sus trabajos, y que estaba cercana su muerte. No hubo dias mas colmados que los suyos. Cayó enfermo hácia la mitad de agosto, y todos sus pensamientos se volvieron á los gozos celestiales, de que ya le daba el Señor á gustar algunos como destellos, en medio de los agudos dolores que padecia. En fin, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia con el mayor fervor, lleno de dias y de merecimientos, entregó dulcemente su espíritu en manos de su Criador el dia 27 de agosto del año de 542, á los setenta y cuatro de su edad, venerándole despues todos los siglos como el verdadero modelo de un perfecto obispo. Diéronle sepultura como lo habia deseado en el monasterio de las religiosas que habia fundado él mismo, y que hoy tiene su nombre, aunque la iglesia, como ya se dijo, estaba dedicada á la santísima Vírgen.

*La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:*

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Cesarei, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas. et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicamoste, o Dios omnipotente, que en esta venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice san Cesáreo crezca en nosotros el espíritu de la devocion, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 4 de la primera del apostol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei. Hic jam quæritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur. Mihi autem pro minimo est ut à vobis judicer, aut ab humano die: sed neque me ipsum judico. Nihil enim mihi conscius sum; sed non in hoc justificatus sum: qui autem judicat me, Dominus est.

Hermanos: Considérenos el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Entre los dispensadores se busca ya aqul el que sean encontrados fieles. A mi, pues, me importa muy poco el ser juzgado de vosotros, ó en juicio humano; pero ni aun á mi mismo me juzgo. Porque no me acusa la consciencia de cosa alguna; pero no por eso estoy justificado, pues el que me juzga es el Señor.

NOTA.

« Corinto, la mas célebre y la mas rica ciudad de Acaya, se habia entregado á todos aquellos vicios que regularmente acompañan á la opulencia y al mucho comercio con las naciones extranjeras, cuales son la profanidad, los deleites, el regalo y los demás desórdenes que son consecuencias de estos. En los

diez y ocho meses que san Pablo se detuvo en aquella ciudad, habia hecho grandes conversiones; y habiendo partido de ella, escribió desde Efeso esta admirable epístola, para preservar á los fieles del contagio.»

## REFLEXIONES.

*Considérennos los hombres como ministros de Jesucristo*; es decir, un título tan glorioso debe acordar á los fieles el respeto y la sumision que han de profesar á los ministros del Señor; pero tampoco estos se han de olvidar de la humildad, de la bondad y del desinterés con que deben servir á los fieles, ni mucho menos de lo pura, ejemplar é irreprensible que debe ser la vida de los ministros del Salvador; de la fidelidad y de la pureza de manos con que deben dispensar los sagrados misterios; ellos son los que manejan los intereses de Dios y de los hombres, uniendo los derechos de su misericordia y de su amor. No hay empleo mas santo, no hay estado mas respetable, porque tampoco le hay mas sagrado ni mas sublime. ¡Qué virtud, qué santidad pide en los que le poseen! Son los dispensadores de la sangre de todo un Dios, temamos profanarla, dispensándola á los pecadores impenitentes; pero siendo la sangre de un Dios que murió por los pecadores, temamos tambien cerrar esta fuente de salud á los que se quieren lavar en ella. Las personas consagradas al santo ministerio son como unos ecónomos, cuya primera virtud debe ser la fidelidad. Fidelidad á Jesucristo para buscar únicamente sus intereses; fidelidad á la Iglesia para trabajar con zelo y rendimiento bajo sus reglas y sus órdenes; fidelidad á los pobres para administrar con economía su patrimonio; fidelidad á todos los fieles para instruirlos y para edificarlos. Faltar á la fidelidad de Jesucristo, es sacrílega prevaricacion; faltar á

la de la Iglesia, es sediciosa impiedad; faltar á la de los pobres, es notoria injusticia; faltar á la de los fieles, es una especie de irreligion, que siempre castiga Dios severamente. Apelo, Señor, á vuestro tribunal, exclama san Pablo, de los errados juicios de los hombres. A presencia de todo el universo reformaréis aquellas injustas sentencias que la maledicencia y la malignidad pronunciaron contra vuestros siervos. ¿Que razon mas poderosa para movernos á despreciar los juicios de los hombres, y para no mezclarnos nosotros en juzgar á los demás? A poca reflexion que hagamos sobre la lijereza y la inconstancia de los juicios que muchas veces hemos hecho de los otros, y sobre los intereses y las pasiones que nos incitaron a formarlos, nos será muy fácil despreciar los juicios que los demás hacen de nosotros. Todo un apóstol san Pablo, á quien de nada le remordia la conciencia. no por eso se cree justificado; ¿pues en qué fundamos nosotros nuestra seguridad? Esta engañosa seguridad precisamente ha de ser calma aparente y efecto de una falsa conciencia.

*El evangelio es del cap. 24 de san Mateo*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Vigilate ergo, quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideo et vos estote parati, quia qua nescitis hora Filius hominis venturus est. Quis, putas, est fidelis servus, et prudens, quem constituit dominus suus super familiam suam, ut

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos : Velad, porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro Señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto, estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien

det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cùm venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum.

su Señor constituyo sobre su familia para que les dé a tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dara la administracion de todos sus bienes.

## MEDITACION.

### DE LAS VIRTUDES APARENTES.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas comun en el mundo que la apariencia de la virtud. Aquella estimacion que inspira la misma razon natural a todo hombre por la rectitud, por la bondad, por la habitualidad del alma en obrar bien, en seguir lo que ordena la religion, y lo que dicta la recta razon, junto con aquella pasion que tiene una alma naturalmente orgullosa à sobresalir, à distinguirse, y à lograr todo lo que granjea honor y aplauso, son el verdadero orígen de la hipocresía, es decir, de aquel artificio que se afecta en materia de virtud y de devocion. ¡Cuántas hipocresias se imaginan lícitas para ocultar uno lo que es, sobre todo cuando se cree necesaria la buena reputacion para el bien del público! Es la hipocresia un vasallaje que el vicio tributa à la virtud. El orgullo es el verdadero padre de todas las virtudes falsas; pero el amor propio tampoco tiene la menor parte en su nacimiento. Enamoran, encantan los privilegios de la virtud verdadera; su resplandor halaga los ojos, y el honor que la acompaña irrita, por decirlo así, el apetito de una alma naturalmente orgullosa; pero como la verdadera virtud pide necesariamente muchas violen-

cias, muchos sacrificios, que son indispensables para ser verdaderamente virtuosos; el amor propio, que no gusta de esta violencia, solo se aplica a las apariencias de la virtud, que engañan con exterioridades especiosas; esta mentirosa mascara contenta el orgullo, sin turbar las pasiones, ni inquietar el amor propio. Aféctase una dulzura superficial, una modestia bien figurada, una humildad que nunca pasa de las palabras ni de aquel airecillo ó encogimiento que quiere representarla; háceuse todas las buenas obras que meten ruido, y se asiste con puntualidad á todas las devociones de moda. La disimulacion es arte, que con un poco de habilidad y otro poco de aplicacion bastan para aprenderle. A la verdad, el papel de devoto bien representado engaña, y ciertamente es cosa muy facil dejarse engañar de él; pero ¿qué adelantarán esos enmascarados? La comedia no dura mucho tiempo, y la máscara se cae ó se desgasta, y allá en el fondo de la concienciase conoce muy bien que no hay cosa mas despreciable que querer un hombre figurar lo que no es. Sin embargo, no hay el dia de hoy cosa mas comun que esta impia mogiganga. No ha habido hereje que no haya afectado engañar con su exterior; ninguno, que no haya remedado al hombre devoto, al hombre mortificado,al hombre modesto. ¡ Buen Dios! esta generalidad de virtudes falsas prueba evidentemente la necesidad de un juicio universal.

### PUNTO SEGUNDO.

Considera que las virtudes aparentes se encuentran principalmente en tres clases de personas: en los hipócritas, en los que el mundo llama hombres de juicio, y en la gente moza. En los hipócritas por malicia, y en la gente moza por flaqueza de la edad. Los hipócritas como embusteros afectan la apariencia de la

virtud para recoger el fruto, que es la estimacion y el aplauso; pero sin hacer los gastos. No pueden tener virtud que no sea falsa, puesto que la virtud está fundada en la verdad, la cual nace de un corazon íntimamente persuadido al bien sólido con sincero deseo de conseguirle. Faltando en los hipócritas este sincero deseo, solo tienen la apariencia de buenos; pero su interior es falso y mentiroso: no buscan directamente el meollo del bien, sino la corteza; y por eso, toda su afectada virtud está en la superficie. Con todo eso, logran lo que pretenden, que es el concepto, la estimacion y el aplauso de los hombres; porque los hombres solo juzgan por las apariencias, no pudiendo penetrar el fondo del corazon. Las virtudes de los filósofos antiguos eran falsas; fuera del cristianismo y de la verdadera religion no puede haber verdadera virtud. Tales son aun entre los cristianos las virtudes de muchos que se llaman hombres de juicio ú hombres de bien; poco cimentados en la fe y en la devocion, solo poseen unas virtudes morales y naturales, que no son incompatibles con el vicio y aun con la impiedad. Son reputados por virtuosos, porque tienen cierta especie de moderacion, de rectitud y de justicia; pero es falsa su virtud, porque el alma de las virtudes es la fe, y por otra parte les falta la devocion. ¿Qué importa que sean moderados y justos, si desprecian la humildad, la caridad, la paciencia, sin las cuales no es posible ser verdaderamente virtuosos, por cuanto todas las virtudes tienen entre sí cierta esencial conexion? Los jóvenes fácilmente dan tambien en este escollo: deslumbrados de una falsa brillantez, faltos de experiencia, y con la razon poco ilustrada, frecuentemente equivocan con la virtud la apariencia de ella. Obsérvase esto en muchos novicios, que, entregados al servicio de Dios por un poderoso impulso de la gracia, dan en excesos de que muy presto se cansan. La ver-

dadera virtud tiene un caracter que no se puede contrahacer; es verdaderamente humilde, mansa, caritativa, mortificada, exacta y puntual en observar hasta las mas mínimas obligaciones del estado; de una conciencia delicada, de un corazon recto, blando y benéfico, y de una devocion afectuosa y tierna. ¡Mi Dios, qué poca verdadera virtud se halla en el mundo!

Pero, Señor, aunque se hallara mucho menos, espero con el favor de vuestra divina gracia, y por la intercesion de vuestra santísima Madre, en quien despues de vos coloco toda mi confianza, que de hoy en adelante he de tener una verdadera virtud.

## JACULATORIAS.

*Dirige me in veritate tua, et doce me.* Salm. 24.

Dirigidme, Señor, por el verdadero camino de vuestra santísima ley, y enseñadme á practicar la verdadera virtud.

*Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.* Salm. 50.

Dadme, mi Dios, un corazon puro y limpio, acompañado de aquella recta intencion, sin la cual no hay verdadera virtud.

## PROPOSITOS.

1. Distínguese la verdadera virtud cristiana de la falsa por el principio de donde dimana, que es Dios y la gracia, siendo esta la que le comunica su estimacion y su valor. Distínguese por el motivo que la excita, que siempre es sobrenatural; y de él se deriva el esplendor que la acompaña. Distínguese por el fin á que se dirige, que es puramente para agradar á Dios, y adelantar el negocio de la salvacion. El verdadero mo-

delo de todas las verdaderas virtudes fué Jesucristo, y los santos fueron fieles copias suyas. Nunca pierdas de vista estos grandes modelos. Si quieres conocer si tu virtud es verdadera, examina cuál es su principio, cuál su motivo y cual su fin. Desconfía de toda obra exterior, por loable que parezca, si no está animada de la caridad, que es el alma de todas; sin ella, todo es exterioridad, apariencia y superficie de virtud. Aplícate á agradar á Dios en todo cuanto emprendas, procurando, á imitacion de Jesucristo y de los santos, que su mayor gloria y la salvacion de tu alma sean el único motivo y fin de todas tus acciones.

2. Aunque no se posean desde luego todas las virtudes, no es posible tener una sin que esté acompañada de un verdadero deseo de adquirir todas las demas. Si eres verdaderamente devoto, te abrasarás en vivas ansias de ser humilde, caritativo, mortificado y paciente; si eres verdaderamente humilde, con ninguno te podrás mostrar duro, quisquilloso y desabrido; guardaráste bien de manifestarte impaciente, poco sufrido y colérico. Haces limosna, rezas mucho, asistes á todos los ejercicios de devocion, á todas las obras de misericordia, cosa muy loable; pero eres murmurador, vengativo, suspicaz, desconfiado, estás lleno de hiel, descuidas de las obligaciones de tu estado, de tus leyes y de tus reglas, pues desconfía de tus llamadas virtudes; mucho es de temer que sean falsas. Examínalas bien con frecuencia, y ten por cierto que este ejercicio es de la mayor importancia.

---

## SAN JOSÉ CALASANZ, CONFESOR.

San José Calasanz, uno de los mas brillantes ornamentos del clero español, y uno de los mas célebres patriarcas de las religiones que hermosean el jardin

ameno de la Iglesia, nació en el dia 11 de setiembre de 1556, en la villa de Peralta de la Sal, sita en el reino de Aragon. Sus padres, don José Calasanz y Doña María Gaston, ilustres por la calificada nobleza, pero mucho mas por sus recomendables virtudes, criaron al niño conforme á las máximas de la religion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el efecto de su buena educacion. Habíale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los nobles designios á que le destinaba su sabia Providencia. Su natural afable, dulce y benéfico; su corazon noble, dócil y generoso; el sumo horror que manifestó al pecado y natural propension á los ejercicios piadosos y devotos, que fueron los únicos entretenimientos de su niñez, hicieron conocer á sus padres el interés que tenia el cielo en aquella grande alma, que acreditó desde luego el mas ardiente zelo por el honor y gloria de Dios. Entre otras muchas pruebas, á los cinco años vieron con admiracion que, tomando en sus débiles manos un cuchillo, salió al campo con generosa intrepidez, diciendo que iba á matar al demonio, porque incitaba á los hombres á que ofendiesen á Dios; por cuya anticipada guerra con el enemigo de la salvacion, maquinó este no pocas veces contra su vida.

Enviáronle sus padres á estudiar latinidad á Estadilla, pueblo tres leguas distante de Peralta; y en muy breve tiempo se concilió el amor de sus maestros, y la veneracion de sus condiscípulos por su buena conducta, arreglada en un todo á las leyes del trato civil y modestia cristiana. Acompañado este porte de un deseo ambicioso de saber, hizo en humanidades, retórica y poesía conocidos adelantamientos, y no menores en la ciencia de los santos. Quisieron aplicarle sus padres á la milicia, para que reno-

vase en la guerra las gloriosas hazañas de sus predecesores; pero como José aspiraba á otros honores mas sólidos, ya resuelto á consagrarse al servicio de Dios enteramente, rogó á su padre le dejase seguir en la carrera de las letras. Pasó á la universidad de Lérida á estudiar filosofía; y conociendo que el tiempo de los estudios es ocasion de resfriar el fervor, tuvo gran cuidado en prevenir este escollo con la oracion, con la frecuencia de sacramentos, con rigurosas penitencias y con su aplicacion á obras de caridad en las horas que le dejaba el estudio: de suerte que, alternando en este y en aquellos ejercicios, sin dar lugar á las diversiones de la juventud, hizo á un mismo tiempo admirables progresos, tanto en la virtud, como en la filosofía, y derecho civil y canónico, en que recibió el grado de doctor con universal aplauso.

Deseaba José mas altos conocimientos en otras ciencias mayores, donde se consuma el ingenio, y se fecunda el entendimiento con mas elevadas ideas. Con este objeto, pasó á Valencia á estudiar teología; y aunque allí no mudó un ápice de su arreglada conducta; con todo, la ciega pasion de una señora enamorada de su gallarda disposicion, de hermoso grave y modesto semblante, le obligó, por conservar su pureza, no solo á dar la prueba que el antiguo José en Egipto con la mujer de Putifar, sino otra mayor, que fué dejar aquella ciudad, trasladandose á la de Alcalá de Henares á continuar el mismo estudio. En esta universidad dió en muy breve tiempo muestras de su extraordinario talento y de su virtud eminente. Los progresos que hizo bajo el magisterio de los mas sabios maestros de aquella célebre academia, se miraron con particular admiracion de los mismos preceptores y demás concólegas. A pocos años dió públicos testimonios de un hombre consumado en filosofía derechocivil, canonico, y en la sa-

grada teología, en cuya facultad recibió el grado de doctor con no menor aplauso que aquel en Lérida. Pero lo mas prodigioso de este héroe fué que ni su aplicacion á los estudios ni la diversidad de sus tareas pudieron jamás resfriar su fervor, ni disminuir su devocion; reflexionando todos como un milagro visible de la gracia, que una salud tan debilitada como la suya por toda suerte de maceraciones pudiese conciliar tantos ejercicios de piedad con tanto estudio. Lo cierto es que José se veia tan puntual á las escuelas como á los templos; allí haciendo honor á sus maestros, y aquí emulando á los ángeles en el amor y respeto á Dios, sin dejar de hacer muchas conquistas espirituales en la ciudad con su zelo verdaderamente apostólico.

Recibió los órdenes sagrados, y la dignidad del sacerdocio de mano del obispo de Urgel, en el mes de diciembre de 1583, siendo de edad de 28 años; cuyo ministerio desempeñó con aquella pureza y con aquel fervor que caben en un ministro digno del altar, siendo la edificacion de la Iglesia y del pueblo.

Informado don Andrés Capilla, obispo de Urgel, de las relevantes prendas de Calasanz, creyéndose con mayor derecho que cualquiera otro prelado para valerse de un ministro tan útil, le obligó á aceptar algunos beneficios eclesiasticos, le nombró vicario y visitador de Tremp y de su territorio, cuyo partido abraza setecientas poblaciones con setenta y dos parroquias. Partió José á desempeñar su empleo, halló mucho que reformar en el clero, y mucho mas que corregir en el pueblo, y haciendo mas los oficios de padre que de juez, fueron las armas de que se valió para la destruccion de los abusos, la dulzura, la afabilidad, la caridad, la oracion y el ejemplo, sin usar del rigor sino contra los soberbios y protervos.

Viendo el obispo de Urgel el grande fruto que hacia aquel insigne operario en el partido de Tremp, quiso emplear su infatigable zelo en empresa mas ardua é interesante á su vasta diócesis, que se extiende dentro de los Pirineos. Los pueblos incultos y groseros de aquella jurisdiccion, criados entre montes y selvas, vivian como fieras, entregados á toda clase de excesos: los sacerdotes, poseidos de la ignorancia y de la avaricia, desatendian enteramente las obligaciones de su ministerio: los párrocos, constituidos para declamar y corregir los vicios, los autorizaban con su ejemplo. En vano se oponian los obispos al cúmulo de tantos desórdenes con la repeticion de sus edictos pastorales, pues despreciando el clero á los legisladores y las leyes, hollaban cualquiera prohibicion que se oponia a sus corrompidas costumbres.

La reforma de tanto vicio se encomendó á Calasanz en la clase de visitador, quien, luego que reconoció la dificultad de la empresa, penso que debia dar principio implorando la divina misericordia sobre aquellas gentes abandonadas. Los gemidos, las oraciones, los ayunos y las mas rigurosas penitencias fueron las víctimas con que procuró hacer propicio al Omnipotente. Revestido de aquel zelo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se arrojó á tan ardua expedicion, sin dejar pueblo ni aldea en la vasta extension de aquel país casi inaccesible que no visitase personalmente á pesar de los precipicios é inminentes peligros á que expuso su vida no pocas veces. Cuando se presentaba en los pueblos, á unos amonestaba como padre, á otros enseñaba como maestro, y á otros corregia como juez, dejando, cuando se ausentaba, en todas partes, sabios, cristianos y oportunos decretos, para que les sirviesen de regla. No es posible explicar los trabajos y penosas fatigas que le costó la empresa; pero en fin tuvo el consuelo

de ver introducidas nuevas costumbres cristianas en aquellos pueblos, y respetadas las órdenes de sus prelados, de los que antes se hacia un total desprecio.

Concluida la visita, dió cuenta de ella al obispo de Urgel, quien rindió á Dios gracias por los copiosos frutos de aquel infatigable operario. Y para que toda su diócesis tuviese parte en sus sabias determinaciones, le eligió por vicario general del obispado, cuando solo contaba 34 años. Aceptó José el nuevo empleo, deseoso de sacrificarse en el servicio de la Iglesia; y portándose siempre igual en su justificada conducta, se aplicó á corregir los abusos, á reparar los desórdenes del clero y del pueblo, y á promover el culto divino; obrando con tanta actividad y con tanta prudencia, que en muy breve tiempo se hizo el obispado de Urgel el objeto de los mas altos elogios por el infatigable zelo de su vicario.

Las alabanzas y los aplausos con que todos celebraban su santidad, su mérito y su acierto, le estimularon á dejar á España por lo mucho que ofendian á su profunda humildad semejantes aclamaciones. Habia algunos meses que oia en su corazon una voz que le decia: *Ve á Roma, ve á Roma,* cuyos ecos sentia con mayor eficacia en medio del fervor de las oraciones, y cuando con mas rigor afligia su cuerpo. Agregóse á esto una vision que tuvo, en que le parecia hallarse en Roma rodeado de muchos niños, á quienes instruia en las letras y en la doctrina cristiana. Consultó el asunto con su director, y aprobada su determinacion, renunció su empleo de vicario con los beneficios eclesiásticos, excepto algunas rentas que se retuvo para piadosos destinos. Y habiendo fundado en Urgel casi á sus expensas un monte pio, y otro en Peralta, arregladas todas sus cosas, partió á Italia en traje de peregrino en el año 1592.

Luego que llegó á Roma, fué su primera diligencia

visitar con la devocion y ternura propia de su espíritu todos los santos lugares que se veneran en aquella capital, rogando á Dios con muchas lágrimas que se dignase manifestarle su voluntad; puesto que el deseo de cumplirla le habia traido á la cabeza del orbe cristiano, haciendo la misma súplica á la santísima Vírgen, en quien, despues de Dios, tenia puesta toda su confianza. Habia prevenido el obispo de Urgel el arribo de José con la mas expresiva recomendacion a su agente en Roma, el cual era confidente del cardenal Marco Antonio Colona. Pidió este á aquel que se informase de algun sugeto idóneo para teólogo suyo, y manifestándole las cartas del prelado de Urgel, en que le hacia ver que era Calasanz una persona calificada por su nacimiento, por sus empleos, por su notoria ciencia y eminente virtud, le recibió en clase de teólogo su Eminencia con las demostraciones de la mayor estimacion. A poco tiempo de su trato conoció aquel purpurado que era mayor la sabiduría y la santidad de José de lo que se le habia informado. Así fió á su cuidado los mas graves negocios de su cargo, la direccion de sus dos sobrinos, hijos del condestable Colona, y la instruccion de su familia; logrando todos por la enseñanza y ejemplo de Calasanz tan conocidas ventajas, que la casa de Colona llegó á ser el objeto de admiracion de Roma, donde nuestro héroe español era tenido por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo, acreditando ambos conceptos en las comisiones mas arduas que se fiaron á su cuidado.

Habíase formado en Roma despues del santo concilio Tridentino la venerable hermandad de la doctrina cristiana, con el objeto de enseñarla á los niños, artesanos y jornaleros en los dias de fiesta. Alistóse en ella Jose, y no satisfecho con practicar esta enseñanza

en las festividades en las iglesias destinadas á este efecto, lo hacia en los dias de trabajo en las plazas y calles de la ciudad con tan ardiente zelo, que en muy breve tiempo se conoció en los pobres la utilidad de sus infatigables tareas.

Por la experiencia que adquirió el santo en los ejercicios dichos, llegó á conocer la grande necesidad que tenian los niños pobres de instruirse en las letras y en la doctrina cristiana; por cuyo defecto se veian muchos ignorar los principales misterios de la fe, avergonzándose, ó no queriendo, cuando ya adultos, aprender lo necesario para salvarse. Lastimado su piadoso corazon con esta pena, aunque en Roma advertia que no faltaban escuelas asalariadas, notaba que no habia personas que se dedicasen graciosamente por mera caridad á la enseñanza de los pobrecitos en los primeros importantes rudimentos. Persuadido que seria muy agradable á los ojos de Dios un instituto que por constitucion tuviese tan laudable objeto, empeñó toda su actividad y toda su eficacia con los cuerpos y sugetos mas poderosos de la ciudad, á fin de que contribuyesen á la ejecucion de tan noble pensamiento. Mas permitió el Señor que fuesen en vano todas sus diligencias, porque reservaba para su persona tan digna como utilísima empresa. Las mociones continuas que sentia en su interior, y el recuerdo de la vision dicha que tuvo en Urgel, le indicaban ser esta la voluntad de Dios, en la que se confirmó en cierta ocasion en que vió una tropa de niños, que con acciones y palabras descompuestas le hicieron conocer la necesidad de su proyecto, y oyó resonar en su corazon, detenido á reflexionar en aquel lastimoso espectáculo, aquellas palabras del Espíritu Santo: *A tí se ha encomendado el pobre, y tú serás la ayuda del huérfano.*

Convencido José que era aquel el fin para que Dios

le trajo á la capital del orbe cristiano, se dedicó sin pérdida de tiempo á la ejecucion de la empresa. Como estaba práctico en los barrios de Roma con motivo del cargo de visitador de la congregacion de los santos apóstoles, conociendo que el del Transtiber era el mas numeroso de niños pobres, le consideró mas á propósito para dar principio á su proyecto. Comunicó el pensamiento á don Antonio Brendoni, íntimo amigo suyo, cura de Santa Dorotea, venerable anciano, lleno de caridad, quien no solo lo aprobó, sino que le ofreció el uso de dos piezas, prestándose á ser su compañero en ejercicio de tanto mérito. Lo mismo hicieron dos sacerdotes individuos de la Hermandad de la doctrina cristiana, con cuya ayuda abrió las escuelas pias en Santa Dorotea el año de 1597 con aprobacion y elogio del papa Clemente VIII.

No podia mirar con indiferencia el enemigo de la salvacion un establecimiento de tanta utilidad en la Iglesia; y para impedir sus progresos, aplicó todos los artificios de su refinada malicia. Desanimó á muchos eclesiásticos que concurrian á la enseñanza, haciéndoles fastidioso el impertinente ministerio. Excitó á los maestros de escuela de los cuarteles de Roma á que formasen agrias quejas contra el santo fundador; pero todas estas diabólicas astucias solo sirvieron para su mayor crédito, pues habiendo cometido el papa el exámen de las falsas delaciones á los cardenales Baronio y Antoniani, con encargo especial de que visitasen las escuelas pias, para que le informasen de sus progresos, fueron tales los elogios que hicieron los dos purpurados del infatigable zelo, de la caridad y de la paciencia de Calasanz, y de la utilidad de sus escuelas, que, despreciando su Santidad las calumnias, las recibió bajo su proteccion inmediatamente.

Las incesantes fatigas y continuas tareas de tan

penosa enseñanza no impedian á José el emplearse en una multitud de piadosos ejercicios, sin omitir sus acostumbradas devociones, ayunos y penitencias. Alistóse en las cofradías de las Llagas, de la Santísima Trinidad y del Refugio, en cuya institucion habia tenido gran parte, formando sus reglamentos con el cardenal Baronio. Tenian por objeto estos establecimientos la asistencia de los peregrinos y el socorro de toda clase de menesterosos, y á todos atendia la ardiente caridad de Calasanz, practicando los mismos oficios en las cárceles, en los hospitales y en otras muchas urgencias que ocurrieron en Roma en su tiempo. Los que observaban sus pasos indivi dualmente no acertaban á comprender como podia acudir á tantas obras piadosas y á tantos encargos tan diferentes. Esto hizo formar á Monseñor Bonet, promotor fiscal en el proceso de sus virtudes, una fuerte duda sobre la inverosimilitud de tantos ejercicios á un tiempo; pero las pruebas eran tan obvias, que fué cosa gloriosa para nuestro santo la disolucion de este reparo con la contraposicion de su ardiente caridad é infatigable zelo, que le tenian en un movimiento contínuo de dia y de noche, sin descansar un solo rato en muchas de ellas.

Sucedió en la cátedra apostólica al papa Clemente VIII en el año de 1606 el cardenal Burguesi, bajo el nombre de Paulo V, tan grande protector de las escuelas pias, que se llamaron paulinistas sus profesores. Intentaron al principio de su pontificado los émulos de Calasanz renovar sus calumnias; pero no tuvieron otro efecto que el nombrar su Santidad un cardenal de autoridad y reputacion para que las protegiese, manifestando en su breve de 24 de marzo de 1607 *haber sido instituidas, siendo Dios el autor*. Y para dar á José un testimonio, de su estimacion quiso condecorarle con el capelo, bien que sus lágrimas y

humildes ruegos pudieron alcanzar de su Bealitud que le exonerase de la dignidad, pues su corazon, revestido de pobreza evangélica, estaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenia acreditado en las renuncias antecedentes de las prebendas y obispados que le ofreció en España el rey Felipe III.

Quiso el santo fundador que se perfeccionase su establecimiento en congregacion perpetua, y proponiendo su pensamiento á Paulo V, logró este indulto por su breve de 6 de marzo de 1717; previniendo en él su Santidad que se llamara congregacion paulina de la Madre de Dios de las escuelas pias; que la profesion se hiciese con simples votos de pobreza, castidad y obediencia; que Calasanz fuese prepósito general de ella durante el tiempo de su voluntad, dándole facultad para que hiciese los estatutos y reglamentos oportunos bajo la proteccion de la santa sede. Vistió en nombre del papa el cardenal Justiniano en su palacio al santo patriarca con el hábito que eligió para su órden; y en aquel acto se desnudó del apellido del siglo, y tomó el sobrenombre de la Madre de Dios. Hizo su profesion en el año siguiente, y dando en ella el último complemento de su renuncia á todos los bienes de la tierra, resignó en eclesiásticos pobres los beneficios que se reservó en España, y distribuyó los bienes paternos entre miserables y encarcelados, contentándose con salir de puerta en puerta á pedir limosna para mantenerse con los de su congregacion, y para prestar á los niños los auxilios acostumbrados.

Significóle el cardenal protector que era voluntad del papa formase las constituciones para su congregacion; retiróse á este fin á la casa que fundó en Narni de órden del mismo purpurado; dispúsose para ello con cuarenta dias de ejercicios espirituales para

implorar la asistencia del Espíritu Santo, por cuya inspiracion escribió los mas sabios y piadosos reglamentos. Murió á la sazon Paulo V; llegó á Narni el cardenal Ludovici, arzobispo de Bolonia, que pasaba al cónclave, y sabiendo que se hallaba José en aquella ciudad, como ya le conocia anteriormente y tenia formado tan alto concepto de su eminente santidad, quiso hospedarse en su casa para disfrutar de su amable conversacion. Profetizóle el santo que seria electo sumo pontífice, y le rogó encarecidamente protegiese su congregacion. Cumplióse el vaticinio puntualmente, tomando el cardenal el nombre de Gregorio XV; y deseoso de dar á José una prueba auténtica de su estimacion, sobre querer condecorarle con la púrpura para tener á su lado un santo, de cuya dignidad se excusó con humildísimos ruegos, elevó al grado de religion su congregacion paulina, con supresion de esta dominacion, por su breve apostólico de 1621, concediéndole todos los indultos, gracias y privilegios que gozan las demás religiones. Aprobó por otro de 31 de enero de 1632 con los mas altos elogios las constituciones formadas por José; y por otro de 24 de abril del mismo año le constituyó general por espacio de nueve años, señalándole cuatro asistentes generales para el gobierno del órden.

El nuevo carácter á que se elevaron las escuelas pias, y las grandes utilidades que cada dia resultaban de ellas, hizo que en todas partes solicitasen á competencia los sugetos de la mas alta esfera su establecimiento. Aunque al siervo de Dios costaron tantas fatigas y tantos desvelos, quiso el Señor darle el consuelo de verlas extendidas en el estado pontificio, en Sicilia, en el reino de Nápoles, en Venecia, en Lombardía, en Toscana, en Polonia, en el Piamonte, en Ungria, en Bohemia y en toda la Alemania; confesando ingenuamente en una carta que escribió al padre

Melchor Alanchi que, si se hallase con diez mil religiosos, los podia repartir á todos en un mes en las partes que se los pedian con grandísimas instancias.

Aunque el corazon de José se hallaba lleno de gozo, dando a Dios repetidísimas gracias por las bendiciones que echaba sobre su caritativo establecimiento, quiso el Señor purificar aquella grande alma con el fuego de la mas terrible tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus méritos. Seria necesaria una relacion dilatadísima para referir individualmente lo ocurrido en esta prueba, de la que solo daremos alguna idea. Un hijo del mismo órden, llamado Mario Sozi, díscolo por naturaleza, uno de aquellos hombres perversos que Dios permite en el mundo para ejercicio de los buenos, desterrado de Roma por su indigno porte, supo engañar con su aparente zelo en asuntos de fe de tal suerte al inquisidor de Florencia, que, volviendo á Roma con la mas expresiva recomendación de aquel ministro, fulminó tales calumnias contra su santo padre ante el asesor del santo oficio, que, de órden de este, fué conducido preso Calasanz á la inquisicion por las calles públicas de la ciudad, que se consternó á vista de tan inopinado suceso. Aunque José se purificó en términos, que hizo demostracion que ni aun tenia noticia de los delitos imputados; por lo que se le volvió á su casa en carroza por los mismos sitios que fué conducido como reo; con todo, logró el perseguidor con sus artificios, á pretexto de que era necesario tiempo para justificar sus delaciones, que se le suspendiese del empleo, y que se nombrase un visitador general de distinto órden. El primero en que recayó esta comision fué el padre don Agustin Urbandini, de la congregacion samosca, quien, no pudiendo sufrir las iniquidades de Mario, se vió en la precision de renunciar el empleo. Logró el perseguidor que se nombrase al padre

Silvestre Pietrasanta, sugeto adicto á sus perversísimas ideas; con cuyo motivo cargó su ambicion con todo el gobierno del órden, como primer asistente. Hablábale José de rodillas con el mayor respeto; pero el pérfido hijo, despreciando la venerable persona de su santo padre, le trataba de hipócrita, de soberbio y de embustero, hasta decirle que le enviariaá morir en una galera. Sentian en el alma sus hijos la tribulacion del patriarca; solo él estaba alegre porque padecia por Jesucristo, sin cuidar de su defensa. Mas tomándola Dios por él, cubrió al calumniador de piés á cabeza con una tan horrible lepra, que le privó hasta de la forma humana, exhalando un hedor tan fétido, que no podian tolerarle por un brevísimo tiempo sus mismos confidentes, de cuyo mal murió desgraciadamente.

No sosegó la tempestad con la muerte de aquel infeliz: sucedióle el padre Estéban Querubini en el empleo secuaz de sus inicuos pensamientos, quien con el visitador Pietrasanta y otros díscolos conspiraron á la destruccion de las escuelas pias; á lo que se inclinó el papa Inocencio X, á fuerza de los falsos informes de los perseguidores. Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria en José la degradacion de su órden, que le costó tantos trabajos y tan penosas tareas. Sufrió como otro Job aquella desgracia, expresándose con los mismos ecos que el antiguo: *Dios lo dió, Dios lo quitó, sea el nombre de Dios bendito.* Tuvo algun consuelo al ver que todos los cuerpos políticos y eclesiásticos de Italia, con las personas de la mas alta esfera, interpusieron sus ruegos para con Inocencio, á fin de que revocase su determinacion, manifestándole las grandes utilidades que se experimentaban en todas partes con las escuelas pias. No tuvieron por entonces efecto aquellas recomendables súplicas. Con todo, profetizó José á sus hijos, que

estaban inconsolables, que dentro de breve tiempo verian reintegrado el establecimiento en los mismos términos honoríficos á que le elevó la santa sede; cuyo vaticinio se cumplió á la letra en los pontificados inmediatos de Alejandro VII y Clemente IX, sucesores de Inocencio; restituyéndola el primero en el año 1656 al grado de Paulo V, y el segundo en el de 1669, al que le sublimó Gregorio XV.

Habia ya algun tiempo que acostumbraba á decir á sus hijos el santo patriarca, cuando se condolian de sus trabajos: *Esperad al agosto, y lo que Dios permitirá.* Como decia estas palabras con cierto aire de alegría, esperaban algun suceso propicio al órden; pero el profeta hablaba de su muerte. Quiso en el dia 21 de julio ir con los piés descalzos á la iglesia de San Salvador á conseguir las muchas indulgencias concedidas en ella por los sumos pontífices. Volviendo á casa, tropezó tan fuertemente en una piedra, que, herido gravemente el dedo pulgar del pié derecho, fué echando sangre toda la calle; y en una máquina tan debilitada como la suya se comunicó el dolor facilmente. Despertósele en principios de agosto la acostumbrada incomodidad del excesivo calor del hígado. No hicieron la primera vez mucho caso los médicos de la novedad, prometiéndose pronta curacion. Solo temieron que fuese mortal la enfermedad cuando el dolor llegó á ser tan vehemente, que dió á conocer el paciente lo mucho que toleraba. Instruido con luz superior que estaba su fin próximo, se dispuso á pagar el tributo impuesto á los mortales con las preparaciones propias de un espíritu todo abrasado en el amor de Dios. Recibió los últimos sacramentos con tanta edificacion, que movió á tiernas lágrimas á todos los concurrentes. Habiendo sufrido con indecible paciencia el exceso de sus dolores hasta el dia 25 de agosto, dando ejemplo de resignacion con la voluntad divina, y fijan-

do, ya entrada la media noche de aquel dia, los ojos en el cielo, levantó el brazo derecho en ademan de bendecir á sus hijos, y diciendo tres veces Jesus, espiró tranquilamente en el dicho dia del año 1648, á los noventa y dos de su edad. Su rostro quedó tan apacible y tan sereno como si estuviese en un dulce sueño, y su venerable cuerpo despidió un olor tan maravilloso, que excedia al de las mas exquisitas esencias.

Cuando llegaron á desnudarle sus hijos, ocurrió con la mano derecha á cubrir la desnudez vergonzosa; y queriendo removerla para proseguir el piadoso oficio, acudió el difunto con la siniestra, enseñándoles que, aun estando muerto, era zeloso de aquel pudor con el que habia custodiado toda su vida intacta su virginidad. Pusiéronle en el féretro, y fué tanta la multitud de concurrentes á tributarle veneracion, que, no bastando las prevenciones tomadas por los religiosos, fué necesario que el papa enviase unos soldados de su guardia. En todo el ámbito del templo no se oian otras voces *que murió santo*, ó aclamaciones de algun milagro, siendo muchos los que obró el Señor en confirmacion de la gloria de su fidelísimo siervo. Dióscle sepultura en la iglesia de San Pantaleon, á puerta cerrada, con las debidas formalidades, á presencia de algunos distinguidos personajes que pudieron ser admitidos al reconocimiento del cuerpo, que se halló con una prodigiosa flexibilidad.

Apenas habia pasado un año de su precioso tránsito, cuando, con aprobacion del mismo Inocencio X, se comenzaron los procesos informativos sobre sus virtudes heróicas y auténticos milagros: los que resultando justificados plenamente, le declaró beato el papa Benedicto XIV, en 7 de agosto de 1748. Y despues celebró su canonizacion con magnificencia en la basílica Vaticana la Santidad de Clemente XIII, en el dia 16 de julio de 1767.

## LA TRANSVERBERACION DEL CORAZON DE SANTA TERESA DE JESUS, VÍRGEN.

Entre las innumerables virtudes que resplandecieron en santa Teresa de Jesus, vírgen sabia de Jesucristo y esposa regalada suya, en la que mas brilló fué en el amor y caridad que tuvo á su Esposo, y en que fué correspondida con una fineza propiamente divina. Desde los primeros años de su infancia se propuso manifestar en sus acciones que era verdadera esposa de Jesucristo, y con el carácter de tal emprendió tan grandes obras, que causan admiracion. Todas las circunstancias que pide el santo Evangelio para constituir una digna esposa del Esposo de las vírgenes, las reduce á tener prevenido aceite con que cebar las lámparas, y salir con ellas encendidas á recibir al Esposo. Significase en las lámparas, segun el padre san Agustin, las obras buenas, y en el aceite la caridad que debe alimentarlas; pues sin esta, segun san Pablo, nada es de provecho ante los ojos de Dios. Esta misma condicion puso nuestro Dios en el cántico de los cánticos, como la principal y primera de que debia estar adornada su esposa, cuando, al comenzar á descubrir sus perfecciones, le dijo: *Hermana mia, esposa, tus pechos son mas hermosos y deleitables que el vino mas generoso y puro; esto es, estan llenos de la leche de la caridad: en uno depositas el amor de Dios sobre todas las cosas criadas, y en el otro un amor verdadero á tu prójimo; por eso eres á mis divinos ojos hermosa y deleitable, aunque á tí te parezca por tu condicion y humildad que estás negra y tostada del sol.* Apenas tenia Teresa edad para conocer á Dios, ni madurez que pudiese sujetar las ternuras de su puericia, cuando, adelantada aquella alma grande, obraba en materia de caridad aun mas de lo que se podia presu,



LA TRANSVERBERACION

DE STA TERESA DE JESUS.

mir de sus fuerzas. Convertida toda aquella delicada pequeñez en voluntad y en ardores de amor, no parece que vivia en ella otra cosa que caridad, ni sentia mas que caridad, ni se veia en sus obras otra cosa que amor á su Dios. En la estrechez de aquellos donosos y delicados miembros cupo un espíritu verdaderamente fuerte para intentar dar su vida por su Esposo, que es el extremo mayor á que puede llegar la caridad. Siete años tenia esta gloriosa santa, cuando, huyendo de la casa de sus padres en compañía de un hermanito suyo, se puso en camino desprovista de todo humano auxilio, con el proyecto de llegar en tierra de Moros, y allí padecer un glorioso martirio por la fe de su Esposo. Esta accion denota claramente las copiosas bendiciones con que la divina gracia la habia prevenido para ser el teatro en donde ejerciese todas sus funciones una grande caridad.

A pocos pasos conoció la santa que no podia verificarse el deseo de ser mártir; pero inmediatamente meditó mil medios oportunos de dar á su Esposo multiplicados los buenos oficios: la oracion continua, los frecuentes ayunos y muchos géneros de mortificacion apagaron en parte la hambre que tenia su generoso espíritu de padecer por su Dios. Solicita con su padre que la encierre en un monasterio de vírgenes, y constituida entre ellas, tenia á su Esposo como manojillo de mirra entre sus pechos, gustando del suavísimo olor de sus coloquios, y sufriendo la amargura de verle padecer el rocío y la escarcha de su pasion sangrienta. No se contentaba con esto el ardiente amor de tan verdadera esposa; sabia que gustaba el Esposo de que oliesen bien sus vestidos, y de que su fragancia fuese como la respiracion y hálito de un paraiso lleno de granados, manzanos, cipreses, nardo, cinamomo y otras mil sabrosas y olorosas plantas. El buen olor de todas las virtudes, singularmente del

amor, exhalaba de su alma pura, y le hacia exclamar al divino Esposo: *Toda eres hermosa, esposa mia, paloma mia, y no hay en tí mancha de vicio alguno.* ¿Qué no sufrió por extender mas y mas la honra y la gloria de Jesucristo? Este deseo la trajo por largos caminos casi diez y seis años, cruzando la España, sufriendo frios, calores, aguas, inclemencias, desprecios, pobreza, persecuciones y todo género de penalidad, para hacer á su Esposo dignos retretes de delicias en donde pudiese descansar entre mil almas de vírgenes santas. Este deseo, nacido del amor, le dió valor para emprender dificultades superiores al pecho mas varonil, y para caminar como por entre flores entre los desprecios y ultrajes mas sensibles. Este amor fué quien la hizo florido el campo de la tribulacion, y que no se desdeñase de ser reputada por engañadora, hipócrita y hechicera. Sin embargo de esto, le parecia á la santa que nada hacia por Dios; y así decia con una humildad en que se ve al mismo tiempo su caridad: *La mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio es, cómo, siéndome tan penoso estar apartada de él, quiero por su amor vivir. Esto querria yo que fuese con grandes trabajos y persecuciones; ya que no soy para aprovechar, querria ser para sufrir.* El excesivo amor que tenia á su Esposo la hace hablar de esta manera. La fundacion de diez y seis conventos de vírgenes es nada en su estimacion; nada es el vencimiento de tanto magistrado, noble, plebeyo, y de todo el poder del infierno; nada es el generoso sufrimiento de las mas negras calumnias hasta tenerla encarcelada por el santo tribunal de la inquisicion; nada es la discrecion de espíritus, tener en su mano las llaves de la salud y de la muerte, registrar los hechos de los tiempos futuros con mas claridad que los de los pasados, y mandar despóticamente en los ánimos mas contumaces para que obedeciesen al celestial Esposo. El amor que le

tenia le hacia parecer nada cuanto obraba por su servicio. Teníale siempre entre sus brazos sin soltarle, introduciéndole en el retrete de su corazon, en donde le tenia preparado un divino lecho. Adornada de todas las joyas de las virtudes teologales y cardinales, hermoseada con las flores de los dones del Espíritu Santo, vestida de inocencia, se presenta al divino Esposo toda hermosa, toda bella, toda agradable, y mas resplandeciente que el sol coronado de estrellas.

Un amor tan encendido no podia menos de tener la correspondencia debida de parte de Jesucristo. De dos maneras acostumbra el Señor á regalar y favorecer á las almas que se precian de ser sus esposas: una, por medio de amarguras y trabajos; y otra, llenándolas de gozos y suavidades extraordinarias. Al santo Tobías y á Job los regaló de una y otra manera en la ley antigua, y á san Pablo tambien en la ley de gracia. *Porque eras acepto á Dios*, dijo el arcángel al primero, *fué necesario probarte con trabajos*; y al segundo, *le arrebató hasta el tercer cielo, sin ahorrarle por eso cárceles, azotes, naufragios, y últimamente el morir degollado*. De una y otra manera regaló tambien á santa Teresa; pero lo que mas se celebra este dia fueron aquellas dulzuras, aquellas visiones extraordinarias en que le revelaba los secretos mas escondidos. En una ocasion, se le apareció el mismo Jesucristo, y dándole su mano derecha, y un clavo que sacó de su llaga, tomándola por su esposa, le dijo estas palabras: *De aquí adelante como verdadera esposa mia zelarás mi honor, porque ya yo soy todo tuyo, y tú toda mia.* A este tenor le hacia regalos inefables, que expresa la santa por estas palabras en el capítulo 29 de su vida: *Casi siempre se me representaba el Señor ansí resucitado. y en la hostia lo mismo; sino eran algunas veces para esforzarme si estaba en tribulacion, que me mostraba las llagas algunas veces en la cruz y en el huerto,*

*y con la corona de espinas pocas, y llevando la cruz tambien algunas veces para, como digo, necesidades mias, y de otras personas; mas siempre la carne glorificada.* Pero en donde manifiesta lo encendido de su amor y el sumo regalo que Dios le hizo, y celebra nuestra madre la Iglesia en la festividad de este dia, es en las siguientes palabras del mismo capítulo :

« ¡O que es ver una alma herida! Que digo que se entiende de manera que se puede decir herida por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella que la hace toda arder. O cuántas veces me acuerdo, cuando ansí estoy, de aquel verso de David : *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*: que me parece lo veo al pié de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca el alma algun remedio, porque no sabe que hacer) con algunas penitencias, y no se sienten mas, ni hace mas pena para derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios; mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase; como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal; alguna cosa se aplaca, y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con esta piensa gozar del todo á su bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni piés ni brazos no puede menear; antes, si esta en pié, se sienta como una cosa trasportada que no puede ni aun resollar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sonlo en el sentimiento.

« Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta vision : veia un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo

en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me presentan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada que dije primero. En esta vision quiso el Señor le viese ansí : no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan, deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad le dé á gustar á quien pensare que miento. Los dias que duraba esto, andaba como embobada : no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenia algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que, estando entre gentes no los podia resistir, sino que con harta pena mia se comenzaron á publicar. Despues que los tengo, no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes (no me acuerdo en qué capítulo), que es muy diferente en hartas cosas, y de mayor aprecio, antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebata el Señor el alma, y la pone en éxtasi,

y ansi no hay lugar de tener pena ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal corresponde á tan grandes beneficios.»

Esta relacion de la santa, puesta á la larga, explica con mayor claridad que la que cabe en humano discurso el favor inefable que celebra la Iglesia este dia, y al mismo tiempo el alto grado á que subió el amor que tenia Teresa á Dios. Como esta seráfica doctora ha dado tanto lustre á España, explicando el amor en que llegan á encenderse las almas verdaderamente caritativas, siendo sus obras el mas precioso compendio de teología mística que puede desearse, era justo que se celebrase aquel favor principal que llenó su alma de tan sublimes ideas. Este fué sin duda el que la santa refiere en las palabras alegadas, favor que era celebrado, mucho tiempo habia, por la religion de los carmelitas, quienes, juntando á un mismo tiempo el respeto y veneracion de su santa madre con la debida gratitud al Dios de misericordias, celebraban uno y otro con particular festividad. En el año de 1726 solicitó el rey católico que esta fiesta se extendiese á toda la Iglesia de España. Para este efecto, dirigió sus humildes súplicas al papa Clemente XII en carta particular presentada por el cardenal Belluga; y habiendo examinado la congregacion de Ritos este negocio con su acostumbrada madurez, siendo ponente el referido cardenal, fué de parecer que el oficio aprobado por la congregacion de carmelitas descalzos de España se podia rezar por todos los seglares y regulares que están obligados á las horas canónicas. En consecuencia de esto, el santo padre condescendió gustoso en que toda la Iglesia de España celebrase esta festividad de la Transverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus, y para ello dió su decreto en 11 de diciembre de 1733.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Capua, la fiesta de san Rufo, obispo y mártir, de familia patricia, que fué bautizado con toda su familia por san Apolinar, discípulo de san Pedro.

En el mismo pueblo, san Rufo, san Carpóforo, mártires, que padecieron bajo el poder de Diocleciano y Maximiano.

En Tomes del Ponto, san Marcelino, tribuno, santa Mamea, su mujer, y sus hijos san Juan, san Serapion y san Pedro, mártires.

En Sicilia en Lentini, santa Eulalia, vírgen, quien, por ser cristiana, fué degollada por su hermano Serviliano, y fué á reunirse con su celestial esposo.

En dicho dia, santa Antusa la óven, que, habiendo sido echada en un pozo por la fe de Jesucristo, halló así la corona del martirio.

En Bérgamo, san Narni, que fué bautizado por san Bernabé, y ordenado por el mismo apóstol de primer obispo de la misma ciudad.

En Arlés, san Cesáreo, obispo, de admirable santidad y piedad.

En Autun, san Siagro, obispo y confesor

En Pavía, san Juan, obispo.

En Lérida en España, san Licerio, obispo

En la Tebaida, san Pémen, anacoreta.

En San Severino de la Marca de Ancona, santa Margarita, viuda.

En Sens, san Ebes, obispo.

En Bourges, el venerable Gilberto Nicolai, franciscano de la Observancia, mas conocido con el nombre de Gabriel María, coinstitutor del órden de las diez Virtudes.

En Africa, los santos mártires Isac y Maximiano.

En Potenza en la Lucania, hoy Basilicata, los santos

mártires Aronzo, Félix, Sabiniano y Honorato, que recibieron la corona inmortal bajo el poder del juez Valeriano.

En Constanza, en las márgenes del Rin, el beato Gebardo, obispo.

*La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui illibata præcordia beatæ virginis Teresiæ sponsæ tuæ ignito jaculo transfixisti, et charitatis victimam consecrasti, ipsa interveniente, concede, ut corda nostra ardore Sancti Spiritus ferveant, et te in omnibus super omnia diligant. Qui vivis et regnas....

O Dios, que traspasaste con un arpon de fuego las entrañas puras de la bienaventurada vírgen Teresa, tu esposa, y consagraste una víctima de caridad; concédenos por tu intercesion que nuestros corazones hiervan con el ardor del Espíritu Santo, y te amen sobre todas las cosas. Tú que vives y reinas...

*La epístola es del capítulo* 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia XII, pág.* 261.

## REFLEXIONES.

Al oir las obras maravillosas que ha ejecutado la divina Omnipotencia con sus escogidos, nos llenamos de una santa admiracion, y como que quisiéramos ser participantes de aquellos grandes dones que nos sorprenden. El bien es amable por sí mismo, él arrebata nuestros afectos; y cuando es de una especie tan singular, que proporciona el logro de la felicidad eterna á que naturalmente aspira todo racional, excita mas poderosamente nuestros deseos y ansias. No tiene duda que, al ver una santa vírgen tan favorecida de

Dios, que parece tenia en ella todas sus delicias, acreditándolo con los favores mas sublimes, una santa emulacion se apodera de nuestro corazon, y allá en lo interior de nuestra alma exclamamos frecuentemente : ¡oh quién fuera como esta santa! Pero al mismo tiempo nuestras pasiones exaltadas, y un amor criminal que tenemos á las cosas del mundo, nos proponen una multitud de imposibles, cuyo vencimiento se nos figura obra superior al poder humano. Pensamos erradamente que, para lograr los favores que recibió de Dios santa Teresa, debemos tener todas sus circunstancias, y hasta su nacimiento y su sexo se nos figuran condiciones indispensables. La falta de reflexion puede ser la única causa de estas equivocadas ideas; porque, si se medita cuanto tiene dicho el Espíritu divino en las sagradas Escrituras, se hallará que Dios no es aceptador de personas, que para su divina Majestad son indiferentes todos los nacimientos, los sexos y las edades, y últimamente que sola la virtud es la que estimula á ejecutar sus maravillas.

En la epístola de este dia escribe san Pablo á los Corintios, despues de haberles recomendado el precio de la virginidad en la epístola primera, cuán fácilmente podian aspirar á la gloria de esta sublime virtud. Enséñales como todos los fieles que cumplen los divinos preceptos son en la estimacion de Dios como otras tantas vírgenes castas que se desposan con esucristo. Esta verdad se confirma con la nocion que tenemos de la santa madre Iglesia, de la cual no se puede dudar que es una vírgen purísima, que en el ara de la cruz salió del costado de Jesucristo, subiendo al mismo tiempo á la dignidad de esposa suya. Esta Iglesia no es otra cosa que la congregacion de los fieles unidos entre sí con el vínculo de la fe. En esta congregacion se hace preciso que haya individuos

de todos los estados, edades y sexos; pero la fe, la ley y la práctica de las virtudes los hace á todos participantes en particular de aquellas cualidades soberanas que tiene el cuerpo en comun. Por tanto, cada uno de los fieles puede aspirar justamente á todos los derechos que tiene la esposa de Jesucristo, á pretender sus regalos y á esperar sus misericordias. Pero todo esto no se puede lograr sin aspirar al mismo tiempo á un grado sublime de perfeccion. Tú, cristiano, que admiras los favores inefables con que regaló el Cordero inmaculado á su esposa Teresa, y que dentro de tu corazon adviertes unos santos deseos de llegar á ser tan dichoso, fija tu vista en la vida admirable de la santa madre; examina una por una todas sus virtudes, procura retratarlas con tus obras, y no dudes que el Padre de misericordias satisfará tus deseos. Dios siempre es el mismo, su justicia es invariable, tiene prometido dar á cada uno segun sus obras; lo único de que puedes necesitar es de la divina gracia, la cual esta pronta; en tí, pues, consiste el llegar a ser feliz, y tener la suerte de los santos.

*El evangelio es del cap.* 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia XII, pág.* 263.

## MEDITACION.

### DE LAS CAUSAS POR QUÉ NO AMAMOS Á DIOS COMO DEBEMOS.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que, siendo Dios tan amable por sí mismo, que no solamente la gracia, sino la naturaleza misma están haciendo una secreta fuerza para que todos le amen, con todo eso se encuentran tan pocos

hombres que empleen sus afectos en este bien infinito, no por otro motivo, sino porque no le consideran ni intentan descubrir sus perfecciones. Esta inaccion, ó mas bien perfidia, deja al alma del cristiano en unas tinieblas tan espantosas, que, á manera de un ciego, anda vagando por todos los bienes criados, sin encontrar en todos ellos otra cosa que precipicios.

Semejante ceguedad es la mas digna de compasion, y necesita un pronto remedio, de donde nacen todas las fuerzas del alma. Este no es otro que la contemplacion contínua de los divinos atributos, en la cual como en un horno encendido se caldea el alma, y llega á penetrarse del fuego de la caridad. Todos los santos que usaron de este medio, se advierte que fueron sumamente amantes de Dios, porque es imposible que llegue el entendimiento á henchirse perfectamente de las perfecciones de un bien, sin que llegue á enardecer la voluntad. La contemplacion de Dios hizo en Abrahan un amante suyo tan fervoroso y verdadero, como se vió en la terrible prueba que ejecutó Dios por sí mismo. Mándale sacrificar á un hijo, que era el fruto de repetidas lágrimas y de oraciones contínuas; un hijo unigénito, que el mismo Dios sabia era amado tiernamente de su padre; le manda que le sacrifique por su mano, y esto en un monte para donde tenia que hacer el camino de tres dias; y con todas estas circunstancias se deleita en probar el amor que el santo patriarca podia habesacado solamente de contemplar las perfecciones divinas. Porque si no, ¿cómo era posible que hubiese tenido valor para obedecer con tal prontitud á un precepto tan terrible? La misma contemplacion produjo aquellos tiernos afectos que se vieron en san Juan evangelista, y aquel valor asombroso con que san Pablo hablaba de su caridad. Al primero le reclina Jesucristo sobre su pecho, le manifiesta los secretos

escondidos, y le confia la custodia de su misma Madre. El segundo dice á los Romanos (*cap.* 8.) : *¿ Quién será capaz de separarme del amor de Cristo?* Y á los Corintios se atreve á asegurarles que la vida que tiene no es suya, ni aquel que vive, Pablo, sino que Jesucristo era el que vivia en él. Efectos tan portentosos no se producen sino en una alma ilustrada con las claras luces de la sabiduría, que manifiesta la grandeza de Dios, y la amabilidad de sus divinas perfecciones. Por eso, dice san Agustin (*Soliloq. cap.* 6) : *Cualquiera, ó Señor, que llega á conocerte, te ama y se olvida de sí mismo; te ama mas que á sí mismo, y deja todo lo que es para poderse llegar á tí.* Ni puede ser otra cosa; porque ¿cómo es posible llegar á conocer aquella inmensidad de bienes infinitos, aquella hermosura perfectísima, aquel cúmulo de preciosísimas riquezas, aquella fuente inagotable de delicias, sin que el alma se encienda en un ardiente deseo de amar tanto bien, y de gozar tanta hermosura y deleite? Luego la causa de no amar á Dios como se debe es la falta de conocimiento ; consiste en no reflexionar sobre las divinas perfecciones; en una palabra, no amamos á Dios, porque estamos poseidos de una lastimosa ceguedad que nos impide verle conforme es. Supuesto que está descubierta la causa de tan funesto mal, fácil cosa es aplicar el remedio conveniente, que es la contemplacion de las divinas perfecciones.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque la causa de no amar á Dios como vemos que le amaron los santos, mirada en su orígen, es la falta de contemplacion de la bondad infinita, no es motivo menos funesto la ingratitud de nuestro corazon, por lo cual, apartando los ojos de los infinitos eneficios que nos ha hecho y nos hace

cada dia, no sabemos otra cosa que serle ingratos.

San Juan evangelista, en su epistola primera, propone dos causas poderosísimas para que nuestro corazon se deshaga en afectos de amor de Dios; la primera es el amor que el mismo Dios nos tuvo, y así dice: *Amemos á Dios, hermanos, porque él nos amó á nosotros primero.* Esta razon es tan sumamente poderosa, que, si la considerasen los hombres dignamente, se avergonzarian de su ingratitud, y se confundirian en la divina presencia. Porque considera, ó cristiano, quién ama, y qué es el objeto de su amor. Te ama tu Dios, tu criador, tu remunerador, un ser infinito é inmenso que no necesita de tí ni para su felicidad ni para su gloria. Te ama un Dios que seria tan infinitamente grande y venturoso sin tu existencia, como lo fué antes de la formacion de los siglos. Te ama un Dios, en cuya presencia los cielos y la tierra, el sol, la luna, las estrellas del firmamento, y hasta los mismos espiritus celestiales son como si no fuesen, y este Dios te ama á tí; á tí que, entre todas las criaturas, eres de las mas despreciables por la corrupcion de tu naturaleza, y por tantos males á que te sujetó tu prevaricacion misma; te ama á ti, que eres polvo y ceniza, que fuiste concebido en miseria, y que, á manera del heno y de la flor del campo, un leve soplo de viento te volverá á tu antigua nada; te ama á tí, en fin, hombre ingrato, criatura desconocida, que de tantas maneras has irritado sus enojos, y has merecido los castigos extremos de su justicia.

Esta consideracion es poderosa sin duda para excitar el amor en un pecho que no sea de bronce, y como tal la proponia San Juan á sus discipulos. Pero no es menos poderosa la que se contiene en las palabras del cap. 3, que dicen: *Considerad, hermanos, cual fue el amor de Dios para con nosotros, que quiso su dignacion no solamente que nos llamemos hijos de*

*Dios, sino que lo seamos en realidad.* Considera, cristiano, cuál seria tu gozo, y cuán grande reputarias tu fortuna si, siendo un pobre miserable, vieses que te adoptaba por hijo, no ya un caballero ó un grande, sino tu mismo rey, haciéndote heredero de su corona y su cetro; sin duda alguna este seria un bien mucho mayor que todas tus esperanzas, y superior á todo tu agradecimiento. ¡Cuánta diferencia hay de un hombre, aunque sea un príncipe, á un Dios infinito, y cuánta distancia de adopcion á adopcion, y de unos bienes temporales á un reino eterno! Sí, cristiano, Dios te tiene adoptado por hijo, te tiene prometidos todos sus bienes, te ha hecho hermano de Jesucristo, y te ha dado en arras toda la plenitud de sus gracias y dones depositados en los sacramentos. ¡Qué ingratitud no es preciso que sea la tuya, y qué dureza la de tu corazon para manifestarte insensible á tamaños beneficios! Conoce, pues, que esta es una cosa funesta que te aparta del amor de tu Dios, y espera que apenas saldrá de tu alma la ingratitud, cuando inmediatamente será reemplazada por la caridad.

## JACULATORIAS.

*Præbe, fili mi, cor tuum mihi, et oculi tui vias meas custodiant.* Prov. cap. 23.

Yo sé, Señor, que estais clamando continuamente, y diciéndome: dame tu corazon, hijo mio, y haz que tus ojos no se extravíen jamás de mis caminos.

*Diligam te, Domine, fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus.* Salm. 17.

Yo, Señor, os doy palabra de amaros, que sois mi fortaleza; en vos constituiré todo mi apoyo, y vos seréis mi refugio y mi libertador.

## PROPOSITOS.

Todos los propósitos de este dia deben reducirse a desterrar las dos causas perniciosas que nos apartan de nuestro Dios, y que nos impiden recibir sus divinos favores. Debemos proponer ocuparnos en una contemplacion contínua de sus divinas grandezas, y conocer que esta contemplacion ha de causar en nosotros la dichosa necesidad de amarle. Además de esto, hemos de tener presentes en nuestra alma los inmensos beneficios de que nos ha colmado su bondad divina, porque es imposible considerar con atencion las mercedes que nos ha hecho, y poderse resolver no obstante á serle ingratos. De uno y otro nacerá un verdadero amor á nuestro Dios; el corazon se penetrará de tan divino fuego, y vivificados con su espíritu, lograremos la suerte dichosa que hizo admirables á los santos. Pero el modo de amar á Dios le hemos de aprender en las obras de estos, y en las máximas que dejó escritas en el Evangelio la eterna sabiduría del Padre. Jesucristo, queriendo dar á entender cuáles eran las señales ciertas del amor que se le tenia, decia á sus discípulos en el cap. 14 del evangelio de san Juan: *Si me amais, guardad mis mandamientos.* Y en el mismo capítulo confirma esta sentencia, proponiendo además las sublimes recompensas con que premia Dios á aquellos que le aman. *Si alguno me ama*, dice, *ese guardará mi doctrina*, *y mi Padre le amará, y vendremos á el, y estableceremos allí nuestra mansion.* Por una parte, asegura al cristiano que la prueba mas legítima que exige de él para convencerse de que le ama, es la observancia de sus mandamientos; y á la verdad, que esta misma prueba exige el mundo de sus amadores, no satisfaciéndole sino las obras. Por otra parte, hace la gran promesa de que el

Padre celestial con su Hijo unigénito, y el Espíritu Santo, en Trinidad indivisa, vendrán al alma caritativa, harán en ella su mansion, y la llenarán de todos los bienes, gracias y carismas que puede producir toda la Trinidad beatísima en aquella alma feliz que llega á ser su sagrario. Esta ventura es la que lograron los santos, de aquí nacieron aquellos admirables éxtasis, raptos, deliquios y otros afectos amorosos que nos causan admiracion, y excitan á la Iglesia á tributarles sus cultos, bendiciendo á Dios, que tanto amor y tanta caridad quiso dar á sus siervos.

---

# DIA VEINTE Y OCHO.

## SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Agustin, ornamento del órden episcopal, uno de los mas brillantes astros del orbe cristiano, y tan sobresaliente entre los santos doctores de la Iglesia, nació en Tagaste, ciudad de Numidia en Africa, el dia 15 de noviembre del año 354. Fué de honrada familia; y aunque patricio, su padre no era todavía cristiano, pero su madre santa Mónica ganó tanto el corazon de su marido con su mansedumbre, con su sufrimiento, con su paciencia y con su virtud, que logró fuese cristiano todo el resto de la casa. No ejercitó poco la virtud y la paciencia de su santa madre la inquieta y bulliciosa infancia de Agustin. Por la vivacidad extraordinaria de su ingenio, y por la vehemencia de sus tiernas pasionzuelas, que ya asomaban la cabeza, era poco dócil á las instrucciones. La misma facilidad que tenia en comprender, le hacia flojo y descuidado en estudiar. Era su pasion dominante·

el amor de la libertad y de las diversiones, no pudiendo tolerar ni freno ni sujecion. No perdonaba la virtuosa madre medio alguno para darle una cristiana educacion; ya le habia hecho alistar en el número de los catecúmenos, cuando cayó peligrosamente enfermo, y se vió á las puertas de la eternidad. Él mismo pidió entonces el bautismo; pero aliviándosele poco despues la enfermedad, y desconfiando todos de sus malas inclinaciones, se tuvo por conveniente dilatársele, hasta que con la madurez de la edad mejorase de disposicion.

Luego que aprendió á leer y á escribir en Tagaste, le enviaron á Madaura, ciudad poco distante, á estudiar la gramática y letras humanas. Inmediatamente se enamoró mucho de las fábulas y de todos los vanos delirios de la profana antigüedad. Muy desde luego comenzó á sobresalir entre todos sus condiscípulos por la superior valentía de su ingenio, distinguiéndose particularmente en el ejercicio de la elocuencia. Dieron á su padre informes tan ventajosos de su rara comprension y extraordinarios talentos, que á los diez y seis años de edad le retiró de Madaura, y le envió á Cartago para que allí continuase sus estudios. Pero mientras se disponia el viaje para aquella ciudad, se detuvo un año en Tagaste sin aplicarse á nada en casa de sus padres; y en este tiempo de ociosidad, se entregó sin freno á todo género de disoluciones. Afligida íntimamente la piadosísima madre, hacia cuanto podia para que volviese sobre sí el mal aconsejado hijo; pero ni sus ruegos, ni sus amorosas reprensiones, ni sus saludables consejos hacian impresion en un jóven perdido, á quien todo se lo disimulaba la excesiva indulgencia de su padre. Pasando á Cartago, aun se abandonó mas desbocadamente á los excesos de la lascivia, fomentada con las perversas compañías y los espectáculos profanos, á que era vehemen-

temente inclinado. Con todo eso, en medio de tanto desórden, como no podia borrar de su corazon aquellas impresiones que habian grabado en él las primeras cristianas lecciones de su virtuosa madre, pedia á Dios de cuando en cuando el don de la castidad, pero con miedo de que se le concediese. Deleitábase mucho en leer las obras de Ciceron, en las cuales solo le disgustaba, como él mismo lo dice, no encontrar el nombre de Jesucristo, que se le habia imbuido en el alma desde sus mas tiernos años. Como el desórden de las costumbres conduce casi siempre á la irreligion, cayó en todos los errores de los maniqueos, bien que en el fondo los reconocia muy extravagantes.

Entre tanto, afligida mas y mas santa Mónica, noticiosa de aquel nuevo desbarro de su hijo, lloraba amargamente dia y noche delante del Señor, pidiéndole sin cesar que tuviese misericordia de su hijo. En la amargura de su corazon acudió por consuelo á un santo obispo, el cual la serenó, diciéndole: *Anda, hija, continúa en gemir y en suplicar al Señor, que no es posible se pierda un hijo de tantas lágrimas.*

Siendo ya Agustin la admiracion de los sabios por su perfecta comprension de todos los libros de Aristóteles, y por su celebrada elocuencia, enseñó la retórica en Cartago á los veinte años de su edad; y creciendo en él la ambicion con el aplauso, resolvió pasar á Roma. Por mas que hizo, no pudo este intento ocultársele del todo á su piadosa madre, que habia venido á Cartago para trabajar mas eficazmente en su conversion. Quiso seguir á Agustin; pero este se desembarazó de aquel estorbo con un artificioso engaño. Aconsejóla que pasase en oracion aquella noche en una capilla de san Cipriano, que estaba inmediata al puerto; y mientras su santa madre se hallaba an devotamente divertida, él se hizo á la vela. Hospedóse en Roma en casa de un maniqueo, donde cayó peli-

grosamente enfermo; pero ni por eso se convirtió. Profesó en aquella ciudad la retórica aun con mayor aplauso que en Cartago, á tiempo que el magistrado de Milan escribió al prefecto de Roma, pidiéndole que le enviase un retórico hábil y sobresaliente. Hubo poco que deliberar en la eleccion, y fué Agustin preferido á todos los demás. Luego que llegó á Milan, pasó á visitar al obispo Ambrosio, cuya fama metia mucho ruido en el mundo. Recibióle con tanto agrado, que le comenzó á ganar el corazon; y asistiendo despues con frecuencia á los sermones del santo prelado, sintió renovarse en su alma todos los remordimientos de su conciencia.

Ya habia tiempo que, habiendo confundido á Fausto, el mas célebre de los obispos maniqueos, en una conferencia pública, miraba con muchísimo desprecio sus errores, y estaba muy disgustado de su secta; pero el comercio carnal en que estaba enredado con una mujer, de quien habia tenido un hijo, le servia de estorbo para abrazar la religion católica, sin embargo de estar bien persuadido de que ella sola era la verdadera. En estas circunstancias llegó á Milan santa Mónica, resuelta á no desistir hasta alcanzar de Dios la conversion de su hijo, ayudada tambien de san Ambrosio. Encontróle ya en términos que ni era maniqueo ni católico. Parecióle á aquella santa madre que convenia casarle para separarle de aquella mala vida: consintió Agustin en la proposicion, y luego despachó al Africa la mujer con quien vivia amancebado, la que pasó el resto de sus dias haciendo penitencia. En este intermedio, como no cesaba la gracia de solicitar interiormente el corazon de Agustin, ya por los consejos de santa Mónica, ya por las conversaciones y sermones de san Ambrosio, le inspiró el deseo de tener una conferencia con un santo presbítero llamado Simpliciano, que habia instruido el mismo san Am-

brosio. Este le exhortó con viveza á que rompiese generosamente los lazos que le tenian aprisionado, y le refirió la conversion de Victorino, en que habia tenido tanta parte el mismo Agustin, y era conocido de él. Hizole tanta fuerza el ejemplo de un hombre tan famoso, que resolvió imitarle; pero esta no era mas que una media voluntad, que nunca pasaba á la ejecucion.

Estando un dia en su cuarto con su amigo Alipio, entró Ponciano, que lo era de los dos. Vió en la mesa las epístolas de san Pablo, de que se mostró muy edificado; y como era un caballero muy cristiano, tomo de aqui ocasion para hablar de la asombrosa vida de san Antonio, de la multitud de monasterios que poblaban los desiertos, y de la admirable conversion de los dos oficiales del emperador, que, leyendo la vida de este gran santo, inmediatamente volvieron las espaldas al mundo, y abrazaron la vida cenobitica, entregándose á la oracion y á la penitencia. Despidióse Ponciano de la visita; y Agustin, vivísimamente conmovido de lo que acababa de oir, se levantó del asiento, y vuelto á su amigo Alipio, le dijo con un tono de voz, que mostraba bien lo mucho que iba obrando la gracia en su corazon: *¿Qué es esto, Alipio? ¿en qué nos detenemos ya? levántanse los indoctos, y nos arrebatan el cielo; ¿y nosotros con toda nuestra ciencia andamos siempre arrastrando por la tierra? ¡Pues qué! porque ellos fueron mas cuerdos que nosotros, ¿no nos atreveremos nosotros á serlo tanto como ellos? Y po que ellos fueron delante, ¿tendremos nosotros vergüenza de seguirlos?* En diciendo esto, se salió del cuarto arrebatadamente. Admirado Alipio de tan extraña mudanza, le fué siguiendo hasta el jardin. Allí se sentó Agustin, y comenzó á desahogarse en lágrimas y en suspiros; pero no teniendo toda la libertad que deseaba á vista de su amigo, se levanto, y sin hablarle palabra, se encaminó á lo mas retirado del jardin, ar-

rojóse al suelo debajo de una higuera; y desatados sus ojos en dos torrentes de lágrimas, comenzó á exclamar con una voz interrumpida de sollozos: *¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo tengo de experimentar los efectos de vuestra indignacion? ¿hasta cuándo dejaré siempre para mañana lo que puedo hacer hoy? Y si mañana, ¿porqué no desde ahora*? Al pronunciar esto, oyó una milagrosa voz que le decia: *Toma y lee, toma y lee.* Atónito con lo que oia, se levanta, vuelve á buscar á Alipio, toma en las manos las epístolas de san Pablo que habia dejado junto á él, ábrelas, y encuéntrase con estas palabras: *Alejaos de la disolucion, de los sucios deleites, de las inmundicias; pero vestios de nuestro Señor Jesucristo, y no cuideis de la carne en lo que toca á sus concupiscencias.* Apenas acabó de leer la última palabra cuando de repente se halló muy superior á todas las irresoluciones, y en una gran tranquilidad. Igualmente movido Alipio quiso tambien ser su compañero en la nueva vida. Saliéronse los dos, buscaron á santa Mónica, y le refirieron cuanto les habia pasado. Fué inexplicable el gozo de la virtuosa matrona, especialmente cuando oyó á su hijo Agustin que ya no pensaba en casarse, sino en la soledad y en el retiro.

Para disponerse mejor á recibir el santo bautismo, se retiró Agustin á una casa de campo poco distante de Milan, en compañía de su madre, de su hijo Adeodato y de su amigo Alipio. En este retiro compuso el libro *contra los academicos*, el tratado *de la vida feliz*, el *de la inmortalidad del alma*, el *del órden de la Providencia* y los *soliloquios*. Pasaba casi la mitad de la noche meditando las verdades de la religion; continuaba sus oraciones hasta muy entrado el dia, y encontraba en los salmos un gusto muy exquisito. Escribió á san Ambrosio, que tanto suspiraba por la conversion del hijo de Mónica, dándole cuenta de la

disposicion en que se hallaba, y pidiéndole sus instrucciones para prevenirse al sagrado bautismo. Al principio de la cuaresma del año 387 se restituyó á Milan, y en fin fué bautizado por san Ambrosio el sábado santo en compañía de su ijo Adeodato, y de su grande amigo Alipio. Dícese que en aquella solemnísima funcion compusieron entre san Ambrosio y san Agustin el himno, ó el cántico *Te Deum laudamus....* en accion de gracias por una conversion que colmaba de gozo á toda la Iglesia, siendo una insigne victoria contra todo el infierno.

Contaba treinta y tres años san Agustin cuando fue bautizado. Elevado por el bautismo a la dignidad de hijo de Dios, resolvió conservarla toda la vida con la pureza de costumbres, y con el arreglo de toda su conducta; pero considerando que el bullicio del mundo podia servir de estorbo á sus intentos, tomó el partido de retirarse; y resolvió buscar en el Africa aquel lugar que le pareciese mas á propósito para llorar sus pecados. Partió de Milan en compañía de su madre y de su hijo, y se detuvo en el puerto de Ostia esperando embarcacion. Aquí perdió á su querida madre santa Mónica, y no pudo negar sus tiernas lagrimas a la muerte de aquella que tantas habia derramado por él en el discurso de su vida. Concluidos los funerales de su santa madre, paso á Roma con ánimo de detenerse algun tiempo en aquella ciudad, y todo le empleó en solicitar la conversion de los maniqueos. No pudiendo sufrir el descaro con que se jactaban de su imaginaria continencia, para curarlos y para reducirlos á la fe, compuso entonces los dos libros *de las costumbres de la Iglesia católica, y de las costumbres de los maniqueos;* y poco despues el tratado *del libre albedrío contra los mismos herejes.*

Habiéndose detenido en Roma de quince á diez y seis meses, se embarcó en Ostia, y aportó al Africa

hácia el fin del invierno del año 389. Retiróse á una casa de campo con algunos amigos suyos, y por espacio de tres años se entregó enteramente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Ocupábase dia y noche en oracion, y en el estudio de la religion y de la sagrada Escritura. Ayunaba todos los dias con extremado rigor, y maceraba su carne con grandes y continuas penitencias. En aquel santo retiro compuso los dos libros sobre el *Génesis*, y el que intituló *el Maestro*, que es un admirable diálogo con su hijo Adeodato. Este hijo tan querido se le murió poco tiempo despues en el mismo retiro. Luego compuso aquel libro *de la verdadera religion*, una de las obras mas excelentes de tan esclarecido varon.

Contaba Agustin casi tres años en las piadosas delicias, sosiego y gusto de aquella amable soledad, cuando le obligó á salir de ella la fama de su eminente virtud y de su rara sabiduría. Cierto gran señor de la ciudad de Hipona, una de las principales de la Numidia, gran cristiano y grande amigo de nuestro santo, le instó para que pasase á verle. Consintió Agustin en este viaje por la esperanza de ganar á aquel caballero, y de reducirle á que aumentase el número de su pequeña comunidad. Hallándose en Hipona el obispo de aquella ciudad, llamado Valero, propuso al pueblo la necesidad que tenia aquella iglesia de un presbítero virtuoso y sabio que le ayudase en las funciones de su ministerio episcopal. Como los vecinos tenian tan conocida la virtud y la sabiduría de Agustin, no quisieron otro; pero era menester sorprenderle, porque le sobresaltaba hasta la sombra de toda dignidad. Entró un dia en la iglesia a tiempo que estaban juntos los fieles, y al instante echaron mano de él; y sin dar oidos, ni á sus lágrimas, ni á sus ruegos, ni á sus razones, todos á una voz comenzaron á clamar que le ordenasen de presbítero. El obispo Va-

lerio, que estaba ya de acuerdo, hizo menos caso que todos de los elocuentes argumentos esforzados por su humildad y por su ingenio, con que le fué preciso rendirse: y habiendo recibido los demás órdenes sagrados, le ordenó de presbitero el mismo obispo. Lo mas que pudo capitular fué que le habian de hacer donacion de una huerta de la iglesia para fundar en aquel sitio un monasterio. Luego que se acabó la fábrica, concurrieron á llenarla gran número de sugetos excelentes, para los cuales compuso el santo su regla. Era en ellos extrema la pobreza, el ayuno y el silencio contínuo. la oracion poco interrumpida. Y esta es aquella admirable regla, que fué como fecunda madre de tantas familias religiosas, y lo es el dia de hoy una de las mas ilustres y de las mas santas que adornan la santa Iglesia. Aunque todavia no se acostumbraba en la de Africa que predicasen los presbiteros, siendo este ministerio propio y privativo del pastor, no dudó Valerio dispensar esta costumbre en favor de san Agustin. Quiso, pues, que repartiese al pueblo el pan de la divina palabra, y lo hizo con tanto fruto, que ya no le conocian por otro nombre, sino por el del apóstol de la palabra de Dios. Predicaba todos los dias, y cada dia a mayores concursos, y con mas universal aplauso.

No contentándose Agustin con hacer guerra á los vicios por medio de sus sermones, se la hacia tambien, y no menos sangrienta, con las armas de sus escritos. Compuso el libro *de la utilidad de la fe,* con el cual reformo muchos abusos que se habian introducido en Hipona. Tuvo una disputa publica con Fortunato, que era el heroe de los maniqueos, en la cual no solo le confundio, sino que tambien le movio, pues prometio convertirse; aunque esta promesa se redujo despues á ausentarse, y á no parecer mas en la ciudad. El año de 393 asistió al

concilio de Hipona, convocado por Aurelio, obispo y primado de Cartago, en que, a ruego de los padres, compuso el libro *de la fe y del símbolo,* que es un admirable compendio de la doctrina cristiana. En el mismo año publicó varios escritos contra los donatistas y los maniqueos, declarándose el azote de todos los herejes. El año de 394 se estrechó aquella íntima amistad entre san Jerónimo y san Agustin, habiéndola formado Alipio con ocasion de un viaje que hizo á Palestina. Tambien san Paulino de Nola quiso tener correspondencia con nuestro santo, que ya era venerado en el mundo como el oraculo de la Iglesia; y en fin, no habia en toda ella sugeto alguno sobresaliente en letras ó en virtud, que no solicitase entablarla con aquel grande hombre. Pero el obispo Valerio, temiendo que le arrebatasen a Agustin para alguna iglesia destituida de pastor, quiso asegurarle; pidióle por coadjutor suyo, y lo consiguió. Juntos los obispos de la provincia, y despreciando su resistencia á aquella sublime dignidad, le obligaron á rendirse á la voluntad del Señor, consagrándole por obispo coadjutor del de Hipona el año de 395, á los cuarenta y dos de su edad.

Estremeciéronse todas las sectas luego que vieron á Agustin colocado en la silla episcopal. Los donatistas, de que estaba lleno aquel pais, previendo el peligro que corria su partido si Agustin se declaraba contra él, pidieron composicion. Ofrecioles una conferencia, obligaron á Proculino su obispo á que la aceptase; pero este nunca tuvo valor para medir sus fuerzas con tan formidable adversario. Recurrieron á una tropa de bandidos y de facinerosos, que era la gente mas honrada y la mas escogida de los donatistas. Llamabanlos *circonceliones*, porque su ocupacion se reducia á rondar continuamente alrededor de las casas, para cometer todo género de insolencias y de crueldades. Sedientos de la sangre de los católi-

cos, se alampaban mucho mas por la de Agustin: muchas veces intentaron asesinarle; pero siempre le libró Dios milagrosamente. En medio de eso, no cesaba el santo de trabajar en su conversion, ya con sus palabras, ya con sus escritos; y con esta ocasion, compuso sus tratados sobre *el bautismo,* y sobre *la unidad de la Iglesia.* Asistió á muchos concilios que se convocaron en Cartago y en otras partes, siendo el alma y el oráculo de todos ellos. Pero no le ocupaban tanto los herejes, que no dedicase su primera y principal atencion al cuidado de su rebaño, particularmente despues de la muerte del obispo Valerio, su predecesor, visitando su diócesis con todo el zelo y con todo el fruto que correspondia al alto concepto de su santidad y de su mérito.

Como los donatistas no cesaban de turbar la iglesia de Africa, se vió precisado el emperador Honorio á permitir una disputa pública entre los sugetos mas hábiles de los dos partidos. Celebróse en Cartago el ano de 411; concurrieron á ella doscientos ochenta y seis obispos católicos, y doscientos setenta y nueve donatistas. Asistió á este famoso congreso el tribuno Marcelino, á quien nombró el emperador por su comisario para evitar todo desórden. El principal, ó, por mejor decir, el único actor, fué nuestro Agustin que dejó confundido á Petiliano, el Aquiles de los herejes. Triunfó la religion católica, y se desvaneció como humo aquella espesa nube de donatistas. Pero ni fueron estos los únicos herejes que combatió nuestro santo, ni fué esta la única victoria que consiguió. Habíale escogido Dios para perseguir, para quitar la máscara, para atacar y para vencer á todas las herejías. Despues que confundió, postró y aterró á los arrianos, á los priscilianistas, á los origenistas y á los maniqueos, fué preciso que midiese sus armas con Pelagio. Este monje, originario de Irlanda, de tal ma-

nera habia engañado al mundo con su compostura exterior, con su cara de hombre penitente y mortificado, y con todo el aparato de varon ejemplar y virtuoso, que generalmente era tenido por hombre santo, y á la sombra de esta reputacion habia derramado por todas partes el veneno de la mas perniciosa herejía. Mientras el maestro la iba extendiendo por el Egipto, su discípulo Celestino la sembraba y la defendia en el Occidente. Refutó san Agustin todos los errores de esta emponzoñada secta por un prodigioso numero de escritos, que con razon le merecieron el glorioso nombre de *doctor y defensor de la gracia.*

No se hablaba ya en todo el orbe cristiano sino de los talentos, de las obras, de las victorias de san Agustin, venerado por el asombro del mundo, y por el hombre de la Iglesia. Acudian á él de todas partes para consultarle; ni se celebraba concilio, ó junta, ó congreso de obispos y de doctores á que no fuese llamado, y donde no fuese oido como oráculo. Pero lo mas admirable fué que, siendo tan elevado su mérito y siendo su fama tan extraordinaria, aun era mucho mayor su humildad. No habia hombre que hiciese mas bajo concepto de sí, ni se conoció jamas fiel alguno mas rendido á la silla apostólica. Aquel grande y sublime ingenio nunca perdió de vista su nada, ni los descaminos de su juventud. Con este humildísimo espíritu compuso el libro de sus *confesiones*, procurando templar la eminente reputacion de su santidad con aquella pública confesion de sus pecados. Dícese que, paseándose un dia por la orilla del mar, ocupada la imaginacion en querer apurar algunos puntos incomprensibles del inefable misterio de la Trinidad, en que á la sazon estaba trabajando, encontró un niño muy afanado al parecer en meter el agua del mar en una poza que habia abierto en la arena. Preguntóle el santo, qué pretendia con aquello. *Meter toda el*

*agua del mar en esta poza*, respondió el niño. *Pues, hijo*, replicó Agustin, *¿no ves que eso no puede ser? Mas fácil es esto*, respondió el niño, *que comprender con tu limitado entendimiento la grandeza del misterio incomprensible.*

Así como su sabiduría no habia hinchado su corazon, así tampoco habian entibiado su devocion los estudios. De pocos santos se cuenta virtud mas afectuosa ni mas tierna que la de san Agustin; de pocos, que tuviesen el corazon mas abrasado en un amor de Dios tan puro, tan activo y tan fogoso; de pocos, que profesasen á Jesucristo y á su santísima Madre una devocion mas viva ni mas tierna. *Atravesaste, Señor, mi corazon*, dice en una parte, *con una flecha de amor tan penetrante, que, introducida profundamente en el pecho, se quedó el encendido arpon dentro de la misma herida.* Este era aquel divino fuego que ilustraba su entendimiento, que inflamaba su corazon, y que encendia en él aquel fogoso zelo, por cuyo impulso fué siempre el azote de los herejes. Solo con leer sus *soliloquios*, sus *meditaciones* y sus *confesiones*, se reconoce el fuego del amor de Dios que le consumia, y la mucha razon con que le pintan con el corazon en la mano, rodeado todo de llamas, siendo cierto que no se podia discurrir simbolo mas adecuado. El esmero en la pureza no pudo subir á mayor punto: jamás permitió que entrase en su casa mujer alguna, ni su misma sobrina, ni su propia hermana, ni volvió á mirar la cara de alguna mujer. La caridad con los pobres correspondia á su abrasado amor de Dios. Decia que las rentas del obispo eran rentas de los pobres; y que, si el pobre no hallaba que comer en casa del obispo, era preciso que el obispo aquel dia se quedase sin comer. No podia sufrir á los murmuradores por el horror que tenia á la murmuracion; y era dicho comun, que

tanto temia la murmuracion la presencia de Agustin, como el error sus disputas.

Hallándose el santo doctor cargado de años, pues ya contaba sesenta y dos, y mucho mas cargado de trabajos públicos, que se multiplicaban cada dia, pidió que le diesen por compañero al presbitero Eraclio para repartir con él los cuidados de la diócesis. Viéndose por este medio con algun alivio, emprendió la revision y el exámen de sus obras, que componian ya el número de 232 libros, comprendidos en ochenta tratados de diferentes materias, sin incluir en ellos un número casi infinito de cartas y de sermones sobre asuntos muy importantes. Este exámen y esta revision produjo la obra de sus *retractaciones*, en que corrige todo lo menos justo, ó menos exacto que pudo habérsele escapado, censurando y criticándo sus escritos con extrema severidad. Habia ya algun tiempo que san Agustin, consumido de penitencias y de trabajos, se sentia muy desfallecido, cuando el conde Bonifacio, resentido del emperador Valentiniano III de quien se imaginaba desairado, llamó á los Vandalos de España. Desembarcó en el Africa su rey Genserico al frente de ochenta mil hombres, y en menos de dos años se hizo dueño de toda ella, á excepcion de las tres ciudades principales Cartago, Hipona y Cirta. Muchos obispos se retiraron al acercarse los bárbaros; pero san Agustin nunca quiso desamparar á su rebaño. Exhortábale todos los dias á aplacar la cólera de Dios con la penitencia, no cesaba de llorar dia y noche en la presencia del Señor, suplicándole que no perdonase al pastor, para que se salvasen las ovejas. Estaba sitiada la ciudad, y sin esperanza de socorro. Pidió al Señor que, si era su voluntad que la ciudad cayese en poder de los bárbaros, le retirase de este mundo antes que fuese testigo de aquella desdicha. Conoció que Dios le habia oido

por la enfermedad en que cayó; y se dispuso para morir con un fervor muy correspondiente á aquella grande alma. Recibió los sacramentos con la fe y con la piedad de que estaba animado, y el dia 28 de agosto del año 430 rindió tranquilamente su espíritu, rodeado de sus discípulos y de su clero, que todos se deshacian en lágrimas, siendo de sesenta y seis años de edad, y al tercer mes del sitio de la ciudad.

Tal fué la preciosa muerte de este hombre verdaderamente grande, á quien los mayores hombres de la Iglesia llaman la lumbrera de los doctores, el modelo de los prelados, el escudo de la fe, el almacen de la religion, la torre de David de donde penden mil arneses, el azote de los enemigos de Jesucristo, la columna de la Iglesia, y el mas iluminado maestro de la moral cristiana. Los sumos pontífices, y hasta los mismos concilios han hecho magníficos elogios de la doctrina de san Agustin y de sus escritos. El papa san Celestino engrandece su fe, y le llama, con otros pontífices sus predecesores, uno de los primeros doctores de la Iglesia. San Paulino le apellida sal de la tierra; san Jerónimo, el enemigo del error; y Severo Sulpicio, industriosa abeja que sustenta á los fieles con la miel de su doctrina, y con el aguijon taladra de parte á parte á los herejes.

Fué enterrado su santo cuerpo con toda la solemnidad posible en la iglesia catedral. Al año siguiente se apoderaron los bárbaros de la ciudad, la incendiaron; pero las llamas respetaron el sepulcro y la librería del santo donde estaban todas sus obras. Los obispos de Africa, que fueron desterrados á Cerdeña, llevaron consigo el santo cuerpo, y en su destierro les sirvió de mucho consuelo aquel precioso tesoro. Allí estuvo por espacio de 206 años, hasta que Luitprando, rey de los Longobardos, le hizo rasladar á

Pavía el año de 712, en cuya ciudad se conserva hasta el presente expuesto á la pública veneracion.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Hipona en Africa, la fiesta de san Agustin, obispo y doctor eminente de la Iglesia. Habiendo sido convertido á la fe católica por el zelo de san Ambrosio y bautizado por el mismo, defendió como atleta infatigable esta misma fe contra los maniqueos y otros herejes. Habiendo igualmente dado feliz cima á otras muchas obras en favor de la Iglesia de Dios, subió al cielo á recibir el galardon. Sus reliquias, trasportadas primero de su ciudad á la isla de Cerdeña á causa de los bárbaros, y con el tiempo á Pavía por Luitprando, rey de los Lombardos, se guardan honradas en esta última ciudad.

En Roma, la fiesta de san Hérmas, varon distinguido, quien, como se ve en las actas del papa san Alejandro, fué primero encarcelado, y luego acabó su martirio, siendo degollado con otros muchos, bajo el juez Aureliano.

En Brioude en Auvernia, el suplicio de san Julian, mártir, que, siendo conmiliton del tribuno san Ferreol, y sirviendo en secreto á Jesucristo bajo el uniforme de soldado, fué preso en la persecucion de Diocleciano, y horriblemente degollado.

En Constanza, en la Galia Suiza, san Pelay, mártir, que recibió la corona bajo el emperador Numeriano y el juez Evilasio.

En Salerno, san Fortunato, san Cayo y san Anteso, mártires, que fueron decapitados en tiempo de Diocleciano y el procónsul Leoncio.

En Constantinopla, san Alejandro, obispo, ilustre anciano, por cuyos poderosos ruegos Arrio, condenado por altos juicios de Dios, se reventó arrojando las entrañas.

En Saintes, san Viviano, obispo.

En dicha ciudad, san Moisés el Etíope, que, de insigne salteador y bandolero, llegó á ser célebre anacoreta, y convirtió á otros muchos ladrones, llevándolos consigo al monasterio.

En Gerona en Cataluña, el martirio de san Narciso.

En Loudun, san Claro, confesor, venerado como mártir.

En Judea, el santo rey Ezequías.

En dicho dia, san Vicino, obispo de Sarsina en Italia.

En Umbría, san Facundino, obispo de Tadina.

En Capadocia, san Dámaso, mártir, uno de los llamados Taumaturgos por los Griegos, de cuya fiesta habla san Basilio en una epístola á los obispos del Ponto.

En Etiopia, san Magdero, abad.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Adesto supplicationibus nostris, omnipotens Deus: ut quibus fiduciam sperandæ pietatis indulges, intercedente beato Augustino, confessore tuo atque pontifice, consuetæ misericordiæ tribue benignus effectum. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Escuchad favorablemente, ó Dios todopoderoso, nuestras muy humildes súplicas; y dignaos conceder por la intercesion de vuestro confesor y pontífice san Agustin el efecto de vuestra acostumbrada misericordia á los que habeis dado la confianza de esperarla de vuestra infinita bondad. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 4 de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia IV, pág.* 95.

NOTA.

« Escribió san Pablo esta segunda epístola á Timoteo, no solo para llamarle cerca de su persona, sino

tambien para animarle en los trabajos del ministerio episcopal. Hácele varias advertencias acerca de los falsos doctores y de los herejes de aquel tiempo, de los simonianos, de los gnósticos, y de los que habian de seguir á estos; haciéndole una viva pintura de todos ellos.»

## REFLEXIONES.

*Predica la palabra; insta oportuna é importunamente.* No desistas de enseñar, aun cuando veas que no te quieren oir. Que haga bueno, que haga mal tiempo, siempre siembra el labrador. Toda semilla que ha de fructificar, se pudre en la tierra antes de arraigar y romper. Lo que se siembra en un genio distraido, y tal vez burlon y mofador, en un corazon duro y mal dispuesto, no pocas veces prende y fructifica cuando menos se piensa. El verdadero zelo es muy paciente; en el impetuoso se mezcla mucha pasion y no puede ser verdadero zelo. Todo zelo sin prudencia, sin discrecion y sin caridad es defectuoso; todo zelo que no sea muy arreglado y contenido es digno de temerse; siempre da en extremos, en nada repara, á nada atiende sino á sus preocupaciones, las mas veces injustas y mal fundadas: cuantas mas temeridades comete, tanto mas se aplaude; y como siempre está acompañado de mucha ignorancia, sus mismas imprudencias le hacen mas arrogante. Este indiscreto zelo es de ordinario mas culpable, y tambien mas frecuente en los que acaban de darse á la virtud, precipitándolos fácilmente en excesos de severidad, particularmente respecto de los otros. *Señor*, decian Santiago y san Juan, animados de un zelo mas vivo de lo que convenia contra los samaritanos, porque habian echado de su país á los discípulos: *Señor, ¿quereis que hagamos bajar fuego del cielo y los consuma?* Era aquel zelo mas severo de lo que fuera razon; y así les respondió el

Señor: *No sabeis de qué espíritu sois*. Mézclase frecuentemente mucha ilusion en esa fogosidad, á la cual siempre se le da el nombre de zelo: unos, dejándose llevar de su natural, dan en rigores excesivos; y otros, en una reprensible blandura. Algunas veces la misma virtud del confesor les sirve de ocasion para ser mas severos; y otras, sus mismas imperfecciones y miserias los hacen demasiadamente benignos. Muchas, por mira especulativa se condena con demasía; y no pocas, por la mucha práctica se absuelve con sobrada facilidad. Todo zelo falso es efecto de la pasion. Los que se mueven por él son bastantemente parecidos á los que el apóstol san Juan llama *nubes sin agua, que, agitadas á todas partes por los vientos, se desvanecen en relámpagos y en truenos*. El verdadero zelo siempre está acompañado de mucha prudencia, de mucho sosiego y de mucha actividad.

*El evangelio es del cap.* 5 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? Ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem.

En aquel tiempo, dijo Jesus a sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que es

aut prophetas; non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, au unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que, hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

## MEDITACION.

### DEL AMOR DE DIOS

### PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa bien extraña el que tengamos necesidad de que se nos exhorte y se nos pruebe que debemos amar á Dios. ¿Cómo es posible conocer que Dios es el soberano bien, el orígen de todos los bienes, el único bien verdadero, y que dejemos de amar a Dios desde que somos capaces de amarle? Precisamente, Dios mio, habeis de ser poco conocido uando sois tan poco amado. ¿Qué cosa hay ni puede haber en todo el universo capaz de arrebatar nuestro corazon, que no posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad, en todos los objetos criados, nada sois sino unas imperfectisimas sombras; solo Dios es grande, sabio, poderoso y bueno. No nos cansemos, por amable, por cabal que sea el objeto criado

en que hemos fijado nuestro corazon en este mundo, no es capaz de hacernos dichosos ni por un solo momento. ¡Cuántos sinsabores, cuántas mudanzas imprevistas, cuántos reveses, cuántos contratiempos turban nuestro corazon! El temor de que se canse, la certeza de que algun dia se ha de perder, inquietan y sobresaltan. El amor de las criaturas es inseparable del desasosiego, de la turbacion y del dolor. Solo vos, mi Dios, solo vos que sois toda mi felicidad, solo vos podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. No hay sucesos, no hay acasos, no hay poder en el mundo para arrancaros de mi alma, y en un objeto tan amable no tengo que rezelar ni mudanza ni disgusto. Pero supongamos se hallase una criatura que fuese digna de nuestro amor; ¿quién nos podria asegurar que ella nos juzgase á nosotros dignos del suyo? Ese gran Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable, no solo no se desdeña de nuestro corazon, no solo no nos considera indignos de su amor, sino que nos impone un expreso precepto de que le amemos, y se complace extremamente en un alma que le ama. El nacimiento oscuro, una corta capacidad, una desgracia, bastan para hacernos el desprecio del mundo; y en esas circunstancias tan humildes y tan abatidas nos mira Dios con unos ojos llenos de ternura. Despréciante los grandes; pero Dios te ama. Aborrécente los envidiosos y los rivales; pero Dios nos mira con cariño; Dios nos ama: ¡y será posible que nosotros no amemos á Dios

**PUNTO SEGUNDO.**

Considera qué afectos de reconocimiento y de amor no se encenderian en nuestro corazon, si supiéramos que el mayor monarca del mundo nos honraba con su benevolencia. ¡Ah, vos mi Dios, me amais, no lo ignorio yo: todo me lo está gritando, todo

me lo está probando; y yo no os amaré! Si: no solo es Dios infinitamente amable, sino que nos ama infinitamente. Son los beneficios la prueba mas convincente del amor; ¡y cuántos hemos recibido de Dios! ¿No nos está colmando de ellos á cada momento, aun cuando nos valemos de los mismos beneficios para ofenderle? ¿A quién debes ese ser que tienes, y á quién debes todo lo que es menester para conservarle? ¿Ese cielo, esos astros, esa tierra, esos frutos son efectos menos visibles de la bondad del Criador? Todo eso es suyo, y todo lo crió Dios para tí y por tu amor. Busca dentro de ti ó fuera de ti bien alguno que no le hayas recibido de su mano, que no sea don de su infinita liberalidad. ¡Ah! que todo nos grita, todo nos predica que Dios nos ama; ¿cuándo podremos nosotros decir que amamos a Dios? Pero ¿dónde hay beneficio mayor que el de la religion? Si un rey se hiciera esclavo por rescatar á un vasallo suyo, ¿no seria esta una gran prueba de su amor? ¿no tendria derecho á esperar algunas señales de reconocimiento? Ese gran Dios, que á ninguna criatura habia menester para ser infinitamente feliz, se hizo hombre, se hizo esclavo para que los hombres fuesen enteramente dichosos. Es verdaderamente incomprensible ese amor de mi Dios para con los hombres, yo lo confieso; pero ¿será menos incomprensible la tibieza, la frialdad y la ingratitud de los hombres para con Dios? Consideremos la vida y la muerte del Redentor: recorramos todos los misterios de nuestra religion; la Eucaristía, los sacramentos, y el fin de todos esos medios que es nuestra eterna bienaventuranza. Todo eso hizo Dios para probarnos el exceso de su amor. ¿Salió con su intento? ¿qué te parece? ¿hizo bastante? ¿y debió hacer mas? Creo, Señor, todas estas maravillas; pero creyéndolas, ¿de nada me acusa mi fe? ¡Ah, Señor! no solamente es

justo que yo os ame, sino que en realidad solo en vuestro amor encuentro mi propio interés. No hay alegría pura, no hay paz, no hay reposo, no hay felicidad en la tierra sino en el corazon de los que os aman. ¡Qué prudentes, qué discretos fueron los santos, aquellos grandes hombres, aquellos encumbrados ingenios en colocar toda su dicha solo en amar á Dios! ¡qué dichoso fué un Agustin en vivir todo abrasado en el fuego del divino amor! Pues ¿de quién dependerá que no logre yo la misma dicha? Vuestro amor, ó mi Dios, vuestro amor; y esto me basta.

*Diligam te, Domine.* Está decidido, Dios mio: yo os amaré sin repartimiento y sin reserva: mediante vuestra divina gracia, voy desde luego á reparar mi ingratitud con lo fino de mi amor.

## JACULATORIAS.

*Domine, tu scis quia amo te.* Joan. 21.
Bien sabeis, Señor, que nada deseo tanto como amaros.

*Quis nos separabit a charitate Christi?* Rom. 8.
¿Quien será capaz de separarme del amor de mi Señor Jesucristo?

## PROPOSITOS.

1. Un Dios infinitamente amable nos permite, nos solicita y aun nos manda que le amemos so pena de un suplicio eterno; ¿y quién obedece este mandamiento? Muéstrase el amor de mil maneras; el entendimiento solo se ocupa y solo se deleita en el objeto amado, la lengua nunca se cansa de hablar de él. ¡Qué ansia y qué solicitud en darle gusto! No se halla este sino en todo lo que le agrada á aquel: todo cuanto se

opone á su voluntad y á su inclinacion nos da en rostro. Estas son las pruebas que de hoy en adelante han de acreditar tu amor á Dios. Si amas á Dios, pensarás en Dios frecuentemente; nunca le perderás de vista. Imponte una ley de no malograr ocasion alguna de hablar de Dios : esta será señal cierta de que le amas; pero sobre todo dedícate á darle gusto. Pídete cosillas al parecer pequeñas; la observancia de ciertas reglas menudas. Probarás que amas á Dios por esta exacta observancia.

2. Acostúmbrate á ejercitarte frecuentemente en actos de amor de Dios en todas ocasiones : en las visitas de atencion, de obligacion ó de necesidad; en las conversaciones ordinarias, en las ocupaciones y en el estudio. Un levantar el corazon á Dios, una palabrita que muestre el incendio de tu amor, un mirar al cielo tiernamente, fomentan, inflaman maravillosamente este divino fuego. Los mejores actos de amor de Dios son los menos estudiados; aquellos en que prorumpe de repente el corazon. Con todo eso, te puedes servir de los que se te han sugerido al fin de la meditacion. Tambien te abastecerán de una multitud de ellos los soliloquios, las meditaciones y el libro de las confesiones de san Agustin. Di á Dios muchas veces que le amas; esto conduce mucho para granjearnos su amor. No faltan hoy personas virtuosas que hacen por dia hasta dos mil actos de amor por Dios.

# DIA VEINTE Y NUEVE.

## LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

Siempre se celebró en la Iglesia con solemnidad la Degollacion de san Juan Bautista; esto es, la fiesta que se solemniza el dia de hoy en honor de su martirio. Antes del sexto siglo se llamaba esta fiesta *la Pasion de san Juan.* Tambien se le daba el nombre de *Nacimiento del Precursor,* como aun hoy se da el de nacimento á la gloria al dia en que los santos mártires consumaron su martirio; pero desde san Gregorio el Magno acá conservó siempre el nombre de Degollacion de san Juan Bautista la fiesta cuya historia vamos á referir.

Habíase retirado el Bautista al desierto desde su niñez, y en él habia pasado cerca de veinte y cinco años, entregado á los rigores de la mas austera penitencia. Era su vestido una especie de cilicio, compuesto de ásperas pieles de camello, que ceñia al cuerpo con una correa ó cinto de cuero. Sustentábase de langostas, alimento bastante comun de la gente pobre en Palestina, y añadia un poco de miel silvestre de gusto muy desabrido, y de aquella que se encontraba en los bosques. A los veinte y nueve años de su edad, y veinte y ocho de Jesucristo, el décimoquinto del imperio de Tiberio César, le sacó el Espíritu Santo del desierto, y le mandó que predicase en las riberas del Jordan la doctrina y el bautismo de la penitencia. Entonces fue cuando aquel primer pregonero del Salvador, aquel hombre concebido por milagro, aquel admirable solitario y aquel precursor del Mesías recibió la órden de



LA DEGOLLACION

DE S. JUAN BAUTISTA.

cumplir con su encargo, y de ejercer el ministerio para el cual habia sido enviado. Desde luego metió gran ruido en toda la Judea el nuevo predicador. Concurrian de todas partes á ver y á oir aquel hombre milagroso, declarandose muchos por discípulos suyos; exhortaba á unos, bautizaba á otros, y persuadia á todos á que hiciesen penitencia, porque se acercaba el reino de los cielos. Desamparaba la gente las ciudades por oir al nuevo predicador. Solamente los fariseos y los saduceos, hombres sin ley y sin piedad, se obstinaban en no venir á pedirle el bautismo con muestras de humildad y de contricion. Como no era aceptador de personas, clamaba contra el vicio y contra el desórden, sin excepcion de clases ni de condiciones; era su zelo vivo, pero discreto, y su doctrina sana y santa.

Mientras san Juan Bautista instruia de esta manera á los pecadores, el Salvador de todos ellos, el Justo y el Santo por excelencia, quiso tambien ser bautizado por su mano; sin duda para proporcionarle esta ocasion de ser el primero que le anunciase al pueblo. Vino, pues, el Salvador desde Nazaret al Jordan, y se presentó para ser bautizado como todos los demás. No le habia visto san Juan á lo menos desde su infancia; pero en aquel mismo instante recibió una luz superior que le dió á conocer que aquel hombre que le pedia el bautismo era el Mesias prometido. Penetrado íntimamente su espíritu de veneracion y de respeto, rehusaba bautizar al que sabia que era su Salvador y su Dios, que venia á quitar los pecados del mundo. *¡Pues que, Señor*, exclamó, *tú vienes á mí! ¡tú quieres que yo te bautice, cuando yo debo ser el bautizado por tí!* Jesucristo solo le respondió *que así lo debia hacer para cumplir toda justicia*. Con motivo de las maravillas que acompañaron á este acto de humildad del Salvador, le pu-

blicó san Juan por el verdadero Mesías, dándole á conocer á sus oyentes.

Poco despues de esta accion, el zelo del Bautista dió ocasion á su prision y á su muerte. Ya habia tiempo que Herodes, por sobrenombre Antipas, hijo del viejo Herodes, llamado el Grande, en cuyo reinado habia nacido Jesucristo, vivia escandalosamente amancebado con Herodias, mujer de su hermano Felipe, que, abandonando descaradamente á su marido, queria pasar como casada con su cuñado. Predicaba san Juan vivamente contra este escándalo, animado siempre de un generoso zelo. Ofendióse Herodes atizando el fuego Herodías, quien, no pudiendo sufrir las fuertes declamaciones de aquel hombre santo, solicitaba continuamente á Herodes para que le hiciese callar. Tiranizado el monarca de su infame pasion, mandó prender al santo precursor, y le hizo asegurar en el castillo de Maqueronta. Indignáronse todos contra aquella injusticia; pero contentandose con detestarla, concurrian siempre á oirle predicar en su prision con la misma libertad y con el mismo zelo. Aun el mismo Herodes no podia dejar de estimarle ni de irle á ver algunas veces á pesar de Herodías; pero el santo lo mismo le contemplaba en la cárcel que le habia contemplado en el desierto, y no cesaba de repetirle que no le era lícito retener la mujer de su hermano. Este generoso zelo encendió en el corazon de Herodías un odio tan implacable contra el Bautista, que solo se pudo extinguir en su inocente sangre. No dándose por satisfecha con verle preso, determinó desembarazarse de aquel molesto ofensor quitándole la vida. Presentósele una ocasion muy favorable con motivo de celebrarse los dias de Herodes, en que este príncipe tenia prevenido un soberbio festin, á que estaban convidados los grandes de su corte, los oficiales de sus tropas y los princi-

palos de toda Galilea. Tenia Herodías una hija del marido que habia abandonado; llamábase Salome, y era jóven, hermosa, bizarra, muy á propósito para embelesar con su despejo y con su gala. Danzaba sobre todo primorosamente. Entró Salomé en la sala del festin extraordinariamente ataviada, y comenzó a danzar en presencia de Herodes y de todos los convidados mientras estaban sentados á la mesa. Agrado tanto a. rey y á todos los circunstantes, que, arrebatado Herodes del gusto y de la pasion, le dijo que pidiese cuanto se le antojase, jurando á vista de todos se lo concederia, aunque le pidiese la mitad de su corona. Inmediatamente corrió Salomé adonde estaba su madre para consultar con ella lo que pediria. Volvió prontamente á entrar en la pieza del convite, y pidió á Herodes que le diese en un plato la cabeza del Bautista. Contristóse Herodes al oir semejante peticion, y aun manifestó su enfado; pero acordándose del juramento, y en atencion tambien á los convidados, que, habiendo sido comprendidos en las vehementes declamaciones del santo precursor contra los pecadores y los disolutos, no sentirian mucho verse libres de aquel importuno fiscal, el impío rey, por la mas injusta y mas bárbara flaqueza, dió órden a uno de sus guardias que, pasando á la prision, le trajese la cabeza del Bautista. Fué al punto obedecido; y aquel santo, que toda la vida habia vivido mas como angel que como hombre; aquel digno precursor del Redentor, cuyo nacimiento habia llenado al mundo de gozo, y cuya santa vida habia sido su admiracion, vio con serenidad que se le acercaba la muerte, gozoso de anticiparse por el martirio á la dolorosa que habia de padecer el Salvador, á cuyo nacimiento tambien se habia anticipado. Algunos son de sentir que Jesucristo se halló milagrosamente á su muerte, como se halló presente á la de san Estéban. Pero sea lo que

fuere de esta opinion, el oficial le cortó la cabeza, y en una fuente se la presentó á Herodes, quien luego mandó se entregase á la danzarina, y esta regaló con ella á su madre. Dice san Jerónimo que Herodías se quitó un agujon del pelo con que picó la lengua de la santa cabeza en venganza de las reprensiones que le hacia viva. De esta manera, la vida del hombre mayor entre todos los nacidos fué el premio y la recompensa de la gracia y el donaire de una desenvuelta bailarina. Pero no tardó la divina Providencia en vengar la muerte de san Juan. Empeñado Herodes en una desgraciada guerra con Aretas, rey de los Arabes, que se quiso despicar de la afrenta recibida en la persona de su hija, á quien habia repudiado por casarse con Herodías, perdió una gran batalla, cuyo infortunio los judíos mismos atribuyeron á la muerte del Bautista. Pocos años despues le privó de sus estados el emperador Calígula, y le desterró á Leon de Francia juntamente con Herodías; en cuya ciudad murieron ambos consumidos de miseria. Añade Nicéforo que su hija Salomé, habiéndose caido en un rio helado, y quedando con la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma por los movimientos que hizo con los piés para libertarse. Sucedió la muerte de san Juan el año 31 de Jesucristo, y á los 32 del mismo Bautista. Sus discípulos tuvieron modo de apoderarse del santo cuerpo, y le dieron sepultura en una ciudad de Samaria llamada Sebaste. Pusieron aparte la cabeza; y habiéndose encontrado en tiempo del gran Constantino, fué llevada á Constantinopla con pompa y solemnidad, de donde con el tiempo se trasladó á Occidente, venerándose en Roma la mayor parte de ella. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se adoran en Malta, en Leon, en Puy, en Viena del Delfinado, en Turin, en Venecia; y la iglesia del palacio de San

Chaumont, en el Leonés, conserva una considerable parte de una quijada.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La degollacion de san Juan Bautista, à quien Herodes mandó decapitar hacia la fiesta de Pascua. Se hace sin embargo conmemoracion solemne en este dia en que su venerable cabeza fué hallada segunda vez. Llevada despues á Roma, es honrada con gran devocion por los fieles en la iglesia de San Silvestre en el Campo de Marte.

En Roma sobre el monte Aventino, la fiesta de santa Sabina, mártir, que alcanzó por el cuchillo la palma del martirio en el reinado del emperador Adriano.

Tambien en Roma, santa Càndida, vírgen y mártir, cuyo cuerpo fué trasportado à la iglesia de Santa Praxedes por el papa Pascual I.

En Antioquia en Siria, la fiesta de san Nicéas y de san Pablo, mártires.

En Constantinopla, san Hipacio, obispo de Asia, y san Andrés, presbítero, à quienes, por el culto de las santas imágenes bajo el emperador Leon el Isauro, empegaron las barbas, las quemaron, arrancaron la piel de la cabeza, y al último degollaron.

En Perusa, san Eutimo, romano, que, huyendo con su esposa é hijo Crescencio de la persecucion de Diocleciano, murió allí en la paz del Señor.

En Metz, san Adelfo, obispo y confesor

En París, el tránsito de san Merri, presbítero.

En Inglaterra, san Seba, rey.

En Esmirna, la fiesta de santa Basilia.

En tierra de Troyes, santa Sabina, vírgen, ilustre por sus virtudes y milagros.

En Louvain, santa Verona, vírgen.

En Bagno cerca de Camaldoli, diócesis de Sarsina, san Alberigo, solitario.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Sancti Joannis Baptistæ, præcursoris et martyris tui, quæsumus, Domine, veneranda festivitas, salutaris auxilii nobis præstet effectum. Qui vivis et regnas....

Haced, Señor, si os agrada, que la venerable festividad de vuestro precursor y mártir san Juan Bautista nos consiga el efecto de vuestra saludable asistencia. Tú que vives y reinas....

*La epístola es del capítulo primero de Jeremías.*

In diebus illis: Factum est verbum Domini ad me, dicens: Accinge lumbos tuos, et surge, et loquere ad Juda omnia quæ ego præcipio tibi. Ne formides à facie eorum: nec enim timere te faciam vultum eorum. Ego quippe dedi te hodie in civitatem munitam, et in columnam ferream, et in murum æreum, super omnem terram, regibus. Juda principibus ejus, et sacerdotibus, et populo terræ. Et bellabunt adversùm te, et non prævalebunt: quia ego tecum sum, ait Dominus, ut liberem te

En aquellos dias: El Señor me habló, diciendo: Ciñe tus lomos, y levántate, y habla á Judá todo lo que yo te mando. No tengas miedo de su presencia, porque yo haré que no temas sus miradas. Porque yo te echo hoy como una ciudad guarnecida, y como una columna de hierro, y como un muro de bronce contra toda la tierra, contra los reyes de Judá, y sus príncipes y sacerdotes, y el pueblo de la tierra. Y pelearán contra tí, pero no vencerán; porque yo estoy contigo, dice e Señor, para librarte.

NOTA.

«Jeremías fué hijo de Helcías, de la estirpe sacerdotal, y nació en Anathot, de la tribu de Benjamin. A los catorce años de su edad, en el de la creacion del mundo 3375, le llamó Dios al ministerio de profeta, el que continuó hasta que los Caldeos se apode-

raron de Jerusalen: es decir, por espacio de cuarenta y tres años. »

## REFLEXIONES.

Seria muy de desear que ninguno se ingiriese en el sagrado ministerio sin legítima y bien probada vocacion. No se verian entonces tantos operarios inútiles; no estaria la viña del Señor hecha un erial, encomendada á una multitud de obreros ociosos y desmañados; presto se experimentaria el mundo purgado de los vicios que le inundan; no crecerian mas los abusos, como la mala yerba que sufoca el buen grano; la corrupcion de las costumbres dejaria de ser una enfermedad popular que penetra hasta el mismo santuario; y floreciendo en todos los estados la piedad cristiana, todos honrarian y todos harian el elogio mas elocuente de la religion. Sabido es que la corrupcion del corazon humano es el mas copioso manantial del desórden de las costumbres, y de aquella licencia universal que reina en todos los estados y en todas las edades. ¡Qué disolucion tan desenfrenada en la juventud! ¡qué irreligion en la edad mas madura! ¡qué indolencia en el negocio de la salvacion! ¡qué olvido de Dios en la mayor parte de los hombres hasta que las cercanías de la muerte despiertan en el alma congojosos remordimientos y crueles sobresaltos! ¡con qué imperio reinan las pasiones el dia de hoy! Ellas son el gran móvil de todas las acciones; todo se rinde á su violencia. En fin, ya no buscan mascarilla para disfrazarse, ni la injusticia, ni la usura, ni la mala fe; perdieron la vergüenza desde que se hicieron tan universales. ¿De dónde nacerá tanta generalidad de desórdenes en medio de una religion tan pura y tan santa? De que se encuentran ya pocos Juanes Bautistas que tengan gran valor para levantar el grito, y para decir á todos con resolucion y con claridad: *Non*

*licet*: no es lícito vivir con tanto regalo, con tanta delicadeza, con tanta profanidad, hundidos, abismados dia y noche en diversiones y en pasatiempos: no te es lícito, seas del estado, de la clase, del sexo, de la edad que fueres, seguir ciegamente tus pasiones, y no tener una vida contenida y mortificada. El temor, la cobardía, los respetos humanos del pastor mercenario dejan á las pobres ovejas á merced del lobo carnicero. Por mas que grite Dios: *No temais, no os acobardeis,* la sombra los asusta; ¿pues qué harán las tímidas ovejas si el pastor huye del lobo? Cobardes directores, predicadores pusilánimes y condescendientes, profetas aduladores, que solo os aplicais y solo abris la boca para anunciar cosas alegres y acomodadas al amor propio, ¿qué estragos no haceis en la religion? ¿de cuántas almas que se condenaron no os han de pedir cuenta si se perdieron por vuestra indigna condescendencia, por vuestra perniciosa cobardía? ¡cuántos padres de familia, cuántos magistrados, cuántas personas constituidas en dignidad, cuántos superiores encargados de gobernar á otros no sabrán qué responder cuando se les pida estrecha cuenta de aquellos cuya salvacion descuidaron por cobardía ó por temor!

*El evangelio es del cap. 6 de san Marcos.*

In illo tempore: Misit Herodes ac tenuit Joannem, et vinxit eum in carcere propter Herodiadem uxorem Philippi fratris sui, quia duxerat eam. Dicebat enim Joannes Herodi: Non licet tibi habere uxorem fratris tui. Herodias autem insidiabatur illi, et volebat occidere eum nec poterat. Hero-

En aquel tiempo: Envió Herodes, y prendió á Juan, y le puso atado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Filipo su hermano, porque se la habia tomado por mujer. Juan, pues, decia á Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Y Herodías le ponia asechanzas, y deseaba quitarle la

des enim metuebat Joannem, sciens eum virum justum et sanctum; et custodiebat eum, et audito eo multa faciebat, et libenter eum audiebat: et cùm dies opportunus accidisset, Herodes natalis sui cœnam fecit principibus et tribunis, et primis Galilææ: cùmque introisset filia ipsius Herodiadis, et saltasset, et placuisset Herodi, simulque recumbentibus, rex ait puellæ: Pete à me quod vis, et dabo tibi; et juravit illi: Quidquid petieris dabo tibi, licit dimidium regni mei. Quæ cùm exisset, dixit matri suæ: Quid petam? At illa dixit: Caput Joannis Baptistæ. Cùmque introisset statim cum festinatione ad regem petivit, dicens: Volo ut protinus des mihi in disco caput Joannis Baptistæ. Et contristatus est Rex propter jusjurandum, et propter simul discumbentes noluit eam contristari: sed misso spiculatore, præcepit afferri caput ejus in disco. Et decollavit eum in carcere, et attulit caput ejus in disco, et dedit illud puellæ, et puella dedit matri suæ. Quo audito, discipuli ejus venerunt, et tulerunt corpus ejus, et posuerunt illud in monumento.

vida, pero no podia; porque Herodes temia á Juan, sabiendo que era varon justo y santo, y le defendia, y por su consejo hacia muchas cosas, y le oia con gusto; y habiendo venido un dia oportuno, dió Herodes una cena en el dia de su nacimiento á los príncipes y á los tribunos, y á los principales de Galilea; y habiendo entrado la hija de la misma Herodías, y habiendo bailado y agradado á Herodes y á los convidados, dijo el rey á la muchacha: Pídeme lo que quieras, y te lo daré; y le juró: Cualquiera cosa que pidas te la daré, aunque sea la mitad de mi reino. Y habiendo salido, ella dijo á su madre: ¿Qué he de pedir? Y ella le dijo: La cabeza de Juan Bautista. Y habiendo entrado inmediatamente al rey con presura, hizo la peticion diciendo: Quiero que me des prontamente en un plato la cabeza de Juan Bautista. Y el rey se contristó por el juramento, y no la quiso disgustar á ella por causa de los convidados, sino que, enviando un verdugo, mandó que le fuese traida en un plato la cabeza de Juan. Y le degolló en la cárcel, y trajo en un plato su cabeza, y se la dió á la muchacha, y la muchacha la dió á su madre. Lo cual sabido por sus discípulos, vinieron y recogieron su cuerpo, y le pusieron en el sepulcro.

## MEDITACION.

### DEL EFECTO DE LAS PASIONES.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cuanto malo sucede en el mundo por parte de los hombres, por lo comun es efecto de las pasiones. Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, sinnúmero de disgustos, turbacion en las familias, guerras en los estados, injusticias, violencias, atrocidades, delitos enormes, herejías, cismas, parcialidades, escándalos, todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amarguras; este es el fruto de las pasiones. El mismo infierno, por decirlo así, es obra suya; aun las mas inocentes no lo son tanto como parece. Buen Dios, un hombre que hace algun uso de su fe y de su razon ¿puede conceder la menor tregua á un enemigo de quien todo lo puede temer, á quien debe todos sus disgustos, y que al cabo le ha de arrastrar al abismo de las mayores desdichas? ¿qué prosperidad podrá resistir á las tempestades que la menor de todas las pasiones es capaz de levantar en el corazon? Todas ellas poseen el maligno secreto de acibarar los gustos mas tranquilos con la mas triste amargura. Una pasion que nos domine basta para amotinar todas las demás. Un despique, una emulacion, un interés, un odio no reprimido, un orgullo irritado, y sobre todo, una pasion de impureza, ¡santo Dios, que estragos no hacen! En Herodes tenemos un ejemplo harto palpable. Luego que se apoderó de su corazon la ciega y pecaminosa pasion por Herodías, ¿qué efectos tan extraños no produjo? La impiedad, la irreligion y la injusticia. Era Herodías esposa legítima de su her-

mano Felipe; tenia sucesion en aquel casto matrimonio; pero la pasion no se para á discurrir tanto; no mira los objetos tan de cerca. Repudia Herodes su legítima mujer, aunque hija de un poderoso rey, que sabrá tomar satisfaccion de aquel agravio. Cásase públicamente, despreciando el escándalo universal, con la mujer de su hermano. El primer efecto de la pasion es la ceguedad. Juan, aquel hombre justo, aquel hombre santo, reconocido por tal de él mismo, clama, grita, movido de zelo y de religion, contra tan escandaloso amancebamiento. Herodes, no obstante lo mucho que le estima y le venera, gobernándose muchas veces por sus acertados consejos, le manda cortar la cabeza. Esto es lo que puede, y esto es lo que hace una pasion. Llenos están todos los siglos de funestos ejemplos que convencen hasta donde llega la violencia y la tiranía de las pasiones. ¡Con todo eso, se hace la paz con un enemigo tan furioso; nos familiarizamos con estas fieras, las sustentamos, las acariciamos, y despues nos admiramos de los estragos que causan!

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que uno de los principales efectos de las pasiones es debilitar la razon, cegar el espíritu y extinguir en el alma la fe. Bien se puede asegurar que no ha habido en el mundo herejía alguna que no fuese efecto ú obra de alguna pasion. En materia de religion, cada pasion es un encanto. Gran prueba es de esta verdad la pertinacia y la obstinacion de los luteranos y de los calvinistas. Toda su terquedad nace del interés, de la ambicion, y sobre todo del amor á la libertad. Desvanézcanse las preocupaciones de la voluntad; no se haga caso de las voces de los sentidos; tenga en el alma menos imperio la pasion; cesen las razones de emulacion, de venganza, de or-

gullo y de libertad, y luego se verán convertidos todos los herejes. No gustan esas reflexiones por demasiado verdaderas, y porque perturban la posesion del error que lisonjea al amor propio, y va un poco de acuerdo con los sentidos. Es artificio de nuestro amor propio el representarnos siempre nuestras pasiones á una luz falsa, á un aspecto engañoso: solo nos parecen violentas, feas, malignas y perniciosas n los otros; pero las nuestras se nos figuran mas humanas y menos odiosas. Mirémoslas sin preocupacion; pensemos de ellas lo mismo que piensan los demás; considerémoslas en sus efectos, y ninguna cosa nos hará formar idea mas cabal de lo que son; siempre ofenden cuando se las mira sin disfraz. Examinemos el verdadero orígen de esas inquietudes, de esos disgustos, de esos sobresaltos; no tendremos que fatigarnos mucho; no le encontraremos muy lejos; al punto daremos con el verdadero manantial de nuestras pasiones.

¡Ah, Señor, y será posible que perpetuamente hemos de convenir todos en estas verdades prácticas, sin que jamás llegue el caso de ponerlas en ejecucion! Vuestra gracia, Señor, vuestra gracia; y desde este mismo punto, voy á trabajar sin intermision en domar estos enemigos domésticos; pues ellos solos turban mi quietud, y ponen en tanto peligro mi eterna salvacion.

## JACULATORIAS.

*Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meæ.* Salm. 50.

Líbrame, mi Dios y mi Señor, de las sangrientas pasiones que me tiranizan.

*Eripe me de inimicis meis, Deus meus, et ab insurgentibus in me libera me.* Salm. 58.

Sácame á paz y á salvo, Dios y Señor mio, de las manos de mis enemigos, y defiéndeme de los que se levantan contra mí para combatirme.

## PROPOSITOS.

1. Poco importa conocer la violencia y la malignidad de las pasiones si falta el valor para hacerles frente. Ninguna hay que no ponga en peligro la salvacion, ninguna que no sea una enfermedad mortal; pero ¿de qué sirve conocer la naturaleza de la enfermedad si se ignoran los remedios para curarla? El primer medio para domar un enemigo tan temible es no hacer jamas paces ni treguas con él. El que le contempla ya esta vencido. De la porfía y del teson en el combate depende casi la victoria. Contemporiza con una pasion, y cada dia la experimentarás mas imperiosa y mas altiva; conténtala, y te hallaras esclavo de ella. Basta que la dejes respirar un momento para que te aherroje con grillos y cadenas. Examina cuáles son las pasiones que te dominan, y resuélvete desde este mismo instante a no condescender con ellas ni en la mas mínima cosa.

2. Entre las pasiones, á unas se les ha de atacar cara á cara, á otras, por las espaldas, picándoles la retaguardia. Ciertas pasiones hay, cuya victoria solo se asegura con la fuga del objeto; y nunca te olvides de que vencer no mas que a medias una pasion, no es rendirla, sino irritarla mas. ¿Eres colérico? Pues reprime y ahoga en ti hasta los primeros movimientos de la indignacion; y aunque el criado o el hijo te den motivo de enfado, no les hables palabra. ¿Domínate la avaricia? Da liberalmente con garbo y con alegria; sobre todo sé liberal en limosnas, especialmente con aquellos á quienes tienes mas razones para negárselas. ¿Gimes oprimido bajo el tirano yugo de alguna pasion impura? Evita hasta la sombra del objeto que la des-

pierta; huye, huye aun de las mas mínimas ocasiones, macera la carne, ora mucho, y ten una tierna devocion á la santísima Vírgen.

---

## DIA TREINTA.

### SAN FIACRO, CONFESOR.

San Fiacro, tan célebre en toda la Iglesia, pero singularmente en la de Francia, fué hijo primogénito de Eugenio IV, rey de Escocia, que comenzó á reinar el año de 606. Deseoso el rey de dar á su hijo aquella cristiana educacion que correspondia al heredero presuntivo de la corona, encargaron de ella á Canon, obispo de Sodera, prelado de ejemplar virtud y de prendas muy sobresalientes. Halló en el príncipe el ilustre preceptor un bello natural, un corazon noble y generoso, un genio dócil, y no perdonó medio alguno para formar en Fiacro un príncipe cumplido. Consiguiólo. Correspondió el príncipe al cultivo del obispo con tanta inclinacion y con tanta docilidad, que presto se reconoció no hacerle ya falta el maestro. La inocencia de sus costumbres y aquella natural inclinacion que tenia á la virtud le disgustaron de la corte. Conoció sus peligros; y descubriendo la nada de todas las grandezas humanas entre las mismas aparentes brillanteces del fausto y del esplendor, resolvió aspirar únicamente á enriquecerse con las prosperidades del cielo. La tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen le inspiró tanto amor á la pureza, que solo pensó en buscar un asilo seguro en donde poner á cubierto aquella delicada virtud; y el don de oracion con que Dios le habia favorecido

le determinó á pasar en algun desierto toda la vida. Ninguno se le ofrecia en Escocia donde no pudiese ser fácilmente descubierto, por lo que tomó la resolucion de retirarse á Francia, huyéndose secretamente de la corte. Pero sabiendo que su hermana Sira tenia los mismos pensamientos, le comunicó su intento, y ella se determinó á ser su compañera en aquella piadosa fuga. Escapáronse, pues, de la corte sin noticia del rey su padre, y corriendo presurosos al primer puerto, encontraron un navío que estaba para hacerse á la vela hácia Francia; y embarcándose en él sin darse á conocer, dentro de pocos dias dieron fondo en aquel reino.

Como todo su anhelo era buscar un lugar solitario donde retirarse, encontraron cerca de Meaux un desierto, que á nuestro santo le pareció ser el mismo que el cielo le habia destinado para sus piadosos fines. Presentáronse á san Faron, obispo de Meaux, ocultando siempre su nombre y su calidad, y le suplicaron con la mayor sumision tuviese á bien permitirles quedarse en algun paraje retirado de su diócesis, donde pudiesen pasar el resto de sus dias en ejercicios de oracion y de penitencia. La princesa le rogó se dignase señalarle algun monasterio de vírgenes donde se recogiese para atender únicamente al negocio de la salva cion, y nuestro santo le pidió permiso para quedarse en el desierto inmediato. Bien conoció el santo obispo por su aire y por sus modales que eran personajes de mucha distincion; pero como no se querian dar á conocer, no los apuró mas, y se contentó con aprobarles sus piadosos intentos. A la princesa la metió en un monasterio, de que era abadesa santa Fara, hermana del mismo obispo; y al príncipe Fiacro le dió un sitio en el bosque de Fordille para que fabricase en él una ermita.

Luego que nuestro santo se vió en su amado del

sierto, erigió en él una capilla en honor de la santísima Vírgen, á quien apellidaba su querida madre, yendo cada dia en aumento su tierna devocion con esta Señora; y junto á la capilla fabricó una humilde celdilla. En ella renovó el ilustre solitario la mas perfecta imágen de los Pablos, de los Antonios y de los Hilariones, viviendo mas como ángel, que como hombre. Aquel tierno príncipe, que habia nacido y se habia criado entre las delicias y los regalos de la corte, no tuvo en adelante otro alimento que yerbas silvestres y raices amargas. Su ayuno era contínuo, y la oracion tan contínua como el ayuno. Comunicábase el Señor á aquella grande alma con tanta abundancia de consuelos celestiales, que no le daban lugar ni aun para acordarse de los atractivos de la corte. Fueron tan excesivas sus penitencias, que el historiador de su vida como que se inclina á acusarle de haber tratado su cuerpo con demasiado rigor.

No podia menos de descubrirse presto una santidad tan eminente, sin que bastase á esconderla toda la espesura del espantoso desierto. Dilatóse luego con mucho ruido la fama de nuestro santo, y esta reputacion le atrajo una multitud de huéspedes. Recibia con mayor gusto á los pobres, y su ardiente caridad le sugeria mil industrias para aliviarlos y para socorrerlos. No contento con las gracias que les conseguia del cielo, sanándolos milagrosamente de sus enfermedades, procuraba asistirlos en su pobreza, discurriendo todo género de medios para hacer menores sus miserias. Fabricó varios cuartos, que formaban una especie de monasterio, para hospedar á los forasteros; y él mismo por su mano cultivaba un campito y un huertecillo en que plantaba legumbres para festejarlos el tiempo que se detuviesen en la ermita. Volviendo de Roma san Chilano, oyó decir tantas maravillas de la virtud de nuestro solitario, que quiso

ir á verle; y hallando en lo que experimentaba mucho mas sin comparacion de lo que la fama le habia informado, se hubiera quedado para siempre en aquella soledad á no haberle sacado de ella su merito y su rara santidad para hacerle obispo en el condado de Artois.

Pero como creciese cada dia el número de los peregrinos que concurrian á san Fiacro buscando consuelo en sus trabajos, y milagrosa salud en sus enfermedades, juzgó el santo que debia acudir por nuevo socorro á san Faron. Representóle que, si le concedia mayor espacio de terreno en aquel desierto, el le cultivaria y le haria producir lo bastante para sustentar á tanta multitud de pobres. Oyóle el prelado con veneracion, y le respondió que desde luego le hacia donacion de todo el espacio de terreno que él solo, y sin ayuda de otro, pudiese rodear de un foso en un solo dia. Despidióse Fiacro del obispo, retiróse á su ermita, hizo oracion á Dios, y la mañana siguiente, tomando su báculo en la manò, comenzó á trazar con él una línea, dentro de la cual se habia de comprender el terreno que el obispo le habia concedido; pero por un prodigio verdaderamente raro la linea se iba abriendo por sí misma en una zanja ancha y profunda segun el santo la iba delineando cayéndose al mismo tiempo los árboles hácia una y otra orilla de la zanja para servir de muro al recinto de la ermita. Vió por casualidad una mujer este portento, y teniendo al santo por hechicero, voló al punto al obispo de Meaux, y le dijo que el ermitaño de Forlille era un mago y un encantador, pues ella misma habia visto por sus propios ojos los asombrosos efectos de sus encantamientos; y sin esperar á mas razones, volvió corriendo a la ermita, llenó al santo de injurias y de improperios, y le intimó de parte del obispo que no pasase adelante. Detúvose inmediata-

mente el santo; y despues de dar muchas gracias á aquella precipitada mujer por la mala obra que le habia hecho, se reclinó para descansar sobre una piedra, en que dejó milagrosamente estampada la figura de sus rodillas y de su brazo, como se advierte hasta el dia de hoy en su iglesia. Llegó poco despues san Faron, y admirando las maravillas con que manifestaba Dios la santidad de su siervo, le rogó que continuase en la obra del recinto, y el mismo obispo fué testigo del prodigio.

En tanto que Fiacro vivia tan quieto, tan sosegado y tranquilo en su santa soledad, murió el rey su padre, y le sucedió en la corona de Escocia su hermano menor Fercardo; pero teniendo la desgracia de dejarse inficionar de la herejía de los pelagianos, y habiéndose precipitado en los mayores desórdenes, fué depuesto por una junta general de los estados, tanto por sus errores, como por sus excesos. Era preciso señalarle sucesor, y todos los estados convinieron en dar la corona á Fiacro, á quien pertenecia de derecho. Enviaron sus diputados al rey de Francia Clotario II, suplicándole emplease toda su autoridad en obligar a Fiacro á que se restituyese á Escocia. Sobresaltóse el santo, y temiendo que le arrancasen por fuerza, suplicó con instancias al Señor que le hiciese leproso de repente, esperando con este especioso artificio conservarse en su pobre celdilla, y hacer el generoso sacrificio de su reino. Salióle bien el piadoso estratagema. Cubrióse al parecer de una asquerosísima lepra, á cuya vista se llenaron de horror los diputados, y se contentaron con decirle friamente que en su mano estaba ir á tomar posesion de la corona que le pertenecia; bien que ellos no se atrevian á instarle á que abandonase su amada soledad. Presto se convinieron ambos partidos. Respondióles el santo que él no trocaba su desierto por todos los reinos del mundo; y

que así, podian buscar quien los gobernara donde mejor les pareciese. Apenas volvieron á pasar el mar los diputados cuando la aparente lepra desapareció, y el santo se quedó tranquilo en su apreciada soledad. Dió nuevo realce a su virtud este ruidoso suceso. Divulgado el esplendor de su real nacimiento, que hasta entonces habia tenido tan profundamente oculto. creció prodigiosamente el número de los admiradores, dandose priesa á ver y á conocer aquel príncipe disfrazado de ermitaño. Esta reputacion afligió mucho á su humildad; y siendo cada dia mayor el concurso de los que le buscaban, pidió al Señor que le sacara de este mundo. Concedióselo; y lleno de años y de virtudes, murió el dia 30 de agosto del año 670, á los 64 de su edad, habiendo pasado los 40 en el desierto. Fué sepultado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado con el título de la Madre de Dios; y algun tiempo despues fué trasladado de ella a la catedral de Meaux, donde se conserva expuesto á la pública veneracion en una caja de plata dorada, dádiva de Luis II.

Habiendo obrado tantos milagros en vida, aun fueron mas frecuentes y mas célebres los que obró despues de muerto. De todas partes concurrian á implorar la intercesion de este gran santo para todo genero de enfermedades y de calamidades públicas. Un vecino de Monchi en Picardía iba en peregrinacion al sepulcro del santo, llevando consigo dos hijos suyos enfermos : todos tres cayeron en un rio muy profundo, y en un instante se perdieron de vista. Cuando ya se los creia sorbidos de las aguas, los vieron parecer con admiracion, llevando el padre de la mano á sus dos hijos, y caminando sobre las aguas, que se habian consolidado hasta que llegaron á la orilla. A este prodigio se siguió el de sanar a los hijos de los males que padecian, y muy poco tiempo

despues tras de este milagro obró nuestro santo otro mas admirable.

Fuéronse á bañar al rio Oisa cuatro muchachos, y todos cuatro quedaron hundidos en sus olas; buscaronse sus cuerpos por mucho tiempo; pero no fue posible hallarlos. Noticiosas las tristes madres de esta desgracia, acudieron al rio muchas horas despues deshechas en lágrimas; y llenas de confianza en nuestro santo, imploraron su poderosa intercesion con Dios, suplicándole se compadeciese de los hijos y de las desconsoladas madres. Apenas acabaron su fervorosa oracion cuando vieron venir á los muchachos muy serenos por el rio, los cuales aseguraron despues que san Fiacro los habia sostenido en medio de las aguas.

Son adoradas en Meaux con la mayor veneracion sus santas reliquias; pero la reina María de Médicis obtuvo una porcion de ellas que se conservan en Florencia; y en el año de 1637, habiendo conseguido el cardenal de Richelieu uno de los huesos de la espina, le hizo engastar en un precioso relicario, que hoy se venera en la iglesia parroquial de San José de París, en la que hay una célebre cofradía en honor del mismo santo.

---

## SAN PAMAQUIO.

Pamaquio era un senador romano, á quien su condiscípulo san Jerónimo llama lustre de la distinguida familia de los Camilos. Los encargados de su educacion se condujeron de modo que le inspiraron amor al estudio, y despues de haberle instruido en los diferentes ramos de la literatura, le iniciaron tambien en el conocimiento de la sagrada Escritura. Entró en el mundo por los años de 370, cuando san Jerónimo se

retiro al desierto. Habiendo sido recibido en el senado, por su mérito y virtud llegó á ser el ornamento de aquella ilustre corporacion. Obtuvo la dignidad proconsular, y se casó con Paulina, hija segunda de santa Paula. Él fué el primero que descubrió los errores de Joviniano, y los denunció al papa Siricio, quien condenó al heresiarca en 390.

Las amistades contraidas en la juventud y cimentadas en la uniformidad de sentimientos, así como en la aficion á los mismos estudios, son por lo comun las mas sólidas y las mas agradables. Tal fué la que unia á san Jerónimo y á san Pamaquio. El santo doctor tomó muchas y grandes luces de su amigo Pamaquio para la composicion de sus obras contra Joviniano. Le consultaba á menudo, y pasaba por lo que él decia sobre la solucion de ciertas dificultades.

Perdió Pamaquio á su esposa Paulina á los tres años de matrimonio. Habiendo mandado ofrecer por ella el santo sacrificio, dió, segun la costumbre de aquellos tiempos, un convite á todos los pobres de Roma. Sabemos esto por una carta que san Paulino le escribió, y que concluye en estos términos: « Vuestra esposa, que ahora está en el cielo, ruega « instantemente por vos á Jesucristo; os alcanza « gracias proporcionadas á los tesoros que habeis » enviado de la tierra, no ya honrando su memoria » con estériles lágrimas, sino haciéndola partici» pante de los dones vivos que habeis hecho por el » descanso de su alma; y ella se halla honrada por » el mérito de vuestras virtudes, y alimentada con el » pan que habeis distribuido á los pobres. » En la epístola 54 de san Jerónimo se lee que Pamaquio regó las cenizas de su esposa con el bálsamo de la limosna y la misericordia, que alcanza el perdon de los pecados; que además los ciegos, los cojos y los pobres

fueron sus coherederos y los herederos de Paulina, y que nunca se le veia salir en público sin ir seguido de una tropa de infelices.

Nuestro santo edificó un hospital para los extranjeros que iban al Puerto Romano. Servia á los enfermos y á los pobres con sus propias manos. Escribió á sus renteros y á sus vasallos que tenia en Numidia, exhortándolos á renunciar al cisma de los donatistas, y consiguió verlos volver al seno de la Iglesia católica. Este zelo por la unidad de la fe le mereció una carta de felicitacion de parte de san Agustin en 401, como puede leerse en la epístola 58 á Pamaquio. El parecer de algunos modernos, que pretenden recibió nuestro santo los sagrados órdenes, no se apoya en ninguna prueba sólida. Contentóse con vivir separado del mundo, y consagrarse enteramente á los ejercicios de la oracion, de la penitencia y de la caridad. Murió en 410 un poco antes de la toma de Roma, y es nombrado el 30 de agosto en el martirologio romano.

---

## SANTA ROSA DE LIMA.

En Lima, capital del reino del Perú, nació el dia 20 de abril del año 1586, la Rosa mas preciosa que produjo aquel fértil país; bello ornamento de la tercera órden de penitencia del patriarca santo Domingo; una de las mas célebres santas de estos últimos tiempos. En su nacimiento declaró con juramento su madre no haber sentido los dolores del parto, dispensándola el Omnipotente de la ley penal impuesta á todas las mujeres. Bautizáronla en la pascua del Espíritu Santo, queriendo en esto denotar la divina Providencia que derramaba en aquella grande alma el incendio del amor divino que descendió en lenguas de

fuego sobre el colegio apostólico. Pusiéronle Isabel por nombre; pero en virtud del extraordinario prodigio que ocurrió estando en la cuna á los tres meses de haber nacido, de trasformarse su cara en una hermosa rosa, se llamó desde entonces con este nombre, en el que fué confirmada por santo Toribio Alfonso Mogrobejo, dignísimo arzobispo entonces de Lima, al que añadió el de Santa María, por disposicion de la reina de los ángeles.

Criáronla sus padres con el mayor cuidado segun las máximas de la religion cristiana; pero como se hallaba prevenida del cielo con las mas dulces bendiciones, tuvieron el consuelo de ver en la niña á poco tiempo un pequeño prodigio de la gracia, que parecia obrar en ella con mas actividad que la misma naturaleza. En efecto, su afabilidad, su agrado, su serenidad, su candor, su tranquilidad, y su admirable sufrimiento en varias incisiones que le hicieron con motivo de varias enfermedades, sin que lanzase el mas mínimo suspiro, y sobre todo su inclinacion connatural á la virtud, hicieron conocer á todos desde luego que el Señor la habia elegido para esposa suya.

Continuando Rosa, sostenida de la divina gracia, siendo el objeto de los mas altos elogios por su buena conducta, llegó á aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las cualidades apreciables de hermosura, despejo, vivacidad y extraordinarios talentos con que se hallaba dotada; aunque su recato y modestia procuraban ocultarlas, y aun desfigurarlas para no ser grata á los hombres. Como eran públicas y notorias sus personales prendas, mucho mas recomendables con el adorno de su eminente virtud, se declararon varios pretendientes de su mano, conceptuándose feliz el que la lograse por esposa. Entre todos prefirieron los padres á un jóven rico y poderoso, vinculando su felicidad en tan ventajoso

matrimonio. Exigieron de Rosa el consentimiento, la que, consternada con aquel lenguaje desconocido, respondió sencillamente que ya tenia consagrada su virginidad á Jesucristo con voto. No se puede ponderar el sentimiento que concibieron los padres de una resolucion tan inesperada; y así en despique, sobre otras muchas injurias, ultrajes y malos tratamientos, le echaron á cuestas todo el peso de la casa, mandándole que hiciese los oficios mas viles y penosos. Sufrió por algun tiempo aquella persecucion, que sirvió únicamente para que brillase mas su inalterable paciencia y admirable sufrimiento, hasta que, conociendo los padres que Dios era el autor de sus resoluciones, bien calificadas por sus acciones precedentes, no queriendo oponerse á la voluntad divina, la dejaron seguir en sus santas ideas.

Fundaron por aquel tiempo en Lima doña María de Quiñones y santo Toribio Alfonso Mogrobejo el monasterio de santa Clara; y creyendo ambos que, entre las primeras plantas que pudieran recomendar la religiósi dad de aquella nueva casa, seria sin duda Rosa, bien conocida por su eminente virtud, le ofrecieron todo lo necesario para que entrase en aquel convento. Pero como la divina Providencia la tenia destinada para que fuese bello ornamento de la tercera órden de penitencia del patriarca santo Domingo, no tuvieron efecto sus deseos. Frustrada aquella proporcion, un hermano de la santa, que tenia bien conocido su espíritu, hizo con toda cautela las mas vivas diligencias para que entrase en el monasterio de la Encarnacion de Lima del órden de san Agustin. Dispuestas todas las cosas, en el mismo dia que la esperaban las religiosas, entró de paso á la capilla de Nuestra Señora del Rosario á dar á su Majestad gracias por haberle concedido el favor de consagrarse en el claustro al servicio de su santísimo Hijo; pero apenas hincó las ro-

dillas en tierra cuando quedó inmóvil, sin poder levantarse, ni aun con la ayuda de su hermano. Conoció por aquí, ilustrada superiormente, que su determinacion no era del agrado del Esposo eterno, y sí el que siguiese el camino de santa Catalina de Sena, cuyo ejemplo se propuso imitar desde sus mas tiernos años; y prometiéndolo así en el mismo acto, quedó expedita para todo movimiento. Comunicó el suceso circunstanciado á su confesor, y con acuerdo de este, vencidas las muchas dificultades que ocurrieron, vistió el hábito de Tercera Dominica en el año 1606, dia de san Lorenzo, abrasada con los mismos ardores de caridad que aquel ilustre mártir de Jesucristo.

No es fácil poder explicar el gozo de que se llenó el corazon de Rosa, viéndose vestida con la misma divisa que la heroina á quien deseaba imitar con vivas ansias. Para formar como aquella un retiro proporcionado donde, negada al comercio del mundo, pudiera entregarse totalmente al servicio de su amado, dispuso en lo mas apartado de la huerta de su casa una pobre celda, en cuya habitacion se dejó ver prodigiosamente que, estando rodeada de una nube de mosquitos y tabanos, ninguno de ellos se atrevió a molestarla. Respondia con mucha gracia á los que la preguntaban sobre aquella extraordinaria maravilla, que tenia hecho pacto con los animalillos de no molestarlos, ni ellos á ella.

No satisfecho su fervor con lo dicho, apenas vistió el hábito de tercera cuando quiso acreditar el carácter de aquel órden con las mas asombrosas penitencias. En los principios, se disciplinaba con cordeles retorcidos; pero despues con una cadena de hierro hasta que corria la sangre por tierra, redoblando este rigor cuando entendia estar irritada la divina justicia por culpas ajenas, ó amenazaba algun castigo á su

patria. Pero habiéndole prohibido su confesor aquella crueldad, se ciñió la cintura tres veces con la misma cadena, cerrando sus extremos con un candado, cuya llave arrojó para que no fuese fácil abrirle. Siguió con este martirio algun tiempo, hasta que, introducida en la carne la cadena, la puso en términos de morir; y viéndose entonces en precision de descubrir el secreto á su confidenta Mariana, condescendió con ella que la quebrase a fuerza de golpes, bien que el Señor, para impedir una operacion tan cruenta, hizo que saltase inopinadamente la chapilla; pero arrancándose con ella varias porciones de carne, sufrió intensísimos dolores de las heridas que le resultaron. Prohibióle su director el uso de aquel instrumento. Pero en cambio afligia todas las partes de su inocente cuerpo con ásperos cilicios, y una vestidura interior de sayal tosco y grosero, que, sobre no poderse mover con ella, se abrasaba en los rigores del estio.

No debe extrañarse este rigor despues que eligió el órden de penitencia, cuando desde sus mas tiernos años manifestó la propension á esta virtud, deseosa de ser participante de las penas que padeció Jesucristo. Servia en su casa una india de áspera condicion, llamada Mariana, á quien rogaba, cuando niña, que la azotase, ultrajase, escupiese y pusiese los piés en su boca, rogándole, puesta de rodillas, que así lo hiciese por amor de Dios cuando se resistia aquella á ejecutarlo. Viendo, á los doce años no cumplidos, una imágen del Señor en la postura de *Ecce Homo*, penetrado su corazon del mas vivo sentimiento al considerar los dolores que el Señor padeció cuando le pusieron la corona de espinas, ansiosa de imitarle, hizo primeramente un cerco de estaño con tachuelas por la parte interior, ciñiéndose con él la cabeza; pero no pareciéndole bastante esta pena, formó otro de

plata con treinta y tres puntas, correspondientes á los años que vivió el Redentor, mudándole repetidas veces, para que las nuevas heridas le lastimasen la cabeza, apretándole fuertemente cuando sentia alguna tentacion impura.

Habiendo leido en la vida de santa Catalina de Sena su desposorio con Jesucristo, aunque deseaba tener esta dicha, no se atrevia á pedírsela al Señor, considerándose tan indigna en su concepto, que solia prorumpir no pocas veces *que no sabia cómo Dios no la habia ya sumergido en el abismo cuando, por sus horribles culpas, le era debido el mas profundo lugar del infierno*; siendo así que su confesor apenas encontraba materia sobre que absolverla. Cuando luchaba con esta pena, la dejaron sin la palma acostumbrada á dar á las Terceras Dominicas el domingo de Ramos, é interpretando aquella inculpable omision en otro sentido que el dispuesto por la divina Providencia, pasó llena de amargura á la capilla del Rosario á desahogar su pena con la Reina de los ángeles, que, viéndola anegada en tan profundo sentimiento, intercedió con su santísimo Hijo para que la consolase. Hízolo el Señor, diciéndole: *Rosa de mi corazon, yo te quiero por esposa.* Hicieron en su corazon tal impresion estas dulces palabras, que cayó desmayada en tierra, luchando entre el amor y el temor, sin atreverse á mirar la soberana Majestad de su dueño, quien, confortandola con nuevas gracias, le entregó un anillo en señal de su desposorio, en el que hizo grabar Rosa el retrato del niño Jesus, con las expresiones dichas. Desde entonces creyó la inseparable union con su amado, en términos que pudo decir con el Apóstol: *Ya no vivo en mí, sino en Jesucristo*, acreditando con pruebas prácticas el incendio de amor en que se hallaba abrasado su pecho.

Sin embargo de que el Señor se daba por tan satis-

fecho de los servicios de Rosa, con todo quiso probaria por medio de enfermedades gravísimas y dolores muy intensos, en los que siempre dió ejemplo de una indecible paciencia y de un admirable sufrimiento. Pero no fueron estas mortificaciones las que mas le dieron que padecer. Solicitaba su esposo purificar todavía mas aquella grande alma con el fuego de la tribulacion, para aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos. Cesaron de repente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada de ellos, como si nunca los hubiera recibido. Hallóse su espíritu poseido de una desolacion, de una aridez y de una sequedad suma, de un disgusto total á todos los ejercicios de devocion, de un tedio insoportable en la oracion, acometida de una sublevacion general de las pasiones que la combatian con ciertas tentaciones desconocidas de la castísima virgen hasta entonces. Por espacio de quince años, á lo menos una hora al dia quedaba anegada en el abismo de tan terribles pruebas, que pasaba el resto del dia y de la noche temblando y palpitándole su corazon. Finalmente se vió obligada á consultar su padecer con los téologos mas doctos para su consuelo, cuyos dictámenes solo sirvieron para aumentar su pena; porque unos graduaron aquellos síntomas de delirio, otros, de ilusiones y desvaríos, y los mas piadosos, de efectos nacidos de su delicadeza. Desolada, despreciada y abandonada, se puede dudar con razon si era posible martirio mas cruel; pero con todo en nada se desmintió Rosa, luchando, sostenida de la divina gracia, contra todo aquel torbellino de tormentos. Despues de su continuo recurso al Señor, todo su consuelo era la proteccion de la santísima Virgen, viéndola muchas veces, durante aquellos excesos de desolacion y desamparo, abrazarse estrechamente con alguna imágen de esta Señora, implorando su clemencia.

Sucedió, en fin, la calma á tan deshecha tempestad, y la alegre luz á tan tristes tinieblas. Apareciósela su santo esposo, acompañando su sensible presencia con tan celestiales consuelos, que en un instante le hicieron olvidar todos los pasados tormentos. Y queriendo remunerar su pacífico sufrimiento con favores singulares, la visitaba con frecuencia, haciendo lo mismo su Madre santísima y santa Catalina de Sena, á quien señaló el Señor por su directora, mediante á que la eligió por modelo de sus operaciones, dejándose ver por su continuo comercio el rostro de Rosa como una copia viva de aquella heroina, por cuya razon la llaman los Limeños segunda santa Catalina de Sena. De esta familiaridad, y la que tenia con los ángeles, especialmente con el de su guarda, con quienes se entretenia con las expresiones mas tiernas de afecto, para que las hiciesen presentes á su esposo, resultó abrasarse en las llamas del amor divino. Unas veces se desahogaba con profundos suspiros, y otras, con voces significativas de sus sentimientos. *¿Cómo es posible,* decia muchas veces, *Dios y Señor mio, que haya quien deje de amarte? ¿ Cuándo yo, mi buen Jesus, comenzaré á hacerlo como mereces? ¡Ay de mí! ¡qué lejos estoy de aquel amor perfecto é íntimo que te debo, pues aun no he aprendido á amarte como conviene! no sé cómo no me avergüenzo de mi tibieza. ¿ De qué me sirve el corazon que tengo, para qué le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho de puro amarte?* A estas expresiones eran consiguientes sus deliquios y admirables éxtasis, en los que no pocas veces despedia su cara rayos encendidos de fuego, indicios nada equívocos del volcan que ardia en su pecho.

Gustaba Rosa sosegada y tranquilamente de aquellas espirituales dulzuras que son como anticipados destellos de las delicias del cielo, sin dejarse apenas ver mas que en el templo y al pié de los altares. Habiéndole

dado á entender el Señor que la caridad podia extenderse á favorecer al prójimo, la ejerció de tal suerte con todo género de pobres y necesitados, que hubiera agotado seguramente los fondos que encontraba en personas devotas para socorrerlas, á no haber suplido Dios con milagros sus asistencias. Al paso que era su caridad inmensa, era tambien excesivo su zelo por la salvacion de las almas, siendo pocos los miserables á quienes no convirtiese, al mismo tiempo que los socorria. Aplicaba, para que el Señor les concediese su gracia, fervorosas oraciones y rigurosas penitencias. Tampoco omitia los sufragios en alivio de las almas del purgatorio.

Debilitada la salud de Rosa al rigor de sus grandes penitencias y prolijas enfermedades, se dignó el Señor revelarle el dia de su muerte. Fué tan excesiva la alegría que le causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus que sintió su corazon, que no pudo disimularlo. Acercándose el tiempo de su disolucion, le anunció su Esposo padeceria los dolores mas intensos, por última prueba de su invicta paciencia. Con este aviso, tres dias antes de su última enfermedad, pasó á la capilla del Rosario á pedir á la santisima Vírgen la favoreciese con su asistencia para beber aquel cáliz de amargura. Cayó en efecto en el primer dia de agosto en un abismo de dolores, tales, que, á pesar de su grande sufrimiento, prorumpió á media noche en clamores lastimosos. Acudieron las sirvientas y la hallaron tendida en el suelo, en términos que solo la palpitacion del pecho y la respiracion apresurada daban testimonio de que permanecia en ella el calor vital. Acudieron los facultativos, y atendiendo á los síntomas de la extraordinaria enfermedad, declararon que la complicacion de aquellos accidentes era superior á cuanto podian sufrir las fuerzas humanas. Continuó Rosa con aquellos vivos dolores é inexpli-

cables amarguras, mas sensibles que la misma muerte, hasta el dia de san Bartolomé, en que profetizó su transito, sin que se le oyesen otras expresiones que las de su conformidad con la voluntad divina. Recibió los últimos sacramentos con la devocion y ternura propia de su espíritu; y trasportada en dulces éxtasis, consumida aquella bienaventurada víctima á violencia del incendio del amor del Esposo eterno, rindió su espíritu en manos del Criador el dia 24 de agosto del año 1617.

La fama de santidad en que murió Rosa y la multitud de milagros que se dignaba el Señor obrar cada dia por su intercesion movieron á todo el reino del Perú, á la religion de santo Domingo y al rey católico á suplicar á la santa sede acordase su beatificacion y canonizacion. Dispensó la santidad de Alejandro VII el decreto de Urbano VIII, sobre que no se tratase este asunto de algun siervo de Dios, hasta que pasasen cincuenta años despues de su muerte. Despacháronse las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos, y resultaron plenamente justificados por una multitud de testigos el heroismo de sus virtudes y notorios milagros en vida y despues de muerte. La beatificó el papa Clemente IX, por su decreto de 12 de febrero de 1648, y por otro de 2 de enero del año siguiente, la declaró patrona de la capital de Lima y de todo el Perú. Pero continuando las instancias para su canonizacion, la hizo con la solemnidad acostumbrada Clemente X, en el 12 de abril de 1671.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en el camino de Ostia, el martirio de san Félix, presbítero, bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano, que, despues de haber sido puesto en el ecúleo, fué condenado á muerte; y como le llevasen

para degollarle, halló con un cristiano, que se puso á gritar ser tambien él cristiano, por lo cual fueron degollados juntamente. No sabiendo los cristianos como se llamaba este último, le dieron el nombre de Adaucto, por haber sido agregado á san Félix compañero de martirio.

Tambien en Roma, santa Gaudencia, vírgen y mártir en compañía de otras tres.

En dicho lugar, san Pamaquio, presbítero, varon de eminente doctrina y santidad.

En Sufetulo colonia de Africa, sesenta bienaventurados mártires, muertos por el furor de los gentiles.

En Adrumeto tambien en Africa, san Bonifacio y su esposa santa Tecla, quiénes tuvieron doce hijos, todos mártires.

En Tesalónica, san Fantino, confesor, quien, despues de mil padecimientos de parte de los Sarracenos, fué echado del monasterio donde vivia con admirable abstinencia, atrayendo muchísimas personas al camino de la salvacion, y murió por último colmado de años y virtudes.

En tierra de Meaux, san Fiacro, confesor.

En Boloña, san Bonono, abad.

En Angoumois, san Fraigno, confesor.

En Voisinat cerca de Meun, diócesis de Orleans, san Y, vizconde.

En Rebay en Brie, san El, primer abad de aquel lugar.

En Abitina en Numidia, la fiesta de los santos mártires Félix, Evo y Regiolo.

En Etiopia, san Dasias, confesor.

*La misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue:*

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Fiacri, confessoris tui solem-

Atended, Señor, á las humildes súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu bienaven-

nitate deferimus; ut, qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

turado confesor san Fiacro, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos socorridos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor.

*La epístola es del cap. 3 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Secundùm gratiam Dei, quæ data est mihi, ut sapiens architectus fundamentum posui; alius autem superædificat. Unusquisque autem videat quomodo superædificet. Fundamentum enim aliud nemo potest ponere præter id, quod positum est, quod est Christus Jesus. Si quis autem superædificat super fundamentum hoc aurum, argentum, lapides pretiosos, ligna, fœnum, stipulam, uniuscujusque opus manifestum erit. Dies enim Domini declarabit quia in igne revelabitur; et uniuscujusque opus quale sit, ignis probabit.

Hermanos: Segun la gracia de Dios que me ha sido concedida, eché el fundamento como sabio arquitecto; pero otro fabrica encima. Cada uno, pues, mire como sobreedifica, porque ninguno puede poner otro fundamento que aquel que está puesto, que es Cristo Jesus. Si alguno, pues, edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, leños, heno, paja, la obra de cada uno será manifiesta; porque el dia del Señor lo declarará; porque se manifestará en fuego, y el fuego declarará cuál sea la obra de cada uno.

NOTA.

« Poco instruidos todavía los Corintios en los misterios de la religion, en lugar de aplicarse á poner en práctica lo que se les habia enseñado, gastaban el tiempo en disputar unos con otros sobre los talentos de los que les habian anunciado el Evangelio. Cada cual se arrimaba al que queria, en vez de arrimarse todos á Jesucristo, único fundamento de la fe y de todas las virtudes. »

## REFLEXIONES.

Es la Iglesia un edificio espiritual, fabricado sobre el inmutable cimiento de la piedra angular Cristo Jesus. Este Señor fué el maestro que delineó el plan; los apóstoles, los oficiales y aparejadores que le ejecutaron; los fieles son las piedras vivas, cimentadas y unidas con la sangre de todo un Dios. Dichosos aquellos que se dejan colocar en aquel sitio, para el cual cada piedra fué labrada y destinada. Los herejes que pretendieron fabricar otro cimiento que el de Jesucristo, luego vieron dar en tierra todo su edificio. Inútilmente se esfuerzan á formar partidos, y hacer cuanto pueden para engrosarlos: todos sus artificios y todos sus enredos son andamios que sostienen la obra en falso por algun tiempo; pero tarde ó temprano toda ella se viene al suelo. La Iglesia vió nacer todos esos partidos y todas esas herejías, y todas las vió morir. Ninguna hubo que, sostenida de los grandes, apoyada con la autoridad de hombres sabios, y aun de algunos prelados, defendida con la multitud de los parciales, y abrigada á la sombra y á la gritería del pueblo, no haya dominado, no haya hecho mucho ruido, no haya reinado por algun tiempo; pero despues, doblándose y arruinándose los andamios, ella misma fué tambien sepultada entre sus ruinas. Esas miserables reliquias del arrianismo y del nestorianismo, que todavía se ven en el Oriente y en otras partes, no son mas que unos tristes fragmentos de aquel fantástico edificio. La fe solamente se ha mantenido inmoble en la Iglesia católica, apostólica, romana. ¿Qué esfuerzos no han hecho las demás sectas para derribar, ó á lo menos para desquiciar este edificio? ¡Pero esfuerzos vanos! ¡empresas quiméricas! Ese edificio es eterno: la verdadera Iglesia es inva-

riable, inmutable, inalterable, siempre firme, siempre pura, como fundada siempre solamente en Jesucristo, su único solidísimo cimiento. Tambien la perfeccion cristiana es otro edificio místico en que deben trabajar todos los fieles. Si las manos que trabajan en él son puras, todo cuanto tocan se convierte en oro y en piedras preciosas, símbolo de la caridad y de las mas sólidas virtudes. Al contrario, por poco manchadas que estén, solo levantan un edificio de paja ó de madera, figura de las obras que estraga y corrompe la vanidad. El juicio de Dios será como el fuego, que probará nuestras acciones, disipará las tinieblas con que procuramos encubrir á los demás, y acaso tambien á nosotros mismos nuestros pecados. ¿Qué vamos á ganar en este engaño? La muerte y el juicio quitan la mascarilla á todo cuanto hacemos.

*El evangelio es del capítulo* 12 *de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

# MEDITACION.

## DE LA SANTIDAD.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que solo tenemos una fortuna que hacer; esta es la de hacernos santos. La santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano; imagina otro bien mas real; busca otra gloria mas sólida; discurre otra fortuna mas colmada, ni en que te intereses mas. Sin embargo, este es el único bien de que no hacemos caso por correr tras de fantasmas y quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante despues de la muerte, y aun una hora antes de morir, ¿de qué le servirá haber sido rico y poderoso, haber gozado todas las honras y todos los gustos si pierde su alma? Y si es santo, ¿se le tendrá entonces lástima porque fué pobre, porque vivió humillado, abatido y despreciado de todo el mundo? ¡Y será posible que esta santidad no despierte jamás nuestros deseos ni nuestra resolucion?

Ser santos es ser siervos de Dios; ¿dónde hay título mas hermoso? ¿dónde se encontrará mejor ni mas digno amo? Pero aun hay mas Ser santos es ser amigos de Dios; hijos de Dios; es ser dichosos, y eternamente dichosos con la bienaventuranza del mismo Dios. No son ya todos los bienes juntos los que únicamente posee el que es santo; posee la fuente y el manantial de los mismos bienes. No es ya, hablando en rigor, el gozo del Señor el que entra en el corazon de los santos; seria este un espacio demasiadamente estrecho, excesivamente ceñido : el alma de los santos es la que entra, y la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, en el abismo del gozo del Se-

ñor, esto es, en las delicias y en la bienaventuranza de Dios.

Imagina todo cuanto puede contribuir en el mundo á que un hombre sea perfectamente feliz: junta todos los tesoros del universo, toda la magnificencia de los grandes, todos los honores, gústos y diversiones del siglo: reduce á una sola todas las coronas de la tierra para formar un solo monarca del orbe; destierra tambien de esta idea de felicidad todo cuanto puede ocasionar molestia, por mas que sea inseparable de las miserias de esta vida; pero nunca podrás apartar de tí la certidumbre de que algun dia has de morir, y este solo pensamiento derrama una amarguísima hiel en todas las alegrías de este mundo. Pero la santidad lleva consigo una felicidad pura, eterna, sin temor de perderla jamás. Esta será mi suerte si me salvo; esta será mi herencia; ¡y será posible que se dirija á otro objeto mi ambicion! ¡será posible que sea de mi gusto cualquiera otro placer! Puedo ser amigo de Dios por toda la eternidad, ¡y todavia pienso en otra fortuna!

Pero ¿en cuál? En un empleo, en una ocupacion que me levanta algunos graditos mas para hacer mas sensible mi caida; en una distincion que me ha de granjear cien envidiosos; en amontonar bienes á costa de grandes sudores para un heredero ingrato, impío y disoluto; ¡y no pienso en ser santo!

¡O Señor, y qué vergüenza! Mas, ¡oh, y qué dolor el haber pensado hasta aquí en todo lo demás menos en esto! ¿Y será posible que la única cosa de que nunca me he acordado, y que quizá he menospreciado tambien, ha sido vuestra amistad, dulce Jesus, salvacion y gloria mia?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que solo estás en la tierra para gozar la

misma suerte que los bienaventurados del cielo. Grande es su recompensa; pero no es menor la que nos ofrece Dios: ellos son santos; tambien nosotros estamos en este mundo para serlo. ¡Y podemos, Dios mio, pensar en otra cosa que en ser lo que debemos! ¿Es ser prudente, es siquiera tener seso el despreciar semejante fortuna?

¿Es acaso el trabajo de ser santos lo que nos retrae de serlo? Pues qué, ¿cuesta el cielo mas de lo que vale, y mas de lo que merece la posesion del mismo Dios? Las dificultades aterran, el trabajo desalienta. Temores vanos, terror pánico, dificultades imaginarias que se desvanecen sólo con dar principio á la carrera. Pero pregunto: ¿Y no cuesta trabajo el hacerse rico, el conseguir el empleo, el subir dos escalones mas? ¿no cuesta trabajo el fabricarse una fortuna quimérica? ¡cuánto hay que padecer! ¡cuántos disgustos, cuántos desaires se han de devorar! ¡qué de bocados duros se han de digerir! ¿qué fortuna hubo jamás tan brillante, que mereciese los desvelos, las fatigas, los afanes, las humillaciones y los sonrojos que costó el llegar á ella? No hay en el mundo camino que no esté sembrado de espinas, cubierto de abrojos, lleno de barrancos; y á nadie acobarda todo este monton de dificultades.

Cuesta trabajo el ser santo, es verdad; se han de mortificar las pasiones, se han de sufrir muchos combates, y es preciso vencer; pero tambien se ha de confesar que derrama Dios en el corazon de sus amigos ciertos secretos consuelos que suavizan mucho su yugo. Hállanse cruces en el camino de la santidad; pero son muy dulces sus frutos. ¿Qué abundancia de dulzuras celestiales no se experimentan entre los rigores de la mas severa penitencia? Pero supongamos que solo se hallase mucha amargura en el cáliz, y que solo se tropezasen espinas en el camino, ¿habria que

deliberar cuando se trata de una eterna felicidad, ó de una eterna desdicha?

¿Juzgaron por ventura los santos que se compraba la santidad á precio muy excesivo? ¿costó demasiado á san Fiacro? Sacrificó lo mas grande, lo mas brillante, lo mas halagüeño, lo mas tentador que se encuentra en este mundo. No hay cosa que tanto lisonjee como el trono, no la hay mas preciosa que la majestad, ninguna hay mas considerable que una corona. ¿Y se arrepintió el santo á la hora de la muerte de haber preferido su amada soledad al cetro de Escocia? Pero, ¿y debió de arrepentirse? ¿en qué hubiera parado si hubiera muerto en el trono? ¡Ah! en lo que tantos otros monarcas, de quienes no ha quedado ni aun memoria de su nombre. Fué santo; y por haberlo sido, no solo es la veneracion, sino la emulacion de los pueblos. ¡O mi Dios, y qué erradamente juzgamos! Pero siendo tan desacertados nuestros juicios, todavía lo son mas nuestras obras.

¡O dichosa suerte la de los santos! Haced, Señor que el ardiente deseo que tengo de lograrla, sea eficaz por vuestra divina gracia. Vos quereis que yo sea santo; tambien yo lo quiero ser, y estoy resuelto á vivir como los santos vivieron.

## JACULATORIAS.

*Porrò unum est necessarium!* Luc. c. 10.

¡Oh, y cuánta verdad es que una sola cosa nos es únicamente necesaria!

*Beatus vir qui implevit desiderium suum ex ipsis.* Salm. 126.

Dichoso aquel que toma el gusto á estas verdades, y que solo desea ser santo.

## PROPOSITOS.

1. No te contentes con amar, con estimar la santidad y con alabar á los santos. A esto se reduce todo el fruto que por lo comun se saca de las reflexiones que se hacen, y de los panegíricos que se oyen de sus virtudes. Toma desde luego una eficaz resolucion de imitarlos, y de trabajar en esta grande obra sin intermision y sin tardanza. Da principio á ella examinando si hay en tí algun estorbo para la salvacion. ¿Estás en aquel estado á que te llama Dios? ¿no sientes alguna inclinacion, alguna aficion, alguna comunicacion poco inocente? Tus ocupaciones, tu misma ociosidad, tus hábitos, tus amigos y tus diversiones, ¿te servirán acaso de algun impedimento? No dejes pasar el dia sin cortar y sin reformar todo aquello que pueda perjudicar á tu verdadera fortuna. Consulta con tu director cuál es tu pasion dominante: este es el enemigo mas formidable de tu salvacion; y así, no hay que pensar en hacer nunca con él paces ni treguas, ni en darle jamás cuartel.

2. No basta quitar todos los estorbos de la santidad; es menester aplicar todos los medios para ser santo, y poner desde luego manos á la obra. Examina, pues, los puntos siguientes. Primero: ¿Cumples exactamente con tener todos los meses un dia de retiro, y con visitar todos los dias el Santísimo Sacramento? Segundo: ¿Qué tiempo dedicas á los ejercicios espirituales y á la práctica de las buenas obras? Tercero: ¿Qué fruto sacas de la frecuencia de sacramentos. Cuarto: ¿Cómo cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente que en el puntual cumplimiento de estas obligaciones consiste el medio principal de hacer grandes progresos en la virtud. Quinto: ¿Visitas y socorres á los pobres? Jesucristo



S. RAMON NONATO.

solo hace mencion de las obras de misericordia cuando habla de los siervos que han de entrar en los gozos del Señor. Sexto: La vida de los santos es la mejor y la mas práctica leccion para todo género de gentes. Hubo santos de todas edades, de todas clases, de todos estados y de todas condiciones: escoge alguno de ellos para especial protector tuyo, y para que te sirva de modelo. El mejor modo de merecer la proteccion de los santos es imitarlos: nunca leas sus vidas sin ánimo de practicar alguna de sus virtudes.

---

# DIA TREINTA Y UNO.

## SAN RAMON NONATO, CONFESOR.

Nació san Ramon en Cataluña el año de 1204, siendo su patria la villa de Portel, obispado de Urgel, y su familia de las mas distinguidas, tanto por su nobleza, como por sus alianzas con las ilustres casas de Fox y de Cardona. Salió à la luz del mundo despues de muerta su madre, á la que abrieron, y le sacaron vivo y sano contra toda esperanza de los mas hábiles médicos; por lo que se le dió el nombre de *Nonato* ó de *No nacido*. A este que podemos llamar milagroso nacimiento, se añadió el singular favor con que el Señor le previno, dotándole de una bellísima índole y de una inclinacion á la virtud, que se anticipó á la edad y á la educacion

Luego que llegó á tener uso de razon, viéndose sin madre en la tierra, resolvió escogerse otra mejor en el cielo. Dedicó á la santísima Virgen todas las ternuras de hijo, y tomóla desde entonces por su dulcísima

madre, no mentándola jamás sino con este tiernísimo nombre. En medio de su niñez, nada le entretenia ni en nada encontraba gusto sino en la oracion. Toda su diversion eran sus devociones, sobre todo aquellas que se dirigian á la soberana Reina de los cielos. Cuando se encontraba con alguna imágen suya, le rendia especial culto; tanto, que, observada de todos su extraordinaria ternura con la Madre de Dios, le llamaban generalmente *el hijo de María*. Púsose bastante cuidado en criarle bien; pero su bello natural ahorraba á los preceptores mucha parte del trabajo en la educacion. Dotado de excelente ingenio y de no menor aplicacion, hacia rápidos progresos en los estudios; pero su padre no quiso que prosiguiese en ellos, rezelando, en vista de su devocion, que se inclinase á abrazar el estado eclesiástico ó religioso; y por desviarle de este pensamiento, le envió á una quinta suya, encargándole el gobierno y la administracion de aquella hacienda, no obstante su tierna edad; todo con el fin de que, divertido en aquella ocupacion, no pensase en otra cosa. Obedeció Ramon, y sin penetrar los intentos de su padre, de tal manera se acomodó con aquella vida, que ella misma le sirvió para poner en ejecucion el plan que ya se habia ideado de dedicarse á Dios en vida retirada y penitente. Enamorado de aquella soledad, él mismo quiso ser el pastor de sus rebaños; y mientras las ovejas pastaban en el monte, apacentaba él su alma con la contemplacion de las cosas celestiales, ocupando todo el dia en devotos ejercicios. Su mayor pena era no poder tributar á la santísima Virgen las devociones acostumbradas en alguna iglesia dedicada á esta Señora, como lo hacia cuando estaba en casa de su padre. Pero el Señor proveyó á esta necesidad. Acostumbraba el piadoso pastorcillo conducir su ganado al pié de una montaña, donde encontró una ermita abandonada, y junto á ella

una capilla donde todavía se conservaba una bellísima imágen de la santísima Vírgen. No se puede explicar el gozo de Ramon cuando se halló con aquel dulce objeto de sus amorosas ansias. Desde entonces no se acordó mas de las iglesias de Portel. La ermita fué todo su embeleso, y la capilla su acostumbrada mansion. En aquel ejercicio le comunicó Dios un extraordinario amor y gusto á la soledad; y añadiendo á la oracion muchas penitencias, cada dia se iba haciendo mas grato á los ojos del Señor. Pusieron en gran cuidado al demonio aquellos principios, y no era posible que dejase en paz á nuestro santo. Apareciósele, pues, en figura de otro pastor, y trabando conversacion con él, procuró disgustarle de la soledad. Admírome, le dijo, que un niño de tu nacimiento, de tu distincion y de tu ingenio se ocupe en oficio tan humilde, dedicado á guardar ovejas, y entregado á una vida rústica, grosera é indecente. Representóle despues los gustos y las conveniencias que podia gozar en el mundo; y deslizándose poco á poco el espíritu inmundo en otras materias, le comenzó á tocar especies que sobresaltaron extrañamente su pureza y su inocencia. Todo asustado el santo mancebo, levantó los ojos al cielo, implorando la proteccion de la santísima Vírgen, y á solo el nombre de María desapareció el demonio, dando un espantoso grito, acompañado de una espesísima humareda, que inficionó el ambiente, llenándole de un hedor intolerable. Reconociendo el santo la malignidad del tentador, corrió á la capilla, postróse á los piés de la santísima Vírgen, y la suplicó le protegiese contra los artificios de tan temible enemigo. Fué oida su oracion; y colmado abundantemente de consuelos celestiales, se consagró de nuevo por toda la vida al servicio de tan amorosa Madre.

Viendo el demonio que le habia salido tan mal su maligno intento, y que estaban descubiertos sus en-

redos, se valió de la envidia de los otros pastores para molestar al santo, y para interrumpirle sus devotos ejercicios. Fueron á contar á su padre que Ramon, ocupado únicamente en sus devociones, no cuidaba del ganado, dejándole morir de hambre, y que él mismo se podria informar por sus propios ojos de esta culpable negligencia. Dando el padre crédito á lo que le decian, pasó un dia secretamente á la hacienda, y vió que estaba guardando su ganado un pastorcillo de tan extraordinaria hermosura, que le causó respeto y admiracion. Como no halló en su compañia á su hijo, se encaminó á la capilla donde le encontró en oracion; y preguntándole quién era aquel zagal á quien habia encargado que guardase las ovejas; ignorando el santo niño el milagro que hacia por él la divina Providencia, se arrojó á los piés de su padre, y deshaciéndose en lágrimas, le pidió perdon de aquel descuido. Conoció entonces el padre que todo era obra de Dios: enterneciόse; y no queriendo impedirle sus piadosos ejercicios, le abrazó amorosamente y se retiró. A este favor del cielo se siguió otra gracia mayor. Aparecióscle la santísima Virgen, y le declaró que el zagal que habia visto su padre era un ángel á quien la misma soberana Reina habia encargado de cuidar del ganado mientras él cumplia con sus devociones; pero que todavía le queria hacer otra gracia mas singular, y era, que dejase la soledad y entrase en una religion, fundada con el nombre de Nuestra Señora de la Merced, donde era su voluntad viviese toda la vida. Indeciblemente consolado Ramon al recibir una órden tan positiva de la misma Madre de Dios, y tan conforme á su inclinacion, se valió del conde de Cardona, su pariente, para alcanzar el consentimiento de su padre; y obtenido este, el mismo conde le envió á Barcelona para que tomase el hábito de Nuestra Señora de la Merced. Conocióse por su

aire, por su nombre y por su virtud, que era un regalo que el cielo presentaba á la nueva familia, y entró en el noviciado, recibiendo el santo hábito de mano de san Pedro Nolasco.

Presto hizo muchas ventajas la virtud del reciente novicio á la de los profesos mas antiguos. Su fervor, su desasimiento de todas las cosas, su devocion, su obediencia, su excesiva mortificacion y su profunda humildad eran superiores á toda admiracion. En fin, hizo tan extraordinarios progresos en la perfeccion de su estado, que, dos ó tres años despues de su profesion, se le juzgó digno de confiarle uno de los mas importantes empleos y ministerios de su sagrado instituto. Este fué enviarle á las costas de Berbería para tratar con los infieles sobre el rescate de los cautivos cristianos, con el título y facultades de redentor. Ninguno desempeñó tan caritativo ministerio, ni con mayor valor, ni con mayor prudencia, ni con mayor santidad. Llegado á Argel, encontró tanto número de cristianos cautivos, que, consumido todo el caudal que llevaba de la redencion en redimir á los que pudo, viendo que este no alcanzaba para todos, consiguió la libertad de muchos quedándose él mismo por esclavo en su lugar, movido á tan magnánimo sacrificio de su propia libertad por desviar á muchos infelices del peligro en que se hallaban de apostatar de la fe.

Este milagro de caridad, que hasta entonces apenas tenia ejemplar, le puso muy presto en ocasion de padecer una especie de martirio. Los Moros, á quienes se encomendó su custodia, le trataron con tanta barbaridad, que se temió mucho de su vida. Informado de esto el cadí ó corregidor de Argel, temiendo que, si perdia la vida, se perderia tambien la crecida suma que estaba prometida por su rescate, expidió una órden mandando no se le hiciese otro mal trato, que el

correspondiente á las cargas ordinarias de la cautividad, so pena de que, si muriese en ella á violencia del excesivo rigor, los transgresores pagarian la suma que estaba estipulada por su libertad. Afligió mucho al santo este tal cual alivio, como quien ansiosamente anhelaba por el martirio, á lo menos de la caridad. Pero ya que sus pecados (como él decia) le habian privado de la dicha de perder la vida por la libertad de aquellos pobres esclavos rescatados con la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, quiso aprovecharse bien de la que le daban para andar libremente por la ciudad. Dia y noche visitaba los fosos y los calabozos adonde eran conducidos los nuevos cautivos que llegaban á Argel: consolábalos en su desgracia, fortalecíalos en la fe, y suavizaba sus trabajos con la esperanza de la redencion. No contento con animar y esforzar á los cristianos, se extendia su caridad hasta los mismos infieles. Concedióle Dios la gracia de convertir á algunos, que fueron bautizados por su mano; pero tardó poco en recibir la recompensa de su zelo. Informado el gobernador, y furiosamente irritado por aquellas conversiones, le condenó á ser empalado; y se hubiera ejecutado esta cruel sentencia á no haber mediado las poderosas intercesiones de los interesados en su rescate, que, por no perderle, pudieron conseguir se conmutase en una horrible tunda de palos.

Pero ni este insufrible tormento fué bastante á que dejase de continuar sus instrucciones á todos los que las querian oir. Denunciáronle de nuevo al gobernador, que le mandó azotar por todas las calles públicas de la ciudad; y conducido despues á la plaza mayor, el verdugo le barrenó los dos labios con un hierro caliente; pasóle una cadena por ellos, y con un candado le cerró la boca, entregando la llave al gobernador, que la tenia siempre en su poder, y no la

daba sino en aquellas horas en que era preciso que tomase algun alimento. Ademas de eso, le mandó encerrar en un oscuro calabozo, donde estuvo ocho meses hasta que llegó su rescate.

Como sentia su alma tanto consuelo en padecer por el nombre y por la fe de Jesucristo, pidió con grandes instancias á los superiores le permitiesen pasar el resto de sus dias en aquel para que consideraba el único para proporcionarle la suspirada corona del martirio; pero le fué preciso obedecer. Queriendo el papa Gregorio IX honrarle con la sagrada púrpura, creó cardenal del título de san Eustaquio al glorioso confesor de Cristo. Hizole tan poca impresion aquella eminente dignidad, que no mudó de traje, ni dejó de continuar el método de su penitente vida. Retiróse á su convento de Barcelona, sin que el conde de Cardona, su pariente, le pudiese jamás reducir á que admitiese el tren de cardenal, ni aun permitiese se alhajara su celda con alguna mayor decencia.

Era siempre igualmente encendida su caridad con todos los necesitados Habiendo encontrado á un pobre arrecido de frio, y desnuda la cabeza, movido de compasion, le abrazó tiernamente, y no teniendo que darle, le dió su sombrero, retirándose al convento muy mortificado por no haber tenido otra cosa con que socorrerle. La noche siguiente, estando en oracion, se le apareció la santísima Virgen, y le puso en la cabeza una corona de flores; pero aunque fué tan singular este favor, el santo no pudo menos de manifestar que preferiria á la de flores una corona de espinas. Agradó tanto al Señor esta preferencia, que le pareció á Ramon que el mismo Jesucristo le ponia en la cabeza una corona en todo semejante á la suya, y que, apretándosela fuertemente, le ocasionaba un vivísimo dolor.

Deseando el papa Gregorio tener cerca de sí á un

varon tan santo, le llamó á Roma. Obedeció Ramon, púsose en camino; pero llegando á Cardona, distante dos leguas de Barcelona, le asaltó una maligna calentura. que muy luego hizo perder á todos las esperanzas de su vida. No pareciendo el cura que le habia de administrar el santo Viático, y deseando Ramon con vivísimas ansias recibirle, tuvo el consuelo de que se le administrasen los santos ángeles, ó, como aseguran algunos autores, el mismo Jesucristo, habiendo muchos testigos de esta maravilla. En fin, rico de virtudes, consumido de trabajos y de penitencia, y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos el dia 31 de agosto del año de 1240, á los treinta y seis de su florida edad. Luego que espiró, se suscitó una gran disputa sobre el lugar donde se le habia de dar sepultura. Los de Cardona protestaron con toda resolucion que nunca consentirian desprenderse de aquel presente con que el cielo los habia regalado: el clero de Barcelona pretendia que el entierro de un cardenal por derecho le tocaba á el; y su religion alegaba los muchos títulos que la asistian para la posesion de aquel tesoro hallado en terreno propio. En fin, despues de muchos debates, convinieron todos en que se habia de cometer la decision de aquel pleito á la divina Providencia. Que el santo cuerpo se encerrase en una caja; que esta se pusiese sobre una mula ciega, dejándola caminar sin guia ni conductor adonde ella quisiese, y que se le diese sepultura en el lugar donde la mula se parase. Así se hizo: caminó la mula mucho tiempo, seguida de innumerable gentío, y atravesando montes y campos, se quedó inmoble en la ermita ó capilla de San Nicolás donde el santo habia recibido tantos favores del cielo por intercesion de la santísima Vírgen. Movido de este prodigio san Pedro Nolasco, general de la órden de la Merced, pidió la capilla y una porcion de terreno en aquel

desierto para fundar en él un magnífico convento de su religion, en cuya iglesia reposan las reliquias del santo, honradas por Dios cada dia con nuevos milagros.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cardona en España, san Ramon Nonato, cardenal y confesor, del órden de Nuestra Señora de la Merced, de la Redencion de cautivos, célebre por la santidad de su vida y sus milagros.

En Tréveris, san Paulino, obispo, que, en tiempo del contagio arriano, fué desterrado por Constancio, emperador arriano, en odio de la religion católica. Despues de haber corrido diferentes destierros, murió por último en Frigia, yendo á recibir al cielo la corona debida á sus padecimientos.

En Tréveris tambien, san Robustiano y san Marco, mártires.

En Transaco en el país de los Marsos cerca del lago de Celano, la fiesta de san Césido, presbítero, y sus compañeros, mártires, quienes recibieron su corona en la persecucion de Maximiano.

En Cesarea en Capadocia, san Teodoto, santa Rufina y santa Amia. Los dos primeros eran los padres del mártir san Mamés á quien santa Rufina dió á luz estando en la cárcel, y al cual educó santa Amia.

En Atenas, san Arístides, célebre por su fe y sabiduría, quien presentó al emperador Adriano un libro sobre la religion católica conteniendo un tratado razonado de nuestra creencia, y probó con un elocuente discurso, en presencia del emperador mismo, la divinidad de Jesucristo.

En Auxerre, san Optato, obispo y confesor.

En Inglaterra, san Aidano, obispo de Lindisfarne. San Cutberto, pastor de ovejas, habiendo visto á su

alma subir al cielo, abandonó su rebaño y se hizo monje.

En Nosco, san Amado, obispo.

En dicho dia, santa Florentina, venerada en Sisteron como vírgen y mártir.

En la diócesis de Nantes, san Víctor de Cambon, solitario.

En Joarre en Brie, san Ebrigisilo, antiguamente Evrelo, obispo de Meaux.

En este mismo dia, el tránsito de san Dionisio de Alejandría, confesor muy insigne.

En San Paterniano entre Fano y Fosombrone, san Morencio, cuyas reliquias son veneradas en dicho lugar.

En Etiopía, san Ambaso, abad, á quien pintan montado sobre un leon.

En Wimborminster en el país de Dorset en Inglaterra, santa Cuthburga, princesa, vírgen y abadesa.

*La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue :*

Deus, qui in liberandis fidelibus tuis ab impiorum captivitate, beatum Raymundum, confessorem tuum, mirabilem effecisti ; ejus nobis intercessione concede, ut, à peccatorum vinculis absoluti, quæ tibi sunt placita, liberis mentibus exequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

O Dios, que hiciste admirable á tu bienaventurado confesor san Ramon en el cuidado de rescatar á tus fieles del cautiverio de los impíos; concédenos por su intercesion que, libres de la esclavitud del pecado, ejecutemos con toda libertad de espíritu todo aquello que es de tu agrado. Por nuestro Señor Jesucristo.

*La epístola es del cap.* 31 *de la Sabiduría, y la misma que el dia VII, pág.* 150.

## NOTA.

« Es muy verisímil que Jesus, hijo de Sirach, autor de este libro, viendo la apostasía de la mayor parte de los judios, al principio de la persecucion suscitada contra el gran sacerdote Onías, en el año 3828 de la creacion del mundo, se retiró á Egipto, donde compuso esta obra. »

## REFLEXIONES.

*El que fuere probado de esta manera, y fuere hallado perfecto, ese gozará de una gloria eterna.* Una de las mayores tentaciones del hombre sobre la tierra son las riquezas. El que las supiere poseer sin apego, ó desprenderse de ellas sin congoja, ó perderlas sin dolor, ese será hombre perfecto y digno de una eterna gloria. Bien se puede decir que las riquezas son un objeto que despierta todas las pasiones; así no hay que admirar exciten tantos movimientos vivos é impetuosos, ni que levanten tantas tempestades en el alma. *Radix enim omnium malorum est cupiditas;* porque la codicia, dice el Apóstol, es la raiz de todos los males; *y algunos que se dejaron llevar de ella,* añade el mismo, *se desviaron de la fe, y cayeron en muchas amarguras.* Es menester un grande ánimo, un corazon magnánimo, noble y generoso para no dejarse deslumbrar de un vano resplandor, que, dando en los ojos, penetra hasta el corazon, y le encanta con la esperanza de todas las prosperidades que prometen las riquezas, y de los gustos que facilitan al amor propio, á los sentidos y á las pasiones. Ser pobre de espíritu entre las riquezas, y vivir contento en la pobreza y en la necesidad, es lo mismo que estar en medio del fuego y no quemarse; vivir rodeado de

aduladores y de lisonjeros, sin engreirse ni ensoberbecerse; estar metido en medio de las ocasiones, y no caer en ellas; á la verdad, poder vivir sin temor del castigo, y vivir bien, no es el menor de todos los milagros; pero muy infeliz es aquel estado en que es menester un milagro para que un hombre sea bueno. Y á la verdad, segun los principios de la fe, ¡ serán muy apetecibles las riquezas? ¿se podrá dejar de temerlas mucho, considerando cuánto dificultan la salvacion? Mas fácilmente se comprende el generoso desinterés de los primeros fieles, que absolutamente se despojaban de todo, que la sórdida y vil codicia de los cristianos de nuestros tiempos, á quienes nada basta. Si naciste en una mediana fortuna, da muchas gracias á Dios porque te quitó el mayor estorbo de la salvacion: si naciste rico y opulento, teme mucho el estado en que te hallas, y pídele sin cesar que te libre de sus lazos. Las riquezas, segun la expresion del Salvador, son espinas; pero espinas que punzan el corazon mas que los sentidos. ¿Y quién no sabe ser mortal toda herida en el corazon?

*El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia IV, pág. 97.*

## MEDITACION.

### DE LAS DIVERSIONES DEL CAMPO Y DE LA ALDEA.

### PUNTO PRIMERO.

Considera que nada nos debe causar tanta admiracion como el ansia con que todos procuran divertirse en el mundo, aun aquellos que profesan una religion que ninguna cosa inculca y predica mas que cruz, penitencia y mortificacion de las pasiones. Las diver-

siones en nuestros tiempos se han hecho moda en todas las estaciones y en todas las edades. No se pregunta ya si es decente á un cristiano tener una vida regalona, ociosa y totalmente divertida; pregúntase si los que hacen profesion de ser cristianos, los que creen el Evangelio, pueden dispensarse de hacer una vida mortificada, si pueden entregarse enteramente á las diversiones, y ser verdaderamente cristianos. Pero dicen que alguna diversion han de tener al cabo del año, y que el tiempo mas propio es el otoño. Esto quiere decir en buenos términos que en el otoño pueden dejar lícitamente de ser buenos cristianos. ¡Mi Dios! ¿en qué parte de vuestro Evangelio se encontrará esta doctrina? Es verdad, responden, que nos divertimos; pero en estas diversiones no hay cosa mala. Pero ¿de cuándo acá se ha descubierto un tiempo, una estacion en el año, en que es lícito á un cristiano pasar los dias y las semanas en un eterno olvido de Dios? ¿son por ventura las pasiones mas inocentes en el campo y en la aldea que en la ciudad? ¿es acaso menor el peligro por lo mismo que hay mas libertad, mas licencia, mas ocasiones, menos recato y mayores tentaciones? No se hace cosa mala; harto mala es no hacer cosa buena en quien está obligado á hacerlas siempre. No se hace cosa mala; pues qué, una eterna serie de diversiones, de juegos, de banquetes, de conversaciones libres y desenvueltas, de visitas, de paseos licenciosos (porque en estas ocupaciones se emplea de ordinario el tiempo destinado para el campo, para la quinta y para la aldea), esa perpetua cadena de ociosidad, de regalo y de pasatiempos, ¿es cosa muy inocente? Consulta, consulta esos tristes despojos de la inocencia, miserables reliquias del naufragio que padece regularmente en esa funesta estacion. Al ver en ella tanta licencia, se pudiera dudar si el tentador, si el enemigo de nues-

tra salvacion, tenia prohibicion de entrar en esos lugares de pasatiempos; ó si las pasiones que en todas las demás partes hacen tantos estragos, se apagaban al entrar en las casas de campo y en las quintas. Sin embargo, allí se vive, por lo comun, sin devociones, sin ejercicios espirituales, sin el auxilio de los sacramentos, sin preservativos, sin circunspeccion y sin desconfianza. Concédese toda libertad á los sentidos; corre sin freno el amor propio; suéltase la rienda al pensamiento; espárcese el ánimo con entera libertad; el corazon se desahoga á sus anchuras; ¿y reinará por mucho tiempo la inocencia? ¡Mi Dios, qué de remordimientos infructuosos, qué de lágrimas amargas excitarán un dia las diversiones del buen tiempo!

### PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en todo el año tiempo alguno que nos dispense de las obligaciones esenciales de la religion. Conocer á Dios, amarle y servirle es el ejercicio de un cristiano durante todo el curso de su vida; esto es todo hombre, dice el Sabio: *Hoc est enim omnis homo.* Teme á Dios en todos tiempos, y guarda sus mandamientos. Este es el compendio y como el epílogo de nuestras obligaciones. En esto consiste, no solo toda la perfeccion, sino toda la sabiduría, toda la prudencia, toda la bondad, toda la sana razon, y el buen uso que se debe hacer de ella. Poseer todas las demás prendas, hacer con la mayor perfeccion todas las demás cosas, y no temer á Dios, no amarle, y ofenderle, es ser irracional, despreciable y mentecato. Pues ahora, ¿de cuándo acá el otoño, el buen tiempo, aquella temporada que se pasa en el campo, ha dispensado á los cristianos de sus obligaciones mas indispensables? ¿por ventura Dios no es tan dios, tan soberano y tan señor nuestro en el re-

tiro del campo, como en el bullicio de cualquiera otra parte? ¿pues qué autoridad superior á la suya nos dispensa entonces de los ejercicios de la religion, dé las devociones, de la lectura espiritual, del respeto, de la devocion y asistencia al santo sacrificio de la misa? Los domingos y los demás dias festivos, ¿perderán en el campo su solemnidad? ¿no tendrán en él el mismo vigor que en la ciudad así las máximas del Evangelio, como las mas sagradas leyes de la Iglesia? ¿y no hay sobrada razon para hacer estas preguntas al ver cómo suelen pasar algunos los dias en aquella temporada en que se retiran á sus quintas? Valga la verdad: ¿á qué se suele reducir toda la santificacion de esos santos dias? Aparécese precipitadamente en la iglesia con una indecencia verdaderamente rústica y campestre: óyese una misa, la mas breve que se puede, sin mucha compostura, con impaciencia y en continuo movimiento; ni se espera á que se acabe; consumen todo el resto del dia la mesa, el juego, la caza, los paseos, el baile y las mas estudiadas diversiones; y se puede decir con verdad que los pasatiempos del dia de fiesta hacen muchas ventajas á los del dia de trabajo. ¿Será muy cristiana esta profana multiplicacion de pasatiempos? ¿serán todos muy inocentes? ¿se asiste entonces á los divinos oficios? Las personas de distincion se avergonzarian tal vez de concurrir á ellos. Y despues de esto, se pensará que las diversiones del campo son muy inocentes; que á lo mas son indiferentes; y segun la idea de muchos absolutamente necesarias. Convengo en que se puede ir á respirar algunos dias al campo durante el verano: convengo en que este desahogo, este levantar la mano de los negocios, del estudio y de las ocupaciones serias, es muy lícito de suyo, y tambien muy conveniente; pero todas las diversiones han de ser cris-

tianas, y el estar en el campo á nadie dispensa de las obligaciones esenciales de la religion.

Reconozco, Señor, el desórden del corazon humano, y desde luego le condeno. Espero, mediante vuestra divina gracia, tener siempre muy presente que no hay estacion, tiempo ni lugar, en que sea lícito desagradaros; y confío que de hoy en adelante serán muy inocentes todas mis diversiones.

## JACULATORIAS.

*Benedicam Dominum in omni tempore; semper laus ejus in ore meo.* Salm. 33.

Sí, Señor, en todos tiempos y en todas las estaciones del año os bendeciré y os serviré con fidelidad; siempre y en todas ocasiones resonarán en mi boca vuestras divinas alabanzas.

*Beatus vir qui timet Dominum; in mandatis ejus volet nimis.* Salm. 111.

Bienaventurado aquel que siempre teme á Dios, y que pone todo su gusto en guardar perpetuamente sus divinos mandamientos.

## PROPOSITOS.

1. No se puede prohibir á todo género de gentes todo género de diversiones. Las puedes haber muy inocentes, y con efecto hay muchas que son muy lícitas. El fin es el que todas las debe arreglar. El ánimo continuamente aplicado pide necesariamente algun desahogo; el cuerpo fatigado con el trabajo pide de justicia algun descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no pueden ocupar: han de recrear el corazon, dejándole alegre, pero nunca arrepentido. Son perniciosas en siendo desmedidas. No debe ser la pa-

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.